

Richard Powers

EL CLAMOR DE LOS BOSQUES



AdN > Alianza de Novelas

Richard
Powers

EL CLAMOR DE LOS BOSQUES

Traducido del inglés por Teresa Lanero

AdN Alianza de Novelas

Índice

Raíces

Tronco

Copa

Semillas

Notas de la traductora

Créditos

Para Aida

El mayor deleite que provocan los campos y los bosques es la sugerencia de una relación oculta entre el hombre y la planta. No estoy solo ni soy ignorado. Ellos me hacen señas con la cabeza y yo a ellos. Para mí, el balanceo de las ramas durante la tormenta es nuevo y viejo. Me sorprende, pero no es desconocido. Su efecto es como el de un pensamiento elevado o una emoción superior que me embarga, cuando consideraba que estaba pensando o actuando correctamente.

RALPH WALDO EMERSON

La Tierra podría estar viva, pero no como la veían los antiguos —una Diosa sensible, con un propósito y una visión de futuro—, sino más bien como un árbol. Un árbol que existe con apacibilidad, que nunca se mueve, excepto para balancearse con el viento, aunque no deja de conversar con la luz del sol y con el suelo. Utiliza la luz del sol, el agua y los nutrientes minerales para crecer y cambiar tan imperceptiblemente que, para mí, el viejo roble del prado sigue siendo el mismo que cuando yo era pequeño.

JAMES LOVELOCK

Árbol... te observa. Miras a árbol, él te escucha. No tiene dedo, no sabe hablar. Pero esa hoja..., él bombea, crece, crece por la noche. Mientras duermes sueñas algo. Árbol y hierba, también.

BILL NEIDJIE

Raíces

Al principio no había nada. Después hubo de todo.

En ese momento, después de anochecer, en un parque sobre una ciudad occidental, el aire derrama una lluvia de mensajes.

Hay una mujer sentada en el suelo, apoyada en un pino. La corteza, dura como la vida, le oprime la espalda. Las agujas del árbol perfuman el ambiente y una fuerza bulle en el corazón del bosque. Los oídos de la mujer sintonizan las frecuencias más bajas. El árbol dice cosas con palabras anteriores a las palabras.

Dice: El sol y el agua son preguntas siempre dignas de respuesta.

Dice: Una buena solución debe ser reinventada muchas veces, desde el principio.

Dice: Cada pedazo de planeta necesita que lo aferren de una forma nueva. Existen más modos de ramificarse de los que un lápiz de cedro hallaría jamás. Las cosas pueden viajar a cualquier sitio; para ello, no hay más que permanecer inmóvil.

Eso es justo lo que hace la mujer. Las señales llueven a su alrededor como semillas.

Esta noche las palabras recorren largas distancias. Las curvaturas de los alisos hablan de antiguos desastres. Los filamentos de las pálidas flores de castaño sacuden su polen; pronto se convertirán en frutos con púas. Los álamos repiten el murmullo del viento. Los caquis y nogales muestran sus cebos, y los serbales, sus racimos color rojo sangre. Los viejos robles blanden profecías del clima venidero. Los varios cientos de tipos de espino se ríen del nombre común que han de compartir. Los laureles insisten en que ni siquiera la muerte es algo por lo que se deba perder el sueño.

Algo en el olor del aire insta a la mujer: Cierra los ojos y piensa en el sauce. El llanto que ves será inexacto. Imagina una espina de acacia. Nada en tu mente será tan afilado. ¿Qué se cierne sobre ti? ¿Qué flota sobre tu cabeza en este instante, ahora?

Incluso los árboles más lejanos se unen: Sea cual sea la forma en que nos imaginas —manglares embrujados subidos en zancos, la pica invertida de la mirística, los troncos nudosos del árbol del elefante, el misil vertical de un sal

—, no son más que amputaciones. Los de tu especie nunca nos veis enteros. Os perdéis la mitad o más. Bajo tierra siempre hay tanto como arriba.

Ese es el problema de la gente, la raíz de todo. La vida pasa a su lado desapercibida. Aquí mismo, muy cerca de ellos. En la creación del suelo. En el ciclo del agua. En el intercambio de nutrientes. En la formación del clima. En la construcción de la atmósfera. En la alimentación, curación y refugio de más tipos de criaturas de las que son capaces de contar.

Un coro de bosque vivo le canta a la mujer: Si tu mente fuera solo un poco más verde, te inundaríamos de verdad.

El pino en el que está apoyada dice: Escucha. Hay algo que debes oír.

Nicholas Hoel



Es época de castañas.

La gente arroja piedras a los troncos gigantes. Los frutos caen a su alrededor en un granizo divino. Sucede este domingo en innumerables lugares, desde Georgia hasta Maine. Arriba, en Concord, Thoreau hace acto de presencia. Siente que está lanzando piedras a un ser sensible, con una conciencia más apagada que la suya, pero al fin y al cabo de su misma sangre. *Los viejos árboles son nuestros padres, acaso los padres de nuestros padres. Si aprendierais los secretos de la Naturaleza, derrocharíais más humanidad...*

En Brooklyn, en Prospect Hill, el recién llegado Jørgen Hoel se ríe de la fuerte lluvia que provocan sus lanzamientos. Cada vez que acierta con la piedra, caen paladas de comida. Los hombres se tiran al suelo como ladrones para llenar gorras, bolsas y bajos de pantalones con las castañas que se desprenden de sus cubiertas de erizo. Helo ahí, el legendario banquete gratis de América: una bendición más, caída del cielo en un país donde hasta las migajas vienen de la mesa de Dios.

El noruego y sus amigos de los astilleros navales de Brooklyn se comen su premio asado sobre grandes fogatas en un claro del bosque. Las castañas carbonizadas reconfortan más de lo que se puede explicar con palabras: son dulces y sabrosas, exquisitas como un boniato, sencillas y misteriosas a la vez. Su cáscara de púas pincha, pero su «no» es más una provocación que un impedimento. Los frutos «quieren» liberarse de su protección espinosa. Todos se ofrecen voluntarios para que los coman, de manera que sean otros los que se dispersen por el campo.

Aquella noche, ebrio de castañas asadas, Hoel le pide matrimonio a Vi Powys, una irlandesa que vive en las casas de madera de pino que están a dos

manzanas de su bloque, en los confines de Finn Town. Nadie en cinco mil kilómetros a la redonda tiene nada que objetar. Se casan antes de Navidad. En febrero, ya son estadounidenses. En primavera, los castaños vuelven a florecer y sus amentos, largos e hirsutos, se balancean con el viento como las olas espumosas del glauco Hudson.

Con la nacionalidad aparece también la sed de ver el ancho mundo. La pareja reúne sus enseres y viaja por tierra a través de las grandes extensiones de pinos blancos del Este, los oscuros hayedos de Ohio y los robledales del Medio Oeste hasta llegar al poblado próximo a Fort Des Moines, en el nuevo estado de Iowa, donde las autoridades proporcionan tierras recién parceladas a cualquiera que desee cultivarlas. Sus vecinos más cercanos se encuentran a tres kilómetros de distancia. Durante ese primer año aran y plantan veinte hectáreas. Maíz, patatas y judías. El trabajo es brutal, pero es suyo. Mejor que construir barcos para el ejército de cualquier país.

Más tarde llega el invierno a las praderas. El frío pone a prueba sus ganas de vivir. Las noches en la cabaña agrietada les congelan la sangre. Todas las mañanas tienen que romper el hielo de la pila del agua para lavarse la cara. Pero son jóvenes, libres y resueltos: los únicos patrocinadores de su existencia. El invierno no los mata. De momento. En su interior, la desesperación más negra se condensa en forma de diamante.

Cuando llega de nuevo la época de sembrar, Vi se queda embarazada. Hoel apoya la oreja en la barriga de su esposa y ella se ríe al ver su cara de asombro.

—¿Qué dice?

Él contesta con su inglés cortante y seco:

—¡Dame de comer!

Aquel mes de mayo, Hoel descubre que tiene seis castañas en el bolsillo de la chaqueta desde el día que le pidió matrimonio a su esposa. Las aplasta contra la tierra del oeste de Iowa, en la pradera sin árboles que rodea la cabaña. La granja está a cientos de kilómetros del ámbito natural de los castaños y a mil seiscientos kilómetros de los banquetes de castañas de Prospect Hill. A Hoel cada mes le cuesta más recordar aquellos bosques verdes del Este.

Pero así es América, donde los hombres y los árboles emprenden los viajes más inesperados. Hoel planta, riega y piensa: «Algún día, mis hijos sacudirán los troncos y comerán gratis».

* * *

Su primogénito muere a una edad temprana por algo que todavía no tiene nombre. Aún no existen los microbios. Dios es el único que se lleva a los niños, que arrebató incluso las almas sin nombre y las traslada de un lugar a otro en función de proyectos oscuros.

Uno de los seis castaños no brota. Pero Jørgen Hoel mantiene con vida el resto de las semillas. La vida es una batalla entre el Creador y Su creación. Hoel se vuelve experto en la lucha. Sacar adelante a los árboles es una minucia en comparación con las otras guerras que sostiene a diario. A finales de la primera temporada, sus campos están llenos y sus mejores plantas ya miden más de medio metro de altura.

Pasados cuatro años, los Hoel tienen tres hijos y el esbozo de un castañar. Los arbolitos crecen espigados, sus troncos marrones se cubren de lenticelas. Las abundantes hojas, festoneadas, dentadas y espinosas, eclipsan a las ramitas de donde crecen. Aparte de estos retoños y de varios robles bur en las llanuras, la granja es una isla en un mar herboso.

Incluso esos brotes enclenques tienen utilidad.

Infusión de árboles jóvenes para problemas cardíacos,
hojas de retoños para curar heridas,
tisana fría de corteza para detener la hemorragia tras el parto,
agallas tibias para reducir el ombligo del bebé,
hojas hervidas con azúcar morena para la tos,
cataplasmas para las quemaduras, hojas para rellenar un colchón que
chirría,
un extracto para la desesperación, cuando la angustia es demasiada...

Los años se alternan, gordos y flacos; y, aunque la media tiende a la escualidez, Jørgen detecta una tendencia al alza. Cada año, al arar, rompe más tierra, y la futura mano de obra Hoel sigue creciendo. Vi se encarga de ello.

Los árboles se espesan como si estuvieran embrujados. El castaño es rápido: *En lo que tarda un fresno en construir un bate de béisbol, un castaño construye un aparador.* Te inclinas para observar el plantón y te salta un ojo. Las grietas de su corteza se arremolinan como postes de barbero a medida que el tronco se eleva y se retuerce. Con el viento, las ramas alternan el verde

oscuro con otro más claro. Los globos de hojas se agitan en busca de más sol. Ondeán en el húmedo agosto del mismo modo que la esposa de Hoel sacude el pelo suelto, que antaño fue ámbar. Para cuando regresa la guerra al joven país, los cinco troncos ya han superado en altura a quien los plantó.

El implacable invierno del 62 trata de llevarse a otro niño, pero se conforma con uno de los árboles. El hijo mayor, John, destroza otro durante el verano siguiente. Al niño no se le pasa por la cabeza que si lo despoja de la mitad de las hojas para usarlas como monedas de juguete, acabará con él.

Hoel le tira del pelo a su hijo.

—¿A que no te gusta que te lo hagan a ti? ¿A que no?

Le parte la cara de un bofetón. Vi interviene para detener la paliza.

La llamada a filas llega en el 63. Los jóvenes y los solteros van primero. A Jørgen Hoel, con treinta y tres años, esposa, hijos pequeños y varios cientos de hectáreas, le conceden una prórroga. Nunca ayudará a proteger América. Tiene un país más pequeño que salvar.

De nuevo en Brooklyn, un poeta enfermero de los unionistas agonizantes escribe: «Una hoja de hierba no es menos que el día de trabajo de las estrellas». Jørgen no leerá estas palabras. Las palabras le parecen una estafa. Solo el maíz, las alubias, las calabazas —todo lo que crece— revelan la mente silenciosa de Dios.

Con la nueva primavera, los tres árboles supervivientes estallan en flores color crema. Su olor es acre, fuerte, ácido, como el de los zapatos viejos o la ropa interior sucia. Luego llega una pequeña cantidad de castañas dulces. Incluso esa reducida cosecha les recuerdan, a él y a su exhausta mujer, al maná que les reunió aquella noche en el bosque del este de Brooklyn.

—Habrà fanegas enteras —dice Jørgen. Su mente ya está preparando pan, café, sopa, bizcocho, salsas..., todas las delicias que los nativos saben que ese árbol proporciona—. Lo que nos sobre lo venderemos en el pueblo.

—Regalos de Navidad para los vecinos —decide Vi.

Pero son los vecinos quienes deben mantener a los Hoel con vida durante la brutal sequía de ese año. Otro de los castaños muere de sed durante una temporada en la que ni el futuro merece recibir una gota de agua.

Pasan los años. Los troncos marrones empiezan a teñirse de gris. Un rayo en un otoño seco, con pocos objetivos lo bastante altos, cae sobre uno de los dos castaños restantes. Su madera, que podría haber servido para todo, desde cunas a ataúdes, arde en llamas. Con lo que se salva no puede construirse ni un taburete de tres patas.

El único castaño que queda florece, pero las flores no tienen otras flores que lo polinicen. No existen parejas disponibles en incontables kilómetros a la redonda, y un castaño, a la vez macho y hembra, es incapaz de polinizarse a sí mismo. Sin embargo, este árbol guarda un secreto en el delgado y vivo cilindro que hay bajo su corteza. Sus células obedecen a una fórmula antigua: *Quédate quieto. Espera.* Algo en el solitario superviviente sabe que se puede resistir más allá de la irrefutable ley del Ahora. Hay trabajo por hacer. Un trabajo de las estrellas y a la vez de la tierra. Como dice el enfermero de los muertos unionistas: «Serena y firme ante un millón de universos». Tan serena y firme como la madera.

La granja sobrevive al caos de la voluntad de Dios. Dos años después de la batalla de Appomattox, entre mover la tierra, arar, plantar, seleccionar, desherbar y recolectar, Jørgen termina la nueva casa. Las cosechas vienen y se van. Los hijos de Hoel se adentran en los surcos junto a su padre, que es como un mulo. Las hijas se casan con otros granjeros vecinos y se dispersan. Aparecen aldeas. El camino de tierra que bordea la granja se convierte en una carretera.

El hijo pequeño trabaja en la Oficina de Impuestos del condado de Polk. El mediano entra en un banco de Ames. El mayor, John, se queda en la granja con su familia y se ocupa de ella cuando sus padres se debilitan. John Hoel se une a la velocidad, al progreso y a la maquinaria. Compra un tractor de vapor que ara y trilla, cosecha y ata. La máquina brama mientras trabaja como un ser liberado del infierno.

Para el último castaño, todo esto sucede en un par de nuevas hendiduras, en una pulgada de anillos de más. El árbol aumenta de tamaño. Las espirales de su corteza ascienden como la Columna de Trajano. Sus hojas festoneadas continúan convirtiendo la luz solar en tejido. No se contenta con sobrevivir; prospera formando una esfera verde saludable y vigorosa.

Durante el segundo junio del nuevo siglo, Jørgen Hoel yace en la cama, en la habitación decorada con madera de roble de la planta de arriba de aquella casa que él mismo construyó, una habitación de la que ya no puede salir, desde cuya buhardilla ve un cardumen de hojas que nadan y brillan en el cielo. El tractor de vapor de su hijo martillea en la sección norte de la granja, pero Jørgen Hoel confunde ese sonido con el de la tormenta. Las ramas lo llenan de motas. Hay algo en esas hojas verdes y dentadas, un sueño de

antaño, una visión de crecimiento y florecimiento que vuelve a derramar un festín alrededor de su cabeza.

Se pregunta: ¿qué hace que la corteza se retuerza y dé vueltas de ese modo en un árbol tan recto y tan ancho? ¿Podría ser el giro de la Tierra? ¿Está intentando atraer la atención de los hombres? Setecientos años antes, un castaño de Sicilia, de sesenta metros de diámetro, cobijó de la tormenta a una reina española y a sus cien caballeros. Ese árbol sobreviviría otros cien años más al hombre que nunca oyó hablar de él.

—¿Te acuerdas de Prospect Hill? —le pregunta Jørgen a la mujer que le agarra la mano—. ¡Cómo comimos aquella noche! —Asiente mirando las frondosas ramas y la tierra que se extiende por detrás—. Yo te di eso. Y tú me diste... ¡todo esto! Este país. La vida. La libertad.

Pero la mujer que le sostiene la mano no es su esposa. Vi murió cinco años antes por una infección en los pulmones.

—Duérmete —le dice su nieta mientras le coloca la mano sobre el ajado pecho—. Estamos todos en la planta de abajo.

John Hoel entierra a su padre junto al castaño. Una valla de hierro de casi un metro rodea ahora la dispersión de tumbas. El árbol de encima proyecta sombra con la misma generosidad sobre los vivos que sobre los muertos. El tronco ya es demasiado ancho para que John lo abrace, y la falda de ramas más bajas queda fuera de su alcance.

El castaño Hoel se convierte en un punto de referencia en la zona, lo que los granjeros llaman un «árbol centinela». Las familias se orientan con él durante sus paseos dominicales. Los lugareños lo utilizan como indicación para los viajeros, como un faro solitario en un mar de cereal. La granja prospera. Ya hay un capital inicial suficiente para criar animales y crecer. Una vez fallecido su padre e independizados sus hermanos, John Hoel tiene libertad para adquirir máquinas. La caseta de aperos se llena de segadoras, aventadoras y agavilladoras. Viaja a Charles City para ver el primer tractor de dos cilindros impulsado con gasolina. Cuando llegan hasta allí las líneas telefónicas, contrata una, pese a su elevado precio y a que nadie en la familia entiende qué hay de bueno en tener teléfono.

El hijo del inmigrante se rinde a la enfermedad del progreso años antes de que exista una cura efectiva para ella. Se compra una Kodak Brownie n.º 2. *Usted pulsa el botón, nosotros hacemos el resto.* Ha de enviar el carrete a

Des Moines para que lo revelen y lo impriman, un proceso que enseguida sale varias veces más caro que la cámara de dos dólares. Fotografía a su mujer vestida con ropa de calicó y con la sonrisa torcida, inclinada sobre el nuevo escurridor mecánico para la colada. Fotografía a sus hijos manejando la cosechadora, montados en caballos de tiro de dorso hundido frente a los cabezales. Fotografía a los miembros de la familia engalanados para Pascua, con sombrero y pajarita. Cuando ya no queda nada por fotografiar en su pequeño sello de correos de Iowa, John vuelve la cámara hacia el castaño Hoel, su coetáneo.

Pocos años antes, le compra un zoopraxiscopio a su hija pequeña por su cumpleaños, pero la niña se cansa enseguida y es él quien lo utiliza. Ahora esos escuadrones de gansos voladores y esas procesiones de caballitos trotones que cobran vida cuando el tambor de cristal da vueltas le animan el cerebro. Un proyecto grandioso se le pasa por la cabeza: decide que, durante los años que le queden, va a capturar la imagen del árbol para ver su aspecto a la velocidad del deseo humano.

Construye un trípode en el taller. Sitúa una piedra de afilar rota en una loma cercana a la casa. El primer día de primavera de 1903, John Hoel coloca la Brownie n.º 2 y toma un retrato completo del castaño centinela, a modo de muestra. Un mes después, desde el mismo punto y a la misma hora, toma otro. El día veintiuno de cada mes sube a la loma. Se convierte en un ritual, llueva, nieve o haga un calor sofocante: su liturgia privada de la iglesia del Dios Vegetativo en Expansión. Su esposa se burla de él sin piedad, al igual que sus hijos: «Se cree que el árbol va a hacer algo interesante».

Cuando reúne las doce imágenes en blanco y negro del primer año y las hojear con el pulgar, apenas justifican su proyecto. En un momento dado, se ve que el árbol fabrica hojas de la nada. En la siguiente imagen, se las entrega a una luz espesa. El resto del tiempo, las ramas se limitan a resistir. Pero los granjeros son hombres pacientes puestos a prueba por las estaciones crueles, y si no estuvieran asolados por los sueños de la creación, pocos seguirían arando primavera tras primavera. El 21 de marzo de 1904, John Hoel asciende de nuevo a la loma, como si él también tuviera otros cien o doscientos años para documentar lo que el tiempo oculta para siempre a simple vista.

A tres mil quinientos kilómetros al este, en la ciudad donde la madre de John

Hoel cosía vestidos y el padre construía barcos, una tragedia se cierne sin previo aviso. Un asesino se cuele en el país, desde un país asiático, en la madera de los castaños chinos destinados a los jardines ornamentales. Un árbol del zoológico del Bronx toma en julio los colores de octubre. Las hojas se curvan y se tuestan como la canela. Unos anillos naranjas se esparcen por la corteza hinchada. Con la mínima presión, la madera se hunde.

Al cabo de un año, esas manchas naranjas salpican los castaños de todo el Bronx; son los esporocarpos de un parásito que ya ha matado a su huésped. Cada contagio libera una horda de esporas en la lluvia y el viento. Los jardineros municipales organizan un contraataque. Cortan las ramas infectadas y las quemán. Rocían los árboles con sulfato de cobre y cal desde coches de caballos. Sin embargo, lo único que hacen es extender las esporas con las hachas que utilizan para derribar a las víctimas. Un investigador del Jardín Botánico de Nueva York identifica al asesino: se trata de un hongo nuevo para el hombre. Publica los resultados y se marcha de la ciudad, para huir del calor estival. Cuando regresa pocas semanas después, ya no queda un solo castaño que salvar.

La muerte avanza por Connecticut y Massachusetts a razón de trescientos kilómetros al año. Cientos de miles de árboles sucumben. Un país entero observa sobrecogido cómo el preciado castaño de Nueva Inglaterra se esfuma. El árbol de la industria del curtido, las traviesas del ferrocarril, los vagones de tren, los postes de telégrafo, el combustible, las vallas, las casas, los establos, los escritorios, las mesas, los pianos, los cajones, la pulpa del papel, la sombra y el alimento gratis e interminable —el árbol más recolectado del país— está desapareciendo.

Pensilvania intenta crear un cortafuegos de varios cientos de kilómetros que cruce el estado. En Virginia, en el flanco norte del mayor castañar del país, la gente reclama una vuelta a la religión con el fin de limpiar el pecado que la plaga esconde. El árbol perfecto de América, la columna vertebral de toda la economía rural, de la industria maderera, la duradera secuoya del Este, con tres docenas de usos industriales —la cuarta parte de los árboles que crecen a lo largo de ochocientos mil kilómetros cuadrados, desde Maine hasta el Golfo—, está maldito.

Las noticias de la plaga no llegan al oeste de Iowa. John Hoel regresa a su loma el 21 de cada mes, haga el tiempo que haga. El castaño Hoel sigue

elevando el nivel de la marca de agua de sus hojas. «Persigue algo —piensa el granjero como única incursión en la filosofía—. Tiene un plan.»

La noche previa a su cincuenta y seis cumpleaños, John se despierta a las dos de la mañana y palpa la cama como si buscara alguna cosa. Su mujer le pregunta qué sucede. Él contesta entre dientes: «Pasará». Ocho minutos después, muere.

Los dos hijos mayores heredan la granja. El primogénito, Carl, quiere acabar con los costes del ritual fotográfico. Frank, el segundo, necesita redimir la década de investigación oscura de su padre, de manera que continúa la tarea con la misma obstinación que el árbol emplea en expandir su copa. A lo largo de más de cien fotogramas, la película muda más antigua, más corta, más lenta y más ambiciosa jamás rodada en Iowa comienza a revelar el objetivo del árbol. Una ojeada de las distintas tomas muestra que el sujeto se alarga y tantea el cielo en busca de algo. Tal vez de una pareja. De más luz. La vindicación del castaño.

Cuando Norteamérica por fin se une a la conflagración mundial, Frank Hoel es enviado a Francia con el Segundo Regimiento de Caballería. Hace prometer a su hijo de nueve años, Frank Jr., que seguirá tomando fotos hasta que regrese. Es un año de promesas a largo plazo. La imaginación que le falta al chico se compensa con su obediencia.

Lo absurdo del destino hace que Frank padre consiga salir del hervidero de Saint-Mihiel para que un proyectil de mortero lo haga picadillo en Argonne, cerca de Montfaucon. Sus restos son tan escasos que no dan para ponerlo en una caja de pino y enterrarlo. La familia elabora una cápsula del tiempo con sus gorras, sus pipas y sus relojes y la entierra en la parcela familiar, bajo el árbol que él fotografió todos los meses durante un espacio de tiempo demasiado breve.

* * *

Si Dios tuviera una Brownie, fotografiaría otro acontecimiento animado y breve: el momento en que la plaga se cierne sobre los Apalaches, en el corazón del país de los castaños, un momento antes de caer en picado sobre ellos. Si los castaños del norte eran majestuosos, los árboles del sur son auténticos dioses. Forman hileras casi continuas a lo largo de kilómetros. En

las Carolinas, esos troncos más antiguos que América miden tres metros de ancho y más de treinta de alto. Bosques enteros de estos árboles florecen en nubes blancas onduladas. A partir de su hermosa madera de grano recto, se levantan montones de comunidades de montaña. Un solo árbol puede generar hasta catorce mil planchas. Las reservas de alimento, que cubren el suelo hasta la pantorrilla, dan de comer a condados enteros y aumentan cada año.

Ahora los dioses se están muriendo, todos. La fuerza de la ingenuidad humana no es capaz de detener el desastre que asola el continente. La plaga avanza por cordilleras enteras y arrasa una cumbre tras otra. Una persona situada en un mirador sobre las montañas meridionales podría observar la conversión ondulante de los troncos en esqueletos grisáceos. Los leñadores recorren una docena de estados para cortar todo lo que el hongo no se ha llevado por delante. El flamante Servicio Forestal los alienta. «Al menos usen la madera antes de que se estropee.» Y en esa misión de salvamento, los hombres matan cualquier árbol que pueda contener el secreto de la resistencia.

Una niña de cinco años de Tennessee que ve aparecer las primeras manchas naranjas en su bosque mágico no tendrá nada que mostrar a sus hijos, salvo unas cuantas fotos. Nunca verán la vestimenta madura y plena del árbol, nunca conocerán la imagen, el sonido y el olor de la infancia de su madre. Millones de tocones muertos echan brotes que luchan por salir adelante, año tras año, antes de morir de una infección obstinada que nunca desaparecerá. Hacia 1940, el hongo extermina todo lo que encuentra, hasta las hileras más alejadas del sur de Illinois. Cuatro mil millones de árboles en su entorno nativo pasan a la leyenda. Aparte de unos cuantos focos de resistencia secretos, los únicos castaños que quedan son aquellos que los pioneros se llevaron lejos, a estados que quedan fuera del alcance de las esporas.

Frank Hoel Jr. mantiene la promesa que le hizo a su padre mucho tiempo después de que su padre se haya desvanecido en recuerdos borrosos en blanco y negro, sobreexpuestos. Todos los meses el chico añade una foto a la caja de bálsamo. Pronto es adolescente. Luego, joven. Vive por inercia, del mismo modo que la extensa familia Hoel sigue celebrando el día de San Olaf sin recordar qué es.

Frank Jr. no padece de imaginación. Ni siquiera es capaz de oírse a sí

mismo mientras piensa: «Es muy posible que odie este árbol. Es muy posible que también lo quiera más de lo que quise a mi padre». Los pensamientos pueden no significar nada para un hombre que carece de un verdadero deseo independiente, que ha nacido bajo el objeto al que está encadenado y que está destinado a morir debajo de él. Piensa: «Esto aquí no pinta nada. No le hace bien a nadie, a menos que lo talemos». Sin embargo, hay meses en que, a través del visor, la copa extendida se muestra ante sus sorprendidos ojos como el molde del mismísimo significado.

En verano, el agua asciende por el xilema y dispersa, a través de los millones de pequeñas bocas del envés de las hojas, varios centenares de litros al día, que se evaporan desde la ligera copa del árbol hasta el aire húmedo de Iowa. En otoño, las hojas amarillentas llenan de nostalgia a Frank Jr. En invierno, las ramas desnudas traquetean y zumban sobre los montones de nieve con sus yemas desafiladas en reposo, casi siniestras de tanto esperar. Y cada primavera, por un momento, los amentos verde claro y las flores color crema introducen pensamientos en la cabeza de Frank Jr., unos pensamientos que él no sabe elaborar.

El tercer fotógrafo Hoel sigue tomando fotos, al igual que sigue acudiendo a la iglesia mucho tiempo después de decidir que todo el mundo creyente ha sido engañado con cuentos de hadas. El inútil ritual fotográfico le otorga a su vida un sentido, algo que ni siquiera la agricultura le proporciona. Es un ejercicio mensual consistente en prestar atención a algo que la merece, una criatura tan inalterable y reticente como la vida.

El montón de fotos alcanza la cifra de quinientas durante la Segunda Guerra Mundial. Frank Jr. se detiene una tarde a mirar las fotos. Se siente como el niño que le hizo una promesa inoportuna a su padre cuando tenía nueve años. Pero el árbol, a cámara rápida, ha cambiado y ahora resulta irreconocible.

Cuando desaparecen todos los árboles maduros del área de distribución del castaño, el árbol Hoel se convierte en una curiosidad. Un dendrólogo de la ciudad de Iowa acude para confirmar el rumor: un castaño ha escapado del holocausto. Un periodista de *The Register* escribe un artículo sobre uno de los últimos árboles perfectos de Norteamérica. «Más de mil doscientos lugares al este del Misisipi llevan la palabra *castaño* en su nombre. Sin embargo, es necesario venir a un condado rural del oeste de Iowa para ver uno real.» La gente corriente, que viaja entre Nueva York y San Francisco por la nueva autopista que discurre por uno de los laterales de la granja Hoel, no ve más

que esa única fuente de sombra en medio de las solitarias llanuras de maíz y soja.

En el amargo febrero de 1965, la Brownie n.º 2 se rompe. Frank Jr. la sustituye por una Instamatic. El montón de fotos se vuelve más grueso que cualquier libro que haya intentado leer jamás. Cada una de las imágenes muestra ese árbol solitario que menosprecia el asombroso vacío que él conoce tan bien. Siempre que abre el objetivo, la granja está a su espalda. Las fotos lo esconden todo: los años veinte, que para ellos no tienen nada de locos. La Depresión, que les cuesta ochenta hectáreas y que manda a la mitad de la familia a Chicago. Los programas de radio, que alejan de la agricultura a dos de los hermanos de Frank Jr. La muerte de Hoel en el Pacífico Sur y la culpabilidad de los dos Hoel supervivientes. La maquinaria Deere y Caterpillar desfilando por el cobertizo. El granero, que una noche se convierte en cenizas entre los gritos indefensos de los animales. Las docenas de bodas, bautizos y graduaciones llenos de felicidad. La media docena de adulterios. Los dos divorcios, tan tristes como para acallar a las aves. El fracaso de uno de los hijos en las elecciones locales. El juicio entre primos. Los tres embarazos sorpresa. La prolongada guerrilla de los Hoel en contra del pastor local y de media parroquia luterana. Los efectos de la heroína y del agente naranja, que llegan con los sobrinos desde Vietnam. El incesto silenciado, el alcoholismo persistente, la fuga de una hija con su profesor de Lengua del instituto. Los cánceres (mama, colon, pulmón), la enfermedad cardíaca, la mano desollada de un trabajador con la barrena de grano, la muerte en accidente de coche del hijo de uno de los primos la noche del baile de fin de curso. Las incontables toneladas de sustancias químicas con nombres como Rage, Roundup y Firestorm, y las semillas patentadas diseñadas para producir plantas estériles. Las bodas de oro en Hawái y sus desastrosas consecuencias. La dispersión de jubilados por Arizona y Texas. Las generaciones de rencor, valentía, paciencia y generosidad inesperada. Todo lo que un ser humano denominaría «historia» sucede fuera del encuadre de estas fotos. Dentro, a lo largo de cientos de estaciones rotativas, no hay más que ese árbol solitario, cuya corteza agrietada se alza en espiral hacia la mediana edad, creciendo a la velocidad del bosque.

La extinción acecha la granja Hoel y todas las granjas familiares del oeste de Iowa. Los tractores se vuelven demasiado monstruosos; los vagones de ferrocarril llenos de fertilizante de nitrógeno, demasiado caros; la competencia, demasiado amplia y eficiente; los márgenes, demasiado

estrechos, y el suelo, demasiado gastado debido a los repetidos cultivos en línea para obtener beneficio. Cada año las enormes granjas de monocultivo, implacablemente productivas, absorben a un nuevo vecino. Como cualquier humano que se enfrenta a la catástrofe, Frank Hoel Jr. se dirige a ciegas a su destino. Se endeuda. Vende hectáreas y derechos. Firma tratos que no debería con las compañías de semillas. Está seguro de que «el año que viene» algo acudirá para salvarlos, como siempre ha sucedido.

En total, Frank Jr. añade setecientas cincuenta y cinco fotos del gigante solitario a las ciento sesenta que tomaron su padre y su abuelo. El día 21 del último abril de su vida, con Frank Jr. confinado en la cama, es su hijo quien viaja a la granja desde su casa, a cuarenta minutos de distancia, para subirse a la loma y tomar una nueva foto en blanco y negro, ahora llena de exuberantes ramas. Eric se la muestra al anciano. Eso es más fácil que intentar decirle a su padre que lo quiere.

Frank Jr. esboza una mueca con sabor a almendras amargas.

—Escucha. Hice una promesa y la mantuve, pero tú no le debes nada a nadie. Deja en paz al maldito árbol.

Es posible que también le ordene al castaño gigante que deje de extenderse.

Tres cuartos de siglo se suceden en un golpe de cinco segundos. Nicholas Hoel hojea la pila de un millar de fotos mientras observa el significado secreto de aquellas décadas. A sus veinticinco años, regresa durante un breve espacio de tiempo a la granja donde ha pasado todas las Navidades de su vida. Tiene suerte de estar allí, dada la cantidad de vuelos cancelados debido a las tormentas de nieve, que entran desde el oeste y obligan a permanecer en tierra a los aviones de todo el país.

Él y sus padres han acudido en coche para estar con su abuela. Mañana, más familiares llegarán desde todas partes del estado. Al repasar las fotos, los recuerdos de la granja regresan: las vacaciones de su infancia, el clan al completo reunido alrededor del pavo o cantando villancicos, las banderas y los fuegos artificiales del solsticio de verano. De algún modo, todo está codificado en ese árbol animado, las reuniones de cada temporada en las que pasaba con sus primos varios días de exploración y aburrimiento entre el maíz. Al hacer retroceder las fotos, Nicholas siente que los años se despegan como el papel de pared en contacto con el vapor.

Y siempre los animales. Primero los perros, sobre todo los de tres patas, locos de alegría cada vez que la familia de Nick enfilaba el largo carril de grava para llegar a la granja. También el cálido aliento de los caballos y la sensación de rigidez del pelo de las vacas. Las serpientes colándose entre los tallos cosechados. Una madriguera de conejos encontrada por azar debajo del buzón. Los gatos medio salvajes que salieron de debajo del porche delantero, un día de julio, oliendo a misterio y a leche cortada. Los pequeños regalos de ratones muertos en la puerta trasera de la granja.

La película de cinco segundos desencadena escenas primordiales. El merodeo por el cobertizo de la maquinaria, con los motores y las herramientas arcanas. Las reuniones de los Hoel en la cocina, con el suelo de linóleo mohoso y agrietado, mientras las ardillas daban golpecitos en los nidos ocultos entre los travesaños de las paredes. Las excavaciones con sus dos primos pequeños, en las que, con unas viejas palas de madera, se pasaban horas abriendo zanjas de las que Nick aseguraba que pronto brotaría magma.

Se sienta arriba, junto al escritorio de persiana del estudio de su fallecido abuelo, para revisar el proyecto que ha sobrevivido a cuatro generaciones de artífices. De todo el cargamento contenido en la granja Hoel —los cientos de tarros de galletas y bolas de nieve, la caja del desván que contiene los viejos boletines de notas de su padre, el órgano con pedales rescatado de la iglesia donde su bisabuelo fue bautizado, los juguetes anticuados de su padre y sus tíos, los bolos de madera de pino relucientes y la increíble ciudad con imanes por debajo de las calles—, este montón de fotos siempre ha sido el único tesoro del que nunca se ha cansado. Cada foto por sí sola no muestra más que aquel árbol que él escalaba con tanta frecuencia, tan a menudo que podía trepar incluso con los ojos cerrados. Pero al pasarlas una tras otra, bajo su pulgar crece una columna corintia de madera llena de vigor y de grietas. Tres cuartos de siglo se suceden en menos de lo que se tarda en bendecir la mesa. Una vez, cuando tenía nueve años y fueron a la granja para la cena de Pascua, Nick repasó el montón tantas veces que su abuelo le dio una bofetada y escondió las fotos en la balda más alta del armario con olor a naftalina. En cuanto todos los adultos bajaron de nuevo, Nick se subió a una silla y recuperó el montón.

Es su patrimonio, el emblema de los Hoel. Ninguna otra familia del país tenía un árbol como el árbol Hoel. Y ninguna otra familia en Iowa podría igualar ese proyecto fotográfico multigeneracional realizado por pura extravagancia. Aun así, los adultos parecían haber jurado no decir nunca qué

destino tenía el proyecto. Ni sus abuelos ni su padre le explicaron el sentido del grueso folioscopio. Su abuelo dijo una vez: «Se lo prometí a mi padre y él se lo prometió al suyo». Aunque en otra ocasión también confesó: «Te hace ver las cosas de un modo diferente, ¿a que sí?». Así era.

En la granja fue donde Nick comenzó a dibujar. Los sueños a lápiz de los niños —cohetes, coches disparatados, ejércitos masificados, ciudades imaginarias— se volvían más detallados y barrocos cada año. Luego vinieron texturas más silvestres, observadas de forma directa: el bosque de pelo del lomo de una oruga y los mapas tormentosos del grano de los tablones. Fue en la granja, ebrio de folioscopio, cuando comenzó a dibujar ramas, tumbado bocarriba durante un 4 de julio, mientras miraba el extenso árbol y todos los demás lanzaban herraduras. Existía cierta geometría en esa escisión constante, cierto equilibrio entre los diversos anchos y longitudes que excedían sus poderes artísticos. Al dibujar, se preguntaba a qué tendría que parecerse su cerebro para distinguir cada una de las hojas lanceoladas de una determinada rama y ser capaz de reconocerlas con la misma facilidad que los rostros de sus primos.

La película mágica vuelve a proyectarse y, en menos tiempo del que tarda el brócoli blanco y negro en transformarse de nuevo en un gigante que palpa el cielo, el niño de nueve años abofeteado por su abuelo se convierte en adolescente, se enamora de Dios y reza por las noches, aunque rara vez es capaz de dejar de masturbarse al imaginar a Shelly Harper, así que se aleja de Dios y se acerca a la guitarra, lo detienen por medio porro de hierba, lo condenan a seis meses en un reformatorio próximo a Cedar Rapids —donde dibuja durante horas todo lo que ve a través de las ventanas enrejadas de su dormitorio— y se da cuenta de que necesita pasarse la vida haciendo cosas extrañas.

Estaba convencido de que su idea no sería muy bien recibida. Los Hoel eran granjeros, propietarios de negocios de alimentación para animales y comerciales de maquinaria agrícola; gente extremadamente práctica anclada en la lógica de la tierra y destinada a trabajar durante largas jornadas, año tras año, sin preguntar por qué. Nick se preparó para un enfrentamiento, algo propio de aquellas novelas de D. H. Lawrence que le habían ayudado a sobrevivir al instituto. Ensayó su intervención durante semanas, la lengua se le trababa ante lo absurdo de su petición: «Papá, me gustaría mucho sobrepasar la frontera del sentido común a tu costa y declararme inútil para trabajar».

Eligió una noche de principios de primavera. Su padre estaba en un sofá del porche, como muchas otras noches, leyendo una biografía de Douglas MacArthur. Nicholas se sentó a su lado en una butaca. A través de la mosquitera entraba una dulce brisa que le despeinaba.

—¿Papá? Necesito ir a la escuela de arte.

Su padre miró por encima del libro como si observara las ruinas de su linaje.

—Suponía que sería algo así.

Y de ese modo Nick se fue, su atadura se aflojó lo suficiente como para llegar al Loop de Chicago y tener la libertad de probar todos los defectos inherentes a su propio deseo.

En la escuela de Chicago, aprendió varias cosas:

1. Que la historia humana era la historia de un hambre cada vez más confusa.
2. Que el arte no era nada de lo que él creía.
3. Que la gente era capaz de hacer cualquier cosa que se le pasase por la cabeza. Intrincados retratos tallados en la punta de un lápiz. Cacas de perro recubiertas de poliuretano. Excavaciones que parecían pequeñas naciones.
4. Que eso te hace ver las cosas de un modo diferente, ¿o no?

Sus compañeros se reían de sus pequeños bocetos a lápiz hiperrealistas y sus trampantojos, pero él seguía realizándolos, curso tras curso. Y en tercero, se volvió conocido. Casi envidiado.

Una noche de invierno, durante el último año, en su cuartito alquilado en Rogers Park, tuvo un sueño. Una estudiante de la que estaba enamorado le preguntaba: «¿Qué quieres hacer en realidad?». Él levantó las manos al cielo y se encogió de hombros. Entonces se le formaron en las palmas de las manos unos pequeños pozos de sangre de los que crecieron dos espinas ramificadas. Presa del pánico, recuperó la conciencia. Tuvo que pasar media hora antes de que su corazón se calmara lo suficiente como para darse cuenta del origen de esas espinas: provenían de las fotos a cámara rápida del castaño que plantó el padre gitano-noruego de su tatarabuelo, ciento veinte años atrás, cuando se inscribió en aquella escuela a distancia de arte primitivo en las llanuras occidentales de Iowa.

Nick se sienta junto al escritorio y vuelve a hojear las imágenes. El año

pasado ganó el premio Stern de Escultura, concedido por el Instituto de Bellas Artes de Chicago. Este año es reponedor en unos famosos grandes almacenes de Chicago, que llevan agonizando durante un cuarto de siglo. De acuerdo, ha obtenido un título que le autoriza a elaborar artefactos particulares con los que avergonzar a sus amigos y enfadar a los desconocidos. En Oak Park hay un almacén repleto de disfraces de carnaval de papel maché y de decorados surrealistas creados para un espectáculo que se estrenó en un pequeño teatro de Andersonville y que cerró al cabo de tres noches. Pero con treinta y cinco años, el vástago de un largo linaje de granjeros quiere creer que su mejor obra puede estar aún por llegar.

Es el día antes de Nochebuena. Los Hoel se marcharán en masa al día siguiente, pero su abuela ya está encantada. Esos días en los que la vieja casa, con sus corrientes de aire, se llena de descendientes son su razón de vivir. Ya no queda nada de la granja, solo la casa en su colina aislada. Todas las tierras de los Hoel llevan mucho tiempo arrendadas a organizaciones que las gestionan desde oficinas situadas a cientos de kilómetros. La tierra de Iowa ha llegado a su racionalizado final. Pese a todo, por unos instantes, estas vacaciones serán todo nacimientos milagrosos y niños salvadores en pesebres, como siempre fueron las Navidades de los Hoel durante ciento veinte años.

Nick baja las escaleras. Es media mañana y su abuela, su padre y su madre hacen corrillo alrededor de la mesa de la cocina, donde fluyen los rollitos de nueces pecanas y las desgastadas fichas de dominó que parecen pequeños chicles. Fuera la temperatura ha descendido más allá de lo gélido. Para paliar los vientos polares del norte que se cuelan por las paredes de cedro, Eric Hoel ha subido la temperatura de la vieja estufa de propano. El fuego arde en la chimenea, hay comida suficiente para alimentar a «los cinco mil», y un televisor nuevo, tan grande como el estado de Wyoming, retransmite un partido de fútbol que a nadie le interesa.

Nicholas dice:

—¿Quién se viene a Omaha?

Hay una exposición sobre paisajes americanos en el Museo Joslyn, a solo una hora de distancia. Cuando lanzó la idea anoche, los viejos mostraron interés, pero ahora miran a otro lado.

Su madre sonríe, avergonzada.

—Me siento un poco griposa, cariño.

Su padre añade:

—Estamos muy a gusto aquí, Nick.

Su abuela asiente con aire aturdido.

—Vale —contesta Nicholas—. ¡Vosotros os lo perdéis! Volveré para cenar.

La nieve, incesante, barre la carretera interestatal. Pero él es del Medio Oeste y su padre no sería su padre si no le hubiera puesto al coche neumáticos para nieve virgen. La exposición «Paisajes americanos» es espectacular. Con solo ver los Sheeler ya siente un ataque de celosa gratitud. Permanece en el museo hasta que lo echan. Cuando se marcha, es de noche y la nieve se arremolina por encima de sus botas.

Encuentra el camino de vuelta y emprende la interestatal hacia el este. La carretera está completamente blanca. Los conductores lo bastante locos como para viajar con ese tiempo se pegan a las luces traseras de los otros coches y forman una lenta procesión sobre la nieve. El surco que Nick deja no guarda la menor relación con la línea de la carretera que discurre más abajo. Las bandas sonoras de la cuneta están tan cubiertas de nieve que no las oye cuando pasa por encima de ellas.

Debajo de un viaducto, choca con una placa de hielo liso. El coche patina. Nick se abandona a la trayectoria libre y conduce como si el coche fuera una cometa, hasta que se endereza por sí mismo. Enciende y apaga las luces largas mientras trata de decidir cuáles son menos cegadoras contra la cortina de nieve. Al cabo de una hora, ha recorrido casi treinta kilómetros.

En el túnel negro de nieve se produce una escena que parece la visión nocturna de un documental sobre policías. Un camión articulado de dieciocho ruedas cruza la mediana y gira por el carril de la izquierda a gran velocidad, como un animal herido, a cien metros de Nick. De un volantazo, lo esquivo y se mete en la cuneta de la derecha. La cola derecha del coche golpea el quitamiedos. El morro izquierdo roza el neumático trasero del camión. Cuando deja de derrapar, tiembla tanto que no puede conducir. Consigue llegar a una zona de descanso plagada de conductores varados.

Hay una cabina delante del baño. Llama a la casa, pero las líneas están cortadas. Es la noche previa a Nochebuena y el teléfono se ha caído en todo el estado. Está convencido de que sus padres estarán preocupadísimos, pero lo único sensato que puede hacer es acurrucarse en el coche y dormir un par de horas hasta que todo haya pasado y las quitanieves hayan retirado los restos de la rabia de Dios.

Poco antes de que amanezca, retoma el camino. Casi ha dejado de nevar y

los coches circulan ya en ambas direcciones. Muy despacio, se dirige a casa. Lo más difícil es subir la pequeña cuesta para salir de la interestatal. Consigue recorrer ese tramo y tomar la carretera que lleva a la granja. El camino está bloqueado. A lo lejos se ve el castaño Hoel, cubierto de blanco, como una única aguja en el horizonte. En las ventanas superiores de la casa brillan dos pequeñas luces. No se imagina qué harán levantados tan temprano. Alguien se habrá quedado despierto toda la noche esperando noticias suyas.

La carretera hasta la casa está enterrada en la nieve. La vieja quitanieves de su abuelo todavía está en el cobertizo. A estas alturas, su padre debería haberla utilizado al menos un par de veces. Nick lucha contra la nieve amontonada, pero es demasiada. Deja el coche a mitad de camino y recorre a pie el último trecho hasta la casa. Al empujar la puerta delantera, grita con voz cantarina:

—¡Uf, de noche de paz, nada!

Pero no hay nadie abajo que le ría la gracia.

Más tarde se preguntará cómo no se dio cuenta allí mismo, junto a la puerta. Pero todavía tiene que avanzar hasta los pies de la escalera, donde su padre yace cabeza abajo con los brazos en ángulos imposibles, como adorando el suelo. Nick grita y se lanza a ayudarlo, pero no hay ayuda que valga. Se levanta y sube los escalones de dos en dos. Todo está tan claro como la Navidad, no hace falta saber nada más. Arriba, las dos mujeres están acurrucadas en sus habitaciones y nada puede despertarlas: un sueño tardío el día de Nochebuena.

Una sensación de mareo le sube por las piernas y el torso. Se está ahogando en alquitrán. Corre escaleras abajo, donde la vieja estufa de propano todavía está encendida, emitiendo el gas que asciende y se acumula de manera invisible bajo el techo que el padre de Nick aisló recientemente. Nick sale dando tumbos por la puerta principal, tropieza con los escalones del porche y se cae sobre la nieve. Se revuelca por el blanco congelado, entre jadeos, hasta que se recupera. Cuando levanta la vista, todo está en las ramas del árbol centinela, solitario, enorme, fractal y desnudo contra la nieve, que alza las ramas inferiores y sacude su ancha copa. Cada una de sus ramitas pródigas cruje con la brisa como si también este momento, tan insignificante, tan transitorio, estuviera escrito en sus anillos, como si sus ramas se dispusieran a rezar mientras agitan sus señales de banderas contra el más azul de los cielos invernales del Medio Oeste.

Mimi Ma



El día de 1948 en que Ma Sih Hsuin consigue el billete de tercera clase para cruzar hasta San Francisco, su padre comienza a hablarle en inglés. Lo obliga a practicar por su bien. El discurso colonial británico magistral de su padre le da cien vueltas a sus imprecisiones funcionales de ingeniero eléctrico.

—Hijo mío, escúchame. Estamos condenados.

Se sientan en la oficina de arriba del inmueble de Shanghái, mitad sede de la empresa comercial, mitad hogar familiar. La actividad de Nanjing Road se filtra por la ventana y no da ninguna muestra de condena. Pero

Ma Sih Hsuin no es un hombre político y su mirada es la de alguien que ha resuelto demasiados problemas matemáticos a la luz de las velas. Su padre —experto en arte, maestro calígrafo, patriarca con una esposa principal y dos secundarias— no puede evitar perderse en las metáforas. Y las metáforas avergüenzan a Sih Hsuin.

—Esta familia ha llegado demasiado lejos. Desde Persia a la Atenas de China, por así decir.

Sih Hsuin asiente, aunque él nunca diría tal cosa.

—Nosotros, los musulmanes huís hemos recogido todo lo que este país nos lanzó y lo hemos convertido en mercancía de reventa. Este edificio, nuestra mansión de Hangzhou... Piensa en todo lo que hemos debido superar. ¡La resistencia de los Ma!

Ma Shouying mira el cielo de agosto y contempla todas las calamidades que la Compañía Comercial Ma ha vencido. La explotación colonial. La rebelión Taiping. La destrucción de las plantaciones de seda familiares por el tifón. La revolución de 1911 y la masacre del 27. Vuelve la cara contra el oscuro rincón de la sala. Los fantasmas están por todas partes, víctimas de

violaciones que ni el magnate filósofo que contrató a un peregrino para que acudiera a La Meca en su nombre se atreve a enumerar en voz alta. Extiende la palma de la mano sobre el escritorio, cubierto de papeles.

—Ni siquiera los japoneses pudieron con nosotros.

A Sih Hsuin la historia le provoca sarpullido, con flujos y reflujos aleatorios. Dentro de cuatro días viajará a Estados Unidos, será uno entre los muchos estudiantes chinos que obtuvieron el visado durante 1948. Ha estudiado los mapas durante semanas, ha repasado las cartas de aceptación y ha practicado todos esos nombres inescrutables: buque de Estados Unidos *General Meigs*. Autobús de largo recorrido Greyhound. Instituto Carnegie de Tecnología. Durante un año y medio ha acudido a las sesiones matinales de cine con Gable Clark y Astaire Fred para practicar su nueva lengua.

Continúa hablando en inglés a pesar del esfuerzo, por puro orgullo.

—Si quieres, me quedo aquí.

—¿Yo? ¿Querer que te quedes? No has entendido nada de lo que estoy diciendo.

La mirada de su padre es como un poema.

¿Por qué te detienes
en esta bifurcación del camino
y te frotas los ojos?
No me entiendes,
¿verdad que no, muchacho?

Shouying se levanta y se acerca a la ventana. Mira hacia Nanjing Road, un lugar tan ávido como siempre por aprovechar esa confusión que es el futuro.

—Eres la salvación de esta familia. Los comunistas estarán aquí dentro de seis meses. Entonces todos nosotros... Hijo, reconócelo. Tú no estás hecho para los negocios. Podrías quedarte para siempre en la escuela de ingeniería. Pero ¿y tus hermanas y hermanos? ¿Tus primos, tías y tíos? Los huis operan con mucho dinero. No duraremos ni tres semanas cuando llegue el final.

—Pero los americanos. Prometieron.

Ma Shouying regresa al escritorio y pellizca la mejilla de su hijo.

—Hijo mío. Mi inocente hijo, con sus grillos como mascotas, sus palomas mensajeras y su radio de onda corta. La Montaña de Oro va a comerte vivo.

Lo suelta y se dirige hacia el final de la sala, hacia el habitáculo del

contable, donde abre la reja y aparta de un empujón un mueble archivador que esconde una caja fuerte, de cuya existencia Sih Hsuin nunca sospechó. Shouying extrae de ella tres planchas de madera envueltas en satén. Incluso Sih Hsuin sabe lo que contienen: generaciones de beneficios de la familia Ma, desde la Ruta de la Seda hasta el paseo del Bund, invertidos en algo transportable.

Ma Shouying examina los montones de objetos relucientes, se para a observarlos uno a uno por unos instantes y los devuelve a sus bandejas. Al final da con lo que busca: tres anillos como pequeños huevos de pájaro. Tres paisajes de jade que levanta hacia la luz.

Sih Hsuin contiene el aliento.

—¡Mira qué color!

El color de la avaricia, de la envidia, de la frescura, del crecimiento, de la inocencia. Verde, verde, verde, verde y verde. De una funda que lleva al cuello, Shouying saca una lupa de joyero. Coloca los anillos de jade frente a la luz y los escudriña en la que será la última vez. Le pasa el primer anillo a Sih Hsuin, que lo mira como si de una roca de Marte se tratara. Es una masa sinuosa con tronco y ramas de jade de varias capas de profundidad.

—Vives entre tres árboles. Uno de ellos está detrás de ti. El loto: el árbol de la vida de tus antepasados persas. El árbol que se encuentra al final del séptimo cielo, que nadie puede sobrepasar. Ah, pero para los ingenieros el pasado no tiene sentido, ¿verdad?

Las palabras confunden a Sih Hsuin. No logra interpretar el sarcasmo de su padre. Trata de devolver el primer anillo, pero su padre se apresura a coger el segundo.

—Otro de los árboles está frente a ti. El fusang. Un moral mágico que se encuentra lejos, al este, que proporciona el elixir de la vida. —Levanta la lupa y mira a su hijo—. Bueno, en breve partirás hacia Fusang.

Le entrega el jade. Su minuciosidad es increíble. Un pájaro vuela sobre la frondosidad. Desde las sinuosas ramas cuelga una hilera de capullos de gusanos de seda. El grabador debió de servirse de una aguja microscópica con punta de diamante.

Shouying acerca la lupa al último anillo.

—El tercer árbol está a tu alrededor: el ahora. Y como el Ahora, te seguirá dondequiera que vayas.

Le da el tercer anillo a su hijo, que pregunta:

—¿Qué tipo de árbol?

El padre desenvuelve otra caja. La madera oscura lacada se despliega en dos series de bisagras que revelan un documento enrollado. Desata la cinta, que lleva mucho tiempo amarrada. El pergamino consiste en una serie de retratos de hombres arrugados cuya piel cuelga más que los pliegues de sus túnicas. Uno de ellos se apoya en un bastón en pleno bosque. Otro mira a través de una ventana estrecha que hay en la pared. Otro aparece sentado bajo un pino retorcido. El padre de Sih Hsuin da un golpecito en el aire encima de esta última imagen.

—De este tipo.

—¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué hacen?

Su padre mira el documento, tan antiguo que Sih Hsuin no es capaz de leerlo.

—Son *Luóhàns*. Arhats. Adeptos que han atravesado las cuatro etapas de la Iluminación y ahora viven en la pureza y conocen el gozo.

Sih Hsuin no osa tocar ese objeto radiante. Su familia es rica, por supuesto, tan rica que muchos de sus integrantes no trabajan. Pero ¿tan rica como para poseer «esto»? Le enfada que su padre haya mantenido en secreto esos tesoros, aunque Sih Hsuin no es un hombre que sepa cómo enfadarse.

—¿Por qué no sabía nada de esto?

—Ahora lo sabes.

—¿Qué hacer yo?

—Caramba, tu gramática es espantosa. Supongo que tus profesores de Electricidad y Magnetismo son más competentes que los de Inglés.

—¿Tiene cuántos años? ¿Mil años? ¿Más?

Una palmadita tranquiliza al joven.

—Hijo, escucha. La fortuna de una familia se puede almacenar de muchas maneras. Esta es mi manera de hacerlo. Pensé que reuniríamos estos objetos y los protegeríamos. Cuando el mundo recupere la cordura, hallaremos un hogar para ellos: algún museo donde los visitantes relacionen nuestro nombre con... —Asiente mirando a los *Luóhàns*, que juegan en el umbral del Nirvana —. Haz lo que te plazca con ellos. Son tuyos. Quizá descubras lo que quieren de ti. Lo más importante es que permanezcan fuera del alcance de los comunistas. Los comunistas se limpiarían el culo con ellos.

—¿Me los llevo a América?

Su padre vuelve a enrollar los papeles y ata cuidadosamente el cilindro con la cinta raída.

—Un musulmán de la tierra de Confucio que va al baluarte cristiano de

Pittsburgh con un puñado de valiosas pinturas budistas. ¿Nos olvidamos de alguien?

Coloca de nuevo el rollo en la caja y se la pasa a su hijo. Al cogerla, Sih Hsuin deja caer uno de los anillos. Su padre suspira y se agacha para recoger el tesoro del suelo polvoriento. Toma los otros dos anillos de la mano de Sih Hsuin.

—Estos los podemos meter en pasteles de luna. El rollo... ya lo pensaremos.

Colocan las bandejas de joyas en la caja fuerte y empujan el mueble archivador de vuelta a su sitio. A continuación, echan la llave del habitáculo del contable, cierran la oficina y descienden a la planta baja. Se detienen fuera, en Nanjing Road, que está atestada de gente que hace negocios, a pesar del inminente fin del mundo.

—Los traeré de nuevo —dice Sih Hsuin— cuando acabe la facultad y todo vuelva a estar tranquilo.

Su padre mira el suelo y sacude la cabeza. Como si hablara para sí mismo, dice en chino:

—No puedes regresar a algo que ha desaparecido.

Con dos baúles y una maleta de cartón, Ma Sih Hsuin toma el tren desde Shanghái a Hong Kong. Allí se entera de que su certificado médico, obtenido en el consulado de Estados Unidos en Shanghái, no es suficiente para el oficial médico del barco, a quien debe pagar otros cincuenta dólares para que vuelva a examinarlo.

El *General Meigs* acaba de ser desmantelado y traspasado a la compañía American President Lines para su uso como trasatlántico para pasajeros por el Pacífico. Es un pequeño mundo con capacidad para mil quinientas personas. Sih Hsuin ocupa una de las literas de la cubierta asiática, tres plantas por debajo de la luz del día. Los europeos están arriba, bajo el sol, con sus tumbonas y sus camareros en librea que sirven bebidas frescas. Sih Hsuin debe ducharse con docenas de hombres, con cubos, en cueros. La comida es repugnante, vomitiva: salchichas aguadas, patatas pastosas y ternera picada con mucha sal. A Sih Hsuin no le importa. Va a América, al gran Instituto Carnegie, para graduarse en Ingeniería Eléctrica. Allí son lujosos hasta los barrios asiáticos: sin bombardeos, sin violaciones, sin torturas. Permanece sentado en la litera durante horas, chupando huesos de

mango, sintiéndose el rey de la creación.

Atracan en Manila, luego en Guam, después en Hawái. Al cabo de veintiún días, llegan por fin a San Francisco, el puerto de acceso a la afortunada tierra de Fusang. Sih Hsuin hace cola en Inmigración con los dos baúles y la endeble maleta, todos ellos estarcidos con su nombre inglés. Ahora se llama Sih Hsuin Ma: su viejo ser vuelto del revés, como una chaqueta reversible y desenfadada. Varias pegatinas de colores cubren la maleta: algunas del barco, un banderín rosa de la Universidad de Nankín, otro naranja del Instituto Carnegie. Se siente despreocupado, americano, rebosante de cariño por la gente de todas las naciones, excepto por los japoneses.

La oficial de aduana echa un vistazo a sus papeles.

—¿Ma es su nombre de pila o su apellido?

—No tengo nombre de pila, solo musulmán. Hui.

—¿Eso es algún tipo de culto?

Él sonríe y asiente varias veces. Ella entorna los ojos. Durante un momento de pánico, cree que lo han pillado. Mintió en su fecha de nacimiento, ya que puso el 7 de noviembre de 1925. En efecto, nació el séptimo día del decimoprimer mes del calendario lunar. La conversión era demasiado complicada.

La mujer le pregunta la duración y el motivo de su estancia, así como el lugar de residencia, todo ello anotado en sus papeles. Esa conversación — decide Sih Hsuin— es una simple prueba de su habilidad para recordar lo que ha anotado. Ella señala los baúles.

—¿Puede abrirlo, por favor? No..., el otro.

La oficial inspecciona el contenido de la caja de comida: tres pasteles de luna rodeados por unos huevos centenarios. Al abrir la tumba, la mujer siente arcadas.

—Dios mío, cierre eso.

Hurga entre la ropa y los libros de ingeniería, y se detiene a examinar las suelas de un par de zapatos que él mismo arregló. Se topa con la caja de documentos, que Sih Hsuin y su padre decidieron dejar a la vista.

—¿Qué hay aquí?

—Un recuerdo. Pintura china.

—Ábralo, por favor.

Sih Hsuin deja la mente en blanco. Piensa en sus palomas mensajeras, en la constante de Planck, en cualquier cosa excepto en esa sospechosa obra maestra que, como mínimo, le acarrearía un pago de aranceles que superaría

su estipendio de los próximos cuatro años y, en el peor de los casos, le supondría un arresto por contrabando.

La agente hace un mohín al ver a los arhats.

—¿Quiénes son?

—Santos.

—¿Qué les pasa?

—Están contentos. Han visto lo Verdadero.

—¿Y eso qué es?

Sih Hsuin no sabe nada del budismo chino y tan solo posee unas nociones generales de inglés, pero ahora se supone que debe explicar la Iluminación a la oficial americana.

—Lo Verdadero significa: seres humanos, muy pequeños; y la vida, muy grande.

La agente resopla.

—¿Eso es lo que han visto?

Sih Hsuin asiente.

—¿Y eso los hace felices? —Sacude la cabeza y le hace un gesto con la mano—. Mucha suerte en Pittsburgh.

Sih Hsuin se convierte en Winston Ma: una simple reestructuración de ingeniería. En los mitos, la gente se convierte en todo tipo de cosas. Aves, animales, árboles, flores, ríos. ¿Por qué no en un americano llamado Winston? Y Fusang —la mítica tierra de su padre, situada en el este— se convierte, después de los años en Pittsburg, en Wheaton (Illinois). Winston Ma y su reciente esposa plantan un sólido moral en su jardín trasero. Es un único árbol con dos sexos, más antiguo que la separación entre el yin y el yang; el árbol de la Renovación, el árbol del centro del universo, el árbol hueco que alberga el Tao sagrado. Es el árbol de la seda sobre el que se forjó la fortuna de la familia Ma, un árbol en honor a su padre, que nunca podrá contemplarlo.

Permanece de pie junto a la planta, con el círculo negro de tierra como una promesa a sus pies. No va a sacudirse las manos embarradas, ni siquiera con el peto que lleva puesto. Charlotte, su esposa, descendiente de una familia hacendada sureña que una vez envió misioneros a China, le explica:

—Hay un dicho chino que dice: «¿Cuándo es la mejor época para plantar un árbol? Hace veinte años».

El ingeniero chino sonríe y contesta con su gramática limitada:

—Está bien.

—«¿Y cuándo es la siguiente mejor época? Ahora».

—¡Ah! ¡De acuerdo!

Su sonrisa se vuelve sincera. Hasta hoy, nunca había plantado nada. Pero ahora, esa siguiente mejor época es larga y lo reescribe todo.

Incontables horas se suceden. En uno de ellos, tres niñas pequeñas comen copos de maíz bajo el árbol del desayuno. Es verano. El moral exhibe sus desordenados racimos de aquenios. Mimi, la primogénita de nueve años, está sentada entre las manchas de fruta junto a sus hermanas, con la ropa teñida de rojo, lamentando el destino de su familia.

—Toda la culpa es de Mao.

Es un domingo por la mañana, de pleno verano, de 1967, y Verdi trona a todo volumen desde la habitación cerrada de sus padres, como todos los domingos de la infancia de Mimi.

—El cerdo de Mao. Seríamos millonarios si no fuera por él.

Amelia, la benjamina, deja de remover los cereales, ya convertidos en pasta.

—¿Quién es Mao?

—El mayor bandido del mundo. Robó todo lo que tenía el abuelo.

—¿Robaron las cosas del abuelo?

—Las del abuelo Tarleton no; las del abuelo Ma.

—¿Quién es el abuelo Ma?

—El abuelo chino —interrumpe Carmen, la mediana.

—Nunca lo he visto.

—Nadie lo ha visto. Ni siquiera mamá.

—¿Papá tampoco?

—Está en un campo de trabajo donde meten a la gente rica.

Carmen pregunta:

—¿Y cómo es que papá nunca habla en chino? Es sospechoso.

Uno de los muchos misterios que rodean a su padre.

—Papá me robó las fichas de póquer cuando iba ganándole. —Amelia riega el árbol con la leche del cuenco.

—Cállate —ordena Mimi—. Y límpiame la barbilla. No hagas eso, vas a envenenar las raíces.

—¿Y papá a qué se dedica?

—Es ingeniero. Boba.

—Eso ya lo sé. «Yo conduzco el tren. ¡Chuchú!» Siempre quiere hacerme reír.

Mimi no tolera la estupidez.

—Ya sabes a qué se dedica.

Su padre está inventando un teléfono del tamaño de un maletín, que lleva una batería de coche y que puede transportarse a cualquier parte. Toda la familia le ayuda a probarlo. Tienen que salir al garaje y meterse en el Chevrolet —él lo llama «cabinas telefónicas»— cada vez que hacen una llamada de larga distancia.

—¿No crees que los laboratorios dan mucho miedo? —pregunta Carmen —. Tienes que registrarte al entrar, como en una cárcel.

Mimi se queda quieta mientras escucha. Verdi brota desde la ventana de arriba. Solo está permitido comer bajo el árbol del desayuno los domingos. Cualquier domingo por la mañana las tres niñas podrían irse a Chicago y nadie se daría cuenta.

Carmen sigue la mirada de Mimi.

—¿Qué crees que hacen allí toda la mañana?

Mimi se encoge de hombros.

—Deja de interrumpirme. Odio cuando haces eso.

—¿Crees que se tocan desnudos?

—No seas ordinaria.

Mimi suelta su cuenco. Necesita claridad y un lugar donde pensar, y eso implica altitud. Trepa hasta la uve más baja del moral con el corazón acelerado. «Mi granja de seda —dice siempre su padre—. Pero sin gusanos de seda.»

Carmen grita:

—Prohibido subirse al árbol. ¡Me voy a chivar!

—Si dices algo, te aplasto como a un gusano.

Eso le hace gracia a Amelia. Mimi se detiene en el estribo. Los frutos cuelgan a su alrededor. Se come uno. Aunque es dulce como una pasa, Mimi ha tomado tantos en su corta vida que está hasta el gorro de ellos. Las ramas zigzaguean. Le molesta que las hojas tengan formas tan diversas. Corazones, manoplas, manos locas de *boy scouts*. Algunas tienen pelo por debajo, algo espantoso. ¿Para qué necesita tener pelo un árbol? Todas las hojas tienen muescas y tres venas principales, como ellas tres. Mimi parte una de las

hojas, consciente del horror que viene a continuación. La sangre del árbol, espesa y lechosa, brota de la herida. «Eso es lo que los gusanos convierten en seda de alguna manera», piensa.

Amelia se echa a llorar.

—¡Para! Le estás haciendo daño. ¡Lo oigo llorar!

Carmen mira hacia la ventana que Mimi intenta alcanzar.

—¿Y es cristiano? Porque cuando viene a la iglesia con nosotras, nunca dice las cosas de Jesús.

Mimi sabe que su padre es otra cosa, algo lejano. Es un chino musulmán bajito, guapo, sonriente y agradable que adora las matemáticas, los coches americanos, las elecciones e ir de *camping*. Un estratega que almacena cosas de oferta en el sótano, que trabaja hasta muy tarde y que se queda dormido en el sillón reclinable con las noticias de las diez. Todo el mundo lo quiere, sobre todo las niñas. Pero nunca habla en chino, ni siquiera en Chinatown. De vez en cuando cuenta algo de la vida anterior a América, después de tomar helado de dulce de leche alrededor de una hoguera en algún parque nacional por la noche. Cuenta que criaba grillos y palomas mensajeras en Shanghái. Que una vez afeitó un melocotón y metió la pelusilla dentro de la blusa de una criada para que le picara. «No riais. Todavía me siento mal, mil años después.»

Pero Mimi no sabía mucho más del hombre hasta ayer, un horrible sábado, cuando llegó a casa desde el parque infantil hecha un mar de lágrimas.

—¿Qué pasar? ¿Qué hacer tú?

Se puso firme delante de su padre.

—¿Todos los chinos son comunistas, comen ratas y adoran a Mao?

Por fin su padre le relató la historia del otro mundo. Mimi no entendía muchas cosas, pero, mientras hablaba, su padre se convirtió en el personaje de una película de suspense nocturna, en blanco y negro, llena de rincones oscuros, música inquietante y un millar de actores. Le habló de los estudiantes varados, convertidos en americanos según la Ley de Personas Desplazadas. Le describió a otros chinos que llegaron con él, incluyendo a uno que acabó ganando el premio de ciencia más prestigioso. Mimi se quedó perpleja: Estados Unidos y los comunistas se peleaban por el cerebro de su padre.

—El tipo ese, Mao, debe mucho dinero. Cuando pagar, llevaré a familia a cenar por todo lo alto. ¡La mejor rata que pruebas jamás!

Ella se echó de nuevo a llorar, hasta que su padre le aseguró que antes de

llegar a Murray Hill, Nueva Jersey, nunca había visto una rata de cerca. La consoló con palabras y gestos cariñosos.

—Los chinos comer muchas cosas extrañas, pero la rata no tan común.

La llevó a su estudio. Allí, le mostró cosas que, un día más tarde, Mimi sigue sin digerir. Abrió con llave el armario archivador y sacó una caja de madera con tres anillos verdes.

—Mao nunca supo esto. Tres anillos mágicos. Tres árboles: pasado, presente y futuro. Por suerte, tengo tres hijas mágicas. —Se tocó la sien con el dedo—. Tu padre, siempre pensando.

Cogió el anillo que denominó *el pasado* y se lo probó a Mimi en el dedo. La niña se quedó fascinada por la espesura verde y sinuosa. La talla era profunda: ramas superpuestas a más ramas. Imposible que alguien pudiera tallar algo tan pequeño.

—Es todo jade.

Ella sacudió la mano y el anillo se le cayó al suelo. Su padre se arrodilló para recogerlo y meterlo de nuevo en la caja.

—Demasiado grande. Esperamos más adelante.

La caja regresó al archivador, que volvió a quedar cerrado con llave. Entonces se agachó junto al armario y sacó una caja lacada. Colocó la caja en su mesa de dibujo y deshizo el ritual de pestillos y cintas. Dos golpecitos en los rodillos y allí, delante de sus narices, apareció China, aquella mitad suya tan irreal como una fábula. Las palabras chinas descendían en columnas y se arremolinaban como llamas diminutas. Cada pincelada de tinta brillaba como si ella misma la acabara de trazar. No parecía posible que nadie pudiera escribir así. Pero su padre sí, si quería.

Después del flujo de palabras llegó la procesión de hombres, cada uno de ellos como un esqueleto rechoncho. Aunque sus rostros reían, tenían la piel hundida. Parecían haber vivido cientos de años. Sus ojos sonreían ante la mejor broma de la creación, mientras sus hombros se curvaban bajo la carga de algo demasiado pesado.

—¿Quiénes son?

Su padre estudió las figuras.

—¿Estos hombres? —Sus labios se tensaron como los de aquellas figuras sonrientes—. *Luóhàn*. Arhat. Pequeños budas. Resuelven la vida. Aprueban el examen final. —Levantó el mentón de la niña hacia él. Al sonreír, el delgado borde de oro de su diente delantero destelló—. ¡Superhéroes chinos!

La niña apartó la cara y estudió a los hombres santos. Uno de ellos estaba

sentado en una pequeña cueva. Otro llevaba un fajín rojo y pendientes. Otro esperaba en el borde de un acantilado con un fondo difuso de peñascos y niebla. Otro se apoyaba en un árbol, del mismo modo que Mimi se apoyaría al día siguiente en el moral, para contárselo todo a sus hermanas.

Su padre señaló el paisaje onírico.

—China. Muy antigua. —Mimi tocó al hombre que se hallaba bajo el árbol. Su padre le levantó la mano y besó la punta de sus dedos—. Demasiado antigua para tocar.

Ella miró al hombre, cuyos ojos lo sabían todo.

—¿Superhéroes?

—Ven todas las respuestas. Ya nada les hace daño. Los emperadores vienen y van. Qing, Ming, Yuan. Los comunistas también. Un pequeño insecto en un perro gigante. Pero ¿este hombre? —Chascó la lengua y levantó el pulgar, como si aquellos pequeños budas fueran la mejor apuesta en la línea del tiempo.

Con aquel chasquido, una Mimi adolescente se elevó desde sus hombros de nueve años para analizar a los arhats desde arriba, años después. Por encima de la mirada adolescente surgió otra, la de una mujer de más edad. El tiempo no era una línea que se extendía delante de ella, sino una columna de círculos concéntricos: en el núcleo se encontraba ella y en el borde exterior flotaba el presente. Por encima y por debajo de ella se apilaban las distintas facetas de su ser futuro, todas vueltas hacia esa habitación para echar otra ojeada al puñado de hombres que habían resuelto la vida.

—Mira qué color —dijo Winston, y todas las facetas posteriores de su ser se desplomaron alrededor de Mimi—. China: sin duda, un sitio divertido. —Volvió a enrollar los documentos y los colocó de nuevo en la caja y en el suelo del armario.

En el moral, Mimi piensa que si pudiera subir un poco más por encima de la tierra, miraría por la ventana de sus padres y vería lo que Verdi hace con ellos. Pero abajo, salta la revolución.

—¡Prohibido subir! —grita Amelia—. ¡Baja!

—Cierra el pico —sugiere Mimi.

—¡Papá! ¡Mimi está en la granja de seda!

Mimi se deja caer, a menos de medio metro de aplastar a su hermana pequeña. Le tapa la boca y dice:

—Si te callas, os enseño una cosa.

Con el entendimiento perfecto de la infancia, las dos niñas saben que esa

«cosa» merece la pena. Más adelante, bajo el auspicio de los crecientes coros de Verdi, entran en la casa, al estilo de los comandos, y se cuelan en el estudio de su padre. El archivador está cerrado con llave, pero Mimi abre la caja lacada. El pergamino se extiende sobre la mesa de dibujo de su padre para mostrar la imagen de una figura sentada bajo un árbol retorcido y paciente.

—¡No toquéis! Son nuestros antepasados. Y son dioses.

El ingeniero eléctrico chino, que lleva a su familia al garaje para llamar por teléfono a los abuelos de Virginia desde un teléfono más grande que un tronco de Navidad, siente más amor por los parques nacionales que por sí mismo. Winston Ma se pasa medio año planeando el ritual anual de junio, trazando mapas, subrayando guías, tomando notas en cuadernos de bolsillo y atando unas extrañas moscas artificiales que parecen pequeños dragones chinos de Año Nuevo. Hacia noviembre, la mesa del comedor está tan llena de preparativos que la familia debe tomar la cena de Acción de Gracias — almejas con arroz— en el rincón del desayuno. Luego llegan las vacaciones y parten de nuevo los cinco, apiñados en el Chevy Biscayne azul cielo con portaequipajes y un asiento de atrás tan ancho como una plataforma continental, sin aire acondicionado y con una nevera llena de zumo frío, para recorrer miles de kilómetros en viajes a Yosemite, Zion y Olympic, entre otros.

Este año regresan a su adorado Yellowstone. Todos los lugares de acampada del camino merecen una anotación en los cuadernos de Winston. Apunta el número de referencia de cada uno y los evalúa según doce criterios distintos. Durante el invierno, utilizará estos datos para perfeccionar la ruta del año siguiente. Hace que las niñas practiquen con sus instrumentos musicales en el asiento de atrás. A Mimi, con la trompeta, y a Carmen, con el clarinete, les resulta más fácil que a la pequeña Amelia con el violín. Se olvidan de llevar libros. Más de tres mil kilómetros sin nada que leer. Las dos mayores miran fijamente a su hermana pequeña durante un montón de kilómetros de Nebraska hasta que Amelia rompe a llorar. Así pasa el tiempo.

Charlotte desiste en su intento de controlar a las niñas. Aunque nadie lo sospecha, ya ha comenzado a adentrarse por ese espacio largo y particular que cada año se hará más profundo. Va en el asiento del copiloto, ayudando a su marido con los mapas y tarareando nocturnos de Chopin en voz baja. La

demencia comienza aquí, en esos días de santidad automovilística silenciosa.

Acampan durante tres días cerca de Slough Creek. Las dos hermanas pequeñas se pasan las horas jugando a la solterona con los naipes. Mimi se acerca al arroyo para acompañar a su padre. La lasitud compartida al lanzar la caña, la C del sedal al iluminarse por el aire, el ritmo creciente de cuatro tiempos con la mano rígida deteniéndose a las diez y a las dos, la onda de la mosca seca al posarse sobre el agua, el temor de la niña a que algo pique, el sobresalto de la boca del pez cuando rompe la superficie del agua: elementos fascinantes que durarán para siempre.

Con la fría corriente hasta las rodillas, su padre es libre. Mapea los bancos de arena, mide la velocidad del agua, analiza el fondo, busca sombras —esas ecuaciones simultáneas con múltiples incógnitas que uno debe resolver para pensar como un pez— mientras vacía la mente de todo, salvo de la profunda dicha de estar en el agua.

—¿Por qué se esconden estos peces? —pregunta a su hija—. ¿Qué hacen?

Así es como la niña lo recordará, vadeando su paraíso particular. Al pescar, resuelve la vida. Al pescar, aprueba el examen final, el siguiente arhat, y se une a los del pergamino misterioso del fondo del armario que Mimi ha seguido visitando en secreto a lo largo de los años. Ya es lo bastante mayor como para saber que los hombres de las imágenes no son sus antepasados. Pero al ver a su padre así, en el río, pleno y en paz, no puede evitar pensar: «Él es su descendiente».

Charlotte está sentada en una silla de playa a la orilla del río. Su única tarea es desenganchar los sedales de los dos pescadores y deshacer nudos microscópicos y bizantinos, hora tras hora. Winston observa la puesta de sol sobre el río, los juncos que pasan del dorado al pardo.

—¡Mira qué color!

Y de nuevo, minutos después, susurra para sus adentros bajo el apabullante azul cobalto: «¡Mira qué color!». Hay colores en su espectro que nadie más puede ver.

Meriendan a orillas de un pequeño lago cerca de la carretera que lleva a Tower Junction. Mimi y Carmen buscan piedras para hacer joyas. Charlotte y Amelia comienzan la decimoséptima partida consecutiva de damas chinas. Winston se sienta en una silla plegable, para actualizar sus anotaciones. Se produce un movimiento raro cerca de la mesa. Amelia grita:

—¡Un oso!

Charlotte se levanta de un salto y lanza el tablero por los aires. Coge en

brazos a su hija pequeña y sale corriendo hacia el lago. El oso se dirige hacia las recolectoras de joyas. Mimi comprueba si tiene los hombros elevados o el perfil recto. Si se trata de un grizzly, debe hacer lo contrario que con un oso negro. Uno de ellos trepa a los árboles, el otro no. Pero no recuerda cuál.

—¡Sube! —le grita a Carmen, y cada una trepa por un pino.

El oso, que podría alcanzar a cualquiera de las dos de un simple zarpazo, pierde el interés. Se queda junto a la orilla del lago mientras se pregunta si será un buen día para darse un baño. Mira a la mujer que, sumergida hasta el pecho, sostiene a su hijita en alto como si estuviera a punto de bautizarla. El oso espera para ver qué será lo siguiente que hará esta especie demente. Se acerca a Winston, que se ha quedado petrificado junto a la mesa mientras hace fotos con la Nikon. La cámara —el único objeto japonés que se permite poseer— hace clic, chas, brrr.

Winston se pone de pie cuando el animal se acerca. Entonces comienza a hablarle. En chino. Cerca de allí, hay unos baños rudimentarios con la puerta abierta. Winston sigue hablándole al oso, que reconsidera su propio enfoque de la situación. La tristeza se apodera de él. Se sienta y lanza las garras al aire.

Winston sigue hablando. Esa lengua extranjera que sale de la boca de su padre deja atónita a Mimi. Winston se saca un puñado de pistachos del bolsillo y los lanza hacia la letrina. El oso se acerca a ellos, agradecido por el juego.

—Montaos en el coche —susurra Winston con todas sus fuerzas—. ¡Rápido!

Le obedecen, mientras el oso ni siquiera levanta la cabeza. Pero Winston se para a recoger la mesa de *camping* y las sillas. Le han costado caras, y no está dispuesto a dejarlas allí.

Aquella noche, en el *camping* cerca de Norris, Mimi le pregunta, sorprendida. Su padre ha cambiado ante sus ojos.

—¿No tenías miedo?

Él se echa a reír, avergonzado.

—Todavía no era mi hora. No mi historia.

Esas palabras le provocan un escalofrío. ¿Cómo puede conocer su historia de manera anticipada? Pero no se lo pregunta. En cambio, le pregunta:

—¿Qué le has dicho?

Winston arruga la frente. Se encoge de hombros. ¿Qué se le puede decir a un oso?

—¡Le he pedido disculpas! Le he dicho que la gente es muy estúpida. Lo olvida todo, de dónde viene, adónde va. He dicho: no te preocupes. El ser humano dejará este mundo muy pronto. El oso recuperará entonces la litera de arriba.

En Holyoke, Mimi es una LHG: lesbiana hasta la graduación. Es más o menos lo mismo que sucede en la mitad de las otras Siete Escuelas Hermanas de Estados Unidos, todas ellas femeninas. Recorta y pega, lo llaman. Divertido, pecaminoso, saludable, vergonzoso, dulce: un buen ensayo para algo. La vida, lo llaman. Sea lo que sea que suceda después de la universidad.

Allí lee a los poetas americanos del siglo XIX y toma el té en South Hadley por las tardes durante tres semestres. Es mejor que Wheaton. Pero un día de abril está leyendo *Planilandia*, de Abbott, para una asignatura de segundo llamada Trascendencia cuando llega a la parte en que el narrador, A. Square, es arrastrado desde su avión hacia la inmensidad de Espaciolandia. La verdad llega a ella como una revelación: lo único en lo que merece la pena creer es en la medición. Ha de hacerse ingeniera, como su padre. No hay otra opción. En realidad ya es ingeniera, siempre lo ha sido. Y al igual que le sucede a Square, en cuanto ella regresa a Planilandia, sus amigos de Holyoke quieren internarla.

Se muda a Berkeley, el mejor lugar de ingeniería cerámica que puede encontrar. Un túnel del tiempo asombroso. Los futuros amos del universo estudian al lado de revolucionarios impenitentes que creen que la Edad de Oro del Potencial Humano alcanzó su cima diez años atrás.

Allí crece, es una Mimi renacida que parece una kazaja diminuta con una calculadora científica a cuestas y, a juicio de muchos, la criatura más bonita que jamás haya enunciado la ecuación de Hall-Petch. Saborea el ambiente sobrecogedor de *Las poseídas de Stepford*. Se sienta en la arboleda de eucaliptus, los árboles que explotan con el calor seco, para resolver series de problemas y observar a los manifestantes con sus pancartas llenas de lemas en mayúsculas. Cuanto mejor tiempo hace, más iracundas son las reivindicaciones.

El mes antes de la graduación, se atavía con un traje arrollador para las entrevistas de trabajo: impecable, gris, profesional, inexorable como un terremoto del norte de California. Se entrevista con ocho representantes de distintas compañías en la universidad y consigue tres ofertas de trabajo. Elige

un puesto como supervisora del proceso de fundición en una empresa de molduras de Portland porque allí tiene más posibilidades de viajar. La envían a Corea. Se enamora del país. Al cabo de cuatro meses, ya sabe más coreano que chino.

Sus hermanas también deambulan por el mapa. Carmen acaba estudiando Económicas en Yale. Amelia consigue un trabajo como cuidadora de animales heridos en un centro de observación de Colorado. De regreso a Wheaton, el moral Ma recibe ataques por todos los frentes. La cochinilla blanca lo ha cubierto de motas de algodón. Los cóccidos se amontonan en las ramas, invulnerables a los pesticidas de su padre. Las bacterias ennegrecen las hojas. Sus padres se sienten incapaces de salvarlo. Charlotte, sumida en su densa niebla, murmura acerca de traer a un sacerdote para que rece por él. Winston estudia biblias de horticultura y llena sus cuadernos de especulaciones con caligrafía impecable. Pero cada temporada el árbol se acerca un poco más a la capitulación.

Cuando Mimi regresa a Portland de uno de sus viajes a Corea, Winston la llama por teléfono. Contacta con ella a través de la cabina familiar de los Ma, en el garaje. El tamaño de su invento ya se ha reducido al de una bota de montaña, tan fiable y económico que la compañía Bell Labs ha autorizado su comercialización para otras firmas. Pero a Winston no le apetece contarle a su hija que el trabajo de su vida ha dado fruto por fin. De lo único que quiere hablar con ella es del moral fallido.

—El árbol. ¿Qué hace?

—¿Qué le pasa, papá?

—Color feo. Todas las hojas caen.

—¿Has comprobado la tierra?

—Mi granja de seda. Se acabó. Jamás produjo un hilo.

—Tal vez deberías plantar otro.

—¿La mejor época para plantar un árbol? Hace veinte años.

—Sí. Y siempre has dicho que la siguiente mejor época era ahora.

—Mal. La siguiente mejor época, hace diecinueve años.

Mimi nunca ha oído tan triste a este hombre optimista y con recursos ilimitados.

—Vete de viaje, papá. Llévate a mamá de *camping*.

Pero acaban de regresar de una expedición de quince mil kilómetros por los ríos salmoneros de Alaska, y sus cuadernos de viaje están llenos de notas meticulosas que tardará años en revisar.

—Pásame con mamá.

Se oye un ruido: la puerta del coche se abre y se cierra; a continuación, la puerta del garaje. Al cabo de un rato, una voz dice:

—*Salve filia mea.*

—¿Mamá? ¿Qué demonios dices?

—*Ego Latinam discunt.*

—No me hagas esto, mamá.

—*Vita est supplicium.*

—Dile a papá que se ponga. ¿Papá? ¿Va todo bien?

—Mimi. Llega mi hora.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Mi trabajo, hecho. Mi granja de seda, acabada. La pesca, un poco peor cada año. ¿Qué hacer ahora?

—¿De qué estás hablando? Haz lo que siempre has hecho.

Elaborar tablas y gráficos de los lugares donde acampar el año que viene. Llenar el sótano con pilas de jabón, sopa, cereales y demás productos de oferta. Quedarse dormido todas las noches con las noticias de las diez. Libertad.

—Sí —responde.

Pero ella conoce la voz que la ha formado. Ese «sí», signifique lo que signifique, es una mentira. Toma nota de llamar a sus hermanas para discutir el hundimiento de Wheaton. Sus padres están hechos polvo. ¿Qué van a hacer? Pero las conferencias a la Costa Este cuestan dos dólares el minuto si no tienes un teléfono mágico con forma de zapato. Decide escribir a ambas durante el fin de semana. Pero ese fin de semana tiene que dar una conferencia sobre sinterizado cerámico en Róterdam, así que la carta se le va de la cabeza.

En otoño, mientras su esposa está en el sótano estudiando latín, Winston Ma, que una vez fue Ma Sih Hsuin para todos sus conocidos, está sentado bajo el moral demolido y, con *Macbeth*, de Verdi, a todo volumen desde la ventana de su habitación, se lleva una Smith & Wesson 686 con puño de madera a la sien y esparce los engranajes de su ser infinito por las losas del patio. No deja más nota que una copia del poema de Wang Wei, de mil doscientos años de antigüedad, caligrafiada en un pergamino sobre la mesa de su estudio:

Un hombre viejo, quiero
solo paz.
Las cosas de este mundo
no significan nada.
No conozco un buen modo
de vivir y no puedo
dejar de perderme en mis
pensamientos, mis viejos bosques.
El viento que agita los pinos
suelta mi correa.
La luna de la montaña me ilumina
mientras toco mi laúd.

Tú preguntas: ¿cómo se levanta y cae un hombre en esta vida?
La canción del pescador fluye en lo más profundo del río.

Mimi está en el aeropuerto de San Francisco, de camino a Seattle para inspeccionar unas instalaciones. Se encuentra en la terminal, mirando escaparates, cuando su nombre resuena en medio de la cacofonía de las llamadas de embarque y los anuncios de servicios públicos. Algo frío le agarra del pelo. Antes incluso de que los empleados del servicio de atención al cliente le pasen el teléfono, ya sabe lo que sucede. Y durante todo el camino a Illinois, de regreso a casa, piensa: «¿Cómo es que reconozco lo que está pasando? ¿Por qué es todo tan parecido a un recuerdo?».

Su madre está desamparada.

—Vuestro padre no quiere hacernos daño. Pero tiene algunas ideas que yo no comprendo. Él es así.

Sus palabras llegan desde un lugar donde el disparo que oyó desde el sótano no es más que una posibilidad entre las muchas que podría proporcionar la ramificación del tiempo. Parece tan dócil, tan en paz en medio de su confusión, tan hundida en la corriente del río que Mimi no puede hacer nada más que compartir su calma ficticia. A Mimi le toca concluir el trabajo dejado por su padre. Nadie ha tocado el escenario, salvo para llevarse el cadáver y la pistola. Los trozos de cerebro salpican las piedras y el tronco del árbol como si fueran una nueva especie de babosa de jardín. Mimi se convierte en una máquina limpiadora. Cubo, esponja y agua jabonosa para la

superficie manchada. No supo alertar a sus hermanas ni frenar lo que vio venir. Pero esto sí puede hacerlo: limpiar la carnicería del patio para siempre. Al limpiar, se convierte en otra cosa. El viento le revuelve el pelo. Mira las losas ensangrentadas, los trozos del tejido blando que albergaba las ideas de su padre. Lo imagina a su lado, sorprendido por las salpicaduras de su propio cerebro esparcidas por el césped. «¡Mira qué color!» ¿Preguntas cómo se levanta y cae un hombre en esta vida? Así.

Se sienta bajo el moral enfermo. El viento sacude las hojas dentadas. Las arrugas recorren la corteza como los pliegues en los rostros de los arhats. Los ojos de Mimi se empañan con una confusión animal. Incluso ahora, cada centímetro cuadrado de tierra está impregnado de fruta, una fruta manchada, según dice el mito, con la sangre de un suicidio por amor. Las palabras le brotan quebradas y metálicas.

—¡Papá! ¡Papi! ¿Qué has hecho?

Después, ruge el silencio.

Llegan Carmen y Amelia. Se sientan las tres juntas por última vez. No encuentran explicación. No la habrá jamás. La persona menos probable del mundo ha emprendido un viaje imposible sin ellas. En vez de explicación, recuerdo. Cada una de las hermanas coloca las manos en los hombros de las otras y se cuentan historias del pasado. La ópera de los domingos. Los viajes épicos en coche. Las excursiones al laboratorio, donde el hombrecillo flotaba por los pasillos y era aclamado por sus colegas gigantes vestidos de blanco como el feliz inventor del teléfono móvil del futuro. Rememoran el día que la familia escapó del oso. Su madre dentro del agua sujetando a Amelia por encima de la cabeza. Su padre hablando con el animal en chino: dos criaturas de distinto orden compartiendo el mismo bosque.

Mantienen una liturgia silenciosa de recuerdos y conmoción. Pero lo hacen de puertas para adentro. Las hermanas de Mimi no salen al patio. Ni siquiera pueden mirar el viejo árbol del desayuno, la granja de seda de su padre. Mimi les cuenta lo que sabe. La llamada de teléfono. «Llega mi hora.»

Amelia la abraza.

—No es culpa tuya. Qué ibas a saber.

Carmen dice:

—¿Te dijo eso y no nos lo contaste?

Charlotte está sentada junto a ellas, con una leve sonrisa. Es como si la

familia siguiera de *camping* en algún lugar y ella estuviera a orillas de un lago deshaciendo los diminutos nudos del sedal de su marido.

—Odia que os peleéis.

—Mamá —le grita Mimi—. Mamá, ya está bien. Céntrate. Se ha ido.

—¿Se ha ido? —Charlotte frunce el ceño por la insensatez de su hija—. ¿Qué dices? Yo veré a vuestro padre otra vez.

Las tres jóvenes atacan la montaña de papeleo y de informes. A Mimi nunca se le había pasado por la cabeza algo semejante: la ley no se detiene ante la muerte. Se extiende más allá de la tumba, durante años, para enredar a los familiares en líos burocráticos que convierten en pan comido todos los desafíos anteriores. Mimi anuncia a sus hermanas:

—Tenemos que dividir sus cosas.

—¿Dividir? —pregunta Carmen—. ¿Te refieres a repartírnoslas?

Amelia añade:

—¿No deberíamos dejar que mamá...?

—Ya habéis visto su situación. Es como si no estuviera.

Carmen se revuelve.

—¿Puedes dejar de resolver problemas por un momento? ¿Qué prisa tenemos?

—Me gustaría dejarlo todo listo. Por mamá.

—¿Y deshacernos de sus cosas?

—Repartirlas. Cada cosa para la persona indicada.

—Como si resolviéramos una gran ecuación de segundo grado.

—Carmen, tenemos que ocuparnos de esto.

—¿Por qué? ¿Quieres vender la casa sin contar con mamá?

—¿Crees que va a poder cuidar ella sola de todo esto, en su estado?

Amelia rodea a ambas con los brazos.

—Tal vez todo eso pueda esperar un poco. Tenemos muy poco tiempo para estar juntas.

—Ahora estamos las tres aquí —dice Mimi—. Puede pasar mucho tiempo hasta que nos volvamos a reunir. Acabemos con esto.

Carmen se suelta del brazo de su hermana.

—Entonces, ¿no vas a venir a casa por Navidad?

Pero en su tono hay algo tan válido como una confesión firmada. El concepto *casa* ya no existe, se fue con su padre.

Charlotte se aferra a varios objetos simbólicos.

—Este es su jersey favorito. Ay, no te lleves las botas de pescar. Y esos son los pantalones que se pone cuando vamos a andar.

—Está bien —dice Carmen cuando se quedan las tres a solas—. Lo está asumiendo. Solo está un poco rara.

—Yo puedo volver dentro de un par de semanas —se ofrece Amelia—, a echar un vistazo y asegurarme de que se encuentra bien.

Carmen, enfadada de antemano, se enfrenta a Mimi.

—Nada de meterla en una residencia. Ni lo sueñes.

—No sueño nada. Lo único que hago es intentar ocuparme de todo.

—¿Ocuparte? Anda, mira. Tú eres la compulsiva. Once cuadernos llenos de notas sobre todos los lugares de acampada en los que hemos estado. Todos para ti.

Las tres heroínas de ópera se ciernen sobre una bandeja de plata. En la bandeja hay tres anillos de jade. En cada uno de ellos hay un árbol tallado que se ramifica en uno de los tres disfraces del tiempo. El primero es el loto, el árbol en el límite del pasado donde nadie puede regresar. El segundo es ese pino delgado y recto del presente. El tercero es fusang, el futuro, un moral mágico de un lugar lejano del este donde se esconde el elixir de la vida.

Amelia los mira fijamente.

—¿Para quién se supone que es cada uno?

—Solo hay un buen método para decidirlo —dice Mimi—. Y unos cuantos malos.

Carmen suspira.

—¿Y cuál es ese método?

—Cállate. Cierra los ojos. Cuando cuente tres, coge uno.

A la de tres, se produce un ligero roce de brazos y cada mujer encuentra su destino. Cuando abren los ojos, la bandeja está vacía. Amelia tiene el eterno presente, Carmen el condenado pasado. Y a Mimi le queda el delgado tronco de las cosas venideras. Se lo pone en el dedo. Le queda algo grande, un regalo de una patria que nunca verá. Hace girar en su dedo el aro infinito de herencia como un sésamo abierto.

—Ahora, los budas.

Las otras no lo entienden. Pero resulta que Amelia y Carmen no han vuelto a pensar en el pergamino durante los últimos diecisiete años.

—Los *Luóhàns* —dice Mimi, pronunciando como puede—. Los arhats.

Saca el rollo de la mesa donde su padre solía atar las moscas de pesca. Es más antiguo y extraño de lo que recordaban. Como si alguien lo hubiera vuelto a crear con colores y tinta en un mundo del más allá.

—Podríamos llevarlo a una casa de subastas y repartirnos el dinero.

—Mimi —dice Amelia con suavidad—. ¿Acaso no nos ha dejado suficiente dinero?

—Podría quedárselo Mimi. Sería un acto de iluminación.

—Podemos donarlo a un museo. En memoria de Sih Hsuin Ma. —El nombre suena completamente americano en labios de Mimi.

Amelia responde:

—Eso sería muy bonito.

—Y tendríamos exención de impuestos de por vida.

—Para la que gane dinero —apostilla Carmen con desprecio.

Amelia enrolla el pergamino con sus pequeñas manos.

—¿Y cómo lo hacemos?

—No lo sé. Deberíamos tasarlo antes.

—Tú te ocupas, Mimi —propone Carmen—. Se te da bien resolver cosas.

* * *

La policía les devuelve la pistola. Les pertenece, en teoría, por cuestiones de herencia. Pero en el permiso no aparece ninguno de sus nombres. Nadie sabe qué hacer con ella. El arma espera en el aparador, enorme y murmurante a través del estuche de madera. Se ha de destruir, como el anillo que se debe arrojar a la caldera del volcán. Pero ¿cómo?

Mimi hace de tripas corazón y coge el estuche. Lo ata al trasportín de la bicicleta que usaba cuando iba al instituto, conservada en el sótano por sus padres, y monta por Pensilvania hacia la tienda de armas en Glen Ellyn, de donde proviene la pistola. No sabe si se la comprarán. No le importa. La donará. La caja pesa como una losa y desea deshacerse de ella. Los coches la adelantan, los conductores se alteran. El barrio está demasiado concurrido para que los adultos monten en bicicleta. El estuche parece un pequeño ataúd.

Una patrulla de policía. Mimi trata de actuar con normalidad, algo muy propio de la familia Ma. El coche la adelanta despacio, con las luces

encendidas e invisibles a mediodía. Durante un cuarto de segundo, suena la sirena, un hipido de máxima autoridad. Mimi se tambalea hasta detenerse y casi se cae al suelo. Prisión obligatoria por transportar armas sin permiso. Una pistola que hace poco han limpiado de una buena cantidad de tejido humano. El corazón le late tan deprisa que nota el sabor de la sangre bajo la lengua. El policía se acerca hasta ella, que sigue encogida sobre la bici.

—No ha señalado el giro en el cruce anterior.

La cabeza le tiembla sobre el tronco. No sabe hacer nada más que sacudirla.

—Tiene que señalar el giro con la mano. Es la ley.

Ahora Mimi está en el aeropuerto O'Hare de Chicago, esperando para volar a Portland. Oye que la llaman por megafonía una y otra vez. Se pone rígida mientras las sílabas se convierten en otras palabras. El vuelo se retrasa. Luego, se vuelve a retrasar. Está sentada dándole vueltas al anillo de jade en el dedo, decenas de miles de vueltas. Las cosas de este mundo no significan nada, excepto ese anillo y el pergamino antiguo de valor incalculable que lleva consigo. Lo único que quiere es paz. Pero allí es donde debe vivir ahora: a la sombra del moral torcido. El poema inexplicable. La canción del pescador.

Adam Appich



Un niño de cinco años pinta un cuadro en 1968. ¿Qué hay en él? Primero, una madre, que le ha proporcionado papel y pintura y le ha dicho: «Hazme algo bonito». Después, una casa con una puerta flotante en el aire y una chimenea con volutas de humo. Luego, cuatro niños Appich en orden descendente como tazas medidoras, del mayor hasta el más pequeño, Adam. A un lado —porque Adam no sabe cómo ponerlos detrás de la casa— hay cuatro árboles. El olmo de Leigh, el fresno de Jean, el carpe de Emmett y el arce de Adam, todos ellos dibujados con los mismos garabatos verdes.

—¿Y papá dónde está? —le pregunta su madre.

Aunque Adam refunfuña, añade al hombre. Lo representa con ese mismo dibujo entre sus pegajosas manos mientras ríe y dice: «¿Qué son esos... árboles? ¡Mira ahí fuera! ¿Así son los árboles?».

El artista, puntilloso de nacimiento, añade también al gato. Y al lagarto cornudo que Emmett guarda en el sótano, donde el ambiente es más adecuado para los reptiles. A continuación pinta los caracoles de debajo del tiesto y la polilla saliendo de un capullo tejido por una criatura distinta. Las semillas helicóptero del arce de Adam y la extraña roca del callejón, que podría ser un meteorito, aunque Leigh dice que es hormigón. Y decenas de cosas más, vivas o casi vivas, hasta que no cabe un alfiler en el folio.

Le da a su madre el cuadro terminado. Ella abraza a Adam, incluso delante de los Graham, que están al otro lado de la calle tomando algo en el jardín. Aunque el cuadro no lo muestra, su madre solo lo abraza cuando bebe. Adam se zafa de sus brazos para que el cuadro no se aplaste. Incluso de pequeño ya odiaba que lo agarraran. Cada abrazo es una cárcel pequeña y blanda.

Los Graham se ríen al ver al niño correr. Desde el rellano, a mitad de las

escaleras, Adam oye que su madre susurra:

—Es un poco retrasado en el aspecto social. La enfermera de la escuela dice que lo observemos.

«Esa palabra —piensa— significa “especial”, es posible que “con superpoderes”. Algo que merece el respeto de los demás.» Ya a salvo, en la habitación de los chicos, le pregunta a Emmett, que tiene ocho años —casi un hombre—:

—¿Qué es ser retrasado?

—Pues tener retraso.

—¿Y eso qué es?

—Que no eres normal.

A Adam eso le parece bien. Lo de ser normal no es bueno. Los normales están muy lejos de ser las mejores criaturas del mundo.

Meses después, el cuadro sigue colgado en la puerta de la nevera cuando su padre reúne a los cuatro niños después de cenar. Se apiñan sobre la alfombra de pelo largo del estudio, lleno de trofeos de béisbol infantil, ceniceros hechos a mano y montones de esculturas de macarrones. Rodean a su padre, que está encorvado sobre *La guía de bolsillo de los árboles*.

—Necesitamos buscar un benjamín.

—¿Qué es un benjamín? —le susurra Adam a Emmett.

—Un árbol pequeño con flores blancas.

Leigh resopla.

—Eso es un jazmín, tarugo. Un benjamín es un niño pequeño.

—Hueleculos —replica Emmett.

La imagen es tan bestia que Adam la llevará con él hasta su madurez. Aquel momento de discusión constituirá una buena parte de los recuerdos que guarde de su hermana Leigh.

Su padre los manda callar y presenta a los candidatos. Por un lado, está el tulípero, que crece deprisa y dura muchos años, con flores ostentosas. También está el abedul negro, pequeño y delgado, con cuya corteza, cuando se desprende, se pueden hacer canoas. Y por último, las tsugas, que forman grandes agujas y se llenan de pequeñas piñas. Además, siempre están verdes, aunque les nieve encima.

—Una tsuga —declara Leigh.

Jean pregunta:

—¿Por qué?

—¿Por qué tengo que dar razones?

—Canoas —replica Emmett—. ¿Por qué no lo votamos?

Adam se sonroja hasta que casi le desaparecen las pecas. Al borde de las lágrimas, con la presión de una responsabilidad imposible, intenta salvar a los demás de errores terribles y grita:

—¿Y si nos equivocamos?

Su padre continúa pasando las hojas del libro.

—¿A qué te refieres?

Jean contesta. Lleva haciendo de intérprete de su hermano desde antes de que este pudiera hablar.

—Se refiere a ¿qué pasa si no es la especie de árbol adecuada?

Su padre da una palmada al oír la fastidiosa idea.

—Solo tenemos que elegir uno bonito.

Adam, entre lágrimas, no transige.

—No, papá. Leigh es lánguida, como su olmo. Jean es recta y buena. El carpe de Emmett..., ¡míralo! Y mi arce se pone rojo, como yo.

—Dices eso porque sabes de quién es cada árbol.

Adam enseñará este argumento a sus estudiantes de psicología cuando tenga más edad de la que tiene su padre el día que eligen el árbol para Charles, el hermano que aún no ha nacido. Hará de ese tema una carrera: generación, primado, encuadre, sesgo de confirmación y combinación de correlación con causalidad, todos ellos defectos presentes en el cerebro del mamífero superior más problemático.

—No, papá. Tenemos que elegir bien. No basta con escoger uno.

Jean le acaricia el pelo.

—No te preocupes, Dammie.

El fresno es un árbol de sombra, noble, lleno de remedios y bálsamos. Sus ramas se dividen como un candelabro. Pero su madera arde cuando aún está verde.

—¡Canoas y ya está! —grita Emmett.

El carpe romperá el hacha antes de que la acerques.

Como casi siempre, su padre amaña la votación.

—El nogal negro está de oferta —dice, y pone fin a la democracia.

Por suerte, ninguna otra especie del arboreto americano podría encajar mejor con el futuro pequeño Charles: un ser imponente, de grano recto, cuyas nueces son tan duras que debes partirlas con un martillo. Un árbol que envenena el suelo para que no crezca nada más bajo sus pies. Una madera tan excelente que atrae a los ladrones.

El árbol llega antes que el bebé. El padre de Adam, echando sapos por la boca, lucha para introducir el cepellón envuelto en arpillera en el hoyo cavado en el verde perfecto del césped. Adam, situado junto a sus hermanos al borde del agujero, ve que algo falla estrepitosamente. No se cree que nadie intervenga.

—¡Papá, para! El trapo. El árbol se está ahogando. Las raíces no pueden respirar.

Su padre gruñe y sigue con el forcejeo. Adam se lanza al hoyo para evitar el asesinato. Todo el peso del cepellón le cae sobre las piernas extendidas y lanza un grito. Su padre suelta la peor palabrota posible. Agarra del brazo a Adam, lo saca de su enterramiento en vida y lo arrastra por el césped hasta el porche. El niño se queda tumbado en el suelo de hormigón, dando alaridos, no por su dolor, sino por el imperdonable crimen infligido al árbol de su futuro hermano.

Charles llega a casa desde el hospital, un bulto pesado e indefenso envuelto en una manta. Adam espera, un mes tras otro, a que el nogal negro, ahogado, muera y se lleve con él a su hermano pequeño, envuelto en su colcha de payasos. Pero ambos viven, lo cual demuestra a Adam que la vida intenta decir algo que nadie oye.

Cuatro primaveras después, con el primer brillo de las hojas, los niños de los Appich se pelean por cuál de los árboles es el más hermoso. Se pelean de nuevo cuando aparecen las semillas y más tarde los frutos y, por último, con el ajetreo y el colorido del otoño. Salud y poder, tamaño y belleza: discuten por todo. El árbol de cada niño posee su particular excelencia: la corteza con forma de diamante del fresno, las largas hojas compuestas del nogal, la lluvia de helicópteros del arce, la propagación en forma de jarrón del olmo, el músculo estriado del carpe.

Ahora, con nueve años, Adam decide organizar una votación. Abre la parte superior de un cartón de huevos, para crear una urna de voto secreto. Cinco papeletas, cinco árboles. Cada niño vota por el suyo. Establecen que habrá segunda vuelta. Emmett compra el voto de Charles, de cuatro años, a cambio de media chocolatina; Jean vota el arce de Adam por razones de puro amor. Se trata del carpe contra el arce. La campaña electoral es despiadada. Jean ayuda a Adam a elaborar panfletos. Leigh se convierte en directora de campaña de Emmett. Como eslogan, Leigh y Emmett manipulan un poema

que encuentran garabateado en el viejo anuario de instituto de su padre:

No temas si es pequeña tu labor
y tu ganancia es poca.
Incluso el poderoso carpe
fue una vez una nuez más chica que tu boca.

Como respuesta, Jean le hace un cartel a Adam en el que se lee:

VAMOS, CIELO, VOTA AL ARCE.
EN CANADÁ, EL MÁS IMPORTANTE.

—No sé, Dammie. —Jean, tres años mayor que él, está más capacitada para percibir el pulso del electorado—. Tal vez no lo pillen.

—Es gracioso. A la gente le gustan las cosas graciosas.

Pierden las elecciones tres a dos. Adam se pasa enfurruñado los dos meses siguientes.

A los diez años, Adam vuela prácticamente solo. Los otros niños le tienen manía. Su hermano se lo lleva de excursión y le da una cantimplora llena de orina con hielo para beber. En el parque, sus amigos le dicen que el pelo se le está poniendo verde por comer demasiadas patatas fritas. Se va corriendo a casa, y su madre le reprende por ser tan ingenuo. No entiende por qué la gente hace esas cosas. Su falta de entendimiento solo sirve para que se burlen más de él.

Sigue solo, pero incluso en el terreno desnudo de la subdivisión hay espacio para millones de criaturas. *La guía dorada de los insectos* y un bote con la tapa agujereada convierten una solitaria tarde de domingo en el sueño de un coleccionista. Armado con *La guía dorada de los fósiles*, llega a la conclusión de que los bultos y las protuberancias de los adoquines son los dientes de los ictiosaurios que se extinguieron mucho antes de que los mamíferos fueran tan solo actores secundarios en el suelo de la selva. *La guía dorada de la fauna de las charcas*, *La guía dorada de las estrellas*, *de las rocas y los minerales*, *de los reptiles y anfibios*: los humanos son casi irrelevantes.

Los meses pasan mientras acumula especímenes. Excrementos de búho y nidos de oropéndola. La muda de piel de una serpiente del maíz, con la punta

de la cola y las escamas oculares. Pirita, cuarzo ahumado, mica plateada que se desmenuza como hojas de papel, y una esquirra de sílex que está seguro de que es una punta de flecha paleolítica. Anota la fecha de cada uno de los hallazgos y los etiqueta con su lugar de procedencia. La colección ocupa toda la habitación del niño y se extiende por el pasillo hasta el estudio. Algunos de los objetos expuestos alcanzan el sagrado salón.

Una tarde de invierno llega del colegio y encuentra todo su museo en el incinerador. Corre por las habitaciones entre llantos.

—Cariño —explica su madre—, era todo basura. Basura mohosa llena de bichos.

Él le da una torta. La mujer se tambalea hacia atrás por la fuerza del golpe, con las manos en la cara, sin apartar la mirada del niño. No da crédito a la evidencia de su dolor. No comprende qué le ha pasado a su hijo, el mismo niño que en una ocasión, con seis años, le quitó de las manos un trapo de cocina húmedo y le dijo que él terminaría la tarea.

El padre de Adam se entera de lo de la torta por la noche. Le enseña al niño una lección que implica retorcerle la muñeca hasta que se la fractura. Nadie se percata de la rotura hasta más tarde, cuando el brazo se le hincha de un modo extraño y se pone tan azul como algo salido de *La guía dorada de los crustáceos*.

El domingo de finales de primavera en que le quitan la escayola, Adam trepa a su arce todo lo que puede y no baja hasta la cena. El sol atraviesa el follaje y tiñe el aire del color de una lima sin madurar. Observar desde arriba los tejados del vecindario y saber que la vida es mejor por encima del nivel de la tierra le proporciona una comodidad amarga. Las hojas palmadas se agitan con la suave brisa, una multitud de manos con cinco dedos. Suena como una llovizna, la caída de miles de pequeñas escamas de las yemas. Por encima de su cabeza, las ardillas roen las copiosas flores y extraen su savia para desparramar después los ramilletes rojizos inservibles por el suelo. Adam cuenta quince tipos de seres reptantes diferentes, desde los gusanos de la harina hasta unas motas planas con patas tan pequeñas que resultan casi invisibles, que rodean su brazo regordete en busca de un manantial dulce. Unas aves con capucha marrón y negra revolotean para alimentarse de los montones de huevos que los insectos y las mariposas dejan por todas las ramitas. Un pájaro carpintero entra y sale de un agujero que hizo él mismo el año anterior mientras buscaba larvas. Es un secreto alucinante que nadie de su familia conocerá jamás: hay más vidas ahí arriba, en ese simple arce, que

gente en todo Belleville.

Adam recordará esa observación muchos años después cuando, subido en una secuoya de sesenta metros de altura, mire hacia el corrillo de gente de abajo, no más grande que un grupo de insectos, cuya democrática mayoría deseará verlo muerto.

Cuando tiene trece años, las hojas del olmo de su hermana Leigh se ponen amarillas mucho antes del otoño. Adam es el primero que se percata del declive. Los otros niños han dejado de mirar. Uno a uno, se han ido apartando del barrio de las cosas verdes para acercarse a la fiesta ruidosa y llamativa de las otras personas.

La enfermedad que contrae el árbol de Leigh llevaba décadas acercándose a ellos. Cuando Leonard Appich plantó el árbol de su primera hija en un acceso de optimismo típico de los años cincuenta, la enfermedad holandesa del olmo ya había asolado Boston, Nueva York, Filadelfia y Elm City —la «Ciudad del Olmo»—, en New Haven. Pero aquellos lugares estaban muy lejos. La ciencia, pensó el hombre, descubriría pronto un remedio.

El hongo arrasó Detroit cuando los niños eran aún pequeños. Poco después, Chicago. Los árboles callejeros más populares del país, los jarrones que convertían las avenidas en grandes túneles, abandonaban este mundo. Ahora la enfermedad llega a las afueras de Belleville, y el árbol de Leigh también sucumbe. Con sus catorce años, Adam es el único que lo lamenta. Su padre maldice los gastos que supone talarlo. La propia Leigh apenas se entera. Se prepara para ir a la universidad, en el estado de Illinois, donde estudiará teatro técnico.

—No me extraña que eligieras un olmo, papá. Siempre me has tenido manía, incluso antes de que naciera.

Adam salva un trozo de madera cuando vienen a arrancar el tocón. Se lo lleva al sótano, lo cepilla y, con su equipo de pirograbado, escribe en él unas palabras que encuentra en un libro: «Un árbol es un pasaje entre la tierra y el cielo». La palabra *pasaje* le sale emborronada. *Tierra y cielo* parecen escritas por un retrasado. Pero se lo regala a Leigh de todos modos, es un regalo de despedida. Al verlo, Leigh se echa a reír y le da un abrazo. Más tarde, cuando ella ya se ha marchado, Adam encuentra el trozo de madera en las cajas para donar al Ejército de Salvación.

Durante el otoño de 1976, Adam se enamora de las hormigas. Un sábado de septiembre, las observa por la acera mientras transportan los restos de un helado hacia su base. La alfombra de color herrumbroso se extiende a lo largo de varios metros. Las hormigas evitan los obstáculos amontonándose entre ellas. Su despliegue en masa iguala cualquier ingenio humano. Adam monta su campamento sobre la hierba junto a la espuma viviente. Las hormigas que bordean la saturnal pululan por sus calcetines y le suben por las delgadas espinillas. Le trepan por los codos bajo las mangas de la camiseta. Le exploran el pantalón corto y le hacen cosquillas en los testículos. No le importa. Observa que establecen unos patrones disparatados. Nadie está a cargo de la movilización de masas, eso está claro. Sin embargo, transportan el pegajoso alimento hacia el hormiguero de la manera más coordinada posible. Hay organización en ausencia de organizador. Caminos en ausencia de peritos.

Vuelve a casa para coger su cuaderno y su cámara. Allí, le asalta una lluvia de ideas. Le pide a Jean un pintaúñas. Con la edad, su hermana se ha obsesionado con la moda, aunque sigue haciendo cualquier cosa por su hermanito Dammie. A Jean también le encantaban las guías doradas, pero los humanos se han apoderado de ella y jamás la soltarán.

Le da esmaltes de cinco colores, un arcoíris que va del escarlata al cian. De nuevo en el campamento, Adam comienza a pintarrapear. Una diminuta mancha rosa palo se adhiere al abdomen de una de las carroñeras. Una por una, etiqueta a varias decenas de hormigas con el mismo tono. Minutos después, hace lo mismo con el melocotón claro. A media mañana, ya tiene todo el espectro de esmaltes en acción. Enseguida, las manchas de colores revelan una conga enmarañada de belleza irreal. La colonia posee algo que Adam no sabe cómo calificar. Intención. Voluntad. Una suerte de conciencia. Algo tan distinto de la inteligencia humana que la inteligencia cree que no es nada.

Emmett, que pasa por su lado con una caña de pescar y cebo, se lo encuentra tumbado en la hierba tomando fotos y escribiendo en el cuaderno.

—¿Qué coño haces?

Adam adopta la postura de un erizo y sigue con su tarea.

—¿Así es como pasas el sábado? No me extraña que la gente no te entienda.

Pero es Adam quien no entiende a la gente: dicen cosas que ocultan lo que de verdad quieren decir; van detrás de baratijas absurdas. Continúa con la

cabeza agachada, contando hormigas.

—¡Eh, niño sabandija! ¡Te estoy hablando! ¿Por qué juegas con la mierda?

A Adam le asusta sentir desaprobación en la voz de Emmett: teme a su hermano. Susurra mirando su cuaderno.

—¿Y tú por qué torturas a los peces?

Un pie sale volando y choca contra las costillas de Adam.

—¿De qué cojones hablas? Los peces no sienten, mendrugo.

—Eso tú no lo sabes. No puedes demostrarlo.

—¿Quieres pruebas?

Emmett se agacha para arrancar un puñado de hierba y metérselo a su hermano en la boca. Adam, impasible, lo escupe. Emmett se aleja, sacudiendo la cabeza con consternación, vencedor una vez más de un debate unilateral.

Adam estudia su mapa viviente. Al cabo de un rato, el flujo a cámara rápida de hormigas codificadas con colores comienza a insinuar cómo las señales podrían pasar de una a otra sin que un señalizador central dirija el cotarro. Mueve ligeramente la comida. Desperdiga a las hormigas. Establece barreras y mide los tiempos de recuperación. Cuando el helado desaparece, coloca trozos de su merienda en diferentes lugares y cronometra cuánto tarda en desaparecer. La colonia es rápida y astuta, tan astuta a la hora de conseguir lo que quiere como cualquier humano.

Las campanas de la catedral tañen su himno cuadrangular. Las seis de la tarde, la hora en que todos los delincuentes Appich regresan a casa para cenar. La producción del día consta de dos páginas garabateadas, treinta y seis fotografías anotadas con su hora correspondiente y media teoría; pero a cambio de eso nadie le daría ni medio yoyó roto.

Durante todo el otoño, siempre que no está en el colegio, cortando el césped o trabajando en el puesto de helados, se dedica a estudiar las hormigas. Traza gráficos y dibuja tablas. Su respeto por la astucia de las hormigas crece sin límites. Un comportamiento flexible según condiciones cambiantes: ¿qué otra calificación merece algo así, si no es «inteligencia diabólica»?

A finales de año, participa en la feria científica del distrito. «Observaciones sobre el comportamiento e inteligencia de una colonia de hormigas.» En la sala hay algunos proyectos más vistosos y otros que han sido realizados de manera obvia por los padres. Pero ninguno de los

participantes ha realizado una observación como la suya.

Los jueces le preguntan:

—¿Quién te ha ayudado?

—Nadie —responde, tal vez con demasiado orgullo.

—¿Tus padres? ¿Tu profesor de ciencias? ¿Un hermano o una hermana mayor?

—Mi hermana me dio la pintura de uñas.

—¿Has tomado la idea de alguien? ¿Has copiado algún experimento que no hayas citado?

La idea de que semejante experimento ya hubiera sido realizado lo abrumba.

—¿Has tomado todas esas mediciones tú solo? ¿Y comenzaste hace cuatro meses? ¿Durante las vacaciones?

Se le llenan los ojos de lágrimas. Se encoge de hombros.

El jurado no le otorga ninguna medalla, ni siquiera la de bronce. Dicen que carece de bibliografía. La bibliografía es una parte obligatoria del informe escrito. Pero Adam sabe cuál es la verdadera razón. Piensan que ha hecho trampas. No se creen que un niño haya trabajado durante meses en una idea original por el simple placer de mirar hasta ver algo.

En primavera, su hermana Leigh baja a Lauderdale con varias amigas durante las vacaciones. En la segunda semana, delante de un chiringuito playero, se monta en un Ford Mustang descapotable rojo con un chico que ha conocido tres horas antes. Nadie vuelve a verla.

Sus padres están desesperados. Vuelan a Florida dos veces. Se enfurecen con los policías y gastan un montón de dinero. Pasan los meses. No hay pistas. Adam se da cuenta de que nunca las habrá. Quienquiera que se haya llevado a su hermana es astuto, meticulado, humano. Inteligente.

Leonard Appich no cesa en la búsqueda.

—Ya conocéis a Leigh. Sabéis cómo es. Se ha vuelto a escapar. No vamos a hacer ningún funeral hasta que no sepamos con seguridad qué le ha pasado.

Saber con seguridad. Ya lo saben. La madre de Adam le echa en cara las palabras que pronunció su hija la primavera anterior. «Siempre me has tenido manía, incluso antes de que naciera.» Los patrones aparecen, y la mujer se aferra a ellos.

—¿Le plantaste un olmo sabiendo que llevaban años muriéndose? ¿En qué

estabas pensando? Nunca te gustó, ¿verdad? Y ahora la han violado y enterrado en cualquier vertedero, ¡y nunca averiguaremos dónde!

Leonard le rompe el codo por accidente. A todo aquel que quiere escucharlo le explica que fue en defensa propia. Es entonces cuando Adam se da cuenta: la humanidad está completamente enferma. La especie no va a durar mucho tiempo. Se trataba de un experimento aberrante, pero pronto las inteligencias sanas y colectivas recuperarán el mundo. Las colonias y colmenas.

* * *

Jean se lleva a sus hermanos a la reserva forestal. Allí, los tres celebran el funeral que su padre no permite. Encienden una hoguera y cuentan historias. Cuando Leigh, a los doce años, se fugó de casa después de que su padre le diera un bofetón por decir «gilipollas» entre dientes. Cuando, a los catorce, los castigó a todos por odiarla, y no hablaba con nadie si no era en su mediocre español de segundo. Cuando, con dieciocho, interpretó a Emily Webb, que regresó a la tierra para revivir su decimosegundo cumpleaños. Un maravilloso fantasma que hizo llorar a todo el instituto.

Adam coge la placa de olmo que grabó para su hermana y la lanza al fuego. «Un árbol es un pasaje entre la tierra y el cielo.» El olmo no es la mejor leña, pero arde sin demasiado esfuerzo. Sus palabras chapuceras se vuelven perfectas y se desvanecen en la negrura general: primero *árbol*, luego *pasaje*, después *tierra* y más tarde *cielo*.

El jurado de la feria de ciencias cura a Adam del deseo de mantener un cuaderno de campo sobre cualquier tema. Las hormigas se le quedan pequeñas. Abandona las guías doradas. Tira a la basura los tesoros secretos que escondía de la aspiradora de su madre. Cosas de niños.

El instituto son cuatro años oscuros en un búnker. No le faltan amigos ni diversión. De hecho, tiene demasiado de ambos. Noches de colocón y baños en pelotas en la reserva que se extiende por encima de la ciudad. Semanas enteras en sótanos, lanzando dados y discutiendo sobre reglas esotéricas de juegos de rol con chicos obesos y anémicos cuyas maletas van llenas de cartas coleccionables. Los monstruos del juego son como una historia natural que ha salido mal. Bichos gigantes. Árboles asesinos. El objetivo es

extinguirlos a todos.

—Testosterona —explica su padre. Tiene miedo del niño corpulento, y Adam lo sabe—. Tormentas de hormonas y ningún puerto a la vista.

Aunque a Adam le dan ganas de pegarle, tiene razón. Hay chicas, pero le desconciertan. Fingen ser estúpidas mediante el uso de coloración de camuflaje. Son pasivas, silenciosas y crípticas. Dicen lo contrario de lo que quieren decir para comprobar si las entiendes. Pretenden algo, pero si lo haces, se irritan.

Organiza ataques al instituto vecino, complicadas operaciones nocturnas que requieren kilómetros de papel higiénico para sobrevolar las ramas de los tilos. Las tiras cuelgan durante meses como flores blancas gigantes. Adam pasa por debajo con la bicicleta de montaña y se cree un genio del arte de guerrilla.

Él y un amigo trazan un mapa del instituto, del supermercado, de la sucursal bancaria. Planean el tipo de material que necesitarán para cometer un atraco. Los planes se perfeccionan. Calculan el precio de las armas, por puro entretenimiento. Para Adam es un juego: logística, planificación, gestión de recursos. Para su amigo, es una forma de apartarse de la religión. Adam observa con fascinación al inestable muchacho. Una semilla que aterriza bocabajo girará ciento ochenta grados —raíz y tallo— hasta que se enderece. Pero una cría humana es capaz de saber que está mal posicionada y, aun así, considerar que merece la pena probar en esa dirección.

Se hace experto en averiguar el mínimo trabajo absoluto necesario para aprobar una asignatura. Ningún adulto obtiene de él más de lo que le pide. La caída en picado de los boletines de notas desconciertan a su madre.

—¿Qué está pasando, Adam? ¡Tú vales más que eso!

Pero su voz es apagada y refleja derrota. Jean ve a su hermano deteriorarse. Le sermonea, bromea, le suplica. Pero se marcha a la universidad de Colorado. Ya no queda nadie ante quien responder de sí mismo.

Leigh nunca regresa. La búsqueda del padre de Adam es infructuosa. Su madre comienza a consumir codeína. Muy pronto encuentra una red de farmacias en distintas ciudades que se la suministran. Deja de cocinar y de limpiar la casa. Pero la vida de Adam no se ve alterada. Se adapta, evoluciona. La supervivencia de los que sobreviven.

Gracias a una proposición en broma de un amigo —«Tres pavos si me haces el trabajo de álgebra»—, se topa con dinero fácil. Tan fácil, de hecho, que empieza a hacerse publicidad. Realiza tareas de cualquier asignatura, excepto de lenguas extranjeras, con el nivel de calidad que le soliciten, tan rápido como haga falta. Tarda un poco en encontrar la tarifa adecuada, pero, cuando lo consigue, los clientes hacen cola delante de él. Experimenta con los descuentos por volumen de trabajo y los pagos por adelantado. Enseguida se convierte en el propietario de un pequeño y próspero negocio. Sus padres sienten alivio al ver que de nuevo hace deberes todas las noches durante horas. Les encanta que haya dejado de pedir dinero. Todo es positivo, se mire por donde se mire. Amanece en América, el mercado libre actúa a sus anchas y Adam se va a la cama todas las noches agradecido por haber nacido en una cultura empresarial.

Es rápido y concienzudo. Todos los encargos están listos en la fecha acordada. En poco tiempo ha creado la franquicia de fraude más fiable y respetada del instituto Harding. El negocio hace que se vuelva casi popular. Ahorra casi todo el dinero que gana, ya que es incapaz de gastarlo en nada que le proporcione un placer mayor que el de revisar su cartilla de ahorros y calcular la cantidad de dólares correspondiente a cada profesor engañado.

Sin embargo, el exigente trabajo requiere sacrificio. Se ve obligado a aprender todo tipo de cosas interesantes que no deberían interesarle.

A principios del otoño del último curso de instituto, Adam está en la biblioteca pública realizando un trabajo de psicología para un compañero de clase que comprende a la bestia bípeda menos todavía que él. «Cita al menos dos libros.» Pues vale. Se levanta de la mesa de estudio y se dirige hacia la estantería. Las horas de trabajo le dejan bizco. Bajo la luz tenue de la biblioteca, los libros parecen casas solariegas para muñequitas de trapo.

Uno de los lomos le llama la atención. Sus letras verde fluorescente resaltan en el fondo negro: *El mono que llevamos dentro*, de Rubin M. Rabinowski. Adam saca el pesado volumen y lo suelta sobre una silla. El libro se abre por una página donde se ven cuatro cartas:



Debajo, hay una nota:

Cada una de estas cartas tiene una letra en un lado y un número en el otro. Supongamos que alguien te dice que si una carta tiene una vocal en un lado, ha de tener un número par en el otro. ¿Qué carta o cartas tendrías que voltear para saber si esa persona tiene razón?

Se anima. Las preguntas con respuestas claras y concisas son antídotos para la existencia humana. Resuelve rápido el acertijo, con plena seguridad. Pero cuando comprueba la solución, ve que está equivocado. Al principio cree que la respuesta impresa es errónea. Luego ve lo que debería haber sido obvio. Se justifica diciéndose que está extenuado por las horas que lleva realizando las tareas de otros chicos. No estaba concentrado. Si hubiera prestado atención, lo habría resuelto.

Continúa. El libro afirma que solo el cuatro por ciento de los adultos medios solucionan el problema.

Es más, casi tres cuartas partes de la gente que falla, cuando ven la respuesta, pone excusas sobre el motivo de su error.

Se sienta y se explica a sí mismo por qué ha hecho lo que hacen casi todos los seres humanos. Debajo de la primera fila de cartas hay otra:



Ahora el texto dice:

Cada una de estas cartas corresponde a una persona de un bar. Un lado muestra su edad y el otro lado lo que está bebiendo. Si la edad legal para beber alcohol es 21 años, ¿qué carta o cartas necesitas voltear para saber si todo el mundo está cumpliendo con la ley?

La respuesta es tan obvia que Adam ni siquiera tiene que buscarla. Esta vez sí ha acertado, junto con las tres cuartas partes de los adultos medios. A continuación lee el colofón. Ambos problemas son el mismo. Se echa a reír en voz alta, lo cual atrae las miradas del público canoso y nocturno de la biblioteca. La gente es idiota. Los de su especie tienen un enorme cartel de «FUERA DE SERVICIO» colgado de su órgano máspreciado.

Adam no puede parar de leer. Una y otra vez, el libro demuestra que el llamado *Homo sapiens* se equivoca incluso en los problemas de lógica más simples. Pero es rápido y fantástico a la hora de determinar quién está dentro y quién fuera, quién está arriba y quién abajo, quién debería recibir mil alabanzas y quién debería ser castigado sin piedad. ¿La capacidad para poner en práctica la razón? Casi nula. ¿Habilidad para encasillar a los demás? Absolutamente brillante. En el cerebro de Adam se abren nuevas habitaciones, listas para ser amuebladas. Cuando levanta la vista del libro, ve una biblioteca que cierra y lo pone de patitas en la calle.

En casa, lee hasta entrada la noche. Retoma el libro a la mañana siguiente, mientras desayuna. Casi pierde el autobús. Falla en la entrega de las tareas a sus clientes. Es el primer golpe a su buena reputación desde que montó el negocio. Sostiene *El mono que llevamos dentro* por debajo del pupitre durante las tres primeras horas de clase, para instruirse a hurtadillas. Lo acaba antes de comer y comienza a leerlo de nuevo.

El libro es tan espléndido que Adam se reprocha no haber visto la verdad mucho antes. Los humanos acarrean comportamientos y prejuicios heredados, vestigios chapuceros de las primeras etapas de la evolución que siguen sus propias reglas obsoletas. Lo que parecen elecciones irracionales y erráticas son en realidad estrategias creadas mucho tiempo atrás para solucionar otro tipo de problemas. Estamos atrapados en los cuerpos de unos oportunistas astutos, de unos trepas sociales creados para sobrevivir en la sabana vigilándose entre ellos.

El libro lo sumerge en un feliz estupor durante días. Con las pautas que revela el libro, se imagina a sí mismo experimentando con todas las chicas del instituto, poniéndoles una gota de laca de uñas en el talón del zapato para

seguir el rastro de sus idas y venidas. La mejor parte es el capítulo doce: «Influencia». Si lo hubiera leído en primero, habría sido delegado de clase eternamente. La simple idea de que el comportamiento humano —su enemigo de por vida— posea esquemas ocultos pero reconocibles, tan hermosos como los que una vez identificó en los insectos, hace que vibre su interior. Desde que su hermana desapareció, nunca se había sentido tan ligero, tan bien.

* * *

Cuando llega la época de los exámenes de acceso a la universidad, los clava. Su capacidad analítica alcanza el percentil noventa y dos. Sin embargo, al establecer la media, obtiene el puesto 212 de 269 alumnos. Ninguna universidad con un mínimo de prestigio se plantearía siquiera su admisión.

Su padre lo desalienta.

—Vete dos años a una escuela preparatoria. Haz borrón y cuenta nueva.

Pero Adam no necesita borrar nada, lo que necesita es mostrárselo a alguien que sepa leer entre líneas. Un sábado por la mañana, antes de las vacaciones de Navidad, se sienta a la mesa del comedor para redactar una carta. Le recuerda a cuando anotaba observaciones en sus cuadernos de campo de la infancia. Al otro lado de la ventana están los restos de los árboles de los hermanos. Rememora cómo antes creía en una especie de vínculo mágico entre los árboles y los niños para los que fueron plantados. Cómo se convirtió a sí mismo en un arce: familiar, sincero, fácil de identificar, siempre dispuesto a sangrar azúcar, cuajado de flores durante los primeros días soleados de la primavera. Adoraba aquel árbol, su simplicidad. Después, la gente lo convirtió en otra cosa. Coloca el bolígrafo al principio de la página y escribe:

Profesor R. M. Rabinowski
Departamento de Psicología
Universidad de Fortuna, California

Estimado profesor Rabinowski:
Su libro me ha cambiado la vida.

Narra una conversión en toda regla: un chico rebelde salvado por un encuentro fortuito con la genialidad. Describe cómo *El mono que llevamos dentro* ha despertado algo en su interior, aunque ese despertar quizá haya sido demasiado tardío. Explica que se equivocó al no tomarse en serio el instituto hasta que el libro cayó en sus manos y que ahora debe pasar varios años limpiando su expediente en una universidad pública preparatoria hasta que consiga acceder a una institución seria para estudiar Psicología. Aun así, le escribe. Está en deuda con el profesor y, tal y como dice el propio Rabinowski en la página 231: «La bondad puede buscar algo a cambio, pero eso no la convierte en menos buena». Quizá una bondad inesperada podría acortar el camino que se le presenta por delante.

Al otro lado de la ventana, su olmo recibe la brisa. Sus ramas reprenden a Adam. Si no se encontrara desesperado, se pondría rojo de vergüenza. Sigue adelante y trufa la carta con media docena de técnicas extraídas del capítulo doce, «Influencia». Sus palabras de agradecimiento contienen cuatro de los seis principales disparadores de patrones de acción en otras personas: reciprocidad, carestía, validación y llamamiento al compromiso. Oculta la evidencia de su súplica bajo otro truco recogido en el capítulo doce.

Si quieres que alguien te ayude, convéncelo de que ya te ha ayudado de antemano. La gente se esforzará por proteger su legado.

Aunque sus padres se sorprenden, a Adam no termina de extrañarle la llegada a casa de una carta del autor de *El mono que llevamos dentro*. El profesor Rabinowski contesta que la Universidad de Fortuna es una institución pequeña y alternativa para estudiantes poco convencionales que buscan una concepción exhaustiva y crítica de la educación. El proceso de admisión no tiene tanto en cuenta las notas del instituto como otros aspectos que reflejen una motivación especial. Aunque no puede garantizarlo, el profesor Rabinowski le promete a Adam que se tendrá muy en cuenta su solicitud. Lo único que debe hacer es redactar la mejor carta de motivación que pueda.

Junto con la carta formal, hay una tarjeta sin firma que, caligrafiada con una horrible letra a tinta azul, dice: «Y no vuelvas a engatusarme, lameculos».

Ray Brinkman y Dorothy Cazaly



No es difícil encontrarlos: dos personas para quienes los árboles apenas significan algo. Dos personas que, incluso en la primavera de la vida, no saben distinguir un roble de un tilo. Dos personas que nunca han pensado en los árboles hasta que un bosque entero avanza kilómetros y kilómetros sobre el escenario de un diminuto teatro experimental del centro de Saint Paul, en 1974.

Ray Brinkman, joven abogado especializado en propiedad intelectual. Dorothy Cazaly, taquígrafa en una compañía que trabaja para el bufete de abogados. Ray no deja de observarla mientras ella toma declaraciones. La belleza silente y fluida de su *ballet* manual le deja pasmado. Una sonata *Appassionata* brota de sus dedos haciendo piruetas.

Ella lo sorprende mirándola y lo reta, con los ojos, a confesar. Él accede. Es más fácil que morir de admiración a distancia. Ella acepta salir con él si le deja escoger el sitio. Él cierra el trato sin imaginar las cláusulas ocultas. Ella elige una audición para una representación no profesional de *Macbeth*.

¿Por qué? Ella no da ninguna explicación. Una broma. Un capricho. Libertad. Aunque no existe, por supuesto, libertad ninguna. No hay más que profecías antiguas que predicen la simiente del tiempo y anuncian qué crecerá y qué no.

Por representación «no profesional» léase «terrible». La audición es como una caza de monstruos sin linterna. Ninguno de los dos ha vuelto a hacer teatro desde el instituto. Pero ambos «atornillan hasta el tope su coraje» y

acaban extrayendo de la velada una diversión oscuramente masoquista y aterradora.

—Bua —dice él mientras la acompaña por el vestíbulo—. ¿Qué demonios ha sido eso?

—Siempre he querido fingir que soy actriz, pero necesitaba un cómplice.

—¿Y ahora qué hacemos como bis?

—Di tú.

—¿Qué tal algo un poco menos desquiciante para la próxima?

—¿Alguna vez has saltado al mar desde un acantilado?

El caso es que los seleccionan para la obra. Por supuesto. Ya estaban elegidos antes incluso de presentarse. Así es como funcionan los mitos. Macduff y *lady Macbeth*.

Ray, presa del pánico, llama por teléfono a Dorothy. Como si hubiera estado jugando con la escopeta de su padre y esta se hubiera disparado.

—En realidad no tenemos que aceptar los papeles, ¿verdad?

—Es un teatro comunitario. Creo que cuentan contigo.

Tras solo una semana juntos, ella ya sabe qué botón debe pulsar. Un tipo con un grado de responsabilidad casi penal, consecuente hasta lo enfermizo con lo que se espera de él. Y la dama, con temeridad suficiente como para repartir entre diez. En resumidas cuentas le está diciendo: si no hay *Macbeth*, no hay más citas. Aceptan los papeles.

Dorothy tiene un don innato. Pero Ray... La noche del primer ensayo, hasta la directora de *casting* cree que ha cometido un terrible error. Dorothy observa al hombre llena de asombro. Es el mejor peor actor que ha visto en su vida. Declama sus frases con una frescura desgarrada y una inocencia pasmosa, como si presentara el caso de su propia existencia delante del Club de Debate del Fin de los Tiempos.

Ella acude a la biblioteca pública en busca de libros sobre métodos de interpretación y asunción del personaje. Él se repliega en el estoicismo.

—Tendré suerte si memorizo todas las frases.

Al cabo de dos semanas, él ya es casi aceptable. Al cabo de tres, algo más empieza a suceder.

—No es justo —dice ella—. ¿Has estado ensayando?

Sí que ha ensayado, en cierto modo, pero no se había dado cuenta hasta ahora. Nunca lo había pensado, pero la ley en sí es teatro mucho antes de

llevar a alguien a juicio. Ray tiene un don: interpretar su papel con una intensidad apabullante. Eso lo convertirá, en los años venideros, en un fabuloso litigante en asuntos relacionados con derechos de autor y patentes. Ahora, ese don tan simple convierte a su Macduff en un personaje extrañamente hipnótico. Al permanecer inmóvil con una seriedad impasible, parece tener acceso a la voluntad planetaria.

El principal superpoder de Dorothy desde que era pequeña es ser capaz de leer todos los músculos de la cara y los ojos de la gente para distinguir, con absoluta precisión, si alguien miente. Eso no la ayuda en su trabajo como taquígrafa ni con su *lady* Macbeth, pero sí hace que quiera poner a prueba los límites de la inocencia de su hombre. Después de tres noches de ensayo semanales durante cinco semanas, está convencida: Ray Brinkman sería capaz de abandonar a su mujer y a sus hijos, de dejarlos solos y desprotegidos en un castillo del quinto pino con tal de salvar a su maldito país.

La puesta en escena es muy de los años setenta. Muy Watergate. La entrada es gratuita, para que la comunidad justifique el gasto. Durante tres noches seguidas, *lady* Macbeth acaba de un modo espectacular. Durante tres noches seguidas, Macduff y sus hombres, vestidos de árboles, ayudan a que el bosque emigre desde Birnam hasta Dunsinane. Los árboles se mueven por el escenario. Robles, corazones de roble, ejércitos y navíos de roble, poste y dintel de la casa de la historia. Los hombres sostienen grandes ramas y, mientras el inconsciente de Macbeth considera que su seguridad está garantizada por la profecía, los atacantes bailan tan despacio a través de la escena que parecen no moverse. Y cada noche, Ray casi tiene una eternidad para pensar: «Algo me está pasando. Algo duro, enorme y lento que se acerca desde lejos y que no comprendo».

No tiene idea de qué. Lo que se aproxima a él es un género biológico de más de seiscientas especies. Familiar, proteico, adaptado desde los trópicos hasta el norte templado: el emblema generalista de todos los árboles. Grueso, espeso, sólido sobre la tierra, cubierto de otros seres vivos. Trescientos años creciendo, trescientos años sosteniendo, trescientos años muriendo. El roble.

Los robles lo erigen como representante temporal en su lucha contra el monstruo humano. El bueno de Macduff se esconde detrás de las ramas cortadas (*Muchos seres vivos sufrieron daños en la producción de esta obra*) con la esperanza de recordar sus siguientes intervenciones, con la súplica de volver a vencer al usurpador una noche más, maravillado ante las formas extrañas, irregulares y lobuladas que dan cuerpo a su camuflaje como si

fueran las letras de un alfabeto del espacio exterior, donde cada glifo está modelado por algo que se asemeja mucho a la deliberación. No puede leer el texto de su panel. Está escrito por algo con quinientos millones de ápices radiculares. Dice: «*Roble y puerta* vienen de la misma palabra arcaica».

Tras la fiesta de clausura, Ray y Dorothy acaban en la cama. El teatro y el capricho de Dorothy los había mantenido en suspenso durante todo ese tiempo. Después de todo, hubo salto al mar desde el acantilado para él. La oscuridad es suficiente como para acallar las numerosas sirenas y alarmas internas de ambos. Pero a quince centímetros de su cara, bajo la luz de las velas, ella aún puede distinguir los diminutos músculos de alrededor de sus ojos.

—¿Qué sientes por tus padres? ¿Has tenido alguna vez pensamientos racistas? ¿Has robado alguna vez en una tienda?

—¿Acaso estoy en un juicio? ¿Por qué me torturas?

—Por nada.

La cara de ella se crispa como una alubia saltarina mexicana.

Él se coloca bocarriba y mira el techo.

—Nunca había estado en el escenario como hoy. Sientes como si hablaras con los dioses.

—¿Verdad que sí?

Y después:

—¿Crees que vamos hacia algún sitio?

Ella se apoya en el codo para mirarlo a la cara.

—¿Nosotros? Quieres decir... ¿como humanidad?

—Claro. Pero tú y yo primero. Luego, los demás.

—No lo sé. ¿Cómo diantres voy a saberlo?

Él nota su enfado y cree haber comprendido. Busca la mano de ella sobre las sábanas.

—Siento que esto tenía que pasar.

—¿Esto? —Despiadada *lady* M. Mofa—. ¿Te refieres al destino?

Parece como si él siguiera flotando inmóvil por el escenario, a cámara rápida, disfrazado de bosque de Birnham.

—Gano un buen sueldo. Dentro de cinco años ya habré saldado todas mis deudas. Me convertiré en socio del bufete dentro de nada.

Ella cierra los ojos con fuerza. Dentro de unos pocos años, caerán bombas, la Tierra se apagará y los únicos humanos que queden huirán del planeta a bordo de cohetes sin rumbo.

—No tendrías que trabajar si no quisieras.

Ella se sienta. Aprieta la mano contra el esternón de él, como si lo sujetara.

—Espera un momento. Ay, madre... ¿Me estás pidiendo matrimonio? — Él ladea la cabeza y le clava la mirada. Corazón de roble—. ¿Por habernos acostado juntos? ¿Una sola vez? —Ella no necesita su don especial para darse cuenta del daño que le hace su burla—. Espera, ¿soy tu primera vez?

Él se queda inmóvil, petrificado, a medio camino en mitad del escenario.

—A lo mejor me tendrías que haber preguntado eso hace dos horas.

—Pero a ver... ¿casarnos? —La simple palabra se vuelve barroca y extraña en su boca—. No puedo casarme. Se supone que... ¡No lo sé! Iba a recorrer Sudamérica durante dos años con una mochila. Iba a trasladarme a Greenwich Village y a consumir drogas. Me iba a liar con un piloto de avioneta que trabajara para la CIA.

—Tengo mochila. En Nueva York también hay abogados de patentes. Lo del piloto ya no lo tengo tan claro.

La propuesta le ha pillado fuera de juego, ella se ríe, sacude la cabeza.

—Estás de broma... No, no estás de broma. ¿Qué es esto? —Se hunde en las almohadas—. ¿Qué coño es esto? ¡Venga ya, Macduff!

Vuelven a hacer el amor. Esta vez, hay un vínculo que los une. En la quietud de después, ella lo nota preocupado.

—¿Te pasa algo?

—No, nada.

—¿Te he acojonado?

—No.

—Me estás mintiendo. Es tu primera vez.

—A lo mejor.

—Pero me quieres.

—A lo mejor.

—¿A lo mejor? ¿Qué mierda significa «a lo mejor»?

Algo enorme, pesado, lento, lejano y del todo desconocido para él comienza a decir lo que podría significar. Ray entonces se lo muestra a ella.

* * *

La predicción de Ray se cumple. Tarda cinco años en saldar todas sus deudas. Poco después se convierte en socio del bufete. Es brillante en su oficio: descubre a los ladrones de propiedad intelectual, hace que cesen en su actividad, que desistan o que paguen. Su formalidad es hipnótica, su compromiso responde a la justicia y la estabilidad. *Te estás aprovechando de algo que le pertenece a otro. El mundo no puede funcionar así.* Casi siempre la otra parte acepta un acuerdo.

La predicción de Dorothy, por otra parte, no es del todo desacertada. Las bombas caen. Pero son bombas medianas distribuidas por todo el planeta, lo bastante pequeñas como para que nadie tenga que huir de la Tierra, de momento. Continúa con su trabajo diario, transcribiendo las palabras de gente bajo juramento a la velocidad de su discurso. El secreto está en no fijarse en lo que significan dichas palabras. Prestar atención merma el ritmo.

Pasa media docena de años como si fuera una sola estación. Rompen. Vuelven a salir juntos mientras interpretan los papeles románticos de *Vive como quieras*, una obra del teatro comunitario Alter Ego. Ella vuelve a alejarse. Se comprometen de nuevo tras hacer juntos una ruta de ochocientos kilómetros por el sendero de los Apalaches en veintiocho días. Y otra vez más, mediante gestos con las manos, mientras practican caída libre.

Su duración media es de cinco meses. La cuarta vez que ella rompe la relación, resulta una experiencia tan traumática que deja el trabajo y desaparece durante semanas. Sus amigos no le cuentan nada a Ray. Él les suplica alguna noticia, un número de teléfono, lo que sea. Les entrega largas cartas para ella, pero los amigos le dicen que no pueden dárselas. Entonces recibe una nota de Dorothy donde, aunque no se disculpa, tampoco hay crueldad. No dice dónde está. Lo único que le expone es su claustrofobia mortal, su pánico atroz ante la idea de firmar un documento legalmente vinculante que determine la relación y el rumbo del resto de su vida.

Quiero estar contigo, ya lo sabes. Por eso siempre te digo que sí. Pero ¿un acuerdo legal? ¿Derechos y propiedades? Ay, Ray, ojalá fueras un médico desacreditado o un hombre de negocios en bancarrota. Un agente inmobiliario sin escrúpulos. Cualquier cosa menos abogado de la propiedad.

Él escribe a la dirección del remite, un apartado de correos de Eau Claire. Le dice que la esclavitud es ilegal en todo el mundo. Que ella nunca será

propiedad de nadie. Que él no va a cambiar su profesión por ella; la ley sobre derechos de autor y patentes es lo único que conoce. Es un trabajo necesario, el motor de la riqueza mundial, y además se le da bien. Quizá mejor que bien. Pero si ha de elegir entre abandonar la idea del matrimonio y abandonar la idea de actuar en otra obra de teatro para aficionados con ella, renuncia a presentar cargos.

Vuelve; viviremos en pecado con dos coches independientes, dos cuentas bancarias independientes, dos casas independientes y dos voluntades independientes.

Una madrugada, poco después de que él envíe la carta, Dorothy aparece en su puerta con dos billetes de avión para Roma. En el bufete le hacen algunas preguntas, pero dos días más tarde se marchan juntos de no-luna-de-miel. La tercera noche en la Ciudad Eterna, entre los raudales de prosecco, la belleza de las luces, las antigüedades decadentes, la maldita música callejera y los tilos de copas gloriosas con ristras de destellos blancos colgando de sus elegantes ramas, ella le pregunta —«¿Qué más da, eh, Ray?»— si quiere ser su bien inmueble adquirido legal y contractualmente para siempre. Acaban lanzando monedas por encima del hombro a la Fontana di Trevi. No es una idea muy original; tal vez debieran pagar derechos de autor.

Regresan a Saint Paul a tiempo para la Fiesta de Octubre. Se juran no contarle nada a nadie, negarlo siempre. Pero sus amigos sospechan desde que ven aparecer a la sonriente pareja. ¿Qué os ha pasado en Roma? «Nada en especial.» No hace falta ningún superpoder que te permita leer los músculos faciales para saber que están mintiendo con descaro. ¿Os han metido en la cárcel o algo? ¿Os habéis casado? Os habéis casado, ¿verdad? ¡Os habéis casado!

Y el mundo sigue igual. Dorothy se muda con él. Insiste en llevar las cuentas a rajatabla, en dividir todos los gastos comunes por la mitad. Pero hay algo en el fondo de su mente que piensa, mientras vaga por la maravillosa biblioteca, por el salón y por el invernadero de Ray: «Cuando suceda, cuando llegue la hora de reproducirse, cuando me entren las ganas ardientes de criar, ¡todo esto será de mis niños!».

En su primer aniversario, él le escribe una carta. Tarda mucho tiempo en redactarla. Son palabras que no puede decir en voz alta, así que las deja en la mesa del desayuno cuando se va a trabajar.

Me has dado algo que jamás imaginé antes de conocerte. Es como si tuviera la palabra *libro* y tú me hubieras puesto uno entre las manos. Como si tuviera la palabra *juego* y tú me hubieras enseñado a jugar. Como si tuviera la palabra *vida* y tú hubieras aparecido y me hubieras dicho: «Ah, te refieres a esto».

Le dice que no hay nada en el mundo que pueda regalarle por su aniversario y le da las gracias por lo que ha recibido de ella. Nada que regalarle, excepto algo que crezca. «Esto es lo que propongo que hagamos.» No sabe de dónde ha sacado la idea. Ha olvidado las profecías externas, lentas y pesadas que llegaron hasta él durante su primera función de teatro no profesional, cuando interpretó a un hombre que tenía que disfrazarse de árbol.

Dorothy lee las palabras mientras se dirige al juzgado por la tarde para transcribir unos juicios.

Propongo que todos los años, tan cerca de este día como podamos, vayamos al vivero y busquemos algo para el jardín. No sé nada de plantas. Ignoro sus nombres y los cuidados que requieren. Ni siquiera sé distinguir una mata verde de otra. Pero puedo aprender, como he tenido que reaprenderlo todo —yo mismo, mis gustos y aversiones, la anchura, altura y profundidad del lugar donde vivo—, pero esta vez a tu lado.

No todo lo que plantemos agarrará. No todas las plantas crecerán. Pero juntos observaremos las que llenen nuestro jardín.

A ella se le nublan los ojos mientras lee, derrapa contra el bordillo y se choca contra un tilo lo bastante ancho como para destrozar la calandra del coche.

Ahora bien, el tilo es un árbol radical, tan diferente del roble como el hombre de la mujer. Es el árbol de las abejas, de la paz, cuyos extractos e infusiones curan cualquier tipo de tensión y ansiedad, un árbol inconfundible, único en todo el catálogo de las cien mil especies terrestres, cuyas flores y pequeños frutos cuelgan de las brácteas con el único propósito aparente y perverso de expresar su singularidad. Los tilos irán a buscarla, empezando por esta emboscada. Pero la adopción plena tardará años en realizarse.

Ella necesita once puntos de sutura en la ceja derecha, donde el volante le

ha abierto una brecha. Ray sale corriendo de la oficina para ir al hospital. Con el pánico, golpea el parachoques trasero de un BMW perteneciente a un médico. Llega a cirugía entre lágrimas. Ella se encuentra en una silla, tiene la cabeza vendada e intenta leer algo. Lo ve todo doble. La marca de la gasa para ella es Johnson & Johnson & Johnson & Johnson.

 Cuando ve a Ray —por partida doble— se le iluminan los ojos.

 —¡Ray, Ray! Cariño, ¿qué pasa? —Él corre para abrazarla y ella retrocede confusa. Entonces Dorothy lo entiende—. Tranquilo. No me voy a ningún sitio. Plantemos algo.

Douglas Pavlicek



La policía llega al rellano del minúsculo apartamento de Douglas Pavlicek, en East Palo Alto, justo antes del desayuno. Policía de verdad: todo un detalle. Eso sí que es realismo. Lo acusan de robo a mano armada y le leen sus derechos. Violación de los artículos 211 y 459 del Código Penal. No puede reprimir una sonrisa de satisfacción cuando lo cachean y esposan.

—¿Te parece divertido?

—No, ¡claro que no!

Bueno, puede que un poco.

Es menos divertido cuando los vecinos se asoman al balcón en pijama mientras los policías acompañan a Douggie al coche patrulla que espera abajo. Él sonríe —«No es lo que pensáis»—, pero el efecto queda algo mitigado con las manos esposadas a la espalda.

Uno de los agentes lo empuja hacia el asiento posterior. Las puertas traseras no se abren desde dentro. Los policías comunican por radio el arresto. Todo es muy de *La ciudad desnuda*, a pesar de este agosto perfecto en el centro de California, y la idea de que le están pagando quince dólares al día anima aún más la banda sonora. Tiene diecinueve años, se quedó huérfano con dos, lo han despedido de su puesto como reponedor de supermercado y vive del seguro de vida de sus padres. Quince pavos al día durante dos semanas sin hacer nada es una pasta.

En la comisaría —una comisaría «de verdad»— le toman las huellas, lo despiojan, le vendan los ojos. Vuelven a meterlo en el coche y se lo llevan. Cuando le quitan la venda, está en la cárcel. Oficina del celador, oficina del director y varias celdas. Cadenas en las piernas. Todo muy elaborado, muy convincente. No tiene ni idea de dónde está en la vida real. En algún edificio de oficinas. Los encargados de la representación están improvisando, lo

mismo que él.

Todos los guardas y la mayoría de los presos ya están allí. Douggie se convierte en el preso 571. Los guardianes son solo «Señor», con porra y silbato, uniforme y gafas de sol. Se muestran algo liberales con los palos, para eso son voluntarios por horas. Se meten en su papel para agradar a los experimentadores. Desvisten a Doug y le ponen una bata. Pretenden herir su orgullo, pero Douglas se anticipa a ellos al carecer por completo de él. Realizan «recuentos» —paso de lista y ritual de humillación— varias veces a lo largo de esa tarde. Bocadillos de carne picada para cenar. Mejor que lo que ha comido últimamente.

Poco antes de que apaguen las luces, el prisionero 1037 se pone un poco agresivo ante la exagerada teatralidad. Los guardas lo apalean. Ya está claro: hay guardas buenos, guardas duros y guardas dementes. Cada uno de ellos descende un grado delante de los demás.

En cuanto Douggie —571— consigue dormirse, lo sacan de la cama para otro recuento gratuito. Son las dos y media de la noche. Ahí es cuando las cosas se vuelven raras. Se le ocurre que el experimento tal vez no sea lo que afirman. Se da cuenta de que están examinando algo mucho más aterrador. Pero solo necesita sobrevivir catorce días. El cuerpo soporta catorce días de lo que sea.

El segundo día se desata una pelea por temas de dignidad. Lo que comienza como un combate de empujones se intensifica. Algunos prisioneros —el 8612, el 5704 y otros dos más— se hacen fuertes en sus celdas montando barricadas con las camas contra la puerta. Los guardas piden refuerzos a los del turno de noche. Los jóvenes se empujan unos a otros y se aferran a las estructuras de las camas. Alguien comienza a gritar:

—¡Es un simulacro, joder! ¡Es un puto simulacro!

O quizá no. Los guardas reprimen la sublevación con extintores, encadenan a los líderes y los arrojan al hoyo. Incomunicados. No hay cena para los rebeldes. Comer, tal y como los guardas recuerdan a sus prisioneros, es un privilegio. Douggie come. Sabe lo que es el hambre. El número 571 no va a pasar hambre por culpa de un teatrillo de aficionados. Los demás pueden volverse majaras, si así es como quieren pasar el tiempo. Pero a él nadie lo va a apartar de su comida caliente.

Los guardas establecen una celda de privilegio. Si algún prisionero quiere contar lo que sabe sobre la insurrección, puede trasladar su camastro a un cuarto de lujo, donde los cooperantes pueden lavarse y cepillarse los dientes,

incluso pueden disfrutar de una comida especial. El prisionero 571 no necesita privilegios. Cuidará de sí mismo, pero no es un chivato. De hecho, ninguno de los prisioneros acepta la oferta de la celda de privilegio. En principio.

Los guardas comienzan a realizar registros rutinarios. Fumar se convierte en un privilegio especial. Ir al baño se convierte en otro privilegio. O vas al cubo o aguantas durante dos días. Hay tareas extenuantes y sin sentido que duran horas. Hay recuentos nocturnos. Hay que limpiar los cubos volcados de los demás. A quien le pillen sonriendo, debe cantar *Sublime gracia* con los brazos extendidos. Al prisionero 571 lo obligan a hacer cientos de flexiones por cada agravio inventado.

El guarda al que todos los prisioneros llaman John Wayne dice:

—¿Y si os ordeno que os folléis en el suelo? 571, tú eres Frankenstein. Tú, 3401, eres la novia de Frankenstein. Venga, besaos, hijos de puta.

Nadie —ni los guardas ni los prisioneros— se salen del personaje. Es una locura. Esta gente es peligrosa, hasta el 571 se da cuenta. Todos están descontrolados. Y lo están arrastrando a él también. Visto lo visto, duda que aguante dos semanas. Sentarse en la penumbra de su apartamento a leer los anuncios clasificados comienza a parecerle un lujo.

Tras un pequeño incidente durante el recuento, el prisionero 8612 pierde la cabeza.

—Llamen a mis padres. ¡Sáquenme de aquí!

Pero no es posible. Su estancia debe durar dos semanas, como la de todo el mundo. Comienza a delirar.

—Esto es una prisión de verdad. Somos prisioneros reales.

Todos se dan cuenta de lo que hace el 8612: fingir locura. El cabrón quiere abandonar la partida y dejar a todos los demás recogiendo mierda durante los días que queden. Pero la actuación resulta ser real.

—¡Joder, no puedo más! Estoy hasta los cojones. ¡Quiero salir! ¡Ahora!

Doug ya vio una vez a un chico que se volvió loco en el instituto de Twin Falls. Este es el segundo. Solo con verlo se le revuelve el cerebro.

Se llevan al 8612. El celador no dice adónde. El experimento debe permanecer intacto. El experimento debe prolongarse. No hay nada que el 571 desee más que marcharse de allí. Pero no puede hacerles eso a los demás. Sus compañeros de prisión lo odiarían para siempre, como él odia ahora al 8612. Es un asco —el síntoma de una pizca de orgullo que no creía tener—, pero quiere mantener intacta la reputación del 571. No quiere que ningún

psicólogo universitario, que mire a través de un espejo de vigilancia y lo esté grabando en vídeo, diga: «Mira, ese de ahí está a punto de venirse abajo también».

Acude un cura a visitarlos, un capellán de prisiones católico. Uno real, según parece. Todos los presos deben ir a verlo a la celda de reuniones.

—¿Cómo te llamas?

—571.

—¿Por qué estás aquí?

—Dicen que he cometido un robo a mano armada.

—¿Qué estás haciendo para conseguir tu liberación?

La pregunta se clava en la columna vertebral del 571 y se le hunde en las entrañas. ¿Se supone que debe hacer algo? ¿Y si no lo hace, y si no averigua qué debe hacer? ¿Podrían dejarle en ese cuchitril más tiempo del acordado?

El siguiente día es desconcertante para los prisioneros. Los guardas se aprovechan de su angustia. Les hacen escribir cartas a casa, pero les dictan el texto. «Querida mamá. La he cagado. Me he portado mal.» Uno de los guardianes arremete contra el 819 por ser tan desgraciado, y el chico se viene abajo. Las autoridades lo tienen entre ceja y ceja desde lo de las barricadas y aprovechan para arrojarlo al hoyo. Sus sollozos resuenan en toda la cárcel. Llaman al resto de los compañeros para un recuento. El guarda les hace gritar: «El prisionero 819 se ha portado mal. Por su culpa, mi cubo de mierda no se vaciará esta noche. El prisionero 819 se ha portado mal. Por su culpa...».

Un prisionero nuevo, el 416 —sustituto del 8612—, organiza una huelga de hambre. Consigue que otros dos se unan a él, pero los demás le dan una paliza por meter cizaña. Cuando hay algún problema, todos sufren las consecuencias. El 571 se niega a tomar parte por uno de los bandos. No es un activista, pero tampoco un *kapo*. Todo se desmorona. Los prisioneros se enfrentan entre ellos. Él no puede permitir que lo involucren. Les dice a todos que no está de parte de nadie. Pero allí no existe la neutralidad.

John Wayne amenaza al 416.

—Cómete la puta salchicha, muchacho, o lo lamentarás.

El 416 tira la salchicha, que rueda por el suelo polvoriento. Antes de que nadie sepa qué sucede, lo arrojan al hoyo con la salchicha sucia en la mano.

—Ahí te quedas hasta que te la comas.

Hay un anuncio general: si algún prisionero renuncia a su manta durante esa noche, soltarán al 416. Si no, el 416 pasará la noche incomunicado. El

571 se tumba en la cama bajo la manta y piensa: «Esto no es la vida real. Es un puto simulacro». Tal vez debiera enfrentarse a los experimentadores, joder sus expectativas, convertirse en un supermán sagrado. Pero maldita sea, nadie más lo hace. Todos esperan que sea él quien duerma con frío esa noche. Siente defraudarles, pero él no le pidió al 416 que hiciera el gilipollas. Si se hubieran limitado a aburrirse unos a otros durante dos semanas, todo seguiría en orden.

Pasa la noche arropado, pero no duerme. No puede dejar de pensar. Se pregunta: ¿y si todo esto fuera real? ¿Y si lo hubieran recluido durante dos años o diez o doscientos? Encerrado durante dieciocho años por homicidio involuntario, como el joven profesor de instituto de Townsend que se estrelló contra el AMC Gremlin de sus padres cuando estos volvían de un baile *country*. Entre rejas, al igual que otros millones de personas invisibles de todo el país a los que nunca ha dedicado un solo pensamiento. No sería nada, ni siquiera el 571. Las autoridades reales lo convertirían en un cero a la izquierda.

A la mañana siguiente, se produce una reunión precipitada. Los altos mandos convocan al guardián y al director. Algún científico lumbreras con autoridad ha abierto los ojos y se ha dado cuenta de que la gente no puede actuar así. El experimento es un puto crimen. Van a liberar a todos los prisioneros, van a indultarlos antes de tiempo, a liberarlos de esa pesadilla que solo ha durado seis días. Seis días. Parece imposible. El 571 apenas recuerda quién era hace una semana.

Los experimentadores interrogan a todo el mundo antes de devolverlos al mundo real. Pero las víctimas están demasiado nerviosas para reflexionar. Los guardas se defienden mientras los prisioneros se ponen como energúmenos. Douggie —Douglas Pavlicek— levanta un dedo airado.

—Los que han dirigido esto, los supuestos psicólogos, deberían estar todos encerrados por violación de las normas éticas.

Pero él no cedió su manta. A partir de ahora será el chico que no tomó partido por nadie y que no cedió su manta, ni siquiera en un pequeño y anodino experimento de simulación de dos semanas de duración.

Sale de la mazmorra para sumergirse en la hermosa brisa del centro de California. El aroma a jazmín y a pino piñonero penetra bajo su camisa y le revuelve el pelo. Ahora ya sabe dónde está: en el edificio de Psicología, en el campus de Stanford, el ladrón de guante blanco. Tierra de conocimiento, dinero en efectivo y poder, con un interminable túnel de palmeras y

amenazadoras galerías de piedra. Un monasterio de ricachones por donde nunca quiso pasear, ni siquiera para hacer recados, por miedo a que alguien lo detuviera por impostor.

Le dan su cheque de noventa dólares y lo llevan de vuelta a su apartamento en East Palo Alto. Se refugia en su búnker privado para comer Fritos bañados con cerveza Pabst y ver la tele en un pequeño aparato en blanco y negro con unos cuernos de papel de aluminio arrugado a modo de antenas. Allí es, tres semanas después, donde ve un programa sobre el centenar de helicópteros estadounidenses perdido en una operación fallida en Laos. Ni siquiera tenía constancia de que Estados Unidos estuviera en Laos. Coloca la lata de cerveza en la mesa de carrete, con la clara impresión de estar dejando un cerco sobre el ataúd de pino de alguien.

Se levanta mareado, con la misma sensación que tuvo cuando el 416 pasó la noche en el hoyo. Se pasa los dedos por unos exuberantes rizos que le desaparecerán del cráneo de manera prematura y en masa. Sin lugar a dudas, hay algo jodido en el estado de las cosas, incluyéndolo a él. No quiere vivir en un mundo donde unos veinteañeros mueren para que otros estudien Psicología y escriban artículos sobre experimentos de mierda. Es plenamente consciente de que han perdido la guerra, pero eso no cambia nada. A la mañana siguiente, se presenta en el centro de reclutamiento de Broadway cuando abren. Trabajo continuo y, por lo menos, honrado.

Durante los años siguientes a su alistamiento, el sargento técnico Douglas Pavlicek realiza más de doscientas misiones. Como jefe de carga de un C-130, centra toneladas de material aislante y explosivos de clase A en los aviones. Coloca la artillería en tierra bajo un fuego de mortero tan abundante que produce espuma en el aire. Llena vuelos de ida con camiones militares, tanques y palés repletos de raciones de alimento, y vuelos de vuelta con bolsas de cadáveres. Cualquiera que preste atención sabe que la causa está perdida desde hace tiempo. Pero en la economía psíquica de Douglas Pavlicek, prestar atención no es en absoluto tan importante como permanecer ocupado. Mientras trabaje para llenar el tiempo y sus compañeros de tripulación pongan *rhythm and blues* en la radio, le da igual que antes o después vayan a perder esta guerra absurda.

Por su tendencia a desmayarse a causa de la deshidratación, recibe el mote de Vahído. Con frecuencia se le olvida beber, al menos durante el día.

Cuando anochece, durante las salidas cuadrúpedas por Jomsurang Road, en Khorat, o por los laberintos sexuales de Patpong y de Petchburi, en Bangkok, la llamada «Ciudad de los Ángeles», los ríos de licor Mekhong y las cubas llenas de cerveza Singha fluyen con generosidad. La bebida le vuelve más divertido, más sincero, menos idiota, más capaz de mantener conversaciones filosóficas expansivas sobre el destino de la vida con los conductores de los samlors.

—¿Ya volver a casa?

—Todavía no, amigo. ¡La guerra no ha terminado!

—Guerra ha terminado.

—No, para mí no. El último en salir tiene que apagar la luz.

—Todos dicen que guerra ha terminado. Nixon. Kissinger.

—Que le den a Kissinger, tío. Premio de la Paz, ¡y una mierda!

—Sí, que le den a Le Duc Tho. Todos a casa ya.

Douggie no sabe muy bien dónde está ese lugar.

Cuando no trabaja, se coloca con hierba tailandesa y se pasa horas tocando *riffs* de bajo con Rare Earth y Three Dog Night, o merodea por algún templo en ruinas: Ayutthaya o Phimai. Las estupas derruidas tienen algo que le aporta seguridad. Las torres derrumbadas engullidas por las tecas y las galerías hundidas convertidas en escombros. La selva tomará Bangkok dentro de no mucho. También Los Ángeles, algún día. Y está bien. Él no tiene la culpa. Es la historia, ni más ni menos.

Las monstruosas bases, con sus flotas de bombarderos en alfombra, están cerrando, y las mil industrias artesanales derivadas de esa economía dependiente se vuelven violentas. Toda Tailandia sabe lo que se le viene encima. Estaban obligados a este pacto con el Diablo Blanco, pero ahora resulta que han apoyado al bando equivocado. Aun así, los tailandeses que Douglas conoce solo muestran amabilidad hacia su destructor. Está pensando en quedarse allí cuando finalice su periodo de servicio, cuando la guerra acabe. Igual que ha permanecido aquí durante los buenos tiempos, debería quedarse en compensación durante los malos. Ya conoce un centenar de palabras en tailandés. *Dâai. Nít nôi. Dee mâak!* Sin embargo, por ahora es al que menos tiempo le queda para marcharse, mientras sigue tripulando el avión de transporte más fiable jamás construido. En cualquier caso, es un trabajo seguro durante unos cuantos meses más.

Él y sus compañeros preparan el Herky Bird para otro vuelo diario a Camboya. Llevan semanas enviando suministros a Pochentong. Ahora el

reabastecimiento se ha convertido en evacuación. Otro mes, tal vez dos, seguramente no más. El Vietcong está invadiéndolo todo, como las lluvias de verano.

Se ata al transportín y ya están arriba, pura rutina, por encima del mundo frondoso y todavía exuberante, los parches de las terrazas de arroz y la selva envolvente. Hace cuatro años toda la ruta hasta los ríos del mar del Sur de China era verde. Luego llegaron las tormentas de mierda de los herbicidas arcoíris, los cincuenta millones de litros de aquella hormona vegetal modificada, el agente naranja.

Al cabo de varios minutos sobre Tierra Roja, les alcanzan. Imposible; todos los instrumentos indicaban que el camino hasta Nom Pen estaba despejado. El fuego antiaéreo penetra en la cabina y la bodega. Forman, el mecánico de vuelo, recibe metralla en un ojo. Un fragmento de munición le abre el costado a Neilson, el piloto, y de su interior empieza a brotar algo tibio y húmedo que no debería estar ahí.

Toda la tripulación permanece en una calma fantasmal. Han hecho cola en sueños durante mucho tiempo para asistir a esta película de miedo, y por fin ha llegado el momento. La incredulidad les permite ser eficaces. Se organizan para atender a los heridos e inspeccionar los daños. Por el lado derecho, dos motores despiden sendas hebras de un humo negro y mugriento: mala señal. En un minuto, los hilos se convierten en columnas. Straub hace virar el avión con una maniobra drástica para regresar a Tailandia y a la salvación. Está solo a un par de cientos de kilómetros. Un Hércules puede volar con un solo motor.

Entonces empieza a caer como un pato que se dirigiera a un lago. El humo brota de la parte posterior de la bodega. La boca de Pavlicek evacua una palabra antes de que él mismo sea consciente de su significado: «¡Fuego!». En un avión cargado hasta arriba de combustible y artillería. Trata de abrirse paso hacia las llamas en propagación. Debe sacar los palés de la bodega antes de que prendan. Levine, Gragg y él forcejean con las correas y sujeciones. Un conducto de ventilación, roto a causa de la metralla, emana un chorro de vapor condensado sobre él y le quema la parte izquierda de la cara. Pero ni siquiera se da cuenta. Todavía.

Consiguen lanzar al mar toda la carga. Uno de los palés hace explosión al salir del avión y estalla en el aire. Entonces Pavlicek cae también hacia tierra como una semilla alada.

Varios kilómetros más abajo y tres siglos antes, una avispa cubierta de polen se introdujo por un agujero en el extremo de un higo y puso huevos por todo el intrincado jardín de flores oculto en su interior. Cada una de las setecientas cincuenta especies de *Ficus* del mundo posee una avispa específica, diseñada a medida para su fertilización. Y esta avispa encontró de algún modo la especie de su destino. La fundadora puso los huevos y murió. La fruta fertilizada se convirtió en su útero.

Una vez que eclosionaron, las larvas parásitas se alimentaron del interior de su inflorescencia. Estuvieron a punto de acabar con aquello que las alimentaba. Los machos se aparearon con sus hermanas y murieron dentro de su lujosa prisión de fruta. Las hembras emergieron del higo y echaron a volar, cubiertas de polen, para propagar ese juego infinito. El fruto que dejaron atrás produjo una alubia roja más pequeña que una de las pecas de la nariz de Douglas Pavlicek. Un bulbul se comió ese higo. La alubia recorrió las tripas del pájaro y cayó desde el cielo en un pegote de mierda fértil que aterrizó en una grieta de otro árbol, donde el sol y la lluvia cuidaron del plantón resultante y lo protegieron de un millón de maneras de morir. Creció; sus raíces se extendieron y revistieron a su huésped. Pasaron las décadas. Los siglos. La guerra a lomos de los elefantes dio lugar a alunizajes televisados y bombas de hidrógeno.

El tronco de la higuera echó ramas que modelaron hojas acabadas en punta. En las ramas principales se formaron codos que descendían hacia la tierra y se espesaban formando nuevos troncos. Con el tiempo, el tronco central se convirtió en un grupo de árboles. El árbol se extendió para formar un bosquecillo ovalado de trescientos troncos principales y dos mil troncos secundarios. Pero aun así, seguía siendo una sola higuera. Un baniano.

* * *

El jefe de carga Pavlicek desciende bocabajo por el impecable cielo azul. El zumbido lo desconcierta. El desastre que flota en una nube por encima de él ya no ha de ser resuelto. Solo quiere perdonar al mundo, olvidar y caer. El viento lo arrastra a su antojo por en medio de la provincia de Nakhon Ratchasima. Mientras el suelo se apresura a recibirlo, Douglas se reanima. Trata de dirigir el paracaídas hacia una terraza de arroz, cubierta de agua y

moteada por manojos verdes. Pero los mandos se enredan y pasa de largo. En el desplome demencial de los últimos metros, se le dispara un arma que lleva en el muslo. La bala entra por debajo de la rótula, le rompe la tibia y atraviesa el talón de sus botas de combate. El grito desgarrá el aire y su cuerpo cae sobre las ramas del baniano, aquel bosque de un solo árbol que ha crecido durante trescientos años para amortiguar su caída justo a tiempo.

Las ramas cortan su mono de vuelo. Las cuerdas del paracaídas se enredan y lo envuelven en una mortaja. Entre las heridas, las quemaduras y el disparo que le ha pulverizado la pierna, el aviador pierde el conocimiento. Se queda a seis metros de la Tierra en territorio amigo, colgado bocabajo, con las extremidades en cruz, en brazos de un árbol sagrado más grande que algunos poblados.

Un *baht-bus* repleto de peregrinos llega para adorar al árbol divino. Los peregrinos pasean por la columnata de raíces fúlcreas hacia el tronco central, el mismo tronco que se deslizó alrededor de un huésped que murió asfixiado mucho tiempo atrás. Dentro de ese tronco serpenteante hay un altar cubierto de flores, cuentas, campanas, oraciones manuscritas, estatuas agrietadas por las raíces y cordones sagrados. Los visitantes acuden en procesión hacia el altar a través de la pérgola laberíntica de ramas extendidas mientras cantan en pali. Llevan los brazos llenos de varas de incienso, fiambreras apilables colmadas de *gang gai* y guirnaldas de flores de loto y jazmín. Por delante de ellos corretean tres niños pequeños, que entonan una canción *lúk thûng* lo más rápido que sus labios alcanzan a moverse.

El grupo se aproxima al lugar sagrado. Añaden sus guirnaldas al arcoíris de ofrendas ya esparcidas por las ramas. En ese momento, el cielo se desploma y un misil golpea el follaje. Las varas de incienso, las guirnaldas y las fiambreras de lata se dispersan a causa del impacto. El golpe tira al suelo a dos peregrinos.

El caos se disipa. Los peregrinos levantan la vista. Un *farang* gigante cuelga por encima de sus cabezas y amenaza con quebrar las ramas y terminar de caer. Llaman al extranjero, pero no responde. Comienza un debate sobre el modo de llegar hasta el hombre y soltarle del amasijo de ramas y cuerdas. El sargento técnico Douglas Pavlicek se despierta con varios tailandeses que lo sacuden en las ramas. Cree yacer bocarriba en una charca de atmósfera, mientras unas personas del revés se inclinan sobre él para agarrarlo desde debajo de la superficie espejada. El dolor de la pierna y la cara le doblega. Escupe un hilo de baba roja. Piensa: «Estoy muerto».

No, corrige una voz cerca de su rostro. El árbol te ha salvado la vida.

Las tres sílabas más útiles de esos cuatro años en Tailandia brotan de los labios de Douggie:

—*Mâi kâo chai.*

No comprendo. Tras eso, vuelve a perder el conocimiento y reanuda la tarea larga y cíclica de caer. Esta vez, la Tierra que hay más abajo se abre para acogerlo. Cae muy profundo, una larga y suntuosa caída en el reino de las raíces. Se sumerge por debajo del nivel freático, hacia el principio de los tiempos, en la guarida de una fantástica criatura cuya existencia jamás imaginó.

La clínica local no va a tocarle la pierna a un soldado americano. Un empleado lo lleva a Khorat en un Mazda color coral con la bandera de la rueda budista ondeando en la antena. El coche suena tan ahogado como el barco de un *khlong* y deja tras de sí una nube similar de humo grasiento. Pavlicek, drogado hasta las cejas, observa desde el asiento trasero la sucesión de kilómetros verdes. El paisaje bajo y opulento, las colinas onduladas. *En las aguas hay peces; en los campos, arroz.* Toda la región se hundirá como una barca de hojas de banana en un tifón. El año siguiente, por la misma época, el Vietcong estará tomando el sol en el Siam Intercontinental. Un árbol le salvó la vida. No tiene sentido.

Cuando la inyección de la clínica deja de hacer efecto, Pavlicek ruega al conductor que lo mate. El conductor se sacude un dedo delante de la boca.

—*No angrit.*

Nada de inglés.

Douglas tiene la tibia al aire. Un médico de la base de Khorat le hace un arreglo provisional y lo envía al quinto hospital de campaña, en Bangkok. Todos sus compañeros de tripulación han sobrevivido, en gran parte gracias a él, según el informe posterior. Y él..., él le debe la vida a un árbol.

* * *

En la aviación militar, los cojos carecen de utilidad. Le proporcionan unas muletas, una Cruz de la Fuerza Aérea —la segunda medalla más importante concedida al valor— y un billete de avión gratis de regreso a San Francisco.

Consigue treinta y cinco pavos por la medalla en la casa de empeños Friendly's Pawn de Mission Street. No tiene claro si están ayudando a un veterano de guerra herido o si lo están estafando. Tampoco necesita saberlo. Allí acaban los esfuerzos del jefe de carga Douglas Pavlicek por preservar la libertad del mundo.

El universo es un baniano, con las raíces por arriba y las ramas por abajo. De vez en cuando las palabras acuden trepando por el tronco para Douglas, como si continuara colgado bocabajo en el aire: *El árbol te salvó la vida*. Se niegan a explicarle por qué.

La vida es una cuenta atrás. Nueve años, seis trabajos, dos historias de amor fallidas, tres matrículas de coche de diferentes estados, dos toneladas y media de cerveza aceptable y una pesadilla recurrente. Con el final del otoño y la llegada de otro invierno, Douglas Pavlicek va a buscar el martillo de bola y abre una fila de agujeros en la superficie de la carretera mal alquitranada que pasa por delante del rancho hasta Blackfoot. La idea es que cuando la gente aminore la marcha, él pueda verles la cara desde la valla. Con la llegada de noviembre, pasará algún tiempo antes de que recupere ese placer.

Douglas se dedica a ello el sábado, después de haber alimentado y leído en voz alta a los caballos. El plan funciona. Si el coche reduce la marcha lo suficiente, él y el perro corren hacia él hasta que el conductor baja la ventanilla para saludar o para sacar una pistola. Así obtiene un par de conversaciones agradables, un verdadero toma y daca. Un chico se detiene incluso durante un minuto. Douggie es consciente de que su comportamiento puede parecer algo excéntrico, visto desde fuera. Pero eso es Idaho, y cuando uno pasa todo el tiempo con caballos, el alma se expande un poco hasta que las costumbres de los hombres resultan no ser más que una fiesta de disfraces que es mejor no tomarse muy en serio.

De hecho, Douggie tiene la creciente convicción de que el mayor defecto de la especie es su abrumadora tendencia a confundir el consentimiento con la verdad. Lo único que influye realmente sobre las creencias de un fulano es lo que los fulanos de su alrededor difunden a través de la banda pública. Si escogemos a tres personas de la sala, decidirán que la ley de la gravedad es funesta y que hay que derogarla por el simple hecho de que el tío de una de ellas se emborrachó y se cayó desde un tejado.

Ya ha intentado convencer de esta idea a otros, pero sin demasiado éxito.

Pero un fragmento de acero flotando cerca de la vértebra L4, un pequeño fondo de financiación de la pensión por invalidez, una Cruz de la Fuerza Aérea (empeñada), un Corazón Púrpura tardío cuyo envés le recuerda a la taza de un váter y la habilidad para hacer cosas con las manos le dan derecho a tener opiniones drásticas.

Todavía cojea un poco mientras balancea el martillo. La cara se le ha vuelto más alargada, como la de un caballo, una imitación inconsciente de los animales que cuida. Durante siete meses al año vive en soledad, mientras los propietarios del rancho, ya ancianos, realizan el circuito de sus otros pasatiempos y casas. Las montañas lo cercan por tres flancos. La única televisión que recibe son las carreras de hormigas. Pero aun así, una parte de él querría saber si esos pocos pensamientos íntimos podrían ser ratificados por alguien en algún lugar. La confirmación de los otros: una enfermedad de la que morirá la raza humana en su totalidad. Pese a todo, se pasa el segundo sábado de octubre trabajando en la carretera de delante de la casa con la esperanza de que un buen agujero detenga a los tipos que pasen por allí.

Está a punto de dar por concluida la vigilancia diaria y regresar a la cuadra para hablar de Nietzsche con Chief Plenty Coups, el caballo de tiro belga, cuando un Dodge Dart rojo alcanza la cuesta a una velocidad cercana a la del sonido. Al ver el tramo de baches, el coche derrapa con un control admirable. Duggie y el perro se acercan dando grandes zancadas. Cuando se aproximan, la ventanilla ya está bajada. Una mujer bastante pelirroja se asoma. Tienen mucho de lo que hablar, considera Douglas. Destinados a hacerse amigos.

—¿Por qué la carretera está tan destrozada, justo aquí?

—Insurgentes —explica Douglas.

Sube la ventanilla y acelera, un desastre para los ejes del coche. Ni siquiera una mirada. Fin de la partida. Douglas se queda hecho polvo. Otra gota que colma el vaso. Ni siquiera le quedan fuerzas para leerle el siguiente fragmento de *Zaratustra* al caballo.

Aquella noche la temperatura desciende bajo cero y unos copos de papel de lija le frotan la cara como si toda la naturaleza se hubiera convertido en un gabinete de estética californiano. Se dirige a Blackfoot, donde se abastece de cóctel de frutas como para un mes, por si el temporal llega antes de tiempo. Acaba en el billar, gastando dólares de plata como si fueran placas de aluminio extruido.

—Debes estar preparado para arder en tu propio fuego —le dice a buena

parte de la clientela.

Así habló el antiguo prisionero 571, que tendrá que afirmar durante toda la vida que no le cedió la manta a un compañero de prisión cuando debió hacerlo. Vuelve a casa después de dieciocho rondas de bola ocho, con más dinero del que tenía al salir. Entierra el efectivo en el pasto trasero, junto al resto de los ahorros, antes de que el suelo esté demasiado frío para cavar.

Aquí el invierno es más largo que la cuenta pendiente de la civilización. Se dedica a tallar, a construir cosas con su colección de astas de animales: una lámpara, un perchero, una silla. Piensa en la pelirroja y en los de su clase inalcanzable y gloriosa. Escucha la calistenia de los animales en el desván. Consigue acabar una edición de las obras principales de Nietzsche y continúa con las obras completas de Nostradamus mientras quema sus páginas una a una en la estufa a medida que las lee. Cuida de los caballos como nadie, los monta a diario alrededor de la pista interior y les lee *El paraíso perdido*, ya que Nostradamus resulta demasiado sobrecogedor.

En primavera, sale al campo con un rifle del veintidós, pero es incapaz de pulsar el gatillo, ni siquiera para disparar a una simple liebre. Es consciente de que hay algo que falla en él. Cuando los dueños vuelven a principios de verano, les da las gracias y se marcha. No sabe muy bien adónde. Desde su último vuelo como jefe de carga, semejante conocimiento es un lujo imposible.

Quiere dirigirse más al oeste. El problema es que la única franja de territorio que está más al oeste es como volver al este. Además, ahora tiene una Ford 100 usada pero robusta, con neumáticos nuevos, que compró por un módico precio, su pensión de discapacidad por veterano de guerra y un amigo en Eugene. Las bellas carreteras secundarias le llevan por las montañas hasta más allá de Boise. La vida es mejor que nunca desde que cayó del cielo al baniano. La radio de la furgoneta va y viene entre los desfiladeros, como si las canciones procedieran de la luna. La música *country* se convierte en tecno. De todos modos, no la escucha. Está rastreando los muros kilométricos de píceas de Engelmann y abetos alpinos. Aparca en el arcén para orinar. Allí, en esas cordilleras, podría mearse en medio de la carretera y la humanidad no se enteraría, pero el salvajismo es una cuesta resbaladiza, como a menudo les leía a los caballos. Deja atrás la carretera y se interna en el bosque.

Es entonces, con los pantalones a media pierna, cuando sus ojos se vuelven hacia la naturaleza, a la espera de que la vejiga levante el bloqueo, y

ve unas losas de luz por los troncos en vez de sombras en el corazón del bosque. Se sube la cremallera e investiga. Se adentra por la maleza, solo que adentrarse significa salir. Una mínima caminata y emerge de nuevo a..., ni siquiera puede llamarse un claro. Llamémoslo luna. Una desolación achaparrada se extiende frente a él. El suelo sangra una escoria rojiza mezclada con serrín y restos de ramas. Hasta donde la vista alcanza, todo aquello parece un ave gigantesca desplumada. Es como si hubieran caído unos rayos alienígenas mortíferos y el mundo estuviera pidiendo permiso para acabarse. Solo hay una cosa, según su experiencia, que se le acerca: los retazos de selva que Dow y Monsanto ayudaron a despoblar. Pero lo de este claro es mucho más eficiente.

Vacilante, retrocede hacia la cortina de árboles encubridores, cruza la carretera y echa un vistazo del otro lado a través del bosque. Un nuevo paisaje lunar se extiende por la ladera. Arranca la camioneta y reanuda la marcha. La ruta parece discurrir entre kilómetros y kilómetros de bosque esmeralda, pero Douggie ve ahora más allá del espejismo. Está conduciendo por una finísima arteria de una vida fingida, un telón que oculta el cráter de una bomba tan grande como una nación. El bosque es un decorado, una inteligente obra de arte realizada con habilidad. Los árboles son como unas cuantas decenas de figurantes contratados para llenar un plano corto con el fin de aparentar que están en Nueva York.

Se detiene a repostar en una gasolinera. Le pregunta al cajero:

—¿Han estado talando el valle?

El hombre toma los dólares de plata de Douggie.

—Joder, ya lo creo.

—¿Y lo ocultan detrás de una pequeña cortina de cabina electoral?

—Lo llaman «franjas embellecedoras». Un pasillo con vistas.

—Pero ¿esto no es un bosque nacional?

El cajero se limita a mirarlo, como si hubiera alguna trampa oculta en la estupidez de su pregunta.

—Creía que los bosques nacionales estaban protegidos.

El cajero lanza una sonora pedorreta.

—Te refieres a los parques nacionales. Los bosques nacionales sirven para que los talen a bajo precio si hay alguien dispuesto a pagar por ellos.

En fin, la educación es incontrolable. Douglas está acostumbrado a aprender algo nuevo a diario. Este pequeño dato le perseguirá durante varios días. La ira comienza a rebosar en algún punto antes de llegar a Bend. No se

trata de los cientos de miles de hectáreas que han desaparecido de la noche a la mañana. Puede aceptar el hecho de que el oso Smokey y Ranger Rick se embolsen una pensión pagada por Weyerhaeuser. Pero la jugarreta deliberada, ingenua y tremendamente efectiva de esa cortina de árboles a lo largo de la autopista hace que le den ganas de pegar a alguien. Cada kilómetro embauca a su corazón, tal y como han planeado. Parece todo tan real, tan virgen, tan puro. Siente que está en la montaña de los cedros de aquel *Gilgamesh* que encontró en la biblioteca del rancho y que leyó a los caballos el año pasado. El bosque del primer día de la creación. Pero resulta que Gilgamesh y Enkidu, su amigo punk, ya han estado por allí y lo han destrozado todo. La historia más antigua del mundo. Podrías conducir por todo el estado y no enterarte jamás. De ahí su furia.

En Eugene, Douglas convierte una enorme torre de dólares de plata en una pequeña excursión a bordo de una avioneta.

—Lléveme alrededor de la máxima extensión de terreno que pueda a cambio de esta cantidad. Quiero ver cómo son las vistas desde ahí arriba.

El terreno parece el costado afeitado de una bestia enferma, lista para una operación de cirugía. Por todas partes, en todas direcciones. Si transmitieran las vistas por televisión, la toma acabaría mañana. De regreso a la superficie encubridora del planeta, Douglas pasa tres días en silencio sobre el sofá de su amigo. No tiene capital. Ni inteligencia política. Ni un pico de oro. Ni sofisticación económica o recursos sociales. Lo único que tiene es un bosque talado delante, abra o cierre los ojos, que se le aparece en todas direcciones hasta el horizonte.

Hace algunas averiguaciones. Después, ofrece en alquiler su pierna y media funcional a un contratista para replantar las tierras despobladas. Le proporcionan una pala y una bolsa de Johnny Appleseed llena de plantones, por cada uno de los cuales le cobran unos peniques. Y por cada árbol que sobreviva un mes, prometen pagarle veinte centavos.

El abeto de Douglas: el árbol maderero más valioso de América. Claro, ¿por qué no crear una plantación solo con este tipo de árbol? Diez casas nuevas por hectárea. Sabe que está plantando árboles para los intermediarios de los mismos hijos de puta que talaron a los dioses primitivos. Pero él no tiene que derrotar a la industria maderera ni vengarse en nombre de la naturaleza. Tan solo necesita ganarse la vida y reparar la imagen de esos bosques talados, una imagen que le rodea como si fuera un escarabajo dentro de la albura.

Se pasa los días recorriendo las laderas muertas silentes y llenas de escombros. Se arrastra a cuatro patas entre los restos dispersos, pierde el equilibrio en el corte impenetrable, se impulsa con las manos por el caos de raíces, palos, ramas, tocones y troncos fibrosos y destrozados que quedan pudriéndose en ese cementerio enmarañado. Domina el arte de caerse de cien modos distintos. Se agacha, abre una pequeña brecha en el suelo, mete una planta y cierra el agujero con una caricia de la punta de su bota. Luego comienza de nuevo. Y otra vez más. En forma de estrella, de red. Sube colinas y baja barrancos desnudos. Docenas de veces por hora. Cientos de veces al día. Miles y miles por semana, hasta que su palpitante cuerpo de treinta y cuatro años se hincha como si estuviera lleno de veneno de víbora. Algunos días, se cortarían la pierna mala si tuviera a mano una lima.

Duerme en los campamentos para plantadores de árboles, llenos de gente *hippy* e ilegal, aunque muy agradable. Cuando acaba la jornada, está demasiado cansado para entablar conversación. Al tumbarse por la noche, rígido por el dolor, se le viene una frase a la cabeza, unas palabras que una vez les leyó a los seres que tenía a su cargo durante su vida anterior como peón de rancho. «Si cuando llegue el Mesías tienes un árbol joven en la mano, planta primero el árbol y luego sal a recibir al Mesías.» Ni él ni los caballos le dieron mucha importancia. Hasta ahora.

El olor de los árboles cortados le abruma. Cajón de especias húmedo. Lana mojada. Clavos oxidados. Pimientos encurtidos. Olores que le devuelven a la infancia. Aromas que le inyectan una inexplicable felicidad. Esencias que lo sumergen en el bienestar más profundo y lo mantienen allí durante horas. Luego se produce un sonido, como si sus oídos estuvieran envueltos en una almohada. El gruñido de las sierras y taladoras en la distancia. Una gran verdad llega hasta él: los árboles caen con un estrépito espectacular. Pero plantar es silencioso, y crecer, invisible.

Algunos días la aurora despunta entre brumas artúricas. Hay mañanas en las que el frío lo amenaza de muerte y mediodías en los que el calor le azota en el entumecido trasero. Tardes tan derrochadoras de azul que se tumba bocarriba y mira el cielo hasta que los ojos se le humedecen. Llegan lluvias burlonas y despiadadas. Lluvia con el peso y el color del plomo. Lluvia tímida con pánico escénico. Lluvia que le produce moho y líquenes en los pies. Una vez hubo madejas enormes y espigadas de madera entretejida en este lugar. Volverá a haberlas.

A veces trabaja junto a otros plantadores, algunos de los cuales hablan

lenguas que no reconoce. Se encuentra con senderistas que quieren saber dónde ha ido a parar el bosque de su juventud. Los pineros estacionales vienen y van, pero el núcleo duro, del que forma parte, permanece. Casi siempre están solo él y el ritmo de trabajo tosco, vacuo, desnudo. Abrir, agacharse, insertar, levantarse y sellar con la punta de la bota.

Sus pequeños abetos de Douglas dan tanta lástima... Son como limpiadores de pipas. Como el decorado de un tren de juguete. Desde lejos, esparcidos por esos prados artificiales, son la cabeza rapada de un hombre medio calvo. Pero cada tallo enclenque que coloca en la tierra es un truco de magia cuya ejecución dura eones. Los coloca por millares, los quiere y confía en ellos como le gustaría confiar en sus semejantes.

Una vez solos —ahí radica la trampa—, expuestos al aire, a la luz y a la lluvia, cada uno podría engordar decenas de toneladas. Cualquiera de sus retoños podría crecer durante los siguientes seiscientos años y eclipsar la mayor chimenea de fábrica del mundo. Podría acoger a generaciones de campañoles que nunca bajarán a tierra firme y a varias especies de insectos cuyo único deseo sería desnudar a su huésped. Podría lanzar una lluvia de diez millones de agujas al año sobre sus ramas más bajas y fabricar allí felpudos de tierra fértil, donde crecerían sus propios jardines en el aire.

Cualquiera de esos desgarbados arbolitos podría arrojar millones de piñas durante el transcurso de su vida, piñas macho pequeñas y amarillas llenas de un polen que flota a lo largo de estados enteros, piñas femeninas más pesadas, con su cola de ratón que sobresale de la espiral de escamas, una imagen que para él es más preciada que su propia vida. Y casi puede olerse el bosque que pueden crear: resinoso, fresco, cargado de añoranza, savia de un fruto que no es fruto, el aroma de unas Navidades infinitamente más antiguas que Cristo.

Douglas Pavlicek trabaja en un claro tan extenso como el centro de Eugene y se despide de sus plantas a medida que las coloca. «Aguanta. Solo diez o veinte décadas. Para vosotros es pan comido, chicos. Solo tenéis que durar más que nosotros. Entonces ya no quedará nadie que os joda la vida.»

Neelay Mehta



El niño que ayudará a que los humanos se conviertan en otras criaturas está viendo vídeos de *The Electric Company* en el apartamento familiar, construido sobre una panadería mexicana de San José. En la cocina, su madre rayastaní se ahoga entre nubes de cardamomo negro molido que colisionan con el aroma a canela del pan fino y las conchas de la panadería de abajo. Fuera, en el valle de Santa Clara, también llamado «Valle del Deleite de los Corazones», el fantasma de los almendros, cerezos, perales, nogales, ciruelos y albaricoqueros se extiende en todas direcciones durante kilómetros, árboles sacrificados hace poco en favor del silicio. Es el Estado Dorado, el *Golden State*, como todavía lo llaman los padres del niño.

El padre guyaratí del niño sube las escaleras con una caja enorme y tambaleante sobre su cuerpo enclenque. Ocho años atrás llegó a este país con doscientos dólares, una licenciatura en Física del Estado Sólido y buena disposición para trabajar a cambio de dos tercios del salario de sus colegas blancos. Ahora es el empleado número 276 de una empresa que reescribe el mundo. Recorre los dos tramos de escaleras dando traspiés mientras tararea la canción favorita de su hijo, la única que cantan juntos para dormir: «Alegría para los peces del fondo del mar añil, alegría para ti y para mí».

El niño oye sus pasos y corre hacia el descansillo.

—¡Pita! ¿Qué es? ¿Un regalo para mí?

Es un pequeño rajput de siete años, consciente de que la mayor parte del mundo es un regalo para él.

—Déjame entrar primero, Neelay. Por favor, gracias. Un regalo, sí. Para nosotros dos.

—¡Lo sabía!

El niño da vueltas como un pato alrededor de la mesa de centro con tanto ímpetu que hace tintinear las bolas de acero de un juguete de péndulo.

—Un regalo once días antes de mi cumpleaños.

—Pero tienes que ayudarme a montarlo. —El padre coloca la caja con cuidado sobre la mesa y tira al suelo el batiburrillo de cosas que hay encima.

—Soy un buen ayudante. —El niño cuenta con la mala memoria del padre.

—Y vamos a necesitar paciencia, que es nuestra principal tarea, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo —asegura el niño mientras rasga la caja.

—La paciencia es la madre de todas las ciencias.

El padre agarra de los hombros a su hijo para conducirlo hacia la cocina. La madre bloquea la puerta.

—¡No entréis! ¡Hay mucho lío!

—Sí, hola también, *moti*. He traído el kit de informática.

—Dice que ha traído el kit de informática.

—¡Es un kit de informática! —chilla el niño.

—¡Ya sé que has traído el kit de informática! ¡Id ya a jugar, niños!

—No es para jugar, *moti*.

—¿Ah, no? Vaya, pues id a trabajar. Como yo.

El niño aúlla y agarra de la pierna a su padre, para arrastrarlo de nuevo hacia el misterio. Por detrás, la madre grita:

—¿Mil palabras de memoria o cuatro mil?

El padre resplandece.

—¡Cuatro mil!

—Cuatro mil, claro. Pues largaos a hacer algo de provecho.

El niño se pone a hacer pucheros cuando ve salir de la caja la placa verde de plástico reforzado con fibra de vidrio.

—¿Esto es un kit de informática? ¿Para qué sirve eso?

Su padre sonrío con cara de tonto. Se acerca el día en que la palabra *servir* se redefinirá gracias a este objeto. Mete la mano en la caja y saca lo esencial.

—Aquí está, Neelay mío. ¡Mira! —Sostiene en la mano una placa de diez centímetros de largo. Sacude la cabeza con deleite. Una mirada que se acerca peligrosamente al orgullo surca su rostro ascético—. Tu padre ayudó a fabricarlo.

—¿Qué es, pita? ¿Eso es un microprocesador? Parece un bicho con las patas cuadradas.

—Ya, pero piensa en todas las cosas que le hemos conseguido meter en su interior.

El niño mira. Se acuerda de los cuentos de su padre antes de dormir durante los dos últimos años: historias de directores de proyecto heroicos y de ingenieros aventureros que sufren más contratiempos que el mono blanco Hanuman y todo su ejército de simios. Su cerebro de siete años se enciende y vuelve a arrancar, forma axones arborizados, dendritas, esos diminutos árboles que se extienden. Sonríe con cautela e incertidumbre.

—¡Miles y miles de transistores!

—Eso es, mi hombrecito.

—Déjame cogerlo.

—Shh, shh, shh. Con cuidado. Quieto. Podríamos matar a este muchacho antes siquiera de que empiece a vivir.

El niño se ruboriza con un delicioso horror.

—¿A vivir?

—Solo si... —El dedo paterno se sacude en el aire—. Si todas las soldaduras están bien.

—¿Y entonces qué hará, papá?

—¿Tú qué quieres que haga, Neelay?

Ante los enormes ojos del niño, la pieza se convierte en un genio maravilloso.

—¿Hará lo que queramos?

—Solo tenemos que averiguar cómo colocar nuestros planes en su memoria.

—¿Ponemos ahí dentro nuestros planes? ¿Cuántos planes caben?

La pregunta detiene en seco al hombre; es lo que a veces sucede con las cosas simples. Se encuentra perdido entre la hierba del universo, algo encorvado por la fuerte gravedad del mundo que visita.

—Algún día contendrá todos los planes que tengamos.

Su hijo se burla.

—¿Esto tan pequeño?

El hombre busca en la librería y saca el libro de recortes de la familia. Tras varias pasadas, grita triunfante:

—¡Aquí! Neelay, ven a ver.

La foto es pequeña, verde y misteriosa. Una maraña de boas constrictor

gigantes salen de una piedra rota.

—¿Lo ves, *na*? Una semillita cayó en el tejado de este templo. Al cabo de los siglos, el templo cedió bajo el peso de la semilla. Pero la semilla sigue creciendo y creciendo.

Decenas de troncos y raíces entrelazados se alimentan de los muros en ruinas. Los tentáculos se hunden para rellenar las grietas y desgajar las piedras. Una raíz más gruesa que el cuerpo del padre de Neelay cruza un dintel y se filtra como una estalactita por la puerta que hay más abajo. Esta exploración vegetal horroriza al niño, que sin embargo no puede apartar la vista. Hay algo muy animal en la forma en que los troncos buscan las aberturas de la mampostería y penetran en ellas. Como si fueran trompas de elefante. Parecen saber, querer, buscar su camino. El niño piensa: «Algo lento y decidido quiere convertir toda la construcción humana en tierra fértil». Aunque su padre sostiene la foto delante de Neelay como muestra del más feliz de los destinos.

—¿Lo ves? Si Visnú es capaz de colocar una de estas higueras gigantes dentro de una semilla así de pequeña... —El hombre se agacha para agarrar la punta del meñique de su hijo—. Piensa en todo lo que podría haber dentro de nuestra máquina.

Montan la caja durante los días sucesivos. Todas las soldaduras están bien.

—A ver, Neelay-*ji*. ¿Qué podría hacer esta pequeña criatura?

El niño se queda inmóvil ante la variedad de posibilidades. Pueden lanzar al mundo cualquier proceso, cualquier tipo de capricho. Lo imposible es elegir cuál.

Su madre grita desde la cocina:

—¡Enséñale a cocinar *bhindi*, por favor!

Le hacen decir «Hola, mundo» con luces parpadeantes codificadas. Le hacen decir «Feliz cumpleaños, Neelay querido». Las palabras que padre e hijo escriben aparecen y comienzan a actuar. El niño acaba de cumplir ocho años, pero, en ese momento, llega a casa. Ha encontrado el modo de convertir sus anhelos y sueños más profundos en procesos activos.

Enseguida, las criaturas que han creado comienzan a evolucionar. Un simple bucle de cinco comandos se expande para formar una hermosa estructura segmentada de cincuenta líneas. Pequeñas porciones de programa se convierten en partes reutilizables. El padre de Neelay conecta un

reproductor de cintas de casete, para volver a cargar con facilidad en pocos minutos sus horas de trabajo, aunque hay que ajustar el botón del volumen si no quieren que todo explote con un error de lectura.

Durante los siguientes meses, pasan de cuatro mil *bytes* de memoria a dieciséis mil. Pronto llegan a los sesenta y cuatro mil.

—¡Pita! ¡Más poder que el que jamás haya tenido un humano a lo largo de la historia!

El niño se pierde en la lógica de su propia voluntad. Entrena a la máquina durante horas como si fuera un cachorro. El aparato lo único que quiere es jugar. Lanzar una bala de cañón por encima de la montaña hacia tu enemigo. Mantener a las ratas alejadas de tu cosecha de maíz. Hacer girar la rueda de la fortuna. Buscar y destruir a todos los marcianos del cuadrante. Deletrear la palabra antes de que ahorquen al pobre monigote.

Su padre se sienta a observar lo que ha desencadenado. Su madre se retuerce los faldones de la blusa y reprende a todos los hombres que quedan al alcance de sus gritos.

—¡Mira al niño! No hace más que estar ahí sentado escribiendo. Parece un *sadhu* drogado. Está más enganchado que si máscara *paan*.

El asedio de su madre durará años, hasta que empiecen a llover los primeros cheques de su hijo. El niño no deja de responder que está ocupado creando mundos. Mundos pequeños, al principio, pero suyos.

Existe una parte de la programación que se denomina ramificación. A eso se dedica Neelay Mehta. Se reencarnará a sí mismo, volverá a vivir bajo todas las razas, géneros, colores y credos. Revivirá cadáveres podridos y se comerá las almas de los jóvenes. Acampará sobre los doseles de bosques frondosos, se tumbará en la chatarra del fondo de unos barrancos de altura imposible y nadará en los mares de planetas con muchos soles. Pasará su vida al servicio de una inmensa conspiración, propulsado desde el Valle del Deleite de los Corazones, para tomar el poder del cerebro humano y cambiarlo más que nunca desde la aparición de la escritura.

Hay árboles que se expanden como fuegos artificiales y árboles que se elevan como conos. Árboles que crecen sin un solo murmullo a lo largo de noventa metros en dirección al cielo. Anchos, piramidales, redondos, cilíndricos, cónicos, curvos: lo único que tienen en común es la ramificación, como Visnú al agitar sus numerosos brazos. Entre todos estos seres en expansión, los más feroces son las higueras. Árboles estranguladores que deslizan sus vainas alrededor de los cuerpos de otros y se los tragan para

formar un molde vacío alrededor de los huéspedes descompuestos. Es el caso del *peepal* o *Ficus religiosa*, el *bo* de Buda, con sus hojas que se estrechan formando exóticos acúmenes. Banianos que crecen como bosques enteros, con cien troncos separados que compiten por una pizca de sol. Aquella higuera devoradora de templos de la foto de su padre habita en el niño. Seguirá aumentando de tamaño con cada nuevo código reutilizable. Seguirá extendiéndose, rastreando las grietas, probando todas las vías de escape posibles, buscando nuevos edificios que engullir. Crecerá bajo las manos de Neelay durante los veinte años siguientes.

Luego florecerá para convertirse en su agradecimiento tardío por aquel regalo de cumpleaños adelantado. Su homenaje al enjuto y bajito Pita, que cargó con aquella enorme caja por las escaleras del edificio. Su alabanza a Visnú, al que solo conoce por los cómics hindis baratos que no sabía leer. Su despedida a una especie que pasó de ser animal a ser un conjunto de datos. Su esfuerzo para levantar a los muertos y hacer que vuelvan a amarle. Una gran cantidad de troncos del mismo árbol que crecen hacia abajo. La semilla que su padre planta en él se comerá el mundo.

Se mudan a una casa en el valle junto a El Camino, en Mountain View. Tres habitaciones: tanto lujo confunde a Babul Mehta. Él sigue conduciendo un coche que tiene veinte años, pero cada cinco meses moderniza sus ordenadores.

Ritu Mehta siente pánico cada vez que llega una caja nueva.

—¿Cuándo va a acabar esto? ¡Nos volveremos pobres por tu culpa!

El garaje está tan lleno de equipos viejos que el coche ya no cabe. Pero cada uno de esos componentes, aunque anticuado, es una maravilla de una complejidad fascinante creada por un equipo de heroicos ingenieros. Ni el padre ni el hijo pueden tirar a la basura uno solo de esos milagros obsoletos.

El paso de tortuga de la ley de Moore tortura a Neelay. Está ansioso por más RAM, más MIPS, más píxeles. La espera del siguiente avance que rompa con lo anterior le lleva la décima parte de su vida. Hay algo en esos componentes minúsculos y mutables que espera ver la luz. O mejor dicho: puede que esos objetos reticentes hayan sido creados para hacer algo que los humanos aún no imaginan. Neelay está a punto de averiguarlo y de ponerles nombre, aunque para ello tiene que hallar las siguientes palabras mágicas.

Se escabulle por el patio del colegio como un traidor a la infancia.

Aprende los santos y señas: frases famosas de diferentes series televisivas, eslóganes de sintonías de radio perniciosas, datos biográficos de artistas sexis de quince años que deberían hacerle perder la cabeza. Pero por la noche sus sueños no se llenan con batallas de recreo ni con los cotilleos diarios, sino con las imágenes de un código maravilloso y limitado capaz de hacer más con menos: datos que pasan de la memoria al acumulador y vuelta a empezar, en una danza tan hermosa que le resulta imposible describírsela a sus amigos. Ellos no sabrían verlo.

Cada programa se adentra en la posibilidad. Una rana trata de cruzar una calle abarrotada. Un mono se defiende con bombas de barril. Bajo esas apariencias ridículas y toscas, unas criaturas de otra dimensión se cuelan en el mundo de Neelay. Y solo pueden ser vistas a través de una estrechísima ventana antes de que esos objetos que nunca existieron se conviertan en cosas que siempre han existido. Dentro de unos cuantos años, los niños como él recibirán terapia cognitivo-conductual para el asperger e ISRS para suavizar su extraña interacción con los seres humanos. Pero él está seguro de algo: la gente está metida en un buen lío. Antes, el destino de los humanos puede que estuviera en manos de los equilibrados, de los sociales, de los maestros de la emoción, pero ahora todo eso se está actualizando.

Todavía se da atracones de lectura a la vieja usanza. Por la noche, lee con atención fábulas increíbles que revelan los verdaderos escándalos del tiempo y la materia. Historias magníficas sobre naves generacionales. Ciudades abovedadas como terrarios gigantes. Historias que se escinden y se bifurcan en innumerables mundos cuánticos paralelos. Pero él espera una historia determinada desde hace mucho tiempo y, cuando por fin la encuentra, se queda con él para siempre, a pesar de que nunca podrá hallarla de nuevo en ninguna base de datos. Los extraterrestres alcanzan la Tierra. Son seres pequeños, como todos los extraterrestres. Pero metabolizan como si no hubiera un mañana. Pululan como enjambres de mosquitos, tan rápido que no se les ve, tan rápido que los segundos de la Tierra son como años para ellos. A sus ojos, los humanos no son nada más que esculturas de carne inmóvil. Los foráneos tratan de comunicarse, pero no obtienen respuesta. No hallan signos de vida inteligente, se apilan en las estatuas congeladas y comienzan a curarlas como si fueran trozos de jamón, para el largo camino de vuelta.

La única persona que a Neelay le importará más que sus creaciones es su

padre. Ambos se comprenden sin necesidad de hablar. Ninguno de los dos es feliz sin estar sentado frente a un teclado en compañía del otro. Tortazos en la nuca y codazos en las costillas. Burlas y risas. Y siempre ese tono cantarín y amable, con la cabeza inclinada:

—Atención, Neelay-*ji*. ¡Ten cuidado! ¡No abuses de tus poderes!

Todo el universo espera para ser animado. Juntos, deben crear posibilidades a partir de los átomos más pequeños. El niño quiere escalas y canciones, pero estas máquinas son mudas. De ese modo Neelay y su padre crean sus propias ondas de sierra y activan y desactivan el pequeño altavoz piezoeléctrico tan rápido que empieza a cantar.

Su padre pregunta:

—¿Cómo es que te has convertido en una criatura tan concentrada?

El niño no responde. Ambos saben la respuesta. Visnú ha colocado toda posibilidad de vida en su pequeño microprocesador de ocho bits y Neelay se sentará delante de la pantalla hasta que libere la creación.

Cuando alcance la madurez, el niño será capaz de arrastrar un bonito icono y soltarlo en un diagrama de árbol para producir con un solo toque de muñeca cosas que él y su padre tardaron en crear seis semanas de tardes en el sótano. Pero ya no regresará ese sentido de lo inconcebible esperando a ser concebido. En el vestíbulo decorado con madera de secuoya de un edificio multimillonario de oficinas, pagadas por una galaxia paralela a esta, tendrá colgada, durante muchos años, una placa grabada con las palabras de su autor favorito:

Todo hombre debe ser capaz de todas las ideas,
y entiendo que en el porvenir lo será.

Con once años, Neelay le fabrica una cometa a su padre para Uttarayan, el gran festival de cometas. Pero no es una cometa de verdad, es algo mejor aún: algo que los dos pueden hacer volar juntos sin que nadie en Mountain View piense que son ignorantes adoradores de vacas. Prueba una nueva técnica para animar los *sprites*, unos duendecillos sobre los que lee en una revista mimeografiada para aficionados llamada *Amor al primer byte*. La idea es brillante y hermosa. Se bosqueja la cometa en diferentes *sprites*, que se introducen directamente en la memoria de vídeo. Luego, los arrastras por la pantalla como un folioscopio. El primer movimiento minúsculo le hace sentirse como Dios.

Su apuesta es escribir el programa para que a su vez pueda ser programado. Dejar que el usuario teclee la melodía que prefiera, con letras y números simples, y hacer que la cometa baile con la música. La grandiosidad del plan le da vueltas en la cabeza. Su Pita hará que la cometa baile al ritmo de un tema guyaratí.

Neelay llena un archivador entero con notas del proyecto, diagramas y páginas impresas de la última versión. Su padre toma el archivador con curiosidad.

—¿Qué es esto, señor Neelay?

—¡No lo toques!

Su padre sonrío y hace una reverencia.

—Claro que no, Neelay, mi maestro.

El niño trabaja en el proyecto cuando su padre no está. Se lo lleva al colegio, ese laberinto de pasillos repletos de salas de tortura organizada que le servirá de inspiración para muchas fugas de mazmorras. El archivador negro parece oficial. Finge escribir notas en él mientras trabaja en el programa. Los profesores se sienten demasiado halagados para sospechar.

Su plan funciona como un reloj hasta la quinta hora de clase: Literatura Norteamericana, con la señora Gilpin. Están leyendo *La perla*, de Steinbeck. A Neelay le gusta bastante la historia, sobre todo la parte donde al bebé le pica el escorpión. Los escorpiones son criaturas excepcionales, sobre todo los gigantes.

La señora Gilpin habla sin cesar sobre la simbología de la perla. Para Neelay, es una perla, nada más. No deja de devanarse los sesos con un problema real: cómo sincronizar el baile de la cometa con la música. Revisa las páginas impresas, hasta que la solución le salta a la vista: dos bucles anidados. Es como si los dioses lo hubieran dibujado con tiza de colores en la pizarra de su mente. Farfulla para sí mismo:

—¡Claro que sí!

La clase suelta una carcajada general. La señora Gilpin acaba de preguntar:

—Nadie quiere ver morir al bebé, ¿a que no?

La señora Gilpin les hace callar con la mirada.

—Neelay, ¿qué estás haciendo? —Él sabe que no debe responder—. ¿Qué tienes en ese archivador?

—Deberes de informática. —Todo el mundo se echa a reír ante semejante idea absurda.

—¿Estás recibiendo clases de informática? —Él sacude la cabeza—. Trae eso.

A mitad de camino hacia la mesa de la profesora se plantea la posibilidad de tropezar y torcerse el tobillo. Le pasa el archivador. Ella lo hojea. Dibujos, diagramas de flujos, códigos. La profesora frunce el ceño.

—Siéntate.

El niño obedece. La señora Gilpin regresa con Steinbeck mientras él se sumerge en una laguna de injusticia y vergüenza. Después de la campana, cuando la clase se despeja, se acerca a la mesa de la señora Gilpin. Él sabe por qué lo odia. Los tipos como él serán quienes la llevarán a la extinción.

Ella abre el archivador por unas cuadrículas llenas de imágenes de cometas con forma de bloque.

—¿Esto qué es?

Ella no tiene ni idea de qué es Uttarayan ni de lo que supone tener un padre como el suyo. Es rubia, de Vallejo. Las máquinas son su enemigo. Cree que la lógica mata todo lo bueno del alma humana.

—Cosas de ordenadores.

—Eres un chico listo, Neelay. ¿Qué es lo que no te gusta de la asignatura? Se te da muy bien analizar frases. —La mujer espera, pero no le saca una palabra. Da un golpecito en el archivador—. ¿Es algún tipo de juego?

—No. —No de la forma en que ella lo imagina.

—¿No te gusta leer?

Siente lástima por ella. Si supiera lo que podría significar leer... El Imperio Galáctico y sus enemigos están avanzando por toda la espiral de la Vía Láctea, manteniendo guerras que duran cientos de miles de años, y ella se preocupa por esos tres mexicanos.

—Creía que *Una paz solo nuestra* te había gustado.

Y le gustó bastante. Incluso le dejó un poco sin aliento. Pero no entiende qué tiene que ver eso con que le devuelva sus pertenencias de una vez.

—¿Y no te interesa *La perla*? Trata sobre el racismo, Neelay.

El niño parpadea, inmóvil, como si contactara por primera vez con inteligencia extraterrestre.

—¿Me podría devolver mi archivador? Ya no lo traeré a clase nunca más.

A la profesora se le desencaja la cara. Incluso él se da cuenta de que la ha traicionado. Ella creía que lo tenía en su terreno, pero él lleva semanas evitándola y se ha convertido en enemigo. La mujer toca el archivador y vuelve a poner mala cara.

—Me lo voy a quedar de momento, hasta que tú y yo retomemos el rumbo.

Dentro de unos años, habrá alumnos que dispararán a sus profesores por menos. El niño acude al despacho al final del día para convencerla de que va a reformarse.

—Siento haber estado trabajando en mi cuaderno durante su clase.

—¿«Trabajando», Neelay? ¿Eso es lo que hacías?

Quiere una confesión. Quiere que le dé las gracias por salvarle de los peligros de jugar mientras el resto de la clase se esforzaba por extraer perlas de la ficción. Cincuenta horas de trabajo en la cometa de su padre se encuentran a poco más de un metro de él, pero son inalcanzables. La profesora quiere humillarlo. Está al borde del ultraje.

—¿Me puede devolver el archivador, por favor?

La frase es como un bofetón para ella. Fija la mirada y emprende el camino hacia la guerra.

—Esto conlleva una sanción. Has insultado a una profesora. ¿Qué dirán tus padres?

Se queda petrificado. Su madre lo matará de un solo golpe, como si fuera carne *jhatka*.

La señora Gilpin mira el reloj. Es demasiado tarde para mandarlo con el director. Su novio irá a buscarla dentro de diez minutos. Se reirán juntos de la terquedad de ese niño indio con su archivador lleno de jeroglíficos, de cómo insistió en que no estaba jugando. La mujer se convierte en un pilar de autoridad.

—Quiero que vuelvas a este despacho mañana por la mañana antes de que suene la campana. Ya hablaremos sobre lo que te mereces. —La sangre martillea al niño y los ojos le arden—. Vete ya. —Las cejas de la profesora hacen un movimiento de mandato—. Hasta mañana. A las siete en punto.

Neelay necesita pensar. Pierde el autobús y se marcha a pie. El día es una de esas espeluznantes imitaciones del paraíso que a veces se dan en el centro de California: veintiún grados, cielo despejado, aire cargado de aroma a laurel y eucalipto. Avanza el doble de lento de lo normal por delante de las casas modestas de clase media, por las que la gente pronto pagará un millón y medio de dólares solo para echarlas abajo y volver a construirlas. Tiene que pensar un plan. Maldice a la profesora; su antigua vida de oro se le derrumba

en sentido estricto. Esa falta de respeto de los blancos paralizará a su padre. «Paciencia, Neelay. Cautela. ¿Recuerdas? ¿Recuerdas?» Se correrá la voz entre la comunidad de indios expatriados. Su madre se morirá de vergüenza.

Camina por la huella digital que forman las calles arboladas en ese barrio cercado por tres autopistas. A cuatro manzanas de casa, atraviesa el parque, el lugar al que acude cuando sus padres lo obligan a salir para que le dé el aire. El sendero serpentea por un desafío de encinas bajas con ramas fantasmagóricas que crecen allí desde que California fue la avanzadilla más remota de España. Si alguna vez se ha fijado en esa especie, ha sido en las películas: los árboles de Sherwood y Bagworthy, bosques suplentes para asustar a los pioneros y poner a prueba a los náufragos. Cuando Hollywood necesita árboles, acude a los únicos latifoliados que hay en las inmediaciones.

Los árboles le hacen señas, grotescos, irreales, retorcidos. Una rama enorme se inclina hacia el suelo como si se hubiera echado a descansar. Con un solo movimiento, Neelay trepa por ella y se sienta en el árbol, como si tuviera de nuevo siete años. Allí estudia la situación de su vida en ruinas. Al mirar desde lo alto de esa disparatada encina con forma de voladizo a dos niños que lanzan piedras con un palo y a una mujer con el pelo blanco que pasea a su perro salchicha, ve todo el embrollo desde el punto de vista de la señora Gilpin. Tenía razón al regañarle. Pero le ha robado sus pertenencias. El desastre, desde ese nido de cuervos, presenta lo que la señora Gilpin denominaría «ambigüedad moral».

Hace sitio en la sinuosa rama de la encina para los dos chicos de *Una paz solo nuestra*. Los observa mientras se entretienen con los juegos de amor y guerra propios de los muchachos blancos de secundaria, en otro árbol sobre un río. Más abajo, el suelo marrón y verde de California rebota cada vez que la brisa choca contra las ramas. No sabe casi nada del mundo de sus padres, pero hay algo tan cierto como las matemáticas: la vergüenza, para los indios, es peor que la muerte. Puede que la señora Gilpin ya los haya llamado con los detalles de su delito. Al pensarlo, sacude la cabeza y la lengua le sabe a metal. Oye a su madre bramar: «¿Has dejado que esa mujer con pelo de rata humille a tu familia?». Pronto un país lejano lleno de tías, tíos y primos sabrá lo que ha hecho.

Y su pobre padre, que se ha vuelto invisible durante años para poder vivir y trabajar en ese estado dorado, mira horrorizado a Neelay mientras se pregunta cómo es posible que un niño sea tan arrogante como para creer que puede responderle a una figura de autoridad americana y quedarse tan

pancho.

Desde ese nido de encina, Neelay otea el camino que discurre más abajo, con una maraña de programación en la mente. Se le pasa una idea por la cabeza, un destello de paz fácil. Si pudiera meterse en un lío mayor, ganaría un voto de compasión. No se puede machacar a un niño herido. Un delicioso terror, parecido al que siente cuando ve *En los límites de la realidad*, le golpea la nuca. La idea es descabellada. Tiene que asumir los hechos, llegar a casa y aceptar el castigo. Se asoma para echar un vistazo a todo el paisaje, el último durante una temporada. Sus padres lo castigarán durante meses.

Suspira. Baja deslizándose por la rama inclinada.

Quedan años para preguntarse si las ramas se sacudieron. Si el árbol se la tenía jurada. En el descenso, se golpea contra las ramas más pequeñas. Lo apalean como si fuera una bola de *pinball*. La Tierra corre a su encuentro. Aterriza sobre el coxis en el sendero de cemento, que le parte la base de la columna.

El tiempo se detiene. Se queda bocarriba sobre la espalda destrozada. La cúpula de encima se cierne sobre él como una concha rota a punto de caer en pedazos a su alrededor. Un millar —un millar de millares— de dedos escindidos con las puntas verdes se pliegan sobre él, suplicantes y amenazadores. La corteza se desintegra; el bosque se despeja. El tronco se convierte en montones de metrópolis dispersas, redes de células unidas que laten con energía y sol líquido; el agua asciende a través de unos juncos largos y finos, los anillos se unen para formar tuberías que chupan minerales por los estrechos túneles de ramitas transparentes y por las puntas oscilantes mientras una sustancia hecha de sol desciende por las cañerías internas. Un ascensor espacial colosal, de gran alcance y extensible, formado por mil millones de elementos independientes, que transporta el aire al cielo y almacena el cielo bajo tierra mientras extrae posibilidades de la nada: la obra más perfecta de código de autogeneración que podría ver. Después, Neelay cierra los ojos a consecuencia del golpe y pierde el conocimiento.

Días más tarde, en el hospital, se despierta atado y atornillado. Los tubos le impiden mover los brazos y las piernas. Tiene una cuña debajo de cada oreja, para sujetarle la cabeza. No ve nada más que el techo, que no es azul. Oye que su madre grita:

—¡Ha abierto los ojos!

No entiende por qué no deja de sollozar mientras repite esas palabras, como si fuera una mala noticia.

Permanece en una nube de desconocimiento narcótico. A veces es una secuencia de código almacenado en un microprocesador mayor que una ciudad. A veces es un viajero por ese país de sorpresas que llegará a construir, cuando las máquinas sean al menos lo bastante rápidas para seguir el ritmo de su imaginación. A veces, unos zarcillos monstruosos y seccionadores van a buscarle.

El picor es demencial. Por encima de la cintura todo es un fuego inalcanzable. Cuando regresa de nuevo a tierra, su madre está allí, acurrucada en la silla junto a su cama. Un cambio en la respiración del niño la despierta. Su padre también está cerca. Neelay se preocupa; ¿qué dirán sus jefes cuando vean que no está trabajando?

Su madre dice:

—Te caíste de un árbol.

No logra conectar los puntos.

—¿Me caí?

—Sí —replica—. Eso hiciste.

—¿Por qué tengo las piernas con tubos? ¿Es para que no rompa algo?

Ella levanta un dedo en el aire y se lo lleva a los labios.

—Todo va a ir bien.

Su madre no suele decir esas cosas.

Los enfermeros le disminuyen poco a poco el goteo de analgésico. La angustia se asienta a medida que las medicinas desaparecen. La gente acude a visitarlo. El jefe de su padre. Las amigas de las cartas de su madre. Sonríen como si estuvieran haciendo gimnasia. Su consuelo le asusta sobremanera.

—Has sufrido mucho —dice el médico. Pero Neelay no ha sufrido nada. Su cuerpo, tal vez. Su avatar. ¿Pero él? En el código no ha cambiado nada importante.

El médico es amable, tiembla cuando deja caer la mano y fija la vista en un punto ciego de la parte alta de la pared. Neelay le pregunta:

—¿Puede quitarme esas cosas que tengo atornilladas a las piernas?

El doctor asiente, pero no de un modo afirmativo.

—Tienes que recuperarte.

—Pero me molesta no poder moverlas.

—Tú concéntrate en curarte. Luego ya hablaremos de lo siguiente.

—¿Puede al menos quitarme las botas? No puedo mover siquiera los

dedos de los pies.

Entonces lo comprende. Ya no tiene doce años. Lleva años viviendo en un lugar de su invención. La idea de que una cantidad incalculable de cosas buenas desaparezca de su vida ni siquiera se le pasa por la cabeza. Todavía posee ese otro lugar, un paraíso en estado embrionario.

Pero su madre y su padre se vienen abajo. Comienzan unas horas terribles, unos días de pérdida de fe y de negociaciones desesperadas que él no recordará. Habrá años de soluciones sobrenaturales, de prácticas alternativas y de curas milagrosas. Durante mucho tiempo, el amor de sus padres agravará su condena, hasta que por fin coloquen su fe en el *moksha* y acepten que su hijo es un lisiado.

Días más tarde, sigue tumbado en la cama articulada. Su madre ha salido a hacer unos recados. Quizá no sea casualidad. Su profesora entra, llena de calidez y energía, en la habitación, más guapa de lo que recordaba.

—Señora Gilpin. ¡Vaya!

En su rostro hay algo que no va bien. Aunque claro, en los rostros de la gente siempre hay algo que no va bien, desde ese nuevo punto de observación, por debajo de ellos. Ella se acerca y le toca el hombro. Eso le asusta.

—Neelay. Me alegro de verte.

—Igualmente.

El torso de la mujer tiembla. Él piensa: «Sabe lo de mis piernas. Todo el colegio lo sabe». Le dan ganas de decir: «No es el fin del mundo». Al menos, de ningún mundo crucial. La profesora le habla de la clase y de lo que están leyendo ahora. *Flores para Algernon*. Él promete que lo leerá por su cuenta.

—Todo el mundo te echa de menos, Neelay.

—Mire. —Señala hacia la pared, donde su madre ha pegado la tarjeta gigante firmada por todos los alumnos de noveno.

La profesora se echa a llorar. Él no puede evitarlo.

—No pasa nada —dice el niño.

Ella levanta la cabeza de golpe, llena de esperanza.

—Neelay. Sabes que yo no pretendía... Nunca pensé...

—Lo sé —responde él, con ganas de que se vaya.

La profesora aparta la cara con las manos extendidas. Busca en su bolso y saca el archivador. El programa de la cometa para su padre.

—Esto es tuyo. Nunca debí...

Está tan contento que ni siquiera oye el resto de las palabras. Pensaba que había perdido el archivador para siempre, otra de las cosas que nunca recuperaría de la vida que llevaba antes de que el árbol lo tirara al suelo.

—¡Gracias! ¡Muchísimas gracias!

A la profesora se le escapa un gemido. Cuando él levanta la vista, ella se da la vuelta y sale corriendo. La aflicción le dura solo hasta que abre el archivador. Entonces comienza a pasar las hojas y a recordarlo todo. Tanto trabajo, tantas buenas ideas... recuperadas.

Pasan seis años. La pubertad transforma a Neelay Mehta. El niño crece y de golpe se convierte en una criatura fantástica: diecisiete años, dos metros y setenta kilos unidos a una silla de ruedas. Su torso se estira. Incluso sus piernas, secas como ramas, se alargan de un modo absurdo. Las mejillas se le desplazan como placas tectónicas y en la cara le aparecen montones de espinillas. De sus genitales, antes prístinos, ahora salen unos alambres negros. Pasa de soprano a tenor. El pelo le crece a lo *kesh*, como un sij, aunque no se lo recoge con un nudo *rishi*. Deja que los gruesos mechones le cuelguen como enredaderas alrededor de la cara alargada y sobre los hombros huesudos.

Vive en su plataforma metálica rodante, una silla de capitán sobre una nave espacial que viaja permanentemente por las extrañas regiones del pensamiento. Algunas personas, cuando no pueden andar, engordan. Pero esa gente come. Él pasa el día con cincuenta centavos de pipas de girasol y dos refrescos con cafeína. Como es lógico, rara vez malgasta una caloría. Una vez que llega por la mañana a su mesa adaptada, la torre CPU y el tubo de rayos catódicos necesitan más energía que él. Roza con los dedos el teclado y escanea la pantalla con los ojos, aunque el cerebro quema una cantidad considerable de glucosa mientras diseña sus prototipos en jornadas de dieciocho horas, con meticulosidad, comando a comando.

Stanford lo acepta dos años antes. El campus está un poco más arriba de El Camino. Su departamento de Ciencias de la Computación florece, fertilizado por las desmesuradas donaciones del fundador de la empresa de su padre. Neelay ha frecuentado el campus desde que tenía doce años. Mucho antes de que empiece la facultad como estudiante oficial de primer año, es *de facto* la mascota de la clase de Ciencias de la Computación. «Ya sabes, el chico indio ectomorfo que va en esa silla tan sofisticada.»

Algo está naciendo en las entrañas de media docena de edificios diferentes

del campus denominado «la granja». Por la noche crecen tallos de alubias mágicas por todas partes. Surgen en conversaciones entre amigos, en el laboratorio de informática del sótano, donde Neelay pasa el rato programando. Puede que sean un grupo taciturno, pero los domingos por la noche los programadores levantan la cabeza de sus bucles el rato suficiente como para compartir litros de refresco y cortar bordes de *pizza* mientras sueltan algún rollo filosófico.

Uno de ellos dice:

—Somos el tercer acto de la evolución. —La salsa le chorrea por las comisuras entreabiertas.

Es como si todos tuvieran la misma idea a la vez. La biología fue la fase uno, y se desplegó a lo largo de las distintas épocas. Luego, la cultura aceleró el ritmo de transformación, que pasó a ser de siglos. Ahora hay una generación digital cada veinte semanas donde cada subrutina acelera la siguiente.

—¿Chips que duplican el número de transistores cada dieciocho meses...? A ver, tío, tómate la ley de Moore en serio.

—Supón que se mantiene así durante el resto de nuestra vida. Puede que vivamos sesenta años más.

A todos les da la risa floja al echar esa cuenta descabellada. Cuarenta veces duplicado. Montañas de arroz hasta la estratosfera sobre los escaques del legendario tablero de ajedrez.

—Un aumento multiplicado por billones. Programas un billón de veces más profundos y ricos que lo mejor que haya programado cualquiera hasta ahora.

Se detienen para salir de su asombro. Neelay inclina la cabeza sobre su trozo de *pizza* sin empezar y lo mira como si fuera un problema de geometría analítica.

—Cosas vivientes —dice casi para sus adentros—. Autoaprendizaje. Autocreación. —Toda la sala se echa a reír, pero él dobla la apuesta—: Tan rápido que pensarán que no estamos aquí.

Al principio, la programación consiste en cederlo todo. Pura filantropía. Neelay encontrará un maravilloso programa semilla de dominio público. Luego lo desarrollará, añadirá nuevas herramientas, encenderá su módem de 1200 baudios, lo conectará a un tablón de anuncios local y cargará la fuente

para cualquiera que desee hacerlo crecer. Pronto sus criaturas se propagan por servidores de todo el planeta. Todos los días la gente añade nuevas especies a los repositorios. Es una nueva explosión cámbrica, solo que mil millones de veces más rápida.

Neelay cede su primera obra maestra, un juego por turnos donde el monstruo de una película japonesa se va comiendo las metrópolis del mundo. Cientos de personas de un puñado de países se conectan a él, aunque tarden cuarenta y cinco minutos en descargarlo. ¿Qué más da si al jugar haces con tu tiempo lo mismo que el monstruo con Tokio? Su segundo juego — conquistadores que devastan las Américas vírgenes— es otro éxito de libre acceso. Se forma un grupo de Usenet para intercambiar estrategias de juego. El programa genera un Nuevo Mundo realista desde un punto de vista geológico cada vez que juegas. Convierte a cualquier chico reponedor de supermercado en un robusto Hernán Cortés.

Sus juegos generan imitaciones. Cuanto más se lo piratean, mejor se siente en esa vida encadenada a una silla. Cuanto más da, más tiene. Desde su atalaya, varado en la silla de ruedas en un laboratorio de sótano, aparecen nuevos continentes completos. La economía del don —copia gratis de comandos bien establecidos— promete solucionar por fin la escasez y saciar el hambre que corroe el corazón. El nombre de Neelay Mehta se convierte en una pequeña leyenda entre los pioneros. La gente le da las gracias a través de los sistemas de tablón de anuncios y en los grupos de noticias de juegos. Los universitarios hablan de él en los chats como si de un personaje de Tolkien se tratara. En Internet, nadie sabe si eres un bicho raro encallado y alargado, incapaz de moverte sin máquinas.

Pero con la llegada de su decimoctavo cumpleaños, en el paraíso se levantan las barreras. Los antiguos filántropos del código libre comienzan a hablar de derechos de autor y de ganar pasta. Incluso tienen el descaro de montar empresas privadas. De acuerdo, siguen pasando disquetes con los pantalones caídos, pero ya sabemos cómo evolucionarán los acontecimientos. Se está poniendo vallas a lo común. La cultura del don morirá estrangulada en la cuna.

Neelay maldice esa traición en cada reunión semanal del Home-Rolled Club. Se pasa todo el tiempo libre copiando y mejorando una de las ofertas comerciales más famosas para lanzar un clon al dominio público. ¿Vulneración de derechos? Quizá. Pero cada una de las denominadas propiedades intelectuales descansa sobre décadas de arte previo que no ha

sido pagado. Durante un año, Neelay hace de Robin Hood, acampado en el anárquico bosque con sus alegres compañeros bajo una enorme encina más antigua que el contrato de escritura de las tierras donde crece.

Trabaja durante meses en un juego espacial destinado a ser su mejor donación hasta el momento. Los gráficos de alta definición son *sprites* de dieciséis bits, que ven la luz con sesenta y cuatro deslumbrantes colores. Sale de cacería en busca de bestiarios irreales para poblar sus planetas. Una tarde de primavera, acaba en la biblioteca principal de Stanford leyendo con atención las portadas de revistas de ciencia ficción pertenecientes a la edad dorada y hojeando las páginas de Dr. Seuss. Las imágenes se parecen a la loca vegetación de aquellos cómics sobre Visnú y Krishna que leía de pequeño.

Como necesita un descanso, cruza el campus por Serra Mall para ver qué se cuece en los laboratorios. Ya casi ha anochecido, con la suave perfección que sazona este lugar durante nueve meses al año. Se dirige hacia su puesto en el laboratorio, navegando como en un videojuego de aventura en primera persona. A su derecha, serpentea el grandioso palmeral del Óvalo. A su izquierda, las montañas de Santa Cruz asoman por detrás de los claustros de falso románico español. Una vez, en otra vida, paseó con sus padres por los caminos de Skyline bajo las secuoyas. Detrás de las montañas, a media hora de distancia en furgoneta adaptada, se extiende el mar. Las playas y bahías no le están prohibidas. Las visitó hace solo tres meses. Varios amigos tuvieron que llevarle cerca de la orilla y sentarlo en la arena. Se quedó allí mirando las olas, observando las caídas en picado de las aves y escuchando sus quejas espectrales. Horas más tarde, cuando sus amigos terminaron de bañarse, de lanzar discos y de perseguirse unos a otros, el único que no quería marcharse era él.

Llega a la rampa de Memorial Court, en el patio principal, y pasa por delante de las esculturas de Rodin, de tamaño natural, de *Los burgueses de Calais*. La noche será larga y necesita abastecerse de aperitivos para recuperar energía. Emprende el camino por el patio interior hacia la salida trasera que lleva al sindicato de estudiantes, donde se encuentran las mejores máquinas expendedoras. Perdido en sus planes intergalácticos, casi atropella a un grupo de turistas japoneses que están fotografiando la capilla. Mientras se disculpa, retrocede y le pisa el pie a una anciana que visita el extranjero

por primera vez en su vida. Ella hace una reverencia, avergonzada. Neelay se desencalla, gira de un golpe la silla hacia la izquierda y levanta la vista. Allí, en una jardinera del tamaño de un coche, justo al lado de la entrada de la capilla, bulboso y elefantino, se encuentra el organismo más sobrecogedor que ha visto jamás. Es justo lo que buscaba para su juego intergaláctico. Una alucinación viviente llegada de un sistema estelar próximo en el otro extremo de un agujero espacio-temporal. Los de mantenimiento han debido introducirlo por la noche en plena oscuridad. Eso, o lleva meses pasando por delante de él y nunca había reparado en su existencia.

Se acerca al árbol y suelta una carcajada. El tronco parece una jeringuilla gigante invertida para rellenar el pavo. Las ramas se desvían y crecen formando ángulos demenciales. Estira el brazo para tocar la corteza. Es perfecto. Absurdo. Intrigante. Una plaquita dice: «BRACHYCHITON RUPESTRIS. ÁRBOL BOTELLA DE QUEENSLAND». Su nombre no justifica nada y explica todavía menos. Es un invasor extraterrestre, como Neelay.

No sabe qué es más increíble, si el árbol o el hecho de no haberlo visto nunca antes. Unas siluetas se mueven por su campo de visión periférico. Algo sucede a sus espaldas. Tiene la aplastante sensación de que lo observan. Un coro silencioso dentro de su cabeza canta: *Date la vuelta y mira. ¡Date la vuelta y verás!* Hace girar la silla. Nada está en su lugar. Todo el patio del claustro ha cambiado. De un solo hipersalto, ha aterrizado en un arboreto intergaláctico. Desde todas partes le hacen señas unas especulaciones verdes y furiosas. Criaturas creadas para climas de otros mundos. Dementes de todo tipo. Objetos de épocas tan antiguas que a su lado los dinosaurios parecen recién llegados. Todos estos seres sensibles que lo llaman le dejan paralizado. Nunca ha consumido drogas, pero debe de ser algo parecido a esto. Penachos amarillos y color crema; una cascada violeta que se evapora antes de tocar el suelo. Árboles como experimentos monstruosos le hacen señales desde ocho grandes jardineras, cada una de ellas un arca interestelar en miniatura hacia otro sistema solar.

Neelay arrastra la silla por el patio. Su cuerpo parapléjico se tensa mientras el consejo titila en un círculo inmóvil y observa su recorrido. Pasa por delante de otro monstruo seussiano tan extraterrestre como el primero. Lee la etiqueta: un palo borracho de la selva brasileña que ahora desaparece a razón de cincuenta mil hectáreas diarias. Unos conos verrugosos afilados cubren el tronco, espinas que evolucionaron para eludir a animales herbívoros extintos hace decenas de millones de años.

Se traslada de una jardinera a otra y toca a los seres, los huele, escucha sus susurros. Han venido de islas calurosas y zonas de interior secas, de valles remotos de Asia Central deteriorados en los últimos tiempos. Davinia, jacaranda, cuchara del desierto, alcanforero, árbol de fuego, paulonia imperial, braquiquito, moral rojo: vida sobrenatural a la espera de abordarlo en ese patio mientras él los busca en planetas lejanos. Toca la corteza y siente las células pululantes que se agrupan más abajo como civilizaciones planetarias enteras, palpitantes y bullentes.

Los turistas japoneses regresan a su autobús en el aparcamiento Gálvez y desaparecen. Neelay se queda inmóvil en el espacio vacío, como un conejo que elude un ave rapaz. Permanece a solas unos cuantos segundos, pero, en ese intervalo, los invasores extraterrestres le insertan un pensamiento directamente en el sistema límbico. Habrá un juego mil millones de veces más rico que cualquiera de los inventados hasta ahora al que jugarán innumerables personas al mismo tiempo en todo el mundo. Y Neelay ha de crearlo. Lo desarrollará de manera gradual, en fases evolutivas, en el transcurso de décadas. El juego colocará de golpe a los jugadores en medio de un mundo animista vivo que respirará y borboteará, lleno de millones de especies distintas, un mundo que necesitará con urgencia la ayuda de los jugadores. Y el objetivo del juego será averiguar qué quiere de ti ese mundo nuevo y desesperado.

La visión concluye y lo deposita de nuevo en el patio central de Stanford. La visión, religiosa y verde oscuro, se disipa hacia su sombra platónica, el bosque. Neelay se queda quieto, aferrado a lo que acaba de ver, a lo que su cerebro ha comprendido de algún modo y acecha al final de la ley de Moore. Tendrá que abandonar la facultad. Ya no hay tiempo para más clases. Debe reservar energías para la larga carrera. Acabará el pintoresco jueguito del espacio que está creando y lo venderá. Dinero real, dólares terrestres. Sus seguidores pondrán el grito en el cielo. Lo criticarán en los tablones de anuncios por línea conmutada y lo calificarán como el peor de los traidores. Pero a quince dólares los treinta parsecs, el juego será una ganga. Los beneficios de su primera incursión en la vida extraterrestre servirán para pagar la secuela, un juego que habrá de sobrepasar en ambición varias veces al original. Y pasito a pasito, llegará al lugar que acaba de ver.

Cruza el claustro justo cuando la luz se desvanece tras las montañas. Las colinas proyectan sombra sobre sí mismas, un azul amoratado que se torna negro desmemoriado. Más arriba, lejos de su vista, los salientes rocosos están

plagados de gayubas que se despojan de su corteza curvada y carmesí. Los laureles bordean los prados creados por los leñadores. Los barrancos se espesan con madroños naranjas que al descamarse adoptan un frío tono verde crema. Las encinas costeras, como la que le dejó minusválido, confluyen en los riscos. Y más abajo, en los frescos corredores ribereños con olor a sedimento y agujas en descomposición, las secuoyas urden un plan que tardará miles de años en realizarse, el plan que ahora está utilizando a Neelay, a pesar de que él cree que es suyo.

Patricia Westerford



Estamos en 1950 y, como Cipariso —el joven al que pronto descubrirá—, la pequeña Patty Westerford está preñada de un ciervo doméstico. Aunque el suyo esté hecho de ramas, no carece de vida. Además, la niña tiene ardillas hechas con dos cáscaras de nuez pegadas, osos elaborados con bolas de liquidámbar, dragones con vainas de cafetero de Kentucky, hadas vestidas con caperuzas de bellota y un ángel cuyo cuerpo de piña solo necesita dos hojas de acebo como alas.

La niña construye hogares sofisticados con paseos empedrados y muebles de setas para estas criaturas. Las acuesta en camas con edredones de pétalos de magnolia. Las cuida, es el espíritu protector de un reino cuyas ciudades se alzan tras las puertas cerradas de los nudos arbóreos. Esos agujeros en la madera se convierten en ventanas a través de cuyas persianas puede vislumbrar los saloncitos de sus habitantes de madera, parientes perdidos de los humanos. Allí vive la niña con sus criaturas, en la minúscula arquitectura de la imaginación, mucho más variada que la oferta de la vida a tamaño real. Cuando las cabezas de sus muñequitas de madera se desprenden, las planta en el jardín, convencida de que de ellas crecerá otro cuerpo.

Todas sus criaturas de palo saben hablar, aunque la mayoría de ellas, como Patty, no necesitan palabras. Ella misma no dijo nada antes de los tres años. Sus dos hermanos mayores interpretaban ese lenguaje secreto para sus asustados padres, que empezaron a considerar la posibilidad de que fuera deficiente mental. Llevaron a Patty a una clínica en Chillicothe para hacerle unas pruebas, que revelaron una malformación en el oído interno. Allí le proporcionaron unos audífonos del tamaño de un puño, que ella odiaba. Cuando por fin empezaron a brotar las palabras, sus pensamientos se

escondían tras un lodo difícil de comprender para los no iniciados. Tampoco ayudaba que tuviera el rostro inclinado y osuno. Los hijos de los vecinos huían de ella, de ese ser en el límite de lo humano. La gente de bellota es mucho más compasiva.

Su padre es el único que comprende su mundo del bosque y cada una de sus espesas palabras. Ella tiene un lugar privilegiado junto a él que sus dos hermanos aceptan. Con ellos, el padre juega a lanzar pelotas de béisbol, al pillapilla y a contar los chistes de los envoltorios de los chicles. Pero sus mejores ofrendas las reserva para Patty, su pequeña niña-planta.

La intimidad entre ambos molesta a su madre.

—¿Se puede ser más uña y carne que vosotros dos?

Bill Westerford, agente de extensión agraria, cada vez que visita las granjas del sudoeste de Ohio se lleva a Patricia, que hace de copiloto en el Packard destartalado con embellecedores de pino. La guerra ha terminado, el mundo mejora, el país está ebrio de ciencia —la clave para una vida mejor—, y Bill Westerford se lleva a su hija para que vea ese mundo.

La madre de Patty pone pegas a los viajes. La niña debería ir al colegio. Pero la suave autoridad del padre prevalece.

—En ningún sitio va a aprender más que conmigo.

A lo largo de kilómetros de tierra labrada, continúan con las clases errantes. Él habla de frente para que la niña le lea los labios. Ella se ríe con las historias de su padre, con unos bramidos lentos y condensados, y lanza respuestas entusiastas a cada una de sus preguntas. ¿Qué son más numerosos, los cloroplastos de una sola hoja de maíz o las estrellas de la Vía Láctea? ¿Qué árboles florecen antes de echar las hojas y cuáles después? ¿Por qué las hojas más altas de los árboles suelen ser más pequeñas que las de abajo? Si grabas tu nombre a un metro de altura en la corteza de un haya, ¿a qué altura estará al cabo de medio siglo?

A ella le encanta la respuesta a esa última adivinanza: «A un metro». Seguiría estando a un metro. Siempre a un metro, da igual lo que crezca el árbol. Medio siglo después, todavía le fascinará esa respuesta.

De ese modo, el animismo de las bellotas se convierte poco a poco en botánica, su descendiente. Ella pasa a ser la estrella de su padre y su única alumna, por la simple razón de que, de toda la familia, solo ella ve lo que él sabe: las plantas son obstinadas, astutas y tienen un objetivo, igual que las personas. Durante los viajes, él le habla de todos los milagros indirectos que los vegetales pueden concebir. La gente no tiene el monopolio del

comportamiento curioso. Otras criaturas —más grandes, más lentas, más viejas, más duraderas— dirigen el cotarro, establecen el clima, alimentan la creación y producen el mismísimo aire.

—Los árboles son una idea genial. Tan genial que la evolución sigue inventándolos una y otra vez.

Él le enseña a diferenciar un nogal americano de corteza conchosa de un nogal de corteza escamosa. En su colegio nadie distingue siquiera un nogal de un carpe, algo que a la niña le resulta inconcebible.

—Los niños de mi clase creen que un nogal negro es igual que un fresno blanco. ¿Están ciegos o qué?

—Están ciegos para las plantas. La maldición de Adán. Solo vemos las cosas que se parecen a nosotros. Una pena, ¿verdad, pequeña?

Su padre también tiene problemas con el *Homo sapiens*. Se encuentra rodeado de buenas personas, cuyas granjas familiares no logran someter a la Tierra, y de compañías que quieren venderles el arsenal necesario para ejercer una dominación total. Cuando las frustraciones del día le sobrepasan, suspira y dice, solo para los oídos mermados de Patty:

—¡Ay! Cómprame una ladera que se extienda a espaldas de la ciudad.

Conducen por un territorio que antaño estuvo cubierto por un oscuro hayedo.

—El mejor árbol con el que te puedes topar.

Fuerte y ancho pero lleno de elegancia, explota en la base con nobleza formando su propio plinto. Pródigo en nueces para todo el que se acerque. Suave, con el tronco blanco y grisáceo, más parecido a la piedra que a la madera. Sus hojas del color del pergamino resisten el invierno —marcescentes, dice el padre— y destacan entre los árboles caducos circundantes. Refinado, con ramas principales tan robustas como brazos humanos que se elevan en sus extremos como manos oferentes. Brumoso y claro en primavera, en otoño sus amplias frondas bañan el aire de oro.

—¿Qué les pasó? —A la niña se le espesan las palabras cuando la tristeza se apodera de ellas.

—Que llegamos nosotros. —Ella cree oír el suspiro de su padre, aunque él nunca separa la mirada de la carretera—. El haya le indicó al agricultor dónde debía arar. Por debajo de las hayas hay piedra caliza cubierta de una marga oscura, la mejor para el campo.

Van de granja en granja, entre las plagas del último año y el empobrecimiento de las capas superiores del suelo del siguiente. Le muestra a

su hija cosas extraordinarias: el cámbium creciente de un sicomoro que engulló la barra de una vieja bicicleta Schwinn que alguien dejó apoyada contra él décadas atrás. Dos olmos que se cubrieron mutuamente con sus ramas y que se convirtieron en un solo árbol.

—Sabemos muy poco sobre el crecimiento de los árboles. Casi nada acerca de cómo florecen, se bifurcan, pierden las hojas y se curan a sí mismos. Hemos descubierto algo sobre unas cuantas especies aisladas. Pero no hay nada menos aislado ni más social que un árbol.

Su padre es su agua, su aire, su tierra y su sol. Le enseña a mirar los árboles, a ver la capa viviente de células que hay bajo cada centímetro cuadrado de corteza y que hace cosas que ningún hombre ha conseguido averiguar. Descienden en coche hasta un pequeño remanente de bosque caduco que crece en la riberita de un arroyo.

—¡Ahí está! Míralo. ¡Mira esto!

Un retal de tallos estrechos con hojas grandes y lánguidas. El perro pastor de los árboles. Le hace oler a su hija el extenso follaje de hojas con forma de cuchara aplastando una de ellas. Su aroma es fuerte, como el asfalto. Coge del suelo una especie de pepino amarillo y se lo muestra. Pocas veces ha visto tan emocionado a su padre. Él saca la navaja multiusos y corta el fruto por la mitad, dejando al descubierto una pulpa cremosa y unas semillas negras y brillantes. Con esa textura, a la niña le dan ganas de gritar de placer, pero la boca se le llena de pudín de caramelo.

—¡Papaya! La única fruta tropical que ha conseguido sobrepasar los trópicos. Más grande, mejor, más extraña que cualquier fruta autóctona producida en este continente. Crece silvestre aquí, en Ohio, ¡y nadie sabe por qué!

Ellos sí lo saben. La niña y el padre. Ella nunca le revelará a nadie la ubicación de ese lugar. Será solo de ellos dos cada vez que le llegue el otoño al banano de las montañas.

Al observar al hombre, Patty, con sus dificultades para oír y para hablar, aprende que la verdadera felicidad consiste en saber que la sabiduría humana es menos importante que el brillo trémulo de las hayas con la brisa. Tan cierto como el viento del oeste, las cosas que la gente da por sentadas cambiarán. No existe conocimiento para un hecho. Lo único fiable es la humildad y la observación.

Él se la encuentra en el jardín creando pájaros con las sámaras aladas del arce y pone cara de extrañeza. Levanta una de las semillas y señala al gigante

que la ha producido.

—¿Te has fijado en que suelta más semillas cuando la corriente de aire es ascendente que cuando el viento sopla hacia abajo? ¿Por qué sucede eso?

Esas preguntas son lo que más le gustan del mundo a Patty.

—¿Porque así llegan más lejos?

Él se lleva la mano a la nariz.

—¡Exacto! —Mira el árbol y frunce el ceño mientras piensa en otras adivinanzas—. ¿De dónde crees que viene toda esa madera que convierte esta cosita en todo eso?

Ella prueba suerte.

—¿Del suelo?

—¿Cómo lo sabemos?

Hacen un experimento juntos. Colocan noventa kilos de tierra en un barril de madera junto a la fachada sur del garaje. Toman un hayuco triangular, lo pesan y lo introducen en la tierra.

—Si ves un tronco lleno de letras, es un haya. La gente no puede evitar escribir en esa superficie gris tan suave. Infelices. Pretenden que sus corazones crezcan a medida que pasan los años. *Tontos amantes, cual sus amadas crueles, grabaron en los árboles sus nombres; bien poco saben, ¡ay!, o se dan cuenta de cuánto superan ellos su belleza.*

Le cuenta a su hija que la palabra *libro* y la palabra *haya* tienen el mismo origen en muchas lenguas. Que el libro es una ramificación de la raíz del haya en una lengua lejana. Que la corteza del haya hospedó las primeras letras en sánscrito. Patty se imagina su pequeña semilla creciendo para que la cubran de palabras. Pero ¿de dónde procederá la masa de un libro tan enorme?

—Mantendremos el barril húmedo y sin hierba durante los próximos seis años. Cuando cumplas los dulces dieciséis, volveremos a pesar el árbol y la tierra.

Ella lo oye y comprende. Eso sí que es ciencia, y vale un millón de veces más que el juramento de cualquiera.

Con el tiempo, se le da casi tan bien como a su padre determinar si un cultivo se está debilitando o si tiene alguna plaga. Él deja de ponerle acertijos y comienza a hacerle consultas, aunque no delante de los agricultores, sino cuando regresan al coche y tienen el lujo de pensar detenidamente como un

equipo.

En su decimocuarto cumpleaños, él le regala una traducción censurada de la *Metamorfosis*, de Ovidio. Está dedicada: «Para mi querida hija, que sabe lo grande y amplio que es en realidad el árbol genealógico». Patricia abre el libro por la primera página y lee:

Es mi deseo exponer las transformaciones de los cuerpos en formas nuevas.

Con esas palabras regresa al lugar donde las bellotas no distan mucho de convertirse en rostros y las piñas forman cuerpos de ángeles. Se lee el libro. Las historias son extrañas y fluidas, tan antiguas como la humanidad. Le resultan en cierto modo familiares, como si hubiera nacido sabiéndolas. Las fábulas no parecen tratar tanto de gente que se convierte en otros seres vivos como de esos otros seres vivos que reabsorben, en los momentos de mayor peligro, la vida salvaje que nunca llegó a extinguirse en el interior de las personas. En este momento el cuerpo de Patricia está inmerso en su propia metamorfosis hacia algo que no desea en absoluto, y es una tortura. La reciente erupción del pecho, de las caderas y el atisbo de un parche entre las piernas la transforman, a su vez, en una bestia más antigua.

Lo que más le gusta son las historias de personas que se convierten en árboles. Dafne transformada en laurel justo antes de que Apolo la atrape y le haga daño. Las asesinas de Orfeo, sujetas a la tierra mientras observan cómo se les convierten los dedos de los pies en raíces y las piernas en troncos. Lee acerca de Cipariso, el joven al que Apolo convierte en un ciprés para que pueda llorar siempre la pérdida de su ciervo. La niña se pone roja como una remolacha, como una cereza, como una manzana, al leer la historia de Mirra, convertida en un mirto después de acostarse con su padre. Y llora con la perseverante pareja formada por Baucis y Filemón, que pasan los siglos juntos en forma de roble y de tilo gracias a que acogieron a unos forasteros que resultaron ser dioses.

Llega su decimoquinto otoño. Los días se acortan. La noche cae temprano y hace señales a los árboles para que detengan su proyecto de elaboración de azúcar, para que se despojen de todas sus partes vulnerables y se endurezcan. La savia cae. Las células se vuelven permeables. El agua fluye de los troncos y se concentra en anticongelante. La vida durmiente que se encuentra justo debajo de la corteza está revestida de agua tan pura que no hay nada que

logre cristalizarla.

Su padre le explica cuál es el truco.

—¡Piénsalo! Han averiguado la forma de vivir atrapados en el mismo sitio, sin ninguna otra protección, azotados por el viento a treinta grados bajo cero.

Más adelante, durante ese mismo invierno, Bill Westerford está regresando a casa de una excursión, ya de noche, cuando el Packard patina sobre una placa de hielo. Sale despedido del coche, que acaba en la cuneta. Su cuerpo vuela ocho metros hasta chocar con una hilera de naranjos de los osage que los agricultores plantaron a modo de linde un siglo y medio antes.

En el funeral, Patty lee a Ovidio. La transformación de Baucis y Filemón en árboles. Sus hermanos piensan, llenos de dolor, que ha perdido la cabeza.

No permite que su madre tire nada. Guarda el bastón de caminar y el sombrero de fieltro de su padre en una especie de altar. Preserva su preciada biblioteca: Aldo Leopold, John Muir, libros de texto sobre botánica y los folletos de extensión agraria que él ayudó a redactar. Allí encuentra una copia de Ovidio sin censurar, llena de anotaciones, como hayas escritas por la gente. El triple subrayado comienza justo en la primera frase: «Es mi deseo exponer las transformaciones de los cuerpos en formas nuevas».

El instituto trata de matarla. Toca la viola en la orquesta, bajo su mentón el arce aúlla con viejos recuerdos de la ladera. Fotografía y voleibol. Tiene dos casi-amigas que comprenden la realidad de los animales, al menos, aunque no tanto la de las plantas. Rehúye de cualquier tipo de ornamento, se viste con franela y tela vaquera, lleva una navaja suiza y el pelo largo recogido alrededor de la cabeza con trenzas.

Llega un padrastro, uno lo bastante listo como para no intentar reformarla. Hay un trauma relacionado con un chico que sueña durante dos años seguidos con llevarla al baile de fin de curso, un chico cuyo sueño morirá con una estaca de roble blanco clavada en el corazón.

Durante el verano de sus dieciocho años, mientras se prepara para marcharse a Eastern Kentucky para estudiar Botánica, se acuerda del haya que crecía en el barril de tierra, junto al garaje. La vergüenza se apodera de ella: ¿cómo ha podido olvidarse del experimento? Ha incumplido la promesa a su padre durante dos años. Se le pasaron por completo los dulces dieciséis.

Se dedica toda una tarde de julio a separar el árbol de la tierra y a sacudir

cada partícula de las raíces. Luego pesa la planta, por un lado, y la tierra de la que se ha alimentado, por otro. Los pocos gramos de hayuco ahora pesan más que ella. Pero la tierra pesa lo mismo que antes, unos gramos menos. No hay otra explicación: casi toda la masa del árbol se ha formado a partir del aire. Su padre lo sabía. Ahora, ella también.

Trasplanta el experimento a una zona de detrás de la casa donde ella y su padre solían sentarse durante las noches de verano a escuchar lo que otras personas denominaban «silencio». Recuerda lo que él le contó sobre la especie. Las personas, infelices, escriben en las hayas. Pero a veces, son los árboles quienes escriben en algunas personas —o en algunos padres—.

Antes de marcharse a la universidad, graba con la navaja suiza una pequeña marca en la suave corteza gris y libresca, a un metro del suelo.

La Universidad Eastern Kentucky la convierte en un ser distinto. Patricia florece como si estuviera orientada al sur. El aire de los años sesenta crepita cuando ella cruza el campus, un cambio en el clima, el olor de los días que se alargan, el aroma de la posibilidad rompiendo el molde de las ideas obsoletas, un viento claro que desciende desde las colinas.

Su habitación está rebosante de macetas. No es la única de su pasillo que tiene un jardín botánico entre el escritorio y la litera, pero sus plantas son las únicas con franjas de datos pegadas a los tiestos de terracota. Donde sus amigas cultivan velos de novia y violetas azules, ella cría coreopsis, guisantes de perdiz y otros experimentos. Y además, también se ocupa de un bonsái de enebro que parece tener mil años, el haiku espinoso de una criatura sin propósito científico alguno.

Las chicas de arriba acuden a su habitación algunas noches para cotillear. La han convertido en un proyecto personal. «Vamos a emborrachar a Patty-Planta. Vamos a liar a Patty-Planta con el *beatnik* ese de Económicas.» Se burlan de ella por ser estudiosa y se ríen de su vocación. La obligan a escuchar a Elvis. La enfundan en vestidos sin mangas y le cardan el pelo. La llaman la Reina de la Clorofila. Pero ella no pertenece al rebaño. No siempre oye bien a las demás y, cuando lo hace, sus palabras suelen carecer de sentido. A pesar de todo, sus frenéticas compañeras mamíferas le hacen sonreír: milagros por doquier, y aun así necesitan halagos para ser felices.

Durante el segundo año, Patty consigue un trabajo en los invernaderos del campus, que le roba dos horas diarias antes de clase. La genética, la fisiología

y la química orgánica ocupan su mente todas las tardes. Estudia por las noches en su cubículo hasta que la biblioteca cierra. Luego, lee por placer hasta que se queda dormida. Prueba con los libros que leen sus amigas: *Siddharta*, *El almuerzo desnudo*, *En el camino*. Pero nada le impresiona tanto como el libro de Peattie sobre historia natural de los árboles, que encuentra en las estanterías de su padre. Este es ahora su mayor desahogo. Sus frases se bifurcan y giran para atrapar el sol:

Han caído tronos y se han alzado nuevos imperios; han nacido grandes ideas y se han pintado cuadros geniales, la ciencia y la invención han revolucionado el mundo; aun así, ningún hombre sabe cuántos siglos durará este roble ni a cuántas naciones y credos sobrevivirá...

Donde el ciervo brinca, donde la trucha salta, donde tu caballo se detiene para saciarse de agua fresca mientras el sol te calienta la nuca, donde cada respiración se llena de alborozo: allí es donde crecen los álamos...

Y sobre el adorado árbol de su padre:

Deja que otros árboles hagan el trabajo del mundo. Permite que el haya permanezca donde aún sostiene el suelo...

Nunca llega a convertirse en un cisne de verdad, aunque la estudiante de último curso que brota de aquel patito feo de primero sabe lo que le gusta y cómo quiere pasar la vida, cosa que resulta poco frecuente entre los jóvenes de cualquier año. Aquellos compañeros que no salen espantados al verla, se acercan a olfatear a esta chica entusiasta, casera y franca que ha escapado de la constante conformidad social. Para su asombro, tiene incluso pretendientes. Hay algo en ella que atrae a los chicos. No es su aspecto, sino una cualidad que les hace girar la cabeza cuando ella pasa y que no logran identificar. Pensamiento independiente: un atractivo con poder propio.

Cuando los chicos van a buscarla, hace que la lleven de pícnic al cementerio Richmond, que atiende las necesidades de los muertos desde 1848. A veces ellos huyen, y ahí acaba todo. Si se quedan y mencionan los árboles, acepta una nueva cita. El deseo —garabatea en sus cuadernos de

campo— resulta ser infinitamente variado, el truco más dulce de la evolución. Y en las tormentas de polen primaverales, incluso ella es una flor más que aceptable.

Un chico permanece a su lado un mes tras otro. Andy, el estudiante de Filología Inglesa. Toca en la orquesta con ella y le encantan Hart Crane, O'Neill y *Moby Dick*, aunque no sabe por qué. Es capaz de hacer que los pájaros se le posen en el hombro. Espera que algo llegue y redima su vida sin dirección. Una noche, mientras juega a las cartas, dice que quizá sea ella. Patty le agarra de la mano y lo conduce hasta su estrecha cama. Torpes y verdes, se desprenden de las capas de ropa. Diez minutos más tarde, ella se convierte en un árbol al que ya es demasiado tarde para salvar.

La vida real comienza con el doctorado. Hay mañanas en West Lafayette en las que Patricia Westerford se asusta de su suerte. Escuela de silvicultura. Siente que no lo merece. La Universidad de Purdue le paga unas clases que lleva años deseando recibir. Le dan alojamiento y comida por enseñar Botánica a los universitarios, algo por lo que pagaría con gusto. Y su investigación requiere pasar largas jornadas en los bosques de Indiana. Es el paraíso de una animista.

Pero al llegar el segundo año, se da cuenta de dónde se esconde la trampa. En un seminario de manejo forestal, el profesor declara que habría que eliminar del suelo los tocones y los árboles derribados por el viento y convertirlos en pulpa con el fin de mejorar la salud del bosque. No parece una medida correcta. Un bosque sano necesita árboles muertos. Llevan allí desde el principio. Los pájaros y los mamíferos pequeños se sirven de ellos, además de que la ciencia aún no ha podido determinar el número de insectos que viven y se alimentan de sus restos. Le dan ganas de levantar la mano y explicar, como Ovidio, que la vida se convierte en otras cosas. Pero carece de los datos necesarios. Lo único que posee es la intuición de una niña que creció jugando con los restos del bosque.

Enseguida se da cuenta: algo va mal en todo ese campo de estudio, no solo en Purdue, sino en el país entero. Las personas encargadas de la silvicultura norteamericana sueñan con producir madera recta, limpia y uniforme a la máxima velocidad posible. Hablan de economizar los bosques jóvenes y los decadentes, del incremento medio anual y de la madurez económica. Está convencida de que esos hombres que controlan el sector se rendirán en un par

de años y que sobre los troncos caídos de sus creencias crecerá un sotobosque nuevo y rico. Ahí será donde ella prosperará. Difunde esta revolución encubierta entre sus estudiantes.

—Dentro de veinte años volveréis la vista atrás y os sorprenderá ver lo que los gurús de la silvicultura tomaban como una verdad evidente. Es el refrán de toda ciencia que se precie: «¿Cómo no nos dimos cuenta antes?».

Trabaja bien con sus compañeros de posgrado. Acude a barbacoas y festivales, y consigue participar en los cotilleos departamentales sin perder su pequeño Estado soberano. Una noche se produce un malentendido vertiginoso, encendido y salvaje con una doctoranda de Genética Vegetal. En ese momento, Patricia guarda la vergüenza a hablar dentro de un cajón de su corazón y nunca vuelve a sacarla, ni siquiera para echar un vistazo.

Una sospecha secreta la aleja de los demás. Está segura, aunque carece de pruebas, de que los árboles son criaturas sociales. Para ella es obvio: las cosas inmóviles que crecen en comunidades mezcladas deben poseer formas evolucionadas de sincronización. En la naturaleza hay pocos árboles solitarios. Esta creencia la aísla de los demás. Qué ironía tan amarga: por fin se ha rodeado de gente como ella; sin embargo, no se dan cuenta de lo evidente.

La universidad de Purdue consigue uno de los primeros modelos de espectrómetro de masas cuadrupolar con cromatografía de gases. Algún dios pagano pone la máquina en manos de Patricia como recompensa por su constancia. Con ese aparato, puede medir los compuestos orgánicos volátiles que lanzan al aire los viejos árboles del este y averiguar los efectos de esos gases en sus vecinos. Le traslada la idea a su tutor. La gente no sabe nada sobre lo que producen los árboles. Es un mundo verde completamente nuevo, listo para ser descubierto.

—¿Qué utilidad podemos extraer de ese estudio?

—Es probable que ninguna.

—¿Y por qué necesitas realizarlo en el bosque? ¿No te sirven las parcelas del campus?

—Para estudiar los animales, uno nunca iría a un zoo.

—¿Crees que los árboles cultivados se comportan de un modo diferente a los silvestres?

Está convencida de ello. Pero el suspiro de su tutor es tan claro como un anuncio público: las chicas en la ciencia son como los osos montados en bici. Posible, pero raro.

—Te reservaré varios árboles en la parcela del campus. Eso facilitará las cosas y te ahorrará mucho tiempo.

—No hay prisa.

—Bueno, es tu tesis y será tu tiempo el que desperdicies.

Y lo desperdicia con el mayor de los placeres. El trabajo no tiene ninguna sofisticación: consiste en atar con cinta adhesiva una serie de bolsas de plástico a las ramas de los árboles y recoger muestras tras determinados intervalos de tiempo. Repite la tarea una y otra vez, sorda y muda, hora tras hora, mientras el mundo a su alrededor se encoleriza con asesinatos, disturbios raciales y guerras en la selva. Trabaja durante todo el día en el bosque, con la espalda plagada de ácaros y con garrapatas en el pelo, con la boca llena de restos de hojas y los ojos repletos de polen, con telarañas alrededor de la cara como si fueran bufandas, con brazaletes de hiedra venenosa y las rodillas desolladas por la escoria, con la nariz forrada de esporas, los muslos picados de braille por las avispas y el corazón tan feliz como el generoso día.

Lleva las muestras recogidas de vuelta al laboratorio y pasa tediosas horas descifrando concentraciones y pesos moleculares, determinando qué gases emitió cada árbol. Tiene que haber miles de compuestos. Decenas de miles. El tedio la vuelve eufórica. Ella lo denomina «paradoja de la ciencia». Es el trabajo más abrumador que puede realizar una persona y, sin embargo, hace que la mente salte lo suficiente como para ver que ahí no hay más que mente. Trabaja bajo el sol moteado y la lluvia mientras el olor del humus le penetra con implacable vida almizclada. Cuando está en el bosque, su padre regresa a su lado durante todo el día. Ella le pregunta cosas, y el simple acto de preguntarlas en voz alta le ayuda a ver. ¿Qué origina un hongo en repisa que crece hasta una determinada altura del tronco? ¿Cuántos metros cuadrados de panel solar despliega un árbol concreto? ¿Por qué hay una diferencia de tamaño tan tremenda entre la hoja de un guillomo y la de un sicomoro?

La fotosíntesis —le dice a sus estudiantes— es un milagro: una hazaña de ingeniería química que apuntala la catedral de la creación. Toda la aparatosidad de la vida en la Tierra es un polizón de ese acto mágico y sobrecogedor. El secreto de la vida: las plantas comen luz, aire y agua, y la energía almacenada se destina a elaborar y crear todas las cosas. Conduce a sus alumnos al santuario del misterio: cientos de moléculas de clorofila se reúnen para formar complejos antena, que se agrupan a su vez en unos discos llamados tilacoides que constituyen los cloroplastos. Más de cien de estas

fábricas de energía solar hacen funcionar a una única célula de la planta. Varios millones de esas células pueden constituir una sola hoja. Y un millón de hojas se agitan en las gloriosas ramas de un solo *ginkgo*.

Demasiados ceros: los ojos de los estudiantes se nublan. Debe reconducirlos de nuevo hacia la delgadísima línea que separa el atontamiento del asombro.

—Hace miles de millones de años, una única célula azarosa y autorreplicante aprendió a convertir una estéril bola de gas venenoso y escoria volcánica en este poblado jardín. Y todo lo que esperáis, teméis y amáis se hizo posible.

Ellos piensan que ha perdido la cabeza, pero a ella no le importa. Se conforma con enviar un recuerdo a sus respectivos futuros, unos futuros que dependerán de la inescrutable generosidad de los seres verdes.

Por la noche, demasiado cansada de enseñar y de investigar como para seguir trabajando, lee a su adorado Muir. *Mil millas a pie hasta el golfo y Primer verano en la sierra* hacen que su alma flote hasta el techo de la habitación y dé vueltas como un sufi. Escribe sus citas favoritas en el interior de las tapas de sus cuadernos de campo y les echa una mirada furtiva cada vez que la política del departamento y la crueldad de los asustados humanos la desaniman. Las palabras resisten la completa brutalidad del día.

Atravesamos la Vía Láctea juntos, árboles y personas... En cada paseo con la naturaleza recibimos mucho más de lo que buscamos. El camino más claro del universo es a través del bosque salvaje.

Patty-Planta se convierte en Pat Westerford, una manera de ocultar su género en la correspondencia profesional. El trabajo con los tulíperos le concede el doctorado. Resulta que esas extensiones largas y espesas de tuberías que se apilan sin cesar son fábricas más productivas de lo que se creía. El *Liriodendron* posee un repertorio de olores distintos. Emite compuestos orgánicos volátiles que hacen todo tipo de cosas. Todavía no sabe cómo funciona el sistema. Solo sabe que es complejo y hermoso.

Consigue un posdoctorado en Wisconsin. Recorre Madison en busca de alguna reliquia de Aldo Leopold. Trata de encontrar la imponente falsa acacia, con sus fragantes racimos y sus vainas de semillas, que asombró tanto a Muir como para convertirse en naturalista. Pero ya hace doce años que

cortaron aquel árbol que cambió el mundo.

El posdoctorado se convierte en un contrato como profesora adjunta. No gana casi nada, pero la vida requiere de poco. Por suerte, su presupuesto está libre de dos gastos fundamentales: el entretenimiento y el estatus. Y el bosque rebosa de comida gratis.

Comienza a examinar los arces azucareros de un bosque al este de la ciudad. Su descubrimiento llega como suelen llegar siempre los grandes hallazgos: por casualidad, una casualidad larga y preparada. Patricia acude a su bosquecillo un agradable día de junio para descubrir que uno de los árboles cubiertos de bolsas sufre una invasión de insectos a gran escala. Al principio parece que los datos de los últimos días no sirven para nada. Sin embargo, guarda las muestras del árbol dañado junto con las de los demás arces. Una vez en el laboratorio, amplía la lista de compuestos que debe examinar. Al cabo de pocas semanas, descubre algo que ni siquiera ella está preparada para asumir.

Otro árbol cercano se infecta. Vuelve a medir. De nuevo, duda de la evidencia. Comienza el otoño y las hojas de sus complejas fábricas químicas cierran y se caen al suelo del bosque. Echa el cerrojo durante el invierno y se dedica a enseñar y a revisar resultados mientras intenta aceptar la locura de sus conclusiones. Deambula por el bosque mientras se pregunta si debería publicar el estudio o continuar con el experimento durante un año más. Los robles de su bosque brillan con un color escarlata, las hayas deslumbran en bronce. Parece sensato esperar.

Durante la siguiente primavera, llega la confirmación. Tres pruebas más y está convencida. Los árboles, cuando reciben un ataque, emiten insecticidas para salvar su vida. Hasta ahí no hay controversia. Pero en los datos hay algo más que le provoca escalofríos: los árboles lejanos que no han sido tocados por los enjambres invasores refuerzan sus defensas cuando sus vecinos reciben el ataque. Algo les alerta. Se enteran del desastre y se preparan. Patricia revisa los datos, pero los resultados son siempre los mismos. Solo hay una conclusión, pero carece de sentido: los árboles dañados envían alarmas que los otros árboles huelen. Sus arces emiten señales. Están interconectados en una red aérea y comparten un sistema inmune a lo largo de hectáreas de bosque. Esos troncos descerebrados e inmóviles se están protegiendo entre ellos.

Se resiste a creerlo, pero los datos no dejan de confirmarlo. Y esa tarde, cuando Patricia por fin acepta lo que las mediciones indican, las extremidades

se le acaloran y las lágrimas le corren por la cara. Que ella sepa, es la primera criatura en la dilatada aventura de la vida que se ha fijado en este hecho pequeño pero certero de la evolución. La vida habla consigo misma, y ella ha escuchado lo que dice.

Redacta los resultados con toda la sobriedad posible. Su informe es pura química, concentraciones y tasas: nada más que los registros del equipo de cromatografía de gases. Pero en las conclusiones del trabajo no puede resistirse a sugerir lo que esos resultados explican:

Es posible que el comportamiento bioquímico de los árboles individuales solo tenga sentido si los consideramos miembros de una comunidad.

Una prestigiosa revista acepta el trabajo de la doctora Pat Westerford. Los expertos encargados de la revisión levantan las cejas, pero los datos son sólidos y nadie encuentra problema alguno, salvo el sentido común. El día que aparece el artículo, Patricia siente que ha saldado su deuda con el mundo. Si se muere al día siguiente, habrá añadido este pequeño elemento a lo que la vida sabe de sí misma.

La prensa se hace eco de sus hallazgos. Le hacen una entrevista en una conocida revista científica. Le cuesta entender las preguntas a través del teléfono y titubea con las respuestas. Pero la noticia se publica y otros periódicos la recogen. «Los árboles hablan entre ellos.» Recibe varias cartas de investigadores de todo el país que le preguntan detalles. La invitan a hablar en el encuentro de la división Medio Oeste de la sociedad profesional de silvicultura.

Cuatro meses más tarde, la revista que publicó la noticia divulga una carta firmada por tres destacados dendrólogos. Dicen que sus métodos son defectuosos, y sus estadísticas, dudosas. Las defensas de los árboles sanos podrían haber sido activadas por otros mecanismos. O tal vez esos árboles ya habían sufrido algún tipo de contaminación previa sin que ella se diera cuenta. La carta se burla de la idea de que los árboles se envíen avisos químicos entre ellos.

Patricia Westerford demuestra una incomprensión casi embarazosa acerca de los elementos de la selección natural... Incluso si un mensaje se «recibiera» de algún modo, eso no implicaría que ese mensaje se hubiera

«enviado».

En la breve carta se menciona cuatro veces el nombre de Patricia sin aludir a su título de doctora; esta mención la reservan para sus propias firmas. Dos profesores de Yale y un catedrático de Northwestern contra una joven adjunta de Madison: nadie en la profesión se toma la molestia de intentar replicar los hallazgos de Patricia Westerford. Aquellos investigadores que le escribieron pidiendo más información dejan de responder a sus cartas. Los periódicos que publicaron sus sorprendentes artículos continúan con el relato de su brutal descrédito.

Patricia acude a Columbus para dar la conferencia en la sociedad de silvicultura. La sala es pequeña y calurosa. El sonido de sus audífonos se acopla. Las diapositivas se entremezclan en el proyector. Las preguntas son hostiles. Al responderlas desde el atril, Patricia siente que su defecto en el habla regresa para castigarla por su soberbia. Durante los tres atroces días que dura el congreso, los asistentes se dan codazos cuando la ven pasar por los pasillos del hotel: «Ahí está la mujer que cree que los árboles son inteligentes».

La universidad de Madison no le renueva el contrato. Pelea por conseguir un puesto en algún sitio, pero el curso está demasiado avanzado. Ni siquiera logra un empleo lavando el material de laboratorio de otro investigador. Ningún animal cierra filas tan rápido como el *Homo sapiens*. Sin un laboratorio del que servirse, tampoco puede justificar su investigación. Con treinta y dos años, comienza a dar clases como suplente en institutos. Sus amigos de profesión se compadecen de ella en voz baja, pero nadie sale a defenderla en público. Sus propósitos se le escapan como el verde se escapa de los arces en otoño. Después de largas semanas a solas repasando lo sucedido, decide que es hora de deshojarse.

Es demasiado cobarde para rendirse a los escenarios que se le pasan por la cabeza casi todas las noches cuando intenta dormir. El dolor se lo impide. No el suyo propio, sino el de su madre, sus hermanos y sus amigos. Solo el bosque la protege de la vergüenza inmarcesible. Vagabundea por los caminos invernales mientras palpa con los dedos congelados las yemas de los castaños de Indias, gruesas y pegajosas. El sotobosque se llena de rastros como acusaciones manuscritas garabateadas en la nieve. Patty escucha al bosque, el murmullo que siempre la ha sostenido. Pero lo único que oye es la sabiduría ensordecedora de la multitud.

Medio año transcurre en el fondo de un pozo. Una mañana de domingo azul, luminosa y despejada, Patricia encuentra sin esperarlo varios sombreros de *Amanita bisporigera* bajo un grupo de robles en la ribera del arroyo Token. Son unos hongos bonitos, tanto que su aspecto avergonzaría a la vieja doctrina de las signaturas. Los guarda en su bolsa de setas y se los lleva a casa. Una vez allí, prepara un banquete de domingo para un solo comensal: lomos de pollo en mantequilla, aceite de oliva, ajo, chalotas y vino blanco, acompañados con la cantidad suficiente de Ángel Exterminador como para detenerle los riñones y el hígado.

Pone la mesa y se sienta para ingerir una comida que huele a buena salud. La belleza del plan consiste en que nadie se dará cuenta. Todos los años los micólogos aficionados confunden las jóvenes *A. bisporigera* con las *Agaricus silvicola* o incluso con las *Volvariella volvacea*. Ni sus amigos ni su familia ni sus antiguos colegas pensarán otra cosa: se equivocó con su polémica investigación como se equivocó al elegir los cuerpos fructíferos para la cena. Se lleva el tenedor humeante a los labios.

Algo la detiene. Unas señales, más finas que las palabras, inundan sus músculos. *Eso no. Ven. No temas nada.*

Devuelve el tenedor al plato. Despierta de una especie de sonambulismo. Tenedor, plato, banquete de setas: todo se convierte, bajo sus ojos, en un arranque de locura desmantelado. Al instante siguiente, no se cree lo que su miedo animal deseaba hacer. La opinión de los demás la predispuso a sufrir la muerte más agonizante. Tira toda la comida a la basura y se queda con hambre, pero es un hambre de algo más maravilloso que cualquier comida.

Su verdadera vida comienza esta noche, una larga partida extra *post mortem*. Nada de lo que venga durante los próximos años será tan malo como lo que estuvo a punto de hacerse a sí misma. La opinión humana ya no le afecta. Ahora es libre para experimentar. Para descubrir cualquier cosa.

Un espacio en blanco de varios años. Visto desde fuera, es así: Patricia Westerford desaparece en el subempleo. Ordena cajas en almacenes. Limpia suelos. Trabajos extraños que la llevan desde el norte del Medio Oeste hasta las altas montañas a través de las Grandes Llanuras. Carece de afiliación y de acceso a cualquier equipo técnico. Tampoco intenta conseguir un puesto en un laboratorio o dar clases durante una temporada, a pesar de que sus antiguos colegas la animan a hacerlo. Casi todos sus viejos amigos la añaden a la lista de víctimas de la ciencia. En realidad, está ocupada aprendiendo una lengua extranjera.

Con pocos prejuicios para su tiempo y ninguno para su alma, regresa al aire libre, al bosque, la negación verde de toda carrera. Ya no teoriza ni especula, solo observa, anota y dibuja en una pila de cuadernos, su única posesión duradera además de su ropa. Su mirada se acerca y se agudiza. Muchas noches acampa al aire libre con Muir, bajo las píceas y los abetos, completamente perdida, transformada por el olor de los océanos interiores, y duerme sobre lechos de gruesos líquenes con cuarenta centímetros de almohada de agujas marrones, la tierra viva bajo el saco de dormir ejerciendo su variable influjo, un influjo que se eleva por las fibras de Patricia y de los imponentes troncos que la rodean y vigilan. La partícula de su yo privado reúne todo lo que se había escindido: el proyecto de escapar hacia lo verde. *Solo salí a dar un paseo y acabé quedándome hasta el ocaso; descubrí que, al salir, en realidad entraba.*

Por la noche, lee a Thoreau junto a una fogata.

¿No me entenderé con la Tierra? ¿No soy en parte hojas y materia vegetal?

Y:

¿Quién es ese titán que me posee? ¡Menudo misterio! ¡Piénsese en nuestra existencia en la naturaleza —ser diariamente testigo de la materia, entrar en contacto con ella—, las rocas, los árboles, el viento en nuestras mejillas! ¡La sólida tierra! ¡El mundo real! ¡El sentido común! ¡Contacto! ¡Contacto! ¿Quiénes somos? ¿Dónde estamos?

Ahora vaga más hacia el oeste. Es increíble lo lejos que puede llegar un pequeño fondo de financiación cuando aprendes a buscarte la vida. Este país está inundado de comida gratis, solo necesitas saber dónde encontrarla. Echa un único vistazo a su rostro mientras se lava en el baño de una gasolinera cerca de un bosque nacional, en un estado donde ella no es más que una recién llegada. Está maravillosamente envejecida, más de lo que le corresponde por su edad. Se ha abandonado demasiado. Pronto comenzará a dar miedo a los demás. Bueno, en realidad siempre les ha dado miedo. Gente enfadada que odiaba la naturaleza salvaje y que le arrebató su carrera. Gente asustada que se burlaba de ella por decir que los árboles se mandan mensajes entre ellos. Los perdona a todos. No pasa nada. Lo que más asusta ahora a la

gente algún día les maravillará. Y entonces harán aquello para lo que fueron diseñados hace cuatro mil millones de años: detenerse y ver lo que tienen delante.

Una tarde de finales de otoño aparca su vieja tartana en la cuneta de la carretera que bordea un tramo del sendero panorámico de Fisklake, en el borde occidental de la meseta del Colorado, en el centro-sur de Utah. Ha conducido por las carreteras secundarias desde Las Vegas, capital de los granujas distraídos, hacia Salt Lake, capital de los santos espabilados. Sale del coche y se adentra entre los árboles hacia la parte más alta, al oeste de la carretera. Los álamos se alzan ante el sol vespertino y se extienden a lo largo de la cima, más allá de donde la vista alcanza. *Populus tremuloides*. Nubes de hojas doradas que destellan sobre unos troncos delgados teñidos del verde más pálido. El aire está en calma, pero los álamos se agitan como si corriera viento. Solo los álamos tiemblan mientras todos los demás árboles permanecen en un reposo sepulcral. Sus peciolos largos y aplanados se retuercen con la más leve brisa y, a su alrededor, un millón de espejos de cadmio bicolores destellan contra un virtuoso azul.

Las hojas oraculares hacen audible el viento. Filtran la luz seca y la llenan de expectación. Los troncos crecen rectos y desnudos, rugosos por la edad en la base, suaves y blanquecinos en las primeras ramas. Unos círculos de líquenes verde claro los salpican. Patty se queda en el interior de esta habitación blanco grisácea, un vestíbulo repleto de columnas hacia el más allá. El aire tiritita de oro, y en el suelo se apilan las ramas caídas y los ramets muertos. La cima huele a espacio abierto y marchito. La atmósfera es tan benefactora como un arroyo que desciende por la montaña.

Patricia Westerford se abraza a sí misma y, sin razón alguna, comienza a llorar. El árbol del canto navajo a la casa del sol. El árbol de Hércules convertido en corona, al que sacrificó cuando regresó de los infiernos. Aquel cuyas hojas en infusión protegieron del demonio a los cazadores. Este árbol, el más extendido de Norteamérica, con parientes cercanos en tres continentes, de repente parece insoportablemente escaso. Patricia ha caminado entre álamos muy al norte, en Canadá, el único árbol de hoja caduca que resiste en una latitud monótona de coníferas. Ha esbozado sus pálidas sombras estivales por toda Nueva Inglaterra y por el norte del Medio Oeste. Ha acampado entre ellos en afloramientos cálidos y secos, por encima de impetuosos riachuelos de nieve fundida, en las Rocosas. Los ha encontrado grabados, labrados con sabiduría codificada en forma de arboglifos indígenas. Se ha tumbado

bocarrriba con los ojos cerrados, en las lejanas montañas del sudoeste, y ha memorizado el tono de ese agitado estremecimiento. Al abrirse camino entre las ramas caídas, vuelve a oírlo. Ningún otro árbol emite ese sonido.

Los álamos se sacuden con su indetectable brisa y ella comienza a ver cosas ocultas. Arriba, en un tronco, lee marcas de garras por encima de su cabeza, la escritura críptica de los osos. Pero esos cortes son antiguos y sus bordes presentan cicatrices ennegrecidas; hace mucho tiempo que ningún oso cruza estos bosques. Las raíces enredadas se derraman a orillas de un riachuelo. Patricia las estudia, el borde expuesto de una red de conductos subterráneos que transportan agua y minerales a lo largo de decenas de hectáreas y suben por el monte hacia otros troncos, en apariencia apartados, que bordean los afloramientos rocosos donde es difícil hallar agua.

En la cima de la pendiente hay un pequeño claro, cortado con una motosierra. Alguien se ha propuesto mejorar las cosas. Saca la lupa del llavero y la acerca a uno de los tocones para determinar el número de anillos. De los árboles abatidos, el más viejo tiene alrededor de ochenta años. Esa cifra tan cómica le provoca una sonrisa, ya que esos cincuenta mil arbolitos que la rodean han brotado de una masa de rizoma demasiado antigua para determinar una fecha dentro de los últimos cien milenios. Bajo tierra, los troncos octogenarios tienen, como poco, cien mil años. No le sorprendería que esta enorme criatura clónica, única y compuesta que parece un bosque hubiera estado aquí desde hace casi un millón de años.

Por eso se ha detenido: para ver uno de los seres vivos más grandes y antiguos de la tierra. A su alrededor se extiende un único macho cuyos troncos genéticamente iguales cubren más de cuarenta hectáreas. Es un ser de otro mundo que burla su capacidad para apartar la vista. Aunque claro, como bien sabe la doctora Westerford, hay otros mundos por todas partes, y a los árboles les gusta jugar con el pensamiento humano como los niños juegan con los escarabajos.

A lo largo de la carretera donde ha aparcado, los álamos se precipitan por la cuenca hacia Fish Lake, donde cinco años atrás un ingeniero chino refugiado llevó a sus tres hijas de *camping* cuando se dirigían a Yellowstone. Los federales pronto buscarán a la primogénita, cuyo nombre hace honor a la heroína de una ópera de Puccini, por un incendio provocado, con daños valorados en un millón de dólares.

Tres mil kilómetros al este, un estudiante de escultura nacido en una familia de granjeros de Iowa, en una peregrinación al Museo Metropolitano,

pasa sin darse cuenta por delante del único álamo temblón de Central Park. Vivirá para pasar por delante de ese mismo árbol, treinta años después, solo porque le ha jurado a la heroína de Puccini que, suceda lo que suceda, no se matará.

Al norte, en la columna vertebral curvada de las Rocosas, en una granja cercana a Idaho Falls, un aviador veterano, esa misma tarde, construye una cuadra para un amigo de su viejo escuadrón. Es una tarea asignada por compasión, acompañada de alojamiento y comida, aunque el veterano tiene intención de dejar el trabajo en cuanto pueda. Pero de momento, levanta el corral con planchas de álamo. Aunque como leña es mediocre, no se quebrará con las coces de los caballos.

En un barrio residencial cerca de Lake Elmo, dos álamos crecen cerca del muro meridional de la residencia de un abogado experto en propiedad intelectual. Tiene una leve conciencia de la existencia de esos árboles, y cuando su novia, de espíritu libre, le pregunta por ellos, él responde que son abedules. Con el tiempo, dos grandes ataques derribarán al abogado y reducirán todos los álamos, abedules, pinos, robles y arces a una única palabra que tardará medio minuto en pronunciar.

En la Costa Oeste, en el emergente Silicon Valley, un niño guyaratí-americano y su padre construyen álamos primitivos a partir de píxeles achaparrados en blanco y negro. Están escribiendo un juego con el que el niño se siente como si caminara por un bosque primigenio.

Estas personas no significan nada para Patty-Planta, pero sus vidas están conectadas de manera subterránea desde hace mucho. Su parentesco se desplegará como un libro. El pasado siempre se torna más claro en el futuro.

Dentro de algunos años, ella escribirá un libro, *El bosque secreto*. En la primera página pondrá:

Tú y el árbol de tu jardín provenís de un antepasado común. Hace mil quinientos millones de años, ambos os escindisteis. Pero incluso ahora, después de un inmenso viaje en direcciones separadas, ese árbol y tú compartís la cuarta parte de los genes...

Ahora, desde arriba de la pendiente, mira hacia un profundo barranco. Hay álamos por todas partes, y su mente está atónita al pensar que ninguno de ellos ha surgido a partir de una semilla. De hecho, en toda esta zona del oeste son pocos los álamos que han crecido así a lo largo de diez mil años. Hace

mucho tiempo el clima cambió y desde entonces las semillas de los álamos no son capaces de prosperar, de manera que se propagan por las raíces, se extienden. Hay algunas colonias de álamos del norte, donde hubo glaciares, más antiguas que los propios glaciares. Los árboles inmóviles están «emigrando»: grupos inmortales de álamos que se retiran ante los últimos glaciares de tres kilómetros de espesor y los siguen de nuevo hacia el norte. La vida no responde a la razón. Y el sentido es demasiado joven para influir sobre ella. Todo el drama del mundo se reúne bajo tierra: coros sinfónicos en masa que Patricia pretende oír antes de morir.

Mira por encima de la hondonada para adivinar hacia qué dirección marcha ese álamo macho, gigante y clónico. Lleva recorriendo las colinas y barrancos durante diez milenios en busca de una hembra temblona y gigante a quien fecundar. En la loma contigua, hay algo que le encoge el pecho. Tallado en el mismo corazón de ese clon en expansión, se levanta una urbanización en medio de una hilera de nuevas carreteras. Los bloques de apartamentos, con pocos días de antigüedad, ocupan varias hectáreas del sistema radicular de uno de los seres más fastuosos de la tierra. La doctora Westerford cierra los ojos. Ha visto la degeneración en el oeste. Los álamos están muriendo. Devoradas por todo aquello que tenga pezuñas, aisladas del fuego regenerador, desaparecen arboledas enteras. Ahora ve que ese bosque, que se extiende por las montañas desde antes de que los humanos salieran de África, le cede el paso a promociones de segundas residencias. Lo vislumbra de golpe, como un destello dorado: los árboles y los humanos están en guerra por el territorio, por el agua y la atmósfera. Y ella es capaz de oír, más fuerte que las hojas trémulas, cuál será el bando perdedor.

A principios de los ochenta, Patricia se dirige hacia el noroeste. Los gigantes aún crecen en los cuarenta y ocho estados continentales, bolsas de oro que se dispersan desde el norte de California hacia Washington. Quiere ver cómo es un bosque sin cortes, mientras quede alguno. El oeste de las Cascadas durante un húmedo mes de septiembre: no hay experiencia que la prepare para eso. Desde media distancia, sin referente alguno que le indique la escala, los árboles no parecen mayores que los grandes sicomoros y tulíferos del este. Pero de cerca, la ilusión desaparece y Patricia se pierde en lo opuesto a la razón. Lo único que puede hacer es mirar, reírse y volver a mirar.

Tsugas, abetos gigantes, cipreses de Nootka, abetos de Douglas: coníferas

monstruosas con arbotantes que desaparecen entre la bruma por encima de ella. Las píceas de Sitka sobresalen con unos nudos tan grandes como camionetas, una madera que, a igual peso, es más fuerte que el acero. Un único tronco puede ocupar un camión maderero entero. Incluso los árboles más bajos son lo bastante grandes como para dominar un bosque del este, y cada hectárea contiene al menos diez veces más madera que los de allí. Debajo de estos gigantes, en el sotobosque, el cuerpo de Patricia parece desproporcionadamente pequeño, como el de los personajes de bellota que fabricaba cuando era pequeña. Uno de los agujeros de cualquiera de esas columnas de aire solidificado podría ser su hogar.

Los chasquidos y parloteos interrumpen el silencio catedralicio. El aire es de un verde tan crepuscular que parece estar bajo el agua. Llueven partículas: nubes de esporas, telarañas rotas y descamaciones de mamíferos, esqueletos de ácaros, fragmentos de excrementos de insectos y plumas de ave... Todos los seres se alzan por encima de los demás en busca de retazos de luz. Si permaneciera quieta el tiempo suficiente, las enredaderas la invadirían. Camina en silencio, aplastando diez mil invertebrados con cada paso, atenta a las huellas en un lugar donde al menos una de las lenguas indígenas utiliza la misma palabra para referirse a «huella» y a «comprensión». La tierra cede bajo sus pies como un colchón deshecho.

Una cresta despejada la conduce hacia otra hondonada. Agita su palo cantor, y la temperatura cae en picado como si atravesara una cortina térmica. El dosel es un colador que motea de sol las superficies plagadas de escarabajos. Por cada gran tronco, hay varios cientos de plantones en el suelo. Helechos espada, hepáticas, líquenes y hojas tan pequeñas como granos de arena manchan cada centímetro de los troncos caídos, fríos y húmedos. El musgo es tan denso como un bosque en miniatura.

Aprieta las grietas de la corteza y los dedos se le hunden hasta los nudillos. Una breve excursión a través de la maleza revela la extensión de la prodigiosa podredumbre. Troncos infestados de criaturas, desmoronándose y en descomposición durante siglos. Tocones góticos y retorcidos, plateados como carámbanos invertidos. Nunca había inhalado una putrefacción tan fecunda. Se siente abrumada por la escarpada masa de vida en continua desaparición, acumulada en cada metro cuadrado, junto a los filamentos micélicos y las telarañas traicionadas por el rocío. Las setas trepan por los costados de los troncos en una sucesión de cornisas. Un gris salmón alimenta a los árboles. Humedecidos por la niebla durante todo el invierno, unos seres

verdes y esponjosos que no sabe nombrar cubren cada pilar de madera con un paño espeso que llega más alto que su cabeza.

La muerte está por todas partes, opresiva y bella. Patricia ve la fuente de esa doctrina forestal a la que tanto se resistió en la facultad. Al mirar todo ese glorioso deterioro, alguien podría pensar de manera justificada que *viejo* significa decadente, que esas gruesas alfombras de materia en descomposición son cementerios de celulosa necesitados de un hacha rejuvenecedora. Entiende por qué los de su especie siempre tendrán miedo de esos matorrales cerrados y espesos donde la belleza de los árboles individuales da lugar a algo masificado, espeluznante, delirante. Por aquí es por donde pasean los niños perdidos y los adolescentes desobedientes cuando el cuento se oscurece, cuando la película de miedo reconstruye el horror primigenio. Aquí hay cosas peores que lobos y brujas, miedos primarios que ninguna civilización dominará jamás.

El prodigioso bosque la conduce por delante de un inmenso cedro rojo. Golpea con la mano las tiras fibrosas que se desprenden del tronco estriado, cuyo contorno compite con la altura de un cornejo florido. Apesta a incienso. La copa se ha escindido y ha sido sustituida por un candelabro de ramas que a su vez parecen troncos. Al nivel del suelo, una gruta se abre en el duramen podrido. En su interior podrían vivir familias enteras de mamíferos. Las ramas, después de mil años, lánguidas por el peso de los restos escamosos que caen desde los doce pisos de encima, siguen rebosantes de conos.

Se dirige al cedro mediante las palabras que usaron los primeros humanos del bosque.

—Creador de Larga Vida. Estoy aquí. Aquí abajo.

Al principio siente que se ha vuelto loca. Pero cada palabra le resulta un poco más fácil que la anterior.

—Gracias por las cestas y las cajas. Gracias por las capas, los sombreros y las faldas. Gracias por las cunas. Por las camas. Los pañales. Las canoas. Los remos, los arpones y las redes. Mástiles, troncos y postes. Las tablillas y tejas incorruptibles. La leña que siempre arderá.

Cada nuevo objeto es fuente de liberación y alivio. Como no encuentra una buena razón para callar, deja que la gratitud siga derramándose.

—Gracias por las herramientas. Por los cofres. Los entablados. Los roperos. Los revestimientos. Se me olvida... Gracias —dice, repitiendo la antigua fórmula— por todo lo que nos has dado. —Y sin saber aún cómo parar, añade—: Lo sentimos. No sabíamos lo difícil que es para ti volver a

crecer.

Encuentra trabajo como guarda forestal en la Oficina de Administración de Tierras. La descripción del puesto parece un milagro semejante al de los árboles gigantes: ayudar a preservar y proteger, para las generaciones presentes y futuras, lugares donde el hombre es un visitante transitorio. La agreste mujer debe llevar uniforme, pero le pagan para que sea ella misma, lleve el peso grato de una mochila, lea un mapa topográfico, cave una zanja, busque humo y fuego, enseñe a la gente a no dejar rastro, siga los ritmos de la tierra y viva según el transcurso del año. Para que limpie lo que dejan los humanos, sí. Para que recoja los innumerables desperdicios, bolsas, anillos de sujeción de latas, papel de aluminio, envases y tapones de botellas esparcidos por los prados de flores, en los paisajes remotos más pintorescos, ensartados en las ramas de los nobles abetos, bajo los arroyos de agua fría, detrás de las cascadas. Pagaría con gusto al Gobierno por realizar esas tareas.

Su supervisor le pide disculpas por el estado de la cabaña que le dan junto a un antiguo bosquecillo de cedros. No hay agua corriente, y la biomasa de las alimañas es varias veces superior a la del nuevo bípedo. Ella no hace más que reírse.

—No lo entiendes. No lo entiendes. ¡Es la Alhambra!

Al día siguiente caminará cuarenta kilómetros para aflojar los pernos de las señales prendidas a los árboles junto a los senderos y posibilitar que el cámbium siga creciendo. Hay un lugar, al otro lado de la montaña, donde la corteza de una gran píceca ha engullido una vieja placa del Servicio Forestal de los años cuarenta que ahora solo dice «CUIDADO CON».

Comienza la lluvia nocturna. Sale al claro y se sienta bajo el aguacero, vestida solo con una camisa ancha de algodón, mientras escucha cómo el bosque produce células frescas. Regresa adentro. En la cocina, enciende la lámpara de queroseno con unas cerillas gruesas y se lleva la llama al dormitorio. El golpetazo de una rata de cola peluda es un telegrama que informa de otro asalto a sus poco valiosas posesiones. La semana pasada fueron un par de hebillas. Está demasiado oscuro para buscar cuál ha sido el botín de esta noche. Se lava con agua fría en la palangana de zinc que hay en un rincón y se mete en la cama. En cuanto apoya la oreja en la almohada con olor a cerrado, viaja hacia el hogar de vacaciones ancestral donde el futuro

aún irradia infinitas formas llenas de belleza.

* * *

Trabaja durante once maravillosos meses. La vida silvestre no la amenaza ni una sola vez, y los campistas perturbados solo dos veces. Bajo la lluvia constante, todo cría moho. Árboles monstruosos absorben el chaparrón y lo devuelven al aire en forma de vapor. Las esporas se extienden por todas las superficies húmedas. Desarrolla hongos en los pies hasta las rodillas. A veces, cuando se tumba y cierra los ojos, siente que el musgo le cubrirá los párpados cuando intente abrirlos de nuevo. Trabaja durante días en la construcción de un pequeño almacén, para lo que debe desbrozar varios metros cuadrados de bosque con un hacha. A finales de año, la pequeña muesca en el sotobosque está cubierta de nuevo por matas y arbolitos. Le encanta sentir que cada avance que el hombre trate de hacer sobre el verdor implacable está destinado al fracaso.

Sin que ella lo sepa, mientras reconstruye círculos de hogueras y limpia campamentos ilegales llenos de latas de cerveza y papel higiénico, aparece publicado un artículo en un prestigioso periódico, uno de los mejores realizados por la humanidad. Los árboles intercambian señales aéreas pulverizadas, dice el artículo. Elaboran medicinas. Sus fragancias alertan y despiertan a sus vecinos. Son capaces de percibir a las especies atacantes para convocar una fuerza aérea que acuda en su ayuda. Los autores citan su artículo vilipendiado. Reproducen sus hallazgos y los amplían hasta límites insospechados. Algunas palabras, ya olvidadas por ella, han continuado navegando por el aire, iluminando a otros, como una ráfaga de feromonas.

Un día, Patricia se halla en una zona de drenaje cortando las ramas caídas desde un camino remoto. Ve movimiento en la maleza: el juego más peligroso. Al acercarse, vislumbra a dos investigadores, una pareja de científicos vagabundos de una confederación desorganizada que todos los veranos acampa en un claro, a pocos kilómetros de su cabaña, en unas caravanas llenas de material de laboratorio. Ella teme los encuentros con su

vieja tribu. Siempre habla lo menos posible. Hoy, se limita a observar de lejos. A través del bosque, desde esa distancia, los dos hombres parecen torpes osos de circo a dos patas disfrazados de leñadores.

La pareja avanza unos pasos para acercarse a un lugar que les interesa. Uno de los hombres ulula con suavidad, una imitación perfecta y susurrante. Ella ha oído esa llamada por la noche, a pesar de que nunca ha visto al animal que la emite. Esa imitación podría engañarla. El hombre vuelve a ulular. Por increíble que parezca, algo contesta. Se sucede un dueto: la invitación humana, brillante y coqueta, seguida de la torpe pero amable ave escondida entre los árboles. Una raya en el aire y el búho aparece. Ave de la sabiduría y los hechiceros. Es el primer *Strix occidentalis* que Patricia ve en su vida. Un búho manchado: la especie en peligro de extinción que algunos científicos proponen salvar mediante el cierre de bosques primarios por valor de miles de millones de dólares, el único lugar donde puede vivir. Se posa, mítico, en una rama a tres metros de sus embaucadores. El pájaro y los hombres se miran. Una especie toma fotos. La otra se limita a voltear la cabeza y parpadear con sus ojos enormes. Luego el búho se va, seguido por los humanos después de unas cuantas notas, y dejan a Patricia Westerford con la duda de si está despierta o dormida.

Tres semanas más tarde, cerca de allí, se dedica a arrancar plantas invasivas. Los serpollos de ailanto, gruesos y peludos, le dejan olor a café y mantequilla de cacahuete en los dedos. Mientras trepa a buen ritmo por un camino zigzagueante, se topa de nuevo con los dos investigadores. Se encuentran varios metros más arriba, arrodillados junto a un árbol caído. Antes de poder escabullirse, la ven y la saludan con la mano. Como no tiene escapatoria, devuelve el saludo y se acerca a ellos. El de más edad está en el suelo, de costado, introduciendo diminutas criaturas en unos botes.

—¿Escarabajos ambrosiales? —Las dos cabezas se vuelven hacia ella con sorpresa. Árboles muertos: fueron su pasión durante una época, no puede evitarlo—. Cuando estudiaba en la facultad, el profesor nos contó que los troncos muertos no eran más que obstáculos y focos de incendio.

El hombre del suelo la mira.

—Mi profesor decía lo mismo.

—Hay que limpiarlos para mejorar la salud del bosque.

—Hay que quemarlos por seguridad e higiene. Sobre todo, hay que mantenerlos alejados de los cauces.

—Hay que establecer las reglas y procurar que los lugares estancados sean

de nuevo productivos.

Los tres se ríen por lo bajo. Pero la risa es como presionar una herida. «Mejorar la salud del bosque.» Como si los bosques hubieran esperado cuatrocientos millones de años a que nosotros, los recién llegados, viniéramos a curarlos. La ciencia al servicio de la ceguera obstinada: ¿cómo puede tanta gente inteligente haber obviado lo evidente? No hay más que echar un vistazo para ver que los troncos muertos contienen mucha más vida que los vivos. Pero nunca se le da mucha ventaja a los sentidos frente al poder de la doctrina.

—Bueno —dice el hombre del suelo—. Ahora me estoy vengando de ese viejo cabrón.

Patricia sonrío, la esperanza traspasa su dolor como una brisa atraviesa la lluvia.

—¿Qué estáis estudiando?

—Hongos, artrópodos, reptiles, anfibios, pequeños mamíferos, excrementos de insectos, telarañas, madrigueras, suelo... Toda la actividad que haya en un tronco caído.

—¿Y cuánto tiempo lleváis con esto?

Los hombres cruzan la mirada. El más joven agarra otro bote.

—Seis años.

Seis años en un ámbito donde la mayoría de los estudios duran unos cuantos meses.

—¿Y de dónde demonios sacáis la financiación para un estudio tan largo?

—Tenemos previsto estudiar este tronco concreto hasta que desaparezca.

Ella vuelve a reírse, esta vez sin disimulo. Un tronco de cedro en el suelo húmedo del bosque: los tataranietos de sus estudiantes tendrán que acabar el proyecto. Durante su ausencia, la ciencia se ha vuelto loca, tal y como siempre pensó que sucedería.

—Desapareceréis vosotros antes.

El hombre que está en el suelo se incorpora.

—Eso es lo mejor de estudiar el bosque. ¡Te mueres antes de que el futuro pueda culparte de estar pasando por alto algo obvio! —La mira como si ella también mereciera ser estudiada—. ¿Doctora Westerford?

Ella parpadea, tan perpleja como un búho. Luego recuerda la placa de su uniforme: cualquiera puede leer su nombre. Pero ¿lo de doctora? Eso solo consta en su enterrado pasado.

—Lo siento —dice ella—. No recuerdo que nos conociéramos.

—¡No nos conocemos! Te oí hablar hace años. Una conferencia sobre estudios forestales, en Columbus. Señalización aérea. Me impresionó tanto que mandé imprimir tu artículo por separado.

«No fui yo —tiene ganas de decir—. Se trataba de otra persona. Alguien que ya está muerta y enterrada en algún lugar.»

—Te trataron muy mal.

Ella se encoge de hombros. El científico más joven la mira fijamente, como un niño durante una visita al Instituto Smithsonian.

—Pero sabía que al final te harían justicia. —El desconcierto de la mujer habla por sí solo: por eso lleva el uniforme de guarda forestal—. Patricia, soy Henry. Este es Jason. Ven a visitar nuestro centro de investigación. —Su voz es suave pero apremiante, como si algo estuviera en juego—. Te gustará ver el trabajo de nuestro equipo. Descubrirás cuánto ha avanzado tu investigación desde que te fuiste.

A finales de la década, la doctora Westerford realiza el descubrimiento más sorprendente de todos: es capaz de amar a sus compañeros. No a todos, pero sí, con empuje y un agradecimiento duradero y verde, a los treinta y tantos profesionales que la acogen y le dan un hogar en el Centro de Investigación Dreier del Bosque Experimental Franklin, en las Cascadas, donde pasa unos años más felices y productivos de lo que podía imaginar. Henry Fallows, el científico más veterano del grupo, le concede una beca. Otros dos grupos investigadores de Corvallis la contratan. El dinero es muy justo, pero le facilitan un remolque mohoso en el Gueto del Prado y el acceso al laboratorio móvil, con todos los reactivos y pipetas que necesita. Las letrinas y las duchas comunitarias son lujos escandalosos comparados con la esponja y la palangana que utilizaba en el porche de su antigua cabaña. También hay comida cocinada en el comedor comunitario, aunque algunos días está tan inmersa en el trabajo que alguien debe avisarla a la hora de comer.

Su reputación, como la de la hija de Deméter, emerge del inframundo. Un puñado de revistas científicas defiende su trabajo original sobre las señales aéreas. Los jóvenes investigadores hallan pruebas fehacientes de ello en numerosas especies. Acacias que alertan a otras acacias de la presencia de jirafas. Sauces, chopos, alisos: a todos los descubren avisándose entre ellos de las invasiones de insectos a través del aire. Su reincorporación no supone diferencia alguna; sigue sin importarle demasiado lo que sucede fuera del

bosque. El mundo que necesita está aquí, bajo el dosel arbóreo: la biomasa más densa de la Tierra. Riachuelos escarpados y metálicos donde los salmones desovan fluyen entre rocas tambaleantes, con unas aguas tan frías que aniquilan cualquier dolor. Las cascadas, cargadas de ramas muertas, destellan en las peñas convertidas en jade por el musgo. En los claros dispersos entre la maleza se esconden congregaciones secretas de bayas salmón, bayas de saúco, arándanos, bayas de nieve, garrotes del diablo, rocío oceánico y gayubas. Por encima de todos ellos, un gran monolito recto de quince pisos de altura y tan ancho como un coche sostiene el techo. Alrededor de Patricia, el aire resuena con el ruido de la vida. El trino agudo de los chochines hiemales invisibles. El martilleo industrial de los pájaros carpinteros. El zumbido de las currucas. El aleteo de los tordos. Los pitidos dispersos de los urogallos por el suelo del bosque. De noche, el frío ululato de los búhos le hiela la sangre. Y, siempre, la canción de eternidad de las ranas arborícolas.

A través de este edén, los sorprendentes descubrimientos de sus colegas confirman sus sospechas. Una observación lenta y prolongada deja en ridículo la concepción que la gente tiene de los árboles. En pocas palabras: el fértil suelo marrón —compuesto por microbios e invertebrados en su mayoría desconocidos, tal vez pertenecientes a un millón de especies distintas— dirige la descomposición y vuelve a construir sobre la materia muerta de un modo que ahora se está empezando a descubrir. Para ella resulta emocionante compartir almuerzos, risas y datos, una red vertiginosa de intercambio de descubrimientos. Todo el grupo observa. Ornitólogos, geólogos, microbiólogos, ecólogos, zoólogos evolutivos, expertos en suelos, gurús del agua. Cada uno de ellos conoce innumerables verdades ínfimas y localizadas. Algunos trabajan en proyectos diseñados para durar doscientos años o más. Algunos han salido directamente de Ovidio, humanos en vías de convertirse en seres más verdes. Juntos forman una gran asociación simbiótica, como las que ellos mismos estudian.

Resulta que los millones de bucles invisibles del bosque templado necesitan todo tipo de intermediarios de la muerte para mantener en marcha los circuitos. Si se limpia este sistema, los innumerables pozos que se autoabastecen se quedan secos. Este evangelio de nueva silvicultura viene confirmado por los descubrimientos más maravillosos. Barbas de líquenes que crecen a gran altura, solo en los árboles más antiguos, y devuelven al aire el nitrógeno esencial para el sistema vivo. Ratones subterráneos que se

alimentan de trufas y esparcen las esporas de la *Amanita virosa* por el suelo del bosque. Hongos que se fusionan con las raíces de los árboles en relaciones tan estrechas que es difícil saber dónde acaba un organismo y dónde empieza otro. Coníferas gigantes que generan raíces adventicias en el dosel capaces de alimentarse de la materia acumulada en los recodos de las ramas.

Patricia se entrega a los abetos de Douglas. Rectos como flechas, sin afilar, capaces de crecer treinta metros antes de la primera rama. Son ecosistemas en sí mismos que albergan más de mil especies de invertebrados. Fabricante de ciudades, rey de los árboles industriales, un árbol sin el cual América sería un adversario muy distinto. Sus ejemplares favoritos crecen cerca del centro de investigación. Los reconoce con la ayuda de una linterna en la cabeza. El mayor debe de tener seis siglos. Es tan alto, está tan cerca de los límites impuestos por la gravedad, que necesita un día y medio para llevar el agua desde las raíces hasta las más altas de sus sesenta y cinco millones de agujas. Y cada rama huele a liberación.

Los procesos que observa en los abetos de Douglas a lo largo de estos años le provocan mucha felicidad. Cuando las raíces laterales de dos abetos de Douglas se topan bajo tierra, se fusionan. A través de esos nudos autoinjertados, los dos árboles unen sus sistemas vasculares y se convierten en uno. Enlazados bajo tierra por miles de kilómetros de filamentos micélicos vivientes, sus árboles se alimentan y se curan unos a otros, mantienen con vida a los más jóvenes y a los enfermos, ponen en común sus recursos y los metabolizan en reservas comunitarias... Harán falta años para vislumbrar una imagen completa. Se producirán descubrimientos, se confirmarán verdades increíbles mediante una red mundial de investigadores en Canadá, Europa y Asia que intercambiarán datos con facilidad a través de canales más rápidos y mejores. Los árboles de Patricia son más sociales incluso de lo que ella sospechaba. No hay individualidad. No hay siquiera especies separadas. En el bosque todo es bosque. La competición no puede disociarse de los infinitos sabores de la cooperación. Los árboles no luchan más entre ellos que las hojas de un mismo árbol entre sí. Después de todo, parece que la mayor parte de la naturaleza no compite de una forma tan sangrienta. Para empezar, las especies de la base de la pirámide carecen de uñas y dientes. Y si los árboles comparten sus almacenes, cada gota roja flota en un mar verde.

Los hombres quieren que regrese a Corvallis para dar clase.

—No soy lo bastante buena. Todavía no sé nada.

—¡Eso no nos detendrá!

Pero Henry Fallows le dice que se lo piense.

—Ya hablaremos cuando estés preparada.

* * *

El director del centro de investigación, Dennis Ward, se pasa de vez en cuando con pequeños regalos. Nidos de avispa. Agallas de insectos. Hermosas piedras pulidas por los arroyos. A Patricia ese acuerdo permanente le recuerda al que tenía con la rata que vivía con ella en la cabaña de guarda forestal. Visitas regulares, rápidas y tímidas, e intercambios de baratijas sin valor, seguidos de días sin aparecer. Y, del mismo modo que le cogió afecto a su inquilino roedor, también le toma cariño a este hombre amable de movimientos lentos.

Una noche, Dennis le lleva la cena. Es una cena con productos del bosque. Guiso de setas y avellanas acompañado de pan cocido en el fuego de una hoguera. La conversación no es muy elevada. Rara vez lo es, cosa que ella agradece.

—¿Cómo están los árboles? —pregunta él, como siempre.

Ella le cuenta lo que puede, salvo los datos bioquímicos.

—¿Un paseo? —pregunta el hombre cuando terminan de lavar los platos en un balde de aguas grises.

Una de sus preguntas predilectas, a la que ella siempre contesta:

—¡Claro que sí!

Dennis es unos diez años mayor que ella. Patricia no sabe nada de él y tampoco pregunta. Solo hablan de trabajo: la lenta investigación sobre las raíces de los abetos de Douglas —por parte de ella— y la tarea imposible de reunir a los científicos y conseguir que sigan las más mínimas reglas —por parte de él—. Ella misma ya avanza hacia el otoño de la vida. Con cuarenta y seis años, es mayor que su padre cuando murió. Todas sus flores hace tiempo que se marchitaron. Sin embargo, ahí está la abeja.

No llegan muy lejos, no pueden. El claro es pequeño y los caminos están demasiado oscuros. Pero no necesitan avanzar mucho para estar en el núcleo

de todo lo que ella ama. Allí fuera, entre la podredumbre, la descomposición, los tocones y la prolífica muerte que los rodea, un verde terrible se alza y avanza en todas direcciones con sus espirales transformadoras.

—Eres una mujer feliz —dice Dennis, en un punto de esa gran cuenca entre la pregunta y la afirmación.

—Ahora sí.

—Les caes bien a todos los que trabajan aquí. Eso es extraordinario.

—Es fácil caer bien cuando te tomas las plantas en serio.

Pero a ella también le gusta Dennis. Con sus movimientos sobrios y su abundante silencio, difumina la línea entre esas moléculas tan idénticas, las de la clorofila y la hemoglobina.

—Eres autosuficiente. Como tus árboles.

—Esa es la cuestión, Dennis. Los árboles no son autosuficientes. Aquí fuera todo está relacionado entre sí.

—Eso es lo que creo. —Ella se echa a reír ante la inocencia de su respuesta—. Pero tú tienes tus rutinas, tienes tu trabajo. Eso te mantiene ocupada todo el tiempo.

Patricia no dice nada, ahora está asustada. En el umbral de la mediana edad, tan apacible, de pronto esta emboscada.

Él nota que ella aprieta el puño; en el transcurso de varios ululatos, no añade una sílaba más. Luego, continúa:

—La cosa es esa: me gusta cocinar para ti.

Ella suspira profundamente y se abandona a los acontecimientos.

—A mí me gusta que cocinen para mí.

Pero todo es mucho menos espantoso de lo que ella suponía. Mucho más ligero. Dennis pregunta:

—¿Y si continuáramos cada uno en su sitio... y solo nos visitáramos de cuando en cuando?

—Eso... estaría bien.

—Cada uno con su trabajo. Vernos para cenar. ¡Como ahora! —Parece sorprendido al establecer la conexión entre su alocada propuesta y lo que sucede en la actualidad.

—Vale. —Patricia no se cree que la suerte dure tanto.

—Pero quiero firmar los papeles. —Echa un vistazo por un claro entre los abetos, por donde es innegable que el sol ha empezado a ponerse—. Porque así, cuando yo me muera, tendrás derecho a una pensión.

Ella le agarra la temblorosa mano en la oscuridad. Es una buena

sensación, parecida a la que debe sentir una raíz cuando encuentra, después de siglos, otra raíz con la que entrelazarse bajo tierra. Hay cientos de miles de especies de amor, inventadas por separado, cada una más ingeniosa que la anterior, y todas siguen actuando.

Olivia Vandergriff



La nieve llega a la altura del muslo y la marcha es lenta. Atraviesa los montones como una bestia de carga, Olivia Vandergriff, de regreso a la casa de huéspedes al fondo del campus. Por fin ha terminado su última clase de Regresión Lineal y Modelos de Series Temporales. El carillón del patio da las cinco, pero, tan cerca del solsticio, la oscuridad rodea a Olivia como si fuera medianoche. Al respirar se le ha formado una costra en el labio superior, que se quita con la lengua. Al tragar, los cristales de hielo le forran la faringe. El frío se le mete por la nariz como un filamento metálico. Podría morir ahí mismo, a cinco manzanas de su casa. Se estremece solo de pensarlo.

Diciembre del último curso. El semestre está a punto de terminar. Podría tropezar ahora, caerse de bruces y aun así, rodaría hasta la línea de meta. ¿Qué queda? Un examen tipo test sobre análisis de supervivencia. Un trabajo final de Macroeconomía Intermedia. Ciento diez diapositivas identificativas de Obras de Arte del Mundo, su optativa de libre elección. Diez días más, un último semestre y habrá terminado para siempre.

Hace tres años pensaba que las ciencias actuariales eran lo mismo que la contabilidad. Cuando el orientador le dijo que consistían en calcular el precio y la probabilidad de determinados acontecimientos inciertos, esa combinación entre rigor y morbo le hizo exclamar: «¡Sí, por favor!». Si la vida requería un compromiso servil para alcanzar un fin, había cosas peores que calcular el valor en efectivo de la muerte. Ser una de las tres mujeres del programa también aumentaba la emoción. Un aliciente para desafiar lo imposible.

Pero el aliciente hace tiempo que desapareció. Ha hecho tres veces el examen nacional preliminar de la Sociedad de Actuariales y siempre lo ha

suspendido. Parte del problema es la actitud. Parte es el sexo, las drogas y las fiestas hasta el amanecer. Se graduará, todavía es capaz. Si no, probará con las oportunidades que le ofrezca el desastre. El desastre es un número más, tal y como lo demuestra la ciencia y como Olivia les asegura a sus amigos, que se preocupan en exceso.

Gira para tomar la calle Cedro en la penumbra. Otros estudiantes, mientras tropiezan bajo el peso de sus mochilas, han trazado caminos en la nieve siguiendo rastros poco fiables. Bajo los montones de nieve, la acera agrietada se eleva, con las ondas sísmicas más lentas del mundo, sobre las raíces abultadas de los árboles. Ella levanta la vista. A pesar de que no echará de menos este páramo de paletos, le encantan las farolas. Sus esferas color crema de finales del XIX parecen velas inmóviles. Iluminan un camino suave entre residencias de estudiantes hasta la suya, de estilo gótico americano e inconexo, que antaño fue la mansión de un cirujano y que ahora está dividida en cuchitriles privados con cinco escaleras de incendios independientes y ocho buzones.

Junto a una farola, delante de su casa, hay un árbol singular que una vez cubrió la tierra: un fósil viviente, uno de los seres más antiguos y extraños que alguna vez aprendieron el secreto del bosque. Un árbol con un esperma que debe nadar en gotitas para fertilizar el óvulo. Sus hojas varían tanto como los rostros de los humanos. Sus ramas, con la luz de la farola, poseen ese perfil extraordinario, revestido de espuelas, que le otorga un halo inolvidable, incluso en invierno. Olivia lleva viviendo un semestre entero bajo un árbol y ni siquiera es consciente de su presencia. Esta noche pasa una vez más por delante de él sin verlo.

Sube los escalones nevados hasta un portal lleno de bicicletas. Al entrar, cierra la puerta, pero el aire helado sigue colándose entre las juntas. El interruptor le hace burla desde el otro lado del vestíbulo. En los seis escalones de la cueva negra, Olivia se araña el tobillo con el cambio de una bici. Sus improperios se oyen por toda la escalera. Lleva todo el semestre quejándose de las bicicletas en las reuniones de compañeros. Pero aquí siguen, a pesar de las votaciones de los residentes, de su tobillo congelado, magullado y manchado de grasa, y de su colérico sentido de la justicia mientras grita «Mierda, mierda, mierda».

Da igual. Cinco mesecitos más y empezará la vida. Aunque deba mudarse a un mísero apartamento de alquiler sin agua caliente sobre la cafetería donde trabajará como camarera, todos los delitos y fechorías venideros serán suyos

y nada más que suyos.

Alguien se burla desde arriba.

—¿Todo bien?

Risitas reprimidas se filtran desde la cocina. Sus compañeros se mofan de su mal humor rutinario.

—Todo bien —balbucea.

Hogar. Doce de diciembre de 1989. La caída del muro de Berlín. Desde el Báltico hasta los Balcanes, millones de personas oprimidas toman las calles invernales. Su tobillo arañado deja un rastro de sangre por el vestíbulo. ¿Y qué? Se inclina para ponerse un clínex seco en la herida y detener la hemorragia. Cómo escuece.

Una tanda de abrazos la espera arriba: dos rutinarios, uno guasón, uno frío y uno abatido por el deseo frustrado durante medio año. Aunque odia los interminables abrazos gratuitos de sus compañeros, los devuelve con amabilidad. El grupo coincidió la primavera anterior en una orgía de entusiasmo mutuo. A finales de septiembre, el festival de amor comunal dio lugar a la recriminación cotidiana. «¿De quién son los pelos de mi maquinilla de afeitar? Alguien me ha robado la hierba que dejé en el congelador. ¿Quién coño ha tirado a la basura el pavo que quedaba?» Pero una chica puede hacer lo que quiera cuando la línea de meta está a la vista.

La cocina huele a gloria, aunque nadie la invita a cenar. Mira en la nevera. Las perspectivas son desalentadoras. Lleva diez horas sin comer nada, pero decide aguantar un poco más. Si logra esperar hasta después de su fiesta privada, comer será como bailar con los semidioses.

—Hoy he conseguido el divorcio —anuncia.

Vítores sueltos y aplausos.

—Demasiado has tardado —dice la menos favorita de sus antiguas almas gemelas.

—Pues sí. El divorcio ha llevado más tiempo que lo que estuve casada.

—No te cambies el apellido. Este es mucho mejor.

—Pero ¿qué esperabas al casarte?

—Ese tobillo tiene mala pinta. Al menos deberías limpiarte la grasa. —
Otra ronda de risitas ahogadas.

—Yo también os quiero, chicos.

Olivia roba una botella de cerveza oscura —lo único de la nevera que no

está rancio— y se la lleva a escondidas a su habitación en el desván. Allí, en la cama, se bebe de un trago el contenido sin levantar la cabeza. Un talento adquirido. La grasa y la sangre de la herida manchan la colcha.

Davy y ella se vieron en el juzgado por última vez esa misma tarde, en el hueco entre las clases de Economía y de Análisis Lineal. Ahora ya han terminado, pero la sentencia final no tiene poder para entristecerla. Claro que tiene remordimientos. Atar su vida a la de otra persona —un capricho de primavera durante su segundo año de carrera— parecía algo pleno, radical e inocente. Los padres de ambos montaron en cólera a causa de su insensatez y el enfado les duró dos años. Sus amigos nunca lo entendieron. Pero ella y Davy estaban decididos a demostrar que todos se equivocaban.

Se querían a su manera, aunque esa manera consistía sobre todo en colocarse, leer en voz alta a Rumi y echar polvos con desenfreno. Pero el matrimonio los volvió dominantes. Después de una tercera actuación del hombre lobo en la casa de los horrores, donde ella terminó con el quinto metacarpo fracturado, alguien tenía que acabar con la situación y echar el candado. No había propiedades sobre las que hablar ni niños, salvo ellos dos. El divorcio podría haber durado un día y medio, pero tardó más de diez meses por culpa del ansia nostálgica de ambos litigantes.

Olivia coloca la cerveza vacía sobre el radiador, junto a los demás reclutas muertos, y hurga en el nido de porquería que hay junto a su cama hasta que encuentra el reproductor de CD. El divorcio requiere un funeral. El matrimonio fue su aventura y tiene que conmemorarlo. Davy se quedó con el libro de Rumi, pero ella aún conserva un montón de música trance y de hierba para convertir los lamentos en las risas que necesita para hoy. Está pendiente lo de Análisis Lineal, claro, pero para eso faltan tres días, y ella siempre estudia mejor con un poco de relax.

Hace dos años, por mucho que estuviera inmersa en el entusiasmo inicial, debió plantearse si mentir tres veces durante las dos primeras horas de relación era buena señal. Mientras paseaban bajo los cerezos en flor por el arboreto del campus, ella profesó un ferviente amor por todo lo que florece, lo cual tenía cierto aire de verdad, al menos por entonces. Le contó que su padre era abogado de derechos humanos, que no era del todo falso, y que su madre era escritora, una auténtica trola basada en un escenario plausible. No se avergüenza de sus padres. De hecho, una vez la expulsaron de primaria por

pegar a una niña que llamó «fofo» a su padre. Pero en el mundo de las historias complacientes —su terreno favorito— los padres de Olivia son mucho menos de lo que deberían ser. Por eso los retocó un poco para el hombre con el que decidió pasar el resto de su vida.

Davy también mintió. Afirmó que no necesitaba graduarse, que había sacado tan buena nota en el examen de oposición para funcionario público que el Departamento de Estado le había ofrecido un trabajo. La mentirijilla era lo bastante escandalosa como para resultar incluso tierna. Olivia sentía debilidad por los soñadores. Más tarde, bajo la nieve de pétalos de cerezo, él le mostró su cajita metálica victoriana de cera para bigote con seis balas de hierba en el interior. Ella nunca había visto nada parecido, salvo en las películas antidroga del instituto. Enseguida se vendió al arte refinado de volar en ala delta sobre el bullicioso planeta. Así comenzó su idilio aún vigente con un don que todavía le proporcionaba cosas buenas, un idilio que, a diferencia del que mantuvo con Davy, duraría para siempre, estaba convencida.

Prepara el CD de música trance, se sienta en su adorado alféizar, abre la ventana hacia la noche helada y exhala el humo hacia la trampa mortal de la escalera de incendios. Suena el teléfono, pero no lo coge. Será uno de los tres hombres a los que no puede seguir engañando con su logística. No tiene contestador. ¿Quién querría tener un aparato que te hace responsable de devolver las llamadas? Cuenta los timbres, una especie de meditación. Una docena de veces en el transcurso de dos bocanadas de humo hacia el exterior congelado. La insistencia desquiciada reduce las opciones, hasta que se da cuenta de que solo puede ser su ex tratando de controlarla y de señalar la fecha con una última pelea de amantes.

* * *

El despertar psicosociosexual de la pequeña Olivia: una educación mucho mejor de la que esperaba recibir cuando llegó a la ciudad. Vino al campus hace tres años con un osito de peluche, un secador de pelo, una máquina de palomitas y una carta de recomendación del instituto para el equipo de voleibol. La próxima primavera tiene intención de marcharse con un expediente cubierto de cráteres, dos pendientes en la lengua, un tatuaje abigarrado en la escápula y un álbum de viajes mentales que jamás imaginó.

Aún es una buena chica, más o menos. El plan consiste en seguir siendo semimala durante un par de meses. Luego se enderezará, volará en línea recta y se dirigirá al oeste, donde van todos los descarriados. Una vez allí, sea donde sea, tendrá tiempo de sobra para averiguar cómo enmendar su expediente chapucero. Cuando le interesa, puede llegar a ser ingeniosa. Y, con un poco de mano izquierda, sabe cómo parecer más que mona. Están sucediendo muchas cosas, el mundo se está resquebrajando. Podría probar suerte en Berlín, ahora que el futuro apunta en esa dirección. Vilna. Varsovia. Algún lugar donde las reglas se hayan dictado desde cero.

La música le bombardea los deltoides y sumerge su cerebro en un vaivén adulto y perezoso. Bajo su piel se establece una colonia de arañas. Al ponerse la mano en el muslo, la presión sigue avanzando hacia el horizonte de las ideas. Enseguida llegan las hermosas intuiciones que se conectan entre sí ante sus ojos y convierten el lío de la historia humana en algo adorable y manifiesto. El universo es grande, y ella tiene permiso para volar a su alrededor durante un rato a través de las galaxias próximas y eliminar cosas por diversión, siempre y cuando no abuse de su poder ni haga daño a nadie. Le encanta este viaje.

En ese momento comienzan las melodías, las internas. Apaga el reproductor de CD y trata de averiguar cómo cruzar el océano de su habitación. Cuando se pone de pie, la cabeza sigue elevándose en línea recta hacia una nueva capa de la existencia. La risa la propulsa, la ayuda a mantener el equilibrio, y navega por el suelo de madera, con las tetas brillando como perlas preciosas. Al cabo de un rato, llega a su destino y se queda quieta unos instantes, tratando de recordar el motivo de su traslado. Es difícil oír algo bajo las mágicas melodías de su propia invención.

Se sienta junto al escritorio de madera aglomerada y busca en su cuaderno de canciones. La notación musical auténtica le resulta una escritura bastante secreta, pero ha desarrollado un sistema propio para guardar las melodías que le vienen en estos momentos de evasión. El color de las líneas, su espesor y ubicación codifican el registro de las melodías recibidas. Y al día siguiente, cuando el rumor desaparece y mira las anotaciones, vuelve a oír la música. Como darle una calada a un porro, pero gratis.

La melodía de esta noche la apoltrona en la silla mientras una banda de instrumentos desconocidos interpretan la canción que los ángeles tocarán para Dios la noche que Él decida llevar a todo el mundo a casa. Es el mejor sonido interior que ha producido jamás, quizá lo mejor que haya hecho en

toda su vida. Comienza a llorar y le dan ganas de llamar a sus padres. Le dan ganas de bajar a la sala común y abrazar a sus compañeros, esta vez de corazón. La música dice: *No sabes cuánto brillo desprendes. Dice: Algo te está esperando, el objeto limpio y perfecto que siempre deseaste desde la infancia.* Luego ese éxtasis sagrado se vuelve ridículo y Olivia se echa a reír, casi enloquecida, ante su alma destrozada.

Pero la melodía y el éxtasis le dejan en el cuerpo una sensación de hormigueo. La idea de una ducha caliente se vuelve apremiante. Su baño improvisado, insertado en el mismo desván donde se encuentra la habitación, luce una capa de escarcha en la pared norte. El truco está en abrir el grifo del agua caliente antes de desnudarse. Cuando se mete en la rudimentaria ducha, está muerta de hambre y el aire del baño es un estampado de cachemir de fuego y hielo. Baja la vista. El suelo está cubierto de espuma sangrienta. Grita. Entonces recuerda que se cortó el tobillo. Mientras se enjabona la herida abierta, le entra de nuevo la risa. Los humanos son tan frágiles. ¿Cómo han conseguido vivir tanto tiempo y provocar tanta mierda?

La herida pica de cojones. El corte es dentado y desagradable. Si se le queda una cicatriz, se la tatará con otro tatuaje, algún tipo de tobillera, tal vez. Se extiende el jabón por las piernas. La tersura de su piel es el mejor regalo de divorcio que podría pedir una chica. Cada caricia es eléctrica. Su cuerpo se anima en busca de satisfacción.

Alguien llama a la puerta con ímpetu.

—¿Estás bien?

Le cuesta un poco recuperar la voz.

—Vete, por favor.

—Has gritado.

—Ya no grito, ¡gracias!

Vuelve a materializarse en la habitación. Su cuerpo, ahora envuelto en toalla y vapor, irradia deseo. Incluso el aire gélido la golpea como un juguete sexual. El mundo no ofrece nada mejor que alcanzar por una misma la cima del éxtasis. Deja caer la toalla y se echa en la cama. El descenso hacia las mantas dura una eternidad y cada vez es más placentero. Estira el brazo por debajo de la pantalla de la lámpara de pie para apagarla y sumergirse en una deliciosa oscuridad. Pero en cuanto la mano húmeda tantea en busca del interruptor, el cable enganchado a la precaria toma eléctrica descarga toda la corriente de la casa en el brazo de Olivia hasta el resto de su cuerpo. Sus músculos se sacuden como en un experimento científico y le cierran la mano

alrededor de la electricidad que la está matando.

Se queda allí desnuda, húmeda, convulsionante, con la mano serpenteante en el aire mientras trata de emitir la palabra *socorro* desde el fondo de los pulmones a través de una boca rígida por el voltaje. Consigue lanzar un ambiguo gemido antes de que se le pare el corazón. Abajo, sus compañeros oyen el grito, el segundo de la noche. Se ruborizan con ese sonido tan crudo e íntimo.

—Olivia —dice uno con una sonrisilla.

—Ni se te ocurra preguntar.

Toda la casa se oscurece en el momento en que ella muere.

Tronco

Un hombre está sentado en la celda de una cárcel de seguridad media. Los árboles lo han depositado allí. Los árboles y su desmesurado amor por ellos. Aún no es capaz de afirmar que estuviera equivocado o que su elección volviera a ser errónea. El único texto capaz de responder a esa pregunta se extiende, ilegible, bajo sus manos.

Sus dedos siguen el curso de las vetas de la madera sobre la mesa. Trata de comprender cómo esos bucles salvajes fueron una vez simples anillos. Algún misterio en el ángulo del corte, el lugar del plano dentro de los cilindros anidados. Si su cerebro fuera ligeramente diferente, el problema sería fácil. Si él mismo hubiera crecido de otro modo, sería capaz de ver.

El grano oscila en bandas irregulares bajo sus dedos; claro y ancho, oscuro y estrecho. Le sorprende darse cuenta ahora, después de toda una vida mirando la madera: está viendo las estaciones, el péndulo de los años, el estallido de la primavera y el retraimiento del otoño, el latido de una canción de dos por cuatro grabada allí mismo, en un medio creado por la propia melodía. El grano se pasea como las crestas y barrancos de un mapa topográfico. Lo claro avanza, lo oscuro se retrae. Por un momento, los anillos se muestran en el corte oblicuo. Puede cartografiarlos, proyectar sus historias en el plano de la madera. Y aun así, es un analfabeto. Se ensancha en los años buenos —eso seguro— y se estrecha en los malos. Nada más.

Si pudiera leer, si pudiera traducir... Si fuera una criatura ligeramente distinta, aprendería cómo brilló el sol, cómo llovió y de qué lado el viento azotó el tronco, con qué fuerza y durante cuánto tiempo. Decodificaría los amplios proyectos que el suelo estableció, las heladas asesinas, el sufrimiento y la lucha, los déficits y excesos, los ataques rechazados, los años de lujos, las tormentas superadas, la suma de todas las amenazas y oportunidades que llegaron de todas direcciones, en todas las estaciones que este árbol vivió.

Mueve el dedo por la mesa de la cárcel tratando de aprender ese guion extraterrestre, transcribiéndolo como un monje en un scriptorium. Traza las vetas y piensa en todo lo que este almanaque antiguo e ilegible podría decir, todo lo que la memoriosa madera podría contarle, en ese lugar donde él está

ahora retenido, sin estaciones posibles y con un clima constante.

Permanece muerta durante un minuto y diez segundos. Sin pulso, sin respiración. Después, el cuerpo de Olivia, al separarse de la lámpara cuando saltan los fusibles, se derrama por el borde de la cama y cae al suelo. El golpe le reanima el corazón.

Desnuda y en coma sobre el suelo de pino: así la encuentra su exmarido cuando acude con la esperanza de una pelea encarnizada seguida de sexo reconciliador. La lleva a toda prisa al hospital universitario, donde recupera el conocimiento. Aún está mareada. Tiene las costillas amoratadas, la mano quemada y el tobillo lacerado. El médico quiere un relato completo de lo sucedido, pero ella no puede dárselo.

El exmarido, irresponsable y afligido, la deja en manos del médico. El especialista quiere realizar una valoración neurológica. Necesitan hacerle un escáner. Pero Olivia huye cuando nadie la ve. Es un hospital universitario y todo el mundo está ocupado. Sale como si nada por el vestíbulo, la viva imagen de la salud. ¿Quién va a detenerla? Se dirige hacia la residencia y se encierra en la habitación. Sus compañeros suben al desván para ver cómo está, pero se niega a abrir. Permanece escondida durante dos días. Cada vez que alguien llama a la puerta, la voz de dentro grita: «¡Estoy bien!». Sus compañeros no saben a quién llamar. Desde detrás de la puerta no se oye nada más que un movimiento amortiguado.

Olivia duerme y permanece quieta, se agarra las costillas heridas y trata de recordar lo que pasó. Estaba muerta. Durante esos segundos en los que carecía de pulso, unas siluetas grandes y poderosas, aunque desesperadas, la llamaban con gestos. Le mostraban algo, le suplicaban. Pero en el momento en que regresó a la vida, todo se desvaneció.

Encuentra su cuaderno de canciones debajo de la mesa. Unas anotaciones de colores recrean la melodía de su cabeza justo antes de que se electrocutara. A través de esa melodía recupera gran parte del desastre. Se ve a sí misma dando vueltas por el desván convertido en habitación, adicta a su cuerpo. Es como observar a un animal de zoo en su jaula. Por primera vez, se da cuenta de que estar sola es una contradicción. Incluso en los momentos físicos más privados, algo nos une. Alguien le habló cuando estaba muerta. Usó su

cabeza como pantalla para proyectar unos pensamientos incorpóreos. Recuerda que atravesó un túnel triangular de colores estroboscópicos y llegó a un claro. Allí, aquellas presencias —no puede llamarlas de otro modo— le quitaron las vendas de los ojos y dejaron que mirara. Luego cayó de nuevo en la prisión de su cuerpo y ese panorama increíble desapareció por completo.

Piensa: «Quizá haya sufrido daños cerebrales». Ha de cerrar los ojos varias veces al cabo de una hora, mientras las palabras mueven sus labios enmudecidos. «Decidme qué pasó. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?» Tarda un rato en darse cuenta de que está rezando.

Se salta todos los exámenes finales. Llama a sus padres para decirles que no va a volver a casa por Navidad. Su padre al principio se siente desconcertado; más tarde, dolido. Lo normal es que ella hubiera reaccionado a gritos. Sin embargo, le explica lo sucedido: su fiesta de divorcio a solas, la electrocución. No tiene sentido esconderse. Algo la observa, unos centinelas enormes y con vida que la conocen.

Su padre parece perdido, igual que ella cuando se tumba en la cama por la noche, segura de que nunca recuperará lo que le mostraron cuando estuvo muerta. Ahora, *post mortem*, oye el miedo de su padre, unas corrientes subterráneas oscuras que jamás pensó que el abogado albergaría. Por primera vez desde que era pequeña, quiere consolarlo.

—Papá, la cagué. Llegué al límite. Necesito descansar.

—Ven a casa. Descansa aquí. No puedes estar sola en vacaciones.

Su voz es frágil. Siempre ha sido un extraterrestre para ella, un hombre de procedimientos en vez de pasiones. Ahora Olivia se pregunta si él también moriría una vez en el pasado.

Hablan más que nunca en los últimos años. Ella le cuenta lo que se siente al morir. Incluso intenta explicarle lo de las presencias que le mostraron cosas en el claro, aunque mide las palabras para no asustarlo. «Impulsos. Energía.» En dos ocasiones, el padre está a punto de coger el coche y recorrer los mil kilómetros que le separan de su hija. Ella lo disuade. Los setenta segundos de muerte le han conferido un extraño poder. Entre ellos todo se ha transformado, como si él fuera ahora el niño y ella, la tutora.

Olivia pide algo que nunca había pedido.

—Pásame con mamá. Quiero hablar con ella.

Incluso la furia de su madre debe ser entendida y suavizada. Al final de la

conversación, ambas lloran y se hacen promesas absurdas.

Está sola en la residencia desde Navidad hasta Año Nuevo. Tira todos los estupefacientes por el retrete. Llegan las notas: dos ceros, un tres y un cinco. Las cifras la distraen de aquello que trata de recordar. Pasan días enteros en los que apenas come. Una tormenta de hielo recubre la ciudad con una capa lapidaria y arranca las ramas de los robles y los arces. Olivia se sienta en la cama donde se le detuvo el corazón, con las rodillas en el pecho y el cuaderno de las canciones en el regazo. Se pone de pie y da varios pasos. Nota que la parte del suelo donde Davy la encontró aquella noche está cálida bajo sus pies descalzos. Está viva y no sabe por qué.

Se queda despierta por la noche mirando el techo, pensando que está muy cerca del único descubrimiento relevante. La vida le susurró instrucciones y ella se equivocó al no anotarlas. La oración se vuelve más fácil. «Estoy quieta. Escucho. ¿Qué queréis de mí?» En Nochevieja, se queda dormida a las diez. Dos horas más tarde, se despierta con disparos y se levanta de la cama, gritando. Entonces el reloj habla: fuegos artificiales. Han llegado los noventa.

Con el nuevo año regresan sus compañeros. La tratan como si estuviera enferma. Tienen miedo de ella, ahora que su mala leche ha desaparecido. Se queda en la cocina mientras los demás bromean y se emborrachan a su alrededor, e intenta ignorar al fantasma de la mesa. Le sorprende no haber notado jamás la tristeza y la angustia de sus compañeros. Aunque resulte increíble, aún creen en la seguridad. Viven como si pudieran mantenerse unidos con una cuña y un poco de cinta adhesiva. Ante sus ojos se han vuelto vulnerables e infinitamente más preciados.

El primer día del nuevo semestre, Olivia se sitúa al final de un auditorio, mientras un fabuloso conferenciante calcula las primas e indemnizaciones necesarias para que la aseguradora y el fallecido sientan que han ganado.

—La seguridad —afirma el conferenciante— es la columna vertebral de la civilización. Sin fondo común de riesgo no habría rascacielos, ni películas taquilleras, ni agricultura a gran escala, ni medicina organizada.

A su lado, el asiento vacío cruje. Se vuelve. Allí, a pocos centímetros de su cara, se encuentra el objeto de sus oraciones. Un cono de aire cargado se adentra en sus pensamientos. Han vuelto y la llaman con gestos. Quieren que se levante y abandone el auditorio. Hará lo que le pidan. Por los escalones de

piedra, con el abrigo puesto, cruza el patio principal. Sin pensar, rodea los edificios de aulas, la biblioteca y los dormitorios de los estudiantes nuevos atraída por las presencias. Durante un segundo, imagina que su destino es el cementerio de la guerra civil que se encuentra al sur del campus. Pero luego es evidente que se dirige hacia el aparcamiento donde está su coche.

Una vez en el coche, comprende que va a conducir durante un buen rato. Hace una parada en la residencia para recoger algunas cosas. Tres viajes a su habitación son suficientes para salvar todo lo que necesita. Amontona la ropa en el asiento trasero y se marcha.

El coche se abre camino por la autopista estatal. Enseguida atraviesa las praderas de juncos y los claros de robles del noroeste de la ciudad. Los rastros del pasado otoño motean los campos nevados. Conduce durante mucho tiempo obedeciendo a las presencias. Como una emisora de radio de otra ciudad, su señal oscila entre la nitidez y las interferencias. Ella se convierte en un instrumento de su voluntad.

Al otro lado del Maumee, el camino vira hacia el sudoeste. Una barrita de cereales de la guantera hace las veces de almuerzo. Lleva varios billetes en el monedero y una tarjeta de débito de una cuenta que contiene poco menos de dos mil dólares. En su mente no hay nada que se parezca a un plan. Pero recuerda lo que Jesús dijo de las flores y de no preocuparse por el mañana. Una vez las monjas hicieron que todos los alumnos memorizaran un pasaje de la Biblia; ella eligió ese para molestar a la profesora, obsesionada por el sentido de la responsabilidad. A Olivia le gustaba el Jesús que todos los cristianos americanos respetuosos de la ley y compradores de propiedades detestarían. El Jesús comunista, el que destrozaba los mercados, el amigo de los holgazanes. «Por tanto, no os preocupéis por el día de mañana; porque el día de mañana se cuidará de sí mismo.» Una ráfaga de remordimiento la atraviesa mientras conduce. «Me estoy perdiendo Estadística Inferencial.» Muy apropiado. Hasta ahora se lo ha perdido todo en la vida. Pero ahora las interferencias desaparecen y pronto sabrá.

Indiana y el atardecer aparecen antes de lo esperado. La oscuridad, ridículamente precoz, aún está cerca del solsticio. Se muere por comer de verdad y está tan cansada que no deja de rozar la banda de seguridad de los ventisqueros. Las presencias desaparecen durante media hora. Su confianza descende. Es difícil rezar y conducir al mismo tiempo. Ante ella se extienden los campos de maíz vacíos del auténtico Medio Oeste. No tiene ni idea de por qué está aquí. Entonces algo ocupa el asiento del copiloto y recupera el

ánimo para avanzar otros doscientos kilómetros.

En una ocasión Davy le dijo que el mejor sitio para dormir a la intemperie era en los aparcamientos de los supermercados. Encuentra uno sin esforzarse demasiado y deja el coche en una esquina bien iluminada y sin nieve, bajo una cámara de seguridad. Entra un momento a hacer pis y a comprar unos aperitivos y regresa al coche para acomodarse en el asiento trasero. Se queda dormida bajo tres montañas de ropa mientras reza, espera y escucha.

Indiana, 1990. Aquí, cinco años son una generación, cincuenta son arqueología y un periodo mayor roza la leyenda. Sin embargo, los lugares recuerdan lo que la gente olvida. El aparcamiento donde ahora duerme fue una vez un huerto de árboles plantados por un swedenborgiano amable y loco que se paseaba vestido con harapos y una gorra de lata mientras predicaba el nuevo paraíso y apagaba las fogatas para salvar a los bichos de la muerte. Un santo chiflado que practicaba la abstinencia y que suministró puré de manzana fermentable a cuatro estados, en cantidad suficiente como para que todos los pioneros desde los nueve hasta los noventa años se emborracharan durante décadas.

Ha seguido el camino de Johnny Appleseed hacia el interior. Olivia leyó algo sobre él una vez en un cómic que le dio su padre. El cómic lo pintaba como un superhéroe capaz de hacer que las cosas florecieran en el barro. No decía nada del filántropo con un sentido perspicaz de la propiedad ni del vagabundo que murió siendo propietario de quinientas hectáreas en la zona más rica del país. Olivia siempre creyó que solo era un mito. Todavía tiene que descubrir que los mitos son verdades básicas convertidas en recursos mnemotécnicos, instrucciones enviadas desde el pasado, recuerdos que aguardan para tornarse en predicciones.

Lo que sucede con las manzanas es que se pegan a la garganta. Va todo unido: codicia y comprensión. Inmortalidad y muerte. Pulpa dulce con semillas de cianuro. Es un estallido en la cabeza que engendra ciencias enteras. Una discordia dorada y deliciosa, uno de esos regalos depositados en un banquete de bodas que dan lugar a una guerra interminable. Es la fruta que mantiene a los dioses con vida. El primer delito, el peor, pero también una dádiva afortunada. *Bendita la hora en que esa manzana fue arrancada.*

Lo que sucede con las semillas de manzana es que son imprevisibles. Su descendencia puede ser cualquier cosa. Padres sobrios generan hijos rebeldes.

Lo dulce puede convertirse en ácido; lo amargo, en acaramelado. El único modo de preservar una variedad de sabor es hacer un injerto en el nuevo rizoma. A Olivia Vandergriff le sorprendería saber que todas las manzanas que tienen nombre proceden del mismo árbol. La jonathan, la macintosh, la empire: giros afortunados en la ruleta de la especie *Malus*.

Y una manzana con nombre es patentable, como diría el padre de Olivia. En una ocasión ambos discutieron por un caso que él defendía. Ayudaba a una multinacional que había denunciado a un agricultor por guardar semillas de soja del año anterior y replantarlas al año siguiente sin pagar derechos. Olivia estaba indignada.

—¡No se pueden poseer los derechos de los seres vivos!

—Claro que se puede. Y se debe. La protección de la propiedad intelectual genera riqueza.

—¿Y a las semillas de soja? ¿Quién les paga a ellas su propiedad intelectual?

Él la miró con gesto justiciero como pensando: «¿De quién eres hija?».

El hombre que poseía el aparcamiento donde ahora duerme —el nómada misionero de las manzanas con la gorra de latón— estaba seguro de que los injertos causaban un gran dolor al árbol. Sacó las semillas de manzana del molino de una sidrería y plantó un huerto con ellas un poco más al oeste. Y esas semillas llevaron a cabo sus propios experimentos imprevisibles y caprichosos. Como una magia arcana, el movimiento de la mano de aquel hombre transformó una franja de Pensilvania a Illinois en árboles frutales. Ella ha conducido por esa región durante todo el día. Ahora duerme en un aparcamiento que una vez fue un huerto lleno de manzanas imprevisibles. Los árboles han desaparecido; la ciudad olvida, pero la tierra no.

Se despierta temprano, entumecida por el frío, bajo una pila de ropa. El coche está lleno de seres de luz. Están por todas partes, con la misma belleza insoportable de la noche en que se le paró el corazón. Entran en su cuerpo, lo atraviesan. No la riñen por haber olvidado el mensaje que le dieron, simplemente se lo vuelven a infundir. La alegría que ella siente por este retorno se desborda, y comienza a llorar. No hablan en voz alta. Nada es tan rudimentario. No son ellos, sino una parte de ella; están emparentados con ella de un modo que aún no queda claro. Emisarios de la creación: cosas que ha visto y aprendido en este mundo, experiencias perdidas, pedazos de conocimiento ignorados, ramas familiares podadas que ella debe recuperar y reanimar. Morir la ha dotado de nuevos ojos.

Fuiste insignificante, murmuran. Pero ya no lo eres. Te has librado de la muerte para realizar algo de gran importancia.

«¿Y qué es?», quiere preguntar. Pero debe mantenerse quieta y en silencio.

El momento de la vida ya está aquí. Una prueba que la vida todavía no ha superado.

Olivia atraviesa la eternidad, bajo una pila de ropa, en el asiento trasero de un coche helado. Entidades incorpóreas del otro lado de la muerte se dan a conocer aquí, ahora, en el aparcamiento de este supermercado, y le piden ayuda. El sol emerge poco a poco de la tierra. Salen dos empleados del supermercado. Está amaneciendo y empujan un carro con un cartón tan grande como su coche. Los pensamientos de Olivia se centran en un punto. «Hablad. Decidme qué queréis que haga, y lo haré.» Un camión de mercancías, enfurecido, se dirige hacia la zona de carga y descarga. Con el ruido, los seres se dispersan. A Olivia le entra el pánico. No han terminado de transmitirle el encargo. Busca en su bolso algo con lo que escribir. En el reverso de una caja de pastillas para la tos, apunta «librado» y «prueba». Pero esas palabras no significan nada.

Ya sí que es por la mañana. Le va a estallar la vejiga. Al cabo de un momento, lo único que importa es hacer pis. Se baja del coche y cruza el aparcamiento en dirección al supermercado. Dentro, un hombre mayor la saluda como si fueran viejos amigos. La tienda es una muestra de bienestar y alegría. Las televisiones se alinean en la pared del fondo por tamaños, desde la panera hasta el monolito. Todas muestran el mismo entretenimiento matutino. Cientos de paracaidistas se unen en un servicio eclesiástico aéreo. Olivia salta cincuenta metros, a través del laberinto de pantallas, hacia el baño. Cuando por fin lo consigue, el alivio es celestial. Luego regresa la tristeza. «Solo una señal —suplica mientras se seca—. Solo decidme qué queréis de mí.»

De regreso al caos de las televisiones, la misa aérea da paso a otra reunión. Por toda la pared, en los diferentes aparatos, la gente está encadenada en una zanja delante de un *bulldozer*, en una pequeña localidad que el texto identifica como Solace, en California. Se produce un corte rápido y una docena de personas forman una cadena humana alrededor de un árbol al que apenas consiguen rodear. El árbol parece un efecto especial. El plano, incluso desde lejos, solo abarca la parte más baja del tronco gigante, que está manchado con pintura azul. Una voz narra el enfrentamiento. El árbol,

multiplicado en el muro de pantallas, deja a Olivia tan anonadada que el resto de los detalles le pasan desapercibidos. La imagen se corta y da paso a una mujer de unos cincuenta años con el pelo recogido, camisa de cuadros y ojos como faros que dice:

—Algunos de estos árboles estaban aquí desde antes de que naciera Jesucristo. Ya hemos arrancado el noventa y siete por ciento de ellos. ¿No podríamos hallar el modo de conservar el tres por ciento restante?

Olivia se queda helada. Las criaturas de luz que acudieron a ella por sorpresa en el coche vuelven a arremolinarse a su alrededor diciendo: *Esto, esto, esto*. Pero justo cuando se da cuenta de que debe prestar atención, el corte termina y aparecen nuevas imágenes. Se queda quieta viendo un debate sobre la legalidad o no de los lanzallamas, según la Segunda Enmienda. La luz empieza a desvanecerse. La revelación se desintegra en forma de electrodomésticos.

Aturdida, sale del enorme supermercado. Está hambrienta, pero no compra nada. Ni siquiera puede pensar en comer. Ya en el coche, sabe que debe seguir hacia el oeste. El sol se eleva a sus espaldas y abarca todo el espejo retrovisor. Los campos están cubiertos de una nieve rosada por el amanecer. A lo largo del cielo del oeste, unas nubes de peltre comienzan a aclararse y, por debajo de ellas, en algún lugar, yace el momento de la vida.

Necesita llamar a sus padres, pero no tiene ninguna intención de contarles lo que está pasando. Conduce durante otros ochenta kilómetros mientras intenta reconstruir lo que acaba de ver. En Indiana, las parcelas de tierra cultivada brillan amarillas, marrones y negras hasta el horizonte. La carretera está despejada, escasean los coches, por no hablar de las ciudades. Hace dos días, por una carretera como esta, habría conducido a ciento treinta. Hoy, avanza como si su vida tuviera algo de valor.

Cerca de la frontera de Illinois, alcanza la cima de un monte. Un poco más adelante, un paso a nivel parpadea. Un tren de mercancías, lento y largo, procedente del interior, avanza en dirección norte hacia la central de Gary y hacia Chicago. El fuerte traqueteo de las ruedas contra la intersección le deja un redoble de tambor en la cabeza. El tren es interminable; Olivia se acomoda. Los vagones desfilan con ruido seco, uno tras otro, cargados con palés de madera cortada. Un río sobre ruedas en forma de vigas corre sin fin. Comienza a contar los vagones, pero se detiene al llegar a sesenta. Nunca había visto tanta madera junta. Un mapa cobra vida en su cabeza: en este preciso instante hay trenes como este por todo el país, en todas direcciones,

alimentando el crecimiento de las metrópolis y sus satélites. Piensa: «Han organizado esto para mí». Y luego: «No, trenes como este circulan todo el tiempo». Pero ahora está preparada para ver.

Pasa el último de los vagones cargado de madera, se levanta la barrera y las luces rojas dejan de parpadear. Olivia no se mueve. Alguien toca el claxon. Sigue sin moverse. El del claxon insiste, la adelanta dando gritos y levanta el dedo corazón como intentando que prenda fuego. Ella cierra los ojos; a través de los párpados, unas personas pequeñas están encadenadas alrededor de un árbol gigante.

Los productos más asombrosos en cuatro mil millones de años necesitan ayuda.

Se echa a reír y abre los ojos entre lágrimas.

«De acuerdo. Os oigo. Sí.»

Mira por encima de su hombro izquierdo para ver un coche detenido junto al suyo, con la ventanilla bajada, en dirección contraria. Un hombre asiático que lleva una camiseta con el lema NOLI TIMERE le pregunta por segunda vez:

—¿Estás bien?

Ella sonríe, asiente con la cabeza y pide disculpas con la mano. Arranca el motor, que se caló mientras observaba el interminable río de leña. Luego retoma el camino hacia el oeste. Ahora ya sabe hacia dónde se dirige. Solace. Las conexiones provocan chispas en torno a ella. Las presencias se iluminan a su alrededor y entonan nuevos cánticos. *El mundo comienza aquí. Esto no es más que el principio. La vida puede hacer cualquier cosa. Ni te lo imaginas.*



Años antes y más al noroeste, Ray Brinkman y Dorothy Cazaly Brinkman regresan tarde a casa después de la fiesta del grupo de teatro St. Paul por la primera representación de *¿Quién teme a Virginia Woolf?* Acaban de interpretar a la joven pareja formada por Nick y Honey que, después de unas copas con unos nuevos amigos, descubren lo que su especie es capaz de hacer.

Meses atrás, cuando empezaron los ensayos, los cuatro protagonistas saborearon la crueldad de la obra.

—Yo estoy loca —anunció Dorothy a los demás actores—. Lo reconozco. Pero esta gente..., esta gente está como una regadera.

Cuando llega la noche del estreno, los cuatro están tensos, hartos los unos de los otros y dispuestos a hacerse daño. Se trata de un gran teatro comunitario. La obra es, de lejos, la mejor actuación de los Brinkman. Ray deja boquiabierto a todo el mundo con sus conspiraciones mezquinas. Dorothy está brillante en esas dos horas de caída libre desde la inocencia al conocimiento. Solo requieren de un poco de Stanislavski para hacer salir su demonios internos.

El viernes siguiente es el cuadragésimo segundo cumpleaños de Dorothy. En el transcurso de varios años han gastado ciento cincuenta mil dólares en tratamientos de fertilidad que han resultado ser vudú. Tres días antes de que se estrenara la obra, recibieron el golpe final. No queda nada por hacer.

—Es mi vida, ¿no? —Dorothy está acurrucada y llorosa en el asiento del copiloto, de camino a casa después de su gran éxito—. Es solo mía. Se supone que me pertenece, ¿no?

Se ha convertido en un punto conflictivo entre ellos, la «propiedad»: lo que Ray se pasa el día entero protegiendo. Nunca ha terminado de convencer a su mujer de que denunciar a los ladrones de buenas ideas es el mejor modo de enriquecer a todo el mundo. El alcohol tampoco aumenta el nivel del debate.

—Mi propiedad privada personal. Joder, ¿no puedo poner un puesto delante de mi casa?

A Dorothy le horroriza su trabajo. Gente que demanda a otras personas, y ella debe registrar cada uno de sus difamatorios sentimientos con su taquígrafo estrecho, como un instrumento de cuerda, palabra por palabra. Lo único que quiere es tener un hijo. Un hijo le proporcionaría un trabajo coherente, por fin. Aparte de eso, tiene ganas de demandar a alguien.

Ray posee el arte de permanecer en calma ante sus ataques. Le dice, y no es la primera vez, que él nunca le ha quitado nada. «Si acaso...» Pero evita ese pensamiento. Está en su derecho a no pensar algo que sería justo pensar.

No es necesario, porque ella ya lo piensa por él. Ray pulsa el mando y se abre el garaje. Entran.

—Deberías dejarme —dice ella.

—Dorothy, para, por favor. Me estás volviendo loco.

—En serio. Vete. Donde sea. Encuentra a alguien con quien formar una familia. Lo que hacen siempre los hombres. Joder, los tíos podéis ligar con

jovencitas aunque tengáis ochenta años. No me importaría, en serio, Ray. Es justo. Tú eres el de la justicia, ¿te acuerdas? ¡Uy, vaya! No dice nada. No tiene nada que decir. Nada que alegar en su defensa.

Lo que él tiene es silencio. La mejor arma, la primera y la última.

Llegan a la puerta de la casa. «Menuda pocilga», piensan ambos, aunque no necesitan decirlo. Dejan sus trastos en el sofá, suben las escaleras y se desnudan, cada uno en un vestidor independiente. Se cepillan los dientes en los dos lavabos contiguos. La mejor actuación de su vida. Un teatro de tamaño respetable aplaudiendo entusiasmado. Gritos pidiendo más.

Dorothy coloca un pie delante del otro, de forma exagerada, como si la policía —su marido— la hiciera caminar en línea recta. Se lleva el cepillo de dientes a la boca, lo agita y se pone a llorar mientras muerde uno de los extremos de plástico y sujeta el otro con la mano.

Ray, que era el conductor esta noche y, por tanto, está más sobrio de lo que le gustaría, suelta el cepillo y se acerca a ella, que apoya la cabeza en su hombro y le mancha de pasta de dientes el albornoz de cuadros. Hay pasta de dientes y saliva por todas partes. Las palabras de Dorothy están llenas de baches.

—Me dan ganas de quedarme en la entrada del teatro, antes de la obra y decirle a todo el mundo: «¡No hay niño, joder!».

Ray la ayuda a escupir y le limpia la boca con una toalla de manos. Luego la acompaña a la cama, un lugar que durante estos dos últimos meses se ha asemejado mucho a una caja de pino doble. Debe levantarle los pies y empujarla un poco para hacerse sitio.

—Podemos ir a Rusia. —Le sienta bien hablar con su propia voz después de tantas horas haciendo de adulator. No quiere participar en más representaciones, jamás—. O a China. Hay muchos niños que necesitan unos padres que los quieran.

Hay un recurso que la gente del teatro denomina «colgar una lámpara». Si hay, por ejemplo, una tubería horrible en la pared y no puedes quitarla, pon allí una lámpara y di que es un dispositivo de iluminación.

Las palabras de Dorothy se pierden en la almohada húmeda.

—No sería nuestro.

—Claro que lo sería.

—Quiero un Ray-Ray pequeñito. Nuestro chiquitín. Un niño. Como tú cuando eras pequeño.

—No sería...

—O una niña, pero como tú. Me da igual.

—Cielo, no seas así. Un niño es como lo críes, no como los genes...

—Los genes son lo que cuenta, joder. —Da una palmada al colchón e intenta incorporarse con tanto ímpetu que vuelve a caerse—. Lo único. Que. De verdad. Posees.

—No poseemos los genes —dice él, y omite que hay compañías que los poseen por nosotros—. Oye. Nos vamos a algún sitio donde haya muchos bebés. Adoptamos dos. Los queremos, jugamos con ellos y les enseñamos lo que está bien y lo que está mal; ellos crecen con nosotros. Me da igual los genes que tengan.

Dorothy se coloca la almohada encima de la cabeza.

—Escuchadlo. Este tío es capaz de amar a todo el mundo. Comprémosle un perro. O mejor, una planta para sembrarla en el jardín y olvidarnos de ella.

Entonces se acuerda de la tradición de su aniversario, abandonada los dos últimos años. Se sienta de improviso para recuperar las palabras que salen volando de su interior. Pero al incorporarse le golpea la mandíbula con el hombro, y Ray se muerde la lengua. Él grita y se lleva las manos a la cara mientras se retuerce de dolor.

—Ay, Ray. Mierda. ¡Joder! No quería...

Él sacude la mano en el aire. «Estoy bien.» O quizá: «¿A ti qué te pasa?». O incluso: «Déjame en paz». Ella no lo sabe, incluso después de diez años casados y de tantos otros melodramas para aficionados. Fuera, en el jardín que rodea la casa, lo que han plantado durante estos años cobra importancia, cobra sentido, con la misma facilidad con la que fabrican azúcar y madera a partir de cero, a partir del aire, del sol, de la lluvia. Pero los humanos no oyen nada de eso.



Cinco interestatales llevan al oeste, los dedos de un guante tirado sobre un continente cuya muñeca es Illinois. Olivia toma la del centro. Ahora tiene una meta: dirigirse al norte de California por la vía más rápida antes de que caigan los últimos árboles, grandes como cohetes espaciales. Cruza el Misisipi, por la región de Quad Cities, y se detiene en la I-80, el área de servicio para camiones más grande del mundo, en la frontera de Iowa. Es una

pequeña ciudad. Tiene a su disposición más gasolineras de las que es capaz de contar antes de quedarse congelada. En el aparcamiento, varios centenares de camiones se congregan como tiburones gigantes con un hambre feroz.

Ya no hay luz. Olivia alquila una ducha y recupera su humanidad. Da un paseo por una concurrida avenida techada llena de restaurantes que ofrecen maíz de cien formas distintas: sirope de maíz, pollo alimentado con maíz, ternera alimentada con maíz. Hay una consulta de dentista y un masajista. Una enorme galería comercial de dos plantas. Un museo que muestra en qué medida el mundo depende de los camiones. Hay salones recreativos y boleras, exposiciones, salas y una chimenea rodeada por sillones. Se acomoda en uno de ellos y se queda dormida. Un guarda de seguridad la despierta dándole patadas en los tobillos.

—Prohibido dormir.

—Solo estaba durmiendo.

—Prohibido dormir.

Regresa al coche y se echa una siesta bajo la ropa hasta que amanece. De regreso al túnel de restaurantes, se compra una magdalena, cambia cuatro dólares en monedas, busca una cabina y se prepara para lo peor. Pero en su pecho reside una calma extraña y recién descubierta. Las palabras brotarán.

Una operadora le dice que deposite una cantidad de dinero. Su padre contesta.

—¿Olivia? Son las seis de la mañana. ¿Qué pasa?

—¡Nada! Estoy bien. Estoy en Iowa.

—¿En Iowa? ¿Qué ocurre?

Olivia sonríe. Lo que ocurre es demasiado importante para que quepa dentro de un teléfono.

—Papá, va todo bien. Es algo bueno. Muy bueno.

—¿Olivia? ¿Hola? ¿Olivia?

—Estoy aquí.

—¿Estás metida en algún lío?

—No, papá, al contrario.

—Olivia. ¿Qué demonios está pasando?

—Tengo... unos nuevos amigos. Son... activistas. Tienen un trabajo para mí.

—¿Qué tipo de trabajo?

Los productos más asombrosos en cuatro mil millones de años necesitan ayuda. Ahora que los seres de luz se lo han señalado, resulta bastante simple

y evidente. Todas las personas razonables del planeta deberían ser capaces de verlo.

—Hay un proyecto. En el oeste. Un trabajo importante de voluntariado. Me han contratado.

—¿Qué quieres decir con que te han contratado? ¿Y tus clases?

—No voy a terminar este trimestre. Por eso os llamo. Necesito darme un tiempo.

—¿Que qué? No digas tonterías. Uno no se da un tiempo cuatro meses antes de graduarse. —Eso suele ser cierto, aunque los santos y los futuros millonarios es justo lo que hacen—. Estás cansada, Ollie. Solo faltan unas cuantas semanas. Pasarán antes de que te des cuenta.

Olivia mira a los conductores reunidos en la zona del desayuno. No deja de ser curioso: en una vida, muere electrocutada; en la otra, está en la parada de camiones más grande del mundo explicándole a su padre que unos seres de luz la han elegido para conservar a las criaturas más asombrosas de la Tierra. Al otro lado del teléfono, la voz se vuelve desesperada. Olivia no puede evitar sonreír: la vida a la que su padre le ruega que regrese —las drogas, el sexo sin protección, las fiestas psicópatas y los desafíos a la muerte— es un infierno en toda regla, mientras que este viaje al oeste es su resurrección.

—No podrás recuperar el dinero del alquiler. Y es demasiado tarde para solicitar una devolución de la matrícula. Termina primero; luego, te puedes ir como voluntaria, en verano. Estoy seguro de que tu madre...

Por detrás, la madre de Olivia grita:

—¿Estás seguro de que su madre qué?

Olivia la oye que grita algo sobre pagarse ella misma los estudios. La gente deambula a su alrededor. Nota la ansiedad de esas personas, la línea de meta móvil del hambre. Olivia sabe que para ella la vida ha sido una bruma de privilegios, narcisismo y una extensión imposible de la adolescencia, llena de maldad, inconsciencia sardónica y autoprotección. Ahora ha sentido la llamada.

—Mira —susurra su padre al teléfono—, sé razonable. Si ahora mismo no puedes soportar un semestre más de clases, vuelve a casa.

Hay más amor fluyendo por dentro de Olivia del que jamás ha sentido desde que era pequeña.

—¿Papá? Gracias. Pero necesito hacer esto.

—¿Hacer qué? ¿Dónde? Cielo..., ¿sigues ahí? ¿Cariño?

—Estoy aquí, papá. —Los pedazos de la chica que era hace unos días tiran de ella cantando: *lucha, lucha*. Pero ahora la lucha es real y está en otro lugar.

—Ollie, espera. Iré a buscarte. Puedo estar ahí en...

Todo es tan claro, tan feliz en su obviedad. Pero sus padres no lo ven. Hay una tarea inmensa, dichosa y esencial que realizar. Pero primero hay una persona que necesita acabar la carrera del egoísmo interminable.

—Papá, estoy bien. Os llamaré cuando tenga más información.

Una voz femenina grabada interrumpe pidiendo otros sesenta y cinco centavos. Olivia no tiene más cambio. Lo único que tiene es el mensaje dictado por la mujer de ojos centelleantes en la pared de las televisiones en oferta, reformulado por los seres de luz, que ahora le llega con total claridad a través del teléfono, como si estuvieran al otro lado de la línea. *Los seres vivos más asombrosos te necesitan.*

A través de la puerta de cristal del edificio, Olivia ve docenas de surtidores de gasolina y, tras ellos, la explanada de la I-80 al amanecer, los campos nevados, el incesante intercambio de rehenes entre los viajeros del este y del oeste. Su padre sigue hablando, utiliza todas las técnicas de persuasión aprendidas en la Facultad de Derecho. El cielo hace cosas sorprendentes. Se amorata con suavidad en la libertad del oeste, mientras se abre como una granada en el este. Se oye un chasquido y el teléfono se corta. Olivia cuelga, recién huérfana. Una criatura que se estira hacia el sol, preparada para lo que sea.

Se marcha del área de servicio, llena de amor por la humanidad extraviada. En la interestatal, el sol se eleva de nuevo en el espejo retrovisor. Las colinas drumlin ondean. La carretera abre una zanja doble en el blanco invernal hasta el horizonte. Hay pocos atractivos, pero se deleita con ellos. La biblioteca y el museo de Herbert Hoover. La casa de subastas Sharpless Auction. Las colonias de Amana. Las salidas de la interestatal suenan a personajes de novela, a aristócratas sureños rebeldes y místicos: Wilton Muscatine, Ladora Millersburg, Newton Monroe, Altuna Bondurant...

Algo se aproxima a ella, una valentía extraña y hermosa. Carece de recursos; lo único que posee es el nombre de un destino, aunque no tiene ni idea de qué hacer cuando llegue allí. En el exterior todo es frío y desolación, mientras sus pertenencias mundanas permanecen en su residencia. Todavía

tiene una tarjeta asociada a una pequeña cantidad de dinero, la sensación constante de que está cumpliendo con su destino y unos amigos que imagina en lugares muy elevados.

Las horas pasan como las nubes. Recorre esa línea que es como un cordel para medir entre Des Moines y Council Bluffs, donde no hay nada más que basura congelada e infinita, cuando algo le hace señas desde el rabillo del ojo. Se vuelve para ver a un fantasma autoestopista que está de pie en la nieve más allá del arcén derecho. Agita más brazos que Visnú. Uno de ellos sostiene un cartel que resulta ilegible desde el coche.

Olivia levanta el pie del acelerador y pisa el freno. El autoestopista se convierte en un árbol tan grande que podría ocupar un vagón entero de aquel tren de la muerte cargado de leña que vio en Indiana. El tronco agrietado se alza en espiral a lo largo de una decena de metros antes de bifurcarse en varias ramas enormes. Está apartado de la carretera, es una columna contra el cielo, lo único más alto que una casa de labranza en kilómetros a la redonda. Las presencias se remueven en el asiento del copiloto. Al llegar a la altura del árbol, Olivia distingue las palabras pintadas en la placa que cuelga de una de las normas ramas: «ARTE ARBÓREO GRATUITO». Las presencias le acarician la nuca con sus ramitas.

Se detiene en la siguiente salida. Debajo de la señal de Stop, donde comienza la carretera comarcal, hay un cartel pintado a mano con la misma caligrafía sinuosa que indica un giro a la derecha. Un segundo cartel, un kilómetro más adelante por mitad del campo, vuelve a señalar hacia el fabuloso árbol. Al final de la carretera serpenteante, el Edén se le aparece: un bosquecillo de árboles frondosos cuajados de flores como si fuera mayo. Es como un claro en esta Tierra helada y apartada que esconde el verano. Cien metros más adelante, el bosquecillo se convierte en el muro de un viejo granero, con un fabuloso trampantojo. Emprende el camino de gravilla que conduce a un llano junto a la construcción y desciende del coche. Se queda mirando el mural. Incluso de cerca, la ilusión es apabullante.

—¿Estás aquí por el cartel?

Se da la vuelta. Un hombre vestido con vaqueros y una camisa a cuadros gris y blanca, con el pelo como un profeta de la Edad de Bronce, la está mirando. Al respirar suelta bocanadas de vapor. Se agarra los codos con las manos desnudas. Es unos cuantos años mayor que ella; su apariencia es triste y salvaje, parece asustado de ver a una cliente. La puerta de la casa, a unos seis metros de él, está abierta. El árbol se eleva a un lado de la construcción.

A Olivia le asalta la idea de que alguien lo plantó aquí hace muchísimo tiempo solo para atraer su atención.

—Sí, creo que sí.

Olivia tiembla y lamenta haber dejado el chaquetón en el coche. Él la observa como si tuviera intención de salir despavorido. Levanta y baja la barbilla dos veces.

—Bueno, eres la primera.

Con un dedo largo y una mano que parece salida de una crucifixión renacentista, señala hacia el granero pintado.

—¿Te gustaría ver la galería?

La conduce por una ligera pendiente y entra en el granero. Una sacudida al interruptor revela un espacio a medio camino entre el basurero de un vagabundo y la tumba de un faraón. Hay talismanes por todas partes: tótems, dibujos y cultos de cargo dispuestos sobre planchas de madera contrachapada en caballetes. Parecen la obra de un panteísta neolítico con autismo hallada por los arqueólogos.

Olivia, desconcertada, balancea la cabeza.

—¿Quieres deshacerte de todo esto?

—No va a funcionar, ¿verdad?

—No lo entiendo.

Lo que en realidad querría decir es: «Esto es una locura». Pero desde que oye las voces, las palabras se han vuelto menos útiles. Se le ocurre que debería estar preocupada por encontrarse en medio de la nada con un hombre al que se le puede calificar de extraño en toda su extensión. Pero una mirada basta para verificar que lo más extraño en él es su inocencia.

Y el arte es real. Se acerca a un cuadro con un toque gótico peculiar. Incluso bajo la luz tenue del granero, la imagen se ve bastante bien. Un hombre yace en un camastro mientras mira la punta de una rama de árbol que entra por la ventana, justo delante de su cara. En el tablero, una pegatina verde dice: 0 \$. Pasa a la obra siguiente. Está pintada en un trozo de puerta colocada en horizontal. El panel incrustado en ella es, a su vez, una puerta que se abre a un claro a través de una espesa maraña de ramas.

Olivia examina la mesa, que está cubierta de trabajos similares. Siempre árboles que se cuelan por las ventanas, por las paredes o por los techos de habitaciones en apariencia seguras en busca de algún humano, como sondas sensibles al calor. En algunos de los cuadros flotan palabras pintadas por encima de escenas surrealistas: «Árbol genealógico», «Árbol respiratorio»,

«Árbol del dinero», «Quien a buen árbol se arrima». En otra mesa, cuatro esculturas de arcilla negra le hacen señas como las manos de un muerto brotando de la tierra el día del juicio final. Todas llevan una etiqueta verde con el precio de 0 \$.

—Bueno. Antes de nada...

—Te doy dos por el precio de uno. Para eso eres mi primera cliente.

Suelta el dibujo que tiene en la mano y mira a su autor, que tiene los brazos cruzados y se sujeta los hombros como si se hubiera puesto una camisa de fuerza antes de que se la ponga el mundo.

—¿Por qué haces esto?

Él se encoge de hombros.

—Parece que lo gratis está acorde con el mercado.

—Deberías venderlos en Nueva York o en Chicago.

—No me hables de Chicago. Me pasé dos años y medio dibujando ilusiones ópticas anamórficas con tiza en Grant Park. Ya me pisotearon bastante.

Ella aprieta los labios a la espera de un consejo. Pero, después de haberla conducido hasta aquí —«ARTE ARBÓREO GRATUITO»—, los seres de luz la han abandonado.

—¿Soy la primera persona que se ha parado?

—¡Pues eso digo yo! ¿Quién es capaz de no pararse con un cartel así? La ciudad más cercana está a veinte kilómetros y solo tiene cincuenta habitantes. Pensé que sobre todo atraería a delincuentes prófugos. Tú no serás una prófuga, ¿verdad?

Olivia debe averiguar qué tiene que ver todo esto con la misión que le han encomendado. Va de cuadro en cuadro. Cajas de Cornell surrealistas llenas de un intrincado contrabando de madera. Ensamblajes de cerámica rota, cuentas y trozos de neumático que hacen las veces de raíces y zarcillos. Las ramas que la condujeron hasta aquí.

—¿Tú has creado todo esto? ¿Y son todos...?

—Es mi periodo arbóreo. Nueve años y un par de meses.

Olivia examina su rostro en busca de una pista que le abra alguna puerta. Quizá ella tenga alguna pista para él. Pero ni siquiera sabe qué puerta ha de abrirse. Se acerca a él, pero el hombre se aparta tambaleante, tendiéndole la mano. Ella se la agarra e intercambian nombres. Olivia Vandergriff sujeta por un momento la mano de Nick Hoel en busca de una explicación. Luego la deja caer y se vuelve hacia las obras de arte.

—¿Casi una década? Y todo son... ¿árboles?

Por alguna razón, eso le hace reír.

—En medio siglo más, seré como mi abuelo.

Ella lo mira con perplejidad. A modo de explicación, la conduce hacia una mesa plegable, a un lado de la exposición. Le pasa un libro grueso hecho a mano. Ella lo abre por la primera página, donde hay un dibujo detalladísimo de un árbol joven a lápiz y tinta. La página siguiente contiene el mismo dibujo.

—Pasa las hojas con el dedo. —Acompaña la sugerencia con un gesto del pulgar.

Ella obedece. El árbol se alza en espiral y cobra vida.

—¡Dios mío! Es el árbol de ahí delante.

Otro dato que él no niega. Olivia vuelve a hojear el libro. La simulación es demasiado exacta para ser fruto de la mera imaginación.

—¿Cómo lo has hecho?

—A partir de fotografías. Una al mes durante setenta y seis años. Procedo de una larga y distinguida estirpe de obsesivo-compulsivos.

Vuelve a pasar los dibujos varias veces. Él observa, tenso, impaciente, propietario de un pequeño negocio al borde de la bancarrota.

—Si ves algo que te guste, te lo envuelvo.

—¿Esta granja es tuya?

—De mi familia. Pero se la han vendido al demonio y sus subsidiarios, así que tengo dos meses para desalojar.

—¿Y cómo vives?

El hombre sonríe y se toca la cabeza.

—Eso es dar por hecho muchas cosas.

—¿No tienes ingresos?

—Pólizas de seguros de vida.

—¿Vendes seguros?

—No, las aseguradoras me pagaban. Hasta ahora. —Mira las mesas de mercancía como un subastador cuestionable—. Tengo treinta y cinco años. No hay mucho que mostrar después de una vida de trabajo.

La confusión emana de él como el calor de un tronco ardiendo. Ella la nota a dos metros de distancia.

—¿Por qué? —La pregunta surge con más brusquedad de la prevista.

—¿Por qué los doy? No lo sé. Parece otro tipo de material, el último de una serie. Los árboles lo dan todo, ¿no es así?

La ecuación deja electrificada a Olivia. El arte y las bellotas: ambos suponen un derroche que no suele llegar a nada.

El hombre lanza una mirada a los caballetes y las planchas.

—Podríamos decir que es una liquidación por cierre. O mejor: una liquidación por hongos.

—¿Por qué?

—Ven. —Se dirige a la puerta—. Te lo enseño.

Cruzan el campo cubierto de nieve que rodea la casa. Ella se detiene un momento a coger su chaquetón; él solo lleva los vaqueros y la camisa de cuadros.

—¿No tienes frío?

—Siempre. El frío es bueno. La gente se abriga demasiado.

Nick la conduce por la propiedad hasta el lugar donde se yergue el coloso y se extiende hacia el cielo de porcelana. Una extraña y hermosa aritmética delimita las cien ramas principales, las mil ramas secundarias y las diez mil ramitas, una belleza para la que el granero repleto de obras de arte acaba de prepararla.

—Nunca había visto un árbol así.

—Poca gente viva lo ha visto.

Desde la interestatal, no percibió su elegancia tupida y estrecha. La forma en que fluye hacia arriba hasta la primera bifurcación. No se habría dado cuenta si no fuera por el libro de los dibujos.

—¿Qué es?

—Un castaño. La secuoya del este.

A Olivia, esas palabras le ponen la piel de gallina. Es una confirmación, aunque no la necesita. Pasan por el límite del follaje del árbol y bajo la copa.

—Todos han desaparecido. Por eso nunca has visto uno.

Le explica cómo el padre de su tatarabuelo plantó el árbol, cómo su tatarabuelo comenzó a fotografiarlo a principios de siglo. Cómo la plaga cruzó el mapa en unos cuantos años y arrasó con el mejor árbol del este de América. Cómo este ejemplar apartado y solitario, lejos de cualquier fuente de infección, sobrevivió.

Olivia mira la red de ramas. Cada una de las principales es el boceto de una de las esculturas atormentadas del granero. Algo le sucedió a la familia de este hombre: lo percibe como si lo leyera en una chuleta. Y ahora él ha estado viviendo durante una década en esta casa construida por sus antepasados y realizando obras de arte a partir de un extraño titán

superviviente. Apoya la mano en la corteza agrietada.

—¿Y esto ya... se te ha quedado pequeño? ¿Cambias de vida?

Él da un paso atrás, horrorizado.

—No. Jamás. Soy yo quien se ha quedado pequeño.

Rodea el tronco gigante hacia el otro lado. El largo dedo renacentista vuelve a señalar. Unos anillos secos con puntos naranjas se extienden por la corteza en distintas zonas. Aprieta uno de ellos y la corteza se hunde.

Ella toca el tronco esponjoso.

—Oh, mierda. ¿Qué es?

—La muerte, por desgracia.

Se apartan del dios moribundo. A paso lento, regresan a la pendiente que hay junto a la casa. Él se sacude la nieve de los zapatos en el umbral de la puerta trasera. Señala hacia el granero, su galería potencial.

—¿Podrías, por favor, llevarte un par de cuadros? Eso haría que hoy fuese un gran día.

—Primero tengo que contarte por qué estoy aquí.

Él prepara té en el hornillo de la cocina junto a la cual estaban sentados sus padres y su abuela la mañana en que se despidió de ellos para ir al museo de arte de Omaha, una década atrás. La visitante le cuenta su historia, entre muecas y sonrisas. Describe la noche de su transformación: el porro, la desnudez húmeda, el enchufe de la lámpara funesta. Él permanece sentado mientras escucha, se ruboriza y atiende a cada una de sus explicaciones.

—Lo raro es que no siento que esté loca. Antes sí estaba loca. Sé lo que es la locura. Ahora me siento..., no sé. Como si por fin hubiera visto lo evidente. —Ahueca las manos alrededor de la taza caliente.

El castaño muerto la sacude de un modo que Nick no comprende del todo. Es joven, libre, impulsiva y está embargada de una nueva causa. Se mire por donde se mire, es más que inestable. Sin embargo, él quiere que siga hablando de teorías descabelladas en la cocina durante toda la noche. Hay compañía en la casa. Alguien ha regresado de entre los muertos.

—No pareces una loca —miente él, piadosamente. Al menos, no una loca peligrosa.

—Créeme. Sé lo que parezco. Resurrección. Coincidencias extrañas. Mensajes televisivos en un supermercado. Seres de luz invisibles.

—Hombre, si lo pones así...

—Pero hay una explicación. Tiene que haberla. Quizá sea mi subconsciente, que por fin le presta atención a algo que no sea yo misma. Quizá oí hablar de los manifestantes por los árboles hace semanas, antes de electrocutarme, y ahora los veo por todas partes.

Él sabe lo que significa recibir dictados de los fantasmas. Lleva solo tanto tiempo, dibujando su árbol moribundo, que no se atrevería a contradecir la teoría de nadie. No hay extrañeza más extraña que la de los seres vivos. Chasca la lengua, como saboreando la amargura.

—Llevo nueve años fabricando baratijas mágicas. Las señales secretas son mi idioma.

—Eso es lo que no entiendo. —Los ojos de Olivia piden piedad. Su té, el vapor en la cara, la naturaleza nevada de Iowa: una historia tan antigua y extensa que no puede quitársela de la cabeza—. Voy conduciendo por la carretera y veo tu cartel colgado de un árbol que parece...

—Bueno, ya sabes, si conduces durante muchos kilómetros...

—Yo qué sé. No sé qué pensar. Es una estupidez creer cualquier cosa. Siempre, siempre nos equivocamos.

Él se imagina a sí mismo pintando ese rostro con llamativas pinturas de guerra.

—Llámalo como quieras. Algo trata de llamar mi atención.

Alguien cree que todos sus estudios sobre el castaño Hoel de la última década podrían significar algo. Con eso le basta. Se encoge de hombros.

—Es increíble lo descabelladas que pueden resultar las cosas una vez que te fijas en ellas —dice él.

En cero segundos, ella pasa de la angustia a la convicción.

—¡A eso me refiero! ¿Qué es más descabellado? ¿Crear que hay presencias cercanas de las que no sabemos nada o cortar las pocas secuoyas antiguas que quedan en la Tierra para hacer marcos y tablas?

Nick levanta un dedo y se excusa para subir un momento. Regresa con un viejo atlas de carreteras y tres volúmenes de una enciclopedia que su abuelo le compró a un vendedor ambulante en 1965. En efecto, existe un lugar en California llamado Solace, en el corazón de los grandes árboles. Y sí, allí hay secuoyas de treinta pisos de altura tan antiguas como Jesucristo. La locura es una especie que no corre peligro alguno. Él la mira: la cara de Olivia irradia resolución. Él quiere seguir esa visión, dondequiera que le lleve. Y cuando la visión resulte fallida, quiere seguir a Olivia dondequiera que vaya.

—¿No tienes hambre? —pregunta ella.

—Siempre. El hambre es buena. La gente debería tener hambre siempre.

Le prepara unas gachas de avena con queso fundido y chile. Dice:

—Tendré que pensar en esto durante toda la noche.

—Eres como yo.

—¿En qué sentido?

—Me oigo mejor a mí misma cuando duermo.

La acomoda en la habitación de sus padres, donde no entraba desde las Navidades de 1980, salvo para limpiar. Él duerme abajo, en el cuartillo de su infancia, debajo de las escaleras. Y escucha durante toda la noche. Sus pensamientos se alargan en todas direcciones en busca de luz. Le llama la atención que no hay nada en su vida que pueda recibir el nombre de «plan», ni por asomo.

Cuando se levanta, ella está en la cocina, con ropa limpia que ha cogido del coche, preparando tortitas con una harina llena de gorgojos. Él se sienta a la mesa de un solo pie central ataviado con una bata de cuadros. Las palabras se le traban.

—Necesito vaciar la casa antes de fin de mes.

Ella asiente sin despegar la vista de las tortitas.

—Eso no es ningún problema.

—Y necesito colocar mis cuadros. Aparte de eso, tengo un hueco en el calendario durante el resto del año.

Mira por la ventana con cuarterones de la cocina. A través del castaño Hoel, el cielo es tan estúpidamente azul que parece como si un niño de primaria lo hubiera untado con pintura de dedos.



La primavera llega de nuevo para Mimi Ma, la primera sin su padre. Los manzanos silvestres, los perales, los ciclamores y los cornejos explotan de rosa y blanco. Cada despiadado pétalo se burla de ella. Los morales, en especial, le provocan ganas de incendiar todo lo que florece. El hombre nunca verá un ápice de ese deslumbramiento. Y aun así, los colores del Ahora se derraman, crueles e indiferentes.

A esa primavera le sucede otra, y luego una tercera. El trabajo endurece a Mimi, o las flores comienzan a perder brillo. Su tarjeta de fidelidad de la

compañía aérea pasa a ser platino en mayo. La envían a Corea. A Brasil. Aprende portugués. Aprende que la gente de todas las razas, colores y credos tiene un ansia ilimitada por el vaciado de cerámica.

Comienza a correr, a hacer senderismo, a montar en bicicleta. Comienza a practicar baile de salón, después *jazz* y más tarde salsa, que acaba desterrando para siempre a los demás tipos de baile. Se apunta a observación ornitológica y pronto tiene una lista de ciento treinta especies de aves que quiere ver antes de morir. La empresa la asciende a jefa de sección. Se matricula en un curso de arte renacentista, en otro de poesía moderna por las noches, todo lo que en Holyoke no pudo hacer por estudiar Ingeniería. El objetivo es casi patriótico: jugar en todos los campos. Tenerlo todo. Ser todo.

Un colega le dice que se apunte a jugar al *hockey* en el equipo de la oficina. Pronto se engancha. Juega al póquer con hombres de cuatro continentes y se acuesta con hombres de dos. Pasa una semana en San Diego con una chica de gustos sorprendentes y variados, cuyo corazón rompe a pesar del acuerdo previo. Se enamora bastante de un chico casado de otro equipo de *hockey* que es siempre muy amable con ella cuando coinciden en la pista. Quedan una vez, en Helsinki, en diciembre, para pasar tres días mágicos de vida alterna en la oscuridad del mediodía. No vuelve a verlo.

Casi se casa. Justo después, no sabe cómo pudo estar tan cerca de algo semejante. Cumple treinta años. Luego (ingeniera fiable) treinta y uno y treinta y dos. En sueños, siempre está cruzando aeropuertos épicos en medio de la muchedumbre cuando la llaman por megafonía.

La empresa la traslada a la sede central. El aumento de sueldo de nueve mil dólares apenas significa algo para ella, salvo un incremento inmediato del ansia, una vez más. Pero asciende del cubículo en una planta de producción a una oficina en la esquina de un edificio con ventanales que dan a un pequeño pinar, que en su cabeza se asemeja al destino de un larguísimo viaje familiar en coche. El sustituto de la naturaleza más privado y diminuto del mundo.

Decora la oficina con cosas que su madre no sabe que ha robado. Una maleta llena de pegatinas: INSTITUTO CARNEGIE, GENERAL MEIGS, UNIVERSIDAD DE NANKÍN. Un baúl de viaje estarcido con un nombre impronunciado. Sobre su mesa hay un marco con una foto de dos personas, sus abuelos, según le dijeron, que sostienen a su vez una foto de tres inexplicables nietas. Junto al marco, hay una copia de esa foto dentro de la

foto: tres niñas de raza ambigua sentadas con mucha delicadeza en un sofá fingiendo ser del mismísimo Wheaton. La mayor parece estar dispuesta a hacer lo que sea por integrarse, a pegarle un puñetazo al primero que piense que está perdida.

Por las paredes de la oficina, como si de un friso clásico se tratara, se extiende el pergamino de su padre. No está bien exponer las pinturas a la luz, aunque sea a la poca cantidad de sol del noroeste que se cuele por el ventanal. No está bien pegar con pegamento una obra de arte tan antigua y excepcional. No está bien dejar algo de incalculable valor a la vista, donde cualquiera del turno de noche podría enrollarlo y metérselo en el bolsillo del guardapolvo. No está bien colgar un objeto que le recuerda al suicidio de su padre cada vez que levanta la vista.

La gente que entra por primera vez a su oficina suele preguntar por los pequeños budas en la antesala de la Iluminación. Ella oye a su padre el día que le mostró el pergamino por primera vez. «¿Estos hombres? Aprueban el examen final.» Hay días en que se encuentra junto a su escritorio, sumida en un apabullante éxito profesional, y al levantar la vista hacia el pergamino desde la creciente marea de facturas y presupuestos se ve a sí misma con la misma nota final que su padre. Cuando la sensación de ahogo le oprime el pecho, mira por el ventanal hacia su pinar, donde tres niñas, libres y salvajes por poco tiempo, recogen monedas de piñas a orillas de un viejo lago. Eso a veces incluso la calma. A veces ve al hombre que escribe en cuclillas todo lo que hay que saber sobre ese lugar de acampada en su grueso cuaderno.

Sus compañeros utilizan la oficina de Mimi como sala de almuerzo los días que ella no está comiendo huevos centenarios. Hoy su menú es un sándwich de pollo, así que es un lugar seguro para todas las etnias. Otros tres directores y una punki de Recursos Humanos se apiñan para apostar unos peniques jugando a las cartas. Mimi también participa. Siempre está dispuesta a jugar a cualquier cosa que implique un riesgo innecesario y el olvido temporal. Su única condición es que ella dirige el juego desde la silla del capitán.

—¿Y exactamente qué dirige, capitán?

Ella hace un gesto hacia la ventana.

—Esta vista.

Los otros jugadores levantan la mirada de sus cartas. Parpadean y se encogen de hombros. De acuerdo: una avenida arbolada que recorre una zona verde. Lo normal es que haya árboles en el noroeste. Árboles por todas

partes, a cualquier altura, apiñados unos contra otros, infiltrándose, anulando el cielo.

—¿Son pinos? —adivina la subdirectora de Mercadotecnia.

Un jefe de Control de Calidad que quiere el puesto de Mimi afirma:

—Pinos ponderosa.

—Pinos ponderosa del valle de Willamette —añade el Hombre Enciclopedia, director de Investigación y Desarrollo.

Las cartas flotan sobre la mesa de oficina. Las pilas de peniques cambian de mano. Mimi menea su anillo de jade. Lo lleva con el grabado hacia dentro, de manera que nadie sienta la tentación de amputarle el dedo para robarlo. Le da la vuelta al anillo. El nudoso moral de Fusang —el árbol que le tocó cuando sus hermanas dividieron las pertenencias de su padre— gira en su dedo. Muy concentrada, muestra la palma de la mano hacia el jugador que reparte.

—Venga. Dame algo útil, vamos.

Otra mala mano. Levanta de nuevo los ojos. El mediodía azul se vierte a través de su bosquecillo privado. El sol provoca un estallido de color en el cardenillo de las agujas, mil candelabros de luz astral. Las grandes placas de dinosaurio de los troncos adoptan tonalidades naranjas, terracota y canela. El de Control de Calidad que quiere su puesto dice:

—¿Alguna vez has olido la corteza? Parece vainilla.

—Ese es el pino de Jeffrey —anuncia el Hombre Enciclopedia.

—Mira, otra vez el experto.

—No huele a vainilla, sino a trementina.

—Te digo yo que sí, a vainilla —dice el de Control de Calidad—. Los pinos ponderosa. Lo estudié en un curso.

El Hombre Enciclopedia sacude la cabeza.

—Que no. Es trementina.

—Que alguien baje y lo huela. —Ríen todos.

El de Control de Calidad da un golpe en la mesa. Las cartas vuelan y los peniques caen.

—Diez pavos.

—Ahora hablamos el mismo idioma —dice la punki de Recursos Humanos.

Mimi ya está encaminándose a la puerta antes de que nadie sepa qué sucede.

—¡Oye, que la partida está a medias!

—Necesitamos datos —responde la hija ingeniera del ingeniero. Y con unos cuantos pasos más, sale de la oficina.

El olor la embriaga antes de llegar a los árboles: un aroma a resina y al aire libre del oeste. El perfume limpio de los días intocables de su infancia. La música de los árboles también afina el viento. Entonces recuerda. Introduce la nariz en una de esas grietas oscuras entre las placas planas de terracota. Se hunde en el olor, un tufo devastador de hace doscientos millones de años. Ni se imagina cuál era el propósito de semejante olor. Pero ahora actúa en ella. Control mental. No es ni vainilla ni trementina, pero está repleto de toques de ambos. Un golpe de dulce de leche espiritual. Un atisbo de incienso de piña. No huele a nada más que a sí mismo, acre y sublime. Ella aspira, con los ojos cerrados, el verdadero nombre del árbol.

Se queda con la nariz pegada a la corteza, en una intimidad incoherente. Se medica durante un rato como un paciente que se autoadministrara morfina. Las sustancias químicas pasan por su tráquea, recorren el torrente sanguíneo y llegan a los dominios del cuerpo, al otro lado de la barrera hematoencefálica y a sus pensamientos. El olor aprieta su bulbo raquídeo hasta que ella y el hombre muerto vuelven a estar pescando de nuevo juntos a la sombra de los pinos, donde los peces se esconden, en el parque nacional más profundo del alma.

Una mujer que pasea por la acera la ve y se pregunta si se trata de alguna emergencia. Dichosa por el recuerdo y los químicos orgánicos volátiles, Mimi la tranquiliza con la mirada. En la oficina, sus compañeros de cartas la observan de pie, delante del ventanal, como si se hubiera vuelto peligrosa. Ella se apoya en el árbol para hundirse una última vez en ese olor innombrable. Con los ojos cerrados, invoca al arhat que, con una ligera sonrisa en los labios, se deja arrastrar hacia la aceptación plena de la vida y la muerte. Algo llega hasta ella. La luz se vuelve más brillante; el olor se intensifica. El desprendimiento la eleva por el aire y la mantiene a flote por las mareas de su infancia. Se separa del tronco con una profunda sensación de bienestar. *¿Es esto? ¿Estoy aquí?* Pegado al tronco con cinta adhesiva, hay un cartel que dice:

¡Reunión en el ayuntamiento! ¡El 23 de mayo!

Se acerca para leerlo. El ayuntamiento ha anunciado que la acumulación

de agujas y de corteza aumenta el riesgo de incendios, y que los árboles son demasiado viejos y caros de mantener año tras año. Tienen previsto sustituir los pinos por especies más limpias y seguras. Fuerzas opuestas a la tala han pedido una audiencia pública.

¡Ven a hacerte oír!

Quieren cortar sus árboles. Mimi mira hacia la oficina. Sus colegas están pegados al cristal y se ríen de ella. Agitan las manos. Dan golpes en la ventana. Uno de ellos le hace una foto con una cámara desechable. Su nariz se llena con una esencia que va más allá de la crudeza de las palabras. Llámalo recuerdo. Llámalo predicción. Vainilla, piña, dulce de leche, trementina.



Un hombre que roza los cuarenta años reparte dólares de plata en el bar de carretera Spar, en la 212, no lejos de una ciudad llamada, muy acertadamente, Damascus, en Oregón.

—Hay que celebrarlo, joder. Os invito a una cerveza.

La petición tiene sus seguidores.

—¿Y qué mierda celebramos, Rockefeller?

—Mi árbol número cincuenta mil. Nueve horas al día, llueva o haga sol, cinco días y medio a la semana, durante todos los meses de siembra en casi cuatro años.

Aplausos dispersos y un aullido. Todos los presentes dicen que eso merece una ronda.

—Un trabajo duro para un viejo.

—¿Ya te has reemplazado las lumbares?

—Sabes que dentro de un par de años los cortarán de nuevo, ¿verdad?

Gratitud de los desconocidos de un bar de carretera que reciben un trago a cambio de nada. Douglas Pavlicek sonríe y transige. Suelta otros veinte dólares de plata en la esquina de una mesa de billar y agita en el aire el taco con mango de arce, duro como una roca, para invitar a quien lo desee. Enseguida aparecen dos voluntarios, Tararí y Tarará.

Juegan a tres bolas por turnos. El juego de Douglas es más que lamentable. Esos cuatro años trepando por los tajos, la escoria y el barro, encorvándose y plantando árboles le han destrozado el sistema nervioso, han destruido su pierna coja y le han dejado con un temblor que se registra en los sismómetros de la bahía de San Francisco. Tararí y Tarará sienten un poco de remordimiento por coger su dinero, triángulo tras triángulo, turno tras turno, billa tras billa. Pero Douggie pasa un buen rato allí, en la gran ciudad, bebiendo meado espumoso de perro y rememorando la alegría de tener compañía anónima. Esta noche dormirá en una cama. Se dará una ducha. Cincuenta mil árboles.

Tararí mete las tres bolas en la primera tacada por segunda vez en la noche. Tal vez esté colocando las bolas para ganar, pero a Douglas Pavlicek no le importa. Después, Tarará termina en cuatro tiros.

—De modo que cincuenta mil árboles —dice Tararí para distraer a Douggie, que ya tiene bastante con la carga cognitiva de tener que mantener una conversación.

—Sí. Aunque me muriera ahora, yo ya habría cumplido.

—¿Y cómo te las apañas con las mujeres?

—Hay un montón de plantadoras. Durante las vacaciones de verano vienen muchas. Y todo está permitido. —Distraído con los recuerdos felices, mete la bola blanca, pero hasta eso merece unas risas.

—¿Para quién trabajas?

—Para cualquiera que me pague.

—Gracias a ti hay oxígeno nuevo ahí fuera. Y menos efecto invernadero.

—La gente no tiene ni idea. ¿Sabías que con la madera se hace champú, vidrio de seguridad y pasta de dientes?

—No lo sabía.

—Betún para los zapatos. Espesante de helado.

—Y edificios, ¿no? Libros y esas cosas. Barcos. Muebles.

—La gente no tiene ni idea. Seguimos en la Edad de la Madera. El material máspreciado y barato que jamás ha existido.

—Amén, tío. ¿Veinte pavos para otra partida?

Juegan durante cuatro horas. Douggie, que es capaz de beber sin consecuencias aparentes, remonta poco a poco. Tararí y Tarará se marchan y llegan otros nuevos: Cosa Uno y Cosa Dos. Doug paga otra ronda y explica a los del turno de noche el motivo de la celebración.

—Cincuenta mil árboles. Guau.

—No está mal para empezar —dice Douglas.

Cosa Dos compite por el trofeo al más gilipollas de la noche. O de la semana, incluso.

—No quiero aguarle la fiesta, tío, pero ¿sabías que solo en la Columbia Británica se extraen dos millones de camiones madereros al año? ¡Solo allí! Tendrías que pasarte cuatro o cinco siglos plantando...

—Vale, sigamos jugando, colega.

—¿Y las empresas para las que trabajas? ¿Te das cuenta de que sacan un buen pellizco por cada arbolito que plantas? Cada vez que metes uno en la tierra, ellos aumentan su tasa de corte anual permisible.

—No, tío —dice Douglas—. Eso no puede ser así.

—Ah, claro que es así. Tú estás poniendo bebés para que ellos puedan matar abuelos. Y cuando tus arbolitos crezcan, serán las plagas de los monocultivos, tío. Carne de cañón para las plagas de insectos felices.

—Ya está bien, cierra la puta boca un rato, haz el favor. —Douglas levanta el taco y luego la cabeza—. Tú ganas, amigo. Se acabó la fiesta.



Mimi se ausenta de la siguiente partida de cartas para almorzar al aire libre, bajo los pinos.

—¿Podemos jugar en tu oficina de todos modos? —pregunta la punki de Recursos Humanos.

—Toda vuestra. Adelante.

Se sienta dando la espalda a los troncos naranjas. Mira los halos de luz que atraviesan las cubiertas de agujas. Imita al arhat, espera, respira. Así le sucedió al príncipe indio Siddharta cuando la vida lo abandonó y sus placeres desaparecieron. Se sentó bajo una higuera sagrada —un *bo*, *Ficus religiosa*— y prometió no levantarse hasta haber comprendido qué quería la vida de él. Pasó un mes y luego otro. Entonces se despertó del sueño de la humanidad. Las verdades resplandecieron en su cabeza, cosas muy simples que se ocultaban a plena luz. En aquel momento, el árbol que se alzaba sobre el nuevo buda —cuyos brotes aún crecen dispersos por el planeta— se llenó de flores, que se transformaron en higos orondos y de color púrpura.

Mimi no espera algo ni la centésima parte de grandioso. De hecho, no

espera nada suficiente como para abandonarse a sí misma. Un aroma innombrable: eso es lo único que quiere. Este bosquecillo. Este olor de doscientos millones de años. Su familia en el mejor momento, cuando era más libre, en su nación de origen. Pescar de nuevo al lado del único hombre que de verdad la ha conocido, en la corriente de un río que no desapareció hace tanto tiempo.

Una mujer con una sillita doble con mellizos se sienta en un banco cercano.

—Qué sombra tan agradable —dice Mimi—. ¿Sabía que el ayuntamiento quiere talar todo esto?

Se está politizando. Volviéndose activista. Odia a los activistas, la forma en que te sueltan cosas que no tienen nada que ver contigo. Al cabo de un minuto, le cuenta a la joven y asustada madre primeriza que hay una reunión en el ayuntamiento el día veintitrés. Y el fantasma de su padre observa a no mucha distancia, bajo los pinos, sonriéndole.



Douglas Pavlicek despierta mientras Mimi se llena los pulmones por última vez y regresa al aire acondicionado. Le lleva una pequeña eternidad darse cuenta de que está en la habitación del motel, la que alquiló después de regalar doscientos dólares en cerveza y de perder otros cien al billar. Pero nada de eso le preocupa. Esta tarde, el miedo al despertar es más sólido. Toda su ansiedad se centra en el corte anual permisible y en la posibilidad de que, durante los cuatro últimos años, le hayan estado engañando para que desperdicie su vida, o algo peor.

Hace cuatro horas que terminó el desayuno continental, así que el recepcionista le vende una naranja, una chocolatina y un café, tres preciados tesoros arbóreos que le permiten llegar a la biblioteca pública. Allí encuentra a un bibliotecario dispuesto a ayudarlo en la investigación. El hombre saca de las estanterías varios volúmenes sobre leyes y códigos, y entre ambos los consultan. La respuesta no es buena. Cosa Dos, el muy hijo de puta, tenía razón. Plantar árboles solo ha servido para dar luz verde a una tala aún más colosal. Es hora de cenar cuando Duggie acepta los hechos. Lleva todo el día sin comer, a excepción de aquellos tres regalos de los árboles. Pero la

idea de volver a ingerir algo —alguna vez en la vida— le provoca náuseas.

Necesita caminar. Caminar: lo único sano que le queda. Aunque lo que de verdad le apetece es salir corriendo hacia una ladera pelada y devolver el futuro al suelo. Es lo que sus músculos saben hacer, en especial ese gran músculo de su inventario: el alma. Una pala y una bandolera llena de reclutas verdes. Lo que, hasta hoy, consideraba una esperanza.

Camina toda la tarde, solo se detiene para transigir con su cuerpo: una hamburguesa, que esquiva las papilas gustativas en el descenso. La noche es tan suave y el aire tan ligero que durante casi un kilómetro se olvida de su miedo en caída libre. Pero no puede acallar las preguntas: «¿Qué hago yo ahora durante los siguientes cuarenta años? ¿Hay algún trabajo que no se convierta en puro estiércol gracias a la eficacia de la humanidad?».

Camina kilómetros durante horas mientras rodea el centro de Portland en dirección a un barrio tranquilo de uso mixto, atraído por un olor que no sabe nombrar. Se detiene en una tienda de comestibles para comprar una botella de zumo verdoso y se la bebe mientras lee las noticias de un tablón de anuncios colgado junto a la puerta. «Gato perdido, muy inteligente.» «Reequilibrio del Ki.» «Llamadas de larga distancia baratas.» Y de repente:

¡Reunión en el ayuntamiento! ¡El 23 de mayo!

Algún vestigio de locura dentro del cerebro de la especie humana no funciona bien y hace que las personas no logren entenderse con las demás especies. Le pregunta al chico de caja dónde está el parque en cuestión. Al niño parece que le ha mordido una rata en la nariz.

—Está muy lejos para ir andando.

—Ya será menos.

Resulta que Douggie ha pasado por delante hace un rato. Vuelve por el mismo camino. Percibe el olor del pequeño parque de bolsillo antes de verlo: como un trozo de tarta de cumpleaños de Dios. Los árboles condenados tienen tres agujas por fascículo y grandes placas naranjas. Viejos amigos. Establece el campamento base en un banco bajo los pinos. Deja que los árboles lo consuelen. Es de noche, pero el barrio parece seguro. Más seguro que cualquier vuelo sobre Camboya. Más seguro que muchos de los bares donde se ha quedado dormido. Le gustaría dormir aquí. A la mierda el pragmatismo y todas las obligaciones que derivan de él. Un tío lo único que

necesita es una noche al aire libre, donde nada se interponga entre su cabeza y una lluvia de semillas. «El veintitrés —piensa de pronto— es la reunión en el ayuntamiento, dentro de solo cuatro días.»

Su sueño, una vez aquí, es el más real de los últimos años. Esta vez, el avión se estrella en la selva jemer. El capitán Straub está empalado en unos matorrales malignos que Douglas no logra ver. Levine y Bragg aterrizan cerca, pero Douglas no puede alcanzarlos y al cabo de poco tiempo dejan de contestar a sus gritos. De nuevo está solo en lo que, según se da cuenta, es una especie de Portland extraño que ha sido engullido por un baniano. Se despierta con el sonido de unos helicópteros que rastrean el dosel de la selva con unos potentes focos y van en su busca.

Pero esta noche los helicópteros en realidad son camiones de los que descende una avalancha de hombres con herramientas. Por un momento, son soldados que llegan para inmolar el pueblo de Douggie en un tiroteo final. Entonces termina de despertarse y ve que hay motosierras. Mira el reloj: poco más de medianoche. Al principio cree que lleva días durmiendo. Se pone de pie y se acerca en misión de reconocimiento.

—¡Qué hay! —Se aproxima a las herramientas.

—¡Hola! —Los cascos retroceden, como si huyeran de un loco.

—No estaréis montando ahora, ¿verdad?

Los hombres siguen trabajando, preparando las máquinas. Acordeonan la zona. Colocan la plataforma elevadora mastodóntica en su sitio y enganchan los anclajes.

—Os habéis equivocado, me parece. Hay una audiencia dentro de unos días. Mirad el cartel.

Una especie de jefe de cuadrilla se acerca. Su actitud no es amenazadora; para ser exactos, es autoritaria.

—Señor, vamos a tener que pedirle que se marche antes de empezar a talar.

—¿Vais a talar? Pero si es noche cerrada.

Aunque, por supuesto, eso tiene arreglo con las dos líneas de focos que han arrastrado hasta allí. Ya no es «noche cerrada». Entonces cae en la cuenta de manera estrepitosa.

—Esperad un momento.

—Son órdenes municipales —dice el capataz—. Tiene que salir de la zona acordonada.

—¿Órdenes municipales? ¿Qué coño significa eso?

—Significa que tiene que salir. Fuera de la cinta.

Douglas echa a correr hacia los árboles condenados. El movimiento los pilla a todos por sorpresa, y los operarios tardan un segundo en salir tras él. Cuando lo atrapan, está a muy poca distancia de uno de los troncos. Lo agarran del pie. Alguien lo golpea con la culata de una podadera. Se cae al suelo sobre la pierna mala.

—Parad. ¡La estáis cagando!

Dos operarios lo inmovilizan en el suelo hasta que llega la policía. Es la una de la mañana. No deja de ser otro delito contra la propiedad privada cometido mientras la ciudad duerme. Esta vez los cargos contra él son: alteración del orden público, obstrucción a la realización de tareas públicas y resistencia a la autoridad.

—¿Te parece gracioso? —pregunta el policía mientras lo esposa.

—Créame, a usted también se lo parecería.

En la comisaría de la calle Dos le preguntan cómo se llama.

—Prisionero 571.

Hace falta sacarle a la fuerza la cartera de los vaqueros para averiguar su identificación. Y tienen que aislarle para evitar que agite a los demás delincuentes y provoque una revuelta.



A las siete y media de la mañana, Mimi llega a la oficina, más temprano de lo habitual. Han cancelado un pedido de propulsores de bombas centrífugas desde Argentina. Suelta el café, enciende las luces, conecta el ordenador y espera para entrar en la red corporativa. Se gira para echar un vistazo al exterior y suelta un grito. Donde debería haber follaje, no hay más que una extensión de cumulonimbos azules grisáceos.

Dos minutos después, se encuentra en el terreno pelado donde crecían los árboles que antes observaba cuando necesitaba un momento de recuerdo y de paz. Ni siquiera se ha cambiado las zapatillas por los zapatos destalonados. El sobrio claro niega que allí haya sucedido algo. No queda ni un tronco, ni una rama, solo serrín y agujas alrededor de los tocones planos y frescos. Madera anaranjada expuesta al aire, savia que brota del borde exterior de los anillos; un anillo detrás de otro, muchos más anillos de los años que ella tiene.

Y el olor, ese olor a anticipación y pérdida, a pino recién cortado. El mensaje, la medicina que funcionaba en su cerebro, ahora se concentra y se expone a la muerte. Empieza a lloviznar y cierra los ojos. Está desbordada por la indignación, por la malicia del hombre, por una sensación de injusticia mayor que su vida, por la antigua pérdida que nunca jamás será repuesta. Cuando vuelve a abrir los ojos, la verdad asalta su cabeza. Como la Iluminación, pero sin brillo.



La germinación sucede deprisa. Neelay acaba su *space opera*. Una parte del niño larguirucho en silla de ruedas desea ofrecer el juego de manera gratuita. Pero llega un momento, como también sucede en el juego, en que debe convertir su remanso de universo en un flujo de ingresos.

Para poner a la venta el juego hace falta una compañía, aunque sea falsa. La central de su empresa es su apartamento, situado en una planta baja con rampa de acceso, cerca de El Camino, en la ciudad de Redwood. El negocio necesita un nombre, aunque el personal no sea más que un minusválido indioamericano de veintitantos años sobre ruedas, como un montón de ramas en un carruaje. Pero ponerle nombre a una empresa resulta ser más difícil que programar un planeta entero. Neelay se pasa tres días jugando con palabras combinadas y neologismos, pero el resultado no es aceptable o ya está cogido. Se encuentra chupando la cena —un mondadientes de canela— y mirando unos membretes inventados cuando la palabra *Redwood* (Secuoya) aparece en el remitente. Es como si alguien le susurrara al oído la respuesta obvia. Mediante un programa de dibujo, bosqueja un logo: una copia del imponente árbol de Stanford. Ha nacido *Sempervirens*.

El primer producto de la compañía recibe el título de *Las profecías de Sylvan*. Con un programa de diseño gráfico de última generación, crea el anuncio publicitario. En la cabecera de la página, aparecen las palabras:

HAY UN NUEVO PLANETA MUY CERCA DE NOSOTROS

Neelay introduce el anuncio en la contracubierta de los cómics y revistas de informática de todo el país. En la ciudad de Menlo Park, un equipo de copia de discos lanza tres mil disquetes. Contrata a dos antiguos amigos de

Stanford para que distribuyan el juego por las tiendas de ambas costas. Al cabo de un mes, se agotan las existencias de *Las profecías de Sylvan*. Neelay lanza más ejemplares. Vuelven a venderse. Le sorprende que haya tantos ordenadores con los requisitos mínimos necesarios para el juego. Se sigue corriendo la voz. Las ganancias fluyen y pronto el trabajo es demasiado para una sola persona.

Firma un contrato de cinco años para alquilar una antigua consulta de dentista. Contrata a una secretaria y la nombra jefa de personal. Contrata a un pirata informático y lo nombra programador jefe. Ficha a un tipo con un título en Contabilidad que se metamorfosea en gerente comercial. Reunir al equipo es como construir el planeta hogar de *Las profecías de Sylvan*. De las decenas de candidatos, contrata a los que menos se inmutan cuando ven aparecer su cuerpo desgarbado sobre la silla motorizada.

Por raro que parezca, los nuevos empleados prefieren un sueldo fijo a participar de los beneficios futuros. Es un fracaso de la imaginación. No tienen ni la menor idea de hacia dónde se dirige su especie. Neelay intenta que cambien de opinión, pero todos prefieren la seguridad y el dinero en efectivo.

Enseguida el gerente comercial informa a Neelay: no basta con fingir que es una compañía. Tiene que constituirse como sociedad. *Sempervirens* se convierte en persona jurídica. Neelay se va a la cama por la noche soñando con sucursales y expansión. Es una industria reciente con una curva de crecimiento ilimitada. Solo necesita unos cuantos éxitos de ventas cada vez mayores. Entonces remodelará el mundo, tal y como se lo mostraron de refilón aquellas formas de vida extraterrestres del terrario silvestre en el patio de Stanford.

Durante el día, cuando no está aprendiendo cómo dirigir una compañía, sigue programando. Es una actividad que todavía le sorprende. Declarar una variable. Especificar un procedimiento. Ordenar a cada rutina bien definida que lleve a cabo su función dentro de estructuras mayores, más inteligentes, más capaces, como los orgánulos que constituyen una célula. Y que a partir de instrucciones simples surja una entidad con comportamiento autónomo. Palabras en acción: es la Próxima *New Thing* del planeta. Mientras programa, sigue siendo un niño de siete años, con un mundo entero de nuevas posibilidades que suben por las escaleras en los brazos de su padre.

El primer juego se sigue vendiendo como churros cuando *Sempervirens* saca la secuela. *Las nuevas profecías de Sylvan* consiguen una increíble

verosimilitud en doscientos cincuenta y seis colores sorprendentes. El juego tiene una presentación y un embalaje de verdad, con material gráfico profesional, a pesar de que la mecánica del juego es la misma: la exploración y el establecimiento en una nueva galaxia en mayor resolución. Al público no le importa que sea un refrito. El público no se cansa. Adoran la naturaleza indefinida del mundo, donde no hay una manera de ganar. Como sucede con un negocio, lo importante es jugar durante el mayor tiempo posible.

Las nuevas profecías de Sylvan consigue ser número uno en ventas incluso antes de que su antecesor salga de la lista de los diez más vendidos. Los jugadores publican mensajes en los tabloncillos *online* sobre las criaturas salvajes que encuentran en los planetas lejanos: combinaciones extrañas e imprevisibles de animales, plantas y minerales. Para muchas personas, la flora y la fauna del juego resultan más entretenidas que el hecho en sí de encontrar el tesoro en el centro de la galaxia.

Ambos juegos generan más dinero que muchas películas de Hollywood, pero con un gasto mucho menor. Neelay reinvierte todos los beneficios en la tercera entrega, aún más ambiciosa que las dos anteriores juntas. Nueve meses más tarde, *La revelación de Sylvan* sale al mercado al escandaloso precio de cincuenta dólares. Sin embargo, cada vez más gente considera que es barato para la experiencia transformadora que supone, inexistente dos años atrás.

Una gran editorial llamada Digit-Arts se ofrece para comprar la marca. El acuerdo es lógico en todos los sentidos. Un grupo de profesionales se encargaría de las ventas y la distribución de todos los productos venideros, de manera que Sempervirens podría dedicarse en exclusiva al desarrollo. Neelay no quiere dirigir una compañía; quiere crear mundos. La oferta de Digit-Arts garantizaría su libertad y le proporcionaría sillas de ruedas de última generación para siempre.

La noche que acepta verbalmente el acuerdo, Neelay no puede dormir. Está tumbado en su cama ajustable, decorada con el tapete de bolsillos acolchados de su madre y equipada con un arco de acero envuelto en gomaespuma. Hacia la medianoche, comienza a sufrir unos espasmos tan fuertes en las piernas que parece capaz de andar. Necesita levantarse. Sería más fácil con la ayuda de Gina, su cuidadora, pero todavía faltan unas cuantas horas para que llegue. Al pulsar un botón, la parte superior de la cama se pone recta. Rodea con el brazo el poste vertical derecho y echa el brazo izquierdo por delante de la barra horizontal. La atrofia muscular hace

que sus antebrazos parezcan un par de trozos de madera a la deriva, y los codos sobresalen como nudos protuberantes. Requiere de todas sus fuerzas para hacer palanca y lograr sentarse. Los hombros le tiemblan, y aprieta los ojos cuando llega el momento clave que amenaza con postrarlo de nuevo en la cama. Se mece un poco para inclinar el torso hacia delante, colocar los dos brazos al frente y reforzar la postura. Es el primer paso... de cincuenta y dos, más o menos, según cómo se cuente.

Lleva el pantalón de chándal por las rodillas, como siempre que tiene puesto el catéter. Se estira hacia delante todo lo que puede, casi doblado sobre sí mismo, para que el peso de la cabeza y de los hombros le permita colocar las manos cerca de las nalgas. El brazo derecho se desliza bajo el muslo izquierdo. Ahí tampoco hay mucha carne que digamos, o más bien ninguna, pero el lastre de sus piernas sigue siendo un punto de apoyo donde sujetarse para mantener el torso recto.

Forcejea con el pantalón y se cae hacia atrás sobre el codo izquierdo. Levanta el débil puente levadizo de la pierna. La nalga se eleva lo suficiente como para recolocar el pantalón en su sitio. El éxito siempre tarda en llegar. La pierna cae de nuevo y él se desploma de espaldas sobre las protuberantes escápulas. Una vez más, se levanta con ayuda de la barra y repite el proceso con la derecha hasta que el pantalón le llega a la cintura. Alisarse las perneras lleva su tiempo, pero el tiempo, en mitad de la noche, es un recurso abundante. Entonces, agarrándose de nuevo a la barra de arriba y otra vez estable, alcanza uno de los muchos ganchos de donde cuelgan distintos aparejos, fija el arnés de lona en forma de U y, mediante cien pequeños movimientos, lo extiende sobre la cama alrededor de la parte superior de su cuerpo. Después, pasa una correa que va enganchada a la cintura por debajo de cada pierna.

Vuelve a incorporarse, agarra la polea y la arrastra por su eje horizontal hasta colocarla justo arriba. Las cuatro correas ya están sujetas a los seguros de la polea, dos por cada lado, de manera que se mete el mando a distancia en la boca y, después de ajustar las correas, aprieta el botón con los dientes hasta que se coloca en posición erguida. A continuación, pone el mando en el arnés y separa la bolsa de orina del lateral de la cama. Mientras sujeta el tubo con los dientes para tener libres ambas manos, une la bolsa al arnés en el que está envuelto. A continuación, presiona el botón de la polea de nuevo y se eleva.

Siempre hay un momento, cuando se traslada por el aire desde la cama a la silla, en que todo este precario sistema se tambalea. En otras ocasiones ha

habido fallos, se ha golpeado con fuerza contra alguna pieza metálica o ha acabado en el suelo, dolorido y bañado en orina. Esta noche, sin embargo, no hay ningún percance. Solo debe ajustar el asiento de la silla y colocar bien las ruedas, pero el aterrizaje es perfecto. Una vez en la silla, deshace todos los pasos, suelta la polea, coloca la bolsa y, como Houdini, se libera del arnés que tiene debajo sin apenas levantarlo. Ponerse la sotana no entraña dificultad. Los zapatos, aunque abiertos y grandes como los de un payaso, son algo más complicados. Pero ahora ya tiene movilidad y se traslada acelerando a golpes de palanca de control con tanta facilidad como si hiciera giros Immelmann en un simulador de vuelo. La ordalía completa solo le ha llevado unos treinta minutos.

Al cabo de otros diez minutos más, está junto a la furgoneta, esperando a que el suelo hidráulico descienda. Hace rodar la silla hasta el cuadrilátero de acero y sube. Se empuja por la abertura hacia la cabina diáfana. El elevador se repliega y las puertas se cierran. Coloca la silla delante de una consola donde el acelerador y el freno son palancas a la altura de la cintura, fáciles de manejar hasta para sus brazos atrofiados.

Tras varias docenas de órdenes más en este algoritmo de libertad, aparca, sale de la furgoneta y se dirige hacia el patio central de Stanford. Da una vuelta completa mientras inspecciona, rodeado por las mismas formas de vida extraterrestres de seis años atrás. Todas esas criaturas de una galaxia muy muy lejana: davinia, jacaranda, cuchara del desierto, alcanforero, árbol de fuego, paulonia imperial, braquiquito, moral rojo. Recuerda cómo le hablaron entre susurros del juego que estaba destinado a crear, al que jugarían muchísimas personas de todo el mundo, un juego que arrojaría a los jugadores a una selva viva y enérgica con un potencial apenas imaginable.

Esta noche los árboles tienen los labios sellados y se niegan a contarle nada. Neelay se da golpecitos con los dedos en los muslos consumidos, espera, presta atención durante más tiempo del que ha tardado en llegar hasta aquí. No hay nadie. La luna es un teléfono en llamas al que cualquier terrestre podría llamar solo con levantar la vista y ver lo que él ve. Desea que la colección de árboles le haga una señal. Los seres extraterrestres agitan sus extrañas ramas. El golpeteo colectivo en el aire le molesta. Su recuerdo se eleva por dentro, como la savia. Y ahora es como si las ramas golpeadas por el viento le señalaran hacia otro lugar, más allá del patio, fuera del pueblo de Escondido, al otro lado de las calles Panamá y Roble...

Se dirige hacia donde dictan las señales. Hacia el sur, las cimas

redondeadas de las montañas de Santa Cruz se elevan sobre los tejados del campus. Y de pronto, recuerda: un día, hace más de media vida, paseando por un camino forestal con su padre, se topó con una secuoya espectacular y monstruosa, una Matusalén que había escapado de los leñadores no se sabe cómo. Ahora lo ve claro: ese es el árbol que le ha puesto nombre a su compañía. Y sin pensárselo dos veces, sabe que debe acudir a consultarle.

Las curvas de Sand Hill Road, ya espeluznantes de día, son mortales por la noche. Vira de un lado a otro como si viajara en una de esas cápsulas voladoras que se pueden construir en el nivel veintinueve de *Las profecías de Sylvan*. A esta hora la carretera está vacía, nadie ve al Ent esquelético con piernas inútiles que pilota con unos extraños dedos huesudos una furgoneta adaptada. En la cima de la cadena montañosa, en la carretera de Skyline, denominada así por el teleférico que desnudó estas colinas para construir San Francisco, gira a la derecha. Hasta aquí recuerda. Si los recuerdos cambian los caminos del cerebro, el sendero debería seguir ahí. Es solo cuestión de esperar a que lo salvaje emerja de entre la maleza.

Conduce a través del túnel del renoval, que en cien años ha crecido lo suficiente como para engañarle y hacerle creer, en plena oscuridad, que se trata de un bosque virgen. A la derecha, un apartadero le resulta tan reconocible que se detiene en cuanto lo ve. Lleva una linterna en la guantera. Acciona el elevador para bajar al suelo esponjoso y aguarda un momento sin saber muy bien cómo manejar la silla —por muy anchas y reforzadas que sean las ruedas— a través del sendero que se extiende ante él. Esa es la exigencia de esta aventura gráfica.

Durante los primeros cien metros, todo va bien. Pero entonces la rueda izquierda se topa con un declive húmedo del terreno y se resbala. Neelay acciona la palanca de control para contrarrestar el movimiento. Retrocede y gira con la intención de hacerse a un lado, pero la rueda pisa el barro y se hunde. Agita la linterna delante de él. Las sombras se alzan como espectros furiosos. Cada crujido de rama parece provocado por un depredador alfa extinto. A lo lejos, se oye el motor de un coche que se acerca por Skyline. Neelay grita con todas sus fuerzas y agita el haz de luz como un poseso. Pero el coche pasa a la velocidad del rayo.

En medio de una oscuridad absoluta, se pregunta cómo sobrevivió la humanidad en semejante lugar. Cuando salga el sol, algún senderista lo encontrará. Si no es mañana, pasado mañana. ¿Quién sabe cuánta gente frecuenta esa ruta? Un chirrido llega desde detrás. Apunta con la linterna,

pero no puede girarse lo suficiente. Tarda un rato en recuperar el ritmo cardíaco normal. Cuando lo hace, debe vaciar la bolsa de la orina todo lo lejos que puede.

Entonces lo ve delante de él, entre las sombras, a unos diez metros. Sabe por qué lo ha obviado: es demasiado grande. Demasiado grande para tener sentido. Demasiado grande para considerarlo un ser vivo. Es una puerta triple de negrura en medio de la noche. El haz de luz no abarca más que una pequeñísima parte del interminable tronco. Y sobre el tronco, en línea recta, más allá de toda comprensión, está el ecosistema inmortal y colectivo. *Sempervirens*.

Por debajo de la vida extraordinaria, un hombrecillo y su diminuto hijo levantan la vista. Juntos son más bajos que el contrafuerte que sobresale del sistema radicular de ese ser. Neelay observa, consciente de lo que viene a continuación. El recuerdo es tan denso como si estuviera programado en su interior. El padre se inclina hacia atrás y levanta las manos. «La higuera de Visnú, Neelay-*ji*. ¡Regresa para tragarnos!»

Al niño le dieron ganas de reír, como ahora al hombre que está sentado.

«Pita, estás loco. ¡Es una secuoya!»

El padre le explica: todos los troncos del mundo proceden de la misma raíz y se despliegan a lo largo de las ramas de ese árbol único con una intención.

«Piensa en la programación que creó a este ser gigante, Neelay mío. ¿Cuántas células hay en su interior? ¿Cuántos programas en funcionamiento? ¿Qué hacen todos ellos? ¿Dónde intentan llegar?»

Dentro del cráneo de Neelay, las luces se encienden. Y allí, en la oscuridad del bosque, mientras agita su pequeña linterna y siente un zumbido procedente de la columna negra e imponente, averigua la respuesta. La rama solo quiere seguir bifurcándose. La gracia del juego es seguir jugando. No puede vender la compañía. Existe un fragmento de código, ya presente en los primeros programas que escribió junto a su padre, que debe continuar acompañándole en el camino. Vislumbra el siguiente proyecto, que es de lo más simple. Como la evolución, reutiliza todas las piezas viejas que resultaron eficaces con anterioridad. Como la evolución, eso significa desplegarse.

Ahora no puede esperar hasta mañana para que lo encuentren. Le sobreviene otra idea, más pequeña pero inmediata. Se quita la sotana y la tira al suelo delante de la rueda atascada. Con un toque de palanca, se libera; sube

por el sendero y se mete en la furgoneta, donde conduce, con el pecho al aire, mediante mil etapas y subrutinas, hasta la ciudad de Redwood y su puesto de trabajo.

Al día siguiente, llama a Digit-Arts y rompe el trato. Los abogados lo amenazan y ponen el grito en el cielo. Pero lo único que querían de la fusión era a él. Él es el único capital de Sempervirens que merece la pena adquirir. Sin su aprobación, el trato no significa nada.

Una vez rota la fusión, reúne a sus empleados y les explica cómo funcionará el siguiente proyecto. El jugador empezará en un rincón deshabitado de una nueva Tierra recién creada. Será capaz de cavar minas, cortar árboles, arar tierras, construir casas, iglesias, mercados y colegios, todo lo que desee su corazón y puedan conseguir sus piernas. Viajará por las ramas crecientes de un enorme árbol tecnológico, lo explorará todo, desde la piedra esculpida hasta las estaciones espaciales, y será libre de seguir cualquier escala de valores, de establecer cualquier cultura novedosa.

Pero hay un giro inesperado: otras personas, personas de verdad, al otro lado de sus módems, desarrollarán su propia cultura en otras partes de ese mundo virgen. Y todas esas personas reales querrán la tierra que está bajo el imperio de los demás jugadores.

Nueve meses más tarde, una copia alfa que circula por la oficina paraliza Sempervirens. Una vez que los empleados comienzan a jugar, no quieren hacer nada más. Dejan de dormir. Se olvidan de comer. Las relaciones interpersonales son una molestia secundaria. *Una partida más. Solo una.*

El juego de llama *Destino*.



Nick y su visitante de paso necesitan dos semanas para cerrar la casa Hoel. Los Hoel de Des Moines se acercan por allí para comprar el coche de Nick y tomar posesión de las reliquias familiares. Tras ellos llegan los subastadores, que colocan una pegatina verde en todos los muebles y electrodomésticos a los que les pueden sacar algo de dinero. Unos hombres corpulentos con los bíceps marcados cargan los muebles y los utensilios oxidados de la granja en un camión de siete metros y los trasladan a lo largo de dos estados hasta un lugar donde se venden en consignación. Nick no establece un precio mínimo.

Las posesiones acumuladas durante generaciones se dispersan como el polen al viento. La casa Hoel ha dejado de existir.

—Mis antepasados llegaron a este estado con las manos vacías. Yo debería marcharme del mismo modo, ¿no crees?

Olivia le toca el hombro. Han pasado juntos catorce días y trece noches echando el cierre a una casa como si, después de medio siglo plantando cosechas y sobreviviendo a los caprichos del clima, se retiraran por fin a Scottsdale para morir encorvados, frente con frente, sobre un tablero de ajedrez. La ilimitada rareza de la situación mantiene a Nick despierto toda la noche. Se marcha a California con una mujer que se detuvo por impulso frente a su casa al ver su absurdo cartel en la interestatal. Una mujer que oye voces silentes. «Bueno —piensa Nicholas Hoel—, esto sí que es una acción artística.»

La gente se acuesta con desconocidos. Se casa con desconocidos. Se pasan medio siglo juntos en la cama y al final acaban como desconocidos. Nicholas sabe todo eso; ha limpiado la casa después de la muerte de sus padres y abuelos, ha realizado todos los terribles descubrimientos que solo los muertos proporcionan. ¿Cuánto se tarda en conocer a alguien? Cinco minutos, ya está. Nada puede alejarte de esa primera impresión. ¿Esa persona que recorre la vida contigo en el asiento del copiloto? Siempre es un autoestopista a quien soltar al final del trayecto.

El caso es que las obsesiones de ambos están entrelazadas. Cada uno posee la mitad de un mensaje secreto. ¿Qué otra cosa puede hacer él sino intentar ensamblar las dos mitades? Y si derrapan y se despiertan del sueño con las manos vacías, ¿qué le habrá costado, aparte de una espera solitaria?

Después de medianoche, Nick se sienta a leer en la habitación vacía de sus antepasados bajo el brillo tenue del farol. Diez años ocupando este sitio y siente como si estuviera instalado en una cabaña remota. Sigue leyendo la entrada sobre las secuoyas de la enciclopedia, también marcada con la pegatina del subastador. Lee acerca de unos árboles tan altos como la longitud de un campo de fútbol. Un árbol cuyo tocón formó una pista de baile para que doce personas ejecutarán un cotillón.

Lee el artículo de la enciclopedia sobre trastornos mentales. La sección de diagnóstico de la esquizofrenia contiene esta frase: «Las creencias no deberían considerarse delirios si están de acuerdo con las normas sociales».

Su compañera tararea para sí misma mientras prepara el desalojo. Su expresión hace que a él se le detenga la respiración. Es joven e inocente,

carente de miedo, con una vocación más fuerte que la de cualquier monja medieval. No podría renunciar a un viaje de carretera con ella, al igual que no puede evitar convertir sus sueños en dibujos. De todos modos, él ya estaba levantando el campamento. Ahora la vida le ofrece un lujo del que nunca antes había disfrutado: un destino y alguien con quien tratar de alcanzarlo.

Dos semanas juntos en una casa en pleno invierno del Medio Oeste y ni siquiera ha intentado tocarla. Esa es la única parte decepcionante. Y ella sabe que no lo hará. El cuerpo cercano de la mujer no está corrompido por algo tan crudo como el nerviosismo. Su recelo hacia él no es mayor que el recelo de la superficie de un lago hacia el viento.

La mañana después de que el camión de subastas se lleve la última de las posesiones de los Hoel, comparten un desayuno frío. Han pasado la noche en sacos de dormir. Ahora ella está sentada sobre el suelo blanco de pino, cerca del lugar donde ha permanecido durante más de un siglo la mesa de roble fabricada por el padre del tatarabuelo de Nick. Las hendiduras del suelo la recordarán para siempre. Lleva puesta una camisa masculina larga y unas medias de rayas como los bastones de caramelo.

—¿No tienes frío?

—Parece que desde que morí me he vuelto calurosa.

Él aparta la cara y sacude la mano hacia sus piernas desnudas.

—¿Podrías... taparte o algo? Los chicos no somos de piedra.

—Anda, venga ya. Nada que no hayas visto antes.

—No en ti.

—Es el mismo inventario básico de siempre.

—No sabría decirte.

—Ja. Aquí han vivido mujeres. No hace mucho.

—Qué va. Soy un artista célibe. Tengo un don especial.

—Crema antiarrugas en el botiquín. Laca de uñas. —Hace una parada y se ruboriza—. A menos que tú...

—No, no soy tan creativo. Mujeres. Una mujer.

—¿Su historia?

—Se largó no mucho después de que yo descubriera la plaga del castaño. Se asustó. Pensó que un tío debía pintar más cosas aparte de ramas y más ramas.

—Eso me recuerda que tenemos que poner las obras a buen recaudo.

—¿A buen recaudo? —Su sonrisa se tuerce como si chupara alumbre, recuerdos del almacén de Chicago que dio cobijo a los grandes cuadros que

realizó cuando tenía veinte años, hasta que los convirtió en combustible para una gran obra conceptual.

Ella capta esa mirada lejana, como si otras formas de vida le estuvieran dictando algo.

—¿Y si las enterramos fuera?

A él se le pasan por la cabeza antiguas técnicas, pátinas y craquelados, prácticas de cerámica subterránea que aprendió en la escuela de arte. La idea le hace sentir tan bien como tratar de regalarle las obras a los automovilistas que pasen por delante.

—¿Por qué no? Hagamos que se descompongan allá abajo.

—Pensaba envolverlas en papel de burbujas.

—Es enero, como bien sabes, aunque no lo parezca. Tendríamos que alquilar una excavadora para conseguir abrir el más mínimo agujerito. — Entonces se acuerda de algo que le provoca una carcajada—. Vístete. Ponte el abrigo. Vamos.

Uno al lado del otro, sobre la pendiente de detrás del cobertizo agrícola, observan un montículo de sedimento, invisible desde la casa, que les llega hasta la cintura y, junto a él, un hoyo de tamaño considerable.

—Mis primos y yo siempre estábamos aquí cavando de pequeños. Buscábamos el núcleo fundido de la Tierra. Nadie se molestó jamás en tapar el agujero.

Ella inspecciona el terreno.

—Uy. Estupendo. Os adelantasteis.

Entierran las obras de arte. La pila de fotos —el folioscopio que recoge el crecimiento de un castaño durante un siglo— también va dentro. Allí se encuentra más seguro que en cualquier lugar de la superficie.

Esa noche están de nuevo en la cocina, preparándose para salir por la mañana. Ella, más pudorosa, lleva una sudadera y unas mallas. Él camina de acá para allá con la típica sensación en el estómago que acompaña un salto al vacío. Una mezcla de terror y de emoción: todo vuela por los aires. Vivimos, nos damos una vuelta por ahí y ya está, hasta siempre. Y sabemos lo que nos espera, gracias al fruto del árbol tabú que comimos por engaño. ¿Por qué lo pusieron allí y luego lo prohibieron? Para asegurarse de que lo probábamos.

—¿Qué dicen ahora tus adiestradores?

—Esto no va así, Nicholas.

Junta las manos bajo la boca.

—Entonces, ¿cómo va?

—Me están diciendo: *Revisa el nivel del aceite*. ¿Te vale?

—¿Cómo vas a encontrarlos?

—¿A mis adiestradores?

—No, a los manifestantes. A los de los árboles.

Ella se echa a reír y le toca el hombro, un gesto frecuente que él preferiría evitar.

—Intentan salir en los periódicos. Debería ser fácil dar con ellos. Si nos acercamos y seguimos sin encontrarlos, iniciaremos nuestro propio movimiento.

Él intenta reprimir la carcajada, pero ella parece hablar en serio.

Por la mañana, emprenden el camino. El coche está lleno hasta los topes. Después de cinco horas de camino hacia el oeste, ya se conocen mejor de lo que dos personas pueden llegar a conocerse, salvo catástrofe. Mientras conduce, él le cuenta lo que nunca le ha contado a nadie: la noche imprevista en Omaha y el regreso a casa para hallar a sus padres y a su abuela muertos por intoxicación de gas.

Ella le toca la parte superior del brazo.

—Sabía que era eso. Casi con exactitud.

Al cabo de diez horas, ella dice:

—Estás a gusto callado.

—Tengo práctica.

—Me gusta. Tengo mucho que aprender.

—Quería preguntarte por... No sé. Tu actitud. Tu... aura. Es como si estuvieras expiando alguna culpa.

Ella se echa a reír como si tuviera diez años.

—A lo mejor es así.

—¿Y qué culpa es?

Olivia encuentra la respuesta en el horizonte del oeste, que burbujea con montañas lejanas.

—La de haber sido una cabrona. La de no haber sido una persona atenta.

—Resulta muy cómodo no decir nada.

Ella analiza la idea y parece estar de acuerdo. Él piensa: «Si me metieran en la cárcel o me quedara atrapado en un refugio atómico con alguien, elegiría que fuera con esta persona».

En el motel, justo después de Salt Lake, el recepcionista pregunta:

—¿Cama de matrimonio o dos individuales?

—Dos individuales —dice Nick, oyendo una risita infantil en su interior.

Hacen incómodos turnos para entrar al baño. Después, permanecen despiertos otra hora más, charlando a través del abismo de menos de un metro que separa las camas. Demasiado habladores para los mil seiscientos kilómetros que acaban de recorrer.

—Nunca he formado parte de un movimiento de protesta.

Él debe pensar que seguramente participó en algún acto de revuelta política en la universidad. Sin embargo, se sorprende a sí mismo contestando:

—Yo tampoco.

—No me entra en la cabeza que haya gente que no participe en este.

—Los leñadores. Los libertarios. La gente que cree en el destino de la humanidad. La gente que necesita mesas y tablonés... —Enseguida se le cierran los ojos de forma espontánea y se adentra en el sueño, ese lugar nocturno de liberación vegetal.

Nevada es extensa y lo bastante inhóspita como para burlarse de toda la política humana. Un desierto en invierno. Él mira furtivamente mientras ella conduce. Olivia está mareada y encandilada. Se adentran por la Sierra, donde les alcanza una tormenta de nieve. Nick se ve obligado a comprarle unas cadenas a un vendedor ambulante. En el puerto de Donner Pass, se quedan atrapados detrás de un tráiler, ya que ambos carriles están saturados de metal que circula a cien kilómetros por hora sobre una placa de nieve dura. Ahora Nick conduce por telepatía, encuentra un hueco en el carril izquierdo y acelera para adelantar. Un resplandor blanco. Vendas de gasa sobre el parabrisas.

—¿Olivia? ¡Mierda! ¡No veo nada!

El coche se golpea contra el arcén, derrapa y se da la vuelta. Regresan al carril, aceleran y recuperan el sentido de la marcha, de manera que se libran de la muerte por unos centímetros.

Varios kilómetros más adelante, él sigue temblando.

—Dios mío. Casi te mato.

—No —responde ella, como si alguien le dijera lo que va a suceder—. Eso no iba a pasar.

Descienden por la ladera oeste hacia Shangri-la. En menos de una hora, el exterior de su cápsula pasa de los bosques de coníferas enterradas en la nieve

al amplio y verde Valle Central de California, con sus árboles perennes floridos a ambos lados de la autopista.

—Cali —dice ella.

Él no reprime la sonrisa.

—Creo que tal vez tengas razón.



Douglas se pasa el día en el juzgado.

—Se le acusa de obstruir la realización de tareas públicas —dice el juez—. ¿Qué alega en su defensa?

—Señoría. Esa tarea públicaapestaba como el regalito de un perro en el parque.

El juez se quita las gafas y se frota la nariz. Mira hacia las profundidades de la jurisprudencia.

—Por desgracia, eso no es relevante en su caso.

—¿Por qué no, señoría? Con todos mis respetos.

En dos minutos, el juez le explica cómo funciona la ley. La propiedad. La administración pública. Eso es todo.

—Pero esos agentes trataban de derribar la democracia.

—Los tribunales están para que cualquier grupo de ciudadanos reclame justicia por cualquier acción emprendida por el ayuntamiento.

—Señoría. Soy un veterano de guerra condecorado. Me concedieron el Corazón Púrpura y la Cruz de la Fuerza Aérea. En los cuatro últimos años he plantado cincuenta mil árboles. —Ha conseguido la atención del tribunal—. He recorrido no sé cuántos miles de kilómetros para colocar plantones en el suelo con la intención de reducir un poco los efectos del progreso. Luego me enteré de que lo que estaba haciendo en realidad era darles a esos cabrones la posibilidad de cortar otros árboles más antiguos. Lo siento, pero ver la estupidez tan de cerca en ese parque público me sacó de mis casillas. Tan simple como eso.

—¿Ha estado alguna vez en la cárcel?

—Difícil pregunta. Sí y no.

El tribunal delibera. El acusado obstruyó un trabajo realizado por una empresa taladora privada que actuaba bajo las órdenes del ayuntamiento en

plena noche. No agredió a los operarios. No causó daños en la propiedad. El juez le concede a Douglas una suspensión de sentencia de siete días, además de doscientos dólares de multa, o tres días de trabajo plantando fresnos de Oregón para el arbolista municipal. Douglas elige lo segundo. Cuando sale del juzgado para regresar al motel, la grúa se ha llevado su camioneta. Los responsables quieren trescientos pavos por devolvérsela. Les pide que le guarden la camioneta mientras reúne el dinero. Tiene algunos dólares de plata enterrados por aquí y por allá.

Se parte la espalda por la ciudad plantando árboles durante una semana, más días de los requeridos por el servicio obligatorio.

—¿Por qué? —le pregunta el arbolista—. No hay ninguna razón.

—El fresno es un árbol noble.

Resiliente como no está escrito. Material para los mangos de herramientas y bates de béisbol. A Douglas le encanta esa mezcla de hojas pinadas que filtran la luz como plumas y hacen que la vida parezca más suave. Le encantan sus semillas afiladas como veleros. Le gusta la idea de plantar unos cuantos fresnos antes de hacer lo único que todos tenemos que hacer.

Cuanto más trabaja él, más culpable se siente el arbolista.

—Lo que pasó en el parque no ha sido de las mejores acciones del ayuntamiento.

Es una concesión pequeña, pero para un hombre con nómina del ayuntamiento es casi incendiaria.

—Desde luego. Con nocturnidad. Días antes de la audiencia en el ayuntamiento.

—La vida es un deporte sangriento —replica el arbolista—. Como la naturaleza.

—Los humanos no saben una mierda sobre la naturaleza. Ni sobre la democracia. ¿Alguna vez te planteas que los locos pueden tener razón?

—Depende. ¿Qué locos?

—Los verdes. Hay un montón de ellos replantando un claro en el parque nacional de Siuslaw. He conocido a otros en una manifestación en el parque nacional de Umpqua. En Oregón salen de debajo de las piedras.

—Chavales y drogatas. ¿Por qué todos se parecen a Rasputín?

—Oye —dice Douggie—. Que Rasputín tenía su punto.

Espera que el arbolista no lo entregue a la policía por sedición.

No se marcha de Portland enseguida. Antes va a la biblioteca pública para documentarse acerca de la guerrilla forestal. Su viejo amigo bibliotecario sigue siendo de gran ayuda y parece tenerle cierto afecto a Douggie, a pesar del aroma que desprende. O quizá a causa de él. Hay personas que disfrutan con el abono. Le llama la atención un reportaje sobre una acción cerca de la reserva de Salmon-Huckleberry: un grupo enseña a la gente a bloquear caminos forestales. Lo único que Douglas necesita hacer es sacar su camioneta del depósito. Antes de nada, sin embargo, debe llevar a cabo una pequeña acción de guerrilla propia. No está seguro de la legalidad de volver a la escena del crimen. Con otro acto de desobediencia civil, es posible que acabe entre rejas. La parte de Douglas que disfruta mirando la Tierra desde las alturas, tal y como hacía cuando era jefe de carga, casi espera que así suceda.

La rabia aumenta a medida que se acerca al parque. Todavía no es mediodía. Vuelve a tener la misma sensación en los hombros, el cuello y la pierna coja: la de ser pisoteado por unos matones que están engañando a toda la población. Pese a todo, la rabia no le sube los humos, sino más bien al contrario; se muestra cabizbajo y se le hunde el plexo solar hasta tal punto que, para cuando llega al parque, ya va arrastrando los pies.

El primero de los tocones aún rezuma resina. Se agacha junto a él y saca un rotulador de punta fina y el carnet de conducir, que le sirve de regla. Sostiene ambos utensilios sobre la madera serrada como si efectuara una operación quirúrgica y cuenta hacia atrás. Los años se desenrollan bajo sus dedos, inundaciones y sequías, temporadas de frío y estaciones de bochorno, todas escritas en los diversos anillos. Cuando la cuenta atrás llega a 1975, traza una X delgada e inscribe la fecha. Luego retrocede otros veinticinco años, marca otra X en una línea situada en contra de las agujas del reloj respecto a la primera, y la etiqueta con el año 1950.

La tarea continúa con incrementos de un cuarto de siglo, hasta que llega al centro. No sabe cuántos años tiene esta ciudad, pero es obvio que el árbol era ya un robusto arbolito cuando el hombre blanco pisó esta zona. Douglas anota el último año que es capaz de contar con exactitud, retrocede de nuevo hacia el borde y escribe, con letras mayúsculas que se suceden como una rueda a lo largo de media circunferencia: «TALADO MIENTRAS DORMÍAS».

Aún sigue allí, marcando los tocones, cuando Mimi sale para almorzar. La ira es su nuevo juego de cartas a la hora de la comida, un solitario con el que se entretiene mientras se come sus bocadillos de huevo y chile picante en un

banco del recién minimizado jardín zen. Desde el asalto nocturno, ha hecho decenas de llamadas telefónicas, ha acudido a una reunión pública importante y ha hablado con dos abogados, que le han advertido de que la justicia es una quimera. El almuerzo en el exterior es su único recurso: mirar los tocones frescos y mascar su rabia. Ve a un hombre a cuatro patas anotando los daños y explota:

—¿Y ahora qué hacéis?

Douggie mira a la mujer, que se parece a una camarera de Patpong que se llamaba Lalida, a la que una vez amó más que al respirar. Una mujer por cuya compañía valía la pena recorrer los terrenos más accidentados. Ella se acerca y lo amenaza con un bocadillo en forma de lanza.

—¿No os basta con asesinarlos? ¿Encima tenéis que pintarrajearlos?

Él levanta las manos y señala los jeroglíficos de uno de los tocones. Ella se detiene para echar un vistazo a los anillos etiquetados que se suceden desde el centro del círculo. El año en que su padre se voló los sesos en el jardín. El año en que se graduó y consiguió su trabajo en el quinto pino. El año en que toda la familia Ma escapó del oso. El año en que su padre le mostró el pergamino. El año de su nacimiento. El año en que su padre vino a estudiar al gran Instituto Carnegie de Tecnología. Y en el anillo exterior, la leyenda: «TALADO MIENTRAS DORMÍAS».

Vuelve a mirar al hombre arrodillado.

—Ay, vaya. Lo siento mucho. Pensé que eras... Casi te doy una patada en la cara.

—Los tíos que hicieron esto ya me la dieron.

—Espera. ¿Estuviste presente? —Junta las cejas mientras efectúa el cálculo del límite de elasticidad—. Si yo hubiera estado allí, habría pegado a alguien.

—Están derribando grandes árboles por todas partes.

—Sí, pero este era «mi» parque. Mi pan de cada día.

—Pues sí, cuando miras esas montañas piensas: «La civilización desaparecerá, pero eso continuará ahí para siempre». Solo que la civilización está bufando como un novillo con hormonas de crecimiento, y esas montañas se están viniendo abajo.

—He hablado con dos abogados. No se ha violado ninguna ley.

—Claro que no. La gente retorcida es la que tiene todos los derechos.

—¿Y qué se puede hacer?

Los ojos del hombre loco se ponen a danzar. Mira como el

decimosegundo arhat, divertido por la locura de toda aspiración humana. Vacila un momento.

—¿Puedo confiar en ti? Quiero decir... Tú no estás aquí para robarme un riñón ni nada por el estilo, ¿verdad?

Ella se echa a reír: eso es lo único que Douglas necesita para creer.

—Entonces, escucha. ¿Por casualidad no tendrías trescientos pavos? ¿O un coche que funcione?



Los Brinkman se ponen a leer cuando están juntos y a solas. Y cuando están juntos, suelen estar a solas la mayor parte del tiempo. El teatro comunitario terminó; llevan sin actuar desde el numerito aquel del bebé inexistente. Nunca han dicho en voz alta que los días de teatro hayan acabado, no hace falta ningún diálogo.

Así que, en vez de hijos, hay libros. En cuanto a gustos literarios, cada uno permanece fiel a sus sueños de juventud. A Ray le gusta vislumbrar el gran proyecto de civilización que asciende hacia su destino aún oscuro. Lo único que quiere es leer hasta la madrugada acerca de la creciente calidad de vida, de la paulatina liberación del hombre gracias a los inventos, del aumento de las competencias humanas que al final salvarán a nuestra especie. Dorothy necesita unas redenciones más violentas, historias exentas de ideas basadas en individuos vinculados a un lugar. Su salvación es cercana, ardiente y privada. Depende de la habilidad de las personas para decir «sin embargo...», para llevar a cabo pequeños gestos que parecen fuera de su alcance y que, por un momento, rompen las ataduras del tiempo.

Las estanterías de Ray se ordenan por temas; las de Dorothy, por autores en orden alfabético. Él prefiere libros actuales con derechos de autor vigentes. Ella necesita comunicarse con los muertos lejanos, con ánimas extranjeras lo más distintas posible a la suya. Cuando Ray comienza un libro, avanza a marchas forzadas hasta el final, cueste lo que cueste. A Dorothy no le importa saltarse las digresiones filosóficas del autor para llegar al momento en que un personaje femenino, a menudo el menos esperado, mira hacia su interior y resulta ser mejor de lo que su naturaleza le permite.

La vida a los cuarenta. Cuando un volumen entra en casa, ya no sale

jamás. Para Ray, es una cuestión de disponibilidad: hay que tener un libro para cada necesidad imprevisible. Dorothy procura que las librerías locales independientes se mantengan a flote e intenta salvar las joyas abandonadas en la sección de saldos. Ray piensa: «Nunca se sabe cuándo sacarás tiempo para leer un tomo que elegiste cinco años atrás». Y Dorothy: «Algún día seguro que necesitas recuperar un volumen descatalogado y perder la cabeza con aquel pasaje de abajo a la derecha, a diez páginas del final, que te embriaga con un dolor dulce y despiadado».

La transformación de su casa en biblioteca es demasiado lenta para que se percaten de ella. Dorothy coloca los libros que ya no caben encima de las filas ya existentes. Eso estropea las cubiertas y pone furioso a Ray. Durante una temporada, solucionan el problema con más muebles. Un par de vitrinas de cerezo entre las ventanas del despacho de abajo. Un gran módulo de nogal en el salón, en el lugar reservado tradicionalmente al altar de la televisión. Madera de arce en la habitación de invitados. Él dice:

—Con esto debería bastar durante un tiempo.

Ella se ríe porque sabe, por todas las novelas que ha leído en su vida, lo breve que puede llegar a ser ese tiempo.

Muere la madre de Dorothy. No son capaces de deshacerse de un solo libro de la fallecida, así que los añaden a una colección que sería la envidia de los reyes. Dorothy encuentra una oferta increíble de *Las novelas de Waverly*, de Walter Scott, en una librería de viejo del centro.

—¡De 1882! Y mira qué guardas tan bonitas. ¡Una cascada de mármol!

—¿Sabes qué podríamos hacer? —Ray suelta la idea de camino a la caja. Junto al tomo de Scott, coloca una copia de *La era de las máquinas inteligentes*—. La pared horrible que hay en la habitación pequeña de arriba. Podríamos hacer que un carpintero diseñara un mueble empotrado.

Los planes que antaño tuvieron para esa habitación ahora parecen más antiguos que cualquiera de los libros de sus estanterías. Ella asiente y trata de sonreír mientras busca una expresión en su interior. Pero desconoce cuál es. Ni siquiera sabe que es justo lo que está haciendo en estos momentos. *Sin embargo*. La expresión es «sin embargo».

En Navidad, tienen una broma recurrente que siempre está a punto de dejar de ser una broma. Uno de los regalos que se hacen debe ser un intento anual de conversión. Este año, él le regala *Cincuenta ideas que cambiaron el*

mundo.

—¡Cielo! ¡Qué detalle!

—A mí, desde luego, me cambió.

«Nunca cambiará», piensa ella, y le da un beso cerca de la boca. Luego prosigue con su parte del ritual: una nueva edición anotada de *Las cuatro grandes novelas de Jane Austen*.

—Dorothy, cariño. ¡Me has leído el pensamiento!

—Bueno, pensé que podrías probar a leerla uno de estos años.

Ya lo intentó hace unos años y casi se ahoga de la claustrofobia.

Se pasan las vacaciones en bata leyendo el regalo que le compraron al otro. En Nochevieja, consiguen aguantar hasta medianoche. Se tumban en la cama, uno al lado del otro, pierna con pierna, pero con las manos bien sujetas a las páginas que tienen delante. Mientras se queda dormido, Ray lee el mismo párrafo una docena de veces; las palabras se convierten en objetos giratorios, como semillas aladas que dan vueltas por el aire.

—Feliz año nuevo —dice él cuando por fin dan las doce—. Uno más, ¿eh?

Sirven el champán que esperaba en hielo junto a la cama. Ella brinda, bebe y dice:

—Este año deberíamos vivir una aventura.

Las estanterías están llenas de propósitos anteriores emprendidos y abandonados. *Cocina india sin esfuerzo. Cien rutas a pie por Yellowstone. Guía de campo de las aves cantoras del Este. Las flores silvestres del Este. La Europa menos transitada. Tailandia desconocida.* Manuales de elaboración de cerveza y vino. Libros de texto de lenguas extranjeras sin abrir. Un montón de exploraciones dispersas de usar y tirar. Han vivido como dioses frívolos y descuidados.

—Algo peligroso —añade ella.

—Justo lo que estaba pensando.

—A lo mejor podríamos correr una maratón.
—Yo... podría ser tu entrenador. O algo así.
—No, algo que podamos hacer juntos. ¿Sacarnos la licencia de piloto?
—Quizá —dice él, en coma por la fatiga—. Bueno. —Suelta las gafas y se da una palmada en los muslos.
—Vale. ¿Una página más antes de apagar la luz?

Ella desciende a la angustia real de los seres imaginarios. Yace inmóvil, intentando no despertarlo con sus sollozos. «¿Qué es esto que me aprieta el corazón como si significara algo? ¿Qué le otorga a este lugar fingido tanto poder sobre mí?» Solo esto: el destello de una mujer que ve algo que no debería ser capaz de ver. Una mujer que ni siquiera sabe que la están inventando y que está dispuesta a ello, a pesar del complot ineludible.

Por alguna razón, cuando llega su aniversario, los Brinkman vuelven a olvidarse de plantar algo.



Las secuoyas los dejan sin palabras. Nick conduce en silencio. Hasta los troncos jóvenes son como ángeles. Y cuando, al cabo de unos cuantos kilómetros, pasan por delante de un monstruo cuyas primeras ramas se lanzan hacia el aire a doce metros de altura, tan frondoso como la mayoría de los árboles del este, se da cuenta: la palabra *árbol* debe crecer y convertirse en real. No es el tamaño lo que le impresiona, o no solo eso. Es la perfección dórica estriada de las columnas rojizas, que se disparan hacia las alturas desde unos helechos que a él le llegarían por el hombro y desde el suelo poblado de musgo: rectas, sin estrechamientos, como una apoteosis bermeja y curtida. Y esas columnas empiezan a formar la copa a tanta altura de la base que cabe la posibilidad de que allí arriba exista un segundo mundo más cercano a la eternidad.

Olivia se despoja de todo el nerviosismo del viaje. Es como si conociera ese lugar, a pesar de que nunca ha estado más al oeste del parque de atracciones Six Flags, en Misuri. Mientras recorren una carretera estrecha que

discurre por el bosque del litoral, ella grita:

—¡Para el coche!

Él se detiene en un arcén cubierto de varios palmos de espesor de agujas. Cuando la puerta del coche se abre, el aire sabe dulce y salado a la vez. Ella se baja del asiento del copiloto y se adentra en un bosque de gigantes. Cuando él la alcanza, el rostro de Olivia está estriado y tiene los ojos rojos y húmedos por la alegría. Increíblemente, sacude la cabeza:

—Esto era. Son ellos. Ya estamos aquí.

* * *

Los defensores del bosque no son difíciles de encontrar. Diferentes grupos se organizan a lo largo de la Costa Perdida. En los periódicos locales casi todos los días aparece la crónica de alguna intervención. Nick y Olivia pasan varios días acampando en el coche, sin las comodidades más básicas, mientras perciben quién es quién en ese grupo heterogéneo que, cuando menos, es una organización improvisada.

A través de un pescador jubilado y comprensivo, se enteran de la existencia de un campamento de voluntarios en los campos de barro que se extienden no lejos de Solace. El asentamiento bulle con más actividad que coherencia. Gente joven y despierta, ruidosos en su entrega a la causa, charlan a voces en el prado salpicado de tiendas. Sus narices, orejas y cejas brillan con quincalla. De su atuendo multicolor cuelgan rastas. Apestan a tierra, a sudor, a idealismo, a aceite de pachuli y a la dulce sinsemilla que crece por todos estos bosques. Algunos se quedan un par de días. Otros, a juzgar por su microflora, llevan en el campamento unas cuantas estaciones.

El campamento es uno de los muchos centros neurálgicos de un movimiento caótico sin líderes que en su mayoría responde al nombre de Fuerza en Defensa de la Vida. Nick y Olivia exploran el campo y hablan con todo el mundo. Comparten una cena de huevos y alubias con un viejo llamado Moisés. Él les hace preguntas y los escruta, para asegurarse de que no son espías de Weyerhaeuser, de Boise Cascade o de la compañía más potente y más cercana, Humboldt Timber.

—¿Cómo conseguimos... encargos? —pregunta Nick.

El término hace que Moisés se ría a carcajadas.

—Aquí no hay encargos. Pero no falta el trabajo.

Cocinan para decenas de personas y después ayudan a limpiar. Al día siguiente hay una marcha. Nick escribe pancartas mientras Olivia se une a los coros. Una mujer con el pelo de fuego vestida con tela escocesa, cuya silueta es la de un halcón, pasa por el campamento envuelta en un chal de punto. Olivia agarra a Nick.

—Es ella. La que vi en la tele, en Indiana.

La mujer que los seres de luz querían que encontrara.

Moisés asiente.

—Se trata de Madre N. Es capaz de transformar un megáfono en un Stradivarius.

Cuando cae la noche, Madre N. da una charla de orientación en un claro cercano a la tienda de Moisés. Examina el círculo de gente sentada, saludando a los veteranos y dando la bienvenida a los recién llegados.

—Me alegra que sigáis tantos aquí, con lo avanzada que está la temporada. Otras veces, muchos de vosotros os habéis ido a casa durante el invierno, cuando las lluvias paralizan a los leñadores hasta la primavera. Pero Humboldt Timber ha comenzado a trabajar durante todo el año. —Los abucheos se propagan entre los asistentes—. Están intentando acabar de talar antes de que la ley les pase factura. ¡Pero no contaban con todos vosotros!

Una ovación estalla sobre Nicholas como una ola espumosa. Se vuelve hacia Olivia y le agarra la mano. Ella aprieta, como si no fuera la primera vez que él la toca con alegría. Sonríe mientras Nick vuelve a maravillarse por la seguridad que tiene en sí misma. Ha sido ella quien los ha conducido hasta allí guiada por su intuición —«estamos cerca, por aquí, estamos cerca»— y por las instrucciones que le han susurrado unas presencias que solo ella es capaz de oír. Y allí están, como si durante todo el tiempo hubieran sabido hacia dónde iban.

—Muchos de vosotros lleváis aquí un tiempo —continúa Madre N.—. ¡Ha sido un trabajo muy útil! Piquetes. Teatro de guerrilla. Manifestaciones pacíficas.

Moisés se frota la calva y grita:

—¡Ahora se van a enterar de lo que es bueno!

La ovación se duplica. Hasta Madre N. sonrío.

—Bueno, a lo mejor. Pero la FDV se toma la no violencia en serio. A los que acabáis de llegar: queremos que recibáis clases de resistencia pasiva y que juréis el código de no violencia antes de formar parte de cualquier acción

directa. No toleramos la destrucción de la propiedad...

Moisés grita:

—¡Pero os sorprendería saber lo que puede hacer una pizca de cemento de secado rápido alrededor de un eje!

A Madre N. se le crispan los labios.

—Formamos parte de un proceso muy amplio que abarca el mundo entero. Si esas hermosas mujeres chipko de la India dejan que las amenacen y las apaleen, si los kayapó brasileños arriesgan su vida, nosotros también. —Está lloviznando. Nick y Olivia apenas se dan cuenta—. Aunque la mayoría de vosotros ya sabéis todo lo necesario sobre Humboldt Timber, lo resumo para los que no lo sepan. Fue un negocio familiar durante casi un siglo. Dirigieron la última colonia industrial progresista del estado y pagaban unas ayudas increíbles. Su sistema de pensiones estaba sobrefinanciado. Se preocupaban de su propia gente y rara vez contrataban a leñadores de fuera. Y lo mejor de todo, talaban de manera selectiva para mantener una producción sostenida.

»Como cortaban los árboles viejos poco a poco, todavía les quedaban varios miles de millones de pies tabla de la mejor madera de conífera del planeta, mucho después de que sus competidores de la costa se vieran obligados a retirarse. Ochenta mil hectáreas, el cuarenta por ciento del área restante de árboles viejos. Pero el valor de las acciones de HT cayó, en comparación con el de las compañías que maximizaban sus ganancias. Eso significó, según las reglas del capitalismo, que alguien tenía que llegar y enseñar a los viejos leñadores cómo dirigir el negocio. ¿Os acordáis de Henry Hanson, el Rey de los Bonos Basura? ¿El tipo aquel que fue a la cárcel el año pasado por asociación ilícita? Él montó la operación. Uno de sus secuaces llevó a cabo el robo desde Wall Street. En realidad, es ingenioso: metes dinero negro en una OPA hostil y vendes la deuda a la caja de ahorros, a la que los accionistas finalmente deben pagar. Entonces hipotecas la compañía hasta los topes para amortizar el dinero B, saqueas el fondo de pensiones, gastas las reservas, vendes todo lo que tiene valor y te deshaces de la estructura en quiebra por lo que te den. ¡Magia! Un botín que encima te da beneficios.

»Ahora se encuentran en la penúltima fase: convertir en efectivo cualquier pedazo de madera susceptible de ser vendido, es decir, un montón de árboles de setecientos y ochocientos años. Unos árboles más anchos que vuestros sueños son enviados al Aserradero B y se convierten en tablones. Humboldt está talando cuatro veces por encima de la tasa media del sector. Y están dándose toda la prisa del mundo, antes de que la legislación los pille por

banda.

Nick se vuelve hacia Olivia. Aunque la chica es más joven que él, Nick ha empezado a buscar su mirada cuando necesita una explicación. Ella tensa el rostro y cierra los ojos, llena de dolor. Le caen lágrimas por las mejillas.

—Como es lógico, no podemos esperar a que se haga justicia. Para cuando la ley los detenga, la nueva y eficiente Humboldt Timber ya habrá matado a todos los gigantes. De modo que os voy a hacer una pregunta: ¿qué podéis aportar a la causa? Aceptaremos cualquier cosa: tiempo, esfuerzo, dinero. ¡Resulta sorprendente lo útil que es el dinero!

Los aplausos y vítores resuenan después de su discurso. La gente se retira para comer un guiso de lentejas cocinado en varias fogatas. Olivia ayuda a cocinar: ella, que robaba de la nevera la comida de sus compañeros con tal de no hervir un poco de agua para preparar ramen. Nick nota que estos hombres del bosque, algunos de los cuales llevan semanas sin bañarse, se esfuerzan por permanecer indiferentes mientras ella les sirve la comida, como si una dríade no acabara de aparecer en el prado junto a ellos.

Un grupo bajo la supervisión de un hombre llamado Barbanegra regresa de un ataque en el que han gripado el motor de una Caterpillar D8 con sirope de maíz. Con el parpadeo de la hoguera, la banda resplandece de satisfacción. Pretenden salir de nuevo, después de que oscurezca, para comprobar la vigilancia que ejerce la compañía sobre la maquinaria pesada que tienen arriba del monte.

—No me gustan los delitos contra la propiedad —dice Madre N.—. No me gustan nada.

Moisés se ríe de ella.

—La única propiedad de valor que se ha destrozado es este bosque. Estamos en una guerra de desgaste. Inmovilizamos durante algunas horas a las cuadrillas de leñadores mientras reparan las máquinas. Pero entre tanto, pierden tiempo y dólares.

Barbanegra mira las llamas con el ceño fruncido.

—Humboldt en sí no es más que un montón de delitos contra la propiedad. ¿Y se supone que nos tenemos que portar bien?

Dos docenas de voluntarios comienzan a hablar, uno detrás de otro. Después de varios años en la Iowa rural, Nick es como un niño criado con una pequeña radio que de pronto oye su primera sinfonía en directo. Ha ido a parar a una ceremonia druida de árboles como las que leía en la enciclopedia de los Hoel durante las noches de invierno. La veneración del roble en el

oráculo de Dodona, los bosques de los druidas en Bretaña y la Galia, la adoración del sakaki en el sintoísmo, los enjorados árboles de los deseos de la India, las ceibas de los mayas, los sicomoros de los egipcios, el *ginkgo* sagrado de los chinos: todas las ramas de la primera religión del mundo. Su década de dibujo obsesivo ha servido de práctica para ejecutar el arte que esta secta ahora le reclama.

Olivia se inclina.

—¿Estás bien?

Su respuesta va implícita en su sonrisa, amplia y coprofágica.

La banda de los ataques se prepara para salir de nuevo. Barbanegra, Agujas, Comemusgo y Revelador: guerreros que compiten por la palma, el laurel y la rama de olivo.

—Esperad —les dice Nick—. Vamos a probar una cosa.

Los hace sentarse en unas banquetas entre las sombras del fuego mientras les pinta la cara. Moja un pincel en una lata de látex verde que una mujer llamada Campanilla utiliza para escribir pancartas. Nick sigue el contorno del cráneo, las curvas de la frente y los salientes de los pómulos, trazando remolinos y espirales, recuerdos surrealistas de los tatuajes maoríes, los *tã moko*. Camisetas desteñidas y caras de cachemira: el efecto es apabullante. Los miembros del comando se ponen de pie para admirarse unos a otros. Algo penetra en ellos; se convierten en otros seres, grabados y alterados, cargados de un poder otorgado por señales antiguas.

—¡Me cago en la leche! ¡Se van a acojonar! —Moisés sacude la cabeza al ver la obra del chico nuevo—. Qué bueno. Queremos que piensen que somos peligrosos.

Olivia aparece por detrás de Nick llena de orgullo. Le coloca las manos alrededor del brazo. No tiene ni idea de lo que ese gesto provoca en él, después de tantos días juntos en la carretera, de tantas noches pegados en sus gruesos sacos de dormir. O tal vez sí que lo sepa y no le importa.

—Buen trabajo —le susurra.

Él se encoge de hombros.

—Tampoco es demasiado útil.

—Te equivocas, es urgente. Lo sé de primera mano.

Esa misma noche se bautizan con nombres del bosque bajo la suave llovizna de las secuoyas y sobre una alfombra de agujas. Al principio el juego parece infantil, pero todo el arte, toda la narración, toda la esperanza y el miedo humanos son siempre infantiles. ¿Por qué no adoptar nuevos nombres

para este nuevo trabajo? Los árboles adoptan una decena de etiquetas distintas. La misma planta se denomina castaño de México, castaño de Texas, mona, monillo, falso castaño... Árboles con nombres tan profusos como las semillas del arce. Está el plátano occidental, también llamado plátano de Virginia o sicomoro: como un hombre con un cajón lleno de pasaportes falsos. En un lugar hay un tilo, en otro lo llaman *linden*, en general son todos *Tilia*, y si hablamos de madera la denominamos «madera clara». El pino de hoja larga tiene decenas de nombres.

Olivia evalúa a Nick en la oscuridad, lejos del fuego. Busca un rasgo evidente que determine su nombre. Le coloca el pelo oscuro detrás de la oreja y le hace inclinar la cabeza hacia un lado con las manos frías.

—Guardián. ¿No suena bien? Tú eres mi Guardián. —Su observador, su espectador. Su aspirante a protector. Él sonríe al ser descubierto—. ¡Ahora ponme nombre tú!

Él toma un mechón de esas hebras trigueñas que pronto serán tan oscuras como el barro y lo enreda entre sus dedos.

—Cabello de Venus.

—Pero ¿eso existe?

«Claro que existe», explica él. Es uno de los nombres de un fósil viviente, más antiguo que los árboles con flores, tan vetusto como las primeras coníferas, una especie nativa de estas aguas que desapareció durante millones de años antes de resurgir como planta cultivada. Un árbol anterior al principio de los árboles.

* * *

Olivia se acurruca contra Nick en la pequeña tienda mientras ambos se quedan dormidos, a salvo de algo más íntimo que el calor gracias a la proximidad de los demás voluntarios. Él reposa contra la espalda de ella y siente el ligero movimiento de su caja torácica. La camiseta que ella usa para dormir deja al descubierto uno de sus hombros, donde tiene tatuada una inscripción florida: «*A change is gonna come*», «un cambio vendrá».

Se queda tan quieto como puede, un monje tumescente. Cuenta los latidos de su corazón, que le llegan a los oídos, hasta que el oleaje se amaina para adentrarse en el sueño. Mientras duerme, una idea enmarañada le da vueltas a

la cabeza. La gente de otro planeta se preguntará qué sucede con los nombres terrestres, que adoptan formas tan distintas para denominar una misma cosa. Pero ahí está él, tumbado junto a una amiga que ha conocido hace pocas semanas, reunidos de nuevo después de tantas vidas. Nick y Olivia, Guardián y Cabello de Venus —un cuarteto completo— en plena noche de enero, bajo las columnas sin cima de las secuoyas costeras, las inmortales *Sempervirens*.



Patricia Westerford está sentada en su silla con travesaños, junto a la mesa rústica de pino, con un bolígrafo en el aire mientras toma nota de lo que le dictan los insectos. Son casi las once y ya no le queda una sola frase que no haya revisado hasta la saciedad. El viento con olor a compost y cedro entra en ráfagas por la ventana. Ese aroma provoca una vieja y profunda nostalgia que parece no tener propósito. Los bosques la llaman, y ella debe acudir.

Durante todo el invierno ha tratado de describir la felicidad que le aporta el trabajo de su vida y los descubrimientos que se han consolidado a lo largo de esos pocos años: la manera que tienen los árboles de hablar entre ellos, por el aire y bajo tierra. Cómo se cuidan y alimentan unos a otros, orquestando comportamientos comunes a través de la red del suelo. Cómo construyen sistemas inmunitarios tan extensos como el bosque. Se pasa un capítulo entero detallando la manera en que un tronco muerto da vida a incontables especies. Si se elimina ese tocón, morirá el pájaro carpintero que mantiene a raya a los gorgojos, que a su vez matarían a otros árboles. Describe las drupas y los racimos, las panículas y brácteas que están presentes en nuestra vida sin que nos percatemos de su existencia. Cuenta cómo los alisos, con sus conos leñosos, cosechan oro. Cómo un pecano de dos centímetros de altura puede albergar dos metros de raíces. Cómo la corteza interna del abedul puede alimentar a los hambrientos. Cómo el amento del carpe lupulino contiene varios millones de granos de polen. Cómo los pescadores indígenas utilizan hojas de nogal machacadas para aturdir y atrapar a los peces. Cómo los sauces limpian el suelo de dioxinas, PCB y metales pesados.

Expone cómo las hifas fúngicas —los innumerables filamentos que se repliegan en cada centímetro de suelo— penetran en las raíces de los árboles y se alimentan de ellos. Cómo esos hongos interconectados aportan minerales

al árbol. Cómo el árbol paga esos nutrientes con azúcares que el hongo no puede fabricar.

Algo maravilloso sucede bajo tierra, algo que estamos aprendiendo a ver. Marañas de micorriza que conectan a los árboles entre ellos para formar gigantescas comunidades inteligentes que se extienden a lo largo de centenares de hectáreas. Juntos, esos árboles forman vastas redes de intercambio de bienes, servicios e información...

En un bosque no hay individuos aislados ni acontecimientos separables. El pájaro y la rama donde este se posa son un todo. Un tercio o más del alimento que produce un árbol grande puede servir para alimentar a otros organismos. Incluso los árboles de distinto tipo forman sociedades. Si se tala un abedul, un abeto de Douglas cercano podría sufrir...

En los grandes bosques del este, los robles y algunos nogales sincronizan la producción de sus frutos para desconcertar a los animales que se alimentan de ellos. Se corre la voz, y los árboles de determinadas especies —tanto si crecen al sol o a la sombra, en zonas húmedas o secas— actúan en grupo, juntos, como una comunidad...

Los bosques se restablecen y se conforman a través de sinopsis subterráneas. Y al adoptar una forma determinada, dan forma también a decenas de miles de criaturas relacionadas que lo modelan desde el interior. Quizá sea útil considerar a los bosques como enormes superárboles que se expanden, se ramifican y se extienden bajo tierra.

Cuenta cómo un olmo ayudó a empezar la Revolución de Estados Unidos. Cómo un mezquite de quinientos años crece en medio de uno de los desiertos más áridos del planeta. Cómo la visión de un castaño de Indias le dio esperanza a Ana Frank, a pesar de su encierro desesperado. Cómo las semillas llegaron a la luna y regresaron para poblar la Tierra. Cómo el mundo está habitado por magníficas criaturas que nadie conoce. Cómo podríamos tardar siglos en aprender todo lo que la gente supo una vez sobre los árboles.

Su marido vive en la ciudad, a veinte kilómetros. Se ven todos los días para comer los platos de temporada que Dennis prepara. Durante el resto del

día y por la noche, las únicas personas que la acompañan son los árboles y el único modo de hablar en su nombre es mediante las palabras, esos órganos de saprófitos rezagados que viven de la energía producida por los seres verdes.

Los artículos de las revistas siempre han sido duros para ella. Sus años de marginada regresan cada vez que escribe uno, aunque la acompañen otros doce coautores. De hecho, la ansiedad es todavía mayor cuando hay más personas involucradas. Preferiría retirarse antes que infligir a sus queridos colegas algún daño parecido al que ella sufrió. Aun así, los artículos en las revistas son un paseo por el bosque en comparación con escribir para el público general. Los trabajos científicos permanecen en archivos y le resultan indiferentes a la mayoría de la gente. Pero este libro engorroso... Está convencida de que se burlarán de ella en la prensa y malinterpretarán sus palabras. Y nunca amortizará el adelanto que le ha pagado la editorial.

Se ha pasado el invierno esforzándose por explicarle a un desconocido todo lo que sabe. Esos meses han sido un infierno, pero también un paraíso. Pronto, ese paraíso infernal terminará. En agosto cerrará su laboratorio de campaña, recogerá el material y trasladará todas sus meticulosas muestras a la costa, a esa universidad donde, aunque parezca mentira, comenzará de nuevo a dar clases.

Esta noche, las palabras se niegan a salir. Debería dormir, sin más, y ver qué tienen que decir sus sueños. En cambio, estira el cuello para echar una mirada al reloj de la cocina, que se encuentra sobre la nevera achaparrada. Todavía hay tiempo para un paseo nocturno al estanque.

Las píceas que rodean la cabaña se agitan con terroríficas profecías bajo la luna casi llena. Juntas forman una hilera, el recuerdo de una valla desaparecida donde se posaban los piquituertos colorados y cagaban semillas. Los árboles están ocupados esta noche fijando el carbono en la fase oscura. Dentro de poco todo estará florido: los arándanos y groselleros, los algodoncillos, las mahonias, las milenrama y las sidalceas. No deja de maravillarle que la suprema inteligencia del planeta descubriera el cálculo y las leyes de gravitación universal antes de que nadie supiera para qué servía una flor.

Esta noche, los árboles están tan difusos y turbios como su cerebro lleno de palabras. Recorre el sendero y se agacha debajo de su querida *Pseudotsuga*. Un camino cruza bajo los capiteles iluminados por la luna del final de invierno, un camino que ella recorre casi todas las noches arriba y abajo como un viejo palíndromo: *La ruta nos aportó otro paso natural*. Los

numerosos compuestos volátiles sin catalogar que desprenden las agujas por la noche le aplacan el ritmo cardíaco, le suavizan la respiración y, si no está equivocada, también alteran su humor y sus pensamientos. Son muchas las sustancias de la farmacia arbolada que aún están sin identificar. Poderosas moléculas en la corteza, la médula y las hojas cuyos efectos todavía han de ser descubiertos. Una familia de hormonas del estrés utilizadas por sus árboles —los jasmonatos— suponen un puñetazo a todos los perfumes femeninos que juegan con el misterio y la intriga. *Huéleme, quiéreme, estoy en peligro*. Y es cierto que todos estos árboles están en peligro. Todos los bosques del mundo, incluso los denominados con la curiosa fórmula de «en barbecho». Un peligro mayor del que ella es capaz de describir para los lectores de su librito. El peligro, como la atmósfera, fluye por todas partes, en corrientes que van más allá del poder humano para predecirlo o controlarlo.

Por fin sale al claro del estanque. El cielo estrellado irrumpe en ella, la única explicación de por qué los humanos llevan toda la vida luchando contra el bosque. Dennis le ha contado lo que dicen los leñadores: «Vamos a darle un poco de luz a esta ciénaga». Los bosques aterrorizan a la gente. Suceden muchas cosas en su interior. Los humanos necesitan un cielo.

Su asiento está vacío y aguarda a que ella llegue: ese tronco nodriza cubierto de musgo que yace junto a la orilla. En el momento en que mira el agua, la cabeza se le despeja y encuentra el párrafo que andaba buscando. Necesitaba un nombre para los grandes troncos antiguos del bosque sin talar, aquellos que mantienen la demanda de carbono y metabolitos. Ahora ya lo tiene.

Los hongos extraen minerales de la piedra para proporcionárselos a los árboles. Cazan colémbolos con los que alimentan a sus huéspedes. Los árboles, por su parte, almacenan azúcares extra en las sinapsis de esos hongos para repartirlos entre los enfermos, los sombríos y los heridos. El bosque cuida de sí mismo incluso cuando condiciona el clima local que necesita para sobrevivir.

Antes de morir, un abeto de Douglas, de medio milenio de antigüedad, enviará sus reservas de sustancias químicas a las raíces y a sus socios fúngicos, para donar sus riquezas al fondo comunitario, como una última voluntad. A estos antiguos benefactores bien podríamos llamarlos «árboles dadores».

Los lectores necesitan una frase como esa para hacer que el milagro sea un poco más intenso, un poco más visible. Es algo que aprendió de su padre hace mucho tiempo: la gente ve mejor lo que se parece a ellos. «Árboles dadores» es algo que cualquier persona generosa puede entender y amar. Y con esas dos palabras, Patricia Westerford sella su destino y cambia el futuro. Incluso el futuro de los árboles.

Por la mañana, se echa agua en la cara, se prepara un batido de bayas de lino y se lo bebe mientras lee las páginas del día anterior. Luego, se sienta a la mesa de pino y jura no levantarse hasta que consiga un párrafo lo bastante bueno como para enseñárselo a Dennis a la hora del almuerzo. Se regocija con el olor del lápiz de cedro. La lenta presión del grafito por el papel le recuerda a la pausada evaporación diaria que eleva cientos de litros de agua a lo largo de decenas de metros por el tronco gigantesco de un abeto de Douglas. El acto solitario de sentarse sobre el folio y esperar a que su mano se mueva podría ser lo más cerca que esté jamás de la iluminación de las plantas.

El capítulo final huye de ella. Necesita un triplete imposible: esperanza, utilidad y verdad. Para ello, tal vez se sirva del Old Tjikko, una píceca noruega que vive en mitad de Suecia. Por encima del suelo, ese árbol no tiene más que varios cientos de años. Por debajo, sin embargo, en la tierra plagada de microbios, su edad es de nueve mil años o más: varios miles de años mayor que este utensilio de escritura que está utilizando para describirlo.

Durante toda la mañana, trabaja para condensar esa epopeya de nueve mil años en diez frases: una sucesión de troncos que caen y brotan de nuevo de la misma raíz. Ahí está la «esperanza» que buscaba. Pero la «verdad» es más cruel. A última hora de la mañana, se aferra al presente, cuando, por primera vez, la nueva atmósfera artificial engaña a los últimos troncos del Old Tjikko, que antes se atrofiaban y adoptaban forma de arbusto debido a la gran cantidad de nieve y que ahora alcanzan unas dimensiones normales.

Pero la esperanza y la verdad no le sirven de nada al ser humano si no van acompañadas de utilidad. Con sus trazos a mano, desgarrados y apelotonados, busca la utilidad que el Old Tjikko puede tener allí, en esa cresta estéril, muriendo y resucitando eternamente con cada cambio de clima. Su utilidad es la de demostrar que el mundo no está hecho para sernos útil. ¿De qué le servimos nosotros a los árboles? Entonces recuerda las palabras

de Buda: «Un árbol es algo asombroso que cobija, alimenta y protege a todos los seres vivos. Ofrece sombra incluso a los leñadores que lo destruyen». Y, con estas palabras, da el libro por concluido.

Dennis aparece a mediodía, fiable como la lluvia, con una lasaña de brócoli y almendra, su última obra maestra para el almuerzo. Una vez más, Patricia piensa en lo afortunada que es al pasar estos años felices casada con el único hombre de la Tierra que le permite permanecer sola la mayor parte de su vida. Dennis el dispuesto, el paciente, el amable. Protege el trabajo de ella y necesita poco a cambio. Un manitas que ya sabe que el hombre es la medida de muy pocas cosas, tan generoso y entusiasta como las hierbas.

Mientras comen el banquete de Dennis, ella lee el fragmento del Old Tjikko. Él escucha asombrado, como un niño feliz escucharía los mitos griegos. Cuando acaba, él aplaude.

—Chica, qué bien está. —En lo más profundo de su alma verde e inmadura, a ella le encanta ser la chica más vieja del mundo—. Siento tener que decírtelo, pero creo que has terminado.

Es terrible, pero tiene razón. Patricia suspira y mira por la ventana de la cocina, donde tres cuervos traman elaborados planes para asaltar el cubo de compost.

—¿Y ahora qué hago?

La risa de Dennis es tan efusiva como si se tratara de algo gracioso.

—Pásalo a máquina y se lo mandamos a los editores. Con cuatro meses de retraso.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Todo está mal, empezando por el título.

—¿Qué hay de malo en *Cómo los árboles salvarán el mundo*? ¿Los árboles no van a salvar el mundo?

—Estoy segura de que sí. Después de que el mundo nos aparte.

Dennis chasca la lengua y recoge los platos sucios. Se los llevará a casa, donde hay fregaderos profundos, filtros y agua caliente. La mira desde el otro extremo de la cocina.

—Llámalo *La salvación del bosque*. Así no tienes que especificar quién salva a quién.

—Pues va a ser que te quiero de verdad.

—¿Alguien lo ha negado? Mira. Chica. Esto debería ser una alegría. Contarle tu vida a la gente es un placer enorme.

—Ya, pero la última vez que estuve en el punto de mira no me fue muy bien.

Él da un manotazo al aire.

—Eso fue en otra época.

—Menuda manada de lobos. No querían rebatirme, ¡querían sangre!

—Pero ya te han exonerado. Una y otra vez.

Patricia desea contarle algo que nunca ha mencionado: que el trauma de aquellos días fue tan atroz que se preparó un festín forestal mortífero. Pero no puede. Se siente muy avergonzada de aquella joven que murió hace mucho. Una parte de ella no termina de creer que fuera capaz de considerar algo así. Un teatro execrable. Un juego. De manera que se guarda la única cosa que siempre le ha ocultado: que tuvo las setas venenosas en el borde de los labios.

—Chica. Hoy en día eres prácticamente una profetisa.

—También he pasado muchos años como una paria. Ser profetisa es mucho más divertido.

Patricia le ayuda a cargar el coche con los platos sucios.

—Te quiero, Den.

—Por favor, deja de decir eso. Me estás asustando.

Patricia mecanografía el borrador. Arranca algunas palabras y poda algunas frases. Ahora hay un capítulo llamado «Los árboles dadores», que trata sobre sus adorados abetos de Douglas y su estado de bienestar subterráneo. Hace un recorrido por los bosques del país, desde los álamos de Virginia, que crecen treinta metros en una década, hasta los pinos longevos que mueren lentamente durante quinientos años. Luego se acerca a correos, donde toda su ansiedad desaparece tras pagar el envío del manuscrito a la otra costa.

Seis semanas más tarde, suena el teléfono de su oficina. Odia el teléfono. Esquizofrenia portátil. Unas voces invisibles que te susurran cosas desde la distancia. Nadie la llama nunca, salvo para darle malas noticias. Esta vez se trata de su editora, a la que no conoce, que llama desde Nueva York, donde nunca ha estado.

—¿Patricia? Tu libro. ¡Acabo de terminarlo!

Patricia hace una mueca y se prepara para el hacha.

—Increíble. ¿Quién iba a saber que los árboles hacían todas esas cosas?

—Bueno. Es lo que tienen varios cientos de millones de años de evolución, que te proporcionan cierto repertorio.

—Has hecho que cobren vida.

—En realidad ya estaban vivos desde antes. —Piensa en el libro que su padre le regaló cuando tenía catorce años. Se da cuenta de que debe dedicarle este libro a su padre. Y a su marido. Y a todas las personas que, con el tiempo, se convierten en otros seres.

—Patty, ni te imaginas lo que me has hecho ver en el trayecto entre la parada de metro y mi oficina. ¿La parte de los árboles dadoses? Alucinante. Poco te hemos pagado para lo que has hecho.

—Me habéis pagado más de lo que he ganado en los últimos cinco años.

—Lo amortizarás en dos meses.

Lo que a Patricia Westerford le gustaría recuperar es su soledad y su anonimato, que ya empieza a sentir —del mismo modo en que los árboles sienten una invasión lejana— que nunca volverán a ser suyos.



Destino llega, y no hay vuelta atrás. Dos meses después de que el juego salga en Norteamérica, el presidente, director general y accionista mayoritario de *Sempervirens* lo carga en el maltrecho ordenador de su apartamento, en la planta de arriba de la flamante sede central que ha instalado en las laderas de Page Mill Road. El edificio está construido con madera de secuoya y cristal, un paraíso de espacios fantásticos y contemplativos. Unos ángulos extravagantes rodean los atrios al aire libre con pinos piñoneros. Trabajar allí es como acampar en un parque nacional.

El refugio de Neelay está oculto en la planta de arriba, sobre la zona de trabajo. La única manera de llegar a él es mediante el ascensor privado, escondido detrás de una escalera de incendios. En el centro de la guarida encubierta hay una compleja cama de hospital, pero Neelay ya casi nunca la usa. Tarda cuarenta minutos en tumbarse y otros tantos en levantarse; ahora mismo, tumbarse parece un infierno. No hay tiempo. Duerme en la silla, por lo general no más de cuarenta minutos seguidos. Las ideas lo torturan como Furias. Los planes y adelantos de este mundo en curso lo persiguen sin

piedad por la galaxia.

Se coloca delante de una pantalla gigante en una superficie de trabajo lo bastante elevada como para meter la silla debajo. Al otro lado de la pantalla, un paisaje de vidrio revela la cima de Monte Bello. Esa vista, y los cielos estrellados que brillan a través del tragaluz, constituyen la mayor parte de los viajes de Neelay. Sus incursiones ahora son como la de hoy: expediciones a la costa de unos continentes que nacen rodeados de niebla, listos para ser descubiertos. Él diseñó los rudimentos del juego, escribió buena parte del código y pasó meses trabajando en sus posibles caminos. *Destino* no debería albergar sorpresas para él, y sin embargo nunca deja de acelerarle el pulso. Un toque de ratón, varias pulsaciones de teclas y vuelve a estar frente al siguiente continente virgen.

En realidad, el juego es lamentable. Es bidimensional: sin olor, sin sabor, sin posibilidad alguna de palpar o sentir. Es minúsculo y granuloso, con un modelo del mundo tan simple como el Génesis. Aun así, cada vez que lo carga es como recibir un mordisco en el encéfalo. Los mapas, climas y recursos dispersos son nuevos en cada partida. Sus oponentes pueden ser Conquistadores, Constructores, Tecnócratas, Devotos de la Naturaleza, Avaros, Humanitarios o Utopistas Radicales. Nunca ha existido nada semejante, pero visitar ese lugar es como regresar a casa. Su mente lleva esperando un paraíso así desde mucho antes de que se cayera de aquel árbol traidor.

Hoy elige ser un Sabio. En los tablones de anuncios del mundo entero corre el rumor de que existe una estrategia de victoria abrumadora que los jugadores denominan «Iluminación». Los líderes de la clasificación están presionando para que se prohíba esa posibilidad. Pero, aunque sea un Sabio, debe adquirir carbón, oro, minerales, piedra, madera, alimento, honor y gloria suficientes para ganarse el crecimiento de su población. Debe explorar terrenos desconocidos, crear rutas comerciales y asaltar poblaciones vecinas para avanzar poco a poco por las ramificaciones de la Cultura, la Artesanía, la Economía y la Tecnología. El juego presenta casi tantas alternativas decisivas como la Vida Real o, como sus empleados han empezado a llamarla con cierta sorna, la VR. Esta mañana los gráficos parecen algo dentados en comparación con los de *Destino 2*, que ya está en proceso. Pero los gráficos nunca han significado mucho para Neelay. Lo visible es solo un marcador de posición para el deseo real. Lo único que necesitan él y el medio millón de jugadores de *Destino* es una capacidad de transformación sencilla e ilimitada

en un reino que no deja de crecer.

Algo le retuerce por dentro. Tarda varios minutos en darse cuenta de que esa sensación es hambre. Debería comer, pero eso es un proceso demasiado complicado. Se acerca a la mininevera y saca una bebida energética y algo que resulta ser un hojaldre de pollo, que engulle sin calentarlo siquiera. Ya comerá de verdad esta noche, o mañana. Comienza a reunir una pila de planchas de ciprés con su mejor equipo de leñadores para construir un arca gigante cuando suena el teléfono. Es su cita matutina con un periodista que quiere entrevistar a la estrella incipiente de esa industria en auge, al chico que con veintitantos años ha construido un hogar para muchos niños sin hogar.

El reportero no parece mucho mayor que su entrevistado y su voz es tímida.

—¿Señor Mehta?

El señor Mehta es su padre, al que Neelay ha escondido en un pequeño palacio de las afueras de Copertino con piscina, equipo de cine en casa y un estanque flanqueado por un *mandir* de palisandro, donde la señora Mehta practica su *puja* semanal y reza a los dioses para que le concedan felicidad a su hijo y una chica que lo vea tal y como es.

Un reflejo en el cristal lo desafía: una mantis religiosa, marrón y escuálida, con articulaciones protuberantes y un enorme cráneo de piel tensa en lugar de cabeza.

—Puedes tutearme. Llámame Neelay.

—Oh, vaya. ¡De acuerdo, Neelay! Soy Chris. Gracias por hablar conmigo. Lo primero que quería preguntarte: ¿sabías que *Destino* tendría tanto éxito?

Neelay lo sabía mucho antes de que el juego saliera al mundo. Lo supo en el momento en que se le ocurrió la idea, aquella noche bajo el árbol gigante, desplegable y palpitante, en Skyline.

—Más o menos. Sí. La versión beta paralizó a mis empleados. El director de proyectos les tuvo que prohibir que jugaran.

—Madre mía. ¿Tienes cifras de ventas?

—Se está vendiendo muy bien. En catorce países.

—¿A qué crees que se debe?

El éxito del juego es bastante simple. Es una reproducción razonable del lugar que Neelay imaginó a los siete años, cuando su padre subió una enorme caja de cartón por las escaleras del apartamento. «A ver, Neelay-ji. ¿Qué podría hacer esta pequeña criatura?» Lo que el niño quería que hiciera esa caja negra era algo bastante inocente: devolverle a los días de los mitos y del

origen, cuando todos los lugares que una persona podía alcanzar eran verdes y dóciles, donde la vida podía ser cualquier cosa.

—No lo sé. Tiene unas reglas simples. El mundo te responde. Las cosas suceden más rápido que en la vida. Ves cómo crece tu imperio.

—Yo... Te haré una confesión. Estoy totalmente enamorado del juego. Anoche, cuando dejé de jugar, eran como las cuatro de la mañana. Pero necesitaba saber qué pasaría con un movimiento más. Y cuando me puse de pie, mi habitación se sacudía y temblaba.

—Sé a qué te refieres. —Y es cierto. Salvo la parte en que se pone de pie.

—¿Crees que está modificando el cerebro de la gente?

—Sí, Chris. Pero eso sucede con todo, creo.

—¿Has visto el artículo de *Times* de la semana pasada sobre la adicción al juego? Hay gente que se pasa cincuenta horas a la semana delante de videojuegos.

—*Destino* no es un videojuego. Es un juego mental.

—De acuerdo. Pero debes reconocer que se desperdicia mucho tiempo productivo con él.

—Sí, sin duda es cronófago. —Oye un pequeño signo de interrogación que sale de un globo al otro lado de la línea—. Es decir, que se come el tiempo.

—¿Te incomoda ser un destructor de la productividad?

Neelay mira hacia un trozo de monte que está pelado desde hace medio siglo.

—Pues no... Puede que no sea algo tan malo eso de destruir un poco de productividad.

—Ah, vale. En cualquier caso, el juego está acabando con mi vida. Sigo topándome con elementos que no están en el manual de ciento veintiocho páginas.

—Sí, en parte es por eso por lo que la gente sigue jugando.

—Mientras juego, siento que tengo un objetivo. Siempre hay algo más que hacer.

«Claro, por supuesto», le dan ganas de contestar. Es un lugar seguro y fácil de comprender, donde no hay lagunas o ambigüedades que te engullan, ni oscuridad interhumana, donde tu propia voluntad merece un territorio. Podría decirse que está dotado de «significado».

—Creo que mucha gente se siente más en casa allí. Más que aquí.

—¡Puede que sí! Muchos chicos de mi edad, sin duda.

—Sí, pero estamos ideando nuevos tipos de personajes para la siguiente entrega. Nuevas formas de jugar. Posibilidades para todo tipo de personas. Queremos que sea un lugar bello para todos.

—Guau. Muy bien. Qué locura. ¿Y qué es lo siguiente que hará la compañía?

La compañía está escapando del control de Neelay. Hay equipos y directores que forman parte del árbol organizativo a quienes ya no puede vigilar. A su puerta llaman los mejores desarrolladores informáticos del valle, deseosos de participar. Algunos ingenieros de *software* de la Ruta 128 que rodea Boston, recién graduados en el Instituto de Tecnología de Georgia y en la Universidad de Carnegie Mellon —cerebros formados desde la infancia con los juegos que Neelay regalaba—, le piden una oportunidad para ayudar a crear el éxodo que ya está en camino.

—Ojalá pudiera contártelo.

Chris gime.

—¿Y si te lo suplico? —Su voz tiene toda la confianza de un varón andante y con salud. Probablemente blanco y guapo. El encanto y optimismo de un chico que todavía no sabe lo que la gente le hace a otras personas y a otros seres vivos una vez que el terror, el dolor y la necesidad se apoderan de ellos—. ¿Solo una pista?

—Bueno, en realidad es muy simple. Más de lo mismo. Más sorpresas. Más posibilidades. Más lugares repletos de más tipos de criaturas. Imagina *Destino* con cuarenta veces más de riqueza y complejidad. Ni siquiera sabemos cuál podría ser el aspecto de un lugar así.

Todo de una semilla así de pequeña.

—Oh, qué maravilla. Es... ¡precioso!

Neelay siente una puñalada. Le dan ganas de decir: «Sigue preguntando. Hay más».

—¿Puedo preguntarte sobre ti?

El pulso de Neelay sube de golpe, como si intentara levantarse con las anillas de su equipo de gimnasia. «No, por favor. No, por favor.»

—Por supuesto.

—He leído unas cuantas historias sobre ti. Tus empleados dicen que eres un ermitaño.

—No soy ermitaño. Solo que... no me funcionan las piernas.

—Eso he leído. ¿Y cómo diriges la compañía?

—Por teléfono. Por correo electrónico. Por mensajería en línea.

—¿Por qué no hay fotos tuyas?

—Es que no son bonitas.

La respuesta confunde a Chris. Neelay tiene ganas de decir: «Bueno, no pasa nada, así es la VR».

—¿Crees que criarte como hijo de inmigrantes...?

—Oh, no, creo que no.

—¿No qué?

—No creo que eso me haya influido mucho.

—Pero ¿eso de ser indio-americano? No crees que...

—Te diré lo que creo: he sido Ghandi, Hitler y Jefe Joseph. He empuñado espadas de tipo mandoble mientras llevaba un tanga de tela de malla que, para ser sinceros, no me protegía demasiado.

Chris se echa a reír. Es una risa bonita y confiada. A Neelay le da igual qué aspecto tenga ese hombre. No le importa si pesa ciento ochenta kilos y está cubierto de llagas. El deseo lo invade. «¿Te gustaría que saliéramos juntos algún día?» Aunque salir significaría entrar. «No tiene que pasar nada. De hecho, no podría pasar nada. Eso desapareció. Podríamos... sentarnos en algún sitio, hablar de todo un poco, sin miedo, sin dolor, sin consecuencias. Tan solo sentarnos a hablar sobre hacia dónde va la gente.»

Imposible. Un vistazo a las extremidades grotescas de Neelay y hasta este periodista seguro y risueño se asquearía. Aunque, este chico, Chris, adora el juego de Neelay. Juega a él durante toda la noche, y también por la mañana. El código que Neelay escribió está cambiando también el cerebro de este hombre.

—Así es. He sido muchas cosas. He vivido de todo. En el África de la Edad de Piedra y en los confines de otras galaxias. Creo que pronto, no ahora, pero pronto, si el *software* sigue mejorando y concediéndonos más espacio, seremos capaces de convertirnos en lo que queramos.

—Eso... suena un poco lejano.

—Sí, puede que sí.

—Los juegos no son... La gente seguirá queriendo dinero. Seguirán deseando prestigio y estatus social. Política. Eso es eterno.

—Sí. ¿Eterno? Puede. —Neelay mira su pantalla, se acerca un mundo donde el estatus social se conseguirá mediante votos en un espacio que, al mismo tiempo, será instantáneo, global, anónimo, virtual y despiadado.

—La gente seguirá teniendo cuerpo. Quieren poder real. Amigos y amantes. Recompensas. Logros.

—Claro. Pero pronto llevaremos todo eso en el bolsillo. Viviremos, compraremos, haremos negocios, tendremos aventuras amorosas, todo en un espacio de símbolos. El mundo será un juego con puntuación en la pantalla. Y todo esto... —Hace un gesto, como suele hacer la gente cuando habla por teléfono, aunque sabe que Chris no lo ve—. Todas las cosas que tú dices que quiere la gente, la vida real... Pronto ni siquiera nos acordaremos de cómo eran.



Un coche se dirige al norte por la carretera 36. Un Impala que avanza quince kilómetros por hora más rápido de lo permitido mientras asciende por la montaña. Al bajar la prolongada pendiente, una docena de cajas negras le bloquean el paso. Ataúdes. El conductor detiene el coche a pocos metros del funeral masivo. Por el aire, encima de los ataúdes, sobre un cable atado a dos árboles fuertes como faros, una hembra de puma hace equilibrios. Tiene el lomo rubio enganchado con un arnés, unido a un cable de seguridad mediante un mosquetón. Agita la cola entre las lustrosas patas traseras y su noble cabeza bigotuda se inclina hacia abajo mientras inspecciona una pancarta.

Un segundo coche llega desde el sur. Un Rabbit, que da un frenazo delante de los ataúdes. Toca el claxon dos veces antes de percatarse de la presencia de la puma. La imagen es tan insólita, incluso en medio de esa tierra de maría, que el conductor, boquiabierto, se alegra de presenciarla. La fiera es joven, ágil y va vestida con una malla de cuerpo entero que deja ver el mensaje «*A change is gonna come*» en uno de sus hombros. La gata lucha con la pancarta; el conductor espera con curiosidad. Otro coche en dirección norte se queda atrapado. Y otro más.

En una plataforma de la cuneta, un oso tira de una cuerda para retirar una sábana enganchada a un cable vertical. El morro y los ojos hundidos del grizzly están hechos con papel maché magníficamente pintado. Los agujeros de los ojos son tan pequeños que el oso debe sacudir su enorme hocico para ver algo. Al cabo de unos cuantos minutos, el tráfico comienza a retroceder en ambas direcciones. Dos tipos se bajan del coche. Están indignados, pero no pueden evitar reírse al ver la megafauna. Con un zarpazo de la puma, por fin cae la sábana, que ondea al viento sobre la carretera como un velero:

Dejad de sacrificar vírgenes

Los bordes del letrero están decorados con las ramas y flores de los márgenes de un manuscrito medieval. Durante un momento, los viajeros interceptados se quedan mirando. Unos cuantos conductores irrumpen en un aplauso espontáneo. Alguien grita con la ventanilla bajada:

—¡Yo te ayudo con el problema de la virginidad, preciosa!

Por encima de la carretera, la puma hace un gesto. Los rehenes responden levantando el pulgar o el corazón. Su máscara feroz, al mirar desde lo alto, provoca un arcaico revuelo en las tripas de los espectadores.

Uno de los conductores arremete contra los ataúdes.

—¡Mi trabajo de leñador paga vuestras ayudas sociales! ¡Apartaos de la carretera, joder!

Da una patada a las cajas negras, pero no consigue moverlas. De un collar que lleva al cuello, la felina agarra un silbato y da tres pitidos. Los ataúdes se abren todos a la vez y los cadáveres se levantan como si fuera el juicio final. El oso se une al caos lanzando bombas de humo. De los ataúdes salen criaturas engalanadas con los colores de la creación. Hay un alce con unos cuernos que se arquean como las alas de un ángel. Una ardilla rayada de Sonoma con unos incisivos gigantes de palillos chinos. Un colibrí de Ana con destellos rosa fucsia y bronce iridiscente. Una salamandra gigante del Pacífico que parece una pesadilla daliniana. Una babosa banana que es un pegote amarillo como el sol.

Los conductores parados se ríen al ver la resurrección animal. Más aplausos y otra ronda de blasfemias. Los animales se ponen a bailar como locos. Eso desconcierta a los automovilistas; ya han visto antes esta bacanal —animales corriendo en círculos vertiginosos—, un recuerdo diferido de las páginas ilustradas que contenían los primeros libros que cayeron en sus manos, cuando todo era posible y real. Con la distracción del baile animal, el oso y la puma desenganchan sus arneses y bajan. La sirena de policía desde el final de la fila de coches parece un elemento más del espectáculo. La patrulla avanza despacio por el arcén de la carretera cortada, de manera que los animales tienen tiempo de escabullirse entre la fronda. Para cuando llegan los agentes, una mujer mayor y un hombre con una cámara de vídeo desaparecen por el bosque.

Dos días después, el vídeo aparece en las noticias nacionales. Hay reacciones de todo tipo. Los colgadores de la pancarta son héroes. Son

delincuentes fanfarrones que deberían estar entre rejas. Son animales. Sí: animales. Animales embaucadores y altruistas, con el cerebro desarrollado, que han conseguido cortar una carretera estatal durante un rato y hacer que parezca que los seres salvajes tienen capacidad para hacer lo que quieran.



Cuatro años en la facultad de Fortuna se reducen a una tarde: Adam sentado en la primera fila del auditorio Daniels. El profesor Rubin Rabinowski en el estrado: Afecto y Cognición. Es la última sesión antes del examen final y Rabi-Man está repasando todas las pruebas experimentales que sugieren — para el deleite de la sobrepoblada clase— que enseñar Psicología es una pérdida de tiempo.

—Ahora os voy a mostrar las autoevaluaciones de personas a las que se les preguntó el grado de vulnerabilidad que creen tener a los sesgos que habéis aprendido en esta asignatura: anclaje, falacia de la frecuencia base, efecto dotación, disponibilidad, perseverancia de las creencias, confirmación, correlación ilusoria, incitación... Y aquí están los resultados de los alumnos que han cursado esta asignatura en años anteriores.

Un montón de risas: los resultados son muy parecidos. Ambos grupos están seguros de su voluntad férrea, de su claridad de visión y de su pensamiento independiente.

—Estos son los resultados de las distintas pruebas diseñadas para ocultar lo que estaban evaluando en realidad. La mayor parte del segundo grupo hizo el test menos de seis meses después de terminar esta asignatura.

Las risas se convierten en lamentos. Ceguera e insensatez extendidas. Graduados que para ahorrar cinco pavos trabajan el doble de lo que trabajarían para ganarlos. Graduados que tienen más miedo de los osos, los tiburones, los rayos y los terroristas que de los conductores borrachos. El ochenta por ciento de ellos creen que son más listos que la media. Graduados que inflan desmesuradamente el número de caramelos que hay en un bote solo por la ridícula estimación de otra persona.

—El trabajo de la psique consiste en hacer que sigamos ignorando felizmente quiénes somos, qué pensamos y cómo nos comportaremos en una situación determinada. Todos funcionamos sumidos en una espesa niebla de

refuerzo mutuo. Nuestros pensamientos están formados ante todo por un soporte físico heredado que evolucionó para asumir que todos los demás tienen que tener razón. Pero aunque nos señalen cuál es la niebla, no mejoramos nuestra navegación a través de ella.

»Entonces os preguntaréis: ¿qué hago yo aquí hablando? ¿Por qué sigo, año tras año, recibiendo el sueldo de la universidad?

Ahora las risas son de solidaridad. Adam admira esa pedagogía brillante. Jura que él, al menos, recordará esa sesión durante muchos años y que sus enseñanzas lo harán más sabio, sin importar lo que revele el estudio. Al menos él desafiará esas cifras acusatorias.

—Dejad que os muestre las respuestas que vosotros mismos disteis a un simple cuestionario que os pasé al principio del semestre. Es probable que hayáis olvidado que lo rellenasteis. —El profesor echa un vistazo a las respuestas y hace una mueca de dolor, tensando los labios. Risitas por la sala —. No sé si recordaréis que os pregunté si ayudaríais a alguien que... —El profesor Rabinowski se afloja la corbata. Traza círculos en el aire con el brazo izquierdo y vuelve a poner cara de dolor—. Disculpadme un segundo.

Se tambalea por el estrado y sale del auditorio. Un murmullo cruza la sala. Llegan unos golpes desde el vestíbulo de abajo, una pila de cajas que se ha volcado. Los cincuenta y cuatro estudiantes permanecen sentados y esperan el remate final de la charla. Unos débiles sonidos ahogados invaden el pasillo. Pero nadie se mueve.

Adam escudriña los asientos que hay detrás de él. Los estudiantes se miran unos a otros con el ceño fruncido o permanecen ocupados tomando notas. Se vuelve para mirar a la esplendorosa mujer que siempre se sienta dos asientos a su izquierda. Estudiante del curso introductorio para acceder a Medicina, tez pajiza, guapa sin saber que lo es, con los archivadores llenos de pulcras notas manuscritas; él piensa una vez más en lo maravilloso que sería sentarse con ella en Bucky's a tomar una cerveza y hablar sobre esta clase tan asombrosa. Pero el semestre termina dentro de dos días y las posibilidades son casi nulas.

Ella lo mira confundida. Él sacude la cabeza y no puede evitar sonreír; se inclina para susurrar algo y ella le corresponde. Quizá las posibilidades no sean tan nulas.

—«Kitty Genovese. El efecto espectador.» Darley y Letané, 1968.

—Pero ¿está bien? —Su aliento es como la canela.

—¿Recuerdas que nos preguntó si ayudaríamos a alguien que...?

Una mujer grita desde abajo pidiendo una ambulancia. Pero cuando los sanitarios llegan al recinto, el profesor Rabinowski ya ha muerto de un infarto de miocardio.

—No lo entiendo —dice la guapa estudiante de Medicina en la mesa de Bucky's—. Si creías que estaba demostrando el efecto espectador, ¿por qué no te levantaste?

Ella se está tomando su tercer café helado, cosa que saca un poco de quicio a Adam.

—Eso da igual. La cuestión es por qué otras cincuenta y tres personas, incluida tú, pensaron que le estaba dando un ataque y no hicieron nada para ayudarle. Yo lo que pensaba es que nos estaba tomando el pelo para decir algo importante a continuación.

—En ese caso deberías haberte levantado, para ponerlo en evidencia.

—No quería destrozarle el espectáculo.

—Habrías tenido que hacer algo a los cinco segundos.

Él da un golpe en la mesa corrida.

—¡Eso no habría cambiado nada, mierda!

Ella se estremece en el banco, como si Adam pretendiera pegarla. Él levanta las manos, se acerca para disculparse y ella vuelve a encogerse. Él se queda quieto, con las manos en el aire, viendo lo que la acobardada mujer ve.

—Lo siento. Tienes razón.

La última lección del profesor Rabinowski. Aprender psicología es, en efecto, bastante inútil. Paga las bebidas y se marcha. No vuelve a verla nunca más, salvo la semana siguiente, a dos asientos de distancia, durante las dos horas del examen final vigilado.

* * *

Lo admiten en el nuevo programa de posgrado de Psicología Social en Santa Cruz. El campus es un jardín encantado sobre una ladera desde la que se divisa la bahía de Monterrey. Es el peor lugar que puede imaginar para acabar el doctorado o para trabajar de verdad en lo que sea. Por otra parte, es perfecto para establecer contactos interespecie con los leones marinos del muelle, para trepar desnudo y borracho por el llamado «árbol del atardecer» o

para tumbarse bocarriba en Great Meadow en busca de un tema para la tesis mientras observas los alocados cúmulos de estrellas. Después de dos años, los demás estudiantes de posgrado lo llaman el Niño de los Sesgos. En cualquier discusión sobre psicología de la formaciones sociales, Adam Appich, máster en Ciencias, aparece con varios estudios que muestran cómo la ceguera cognitiva heredada siempre evitará que la gente actúe en favor de sus propios intereses.

Se reúne con su tutora. La profesora Mieke Van Dijk, la de la melenita sublime con flequillo que se come las consonantes y suaviza eróticamente las vocales. En realidad ella lo llama a tutoría en su despacho de College Ten cada dos semanas con la esperanza de que el seguimiento forzado le sirva de empujón para comenzar su investigación.

—Sigues durmiendo en los laureles.

En realidad no está dormido, aunque esté tumbado en el diván victoriano que hay en un extremo del despacho mientras ella lo psicoanaliza desde la mesa. Eso les divierte a ambos.

—¿Durmiendo? Qué va. Lo que estoy es paralizado.

—Pero ¿por qué? Le das demasiada importancia. Piensa en un tema para la tesis... —dice con su peculiar pronunciación— y en un proyecto de congreso. Tampoco tienes que salvar el mundo.

—¿Ah, no? ¿Puedo al menos salvar un par de naciones?

Ella se echa a reír; a él se le acelera el pulso al ver la amplia abertura de su boca.

—Escucha, Adam. Haz como si esto no tuviera nada que ver con tu carrera ni con ningún tipo de visto bueno profesional. ¿Qué quieres descubrir? ¿Qué podrías estudiar durante un par de años que te hiciera disfrutar?

Él observa cómo brotan las palabras de esa hermosa boca, libre de la jerga sociocientífica que tiende a emplear en sus clases.

—Ese «disfrute» del que habla...

—Shh. Habrá algo que quieras saber.

Quiere saber si ha pensado alguna vez en él desde un punto de vista sexual. No es tan inconcebible. La profesora solo le saca diez años. Ella es..., él diría que robusta. Siente el extraño impulso de contarle cómo ha llegado hasta allí, hasta ese despacho, en busca de un tema para la tesis. Quiere

describir toda su historia intelectual como una línea recta —desde lo de la pintura de uñas en el abdomen de las hormigas hasta la muerte de su adorado mentor universitario— y a continuación preguntarle hacia dónde va esa línea.

—Estoy interesado en... la eliminación de la ceguera. —La mira con disimulo. Si la gente, como algunos invertebrados, se pusieran de color morado cuando sienten atracción, nuestra especie sería mucho menos neurótica.

Ella aprieta los labios. Debe de ser consciente de lo mucho que le favorece ese gesto.

—¿Eliminación de la ceguera? Seguro que sabes explicarlo mejor.

—¿Puede la gente llegar a tomar decisiones morales independientes que vayan en contra de las creencias de su tribu?

—Quieres estudiar el potencial transformativo como función del favoritismo del endogrupo altamente normativo.

Aunque asiente, la jerga le toca las narices.

—Por ejemplo: yo me considero un buen hombre. Un buen ciudadano. Pero digamos que soy un buen ciudadano para la antigua Roma, cuando el padre tenía el poder, y a veces la obligación, de ejecutar a su hijo.

—Ajá. Y tú, que eres un buen ciudadano, estás motivado para preservar la distinción positiva...

—Estamos atrapados por la identidad social. Incluso cuando tenemos delante verdades como puños... —Oye a sus compañeros burlándose: «Niño de los Segos».

—Bueno, no. Es obvio que no; en caso contrario nunca se daría la realineación del endogrupo. La transformación de la identidad social.

—¿Y eso se da?

—¡Pues claro que sí! Aquí, en Estados Unidos, la gente pasó de creer que las mujeres son demasiado débiles para votar a tener una candidata a la vicepresidencia en uno de los grandes partidos. De Dred Scott a la Emancipación en unos cuantos años. Niños, extranjeros, presos, mujeres, negros, discapacitados físicos y mentales: todos han pasado de ser propiedad a ser persona. Yo nací en una época en que la idea de que un chimpancé acudiera a un juicio en un tribunal era totalmente absurda. Cuando tengas mi edad, nos preguntaremos cómo les hemos negado a los animales su posición de criaturas inteligentes.

—¿Cuántos años tienes, por cierto?

La profesora Van Dijk se echa a reír. Sus pómulos prominentes se

sonrojan; él está convencido. Es difícil ocultarlo, con semejante cutis.

—No nos salgamos del tema.

—Me gustaría determinar los factores de la personalidad que hacen posible que algunos individuos se pregunten cómo todo el mundo puede estar tan ciego...

—... mientras todos los demás intentan estabilizar las lealtades del endogrupo. Ya estamos llegando a algo. Podría ser un tema. Habría que definirlo con mucha más precisión. Podrías buscar el siguiente paso en esa misma progresión histórica de la conciencia. A lo mejor podrías estudiar a las personas que mantienen una posición que cualquier persona razonable de nuestra sociedad consideraría una locura.

—¿Por ejemplo?

—Vivimos en una época en que las reivindicaciones aportan una autoridad moral que se sitúa por encima de lo humano.

Él tensa con suavidad los abdominales y se incorpora.

—¿A qué te refieres?

—Ya has visto las noticias. A lo largo de toda la costa, la gente está jugándose la vida por las plantas. La semana pasada leí que un hombre se cortó las piernas con una máquina a la que trataba de encadenarse.

Adam ha visto esas noticias, por supuesto, pero las ha ignorado. Ahora no entiende por qué.

—¿Derechos para las plantas? Como si fueran personas. —Sabe de un niño que saltó a un hoyo y se arriesgó a que lo enterraran vivo para que no le hicieran daño al árbol que iban a plantar para un hermano que aún no había nacido. Ese niño está muerto—. Odio a los activistas.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Ortodoxia y abuso de consignas. Qué hastío. Odio cuando los de Greenpeace me abordan por la calle. Todos los que se creen superiores... no entienden nada.

—¿No entienden qué?

—Lo absolutamente frágiles que somos y lo equivocados que estamos. En todo.

La profesora Van Dijk frunce el ceño.

—Ya veo. Lo bueno es que no estamos haciendo un estudio psicológico sobre ti.

—Pero ¿esas personas están apelando de verdad a un nuevo orden moral no humano? ¿O es que las cosas verdes y bonitas los vuelven sentimentales?

—Ahí es donde entran las mediciones psicológicas controladas.

Él mismo sonríe de satisfacción. Pero una gran idea brota en su interior, y no se atreve ni a moverse por miedo a que desaparezca. Un nuevo camino.

—La formación de la identidad y los cinco grandes factores de la personalidad en los activistas por los derechos de las plantas.

—O lo que es lo mismo: ¿a quién abraza de verdad el abrazador de árboles cuando abraza un árbol?



El sol brilla al oeste de las Cascadas mientras Mimi y Douglas aparcen en la carretera forestal, atestada de coches. La gente se arremolina en el pequeño claro. No es una marcha de protesta, es un carnaval. La ingeniera especialista en cerámica le pregunta al veterano herido:

—¿Quiénes son todos estos?

Douggie sale del coche con una sonrisa con la que parece comerse el aire y el sol, un gesto que a Mimi ha comenzado a hacerle gracia, del mismo modo que hacen gracia los ladridos de un perro recién rescatado de un pozo. Él sacude la mano en el aire, una mano encallecida por el trabajo, con la alegría boba de un *cowboy*.

—El *Homo sapiens*, colega. ¡Siempre armando jaleo!

Mimi trota para alcanzarlo. Tanta concurrencia la aturde.

—¿Hacer para qué?

Douglas orienta el oído bueno hacia ella.

—¿Puedes repetir?

La muchedumbre es ruidosa en el circo de su causa, y él perdió mucha audición durante los vuelos.

A ella eso le sigue sorprendiendo. Un hombre que se molesta en escuchar.

—Es algo que decía mi padre. ¿Hacer para qué?

—¿Hacer para qué?

—Sí. Significa: ¿qué coño espera conseguir esta gente?

—¿Tu padre era extranjero?

—Chino. Creía que la lengua debe ser más eficiente de lo que es.

Douglas se da una torta en la frente.

—Eres china.

—A medias. ¿Qué pensabas?

—Yo qué sé. Que eras más oscura.

Mimi sabe que la verdadera pregunta es: ¿Ella hacer para qué? Le sorprende que Douglas haya conseguido arrastrarla hasta esta protesta. Su única acción política previa fue una venganza contra el presidente Mao, cuando estaba en primaria. Está resentida contra el ayuntamiento y el ataque nocturno y conspirativo contra sus pinos. Pero respecto a esos árboles tan apartados de la ciudad... En fin, que es ingeniera, por el amor de Dios. Esos árboles están pidiendo a gritos que los utilicen.

Sin embargo, después de un par de conferencias y de una reunión organizativa en compañía de ese desgarbado inocente, tiene el corazón destrozado. Esas montañas, esas cascadas boscosas..., ahora que las ha visto, le pertenecen. Así que aquí está, en una manifestación pública. Si su padre inmigrante llega a verla, la habría arrastrado de los pelos hasta su casa por miedo a la deportación, a la tortura o a algo peor.

—¡Mira a la gente!

Hay abuelitas con guitarras y niños pequeños con pistolas espaciales de agua. Estudiantes universitarios que quieren demostrar que son dignos unos de otros. Preparacionistas que empujan carritos de bebé como todoterrenos de hobbits. Niños de primaria que llevan con mucha seriedad carteles con el lema: «RESPETA A TUS MAYORES. NECESITAMOS PULMONES». Una alianza multicolor de calzado variado se abre paso por el tronco del camino forestal: mocasines y deportivas, sandalias deformadas, zapatillas Converse con un agujero en el pulgar y, sí, botas de leñador. La ropa es aún más variopinta: camisas de ejecutivo y vaqueros desgastados, blusas desteñidas de franela e incluso una chaqueta de aviador de la Fuerza Aérea de Estados Unidos como la que Duggie empeñó a cambio de unos cuantos dólares hace quince años. Disfraces de payaso, bañadores, monos..., de todo excepto trajes de tres piezas.

La mayoría de los asistentes han llegado en autobuses de cuatro organizaciones ecologistas que suelen estar enfrentadas entre ellas cuando no hay un objetivo cercano. Un grupo de mochileros ha tardado dos días en llegar para unirse al espectáculo tratando de surcar el océano del capitalismo con una caperuza de bellota. Un puñado de lugareños se acercan a curiosear. En esta zona, la mayoría de la gente en un radio de doscientos kilómetros subsiste gracias a la producción maderera. También ellos llevan sus letreros, escritos a mano. «LEÑADORES: LA VERDADERA ESPECIE EN EXTINCIÓN. ¡LA

TIERRA PRIMERO! YA TALAREMOS LOS DEMÁS PLANETAS DESPUÉS.»

Dos hombres con la barba hasta el esternón merodean por la periferia con cámaras de vídeo al hombro. Una mujer canosa con mallas, sombrero de fieltro y un chaleco sin mangas graba entrevistas con cualquiera que hable con ella. Un poco más allá, un hombre y una mujer con sendos megáfonos dirigen el ánimo del personal.

—¡Gente! Sois estupendos. Menudo éxito de convocatoria. ¡Gracias a todos! ¡Listos para un paseo por el bosque?

Estalla una ovación, y el desfile se sucede a trompicones por un camino de grava que baja hasta la nueva pista forestal. Douglas sigue la marcha con Mimi al lado. Se unen a la colorida multitud, que agita banderas arcoíris y gritan escandalosos epítetos. En la atmósfera festiva, bajo un azulísimo cielo, mientras camina codo con codo con desconocidos, Mimi se da cuenta de que lleva toda la vida, de manera inconsciente, cumpliendo con la máxima principal de sus padres: no hacer ruido en el mundo. Ella, Carmen y Amelia; las tres hijas Ma. No destaquéis; no tenéis derecho. Nadie os debe nada. Sed pequeñas, votad lo que todo el mundo y asentid como si fuera lo lógico. Sin embargo, aquí está ella ahora, buscando líos. Actuando como si importara lo que hiciera.

Caminan juntos por la pista forestal, en columnas de diez, con más filas de las que es capaz de contar. Entonan canciones que Mimi cantó por última vez en un campamento de verano en el norte de Illinois, canciones de una infancia estridente. «This Land is Your Land», «If I had a Hammer». Douggie sonríe y tararea con voz grave y monótona. Entre canción y canción, un animador con megáfono se pasea de un lado a otro, cerca de la cabecera, dando pie a distintas consignas. «¡La tala sale cara! ¡Salvemos nuestros bosques!»

Mimi no soporta la rectitud moral. Siempre ha sido alérgica a la gente con convicciones. Pero, sobre todo, lo que odia con todas sus fuerzas es el poder solapado. Se ha enterado de algunas cosas sobre este monte que le provocan un profundo asco. Una acaudalada empresa maderera, respaldada por el *lobby* proindustrial Forest Circus, se está aprovechando del vacío de poder actual para talar, de manera ilegal y a toda prisa —antes de que llegue una decisión judicial—, un bosque de coníferas seculares que llevan aquí desde antes de que la idea de propiedad privada se extendiera por la zona. Está dispuesta a lo que sea con tal de ralentizar el saqueo, incluso a la rectitud moral.

Caminan por el denso bosque de píceas a lo largo de tres estribillos. Los

truncos fragmentan la luz del sol. Los «dedos de Dios», como solían llamarlos ella y sus hermanas cuando eran pequeñas. Árboles que no sabe nombrar crecen por todas partes, envueltos en trepadoras, o yacen en el suelo como barricadas: hay tanta vida, tantos sabores diferentes, que le dan ganas de desnudarse y salir corriendo. El sotobosque está poblado de arbolitos pequeños que se podrían rodear con un puño, palos de escoba que pueden llevar siglos esperando su hora. Pero el dosel está sostenido por unos troncos que ni siquiera varios de los manifestantes unidos podrían rodear con los brazos.

Entre las almenas verdes se abren distintos paisajes. Mimi agarra de la manga a Douglas y señala. En el noroeste, sobre los barrancos, en pendientes demasiado escarpadas para caminar por ellas, un alfilerero de salud se extiende por las colinas. La niebla envuelve las puntas de los abetos igual que el día que los primeros barcos europeos arribaron a estas costas. Pero más al sur, a través de otro hueco entre los árboles, la devastación lunar asola la ladera: terrenos talados y empapados de diésel, tan quemados que hasta los hongos han muerto, ahogados en herbicidas para que nada vuelva a crecer, salvo las plantaciones de monocultivo de ciclos cortos que, según ha leído, solo durarán unas cuantas temporadas, como mucho, hasta que el suelo se agote. Desde lo alto, parece como si hasta los árboles que se extienden por estas laderas estuvieran en guerra. Retazos de un verde exuberante avanzan hacia otros parches de vómito enlodado hasta el horizonte. La gente allí congregada: dos ejércitos ignorantes enfrentados entre ellos, como siempre, por razones ocultas incluso para el más vehemente. ¿Cuándo será suficiente? Ahora, si eres capaz de creer en esta muchedumbre cantarina y risueña que trata de convencer a las brigadas de carretera que se encuentran al final de estas roderas. Ahora: el segundo mejor momento.

La carretera se estrecha y el bosque esmeralda se espesa. Unos troncos monstruosos empequeñecen y desorientan a Mimi. El musgo trepa y cubre todo con un manto denso. Incluso los helechos llegan a la altura del pecho. El hombre que está a su lado conoce los nombres de los árboles, pero Mimi es demasiado orgullosa para preguntar por su identidad. A pesar de que lleva una década viviendo en este estado, a pesar de sus intentos repetidos por dominar las guías de campo y las claves dicotómicas, lo cierto es que no sabe diferenciar un pino huyoco de un pino de azúcar, y mucho menos un falso ciprés de Lawson de un cedro de incienso. Los abetos blancos, plata, rojos y de Vancouver son un borrón de encajes. Y el sotobosque bullente, imposible.

El salal, más o menos, lo conoce. La vinagrera y el trilio, también. Pero el resto es un batiburrillo de follaje inescrutable, dispuesto a agarrarle de los tobillos, que reptan a ambos lados del camino.

Douglas señala hacia la izquierda.

—¡Mira!

En medio de la confusión verde azulada, siete árboles robustos crecen formando una línea tan recta como las ensoñaciones de Euclides.

—Pero ¿cómo demonios...? ¿Acaso alguien...?

Él se echa a reír y le da un golpecito en el hombro. El contacto es agradable.

—Piénsalo. Rebobina.

Lo intenta, pero no ve nada. Douglas mantiene el suspense un poco más.

—Hace unos cuantos siglos, más o menos durante la época en que los Padres Peregrinos pensaron: «¡Qué cojones! Vamos a intentarlo», un gran monstruo cayó. El tronco podrido formó un semillero perfecto. Un montón de arbolitos lo utilizaron como surco, ¡como si Dios los hubiera sembrado con una azada!

Algo destella delante de Mimi, una revelación de la luz moteada, a la manera en que el rocío delata las telarañas. Una apretada red de miles de especies se apelotonan formando ondas demasiado finas para que una persona las haya trazado. A saber la de medicinas que habrá allí escondidas: la próxima aspirina, la siguiente quinina, el futuro Taxol. Una razón suficiente para que este último reducto permanezca intacto un poco más de tiempo.

—No está mal, ¿verdad?

—Desde luego, Doogles.

Este hombre trató de salvar sus pinos. Puso su cuerpo entre las sierras y los árboles. Sin él, no estaría aquí, en este paraíso en peligro. Pero para su gusto, él no es más que un chiflado. A Mimi le asusta el entusiasmo con que se lo toma todo. Al ver el bosque, su mirada es propia de los descarriados sociales. Vuelve la cabeza, maravillado por la gente, feliz como un cachorrillo al que se deja entrar en casa.

—¿Oyes eso? —pregunta Douglas.

Pero ella lo lleva oyendo toda la mañana. Al cabo de quinientos metros, el pesado gemido se intensifica. Más abajo de la carretera, entre las zarzas, unas máquinas color mostaza y naranja arañan la tierra: motoniveladoras y traíllas, que llevan la carretera hacia un nuevo territorio.

—Bua, Mimi. Mira lo que están haciendo en este lugar tan bonito. ¿Hacer para qué?

Los manifestantes llegan a una verja de barrotes metálicos que corta la carretera. La avanzadilla se para delante del obstáculo y las pancartas se apiñan a su alrededor. La mujer del megáfono dice:

—Estamos a punto de cruzar la verja y entrar en el claro, lo cual supondrá una intrusión ilegal en el proyecto de tala contra el que estamos luchando. Aquellos de vosotros que no queráis que os arresten, permaneced aquí. Vuestra presencia y vuestra voz siguen siendo importantes. ¡La prensa está atenta a vuestras impresiones! —Aplausos, como el aleteo de un urogallo—. Aquellos que estéis dispuestos a continuar: gracias. Cruzaremos ahora. Mantened el orden. Mantened la calma. No permitáis que os provoquen. Es un enfrentamiento pacífico.

Una parte de la multitud continúa hacia la verja. Mimi mira de reojo a Douglas.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí, colega. Por eso estamos aquí, ¿no?

Mimi no sabe si con «aquí» se refiere a este bosque nacional vendido al mejor postor o a la Tierra, la única entidad capaz de prospección. Se encoge de hombros para despojarse de cualquier filosofía.

—Vamos.

Después de avanzar diez metros, ya son delincuentes. El bramido se vuelve nauseabundo. Un kilómetro más adelante, se topan con el ingenio humano en su máxima potencia. Mimi conoce mejor los nombres de esas bestias metálicas que los de los diferentes árboles. En el claro hay una *feller buncher* que arrebató lotes de troncos pequeños, los desbroza y los ordena según su longitud, de manera que tarda un día en hacer el trabajo de todo un equipo de leñadores en una semana. Hay un camión autocargador que apila los troncos. Muy cerca, una pala mecánica extiende el balasto y una traílla lo alisa antes de la llegada de la apisonadora. Ha aprendido que hay máquinas que lanzan sus fauces sobre árboles de quince metros y los trocean en menos de lo que tarda una licuadora en triturar una zanahoria. Máquinas que apilan leños como si de palillos de dientes se tratara y los transportan hasta fábricas donde los troncos de seis metros giran en espetones a tanta velocidad que el roce de una hoja afilada angular corta la pulpa formando una chapa continua.

Unos trabajadores bloquean el camino. El capataz dice:

—Esto es propiedad privada.

La mujer del megáfono, hacia la que Mimi siente un enamoramiento de colegiala, contesta:

—Estas tierras son públicas.

El otro manifestante con megáfono da la orden y todos se despliegan en abanico por el firme de tierra. Se sientan codo con codo, para abarcar todo el ancho de la carretera. Mimi y Dough, agarrados del brazo, se unen a la cadena, que cada vez es más sólida. Mimi se encadena, con las manos unidas por delante. El moral de su anillo de jade, girado hacia dentro, presiona su otra muñeca. Cuando los leñadores se dan cuenta de lo que está pasando, la jugada está hecha. Los dos extremos de la cadena humana se encadenan con cables antirrobo de bicicleta a los árboles que flanquean el camino.

Dos tipos se acercan a la fila de personas encadenadas. La parte superior de las botas reforzadas le llega a Mimi casi a los ojos.

—Mierda —dice uno rubio. Mimi nota la angustia auténtica del hombre —. ¿Cuándo vais a crecer y a comprender la realidad? ¿Por qué no os preocupáis de vuestros asuntos y nos dejáis a nosotros con los nuestros?

—Este asunto nos incumbe a todos —responde Douglas. Mimi le tira del brazo.

—¿Sabes dónde hay problemas de verdad? En Brasil. En China. Allí es donde están talando como locos. Allí es adonde deberíais ir a protestar. A ver qué piensan cuando les digáis que ellos no pueden ser tan ricos como nosotros.

—Estáis talando los últimos bosques primarios de Estados Unidos.

—No conoceríais un bosque primario ni aunque se os cayera encima. Llevamos décadas talando estas laderas y replantándolas. Diez árboles por cada uno que cortamos.

—Puntualizo. Que yo he replantado. Son diez plantoncitos de pulpa de celulosa por cada uno de estos genios antiguos y únicos.

Mimi observa que el capataz efectúa todo tipo de cálculos de coste y beneficio. Es lo gracioso del capitalismo: el dinero que pierdes al reducir la velocidad es siempre más importante que el que ya has ganado. Uno de los tipos da un puntapié al suelo y le lanza a Douglas un pegote de barro a la cara. Mimi intenta soltar el brazo para limpiarle, pero Douglas aprieta con el bíceps.

Otro salpicón de barro.

—Ay, perdona, tío. Ha sido sin querer.

Mimi salta.

—¡Eres un cafre sinvergüenza!

—Eso díselo a esos de allí. Demándame desde la cárcel.

El capataz señala más allá de la gente sentada, hacia la policía, que baja en tropel por el camino forestal. Rompen la cadena como si arrancaran un diente de león. A continuación, vuelven a unir los eslabones con esposas. Mimi y Douglas acaban separados por dos desconocidos y con dos personas más a cada lado. Se quedan sentados en la carretera embarrada mientras la policía acaba con el caos.

—Necesito hacer pis —le dice Mimi a un policía, hacia las dos de la tarde. Media hora más tarde, le dice al mismo hombre—: De verdad, necesito orinar.

—No, no necesitas nada.

La orina le chorrea por la pierna. Empieza a sollozar. A la mujer que está esposada a su lado le da una arcada y pone cara de asco.

—Lo siento. Lo siento mucho. No podía aguantar.

—Shhh, no pasa nada —dice Douglas, esposado dos personas más allá—. No le des más vueltas. —Su llanto se vuelve más desesperado—. No pasa nada —repite Douglas—. Mentalmente, te estoy rodeando con el brazo.

El llanto cesa. No regresará hasta dentro de muchos años. Oliendo igual que un tocón marcado por los animales, Mimi es detenida y acusada. Mientras la oficial de comisaría le toma las huellas digitales, siente, por primera vez desde la muerte de su padre, que le ha dado al día todo lo que el día demandaba.



El beso aterriza sobre la coronilla de Ray desde detrás mientras lee en su estudio. Los besos, enérgicos y precisos como bombas de racimo dirigidas por control remoto, son la marca personal de Dorothy durante estos días. Y a él se le hiela la sangre con cada uno de ellos.

—Me voy a cantar.

Él se vuelve para mirarla. Ya tiene cuarenta y cuatro años, aunque para él sigue igual que con veintiocho. Cree que es por no haber tenido niños. La flor de la juventud aún corre por ella, el encanto puro, como si el atractivo ridículo aún tuviera una tarea que cumplir, la de la juventud que quedó atrás.

Vaqueros y una blusa blanca de algodón cuyos pliegues se ciñen a las quejumbrosas costillas. Va cubierta con un chal color lila, levemente desaliñado alrededor del cuello, el único trozo de piel que ella considera que la traiciona. El pelo, brillante, castaño, perfecto, le cae sobre el chal, igual de largo que cuando interpretó a *lady Macbeth* durante su primera cita.

—Estás muy guapa.

—¡Ja! Me alegra que te falle la vista. —Le acaricia la zona donde le ha dado el beso—. Por aquí está clareando.

—«En carro alado el tiempo se aproxima».

—Trato de imaginarme el vehículo en cuestión. ¿Cómo funciona exactamente?

Él termina de darse la vuelta. En una mano, contra sus muslos de corredora, Dorothy sostiene un ejemplar verde claro de Peters Edition, adornado en negro con una palabra gigante:

BR MS

dividida en dos por su antebrazo perfecto. Más abajo, en letras más pequeñas:

Ein Deu equiem

El concierto tendrá lugar a finales de junio. Saldrá al escenario junto a otras cien voces y pasará casi desapercibida entre el grupo de mujeres, salvo porque será una de las pocas que no tendrán el pelo gris. Cantará:

*Siehe, ein Ackermann wartet
auf die köstliche Frucht der Erde
und ist geduldig darüber,
bis er empfahe den Morgenregen und Abendregen.*

Mirad al campesino que espera el preciado fruto de la tierra, aguardando con gran paciencia, hasta que recibe la lluvia de la mañana y de la tarde.

Ahora el canto lo es todo para ella. Es la última de una sucesión de aficiones emprendidas con la esperanza de exprimirle todo el jugo a la semana. Natación. Socorrismo. Dibujo al natural en carboncillo y pastel. Mientras, él se ha encerrado en el último baluarte de su estudio. Se apunta más horas de trabajo que nunca, con la vana esperanza de comprar una segunda residencia para ambos, un lugar más bonito. Un sitio rodeado, si no

de naturaleza, al menos de un recuerdo de esta.

—Tenemos muchos ensayos. —Dos sesiones a la semana, de dos horas cada una, y ella no ha faltado nunca—. Son divertidos. —Lleva semanas más que preparada. La verdad es que ha practicado tanto en casa que podría cantar el tema esta misma noche de principio a fin—. ¿Estás seguro de que no quieres venir? Necesitamos más voces graves.

Él se sorprende, más que nunca. ¿Qué haría Dorothy si él aceptara?

—A lo mejor en otoño. Para la pieza de Mozart.

—¿Tienes bastantes cosas con las que mantenerte ocupado?

A eso se dedica la gente: a resolver sus problemas en la vida de otras personas. Él se echa a reír.

—Por ahora sí. Me estoy peleando con esto. —Levanta las páginas para que ella las vea.

—«¿Deberían tener estatus los árboles?»—. Dorothy lee el título y frunce el ceño. Ray examina las palabras, también perplejo—. Parece insinuar que la ley falla al reconocer solo a las víctimas humanas.

—¿Y qué problema hay con eso?

—El autor quiere extender los derechos a los no humanos. Quiere que los árboles sean recompensados por su propiedad intelectual.

Ella sonríe.

—Y eso es malo para los negocios, ¿eh, Ray?

—No sé si lanzarlo a la otra punta de la habitación y echarme a reír o si prenderle fuego y pegarme un tiro.

—Ya me contarás qué decides. Te veo luego, entre las diez y las once. No me esperes despierto si tienes sueño.

—Ya tengo sueño. —Se echa a reír otra vez, como si acabara de contar un chiste—. ¿Vas bien abrigada? Va a refrescar. Abróchate el abrigo.

Ella se detiene en la puerta. Y de nuevo, ese momento entre los dos. Ese repentino acceso de rabia y rechazo mutuos.

—No soy tu propiedad, Ray. Habíamos hecho un trato.

—¿A qué viene eso? Yo no he dicho que seas mi propiedad.

—Sí que lo has dicho —dice, y se va.

Solo cuando suena el portazo él ata cabos. Abrigos. Botones. El viento que sopla libre. «Cuídate mucho. Me perteneces.»

Conduce por Birch hacia el oeste, bajo los arcos naranjas. No se molesta en

observar las luces de los coches que vienen detrás ni en fijarse por dónde gira. Eso sería indigno de ambos. Ella es demasiado lista para no pasar primero por el auditorio. Además, él ya se ha quedado en la ventana varias noches para verla salir. Ya ha hecho todo lo que podía hacer, gestos desesperados y desagradables. Revisar los números desconocidos en la factura del teléfono. Revisar los bolsillos de la ropa que ella se ha puesto la noche anterior. Registrarle el bolso en busca de alguna nota. Pero no encuentra notas, tan solo las pruebas judiciales de la A a la Z de su propia vergüenza.

Las semanas de incredulidad hace tiempo que pasaron a ser una caída libre, mucho más terrorífica que el periodo juvenil de paracaidismo que vivieron ambos. El pánico a descubrir algo pronto se transformó en dolor, el mismo tipo de dolor que sintió cuando su madre murió. Luego el dolor se tornó virtud, una virtud que albergó durante días en secreto, hasta que se hundió bajo su propio crecimiento explosivo y se convirtió en una inmovilidad amarga. Cada pregunta es una locura voluntaria. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Desde cuándo? ¿Cuántas veces antes?

¿Qué más da? Déjate el abrigo desabrochado. Ahora él solo quiere paz y permanecer al lado de Dorothy un poco más, durante todo el tiempo que pueda, antes de que ella lo destruya todo para castigarle por haberla descubierto.

Dorothy aparca el coche delante del auditorio. Entra un momento, incluso, no tanto para establecer su coartada como para que la trampilla que se abre bajo su pies parezca una locura aún mayor. Cuando los cien cantantes se amontonan en la grada, se escabulle por detrás como si fuera a buscar algo que ha olvidado en el coche. Un minuto más tarde, está en la calle mojada, con frío, viva, con el corazón desbocado. Lo va a hacer, de varias formas distintas, tranquila y cariñosamente, sin objetivo alguno, sin obligaciones contractuales, con un hombre al que no conoce de nada. La idea le recorre el cuerpo, como si se hubiera inyectado algo.

Va a ser mala. Otra vez. Mala y estúpida. Va a hacer cosas que nunca imaginó que haría. Cosas nuevas. Va a aprender más sobre ella misma: cosas terroríficas, a toda velocidad, con alegría. Lo que le gusta y lo que no le gusta, sin extender la perezosa mentira de la decencia. Lanzar los últimos treinta años a la hoguera de la liberación. La idea la despedaza por dentro, es

magia. Crecimiento. Ya está húmeda, al borde del orgasmo con solo el roce de sus propias piernas, como una chica de dieciséis años verde y tierna, cuando ve el BMW negro junto al bordillo y se mete dentro.

Cuarenta y ocho minutos de experimento salvaje. Justo después, le cuesta recordar. Como si él la hubiera drogado un poco, por diversión. Recuerda haberse sentado con las rodillas abiertas en la cama gigante, con la risa floja como una princesa de la sororidad borracha. Recuerda haberse vuelto enorme, poética, majestuosa, divina, un torrente de Brahms. Luego se dejó llevar por el dolor de las piernas y los pulmones, una corredora de fondo. Recuerda que él le susurraba al oído mientras la tocaba: impreciso, amenazador, respetuoso, sílabas excitantes que la alimentaron sin comprenderlas siquiera.

De vez en cuando, al igual que la semana anterior, en plena tempestad se le venían a la cabeza sus novelas de adulterio favoritas con una precisión espantosa. Se recuerda a sí misma pensando: «Ahora soy la heroína de mi propia historia maldita». Luego, un largo y tierno beso de buenas noches, el bordillo junto al coche oscuro, a tres manzanas del auditorio. Diez pasos por la acera impecable y ya ha enviado la aventura a la imaginación, como algo que solo hubiera sucedido en un libro.

Regresa dentro, a las gradas, con tiempo de sobra, esperando a que el coro replique al barítono, que ahora canta: «Mirad, os muestro un misterio; no dormiremos, pero cambiaremos. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos».

Ray mordisquea la cena: pistachos y una manzana. La lectura es lenta y cualquier cosa le distrae. Al mirar el culo de la manzana, se da cuenta de que el cáliz —una palabra que no conocerá jamás— es nada más y nada menos que los restos de una flor de manzana marchita. Levanta la vista del matorral de palabras tres veces por minuto, esperando que la verdad caiga como un roble y aplaste el tejado de la casa. Pero no acude nada a matarlo. Nada sucede, y esa nada persiste con una fuerza y una paciencia inmensas. Tampoco sucede nada cuando, al mirar el reloj para comprobar por qué no ha vuelto aún Dorothy, descubre que apenas ha pasado media hora.

Inclina la cabeza y mira la página con atención. El artículo alimenta su angustia. ¿Deberían tener estatus los árboles? El mes pasado, habría sido un gran pasatiempo analizar ese ingenioso argumento. ¿Qué puede poseerse y

quién puede poseer? ¿Qué confiere los derechos y por qué los humanos son los únicos que los poseen en todo el planeta?

Pero esta noche las palabras flotan. Ocho y treinta y siete. Todo lo que era suyo se derrumba, y ni siquiera sabe cuál es la causa del desastre. La terrible lógica del ensayo comienza a agotarlo. Niños, mujeres, esclavos, aborígenes, enfermos, locos, minusválidos: todos han cambiado de un modo inconcebible, a lo largo de los siglos, y han pasado a ser personas reconocidas por la ley. ¿Por qué no iban los árboles y las águilas y los ríos y las montañas vivas a ser capaces de denunciar a los humanos por el robo y los daños interminables? La idea en sí es una puñetera pesadilla, una danza macabra de la justicia como la que está viviendo ahora mismo al ver que el minuterero del reloj se niega a avanzar. Hasta este momento, toda su carrera —proteger la propiedad de aquellos que tienen derecho a crecer— comienza a parecerle un largo crimen de guerra, algo que le costaría la cárcel una vez empiece la revolución.

Esta propuesta está destinada a parecer extraña, temible o ridícula. Eso se debe en parte a que, hasta que la criatura sin derechos los adquiere, solo la consideramos un objeto destinado a nuestro disfrute, al disfrute de aquellos que sí tenemos derechos en ese momento.

Las ocho y cuarenta y dos, y está desesperado. Ahora haría cualquier cosa para engañarla, para hacerle creer que no sospecha nada. El ataque de locura de Dorothy seguirá su curso y terminará. La fiebre que la ha transformado en alguien a quien ya no reconoce se consumirá y la abandonará. La vergüenza volverá a convertirla en ella misma, y se acordará de todo. Los años pasados. El tiempo en Italia. Cuando saltaron del avión. La época en que Dorothy empotró el coche contra un árbol mientras leía su carta de aniversario y casi se mata. El teatro para aficionados. Las cosas que plantaron juntos en el jardín que ambos crearon.

Es absurdo decir que los bosques y los ríos carecen de estatus porque no pueden hablar. Las corporaciones tampoco hablan, ni los estados, las fincas, los niños, los deficientes, los ayuntamientos o las universidades. Son los abogados quienes hablan en su nombre.

La clave está en que ella nunca se entere de que él lo sabe. Debe mostrarse

alegre, ingenioso, divertido. En cuanto ella sospeche, estarán acabados. Ella podría vivir con cualquier cosa, menos siendo perdonada.

Pero el disimulo lo está matando. Nunca pudo interpretar a nadie más que al sincero Macduff. Ocho cuarenta y ocho. Trata de concentrarse. La tarde se alarga como dos sentencias de muerte consecutivas. Solo tiene este ensayo como única compañía y tortura.

¿Qué hay en nuestro interior que nos provoca esta necesidad, no solo de satisfacer nuestros deseos biológicos básicos, sino también de extender nuestra voluntad sobre los objetos, para cosificarlos, para hacerlos nuestros, para manipularlos, para mantenerlos a una determinada distancia psíquica?

El ensayo parpadea por debajo de sus dedos. No es capaz de seguirlo, no sabe si es brillante o es basura. Todo su ser se está disolviendo. Todos sus derechos y privilegios, todo lo que posee. Le están arrebatando un gran don que fue suyo desde el nacimiento. Es un autoengaño flagrante y suntuoso, una absoluta mentira, esa proclama de Kant que decía: «En cuanto a las criaturas no humanas, no tenemos deberes directos para con ellas. Todo existe meramente como un medio para un fin. Ese fin es el hombre».

Mientras Dorothy regresa a casa, el asco se apodera de ella. Pero incluso ese asco proporciona sensación de libertad. Si una persona es capaz de ver lo peor de sí misma... Si una persona es capaz de hallar la sinceridad absoluta, el conocimiento completo de lo que es en realidad... Ahora que está saciada, desea de nuevo la pureza. En el semáforo de Snelling, mira por el espejo retrovisor y descubre que sus ojos se esconden de su propia mirada furtiva. Piensa: «Voy a parar. Retomaré mi vida. La decencia. Esto no tiene por qué terminar en una bola de fuego». La próxima actuación del coro absorberá su exceso de energía. Después, ya encontrará algo con lo que mantenerse ocupada. Con lo que mantenerse sana y sobria.

En Lexington, diez manzanas más abajo, ya está planeando una nueva dosis. Solo una, para recordar lo que se siente al esquiar por ese continente montañoso. Pero se niega a la pena. Tendrá la adicción sin los buenos propósitos lastimeros. No sabe quién es el adicto, si su cuerpo o su voluntad. Solo sabe que seguirá sus propios dictados, dondequiera que la lleven.

Cuando gira por el cañón frondoso de su calle, ya está de nuevo en calma.

Entra sonrosada por el frío. Arrastra la bufanda por el suelo mientras cierra la puerta. La partitura del *Requiem* se le cae de las manos. Se agacha para recogerla y, cuando se levanta, sus ojos se cruzan con los de él y lo desvelan todo. Asustados, desafiantes, suplicantes, desalmados. Deseosos de estar de nuevo en casa con su viejo amigo.

—¡Oye! No te has movido de la silla.

—¿El ensayo bien?

—Estupendo.

—Me alegro. ¿Qué partes habéis cantado?

Ella se acerca a su lado. Retoma algo del viejo ritmo. Lo abraza, *Ziemlich langsam und mit Austruck*. Antes de que él pueda levantarse, Dorothy se escabulle hacia la cocina para oler en su cuerpo esa mezcla de sal y lejía.

—Voy a darme una ducha rápida antes de acostarme.

Es una mujer lista, pero nunca ha tenido mucha paciencia con lo obvio. Tampoco considera que él sea capaz de darse cuenta de nada. Se duchó veinte minutos antes de salir para cantar su Brahms.

Ya en la cama y con el pijama de pavos reales puesto, caldeada y renovada por el vapor caliente, pregunta:

—¿Qué tal tu lectura?

Ray necesita un momento para recordar lo que ha intentado leer durante toda la noche. «Lo que hace falta es un mito...»

—Difícil. Tenía la mente un poco dispersa.

—Humm... —Se da la vuelta para ponerse frente a él, con los ojos cerrados—. Cuéntame.

No me parece muy remoto que lleguemos a considerar que la Tierra, tal y como algunos ya han sugerido, es un organismo donde el género humano no es más que una parte funcional, tal vez la mente.

—Quiere dotar de derechos a todos los seres vivos. Defiende que pagar a los árboles por su invención creativa haría que el mundo entero fuera más rico. Si tiene razón, todo nuestro sistema social, todo por lo que siempre he

trabajado...

Pero la respiración de Dorothy ha cambiado y flota a la deriva como un recién nacido después de una jornada de primeros descubrimientos.

Ray apaga la luz de la mesita de noche y se da la vuelta. Ella, inmóvil, murmura en sueños y se agarra a él, se aprieta contra su espalda en busca de calor y le echa los brazos desnudos por encima, la mujer de la que se enamoró. La mujer con quien se casó. La divertida, frenética, feroz e indomable *lady* Macbeth. La amante de las novelas largas y enrevesadas. La paracaidista. La mejor actriz aficionada que jamás ha conocido.



Guardián y Cabello de Venus en el interior del bosque de secuoyas. Él carga con una mochila de provisiones. Ella sostiene la cámara de vídeo con una mano y se aferra a él con la otra, como una nadadora agarrada a una lancha inflable. De vez en cuando le toma de la muñeca, para llamar su atención sobre algo colorido o fuera de su comprensión.

Anoche durmieron al aire libre sobre el suelo frío. Los mares de barro salpicaban su isla rodeada de helechos. Él se metió en un saco de 1950 manchado de pis y ella en otro, bajo unas criaturas plácidas, corpulentas y reposadas.

—¿No tienes frío? —preguntó él.

Ella contestó que no. Y él la creyó.

—¿Te duele algo?

—La verdad es que no.

—¿Tienes miedo?

Sus ojos respondieron: «¿Por qué?». Su boca respondió:

—¿Deberíamos tenerlo?

—Son muy poderosos. Humboldt Timber da trabajo a cientos de personas. Tienen miles de máquinas. Su propietaria es una multinacional multimillonaria. Todas las leyes están de su parte, y el pueblo norteamericano los respalda. Nosotros somos un puñado de vándalos desempleados que acampamos en el bosque.

Ella sonrió, como se le sonríe a un niño pequeño que acaba de preguntar si los chinos podrían llegar hasta ellos a través de un túnel, y sacó la mano en

busca de la de él.

—Créeme. Lo sé de la mejor fuente posible. Están a punto de suceder grandes cosas.

Cuando se durmió, la mano de ella permaneció en medio de ambos como una línea transversal.

Siguen un camino zigzagueante que conduce a un desagüe lejano hasta que el sendero se convierte en un riachuelo de lodo. Tres kilómetros más adelante, el camino desaparece y se ven obligados a caminar campo a través. La luz se filtra por el dosel del bosque. Él la observa cruzar por una alfombra de borraja plagada de acedera. Hace pocos meses, según le ha contado ella, no era más que una zorra narcisista, desagradable y hastiada, con problemas de drogas y a punto de abandonar los estudios. Ahora es... ¿qué? Un ser que está en paz con su propia condición humana, que se ha asociado a otro ser que no está para nada en paz.

Las secuoyas hacen cosas extrañas. Murmullan. Irradian arcos de fuerza. Sus nudos se extienden con formas encantadas. Ella lo agarra del hombro.

—¡Mira eso!

Doce árboles apóstoles se yerguen formando un anillo de hadas tan perfecto como los círculos que el pequeño Nicky dibujaba con un transportador los domingos lluviosos, décadas atrás. Siglos después de la muerte de su ancestro, una docena de clones basales rodean el centro vacío en todos los puntos de la rosa de los vientos. Una señal química pasa por el cerebro de Nick: en el supuesto de que una persona hubiera esculpido uno solo de esos árboles, tal cual es ahora, su obra sería un hito del arte humano.

Siguiendo el arroyo pedregoso, llegan hasta un gigante caído que, incluso tumbado, es más alto que Olivia.

—Ya hemos llegado. Madre N. nos dijo a la derecha. Por aquí.

Él lo ve primero: un bosque de troncos de seiscientos años que se extiende más allá de donde alcanza a ver. Los pilares de la nave de una catedral rojiza. Árboles más viejos que los tipos móviles. Pero en sus arrugas hay números pintados con espray blanco, como si alguien hubiera tatuado a una vaca viva con un diagrama de carnicero para señalar los diversos cortes de la carne. Órdenes para una masacre.

Olivia se lleva la cámara de vídeo a la cara y comienza a grabar. Nick se quita la mochila y flota ingrávido durante algunos pasos. Un arcoíris de latas

de spray brota de la mochila. Los deja en un retazo cubierto de cola de caballo: media docena de colores de todo el espectro. Cereza en una mano, amarillo limón en otra, se acerca hacia uno de los árboles marcados. Examina los trazos blancos. Luego, levanta la lata y pinta.

Más tarde, el vídeo será editado, le añadirán una voz en *off* y lo enviarán a todos los periodistas de la lista de simpatizantes de la Fuerza en Defensa de la Vida. Por ahora, la banda sonora está formada por los cientos de gritos del bosque interrumpidos por el asombro —¿*Cómo lo haces?*— que se oye junto al micrófono. Nick regresa a su paleta sobre el suelo del bosque y elige otros dos tonos. Pinta y se aparta para apreciar el trabajo. Son especies tan silvestres como cualquiera de las que habitan el gabinete de curiosidades de un museo. Prosigue con el siguiente árbol numerado. Muy pronto, los números desaparecen, dejan de ser reconocibles, y se transforman en mariposas.

Pinta también los troncos señalados con una marca azul. Están por todas partes, sentencias de muerte dictadas con un solo trazo. Luego procede a pintar los árboles que no tienen ninguna marca, hasta que es imposible diferenciar los que iban a ser cortados de los que eran simples espectadores. Cae la tarde; llevan demasiado tiempo en el bosque como para seguir contando el tiempo en horas. El trabajo termina en un momento, en un abrir y cerrar de ojos.

Olivia graba una panorámica del bosque transformado. Donde antes había medidas e instrucciones, un proyecto de cifras en firme, ahora hay hespéridos y papilónidos, mariposas de distintas formas y colores. Podría ser un bosque de abetos sagrados de las montañas mexicanas, donde los insectos de Tiffany representan su migración desde hace generaciones. Así es como dos personas acaban en una tarde con el trabajo de los tasadores y agrimensores.

La voz masculina del vídeo sin editar dice:

—Van a volver.

Se refiere a los hombres que enumerarán de nuevo los árboles seleccionados, esta vez a prueba de locos.

—Pero esto está precioso. Y les va a costar dinero.

—A lo mejor. O puede que lleguen los leñadores y arrasen con todo, como hicieron en Murrelet Grove.

—Ahora lo tenemos en vídeo.

Se puede oír en la música de sus voces grabadas: la creencia de que el afecto todavía es capaz de solucionar los problemas de la libertad. A

continuación la película se corta. Nadie ve qué ocurre después con los dos humanos sobre el suelo del bosque, entre los montones de helechos y sellos de Salomón. Nadie, salvo que se tenga en cuenta a las incontables criaturas invisibles que se refugian bajo el suelo, que reptan por las cortezas, que se agazapan en las ramas, que trepan, saltan y se amontonan en el dosel. Hasta los árboles gigantes aspiran las pocas moléculas de bienvenida por millón que flotan en el ambiente.



Patricia lo oye a medio kilómetro de distancia; el traqueteo de la camioneta de Dennis por el camino de grava lleno de baches. El sonido le provoca una alegría que al principio no reconoce. A su modo, los crujidos y zumbidos la animan tanto como el trino jadeante de una reinita de Townsend por el borde de un claro. La camioneta es una rareza de la vida salvaje, a pesar de que aparece a diario, tan puntual como la lluvia.

Se acerca al camino con la sensación de que la espera ha sido tensa durante los últimos quince minutos. Él traerá el almuerzo, sí, además del correo, esa mezcla variada de conexiones con el mundo exterior. Los datos nuevos del laboratorio en Corvallis. Sin embargo, lo único que su alma necesita recibir es a Dennis. Él la tranquiliza y la escucha, por eso se pregunta con un delicioso horror si las veintidós horas que han de transcurrir hasta que se vean de nuevo serán demasiado largas. Ella se acerca a la camioneta y da un paso atrás para dejar que él abra la puerta. Dennis le rodea la cintura con el brazo fornido y le acaricia el cuello.

—Den. Mi mamífero favorito.

—Chica. Espera a ver lo que te traigo.

Le pasa el correo y coge la nevera. Ambos suben juntos la pendiente hasta la cabaña, en silencio.

Patricia se sienta en el porche, junto a la mesa de carrete, y revisa el correo mientras él saca la comida. ¿Cómo es posible que la falsedad dominante —«Información importante sobre su seguro. ¡Abra esto!»— llegue hasta aquí? Lleva décadas viviendo alejada del comercio, pero su nombre aún es un producto vigente que se compra y se vende sin cesar mientras ella lee a Thoreau en su cabaña. Solo espera que los compradores no hayan pagado

mucho; o mejor no, ojalá que los hayan extorsionado.

No hay noticias de Corvallis, pero sí un paquete de su agente. Lo coloca sobre los listones de madera, al lado de su plato. Es entonces cuando Dennis saca dos truchas arcoíris pequeñas y magníficamente rellenas.

—¿Va todo bien?

Ella asiente y sacude la cabeza al mismo tiempo.

—¿No hay malas noticias, al menos?

—No. No lo sé. No puedo abrirlo.

Dennis sirve el pescado y agarra el paquete.

—Es de Jackie. ¿Qué puede tener de malo?

Patricia no lo sabe. Demandas judiciales. Pleitos. Negocios. Todo de golpe. Él le pasa el sobre y hace un gesto en el aire, para alentarla.

—Qué bien que estés tú aquí, Dennis.

Desliza el dedo por la lengüeta y asoman varias cosas. Reseñas. Cartas de fans. Una carta de Jackie con un cheque adjunto. Patricia da un chillido al ver el cheque, que cae bocabajo al suelo, sobre la tierra húmeda.

Dennis recoge el cheque y lo limpia. Suelta un silbido.

—¡Madre mía! —Mira a Patricia con las cejas levantadas—. Se han equivocado con la coma del decimal, ¿no?

—¡En dos posiciones!

Él se echa a reír, sacudiendo los hombros, como si su vieja camioneta intentara arrancar después de una noche bajo cero.

—Ya te dijo ella que el libro iba sobre ruedas.

—Hay un error, tenemos que devolverlo.

—Lo hiciste muy bien, Patty. Y a la gente le gustan las cosas bien hechas.

—No es posible...

—No te pongas nerviosa. Tampoco es tanto.

Pero sí que lo es. Es más de lo que ha tenido nunca en el banco, en toda su vida.

—Este dinero no es mío.

—¿A qué te refieres con que no es tuyo? ¡Te has pasado siete años trabajando en ese libro!

Ella no lo oye. Está escuchando el viento que llega a través de los alisos.

—Siempre puedes regalarlo. Extender un cheque a favor de American Forest. O a favor del programa de recuperación de los castaños. Podrías invertir en el equipo de investigación. Venga. Cómete el pescado. He tardado dos horas en capturarlos.

Después de comer, él lee en voz alta las reseñas. En cierto modo, gracias a su voz radiofónica de barítono, suenan aún mejor. Son agradecidas. La gente dice: «No me había dado cuenta». La gente dice: «He comenzado a ver cosas». Luego lee las cartas de los lectores. Algunos solo quieren darle las gracias. Otros la confunden con la madre de todos los árboles. Varios le hacen sentir que es Miss Lonelyhearts. «Tengo un gran roble bur en el jardín que debe de tener unos doscientos años. La pasada primavera comenzó a enfermar por un costado. Me mata verlo morir a cámara lenta. ¿Qué puedo hacer?»

Muchos mencionan a los árboles dadores, aquellos antiguos abetos de Douglas que, en su último suspiro, donan todos sus metabolitos secundarios a la comunidad.

—¿Oyes esto, chica? «Me has hecho pensar en la vida de una forma diferente.» Eso sí que es un piropo. —Ella se ríe, pero suena como un lince atrapado—. Oh, mira, esto es interesante. Una petición para acudir al programa de radio con más audiencia del país. Están emitiendo una serie sobre el futuro del planeta y necesitan a alguien que hable de los árboles.

Ella oye sus palabras desde lo alto de un abeto de Douglas en medio de una tormenta atronadora. Industria humana por todas partes. La gente necesita cosas de ella. La gente la confunde con otra persona. La gente pretende arrastrarla con violencia hacia lo que ellos denominan, erróneamente, «el mundo».



Moisés regresa al campamento base hecho un trapo. Hay acciones por todas partes, y ya han perdido a trece personas por detenciones en los últimos días.

—Necesitamos voluntarios para una sentada sobre un árbol patrimonial. ¿Alguien dispuesto a quedarse allí arriba por un tiempo?

Cabello de Venus levanta la mano antes de que Guardián comprenda la petición. Una expresión le ilumina la cara: «Sí. Eso es. Por fin».

—¿Estás segura? —pregunta Moisés, como si no acabara de cumplir con las predicciones de las voces de luz—. Pasarás allí unos cuantos días.

Mientras prepara sus cosas, le asegura a Nick:

—Si crees que puedes hacer más desde aquí..., estaré bien sola. No se atreverán a hacerme daño. ¡Piensa en la prensa!

Pero él no estará bien, salvo donde ella esté. Así de simple, así de absurdo. No se lo dice. Es tan obvio, tan evidente, incluso por el modo en que merodea y asiente. Por supuesto, ella lo sabe. Si es capaz de oír a seres que ni siquiera están allí, cómo no va a oír los estallidos de sus pensamientos y la sangre que le late en los oídos, incluso por encima de la lluvia incesante.

Sus mochilas traspasan la verja en primer lugar. Luego van ellos: Cabello de Venus, Guardián y su guía, Loki, que lleva realizando las tareas de apoyo para este árbol durante semanas. Sus pies aterrizan en territorio de Humboldt Timber, entrada ilegal con intención delictiva. Las mochilas pesan y el camino es abrupto. Las semanas de lluvia constante han convertido el sendero en café turco. Hace varias semanas no habrían logrado avanzar ni cinco kilómetros. Ahora, después de ocho kilómetros, Guardián respira con grandes bocanadas. Se siente avergonzado y se queda atrás, donde ella no puede oírlo resoplar. El camino asciende por una cuesta empinada. El peso de la mochila y el barro pegado a los pies tiran de él hasta que cada paso es un salto con pértiga. Se detiene a recuperar el aliento, y el aire con aguanieve atraviesa su cuerpo. Más adelante, Cabello de Venus avanza como una bestia mítica. La energía asciende por sus pies desde el suelo cubierto de agujas. Cada vez que se hunde en el fango se siente renovada. Está bailando.

La cobardía añade varias piedras a la mochila de Nick. No quiere que lo arresten. Tampoco le encantan las alturas. Lo único que le conduce por esa ladera es el amor. Ella, en cambio, está alimentada por la necesidad de salvar todas las vidas.

Loki extiende la mano.

—¿Veis esa luz intermitente? Son Gavilán y Chispas. Nos han oído.— Ahueca la mano, se la lleva a los labios y emite un ululato. La luz en lo alto del bosque vuelve a parpadear con impaciencia. Eso también le hace gracia a Loki—. Los cabrones están deseando bajarse del árbol. ¿No es increíble?

Nick también lo está deseando, y eso que todavía no se ha subido. Durante los últimos cien metros, aprietan el paso. Una silueta emerge de la espesura, tan grande que no parece real.

—Ahí está —dice Loki, señalando—. Ese es Mimas.

Unos sonidos brotan de la boca de Nick, sílabas que significan, a grandes rasgos, «Dios mío de mi vida». Lleva semanas viendo árboles monstruosos, pero nunca uno como este. Mimas: más ancho que la vieja casa del padre de su tatarabuelo. Aquí, mientras el atardecer los arropa, la sensación es primigenia, darshánica, un cara a cara con la divinidad. El árbol se eleva como el cuello de un volcán sin fin. Desde allí abajo, podría ser Yggdrasil, el Árbol del Mundo, con las raíces en el subsuelo y la copa en el mundo de arriba. A diez metros del suelo, un tronco secundario le brota del costado, una rama mayor que el castaño Hoel. Otros dos troncos emergen por encima del mástil principal. En su conjunto parece un ejercicio de cladística, el Árbol de la Vida de la Evolución: una gran idea escindida en nuevas ramas familiares que ascienden por el largo transcurso del tiempo.

Mientras Cabello de Venus se yergue, Guardián se encorva y se pregunta si será muy tarde para dar marcha atrás. Pero incluso con la luz decreciente, el rostro de ella brilla con convicción. Toda la inquietud que la ha acompañado desde que aparcó el coche en el camino de acceso de la granja de Iowa se ha esfumado y ha sido sustituida por una seguridad tan pura y dolorosa como el ululato solitario de un búho. Extiende los brazos hacia los surcos del árbol. Es como una pulga que trata de abrazar a su perro. Levanta el rostro hacia el tronco titánico.

—Es increíble. No puedo creer que no haya otro modo de proteger a este ser que no sea con nuestros cuerpos.

Loki dice:

—Mientras nadie pierda dinero o resulte herido, la ley pasa de todo.

La base del árbol, entre dos enormes nudos, se abre formando una especie de gallinero cubierto de carbón vegetal lo bastante grande como para que los tres pasen la noche dentro. Unas marcas de hollín recorren el tronco, las cicatrices de incendios anteriores a la existencia de Estados Unidos. Una incisión, aún fresca, en la parte más baja de la copa recuerda la caída de un rayo. Y desde la maraña de arriba, desvaneciéndose hacia el cielo, llegan los gritos de dos personas exhaustas fuera de su elemento que solo quieren secarse, calentarse y volver a estar a salvo durante unas cuantas horas.

Algo se desploma desde arriba. Guardián grita y aparta a Cabello de Venus de un empujón. La serpiente cae al suelo del bosque. Una cuerda, del grosor del índice de Guardián, cuelga delante de un tronco más ancho que su campo visual.

—¿Qué hacemos con eso? ¿Atar las mochilas?

Loki chasca la lengua.

—Tregar. —Saca un arnés, unas cuerdas anudadas y unos mosquetones. Comienza a colocarle a Guardián el cinturón del arnés.

—Espera. ¿Esto qué son? ¿Grapas?

—Está un poco usado. No te preocupes. Las grapas y la cinta plateada no van a tener que soportar tu peso.

—No, mi peso lo soportará este cordoncito de zapatos de aquí.

—Ha soportado pesos mucho mayores que el tuyo.

Olivia se interpone entre los dos contendientes, agarra el arnés y se lo coloca en la cintura. Loki la asegura con los mosquetones. La ata a la cuerda mediante dos nudos Prusik correderos, uno para el pecho y el otro para un estribo del pie.

—¿Lo ves? Tu peso tensa estos nudos, como si fueran puños. Pero cuando aflojas... —Desliza uno de los nudos sueltos por la cuerda—. Ponte de pie sobre el estribo. Sube el nudo del pecho todo lo que puedas. Reclínate y deja que caiga el peso. Siéntate de nuevo en el arnés. Desliza el nudo del estribo tan alto como alcances. Ponte de pie en él. Y así todo el rato.

Cabello de Venus se echa a reír.

—¿Como una oruga?

Exacto. Repta. Se pone de pie. Se inclina hacia atrás y se sienta. Se levanta, vuelve a reptar, y va trepando por una escalera de aire, alzándose a sí misma en asideros que la elevan por encima de la superficie de la Tierra. Guardián se queda debajo mientras ella se aleja hacia el cielo por intuición. Esa intimidad, la del cuerpo de ella contorsionándose sobre él, hace que su alma se sonroje. Es una ardilla, Ratatosk, que trepa por Yggdrasil, mensajera entre el infierno, el cielo y la tierra.

—Se le da bien —dice Loki—. Está volando. Llegará a la copa en veinte minutos.

Y así es, a pesar de que al llegar le tiemblan todos los músculos. Desde arriba, unos gritos le dan la bienvenida. Abajo, al nivel del suelo, los celos se apoderan de Nick. Cuando el arnés cae de nuevo, se lo pone como un resorte. Tarda unos treinta metros en asustarse. Es imposible que la cuerda aguante su peso; se retuerce, el nailon cruje de un modo muy raro. Inclina la cabeza hacia atrás para ver cuánto le queda. Una vida entera. Luego comete el error de mirar hacia abajo. Loki gira en pequeños círculos. Su rostro apunta hacia arriba como una pequeña flor de borraja a punto de ser espachurrada con un pie. Los músculos de Guardián ceden al pánico. Cierra los ojos y suspira:

—No puedo hacerlo. Estoy muerto.

Siente el zumbido y la interminable caída que le recorre las piernas. Dos pequeños accesos de vómito le suben por la garganta hasta su cazadora.

Pero Olivia le está hablando al oído. «Nick. Ya has hecho esto antes. Lo vi hace semanas. Una mano —dice—. Un pie. Siéntate. Desliza el nudo. Levántate.» Nick abre los ojos en el tronco de Mimas, el ser vivo más alto, más fuerte, más ancho, más antiguo, más seguro y más sensato que ha visto jamás. Un protector de medio millón de días y de noches que ahora lo quiere en su copa.

Unos gritos le dan la bienvenida desde arriba. Los que ya están allí lo aseguran al árbol con dos abrazaderas. Olivia corretea por las plataformas, conectadas por escaleras de cuerda. Gavilán y Chispas ya hace rato que le han explicado todas las cláusulas del contrato. Lo único que quieren es estar abajo antes de que caiga la noche. Le lanzan la cuerda a Loki, que grita desde la creciente oscuridad:

—Dentro de unos días alguien vendrá con vuestros sustitutos. Lo único que tenéis que hacer hasta entonces es permanecer ahí arriba.

Ahora Nick está a solas con esta mujer que ha tomado el mando de su vida. Ella le agarra la mano, que aún sigue arrugada por la presión de la cuerda.

—Nick. Ya estamos aquí. En Mimas.

Pronuncia el nombre de la criatura como si fuera un viejo amigo, pero es que Olivia lleva mucho tiempo hablando con ella. Se sientan juntos en la oscuridad cubierta de agujas, a sesenta metros del suelo, en lo que Gavilán y Chispas denominan el Gran Salón de Baile: una plataforma de dos metros por tres hecha con tres puertas ensambladas. Unas cortinas de lona los cobijan por tres flancos.

—Es más grande que mi habitación de la universidad —dice Olivia—. Y más agradable.

Más abajo, sobre otra rama a la que se accede por una escalera de cuerda, hay otra habitación más pequeña de madera contrachapada. Un colector de lluvia, una jarra de lata y un cubo con tapa completan el baño. Dos metros por encima de ellos, en un saliente más elevado, otra plataforma hace las veces de despensa, cocina y estudio. Está provista de agua, comida, lonas y material de distinto tipo. Una hamaca entre dos ramas más pequeñas sostiene una considerable colección de libros, dejados allí por los anteriores

ocupantes. Toda la casa de tres plantas descansa sobre la parte superior de una enorme bifurcación producida cuando un rayo golpeó el tronco, siglos atrás. Se tambalea con la brisa.

Una lámpara de queroseno ilumina el rostro de Olivia. Él nunca la ha visto con tanta determinación.

—Ven aquí. —Lo agarra de la cintura y lo acerca hasta ella—. Aquí. Más cerca.

Como si existiera la opción de estar más lejos. Y lo abraza como alguien que está seguro de que la vida lo necesita.

Por la noche, algo suave y cálido le roza la cara. «Es la mano de Olivia», piensa Nick, o su pelo al inclinarse sobre él. Hasta la lenta y mareante barcarola del lecho de saco de dormir se siente bendecido: los estrechos aposentos del amor. Una garra se le clava en la mejilla, y el súcubo se suelta con unos chillidos en falsete. Guardián da un respingo y grita:

—¡Mierda!

Se dirige hacia el borde de la plataforma, pero el cable de seguridad lo sujeta. Con una mano empuja la ilusión de las paredes de lona. Los seres se largan por las ramas entre gritos.

En un instante, ella ya está levantada, sujetándole los brazos.

—Nick, quieto. ¡Nick! No pasa nada.

El peligro se esfuma. En medio del agudo parloteo, oye por fin lo que ella no deja de repetirle:

—Eran ardillas voladoras. Llevan diez minutos jugando a nuestro alrededor.

—¡Joder! ¿Y por qué?

Ella se ríe, lo acaricia y tira de él para que vuelva a tumbarse.

—Eso tendrás que preguntárselo a ellas. Si es que vuelven.

Se arrima a Nick, el ombligo contra su espalda. El sueño no viene. Hay criaturas que viven a tanta altura y tan lejos del hombre que no han aprendido a temerlo. Pero ahora, gracias a las células dementes de Nick, ya están instruidas, en la primera noche de su primera sentada en un árbol.

La luz se condensa en puñados de motas sobre su cara. Apenas ha dormido, pero se levanta fresco, algo por lo general reservado a los trabajadores. Rueda hacia un lado y levanta la lona. Todo un espectro de azules a marrones, de

verdes a dorados absurdos, se despliega ante él.

—¡Mira esto!

—A ver... —La voz de Olivia, adormilada pero entusiasta, resuena en su oído—. ¡Madre mía!

Ambos se quedan mirando como dos agrimensores de una tierra recién descubierta sobre una cuerda floja. A Nick, esa vista le parte el pecho en dos. Nube, montaña, Árbol del Mundo, bruma; toda la estabilidad de la creación, rica y enmarañada, que dio origen a esas primeras palabras, lo deja absorto y sin habla. Del tronco principal de Mimas crecen otros troncos secundarios paralelos, como los dedos de la mano levantada de Buda, copias del árbol madre a pequeña escala que repiten su forma innata una y otra vez, con las ramas entrelazadas demasiado laberínticas y fusionadas para seguir su rastro.

La niebla cubre la copa. A través de un claro de la fronda, las espirales nudosas de los árboles cercanos se arremolinan en la suave bruma de un paisaje chino. Hay más sustancia en las ráfagas grisáceas que en los picos verdes y marrones que los rodean. En torno a ellos se extiende un cuento de hadas fantasmagórico del Ordovícico. Es una mañana como la mañana primigenia en que la vida llegó a tierra firme.

Guardián levanta otra de las paredes de lona y echa un vistazo. Por encima de ellos hay varios metros más de Mimas, troncos que se formaron cuando cayó el rayo. La parte superior del complicado sistema se pierde entre las nubes bajas. Hay hongos y líquenes por doquier, como manchas de un bote de pintura celestial. Él y Cabello de Venus se asoman desde lo alto del edificio Flatiron. Nick mira hacia abajo. El suelo del bosque es un paisaje de muñecas que una niña pequeña podría crear con bellotas y helechos.

Las piernas se le quedan heladas al pensar en la caída. Echa la cortina. Ella lo mira, con esa locura de sus ojos avellana que se derrama como una carcajada.

—Estamos aquí. Lo hemos conseguido. Aquí es donde él nos quiere.

Parece invocada para ayudar a los productos más asombrosos en cuatro mil millones de años de vida.

Aquí y allá, chapiteles aislados se alzan por encima de un coro de gigantes. Parecen nimbos verdes o estelas de un cohete. Desde abajo, los vecinos más altos parecían cedros de incienso de tamaño mediano. Pero ahora, a sesenta metros por encima del suelo, Nicholas calcula el tamaño real de esos pocos árboles, cinco veces más grandes que la mayor de las ballenas. Los gigantes desfilan por el barranco que ellos ascendieron anoche. A media distancia, el bosque se ensancha hacia un azul más denso y profundo. Nick ha leído acerca de esos árboles y de su niebla. Por todas partes, los árboles lamen el cielo bajo y húmedo, las nubes que ellos mismos han ayudado a sembrar. Madejas de agujas aéreas —más protuberantes y retorcidas,

totalmente distintas de los suaves retoños que crecen a nivel del suelo— sorben los bancos de niebla, condensan el vapor de agua y lo tamizan por sus ramas. Nick levanta la vista hacia la cocina, donde el sistema recolector de agua sigue funcionando para atrapar las gotas que caen. Lo que anoche le pareció un invento ingenioso —agua a cambio de nada— se convierte en una menudencia comparado con la invención del árbol.

Nicholas observa la escena como si hojeara un folioscopio infinito. La tierra se despliega cordillera tras cordillera. Sus ojos se adaptan a la abundancia barroca. Bosques de cinco tonalidades diferentes se bañan en la bruma, cada uno un bioma de criaturas aún ignotas. Y todos los árboles que ahora está mirando pertenecen a un financiero tejano que no ha visto una secuoya en su vida, pero que pretende destriparlas para saldar la deuda que contrajo al adquirirlas.

Una variación de temperatura le recuerda a Guardián que no es el único gran vertebrado del gallinero.

—Voy a dejar de mirar, o me va a estallar la vejiga.

Observa a Olivia mientras baja por la escalera hacia la otra plataforma. Piensa: «Debería apartar la mirada». Pero está viviendo en un árbol a sesenta metros por encima de la superficie del planeta. Las ardillas voladoras le han mirado a la cara. Las nieblas de la infancia del mundo hacen que el reloj retroceda eones, y él siente que pertenece a otra especie.

Ella se acuclilla sobre la jarra de boca ancha y el chorro fluye de su interior. Nick nunca había visto orinar a una mujer, algo que un buen número de los machos humanos que han pasado por el mundo podrían decir en su lecho de muerte. El disimulo ritual enseguida se le antoja un extraño comportamiento animal propio de un documental de la BBC, como los peces que cambian de sexo cuando es necesario o las arañas que devoran a sus compañeros después del apareamiento. Oye incluso el susurro fuera de cámara con su pronunciación correctísima: «Cuando se alejan de los de su especie, los seres humanos experimentan muchos cambios singulares».

Ella sabe que él está mirando. Él sabe que ella lo sabe. Aquí, sin tapujos, ahora: la cultura adaptada al lugar. Cuando acaba, vuelca la jarra por el borde de la plataforma. El viento se lleva el líquido y lo dispersa. Al cabo de seis metros, el desecho se pulveriza en forma de niebla. Las agujas lo reconvertirán en algo vivo otra vez.

—Me toca —dice él cuando ella regresa. Y entonces, desde arriba, es ella quien lo observa agacharse sobre el cubo forrado con una bolsa, que Loki

recogerá la próxima vez para convertir su contenido en compost.

Desayunan al aire libre. Con los dedos congelados, se llevan avellanas y orejones a la boca, abierta por el asombro. Sentarse quietos a observar: la descripción de su nuevo trabajo. Pero son humanos, y enseguida sus ojos están saciados. Ella dice:

—Vamos a explorar.

Las vías principales que parten del Gran Salón de Baile están dispuestas con presillas y pinzas de seguridad, escaleras de cuerda y puntos donde enganchar mosquetones. Ella le pasa el arnés y se fabrica uno propio con tres cuerdas de escalar de nailon.

—Ve descalzo. Te sujetarás mejor.

Él vacila sobre una rama tambaleante. Hace viento y la copa de Mimas se inclina y se revuelve. Va a morir. Va a caer sobre un colchón de helechos desde veinte pisos de altura. Pero ya se está acostumbrando a la idea y, de todos modos, hay formas peores de irse al otro barrio.

Parten en distintas direcciones. No tiene sentido intentar localizar al otro. Nick se desplaza muy despacio por una rama del tamaño de un tonel, bien amarrado, deslizándose sobre el trasero. La rama raspada huele a limón. Una de las ramillas sostiene un manojo de piñas, más pequeñas que canicas. Toma una y la aprieta con la mano. De ella cae un puñado de semillas como pimienta mal molida. Una de las semillas se pega al pliegue de su cuerda de seguridad. A partir de una mota como esa surgió el árbol que le sostiene ahora, a muchos metros del suelo, sin inmutarse. Esa torre fortificada que podría cobijar a un pueblo entero y aún le sobraría espacio.

Ella grita desde más arriba:

—¡Aráندانos! Hay un montón por aquí.

Los insectos pululan, iridiscentes, abigarrados, monstruos minúsculos de una película de miedo. Nick se abre paso hasta una extraña intersección, con la precaución de no mirar hacia abajo en ningún momento. Dos grandes vigas, a lo largo de los siglos, se han fusionado como si fueran de arcilla. Se aferra a la parte más alta de la protuberancia y se da cuenta de que está hueca. En su interior se forma un pequeño lago, salpicado de pequeños crustáceos, en el que crecen otras plantas. Algo se mueve en las profundidades, algo con motas castañas, bronceas, negras y amarillas. Pasan segundos antes de que a Nick le venga su nombre: salamandra. ¿Cómo se las ha apañado una criatura que busca humedad, con las extremidades de un par de centímetros, para escalar una distancia equivalente a dos tercios de un campo de fútbol a

través de una corteza fibrosa y seca? Tal vez la depositó allí un pájaro que soltó su almuerzo sobre la copa del árbol. Es poco probable. El pecho de la hábil criatura sube y baja. La única explicación plausible es que sus antepasados se montaran a bordo hace mil años y durante cinco generaciones hayan estado subiendo en ascensor.

Nick regresa despacio por donde ha venido. Termina de posarse en una esquina del Gran Salón de Baile cuando regresa Cabello de Venus. Se ha deshecho de su cordón umbilical de seguridad.

—No te vas a creer lo que he encontrado. ¡Una tsuga de dos metros que crecía en un lecho de tierra de este grosor!

—Dios, Olivia. ¿Estás trepando sin sujeción?

—No te preocupes. Cuando era pequeña escalé muchos árboles. —Le da un beso, un golpe rápido y preventivo—. Y bueno, ya sabes. Mimas dice que no nos va a dejar caer.

Él la dibuja mientras ella anota sus descubrimientos matinales en un bloc. El ejercicio de soledad le resulta mucho más fácil a él que a ella. Después de tantos años acampado en una granja de Iowa, un día en la copa de este mástil leviatán es como una excursión. Ella, sin embargo, en su química interna, no deja de ser una universitaria, adicta a un número determinado de estímulos por segundo de los que aún no se ha desenganchado del todo. La niebla agota. Bien avanzado el día, ella pregunta:

—¿Qué hora dirías que es?

Su pregunta refleja más desconcierto que inquietud. El sol aún no ha pasado por encima de ellos y ya son mucho más viejos que ayer a esta misma hora. Él levanta la vista del boceto laberíntico de las ramas de Mimas y sacude la cabeza. Ella se ríe.

—Vale. ¿Y qué día?

Dentro de muy poco, una tarde, media hora, un minuto, media frase o media palabra parecerán del mismo tamaño. Ambos desaparecen en el ritmo de la carencia absoluta de ritmo. El mero hecho de cruzar la plataforma de tres metros es una hazaña nacional. Pasa más tiempo. La décima parte de una eternidad. Dos décimas partes. Cuando ella habla de nuevo, su suavidad destroza a Nick.

—Nunca he sabido lo fuerte que era la adicción a otra persona.

—La más fuerte. Al menos, la más frecuente.

—¿Cuánto se tarda en... desintoxicarse?
Él se queda pensando.
—Nadie termina de limpiarse nunca.

* * *

Él la dibuja mientras prepara el almuerzo. Mientras duerme la siesta. Mientras engatusa a los pájaros o juega con un ratón a sesenta metros de altura. Su esfuerzo por bajar el ritmo es para él como una epopeya humana en una cáscara de nuez, en una semilla de secuoya. Dibuja el barranco lleno de secuoyas y los gigantes desperdigados que se alzan como torres sobre sus hermanos menores. Luego aparta el cuaderno; es lo mejor para observar la luz cambiante.

—¿Los oyes? —pregunta Nick. Un zumbido distante, sistemático y competente. Sierras y motores.

—Sí, están por todas partes.

Cada gigante derribado acerca más a los leñadores. Árboles de tres metros de ancho y novecientos años caen en veinte minutos y son cargados en una hora. Incluso desde la distancia, cuando uno grande se desploma, es como fuego de artillería contra una catedral. El suelo se licua. La plataforma de Mimas, a sesenta metros de altura, tiembla. Los árboles más grandes que el mundo ha fabricado jamás, salvados para esta última redada.

En la biblioteca de la hamaca, Olivia encuentra un libro: *El bosque secreto*. La cubierta muestra un tejo prehistórico por encima y por debajo de la tierra. La contracubierta anuncia: «El *bestseller* sorpresa del año. Traducido a veintitrés idiomas».

—¿Quieres que te lea un poco en voz alta?

Lee como si estuviera delante de toda la clase, recitando ese largo tren de estrofas de *Hojas de hierba* que todos los alumnos de tercero tuvieron que memorizar en el instituto.

Tú y el árbol de tu jardín provenís del mismo antepasado.

Se detiene y mira por el muro transparente de su casa en el árbol.

Hace mil quinientos millones de años, ambos os escindisteis.

Vuelve a parar, como haciendo la cuenta.

Pero incluso ahora, después de un inmenso viaje en direcciones separadas, ese árbol y tú seguís compartiendo la cuarta parte de vuestros genes.

De este modo, con el vaivén de los pensamientos del autor, recorren cuatro páginas completas antes de que la claridad comience a desaparecer. Comen de nuevo a la luz de las velas, sopa instantánea en unos cuencos con agua calentada en el pequeño hornillo. Cuando acaban de cenar, ya reina la oscuridad. Los motores de los leñadores se han detenido y han sido reemplazados por miles de retos espectrales nocturnos que ellos son incapaces de descodificar.

—No deberíamos malgastar las velas —dice Olivia.

—No deberíamos.

Faltan horas antes de dormir. Se tumban en la plataforma alargada y tambaleante de su compromiso para hablar en la oscuridad. Allí arriba solo se enfrentan a un peligro, el más antiguo de todos. Cuando sopla el viento parece que cruzaran el Pacífico sobre una balsa improvisada. Cuando el viento cesa, la quietud los suspende entre dos eternidades, sumidos en la caricia del aquí y el ahora.

A oscuras, ella pregunta:

—¿En qué piensas?

Piensa que hoy su vida ha alcanzado el cénit. Que ha vivido para ver todo lo que quería. Que ha vivido para verse feliz.

—Estaba pensando que esta noche va a hacer frío otra vez. Deberíamos unir los dos sacos de dormir.

—Me parece bien.

Todas las estrellas de la galaxia ruedan sobre ellos a través de las agujas negro-azuladas por un río de leche derramada. El cielo nocturno: la mejor droga que hubo antes de que la gente se uniera en busca de algo más potente.

Acoplan las cremalleras de los dos sacos de dormir.

—Bueno —dice ella—, así, si uno de los dos cae, el otro va detrás.

—Yo te sigo donde vayas.

Se despiertan antes de que termine de amanecer con los sonidos de los motores entre la espesura.



La multa por reunión ilícita le cuesta a Mimi trescientos dólares. No está mal. Ha pagado el doble por un abrigo que le supuso la mitad de satisfacción. En el trabajo se corre la voz de su detención. Pero sus jefes son ingenieros. Mientras siga entregando a tiempo los proyectos de su equipo, a la compañía le trae sin cuidado si trabaja desde una prisión federal. Un millar de personas acuden con pancartas a la sede del Departamento Forestal, en Salem, para reclamar la reforma del proceso de aprobación del Plan de Explotación Maderera, así que Mimi y Douglas se unen a la concentración.

Un sábado de primeros de abril, se desplazan hasta una acción pacífica en las montañas de la costa. Douglas se toma un día de vacaciones en la ferretería donde ha encontrado trabajo. La mañana es preciosa y, mientras se dirigen al sur escuchando música *grunge* y los titulares de la jornada, el cielo pasa del rosa oscuro a un frío cerúleo. En el asiento de atrás, una mochila contiene dos pares de gafas de bucear baratas, camisetas para cubrirse la nariz y la boca y unas botellas de agua manipuladas, además de las dobles esposas de policía, cadenas y un par de candados de bicicleta en U. Hay una carrera armamentística en proceso. Los manifestantes han empezado a creer que deberían ser capaces de superar en gastos a la policía, que está financiada por un público convencido de que los impuestos son un robo, pero regalar madera pública no lo es.

Toman una bifurcación de la carretera para llegar al lugar de la protesta. Douglas revisa los vehículos aparcados.

—No hay furgonetas de televisión. Ni una.

Mimi blasfema.

—Bueno, que no cunda el pánico. Seguro que la prensa escrita está aquí. Con fotografías.

—Sin televisión, sería como si no pasara nada.

—Todavía es temprano. Puede que estén a punto de llegar.

Desde el fondo de la carretera llega un grito, el sonido de la multitud después de un gol. Entre los árboles. Ejércitos opuestos se ponen en guardia.

Hay voces, una ligera aglomeración. Se produce un tira y afloja con la chaqueta de alguien. Los recién llegados cruzan miradas y echan a correr. Llegan hasta la confrontación en el claro del bosque. Parece un circo italiano. Un doble círculo de manifestantes rodea a un monstruo sobre raíles con motor Caterpillar C7 cuya grúa se eleva sobre ellos como un dinosaurio de cuello largo. Taladores y transportistas rodean el caos. En el ambiente reina una ira especial, consecuencia de la gran distancia entre esta ladera boscosa y la población más cercana.

Mimi y Dough suben a toda prisa por la cuesta. Con el bramido de una motosierra, ella le agarra del brazo. Los ruidos de las máquinas se suceden. Al momento, un coro de destripadoras con motor de gas retumba en todo el bosque. Los taladores blanden perezosa y lacónicamente sus máquinas. Segadores con guadañas.

Douglas se detiene.

—Pero ¿esta gente está como una puta cabra o qué?

—Es una farsa. Nadie va a herir con una motosierra a un ser humano desarmado.

Pero mientras Mimi pronuncia estas palabras, el conductor de una excavadora a la que se han esposado dos mujeres pone en marcha el motor y las arrastra. Los manifestantes gritan incrédulos.

Los operarios apartan la atención de la máquina rehén. Se ponen a trabajar en una hilera de abetos gigantes con la amenaza de dejar caer los árboles sobre esos holgazanes esposados. Doug murmulla y se aparta. Antes de que Mimi reaccione, él ya está corriendo hacia la zona de conflicto con la mochila a cuestas. Se abalanza sobre la refriega como un setter hacia las olas, se cuela entre los manifestantes, agarra a un hombre por el hombro, luego a otro. Señala hacia los leñadores que se dirigen hacia los abetos.

—Tenemos que conseguir que el mayor número de gente se suba a esos árboles.

Alguien grita:

—¿Dónde cojones está la policía? Cuando vamos ganando siempre están aquí fastidiando.

—De acuerdo —aúlla Douglas—. Esos árboles van a ser historia dentro de diez minutos. ¡Moveos!

Antes de que Mimi lo alcance, echa a correr hacia un abeto con unas ramas inferiores lo bastante bajas como para subirse a ellas de un salto. Una vez arriba, las ramas forman una escalera que asciende a veinte metros de

altura. Dos docenas de manifestantes recobran la energía y van tras él. Los taladores se percatan de lo que está sucediendo a ambos lados, pero continúan avanzando lo más rápido que se lo permiten sus botas con pinchos.

Los primeros manifestantes llegan al grupo de árboles y ascienden entre el follaje. Mimi divisa un abeto cuyas ramas le parecen asequibles. Cuando se encuentra a cinco metros del tronco, algo le agarra las piernas con maldad y la hace caer de bruces sobre unas matas de garrote del diablo. Se golpea el hombro contra una piedra cubierta de líquenes y rebota. Algo pesado la sostiene por detrás de las pantorrillas. Douglas, desde diez metros de altura, le chilla al agresor:

—¡Te juro que te mato! ¡Te voy a arrancar la cabeza de cuajo, imbécil!

El hombre, sentado sobre las corvas de Mimi, dice con voz cansina:

—Para eso tendrás que bajar, ¿no te parece?

Mimi escupe barro. Su asaltante le aplasta los muslos con las espinillas. Ella no puede reprimir el grito. Doug baja una rama.

—¡No! —grita ella—. ¡Quédate ahí!

Unos cuantos manifestantes yacen en el suelo, pero otros han alcanzado los árboles y trepan por las ramas. Una vez allí, mantienen a raya a sus perseguidores. Las patadas ganan a dos dedos que los intentan agarrar desde abajo.

Mimi gime.

—Quítate de encima.

El leñador vacila. Los de su bando son más numerosos y él está ahí inmóvil mientras sujeta a una asiática tan bajita que no sería capaz de trepar a algo más alto que un arbusto.

—Promete que no te vas a mover.

Tanta cortesía la desconcierta.

—Si vuestra empresa cumpliera las promesas, esto no estaría pasando.

—Promételo.

No hay más que promesas vagas que vinculan a todos los seres vivos. Lo promete. El leñador se levanta y regresa con los suyos, que ahora están todos juntos tratando de salvar la situación. No pueden cortar los abetos sin herir a nadie.

Mimi divisa a Douglas. Ya ha visto ese árbol antes, pero tarda un rato en reconocerlo: el árbol que aparecía detrás del tercer arhat, en el pergamino de su padre. Los operarios encienden de nuevo las motosierras. Las sacuden en el aire dando golpes precisos, cortando maleza para amontonarla debajo de

los abetos. Uno de ellos hace un corte en un árbol grande. Mimi está demasiado estupefacta para gritar. Pretenden derribarlo entre las ramas de uno de los árboles ocupados. El gran abeto cruje, y Mimi chilla. Cierra los ojos ante el terrible golpe. Vuelve a abrirlos, y el árbol arrasa el bosque. El ocupante, presa del pánico, se aferra al mástil.

Douglas desata una lluvia de insultos hacia los taladores.

—¿Habéis perdido la puta cabeza? ¡Podríais matarlo!

El capataz grita:

—Vuestra presencia aquí es ilegal.

Los leñadores preparan una nueva zona de caída. Alguien saca unos cortapernos y comienza a cortar las esposas de los encadenados a las máquinas como si pudiera un cornejo. Se producen altercados en todo el claro; el lujo de la no violencia ha concluido. En el bosquecillo de abetos, un leñador hunde la motosierra en el siguiente árbol condenado, como si fuera mantequilla, con la intención de hacerlo caer a un metro de otro árbol ocupado. Los gritos del manifestante se diluyen con el ruido de las sierras. Los leñadores, provistos de protectores para los oídos, no lo oyen, aunque sí ven cómo agita los brazos con frenesí, de manera que se demoran lo suficiente para que el aterrorizado hombre descienda. Ambos frentes constituyen una derrota absoluta. Los vehículos bloqueados comienzan a avanzar. Nueve de los ocupantes que habían trepado a los árboles descienden. Los leñadores, triunfantes, agitan las motosierras en el aire. Los manifestantes retroceden como ciervos ante un incendio.

Mimi sigue sentada en el mismo sitio donde hizo la promesa. A sus espaldas, el aire se llena de gritos victoriosos. Se vuelve para ver unas luces parpadeantes y piensa: «La caballería». Una horda de hombres completamente equipados desciende de un camión blindado. Cascos negros de policarbonato con protectores faciales. Chalecos antibalas. Escudos antidisturbios a prueba de proyectiles. La policía se dispersa por el claro y rodea a los intrusos para colocarles brazaletes en las muñecas, incluso a aquellos que ya llevan esposas cortadas.

Mimi se levanta. Siente que la agarran del hombro con fuerza y vuelven a empujarla al suelo. Al darse la vuelta, descubre que se trata de un policía asustado de unos veinte años.

—¡Siéntese! ¡Y no se mueva!

—No iba a ningún sitio.

—Cierre la boca o se arrepentirá.

Tres guerreros forestales de sábado pasan corriendo hacia la carretera para montarse en sus coches. El policía jovencito grita:

—Quédense donde están y siéntense. ¡Ahora! ¡Ahora!

Se estremecen, se dan la vuelta y obedecen. Los leñadores cercanos vitorean. El policía jovencito se gira y sale corriendo hacia otro grupo de manifestantes que intentan escapar. Un ocupante se escabulle entre los árboles. Otros dos policías se quedan bajo los últimos refugiados en los árboles y les golpean los pies con las porras. Los cinco que quedan arriba tiran la toalla, todos menos Douglas Pavlicek, que trepa más arriba. Saca las esposas de la mochila y se las coloca en una muñeca. Después rodea el tronco con el brazo y cierra la esposa en la otra muñeca.

Mimi se agarra la cabeza.

—Douglas, baja. Se ha acabado.

—¡No puedo! —Agita las esposas, para hacer ruido, mientras abraza el tronco—. Tengo que aguantar hasta que llegue la televisión.

El resistente enloquecido da patadas a la escalera de madera que la policía ha apoyado en el abeto. El rechace es tan atlético que hasta los leñadores aplauden. Pero enseguida cuatro policías trepan desde abajo. Douglas, encadenado al árbol, no puede moverse. Suben un cortapernos para romper las esposas. Él tira de los brazos para acercar la cadena al tronco. Los leñadores le pasan las hachas a los policías, pero Douglas enlaza los dedos de ambas manos por delante de la cadena. La policía no consigue llegar más arriba de su cintura. Tras una rápida consulta, comienzan a cortarle los pantalones con una cizalla. Dos policías le agarran por las piernas. El tercero desliza la tela vaquera rasgada hacia la entrepierna de Douglas.

Mimi mira petrificada. Nunca ha visto los muslos desnudos de Douglas. Durante estos meses se ha preguntado si alguna vez los vería. El deseo de él es tan manifiesto como su mirada de asombro cuando comparten un batido de caramelo. Sin embargo, hay un único misterio: ¿por qué solo se atreve a ponerle la mano en la nuca? ¿Qué le frena para intentar ir más allá? Hace semanas ella llegó a la conclusión de que debía de tratarse de una herida de guerra. Ahora observa cómo lo desnudan en público delante de una multitud perpleja. Una pierna queda al aire, huesuda y pálida, casi lampiña, los muslos arrugados de un hombre mucho más viejo. Luego viene la otra, y ahora los vaqueros se abren desde la cintura como una banderola hecha de jirones. Después viene el espray de pimienta de triple acción: una mezcla de capsaicina y gas lacrimógeno.

Los espectadores gritan:

—¡Que está encadenado, tíos! ¡No puede moverse! ¿Qué queréis que haga?

El policía acerca la lata a la entrepierna de Douglas y aprieta el pulverizador. El fuego líquido se le esparce por la polla y las pelotas como un cóctel equivalente a varios millones de unidades en la escala Scoville. Douglas se desploma y se queda colgando de las esposas, con la respiración entrecortada.

—Mie, mie, mierda...

—¡Por Dios! ¡Que no se puede mover! ¡Dejadle en paz!

Mimi se da la vuelta para ver quién ha gritado. Se trata de un leñador, bajito y barbudo, como un gnomo enfurecido de las páginas de los Grimm.

—¡Desengánchese! —le ordena un policía.

A Douglas se le atascan las palabras en la boca. No le sale nada, salvo un sonido grave, como la primera fracción de segundo de un ataque aéreo. Vuelven a pulverizar sobre él. Los manifestantes, que hasta ahora permanecían sentados pacíficamente a la espera de que les tomaran los datos, comienzan a sublevarse. Mimi se levanta encolerizada. Grita cosas que no recordará una hora después. A su alrededor, otras personas también se ponen de pie y se congregan alrededor del árbol prisionero. La policía los empuja para que se aparten. Los agentes subidos al árbol rocían de nuevo la entrepierna de Douglas. El tono suave y monótono de Douglas comienza a ascender de un modo horrible.

—Desengancha las manos y podrás bajar. Así de fácil.

Intenta decir algo. Alguien grita desde abajo:

—¡Dejadle hablar, animales!

Un policía se acerca a él lo bastante como para oír que susurra:

—He tirado la llave.

El policía corta las esposas de Douglas y lo baja del árbol como a Jesús de la cruz. No dejan que Mimi se acerque a él.

Cuando termina el infierno de los trámites legales, Mimi lo lleva a casa. Intenta lavarlo con todos los emolientes balsámicos que encuentra. Pero tiene la carne de un color salmón fuerte y se avergüenza demasiado de que lo vea así.

—Me pondré bien. —Se queda tumbado en la cama leyendo las palabras

del techo—. Me pondré bien.

Ella lo visita todas las tardes. Su piel sigue naranja durante una semana.



Destino 2 recauda una cantidad equivalente a los ingresos anuales de estados enteros. *Destino 3* llega justo cuando su antecesor comienza a estancarse. Personas de seis continentes se reúnen en un lugar modernizado: pioneros, peregrinos, granjeros, mineros, guerreros, sacerdotes. Forman gremios y consorcios. Construyen edificios y crean mercancías que los programadores jamás imaginaron.

Destino 4 ya es en 3-D. Se convierte en un proyecto monumental que casi fractura a la compañía, ya que necesita el doble de programadores y artistas que su antecesor. Ofrece cuatro veces más resolución, un área de juego diez veces mayor y una docena de misiones extra. Treinta y seis tecnologías nuevas. Seis recursos nuevos. Tres culturas nuevas. Más maravillas y obras maestras del nuevo mundo de las que una persona podría explorar durante varios años de juego. Incluso con el constante aumento de la velocidad de procesamiento, desafía a los mejores equipos domésticos durante meses.

Todo se desarrolla como Neelay lo previó hace años. Aparecen los navegadores, un avance más en el tiempo y en el espacio. Con un clic, estás en el CERN. Con otro, estás escuchando música *underground* de Santa Cruz. Con otro, puedes leer el periódico en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Cincuenta grandes servidores a principios del año II y quinientos a finales. Portales, motores de búsqueda, páginas web. Las ciudades agotadas y superpobladas del planeta industrializado han dado vida a este ser por propia voluntad, justo a tiempo: es el salvador del evangelio del crecimiento infinito. La Red pasa de inimaginable a indispensable y enlaza al mundo entero en un plazo de dieciocho meses. *Destino* se sube al carro, aparece en línea, y un millón más de chicos solitarios emigran a ese nuevo y mejorado país de Nunca Jamás.

Acabaron los días de colonización. Los juegos crecen; adoptan la categoría de artículos de consumo exclusivos. *Destino 5* supera a sistemas operativos enteros en cuanto a complejidad y líneas de código fuente. Las mejores IA del juego son más avanzadas que las sondas interplanetarias del

año pasado. El juego se convierte en el motor del crecimiento humano.

Pero nada de eso tiene mucha importancia para Neelay, que sigue en su apartamento sobre las oficinas centrales de la compañía. Su habitación bulle con pantallas y módems que parpadean como si fuera Navidad. Sus aparatos van desde los módulos como cajas de cerillas hasta estanterías más altas que un hombre. Cada uno de esos aparatos es, como dice el profeta, indistinguible de la magia. La ciencia ficción más estrambótica de la infancia de Neelay jamás predijo milagros como este. Sin embargo, su impaciencia se duplica en proporción al aumento de las especificaciones. Tiene más sed que nunca de un avance más, el siguiente, algo simple y elegante que vuelva a cambiarlo todo. Visita al oráculo de sus árboles en el jardín botánico marciano para preguntarles qué está previsto que suceda después. Pero las criaturas permanecen mudas.

Se llena de escaras. Sus huesos, cada vez más quebradizos, convierten el simple hecho de salir en algo peligroso. Dos meses atrás se rompió el pie al montarse en la furgoneta por no ser capaz de sentir dónde acaban sus extremidades. Tiene los brazos llenos de moratones por darse tantos porrazos contra la barra de la cama al acostarse y levantarse. Se ha acostumbrado a comer, trabajar y dormir en la silla. Lo que más desea —por lo único que cambiaría su empresa— es sentarse junto a un lago en la Sierra Nevada de California, a veinte kilómetros de la carretera, y observar a los piquitertos entre las ramas de las píceas circundantes mientras extraen las semillas de las piñas con sus picos grotescos. Eso nunca lo tendrá. Jamás. La única excursión que le está permitida es *Destino 6*.

En *Destino 6*, las colonias de un jugador continúan floreciendo mientras este se ausenta. Economías dinámicas y concurrentes. Ciudades llenas de gente real que comercia y establece leyes. La creación en todo su derroche. La gente paga un alquiler mensual por vivir allí. Es un paso arriesgado, pero en el juego del mundo ningún riesgo es fatal. Lo único que puede matarte es un error al saltar.

Neelay ya no sabe distinguir entre la calma y la desesperación. Permanece junto al ventanal durante varias horas seguidas, luego envía unas notas épicas al equipo de desarrollo, donde vuelve a quejarse de lo mismo de siempre.

Necesitamos más realismo... ¡Más vida! Los animales deberían moverse y detenerse, deambular y mirar fijamente, como hacen los modelos reales... Quiero ver cómo un lobo se sienta sobre sus patas

traseras, quiero ver el verde de sus ojos como si se iluminaran desde dentro. Quiero ver un oso que araña un hormiguero con las garras...

Construyamos este lugar con todos los detalles del mundo exterior. Sabanas reales, bosques templados reales, humedales reales. Los hermanos Van Eyck pintaron setenta y cinco especies de plantas identificables en el Altar de Gante. Quiero que se puedan contar setecientas cincuenta plantas simuladas en *Destino 7*, cada una con sus comportamientos propios...

Mientras escribe la nota, sus empleados llaman a la puerta para que firme papeles y resuelva conflictos. No muestran repugnancia ni lástima por el bastón gigante que se yergue sobre la silla. Están acostumbrados a él, esos jóvenes cibernautas. Ya ni siquiera se fijan en el catéter que se vacía en el depósito acoplado al marco de la silla. Conocen su valor neto. Esa tarde las acciones de *Sempervirens* cerraron a 41,25, el triple de la OPV del año pasado. El hombre-rama de la silla posee el treinta y tres por ciento de la compañía. Los ha hecho ricos a todos; él mismo es tan rico como uno de los grandes emperadores del juego.

Envía la última nota del tamaño de un folleto cuando, momentos después, una sombra se cierne sobre él. Entonces hace lo que siempre ha hecho cuando el fondo cede: llamar a sus padres. Su madre coge el teléfono.

—Ya, Neelay, ¡qué alegría oírte!

—Yo también me alegro, Moti. ¿Estáis bien?

Y da igual lo que ella le cuente. Que Pita se echa demasiadas siestas. Que están planeando un viaje a Ahmedabad. Que hay una plaga de mariquitas en el garaje y huele muy mal. Que a lo mejor se da un buen corte de pelo dentro de poco. Él disfruta con cualquier tema que ella saque. La vida, con todos los irrisorios detalles que aún no pueden adaptarse a ninguna simulación.

Pero entonces llega la pregunta mortífera, esta vez demasiado pronto.

—Neelay, estamos pensando otra vez que no es imposible encontrar a alguien para ti. En la comunidad.

Le han dado mil vueltas durante años. Forzar a una mujer a un matrimonio como ese sería un acto de sadismo social.

—No, Moti. Ya lo hemos hablado.

—Pero Neelay. —Por la forma en que pronuncia estas palabras, Neelay

interpreta: «Vales millones, decenas de millones, quizá más. ¡Ni siquiera tu madre lo sabe! ¿Qué sacrificio hay en eso? ¿Quién es incapaz de aprender a amar?».

—¿Mamá? Debería habértelo dicho antes. Hay una mujer. En realidad es una de mis cuidadoras. —Suena casi plausible. El silencio al otro lado lo aplasta con su esperanza, una esperanza que se muerde la lengua. Necesita un nombre seguro y alentador, uno fácil de recordar. Rupi. Rutu—. Se llama Rupal.

Un horrible gemido. Está llorando.

—Ay, Neelay. ¡Qué feliz estoy!

—Yo también, mamá.

—Vas a saber lo que es la verdadera felicidad. ¿Cuándo la conoceremos?

Se pregunta cómo su mente criminal ha pasado por alto este pequeño contratiempo.

—Pronto. ¡No quiero espantarla!

—¿Tu familia va a espantarla? ¿Qué clase de chica es esa?

—¿El mes que viene? ¿A finales del mes que viene?

Con la idea, por supuesto, de que para entonces el mundo se haya acabado. Ya siente el profundo dolor de su madre con la ruptura simulada pocos días antes de que ambas fueran a conocerse. Pero la ha hecho feliz en el único lugar donde la gente vive de verdad, en esa ventana del Ahora que abarca unos pocos segundos. Todo está bien, y antes de despedirse, ya le ha prometido que avisará a la gente, tanto de Guyarat como de Rajastán, con al menos catorce meses de antelación para que puedan reservar la fecha, comprar los billetes de avión y hacerse los saris para la boda.

—Por Dios, Neelay. Que estas cosas llevan tiempo.

Cuando cuelgan, levanta la mano en el aire y da un golpe en el borde de la mesa. El sonido es anómalo, y un dolor blanco y agudo le dice que se ha roto al menos un hueso.

Ciego por el dolor, baja en su ascensor privado al opulento recibidor, embellecido con madera de secuoya, pagado gracias al deseo, por parte de millones de personas, de vivir en cualquier otro lugar que no sea este. Sus ojos derraman lágrimas y rabia, pero, con mucha educación, se dirige a la aterrorizada recepcionista, con la mano hinchada y quebrada en el aire, y le dice:

—Voy a tener que ir al hospital.

Ya sabe lo que le espera allí después de que le arreglen la mano. Lo

reñirán. Le pondrán un gotero y le harán jurar que va a comer bien. Mientras la recepcionista llama por teléfono con desesperación, Neelay levanta la vista hacia la pared donde colgó aquellas palabras de Borges que aún guían los principios de su joven vida.

Todo hombre debe ser capaz de todas las ideas,
y entiendo que en el porvenir lo será.



Para Patricia, Portland resulta tóxico. Y «perito educativo experto» le suena aún peor. La doctora Westerford está tumbada en la cama la mañana de la vista preliminar con la sensación de que le va a dar un ataque.

—No puedo hacerlo, Den.

—No puedes no hacerlo, chica.

—¿Desde un punto de vista moral o legal?

—Es el trabajo de tu vida. Ahora no puedes echarte atrás.

—No es el trabajo de mi vida. ¡El trabajo de mi vida es escuchar a los árboles!

—No, ese es el juego de tu vida. El trabajo consiste en contarle a la gente lo que dicen los árboles.

—Una orden para detener la tala en las tierras federales conflictivas. Es un asunto para abogados. ¿Qué sé yo de leyes?

—Lo que quieren es ver qué sabes tú de árboles.

—¿Perito «experto»? Me va a dar algo.

—Diles lo que sabes y ya está.

—Ese es el problema, que no sé nada.

—Será como ponerse delante de una clase.

—Solo que en vez de veinteañeros idealistas que quieren aprender cosas, tendré enfrente a un puñado de abogados peleándose por millones de dólares.

—Por dólares no, Patty. Por otra cosa.

Y sí, lo admite mientras arrastra los pies por el frío suelo de madera. Esto va sobre otra cosa. Algo opuesto a los dólares. Algo que necesita todos los testigos posibles.

Dennis la lleva en su camioneta destartalada. Cuando llegan al juzgado, Patricia siente punzadas en los oídos. Durante la declaración preliminar, el defecto de habla de su infancia aparece como una gran magnolia de mayo. El juez no deja de pedirle que repita. Patricia se esfuerza por oír las preguntas. Pero incluso así, les cuenta el misterio de los árboles. Las palabras ascienden por su interior como la savia después del invierno. En el bosque no hay individuos. Todos los troncos dependen de los demás.

Evita las ideas subjetivas y se limita a decir lo que la comunidad científica da por válido. Pero mientras testifica, la ciencia empieza a parecer tan voluble como el contexto de popularidad en un instituto. Por desgracia, el abogado de la otra parte está de acuerdo con lo que ella dice. Saca la carta escrita a los editores de la revista donde apareció su primer artículo. Aquella que firmaron tres afamados dendrólogos para aplastarla como a un gusano. Métodos defectuosos. Estadísticas dudosas. «Patricia Westerford demuestra una incompreensión casi embarazosa acerca de los elementos de la selección natural...» Se pone roja de pies a cabeza. Querría desaparecer, no haber existido nunca. Haberle puesto unas cuantas setas venenosas a la tortilla que se preparó por la mañana antes de que Dennis la trajera a este tribunal.

—Todo lo que contenía ese trabajo ha quedado demostrado en posteriores investigaciones —dice.

No ve la trampa hasta que la tiene delante.

—Usted derribó las creencias vigentes —añade el abogado de la parte contraria—. ¿Cómo nos garantiza que investigaciones posteriores no derribarán las suyas?

No puede garantizarlo. La ciencia también tiene sus estaciones. Pero eso es un detalle muy sutil para un tribunal. La observación —la observación de muchos— convergirá en algo respetable, a pesar de las necesidades y los miedos de los observadores individuales. Pero no puede jurarle al tribunal que la ciencia de la silvicultura haya llegado por fin a una nueva silvicultura que establezca las creencias que ella y sus amigos han ayudado a promover. Ni siquiera puede jurar que la silvicultura sea una ciencia, de momento.

El juez le pregunta a Patricia si es verdad, tal y como afirma el perito experto de la otra parte, que un grupo consistente de árboles jóvenes, cuidados y de crecimiento rápido es mejor que un bosque viejo y anárquico. El juez le recuerda a alguien. Largos viajes en coche a través de campos recién labrados. «Si grabas tu nombre a un metro de altura en la corteza de un haya, ¿a qué altura estará al cabo de medio siglo?»

—Eso es lo que pensaban mis profesores hace veinte años.

—¿Veinte años son mucho tiempo en este campo?

—Para un árbol no es nada.

Todos los humanos enfrentados en la sala se echan a reír. Pero para la gente —implacable, ingeniosa y trabajadora— veinte años es tiempo suficiente para matar ecosistemas enteros. La deforestación: la mayor causa de cambio climático por encima de todos los medios de transporte juntos. Hay dos veces más de carbono en los bosques destruidos que en toda la atmósfera. Pero eso es materia para otro juicio.

El juez pregunta:

—¿Los árboles jóvenes y rectos, de crecimiento rápido, no son entonces mejores que los viejos y podridos?

—Son mejores para nosotros, no para el bosque. De hecho, a las arboledas jóvenes, cuidadas y homogéneas no podemos llamarlas bosques.

Esas palabras son como una presa que se rompe. Hacen que Patricia se sienta feliz de estar viva, viva para estudiar la vida. Se siente agradecida sin motivo alguno, salvo por el hecho de recordar todo lo que ha sido capaz de descubrir sobre «otras cosas». No puede decírselo al juez, pero ella los ama, ama a esas intrincadas naciones recíprocas de vida entrelazada a las que lleva escuchando desde pequeña. También ama a los de su especie: taimados y egoístas, atrapados en cuerpos cortos de miras, ciegos ante la inteligencia que los rodea, aunque elegidos por la creación para saber.

El juez le pide que se explique. Dennis tenía razón. Es como hablarles a los estudiantes. Describe cómo el tronco podrido sirve de hogar a una cantidad de tejido vivo superior a la del propio árbol vivo.

—A veces me pregunto si la verdadera misión de un árbol en la Tierra no será prepararse para permanecer muerto sobre el suelo del bosque el mayor tiempo posible.

El juez le pregunta qué seres vivos podrían necesitar un árbol muerto.

—Los de su familia taxonómica, por ejemplo. Los de su orden taxonómico. Las aves, los mamíferos, las otras plantas. Decenas de miles de invertebrados. Tres cuartas partes de los anfibios de la región los necesitan. Casi todos los reptiles. Animales que mantienen a raya a las plagas que matan a otros árboles. Un árbol muerto es un hotel infinito.

Le habla del escarabajo ambrosial. El alcohol de la madera podrida lo atrae. Se mueve excavando por el interior del tronco. A través de sus sistemas de túneles, planta los hongos que acarrea en una formación especial de su

cabeza. El hongo se come la madera; el escarabajo se come al hongo.

—¿Los escarabajos cultivan entonces el tronco?

—Exacto. Sin subvenciones estatales. A menos que considere el tronco como subvención.

—Y de esas especies que dependen de los troncos podridos y de los tocones, ¿hay alguna en peligro?

Ella se lo explica: todo depende de todo. Hay un tipo de campañol que necesita bosques viejos. Come setas que crecen en los troncos podridos y excreta las esporas en otros lugares. Si no hay troncos podridos, no hay setas; si no hay setas, no hay campañol; si no hay campañol, no se extienden los hongos; si no se extienden los hongos, no hay árboles nuevos.

—¿Cree que podemos salvar a estas especies manteniendo parcelas de bosques viejos intactas?

Se lo piensa antes de contestar.

—No. Parcelas no. Los grandes bosques viven y respiran. Desarrollan comportamientos complejos. Las pequeñas parcelas no son tan flexibles ni tan ricas. Los bosques deben ser grandes para que vivan en ellos grandes criaturas.

El abogado contrario pregunta si preservar extensiones de bosque un poco más grandes merece los millones de dólares que les cuesta a la gente. El juez pide cifras concretas. La parte contraria evalúa las oportunidades perdidas, es decir, los gastos abrumadores de no talar árboles.

El juez le pide a la doctora Westerford que responda. Ella frunce el ceño.

—La podredumbre añade valor al bosque. Nuestros bosques son las colecciones de biomasa más ricas del mundo. Los arroyos de los bosques primarios contienen de cinco a diez veces más peces. La gente podría ganar más dinero anualmente con la pesca o el cultivo de setas y otros alimentos que cortando árboles cada medio siglo.

—¿Es eso cierto? ¿O es una metáfora?

—Tenemos cifras.

—Entonces, ¿por qué no responde el mercado?

Porque los ecosistemas tienden a la diversidad y los mercados hacen justo lo opuesto. Pero Patricia es lo bastante lista como para no decirlo. Nunca ataques a los dioses locales.

—No soy economista. Ni psicóloga.

El abogado contrario declara que la tala de árboles salva bosques.

—Si no se cosechara la madera, millones de hectáreas se vendrían abajo

por culpa del viento o arderían en devastadores incendios de copas.

Esta materia es ajena a su campo, pero Patricia no puede dejar escapar la oportunidad.

—La tala incrementa los derribos causados por el viento. Y los incendios de copas solo ocurren cuando el fuego está contenido durante mucho tiempo. —Expone que el fuego regenera. Que hay piñas serótinas que no pueden abrirse sin arder. Los pinos contorta mantienen las suyas durante décadas a la espera de que un incendio las abra—. La supresión del fuego antes se consideraba una gestión racional. Pero nos cuesta mucho más de lo que se salva con ella.

El abogado de su parte hace una mueca. Pero ella ya está demasiado metida como para andarse con diplomacias.

—He ojeado su libro —dice el juez—. Nunca me imaginé que los árboles llamaran a los animales para que hicieran cosas. Que tuvieran capacidad de recuerdo. Que se alimentaran y se cuidaran unos a otros.

En la sala de paneles oscuros, sus palabras dejan de esconderse. El amor hacia los árboles le brota a raudales: la elegancia de estos, la suavidad al experimentar con ellos, su constante variedad, sus sorpresas. Estas criaturas lentas y deliberadas, singulares, con elaborados vocabularios, se dan forma entre ellas, alimentan a las aves, fijan el carbono, purifican el agua, filtran los venenos del suelo y estabilizan el microclima. Si reúnes suficientes seres vivos por el aire y bajo el suelo, obtienes algo que posee intención. El bosque. Una criatura amenazada.

El juez frunce el ceño.

—¿Lo que crece después de que se tale un bosque ya no es un bosque?

La frustración la supera.

—Los bosques se pueden sustituir con plantaciones de árboles. También puedes tocar una sinfonía de Beethoven con un mirlitón. —Todos se ríen menos el juez—. ¡Pero un jardín familiar de las afueras tiene más diversidad que una de esas plantaciones!

—¿Cuánto bosque virgen queda?

—No mucho.

—¿Menos de un cuarto del que había?

—¡Claro! Mucho menos. Es probable que no más de un dos o tres por ciento. Tal vez un cuadrado de ochenta kilómetros de lado. —Los restos de su voto de prudencia desaparecen—. En este continente había cuatro grandes bosques. Se suponía que todos durarían eternamente, pero se han destruido en

décadas. ¡Apenas nos dio tiempo a fantasear con ellos! Esos árboles son los últimos, y están desapareciendo a razón de cien campos de fútbol diarios. Este estado ha visto ríos de troncos de diez kilómetros.

»Si quieren maximizar el valor de un bosque para sus propietarios actuales y producir la mayor cantidad de madera en el menor tiempo posible, entonces sí: corten los bosques primarios y pongan plantaciones de árboles en línea recta, que se podrán recolectar varias veces. Pero si quieren que durante el próximo siglo haya suelo, agua pura, variedad y salud, si quieren tener estabilizadores y servicios incalculables, entonces tengan paciencia y dejen que el bosque produzca poco a poco.

Cuando acaba, se hunde en un silencio ruborizado. Pero el abogado que ha solicitado la orden judicial está exultante. El juez dice:

—¿Diría entonces que los bosques antiguos... saben cosas que las plantaciones de árboles desconocen?

Ella mira de reojo y ve a su padre. La voz es distinta, pero las gafas sin montura, las cejas elevadas y sorprendidas, la curiosidad constante... Todas aquellas primeras lecciones de hace medio siglo se arremolinan a su alrededor, los días en el Packard destartado, su colegio sobre ruedas, recorriendo las carreteras secundarias del sudoeste de Ohio. Se queda aturdida al reconocer allí, en estado embrionario, todas sus convicciones adultas, concebidas gracias a unas pocas palabras casuales de un viernes por la tarde con la ventanilla bajada y los campos de soja del condado de Highland desenrollándose por el espejo retrovisor.

¿Recuerdas? «Las personas no son la especie suprema que creen ser.» Otras criaturas —más grandes, más pequeñas, más lentas, más rápidas, más viejas, más jóvenes, más poderosas— llevan la voz cantante, fabrican el aire y se comen el sol. Sin ellos, nada.

Pero el juez no estuvo en ese coche. El juez es otro hombre.

—Aprender lo que los bosques han entendido podría ser el proyecto eterno de la humanidad.

El juez reconsidera su declaración del mismo modo en que su padre solía mascar sasafrás, aquellas ramitas con olor a zarzaparrilla que permanecían verdes durante todo el invierno.

Tras un descanso, regresan para el fallo. El juez establece una moratoria para la tala cuestionada y emite una orden restrictiva sobre la venta de madera

proveniente de terreno público del oeste de Oregón hasta que se valore la repercusión de esa tala sobre las especies en peligro. La gente se acerca a Patty para felicitarla, pero ella no los oye. Sus oídos se taponan en el momento en que el martillo golpea la mesa.

Abandona la sala sumida en la niebla. Dennis está a su lado y la conduce hacia el vestíbulo y luego hacia la plaza, donde dos grupos diferentes de manifestantes se enfrentan en un desafío de banderas a ambos lados.

NO SE PUEDE TALAR EL CAMINO HACIA EL
CIELO

ESTE ESTADO APOYA LA MADERA; LA MADERA
SOSTIENE A ESTE ESTADO

Los dos bandos enemigos se gritan a través del espacio que los separa, cebados por el triunfo y la humillación. Gente respetable que ama la tierra de dos maneras distintas e irreconciliables. A Patricia le parecen aves peleándose. Siente un golpecito en el hombro derecho y, al volverse, se encuentra con el perito experto de la parte contraria.

—Acabas de hacer que el precio de la madera suba desorbitadamente. — Al oír la acusación, Patty parpadea sin saber muy bien por qué eso es algo malo—. Todas las empresas madereras con tierras propias o con derechos vigentes van a empezar a talar a toda velocidad.



Las manos se les quedan heladas, las piernas se les entumescen en un espacio demasiado estrecho para darse la vuelta. Las noches son tan duras que se les congelan los dedos de los pies cubiertos de savia. El viento constante y el ruido de las lonas al sacudirse les impiden hablar. A veces, alguna rama de arriba se desploma, pero la quietud puede ser aún más turbadora. El único ejercicio que hacen ahora consiste en escalar. Con la luz cambiante y los días flotantes, algunas cosas que parecían imposibles en tierra firme se convierten en rutina.

Las mañanas son un juego del gato y el ratón o, mejor dicho, del búho y el

campañol: Guardián y Cabello de Venus otean desde su casa colgante, húmeda y helada, los pequeños mamíferos que corretean por el suelo. Los leñadores aparecen de nuevo cuando la niebla se disipa. Un día solo hay tres. Al día siguiente, veinte, atronadores en las cabinas de sus máquinas. A veces tratan de engatusarlos.

—¡Bajad diez minutos!

—Ahora no podemos. ¡Estamos entretenidos ocupando este árbol!

—Tenemos que gritar. No os vemos. Se nos va a romper el cuello.

—Pues subid vosotros. ¡Aquí hay mucho espacio!

Han llegado a un punto muerto. Aparecen distintos hombres a lo largo de distintos días para intentar romperlo. Operarios. Capataces. Les gritan amenazas roncadas y promesas razonables. Hasta el vicepresidente de productos forestales les hace una visita. Se queda a los pies de Mimas con un casco blanco, como si estuviera dando un discurso en el Senado.

—Os podemos mandar tres años a la cárcel por entrada ilegal.

—Precisamente por eso no bajamos.

—Estamos incurriendo en pérdidas. Las multas por eso son enormes.

—Este árbol las merece.

Al día siguiente, el vicepresidente del casco blanco regresa.

—Si bajáis antes de las cinco de la tarde, retiraremos todos los cargos. Si no, no podemos garantizar qué pasará con vosotros. Bajad. Dejaremos que os marchéis. Vuestro historial delictivo estará limpio.

Cabello de Venus se asoma por el borde del Gran Salón de Baile.

—No es nuestro historial lo que nos preocupa, sino el vuestro.

A la mañana siguiente, Olivia está discutiendo con los leñadores cuando uno de ellos se queda callado a mitad de frase.

—¡Oye! Quítate el casco un momento.

Ella le hace caso. Pese a estar a una distancia equivalente a dos tercios de un campo de fútbol, la sorpresa del leñador es evidente.

—¡Joder! ¡Pero si eres guapísima!

—¡Y si me vieras de cerca...! Cuando no estoy congelada y me he bañado en el último par de meses estoy mejor todavía.

—¿Qué mierda haces ocupando un árbol? Podrías tener al tío que quisieras.

—¿Quién quiere a un tío pudiendo tener a Mimas?

—¿Mimas?

Que haya pronunciado su nombre es una pequeña victoria.

Guardián lanza bombas de papel a los leñadores. Al abrirlas, las hojas muestran bocetos a lápiz de la vida a sesenta metros de altura. Los leñadores están impresionados.

—¿Tú has dibujado esto?

—Soy el culpable, sí.

—¿En serio? ¿Allí arriba hay arándanos?

—¡Matorrales enteros!

—¿Y un estanque con un pececito?

—Y más cosas.

Los días pasan, húmedos y helados, cada vez más miserables. Los voluntarios que iban a reemplazar a Guardián y Cabello de Venus no aparecen. Comienza la segunda semana del punto muerto, y el círculo de operarios a los pies de Mimas empieza a enfadarse.

—Estáis en medio de la nada. A seis kilómetros de la persona más cercana. Podría pasaros algo. Nadie se enteraría.

Cabello de Venus les lanza una sonrisa beatífica.

—Chicos, sois demasiado decentes. ¡Ni siquiera amenazáis con credibilidad!

—Os estáis cargando nuestro medio de vida.

—Vuestros jefes son quienes se lo están cargando.

—¡Y una mierda!

—En los últimos quince años, un tercio de los puestos de trabajo han pasado a realizarlos las máquinas. Ahora se talan más árboles y hay menos gente trabajando.

Los leñadores cambian de táctica, llenos de confusión.

—Por Dios, si es una planta. ¡Volverá a crecer! ¿Habéis visto los bosques que hay más al sur?

—Hay cosas que solo pasan una vez en la vida —grita Guardián—. Hacen falta mil años para que el sistema vuelva a equilibrarse.

—Pero ¿a vosotros qué os pasa? ¿Por qué odiáis a la gente?

—¡Pero qué dices! ¡Esto lo hacemos por la gente!

—Estos árboles van a morir y a caerse. Mejor aprovecharlos ahora que

están bien, y no cuando ya no sirvan.

—Ah, claro. Vamos a hacer picadillo a tu abuelo para la cena mientras le quede algo de carne.

—Estáis locos. No sé ni siquiera por qué hablamos con vosotros.

—Tenemos que aprender a amar este lugar. Necesitamos adaptarnos a él.

Uno de los leñadores acciona la motosierra y golpea las ramas de uno de los brotes basales más grandes de Mimas. Retrocede y levanta la vista mientras blande una de las ramitas como si fuera el mástil de un velero.

—Nosotros damos de comer a la gente. ¿Vosotros qué hacéis?

Luego se dirigen a Cabello de Venus, para ir alternando.

—Conocemos estos bosques. Respetamos estos árboles. Estos árboles han matado a amigos nuestros.

Cabello de Venus se queda callada. La idea de un árbol matando a una persona le resulta difícil de asumir.

Los hombres de abajo aprovechan la ventaja.

—¡No podéis detener el progreso! La gente necesita madera.

Guardián ha visto los números. Cientos de metros cuadrados de madera y media tonelada de papel y cartón por persona al año.

—Tenemos que ser más inteligentes con nuestras necesidades.

—Yo necesito alimentar a mis hijos. ¿Y vosotros?

Guardián se dispone a gritar algunas cosas de las que sabe que se arrepentirá. Cabello de Venus le pone una mano en el hombro para detenerlo. Ella está mirando hacia abajo e intenta oír a esos hombres a los que atacan por hacer lo que se les ordena. Por hacer algo peligroso y vital que han aprendido muy bien.

—No estamos diciendo que no taléis. —Ella deja colgando el brazo en dirección hacia los hombres que están sesenta metros más abajo—. Lo que os pedimos es que taléis como si fuera un regalo, no como si os lo merecierais. Cuando a uno le regalan algo, no toma más de lo que necesita. Y este árbol en concreto... Este árbol sería un regalo tan enorme que equivaldría a que Jesús bajara y...

De repente cae en la cuenta de algo, al mismo tiempo que Guardián. *Sé lo que es eso. Yo también talé ese árbol.*

Hay días desalentadores con aguanieve. Tardes que se levantan en medio de un frío húmedo y opresivo. Los voluntarios para el relevo siguen sin

aparecer. Cabello de Venus construye un urinario para mujeres. A finales de la tercera semana, los leñadores se preparan para talar en las inmediaciones. Pero al cabo de un par de horas, se quedan bloqueados. Es difícil talar árboles del tamaño de un rascacielos cuando un pequeño golpe de la motosierra y una ligera brisa pueden conducirte al homicidio involuntario.

Esa noche, por fin llegan Loki y Chispas. Loki asciende al campamento superior de Mimas. Chispas se queda abajo vigilando.

—Perdonad que hayamos tardado tantísimo. Ha habido... un pequeño rifirrafe en el campamento. Y encima, Humboldt y sus cuadrillas han acordonado toda la ladera. Hace dos noches, nos pillaron. Atraparon a Gavilán, lo tienen encerrado.

—¿Vigilan el árbol por la noche?

—Hemos esperado la primera oportunidad para colarnos.

El explorador saca valiosas provisiones: paquetes de sopa instantánea, melocotones y manzanas, cereales, una mezcla de cuscús. No hay más que añadir agua caliente. Guardián examina los comestibles.

—¿No nos van a reemplazar?

—Ahora no podemos arriesgarnos. Comemusgo y Lobogrís se asustaron con las amenazas de muerte y se han ido a casa. La FDV está mermada y nuestros miembros se han diseminado. Estamos sufriendo algunos problemas de comunicación interna. De hecho, ahora mismo estamos bastante tocados del ala. ¿Podríais quedaros aquí una semana más?

—¡Por supuesto! —dice Cabello de Venus—. Podemos quedarnos aquí para siempre.

Sería más fácil quedarse para siempre —piensa Guardián— si él también oyera a los seres de luz. Loki se estremece junto al resplandor de las velas.

—Tíos, qué frío hace aquí. Este viento se te cala en los huesos.

Cabello de Venus responde:

—Nosotros ya no lo sentimos.

—No demasiado —puntualiza Guardián.

Loki se coloca el arnés.

—Tengo que bajar antes de que nos atrapen. Tened cuidado con Cal el Escalador. No es broma. Humboldt tiene a un tío que trepa por los árboles a toda velocidad y a pelo, con unas zapatillas de clavos y un rollo de cuerda. A los ocupantes anteriores les ha dado muchos quebraderos de cabeza.

—Suena a leyenda forestal —dice Guardián.

—Pero no lo es.

—¿Baja a la gente de los árboles a la fuerza?

—Nosotros somos dos —afirma Cabello de Venus—. Y ahora hemos encontrado el equilibrio.

Los leñadores dejan de aparecer por allí. No hay nada más que discutir. Las nuevas provisiones que ha traído el equipo de apoyo de la FDV también se agotan.

—Seguro que seguimos sitiados —dice Guardián, aunque desde allí arriba no se ve ningún cerco.

También es posible que los humanos hayan desaparecido de todas partes, salvo del registro fósil. Desde allí arriba, en el dosel arbóreo, no ven animales más grandes que las ardillas voladoras, que por las noches se acurrucan contra ellos en busca de calor.

Ninguno de los dos sabe cuántos días han pasado. Cada mañana Nick hace una marca en un calendario que él mismo ha dibujado, pero después de hacer pis, lavarse con la esponja, desayunar y soñar con una exposición colectiva que le haga justicia al bosque, se le suele olvidar si ha trazado la marca del día o no.

—¿Qué más da? —pregunta Cabello de Venus—. Las tormentas ya casi han terminado. Empieza a hacer calor. Los días son cada vez más largos. Ese es el único calendario que necesitamos.

Guardián se pasa la mayoría de las tardes dibujando. Dibuja el musgo que crece en cada grieta. Boceta la usnea y otros líquenes colgantes que convierten al árbol en un cuento de hadas. Mueve la mano mientras su pensamiento toma forma: «¿Quién necesita algo más, aparte de comida?». Incluso hay quien, como Mimas, no necesita nada, puesto que se fabrica su propio alimento.

La maquinaria sigue gimiendo por la extensa ladera. Una motosierra cercana, un cargador de troncos un poco más lejos: a los dos ocupantes del árbol se les empieza a dar bien eso de reconocer a las criaturas solo con oírlas. Algunas mañanas, esos sonidos son su único medio para saber si el sistema de libre empresa sigue avanzando hacia su glorioso muro.

—Deben de estar intentando que nos muramos de hambre.

En medio de ese largo periodo sin provisiones, todavía les queda el cuscús y la imaginación.

—Aguenta —dice Cabello de Venus—. En menos que canta un gallo los

arándanos estarán maduros otra vez. —Mordisquea garbanzos secos como si ambos estuvieran en una clase de filosofía—. Yo antes no sabía saborear las cosas.

Él tampoco. Ni sabía cómo le olía el cuerpo o la mierda fresca cuando se transforma en compost. Ni cómo cambian sus pensamientos cuando mira durante horas la luz que se filtra a través de las ramas. Ni cómo suena la sangre al latirle en los oídos una hora antes de que se ponga el sol, mientras toda la vida contiene la respiración, a la espera de ver qué sucede tras la caída del cielo.

La realidad pierde la perpendicularidad con cada golpe de brisa. Las tardes de temporal son una prueba épica para dos personas. Cuando el viento arrecia, no hay nada más, nada en absoluto salvo viento. Se convierten en animales indómitos, la lona se sacude con furia y las agujas los aporrean hasta dejarlos sin sentido. Cuando el viento sopla, no hay nada más en tu cerebro —ni dibujos ni poemas ni libros ni causa ni llamada—, solo el vendaval y tus ideas descabelladas que estallan como locas, una especie propia que cae del árbol genealógico.

Una vez que la luz se va, lo único que les queda es el ruido. Las velas y el queroseno son demasiado valiosos para gastarlos en el vicio de leer. No tienen ni idea de cuándo conseguirán atravesar el cordón las próximas provisiones, si es que existe ese cordón, si es que aún existe la FDV o cualquier otra institución terrenal que se acuerde de ellos y que sepa que están subidos a un árbol milenario y que necesitan víveres.

Ella le agarra de la mano en la oscuridad, y esa es la única señal que él necesita. Se acurrucan uno contra otro, como cada noche, contra la negrura.

—¿Dónde estarán?

La pregunta solo puede hacer referencia a dos cosas. O a tres, si se cuentan las criaturas de luz. Y la respuesta es la misma en los tres casos.

—No lo sé. A lo mejor se han olvidado de este bosque.

—No —dice él—. No creo.

Por detrás de ella, la luna cubre sus rasgos con una capucha.

—No pueden ganar. No pueden vencer a la naturaleza.

—Pero pueden complicar las cosas muchísimo durante demasiado tiempo.

Incluso en una noche como esta, mientras el bosque emite su sinfonía de un millón de partes y la luna gorda y centelleante se hace jirones en las ramas de Mimas, a Nick le resulta fácil creer que los seres verdes tienen un plan que hará que la edad de los mamíferos parezca un desvío menor.

—Shh... —dice ella, aunque todo sigue en silencio—. ¿Qué es eso?

Él lo sabe a la vez que no lo sabe. Una nueva encarnación experimental que se instala, que anuncia su paradero, que pone a prueba la negrura y calibra su lugar dentro de esa enorme colmena. La verdad es que se le cierran los ojos y no puede evitar que la pregunta se convierta en un jeroglífico. Sin un modo de domar la oscuridad o de sacarle un mínimo de provecho, está acabado. Aunque sí está lo bastante despierto como para darse cuenta: «Es el periodo más largo que he pasado sin que el perro negro venga a mordirme el culo».

Se duermen. Ya no se ponen las correas, aunque la mayoría de las noches siguen abrazándose con fuerza para, en caso de caerse por el borde de la plataforma, que sea juntos.

Cuando amanece de nuevo, él traza una marca absurda en su calendario hecho a mano. Se lava, evacua, come y gatea para colocarse en la posición tradicional: con la cabeza junto a los pies de ella, de manera que puedan verse. Nick se pregunta en qué momento se le ocurrió trasladar su vida a veinte pisos de altura al aire libre. Aunque ¿cómo se hacen las cosas si no? ¿Y quién podría estar ahora en tierra firme, después de haber visto la vida en el dosel arbóreo? Mientras el sol va resbalando poco a poco por el cielo veraniego, él dibuja. Comienza a ver cómo podría funcionar, cómo unas cuantas marcas negras sobre un campo en blanco podrían cambiar lo que hay en el mundo.

Ella está sentada en el borde de la plataforma, con la lona levantada, para mirar al otro lado del bosque decreciente. Las calvas que aparecen a media distancia cada vez están más cerca. Presta atención a las voces incorpóreas, su constante consuelo, aunque no se ponen en contacto con ella todos los días. Recupera su cuaderno y garabatea diminutos poemas, más pequeños que una semilla de secuoya.

Él la observa lavarse con la esponja y el agua recogida en la lona.

—¿Tus padres saben dónde estás... en caso de que pase algo?

Ella se da la vuelta, desnuda y temblorosa, frunce el ceño como si la pregunta fuera sobre dinámica no lineal.

—Desde que me fui de Iowa no he vuelto a hablar con ellos.

Ya lavada y vestida, siete grados de posición solar más tarde, añade:

—Y eso no va a pasar.

—¿No va a pasar qué?

—Nada malo. Me han asegurado que esta historia tiene un final feliz.

Le da un golpecito a Mimas, que ese mismo día ha comido casi dos kilos de carbono del aire y lo ha añadido a su masa, a pesar de encontrarse ya a finales de su edad madura.

Se pasan las horas interminables leyendo en los sacos de dormir. Leen todos los libros que los ocupantes anteriores dejaron en la biblioteca de la hamaca. Leen a Shakespeare, con el grueso volumen abierto sobre la tripa de ambos. Cada tarde se sumergen en una obra distinta cuyos papeles se reparten. *Sueño de una noche de verano. El rey Lear. Macbeth.* Leen dos novelas fabulosas, una de hace tres años y la otra de hace ciento veintitrés. Al llegar al final de la más antigua, a ella le cuesta dominar la voz.

—¿Sientes amor por esta gente? —A Nick esas historias lo han cautivado. Le preocupa lo que sucede en ellas. Pero Olivia..., ella está destrozada.

—¿Amor? Bueno, pues sí, a lo mejor. Pero todos están encerrados en una caja de zapatos y no tienen ni idea de nada. Me dan ganas de sacudirlos y gritarles: «¡Dejad de miraros el ombligo, por Dios! ¡Mirad a vuestro alrededor!». Pero no pueden, Nicky. Todo lo vivo queda fuera de su campo de visión.

Ella levanta de nuevo la vista con los ojos llorosos. Lloro por la ceguera, aunque sea la de unos seres ficticios.

Releen *El bosque secreto*. Es como un tejo: cuando lo ves por segunda vez, resulta aún más revelador. Leen que las ramas saben cuándo deben bifurcarse. Que las raíces encuentran agua incluso en las tuberías selladas. Que un roble puede tener quinientos millones de ápices radiculares que se alejan de la competición. Que las hojas de la copa dejan huecos entre ellas y sus vecinas. Que los árboles ven los colores. Leen sobre el frenético intercambio de material artesanal almacenado encima del suelo y bajo la tierra. Sobre sociedades comanditarias complejas con otras formas de vida. Sobre los ingeniosos diseños de las semillas para volar a lo largo de cientos de kilómetros. Sobre estrategias de propagación donde participan sin saberlo seres móviles decenas de millones de años más jóvenes que los árboles. Sobre los sobornos a animales que creen estar comiendo gratis.

Leen sobre las expediciones para trasplantar árboles de mirra que aparecen

en los relieves de Karnak de hace tres mil quinientos años. Sobre árboles que emigran. Sobre árboles que recuerdan el pasado y predicen el futuro. Sobre árboles que se ponen de acuerdo para dar fruto en coros extensos. Sobre árboles que bombardean el suelo para que solo puedan crecer sus vástagos. Sobre árboles que convocan a las fuerzas aéreas de los insectos para que acudan a salvarlos. Sobre árboles con troncos huecos tan anchos como para albergar a toda la población de una aldea. Sobre hojas con pelo en el envés. Sobre peciolos tan finos que eluden el viento. Sobre la vida que rodea un pilar de historia muerta, donde el grosor de cada nueva capa depende de la generosidad de la estación.

—¿Lo notas? —pregunta ella una tarde, o tal vez la siguiente, bajo el alboroto del cielo del oeste.

Él no necesita explicaciones para saber a qué se refiere. Han pasado tantas horas juntos en actitud contemplativa, sin propósito alguno, rodilla con codo, codo con rodilla, que es capaz de leer la mente de Olivia.

¿Notas que se eleva y desaparece? Esa ola permanente de electricidad estática. Una distracción tan ubicua que jamás supiste que te rodeaba. La certeza humana. Eso que te impide ver lo que está aquí mismo... ha desaparecido. Él es capaz de sentirlo. El árbol es como la luz de un faro enorme. Los dos se han convertido en algo impulsado por retazos del sol moteado que llega hasta ellos a través de las decenas de metros de ramas que Mimas despliega sobre sus cabezas.

—Subamos arriba del todo —dice ella.

Y antes de que él pueda oponerse, la ve convertida en una gárgola embarrada en lo alto de un chapitel quebrado por el rayo, una gárgola que con las piernas rodea una tubería que llega hasta la tierra y con los brazos tamiza el cielo.

Una noche, Nick está sumido en un sueño verde cuando Mimas recibe una sacudida que lo empuja hacia el borde de la plataforma. Se agarra de forma impulsiva a una rama y, sin soltarse, mira hacia abajo desde veinte pisos de altura. Por detrás de él, Olivia grita. Retrocede a gatas hasta el centro de la plataforma cuando una racha de viento aún mayor sacude la lona y levanta toda la construcción con violencia. El viento licua el aire y el granizo los apedrea entre las agujas. Sienten un golpe tremendo y Nick levanta la vista. A

diez metros de ellos, una rama más ancha que su muslo se ha escindido y cae a cámara lenta, arrastrando a su paso otras ramas más pequeñas.

El viento furioso estampa a Olivia contra el tronco de Mimas. Ella, histérica, se agarra a la plataforma. El tronco pierde la verticalidad hacia un lado, luego hacia el otro. Nick se balancea como el peso oscilante del metrónomo más alto del mundo. Si está seguro de algo, es de que va a morir. Está sujeto con uñas y dientes, aferrado a la vida con todo lo que le queda en el cuerpo. Se soltará y la tierra lo solucionará.

Algo le grita a través del granizo. Olivia.

—*No. Luches. ¡No luches!*

Las palabras son para él como un bofetón que le impide volver a pensar. Ella tiene razón: si sigue apretando, no aguantará ni tres minutos más.

—*¡Relájate! ¡Déjate llevar!*

Él la mira a los ojos, esos desquiciados ojos verdecedón. Ella se balancea en cada curva, con flexibilidad, como si la tormenta no existiera. Al cabo de un par de golpes más, él se da cuenta de que es verdad: la tormenta no existe. No para una secuoya. Esta copa se ha visto sacudida por miles de tormentas como esta, decenas de miles, y Mimas lo único que ha tenido que hacer es ceder.

Se rinde a la rabia como hace el árbol, como siempre ha hecho a lo largo de un milenio de tormentas asesinas. Como la *sempervirens* ha hecho durante ciento ochenta millones de años. Sí, una tormenta desmochó este árbol siglos atrás. Sí, las tormentas derriban árboles tan grandes como este. Pero no esta noche. No de este modo. Esta noche de tormenta, la copa de una secuoya es tan segura como cualquier otro lugar. Tan solo hay que ceder y dejarse llevar.

Un aullido corta el viento, espeso por el granizo. Él devuelve el aullido. Sus chillidos se convierten en una risa desquiciada. Gritan en tándem hasta que todos los gritos de guerra del mundo y todas las llamadas salvajes se transforman en agradecimiento. Tiempo después de que sus puños apretados se hayan rendido, siguen dirigiendo alaridos agudos hacia la tormenta.

A última hora de la mañana siguiente, tres leñadores aparecen a los pies de Mimas.

—*¿Estáis bien? Anoche se desplomaron muchos árboles, algunos muy grandes. Estábamos preocupados por vosotros.*



Por increíble que parezca, la policía lo graba. Hace un año habrían destruido una prueba tan precaria y poco nítida como esa. Pero las tácticas de los rebeldes están cambiando, así que la policía necesita utilizar nuevos métodos contra ellos que estén documentados, evaluados y refinados.

La cámara toma panorámicas de la multitud. La gente se desperdiga por la calle delante del letrero bruñido de la compañía. Rodean la sede central, que parece una cabaña contra un cerco de píceas y abetos. Ni siquiera un cámara aprensivo podría ocultar que se trata de un derecho democrático, del derecho a reunirse pacíficamente. La gente se mantiene a una distancia prudente de la línea donde comienza la propiedad privada. Entonan canciones y sacuden sus pancartas hechas con sábanas: «DETENED LA TALA ILEGAL. NO MÁS MUERTES EN TERRENO PÚBLICO». La policía pasea dentro y fuera del encuadre. Hay agentes a pie y a caballo. Hombres en los asientos de atrás de unos vehículos que parecen carros de combate para el transporte de personal.

Mimi, estupefacta, sacude la cabeza.

—No sabía que en esta ciudad hubiera tantos policías. —Douggy cojea detrás de ella con las piernas arqueadas—. Ya sabes que no estamos obligados a hacerlo. Hay al menos media docena de personas dispuestas a sustituirnos.

Él se da la vuelta para ponerse frente a ella y por poco no tropieza.

—¿Qué estás diciendo? —Es como un golden retriever exhausto que trae con orgullo el periódico en la boca—. Espera. —Confuso, le toca el hombro—. ¿Tienes miedo, Mim? Porque no tienes que hacer nada que no...

Ella no soporta su bondad.

—Vale. Lo único que digo es que no te hagas el héroe esta vez.

—La última vez no me hice el héroe. ¿Cómo iba a saber que me iban a derretir las joyas de la familia?

Ella las vio el día en que le cortaron los vaqueros. Aquellas joyas de la familia al aire, achicharradas con productos químicos. Desde entonces él ha querido enseñárselas muchas veces: una recuperación milagrosa, casi una resurrección, podría decirse. Pero ella no es capaz. Quiere a ese hombre más

que a nadie, exceptuando a sus hermanas y a sus sobrinos. No deja de sorprenderle que alguien tan ingenuo haya llegado a los cuarenta años. No se imagina a sí misma sin cuidar de él. Pero pertenecen a especies distintas. La causa a la que ambos se han entregado —esa defensa de lo inmóvil y lo inocente, la lucha por algo mejor que un apetito suicida insaciable— es lo único que tienen en común.

Se dirigen hacia el vehículo de apoyo, donde reparten las nuevas armas secretas de los manifestantes, los tubos negros de acero.

—Vaya que si lo vamos a hacer, colega. ¿Qué creías? Aquel no fue mi primer Corazón Púrpura ni será el último. Voy a acabar con una ristra entera de condecoraciones, como los anillos de una lombriz.

—Doggie. Nada de hacerse daño. Hoy no lo soportaría.

Él apunta con la barbilla hacia la línea de policía a la espera de que pase algo.

—Eso cuéntaselo a ellos. —Y luego, como si fuera una criatura desmemoriada para todo salvo para el sol, añade—: ¡Bua! ¡Mira a toda esa gente! ¿Esto es un movimiento o qué?

El primer delito —cruzar la línea de la propiedad privada— sucede a espaldas de la cámara, aunque la lente no tarda en encontrar la acción. El foco automático vacila y después se fija en unos cuantos manifestantes pacíficos que atraviesan el aparcamiento hacia el césped impoluto. Allí se detienen para gritar las réplicas a las llamadas del megáfono:

«¡El pueblo! ¡Unido! ¡Jamás será vencido!
¡El bosque! ¡Talado! ¡Jamás es repoblado!»

Dos agentes se acercan a los intrusos y les piden que retrocedan. En la grabación, sus voces están amortiguadas, pero parecen bastante amables. Sin embargo, el grupo enseguida se transforma en un banco de peces errante. La gente provoca y abucea, justo lo que la policía pretendía evitar. Una mujer canosa y jorobada grita:

—Respetaremos su propiedad cuando ellos respeten la nuestra.

La cámara vira de golpe hacia la izquierda, donde un grupo de nueve personas se lanza al césped. El primer altercado resulta ser una táctica de distracción para alejar a los policías de la entrada del edificio. Cada figura que avanza en línea recta lleva un tubo hueco de acero acabado en V, de un

metro de largo, lo bastante ancho como para introducir el brazo dentro.

Luego se produce un corte. Ahora las imágenes están rodadas en el interior. Los activistas se han encadenado alrededor de una columna del vestíbulo. De los pasillos salen empleados a curiosear. La policía llega desde detrás del cámara e intenta controlar una situación que se les va de las manos.

Los manifestantes han entrenado para desplegarse lo más rápido posible, pero en un vestíbulo de verdad, con empleados pululando y perseguidos por la policía, el despliegue no es tan fácil. En la refriega, Mimi y Douglas acaban en extremos opuestos del círculo. Cuentan con tres segundos para encadenarse. Douglas mete el brazo izquierdo en el «oso negro» y engancha el mosquetón con el cable de la muñeca al poste de acero soldado en el centro del tubo. Sus compañeros hacen lo mismo. Segundos más tarde, el anillo de nueve eslabones se funde formando algo inmune a cualquier cosa, incluso a una hoja de sierra de diamante.

Permanecen sentados en círculo, con las piernas cruzadas, alrededor de una columna ancha. Douglas no ve a Mimi desde su sitio. Grita: «¡Mim!», y esa cara redonda y oscura que él ahora asocia con la bondad del mundo se asoma desde detrás y sonrío. Él levanta el pulgar antes de recordar que está dentro de un cilindro de acero.

Una toma larga recoge los primeros planos de todos. Un hombre alto y desgarrado, con los dientes separados y el pelo largo recogido en una gruesa coleta, comienza a cantar *We shall overcome*, venceremos. Al principio se oyen risitas, pero al llegar a la tercera frase ya está el grupo entero cantando. Cinco policías tiran de los manifestantes, pero separarlos con facilidad no es una opción. Un hombre uniformado dice, como si leyera un teleprónter:

—Soy el *sheriff* Sanders. Su presencia aquí supone una violación del código penal, artículo número... —Desde el círculo, los gritos acallan sus palabras. Se detiene, cierra los ojos y comienza de nuevo—: Está ustedes en propiedad privada. Les ordeno, en nombre del estado de Oregón, que se dispersen. Si no se retiran de forma pacífica, serán detenidos por asociación ilícita y violación de la propiedad privada con tentativa de delito. Cualquier intento de resistencia será considerada una violación del Código Penal en los artículos...

El hombre desgarrado de los dientes separados le grita:

—Debería unirse a nosotros.

El agente retrocede.

Alguien desde fuera de cámara chilla:

—Sois delincuentes. ¡Lo único que queréis es echar mierda a otras personas!

El círculo comienza a cantar otra vez. Acude más policía para rodearlos. El *sheriff* vuelve a adelantarse. Su discurso es lento, claro y rotundo, como el de un profesor de primaria.

—Saquen los brazos de las sujeciones... de esos tubos. Si no lo hacen en cinco minutos, tendremos que utilizar espray de pimienta para que obedezcan.

Alguien del círculo dice:

—No podéis hacer eso.

La cámara enfoca a una asiática bajita con la cara redonda y la melena corta y negra. Fuera de cámara, el *sheriff* dice:

—Claro que podemos. Y lo haremos.

Se oyen gritos desde el círculo. El cámara no sabe dónde enfocar. La mujer de la cara redonda dice:

—La ley de Estados Unidos prohíbe a los agentes públicos utilizar espray de pimienta, a menos que estén en una situación de peligro. ¡Miradnos! ¡No podemos ni movernos!

El *sheriff* consulta el reloj.

—Tres minutos.

Todo el mundo habla a la vez. Tras una panorámica de la confusión en el vestíbulo, vuelven los primeros planos de rostros asustados. Hay un altercado; un joven del círculo recibe una patada en los riñones. La cámara se desplaza y aterriza en el hombre de los dientes separados. La coleta se le mueve arriba y abajo.

—Esta mujer es asmática, tío. Mucho. No podéis echarle espray de pimienta a alguien asmático. Hay gente que muere por eso, colega.

Fuera de cámara, alguien grita:

—Haced lo que dice el agente.

El hombre de los dientes separados asiente como si tuviera el cuello roto.

—Venga, Mimi. Suéltate.

La mujer canosa le grita:

—Dijimos que permaneceríamos juntos.

El *sheriff* interviene:

—Están violando la ley; sus acciones suponen un daño para la comunidad. Les ruego que desalojen estas instalaciones. Tienen un minuto.

Pasa un minuto con la misma confusión.

—Les pido de nuevo que saquen las manos de esos tubos y se marchen de forma pacífica.

—Me concedieron una Cruz de la Fuerza Aérea por ser derribado mientras defendía este país.

—Hace cinco minutos les ordené que se dispersaran. Les he advertido de las consecuencias y ustedes las han aceptado.

—¡Yo no las acepto!

—Ahora haremos uso del spray de pimienta y de otras sustancias químicas para que saquen las manos de esos tubos metálicos. Utilizaremos estos elementos hasta que se liberen. ¿Prefieren hacerlo ahora y evitar esta práctica?

Douglas se inclina hacia un lado y luego hacia el otro, pero no logra verla. La columna está en medio, y en el círculo están enloquecidos. Grita su nombre y por fin aparece, asomando la cabeza con la mirada asustada. Él grita cosas que ella no entiende por culpa del ruido. Le sostiene la mirada durante una minúscula eternidad. A través de ese estrecho canal, él lanza una decena de mensajes urgentes. «No tienes por qué hacerlo. Para mí tú eres más importante que todos los bosques que este negocio pueda sacrificar jamás.»

La mirada de ella está todavía más repleta de mensajes, y todos ellos apuntan al mismo vértice: «Douglas. Douglas. ¿Qué hacen?».

* * *

Comienzan por el cuerpo que queda más cerca de los pies del *sheriff*, una mujer de cuarenta y tantos años con sobrepeso, con las puntas del pelo rubias y unas gafas que estuvieron de moda el año pasado. Un policía se acerca por detrás de ella con un vaso de papel en la mano y un bastoncillo de algodón en la otra. La voz del *sheriff* es tranquila.

—No se resistan. Cualquier amenaza hacia nosotros se considerará agresión a la policía, que es un delito grave.

—¡Estamos inmovilizados! ¡Estamos inmovilizados!

Un segundo policía se acerca al del bastoncillo y el vaso de papel. Se agacha y agarra a la mujer con una mano mientras con la otra le echa la cabeza hacia atrás. La mujer espeta:

—Soy profesora de Biología en el instituto Jefferson. He dedicado veinte años a enseñar a los chicos que...

Alguien fuera de cámara grita:

—¡Pues ahora la lección la vas a recibir tú!

El *sheriff* le dice:

—Desengánchese del tubo.

La profesora coge aire. Se oyen gritos. El policía le acerca el bastoncillo al ojo izquierdo y se esfuerza por administrarle un poco más de producto en el derecho. La sustancia química penetra por debajo del párpado y cae por las mejillas de la mujer, que sigue con la cabeza hacia atrás. Sus gemidos son los de un animal, cada vez más fuertes hasta que se convierten en alaridos. Alguien grita:

—¡Parad! ¡Ya!

—Tenemos aquí agua. Si se libera, se la daremos. ¿Va a soltarse? —El ayudante del policía vuelve a inclinarle la cabeza hacia atrás y el del bastoncillo vuelve a aplicarle el producto en los ojos y en la nariz—. Suéltese y le daremos agua fresca para limpiarse.

Alguien chilla:

—¡La estáis matando! ¡Necesita un médico!

El poli del bastoncillo le hace una señal a su ayudante.

—Ahora vamos a usar el espray de pimienta, que es mucho peor.

Los gritos de la mujer se convierten en lamentos. Está demasiado dolorida para soltarse. No encuentra el mosquetón para desengancharlo. Los dos monaguillos de la comunión se dirigen ahora a la siguiente persona del círculo en el sentido de las agujas del reloj, un hombre musculoso de treinta y pocos años que parece más un leñador que un amante de los búhos. Agacha la cabeza y cierra los ojos.

—Señor, ¿va a soltarse?

El hombre curva los hombros anchos y fuertes hacia delante, pero los tubos negros de ambos brazos siguen extendidos. El policía ayudante trata de echarle hacia atrás la cabeza. Los policías tienen ventaja, y cuando el tercer agente se acerca para ayudar, no tarda en doblarle el cuello, aunque abrirle los ojos no resulta tan fácil. Le frotan la abertura del párpado con el bastoncillo mientras le sostienen la cabeza, pero la pimienta concentrada le

cae por la cara. Le entra una pequeña cantidad en la nariz y comienza a ahogarse. La cámara se mueve por la sala con rapidez. Enfoca a una ventana que da a la calle, donde los manifestantes cantan en el césped sin tener ni idea de lo que sucede dentro. Los sonidos de ahogo son interrumpidos por un agente.

—¿Va a liberarse? ¿Señor? Señor. ¿Me oye? ¿Está listo para soltarse?

Alguien grita:

—¿Es que no tenéis conciencia?

Otro ordena:

—Utilizad el bote. Rociadle los ojos.

—¡Esto es tortura! ¡Estamos en Estados Unidos!

La cámara se pone a dar vueltas. Se sacude como si estuviera borracha.

A Douglas le brotan las palabras cuando los policías desaparecen por detrás de la columna.

—Es asmática, tíos. No podéis echarle espray de pimienta. Joder, os la vais a cargar.

Se inclina hacia la derecha todo lo que puede, a pesar de la presión de los tubos. Ve que la flanquean dos policías y que uno de ellos la agarra por detrás para sujetarle la cabeza con un suave movimiento. Violación colectiva, delante de sus narices. El *sheriff* dice:

—Señora, suelte los brazos y podrá marcharse. No tiene por qué sufrir.

A la mujer que hay al lado de Mimi le dan arcadas.

Douglas llama a Mimi. El agente con el bastoncillo echa la cabeza de Mimi hacia atrás con una mano.

—¿Señorita? ¿Quiere soltarse?

—Por favor, no me hagan daño. No quiero que me hagan daño.

—Entonces, suéltese.

Douglas se inclina todavía más.

—¡Suéltate!

Mimi le clava los ojos, que destellan enloquecidos, mientras sus orificios nasales tiemblan como los de un conejo atrapado. Él no comprende esa mirada, una suerte de vaticinio. Los ojos de Mimi dicen: «Pase lo que pase, recuerda lo que he intentado hacer». La policía inclina hacia atrás su hermosa cabeza. La garganta se le abre para emitir un gorgoteo: ahgh...

Entonces él cae en la cuenta. Sí que puede moverse. Es muy fácil: forcejea

con las sujeciones que le enganchan las muñecas a los postes centrales de los tubos negros y ya está libre. Se levanta con un grito:

—¡Retirada!

No es que las cosas se ralenticen, es que su cerebro funciona a mayor velocidad que los movimientos de los hombres. Tiene todos los minutos del mundo para pensar, varias veces: «Agresión a un agente policial. Delito grave. De diez a doce años en la cárcel». La policía lo esposa y lo tumba en el suelo con las piernas abiertas antes incluso de que empiece a avanzar, antes de que alguien grite: «¡Árbol va!».

Esa noche, un operador de cámara tembloroso duplica la cinta y le pasa una copia a la prensa.



Para almorzar, Dennis le lleva a Patricia una sopa de calabaza a la cabaña.

—¿Patty? No sé si debería sacar el tema.

Ella le da un cabezazo en el hombro.

—Un poco tarde para preguntar, ¿no?

—La orden judicial no va a salir adelante. Se acabó.

Ella se aparta con aire serio.

—¿Qué significa eso?

—Lo dijeron anoche en la tele. Otra decisión judicial. El Servicio Forestal no está sujeto a la moratoria decretada en tu audiencia.

—No está sujeto a la moratoria.

—Están a punto de aprobar unos planes de tala atrasados. La gente va a liar una buena en todo el estado. Ha habido una sentada en la sede central de una compañía maderera. La policía les echó productos químicos en los ojos a los manifestantes.

—¿Cómo? Den, eso suena fatal.

—Han sacado un vídeo. No he sido capaz de verlo.

—¿Estás seguro? ¿Aquí?

—Lo he visto.

—Pero si me acabas de decir que no eras capaz.

—Te digo que lo vi.

Su tono es para ella como una bofetada. Están discutiendo, algo que

ninguno de los dos sabe hacer. Dennis también agacha la cabeza, avergonzado. Perro malo; la próxima vez, pórtate mejor. Ella lo agarra de la mano. Se sientan delante de los cuencos de sopa vacíos y miran hacia un pequeño claro en el bosquecillo de tsugas. A Patricia se le vienen a la cabeza las preguntas del juez. ¿Para qué sirve la naturaleza? ¿Qué diferencia habrá cuando el derecho a la prosperidad ilimitada convierta todos los bosques en pruebas geométricas? El viento sopla y las tsugas sacuden sus penachos plumosos. Un perfil lleno de gracia, un árbol elegante. Un árbol que se avergüenza de las personas, que se avergüenza de la eficiencia, de las órdenes judiciales. La corteza gris, las ramas de un verde incipiente; las agujas planas apuntando hacia fuera a lo largo de las ramas. Un árbol de hábitos apacibles, filosófico, incluso en su reposo. Sus piñas, como pequeños cascabeles hacia abajo, contenidas en un silencio constante.

Ella es la culpable de romper ese silencio justo cuando empieza a ser interesante.

—¿En los ojos?

—Espray de pimienta. Con bastoncillos de algodón. Parecía otro lugar, no parecía... este país.

—La gente es maravillosa.

Dennis se vuelve hacia ella, horrorizado. Como es un hombre de fe, se espera para oír la explicación. «Sí —piensa ella. Y se obceca en su idea—. Sí: maravillosa.» Y horrible a la vez. Por eso nunca ha sido capaz de vivir entre ellos.

—La desesperanza les aporta determinación. No hay nada más hermoso.

—¿Crees que hemos perdido la esperanza?

—Den, ¿cómo va a detenerse alguna vez la explotación? Ni siquiera se ralentiza. Lo único que sabemos hacer es crecer. Crecer con más fuerza, con más rapidez. Más que el año pasado. Crecer hasta el borde del precipicio y más allá. No hay otra posibilidad.

—Ya entiendo.

Es obvio que no lo entiende. Pero a Patricia le rompe el corazón verlo con tan buena disposición para mentirle. Ella le contaría cómo la pirámide imponente y tambaleante de los grandes seres vivos ya se está derrumbando a cámara lenta bajo el golpetazo que ha trastocado el sistema planetario. Los grandes ciclos del aire y el agua se están rompiendo. El Árbol de la Vida caerá de nuevo, se desplomará para convertirse en un tocón de invertebrados y de bacterias, en una cubierta vegetal resistente, a no ser que el hombre... A

no ser que el hombre.

La gente está exponiendo su cuerpo en la línea de fuego. Incluso aquí, en estas tierras donde tanto daño se ha hecho, donde las pérdidas de este año no son nada comparadas con las acumuladas en el lejano sur... Gente apaleada e insultada. Personas a quienes les llenan los ojos de pimienta mientras ella — consciente de que se están perdiendo un billón de hojas al día que jamás se repondrán— se queda allí sin hacer nada.

—¿Crees que soy un hombre pacífico?

—Ay, Den, ¡eres casi tan pacífico como una planta!

—Me siento fatal. Me dan ganas de apalear a esos policías.

Ella le aprieta la mano al ritmo del vaivén de las tsugas.

—La gente. Demasiado dolor.

Colocan los platos sucios en la camioneta de regreso a la ciudad. Ella lo agarra junto a la puerta del vehículo.

—Soy una mujer rica, ¿verdad?

—No lo bastante como para presentarte a un cargo público, si es lo que estás pensando.

Ella se echa a reír con demasiado ímpetu y recupera la seriedad con demasiada rapidez.

—La preservación *in situ* está descendiendo. Y tengo claro que seguirá así. —Él la mira y espera. Ella piensa: «Si el resto de la especie se sintiera tan cómoda mirando y esperando como este hombre, todavía podríamos salvarnos»—. Quiero crear un banco de semillas. En el mundo solo queda la mitad de los árboles que había antes de que llegáramos nosotros.

—¿Por nuestra culpa?

—El uno por ciento del bosque mundial cada década. Un área mayor que Connecticut cada año.

Él asiente, como si no fuera una sorpresa para alguien que presta atención.

—Entre un tercio y la mitad de las especies existentes podrían extinguirse antes de que yo me vaya.

Estas palabras desconciertan a Dennis. ¿Se va a algún sitio?

—Hay decenas de miles de árboles de los que no sabemos nada. Especies que apenas hemos clasificado. Como si se incendiara la biblioteca, el museo de arte, la farmacia y el archivo, todo de golpe.

—Quieres construir un arca.

Ella sonríe, pero se encoge de hombros. Es una forma de explicarlo como otra cualquiera.

—Quiero construir un arca, sí.

—Donde poder guardar... —La excentricidad de la idea lo atrapa. Una cripta donde almacenar varios cientos de millones de años de pequeñas modificaciones. Con la mano en la puerta del coche, él se queda mirando algo que está en lo alto de un cedro—. ¿Y qué..., qué harías con ellas? ¿Cuándo las...?

—Den, no lo sé. Pero una semilla puede permanecer dormida durante miles de años.



Una tarde, quedan en un monte con vistas al mar. Padre e hijo. Ha pasado algún tiempo desde la última vez, y después de esta hora juntos en un sitio completamente nuevo, pasará mucho más.

—Neelay-ji. ¿Eres tú?

—Pita. Aquí estamos. ¡Funciona!

El viejo mendigo se acerca al dios azul y lo saluda con la mano. El dios se queda inmóvil.

—El sonido es muy malo, Neelay.

—Yo te oigo bien, papá. No te preocupes. Estamos solo tú y yo.

—Es increíble. ¡Extraordinario!

—Esto no es nada. Espera.

El dios azul tropieza al intentar caminar.

—¡Mira tu ropa! ¡Mírame!

—Quería que fuera gracioso, Pita.

Uno al lado del otro, con pasos inestables, caminan por los acantilados azotados por el mar. Desde mucho antes de que el padre se marchara a esa clínica de la lejana Minnesota, los paseos juntos han sido imposibles. Desde que el niño era pequeño no habían vuelto a salir así, a charlar juntos, acompañando las palabras con los pasos.

—Es enorme, Neelay.

—Y hay más. Mucho más.

—Y los detalles. ¿Cómo lo has hecho?

—Pita, esto es solo el principio, créeme.

El dios azul se tambalea al borde del acantilado.

—Dios mío. Mira allí abajo. ¡Hay olas!

Se detienen encima de una cascada que se precipita sobre la costa. Unas rocas esculpidas por las olas salpican la arena como castillos de hadas. Debajo de ellos, brillan unas pozas creadas por la marea.

—Neelay, es precioso. ¡Quiero verlo todo! —Siguen por la costa un rato y luego giran hacia el interior—. ¿Dónde estamos ahora? ¿Qué es esto?

—Es todo imaginario, Pita.

—Sí, pero me resulta familiar.

—¡Eso es bueno!

El padre se lo contará todo después a la madre del chico. Que lo recogieron y lo soltaron en el mundo de su hijo antes de que apareciera la gente. El aire brumoso y la luz sesgada y tropical lo confunden. El color tostado de la arena y el azul del mar, las áridas montañas que los rodean. Echa un vistazo a la vegetación, tan profusa y espléndida. Nunca le había prestado demasiada atención a las plantas. En esta vida nunca ha tenido tiempo para conocerlas. Y ya nunca lo hará.

Camina por un sendero que discurre entre unos troncos hasta unas sombrillas nudosas que tapan el sol.

—¿Y esto, Neelay? ¿Cosas tuyas de ciencia ficción?

Como si las pilas de revistas *pulp* de su hijo todavía acumularan pelusas debajo de su cama infantil.

—No, Pita. Cosas de la Tierra. Es un drago.

—¿Es de verdad? ¿Existen árboles así en nuestro mundo?

El mendigo sonríe y señala.

—¡Todo está basado en una historia real!

El dios azul se percata de que los peces del mar, las aves del aire y todas las criaturas de esta Tierra fabricada son solo un inicio rudimentario de un futuro refugio rescatado del original desaparecido. Pasa cerca de uno de los monstruosos hongos venenosos.

—¿Qué hacen los jugadores con este lugar?

Las palabras brotan del mendigo sin necesidad de pensarlas.

—¿Qué quieres que hagan, papá?

—Ah, Neelay. Ya me acuerdo. ¡Buena respuesta!

El mendigo describe lo extensa que es esa caja de arena. Cualquiera puede recoger hierbas, cazar animales, plantar cultivos, cortar árboles y fabricar

tablas, cavar minas profundas en busca de minerales, comerciar y hacer negocios, construir cabañas, ayuntamientos, catedrales y otras maravillas del mundo...

Siguen caminando. El ambiente se vuelve más exuberante. Las bestias merodean entre la espesura. Por encima de ellos, revolotean las aves.

—¿Cuándo empezará a llegar la gente?

—A finales del mes que viene.

—Ah, ¡muy pronto!

—Pero tú seguirás aquí, papá.

—Pues claro, Neelay. ¿Cómo hago para decir que sí con la cabeza? —El dios azul aprende a asentir. Hay mucho que aprender—. ¿Qué pasará entonces?

—Entonces nos veremos desbordados. Ya se han inscrito quinientas mil personas. Veinte dólares al mes. Las previsiones son de varios millones.

—Me alegro de verlo así, antes.

—Sí, ¡solos tú y yo!

El Visnú novato se tropieza. Ahora tienen que atravesar unas montañas. Cañones cubiertos de trepadoras. El dios se queda quieto un momento, maravillado por el paisaje. Luego retoma el camino del bosque.

—Solo ha pasado un cuarto de siglo, papá, desde que escribimos aquel programa de «Hola, mundo». Y la curva sigue ascendiendo en línea recta.

A tres mil kilómetros de distancia, durante varios billones de ciclos del reloj del procesador —un procesador descendiente de aquel que el dios azul ayudó a construir—, padre e hijo miran juntos a través de las montañas y hacia el futuro. Esta tierra de deseos animados se expandirá sin límites. Se llenará de una vida después de la vida, más rica, más salvaje, más sorprendente. El mapa crecerá como el objeto que representa. Y aun así la gente seguirá hambrienta y sola.

Recorren unas cimas espléndidas. A lo lejos, los amplios meandros de un río antiguo atraviesan una selva tupida con distintos tonos de verde. El dios azul se queda mirándola. Lleva toda la vida sintiendo nostalgia por su hogar. Sus ansias le llevaron desde un pueblo de Guyarat hasta California. No ha tenido más país que su trabajo y su familia, y durante toda su vida ha pensado: «Eso es cosa mía». Ahora mira el río serpenteante. Millones de personas pagarán un alquiler mensual para venir a este lugar. Y él ya no estará.

—¿Ahora dónde estamos, Neelay-ji?

—No funciona así, papá. Todo es inventado.

—Sí. No, si lo entiendo. Pero estas plantas y estos animales... ¿Hemos pasado de África a Asia?

—Ven conmigo. Te voy a enseñar una cosa. —El mendigo lo conduce hacia un recodo de la densa selva. Se adentran por un laberinto de caminos sinuosos muy parecidos entre ellos. Hay criaturas que se mueven con rapidez a través de la maleza.

—¡Margosas de la India, Neelay! ¡Es mágico!

—Espera, que hay más.

La selva se espesa y el camino se estrecha. Unas siluetas juegan en la fronda entre las trepadoras. El padre lo ve, escondido en el follaje de esta simulación extensiva: un templo en ruinas engullido por una higuera.

—Oh, príncipe mío... Lo que has hecho es importante.

—No he sido solo yo, sino cientos de personas. Miles, en realidad. Ni siquiera sé cómo se llaman. Y tú también estás aquí. El trabajo que hiciste...

—El mendigo se da la vuelta. Señala las raíces que serpentean entre las piedras antiguas, en busca de una grieta donde deslizarse para beber. Luego levanta la punta de su nudoso meñique.

—¿Lo ves, Pita? Todo a partir de una semilla así de pequeña...

A Visnú le dan ganas de preguntar: «¿Cómo hago para que se me salten las lágrimas?». En vez de eso, dice:

—Gracias, Neelay. Ahora debería irme.

—Sí, papá. Nos vemos pronto.

Es una mentira bastante inofensiva. En este mundo, el mendigo ha recorrido medio continente, pero, en el otro, es demasiado frágil y está demasiado destrozado para arriesgarse a coger un avión. Y el cuerpo del dios azul, que acaba de cruzar una cordillera descalzo, en el mundo de arriba está tan lleno de programas maliciosos y errores de sintaxis que no conseguirá llegar a la inauguración de ese mundo de abajo.

Su cuerpo de marioneta asiente y junta las palmas de las manos.

—Gracias por este paseo, querido Neelay. Pronto estaremos en casa.



El cerebro de Ray Brinkman tarda trece segundos en pasar de la Iluminación

a la rotura del dique de contención.

La televisión del dormitorio retumba con las noticias de la noche. Las fuerzas israelíes están arrancando los olivares palestinos. Desde debajo de la colcha, Ray aprieta el mando a distancia para elevar el sonido y acallar así sus pensamientos. Dorothy está en el baño, preparándose para irse a la cama; sus rituales nocturnos pasan de un ruido a otro: el secador de pelo se convierte en un cepillo de dientes eléctrico que se convierte en agua corriente sobre el lavabo. Para él cada uno de esos sonidos significa «noche», como antaño los lobos o los gritos de los colimbos. Y al igual que las llamadas de esos animales, estos sonidos también desaparecerán.

Ella tarda una eternidad, ¿y para qué? Después de la catástrofe de esta noche... ¿No podría dejar para la mañana siguiente alguno de esos preparativos? Ya estará limpia para dormir y para lo que quiera que traiga la noche, que no será nada peor de lo que ya trajo el día.

Para él nada tiene sentido. Después de esta tarde, es impensable que ella regrese a la cama de sus doce últimos años, pero resulta todavía más impensable que vaya a dormir al final del pasillo, en la habitación que soñaba con convertir en un cuarto infantil. Él destrozará esta cama. Cortará el cabecero de roble tallado y lo echará al fuego. El locutor dice: «Mientras, en otros colegios de Canadá también se están cortando los árboles para proteger las vidas de los niños después de...».

Ray mira la pantalla, pero no sabe qué está mirando. Eso sucede del segundo uno al tres. Piensa, todavía con coherencia: «He sido un hombre que ha confundido lo acordado con lo real. Un hombre que nunca ha dudado que la vida tiene un futuro con sentido. Ahora eso se ha acabado».

Esos pensamientos transcurren en menos de un cuarto de segundo. Cierra los ojos un momento y se ve actuando. Su primera cita. Las brujas le dicen que no se preocupe del mañana. Está fuera de todo peligro hasta que el bosque se levante y avance a lo largo de kilómetros, hasta que los árboles trepen por la ladera de una colina lejana. Está a salvo, a salvo desde ese preciso instante, porque ¿quién va a empujar a un bosque, cómo arranca su raíz el árbol de tierra? «Ya Macbeth en su alto asiento vivirá su arriendo a vida.» Pero a él le dieron otro papel, el de un hombre no parido por mujer, que es capaz de hacer caminar al bosque.

Ray cierra los párpados por una fracción de segundo. En el interior de esas pantallas vivas, observa cómo duermen juntos aquella noche de su primera incursión en el teatro para aficionados. Todos nuestros ayeres, una y otra vez.

La pequeña *lady Macbeth*, con no más de veinticuatro años, tan inquieta en el umbral de la edad adulta. Su nerviosa amiga, a su lado en la oscuridad, asediándolo con una entrevista de trabajo: «¿Qué sientes hacia tus padres? ¿Has tenido alguna vez pensamientos racistas? ¿Has robado alguna vez en una tienda?». Incluso entonces, en esa primera noche, ya imaginó que cuidarían el uno del otro en la vejez. Ambos cumplirían con un designio emitido mucho antes, un plan que prometía explicarse a sí mismo con el transcurso del tiempo. Para siempre. Para siempre jamás.

La profecía era una trampa. Ahora debe levantarse y vivir. Pero ¿cómo? ¿Por qué? Las noticias de la televisión dan paso a una escena estrambótica. Ray la observa entre la niebla: personas encadenadas, la policía levantándolas a la fuerza. El agua deja de correr en el baño. Segundos seis y siete.

Cada pertenencia se convierte en un robo. Esto es lo que le dijo su mujer hace una hora: «¿Crees que todo esto pasará y que volveré a mi sano juicio? ¿Que volveré a ser tu pequeña y rarita Dot?».

Él ha intentado explicarle que lo sabe desde hace meses. Desde hace más de un año. Que sin embargo sigue ahí, que sigue siendo su marido. Puedes salir, entrar, ve con quien te dé la gana. Haz lo que quieras. Pero quédate.

Más que un robo. Un asesinato. «Me estás matando, Ray.»

Él ha intentado recordarle que todavía ha de suceder algo. Existe una razón por la que deben seguir juntos. Lo ha visto claro, es una premonición que lo ha acompañado durante todos estos meses de silencio. Su unión siempre ha tenido un propósito. Se pertenecen el uno al otro.

«Nadie pertenece a nadie, Ray. Tienes que dejarme libre.»

Algo sucede en el baño, un todo que suena como a nada. Dos segundos de silencio y él se aterroriza. Nada tiene sentido. No hay nada que arreglar. Vuelve a mirar la televisión. Personas a quienes les joden los ojos por nada. No tiene sentido.

En los segundos nueve y diez, su cerebro se convierte en un juzgado. Se llena con una idea que tuvo hace meses, una noche que estaba leyendo mientras su legítima esposa estaba fuera dejando que se la cepillaran a escondidas. Una idea que robó de algún libro con derechos de autor por la que ahora debería pagar. El tiempo altera lo que puede poseerse y quién debe ser el poseedor. La humanidad está totalmente equivocada con sus semejantes, pero nadie se da cuenta. Debemos retribuir al mundo por cada idea, por cada cosa que hemos robado.

La gente de la pantalla comienza a gritar. O quizá el sonido provenga de

él, que se observa a sí mismo mientras se pone marrón y se cae. Ella está en la puerta llamándolo a gritos por su nombre. Él mueve los labios, pero no emite ningún sonido.

Es como si tuviera la palabra libro y tú me hubieras puesto uno entre las manos.

Sale de la cama y se pone de pie en el suelo de pino. Su mirada aterriza sobre el torbellino de la madera. Algo se rompe en su cerebro, y todo lo que una vez fue tan seguro como las casas se derrumba como una mina demasiado profunda. La sangre inunda su corteza cerebral. No posee nada. Nada en absoluto, salvo esto.



Cuando Mimi llega el lunes a las siete y media de la mañana, hay un hombre vestido con un traje gris topo de sarga junto a su mesa. De un solo vistazo, ya sabe de quién se trata

—¿Señorita Ma?

Contra su mesa se apoyan unas cajas de cartón planas. El trabajo de ese hombre consiste en ser el primero en llegar, en asegurarse de que no haya problemas. Ya ha desenchufado el ordenador y todos los cables están enrollados sobre la CPU. Los archivos ya hace rato que desaparecieron, se eliminaron mientras ella se tomaba un café y un bollo a un par de kilómetros de allí.

—Me llamo Brendan Smith. He venido para ayudarla a salir de la compañía.

Sabía desde hace días que esto sucedería. Ha aparecido en todas las noticias, intrusión criminal. Aunque sus compañeros ingenieros podrían hacer la vista gorda a una cosa así —al fin y al cabo, la especie está plagada de innumerables fallos de diseño—, ella es también culpable de luchar contra el progreso, la libertad y la riqueza. El patrimonio de su raza. Y eso es algo que en su profesión jamás se perdona.

Mimi se queda mirando a su expulsor profesional hasta que este aparta la vista.

—¿Garreth cree que voy a destrozar la oficina? ¿O que voy a robar secretos internacionales de moldeado cerámico?

El hombre monta una de las cajas.

—Tenemos veinte minutos para llenar las cajas. Solo objetos personales. Haré el inventario de todo lo que quiera llevarse, para que den el visto bueno antes de que usted firme la salida.

—¿Que firme la salida? ¿Que firme la salida?

Le sube la rabia por la garganta, la rabia que ese acompañante privado debe neutralizar, para eso lo han contratado. Se da la vuelta en dirección a la puerta. El chico gris topo la detiene casi a la fuerza.

—Una vez que salga, la oficina quedará precintada.

Vacila y se sienta en su mesa. En la mesa que ya no es suya. Es como si le hubieran gaseado el cerebro. ¿Cómo se atreven? ¿Cómo se atreve nadie? «Los demandaré por todo lo habido y por haber.» Pero ellos tienen de su parte todos los derechos y privilegios de las buenas prácticas. El género humano es malhechor. La ley es delincuente. Sus compañeros pasan por delante de la puerta, aminorando el paso para echar un vistazo al drama antes de escabullirse avergonzados.

Mimi coloca los libros en una caja que su escolta ha montado para ella. Luego mete los cuadernos.

—Las notas no. Los cuadernos son propiedad de la compañía.

Ella reprime las ganas de lanzarle la grapadora. Envuelve las fotos en el papel que le da su escolta y las guarda en la caja. Carmen y su caballo de silla de raza Kentucky mountain. Amelia y los niños en la piscina de Tucson. Su padre de pie en un río de Yellowstone. Sus abuelos en Shanghái, vestidos de domingo, sosteniendo la foto de las niñas americanas que nunca llegarían a conocer.

Rompecabezas hechos con clavos doblados. Carteles graciosos: «LAS REACCIONES SON MÁS SONORAS QUE LAS PALABRAS». «ALGUNOS VEN EL VASO MEDIO LLENO; OTROS, MEDIO VACÍO. UN INGENIERO VE UN RECIPIENTE DE CONTENCIÓN DOS VECES MÁS GRANDE DE LO NECESARIO».

—¿Ha terminado? —dice su encargado personal de jubilación anticipada.

Una maleta cubierta de pegatinas. Un baúl antiguo estarcido con un nombre extranjero.

—Las llaves.

Ella sacude la cabeza y le pasa las llaves de la empresa. Él las tacha de una lista que ella debe firmar.

—Por favor, sígame.

Él lleva las cajas. Ella agarra la maleta y el baúl. En el pasillo, los colegas

curiosos se esfuman. El ayudante suelta las cajas en el suelo y cierra la puerta. Justo cuando suena el cierre de la cerradura, ella se acuerda.

—Mierda. Abra la puerta.

—La oficina está precintada.

—Ábrala.

Le hace caso. Ella vuelve a entrar, se dirige hacia una de las paredes y se sube a una silla. Despega, palmo a palmo, el pergamino de mil doscientos años de los arhats en el umbral de la Iluminación, lo enrolla y se lo guarda. A continuación, sigue a su escolta hasta la entrada principal, pasa por delante de los empleados que durante años la han saludado con afecto y que ahora atienden sus tareas urgentes. Mientras Mimi transporta toda su vida profesional acumulada al aparcamiento, el hombre se apostea en la puerta de la empresa como el ángel en la puerta este del Edén que mantiene alejados a los humanos, recolectores furtivos del único árbol prohibido, para que no regresen al jardín y se coman la otra fruta que lo habría resuelto todo.



Son los únicos animales que saben que los han derribado. Douggie no deja de repetirlo —cerca de la media noche, por encima del estruendo de los himnos *heavy metal* de un bar de carretera lleno de militares fuera de servicio y de otros patriotas armados—: «Ahí es donde empiezan todos los problemas».

—Porque, a ver, ¿para qué te sirve saber que vas a morir? Eres lo bastante listo para darte cuenta de que eres un saco de carne podrida envuelta en una cañería de cloaca que va a fallar dentro de ¿cuánto? ¿Mil amaneceres más?

El compañero filósofo que está sentado a su lado en la barra de madera esmaltada contesta:

—¿Podrías callar la puta boca un rato?

—Ahora piensa: los árboles. Esos tíos saben cosas en una escala y un periodo que nosotros no llegamos ni a...

Un puño sale volando y le golpea a Douglas en el pómulo, con tanta rapidez que es como si se quedara congelado en el sitio. Al caerse de cabeza contra la tarima del suelo y perder el sentido, ni siquiera oye al hombre que, de pie a su lado, le suelta el panegírico.

—Lo siento, pero te lo advertí.

Cuando recupera el conocimiento, su amigo Spinoza hace rato que no está. Se palpa la cabeza y la cara con la punta de los dedos. No falta nada, pero hay algunas zonas blandas que no parecen normales. Estrellas y luces, nubes oscuras y dolor, a pesar de que ha pasado por cosas peores. Deja que la preocupada camarera le ayude a levantarse antes de zafarse de ella.

—La gente no es lo que parece.

Esta vez nadie expresa oposición.

Se sienta en su vehículo, en el aparcamiento del bar, mientras pone en marcha un plan imprevisto. Hasta donde él sabe, no tiene a nadie a quien acudir en busca de ayuda y apoyo, salvo su compañera para salvar al mundo, la mujer que lo ha acompañado en una causa más importante que el simple pavlicekismo condenado a la catástrofe. Ella es la única que sabe guiarlo y darle un propósito a su vida. Aparecer en casa de Mimi a estas horas es franquear una barrera. Aunque ella nunca se lo ha prohibido de forma expresa, seguro que no le hace mucha gracia que vaya a verla de noche. Aun así, ella sabrá cómo arreglar el lío de su cara.

Mimi le habló en una ocasión —durante las tediosas horas que pasaron encadenados a un tramo de carretera que al final resultó que ni siquiera era de interés para las compañías madereras— de sus grandes amores de juventud. De ambos sexos, nada menos. Tras aquella revelación, el peso de una pluma lo habría aplastado. Está completamente a favor de que ella sea quien quiera ser. El mundo depende de muchas especies distintas, y cada una es un experimento demencial. Lo único que desea es que ella le permita alguna vez entrar en su santuario como un confidente fiel, como su sirviente o algo parecido. Desea que ella y quienquiera que sea la persona que ella elija dejen que él los vigile, que cuide de ellos, como un centinela contra el pérfido mundo.

Le cuesta introducir la llave en el contacto. Es probable que no esté en condiciones de manejar maquinaria pesada. Pero tiene la mejilla contusionada y algo le chorrea cerca del ojo. No tiene ningún otro sitio donde acudir, es cierto. Trata de descubrir cómo salir del aparcamiento y tomar la autopista del valle hacia la ciudad, y hacia el amor.

No ve el camión aparcado en el arcén junto al bar. No ve que se acerca por detrás. No ve nada hasta que los dos ojos blancos ocupan todo el espejo retrovisor y la bestia golpea su parachoques trasero. Da una sacudida hacia delante y derrapa. El camión se acerca otra vez y vuelve a embestir. Douglas no puede frenar, ni siquiera es capaz de pensar. Ahora la carretera es cuesta

abajo. Aprieta el pedal, pero el camión sigue pisándole los talones. Al terminar de bajar la colina, cruza un paso de ferrocarril y toma un poco de distancia.

Un cruce se acerca flotando. Vira de golpe hacia la derecha, el doble de rápido de lo necesario para no perder el control. En un eslabon a cámara lenta, la parte trasera de su vehículo gira doscientos setenta grados en el sentido de las agujas del reloj. Cuando consigue detenerse, ya está en la intersección, en perpendicular, mientras el camión maderero vacío sigue por la autopista y su conductor aprieta el claxon con todas sus ganas a modo de despedida.

Douglas, aterrorizado en medio del cruce, deja el coche en punto muerto. Ese ataque le ha afectado más que cualquiera de las cosas que hace la policía. Más que cuando su avión se estrelló. Eso fue solo Dios y Su ruleta habitual. Pero lo de ahora era un hombre con un plan.

Pasa el cruce y continúa por la carretera hacia la ciudad. No aparta la vista del espejo, donde espera reencontrarse en cualquier momento con los faros blancos. Pero llega hasta la urbanización de Mimi sin mayor incidente. En su casa todavía hay luz. Cuando abre la puerta, es obvio que está borracha. Por detrás, el salón está destrozado. Hay un pergamino extendido a lo largo del suelo.

Ella se tambalea y tartamudea:

—¿Qué ha pasado?

Él se toca la cara con gesto de sorpresa. Ya se le había olvidado. Antes de que pueda contestar, ella tira de él para que entre. Y así es como los árboles los llevan por fin a su hogar.



Adam Appich mete el pie derecho en un hueco imaginario y se levanta. Desliza el nudo corredizo de la cuerda y da otro paso con el pie izquierdo. Trata de olvidar cuántos pasos ha dado ya en el aire. Dice para sus adentros: «Yo antes me subía a los árboles continuamente». Pero Adam no está subiéndose a un árbol. Está escalando por el aire, con una cuerda más fina que un lápiz, colgado de un tronco tan ancho que es imposible ver sus dos bordes a la vez. Los surcos de la corteza son más profundos que su mano. Por encima de él, un largo camino marrón se pierde de vista entre las nubes. La

cuerda empieza a girar.

Desde lo alto, una voz grita:

—Espera, no pongas resistencia.

—No puedo hacerlo.

—Claro que puedes. Vas a hacerlo, señor.

Se le llena la garganta de reflujo y de pavor. Palmo a palmo, disminuye el hueco imposible. Cerca de la copa, se atreve a mirar hacia abajo. Dos criaturas arbóreas dicen palabras de aliento que él no oye ni cree. Se agarra a algo sólido, todavía respira. No muy bien, pero respira.

—¿Ves como podías?

Al ver el rostro radiante de la mujer, se pregunta si en realidad no se habrá muerto durante el ascenso. El hombre —con la cara enrojecida y una barba propia del Antiguo Testamento— le pasa una taza con agua. Adam bebe. Tarda un rato en darse cuenta de que va a estar bien. La plataforma que hay bajo sus pies se sacude con el viento. La pareja del árbol se cierne sobre él para ofrecerle arándanos.

—Estoy bien. —Y al cabo de un momento—: Supongo que habría sido más convincente si hubiera dicho esto hace cinco minutos.

La mujer, a la que llaman Cabello de Venus, trepa por una rama hacia la despensa improvisada para buscar una infusión que, según ella, la ayudará a paliar el vértigo. No lleva sujeción alguna. Descalza, a veinte pisos de altura. Adam hunde la cara en una almohada rellena de agujas.

Cuando se siente capaz, mira hacia abajo. Por el bosque se extiende una colcha de retales. Ha atravesado de incógnito la masacre que hay en el monte en compañía de Loki, el mensajero. Pero a vista de pájaro es aún peor. Esa ocupación del árbol, la más prolongada y firme de la zona —impulsada por ese par de sujetos, perfectos para su investigación sobre el idealismo equivocado—, es el último bastión que ha escapado de la tala. Hay bosquecillos desperdigados entre los claros, como los pelos que se deja un adolescente cuando empieza a afeitarse. Tocones frescos por doquier, escoria y restos quemados, desperdicios cubiertos de serrín, troncos dispersos abandonados en barrancos demasiado profundos como para molestarse en recogerlos. Y una arboleda alrededor de este gran árbol al que los ocupantes llaman por su nombre.

El hombre, Guardián, señala varios puntos de referencia.

—Esa capa superficial del suelo se está derrumbando sobre la cuenca del Eel y está acabando con todos los peces hasta el océano. Cuesta acordarse,

pero cuando llegamos, hace diez meses, todo era verde hasta el horizonte. Cuesta mucho intentar ralentizarlo.

Adam no es psicólogo clínico, y las doscientas cincuenta entrevistas realizadas a activistas de toda la Costa Perdida le han quitado cualquier valentía para diagnosticar. Pero cree que Guardián está profundamente deprimido o es un realista reconvertido, una de dos.

Se produce un estallido más abajo, el zumbido de las máquinas pesadas, y Guardián se asoma para ver mejor.

—Allí.

Algo de un amarillo más chillón que el de una babosa banana serpentea por el disperso bosque a un kilómetro de distancia.

—¿Qué tenemos ahí? —pregunta Cabello de Venus.

—Cables para el transporte aéreo de troncos. Un par de grúas manipuladoras de materiales. Puede que para mañana ya estemos acordonados. —Entonces mira a Adam—. Pregunta todo lo que quieras y así podrás bajar esta noche.

—O si lo prefieres, puedes quedarte con nosotros —dice Cabello de Venus—. Te acomodaremos en la habitación de invitados.

Adam no puede responder. La cabeza todavía le da vueltas. Le duele al respirar. Lo único que quiere es volver a Santa Cruz, analizar los datos de los cuestionarios y extraer dudosas conclusiones a partir de estadísticas irrefutables.

—Eres más que bienvenido —le insiste la mujer—. Después de todo, nosotros nos ofrecimos voluntarios solo para unos cuantos días y aquí seguimos, casi un año después.

Guardián sonríe.

—Hay una hermosa frase de Muir que dice: «Solo salí a dar un paseo...».

El contenido de las tripas de Adam sale disparado por el aire a sesenta metros de altura.

Los sujetos están sentados en la plataforma mientras miran el cuestionario y los lápices que Adam les acaba de pasar. Tienen las manos verdes y marrones, con costras de suciedad bajo las uñas. Su olor es tan fuerte y húmedo como el de la secuoya. El examinador los vigila desde la hamaca, que no para de balancearse. Estudia sus caras en busca de muestras del salvacionismo paranoide que ha observado en muchos de los activistas

entrevistados. El hombre: capaz aunque fatalista. La mujer: con un aplomo excesivo para haber recibido tantos palos.

Cabello de Venus pregunta:

—¿Es para tu tesis doctoral?

—Sí.

—¿Cuál es la hipótesis?

Adam lleva tanto tiempo haciendo entrevistas que la palabra le resulta como de otro planeta.

—Cualquier información podría condicionar vuestras respuestas.

—¿Tienes una teoría sobre la gente que...?

—No. Todavía no hay ninguna teoría. Solo estoy recopilando datos.

Guardián se ríe con un monosílabo crispado.

—Pero eso no va así, ¿verdad?

—¿No va cómo?

—El método científico. No puedes reunir datos sin una teoría que te sirva de guía.

—Como ya os he dicho, estoy estudiando los perfiles de personalidad de los activistas medioambientales.

—¿Con una orientación patológica? —pregunta Guardián.

—En absoluto. Solo... Quiero descubrir algo acerca de las personas que..., que creen que...

—¿Que las plantas también son personas?

Adam se echa a reír, y se arrepiente al instante. «Es por la altitud», piensa.

—Sí.

—Esperas que, añadiendo todos esos resultados y efectuando algún tipo de análisis de la regresión...

La mujer le roza el tobillo a su compañero. Él se calla al instante, tan rápido que sin darse cuenta está contestando una de las dos preguntas que a Adam le gustaría colar en el cuestionario. La otra pregunta que no se atreve a hacer es cómo cagan uno delante del otro a sesenta metros de altura.

La sonrisa de Cabello de Venus hace que Adam se sienta fraudulento. Ella es varios años más joven que él, pero también varias décadas más segura.

—Estás estudiando las razones de que algunas personas se tomen en serio a todos los seres vivos mientras para el resto solo importan las demás personas. Pero en realidad deberías estudiar a los que creen que solo importa la gente.

Guardián se echa a reír.

—Y hablar entonces de patología.

Por un instante, el sol se detiene. Luego comienza su suave descenso por el oeste, de vuelta al océano paciente. La luz del mediodía cubre el paisaje de oro y acuarela. California, el Edén americano. Esas últimas reliquias sueltas de bosque jurásico, un mundo único en la Tierra. Cabello de Venus voltea el folleto de las preguntas, a pesar de que Adam les ha dicho que no avancen. Ella sacude la cabeza al leer alguna bobada de la página tres.

—Ninguna de estas preguntas te va a revelar nada importante. Si quieres conocernos, deberíamos hablar, sin más.

—Bueno. —Adam comienza a marearse con el vaivén de la hamaca. No puede mirar a otro sitio que no sean los escasos cinco metros cuadrados que hay debajo de él—. El problema es...

—Necesita datos. Simples cantidades. —Guardián hace un gesto con la mano hacia el sudoeste, hacia la melodía quejumbrosa del progreso cantada por las motosierras—. Completa la analogía: los cuestionarios son a las personalidades complejas lo que los cables transportadores de troncos son a...

La mujer se levanta tan de golpe que Adam está seguro de que se va a caer por el borde. Se inclina hacia un lado mientras Guardián se inclina hacia el otro para compensar. Ninguno es consciente de su maniobra de dobles mixtos. Cabello de Venus se vuelve hacia Adam. Él espera que ella se lance como Ícaro.

—Me faltaron algo así como tres créditos para que me dieran el diploma de Ciencias Actuariales. ¿Sabes lo que son las Ciencias Actuariales?

—Yo... ¿Es una pregunta trampa?

—Es la ciencia que reemplaza la vida humana por su valor en efectivo.

Adam exhala.

—¿Te importaría... sentarte o algo así?

—¡Pero si no hay viento ni nada! De acuerdo, me siento si me dices una cosa.

—De acuerdo, pero por favor...

—¿Qué puedes averiguar sobre nosotros mediante un examen que no vayas a averiguar mirándonos a los ojos y preguntándonos?

—Quiero saber... —Va a estropear el cuestionario. Va a influir sobre ellos de tal modo que invalidará cualquier respuesta. Aunque, en cierto modo, encima de este tallo de judía gigante y milenario, ya todo le da igual. Quiere hablar, algo que llevaba mucho tiempo sin querer hacer—. Muchas pruebas

sugieren que la lealtad de grupo interfiere con la razón.

Cabello de Venus y Guardián intercambian sonrisas de complicidad, como si les acabaran de decir que la ciencia ha probado que la atmósfera está compuesta en su mayor parte por aire

—La gente «crea» la realidad. Presas hidroeléctricas. Túneles submarinos. Transporte supersónico. Es difícil luchar contra eso.

Guardián sonríe, cansado.

—No creamos la realidad. Solo la eludimos. Eso es todo. Saqueamos el capital natural y ocultamos los costes. Pero pronto nos pasarán la factura, y no podremos pagarla.

Adam no sabe si sonreír o asentir. Solo sabe que estas personas —los pocos que quedan inmunes a la realidad consensual— tienen un secreto que él necesita comprender.

Cabello de Venus inspecciona a Adam como si lo mirara a través del espejo de doble cara de un laboratorio.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Lo que quieras.

—Es una pregunta simple. ¿Cuánto tiempo crees que nos queda?

Adam no lo entiende. Mira a Guardián, pero él también espera una respuesta.

—No lo sé.

—Dinos de corazón: ¿cuánto crees que nos queda antes de que destruyamos por completo todo lo que nos rodea?

Las palabras de Cabello de Venus avergüenzan a Adam. Es una pregunta de residencia universitaria. De bar un sábado por la noche. Ha dejado que la situación se le escape de las manos, y nada de esto —la incursión en propiedad privada, la subida al árbol, esta conversación confusa— merece la pena para obtener dos bloques de datos extra. Aparta la mirada de las secuoyas devastadas.

—En serio, no lo sé.

—¿Crees que los seres humanos utilizan los recursos más rápido de lo que el mundo tarda en reemplazarlos?

La pregunta parece tan alejada de cualquier tipo de cálculo que resulta absurda. Después, un pequeño atasco se despeja en su interior, y parece como si se quitara una venda de los ojos.

—Sí.

—¡Gracias! —Ella está encantada con el progreso de su alumno. Adam le

devuelve la sonrisa. Cabello de Venus sacude la cabeza hacia delante y levanta las cejas—. ¿Y dirías que el ritmo aumenta o disminuye?

Adam ha visto las gráficas, como todo el mundo. Esto no ha hecho más que empezar.

—Es muy simple —dice ella—. Resulta obvio. El crecimiento exponencial dentro de un sistema finito conduce al colapso. Pero la gente no lo ve. De manera que la autoridad de la gente está en quiebra. —Cabello de Venus lo mira fijamente con una mezcla de interés y compasión. Adam solo quiere que la cuna deje de oscilar—. ¿Estamos de acuerdo entonces en que es una casa en llamas?

Encogimiento de hombros. Labios apretados.

—Sí.

—Y tú quieres observar al puñado de personas que están gritando «¡Apagad el fuego!» mientras todos los demás observan el incendio tan panchos.

Hace un minuto esta mujer era el sujeto del estudio observacional de Adam. Ahora él quiere confesarse ante ella.

—Eso tiene un nombre, lo llamamos «efecto espectador». Hace tiempo dejé morir a un profesor porque nadie en toda la clase se levantó. Cuanto mayor sea el grupo...

—¿... más cuesta gritar «¡Fuego!»?

—Porque si hubiera un problema de verdad, sin duda alguien...

—... un montón de gente ya habría...

—... de entre los seis mil millones...

—¿Seis mil? Ya son siete mil. Quince mil dentro de unos cuantos años. Pronto nos estaremos comiendo dos tercios de la productividad neta del planeta. La demanda de madera se ha triplicado en el transcurso de nuestra vida.

—No puedes pisar el freno cuando estás a punto de chocarte contra un muro.

—Es más fácil cerrar los ojos.

El gruñido lejano se interrumpe y vuelve a ser audible en la quietud. A Adam todo ese estudio comienza a parecerle una distracción. Necesita investigar la enfermedad a una escala inimaginable, una enfermedad que ningún espectador sería capaz de ver o de reconocer.

Cabello de Venus rompe el silencio.

—No estamos solos. Hay otros que intentan alcanzarnos. Los oigo.

A Adam se le eriza todo el vello desde la nuca hasta la curva lumbar. Es muy velludo. Pero la señal resulta invisible, se perdió en la evolución.

—¿A quién oyes?

—No lo sé. Los árboles. La fuerza de la vida.

—¿Quieres decir que hablan? ¿En voz alta?

Ella acaricia una rama como si fuera una mascota.

—No, en voz alta no. Es algo parecido a un coro griego dentro de mi cabeza. —Mira a Adam con un rostro tan claro como si acabara de pedirle que se quedara a cenar—. Me morí. Me electrocuté en la cama. Se me paró el corazón. Luego regresé y empecé a oírlos.

Adam se vuelve hacia Guardián para obtener alguna muestra de cordura. Pero el profeta barbudo lo único que hace es arquear las cejas.

Cabello de Venus da un golpecito en el cuestionario.

—Supongo que ya tienes la respuesta a lo de la psicología de los salvadores del mundo.

Guardián toca el hombro de la chica.

—¿Qué locura es mayor, que las plantas hablen o que los humanos escuchen?

Adam ya no oye. Está sintonizando con algo que lleva mucho tiempo oculto a la vista. Dice, a nadie en concreto:

—A veces hablo en voz alta con mi hermana, que desapareció cuando yo era pequeño.

—Ah, muy bien. ¿Podemos estudiarte entonces?

Una verdad se dirige hacia él, una verdad que su disciplina nunca hallará. La conciencia en sí misma no es más que una cualidad de la locura, en comparación con los pensamientos del mundo vegetal. Adam extiende las manos para sujetarse y roza una ramita que se balancea. Una criatura que podría quererlo muerto lo sostiene y lo eleva por encima de la superficie lejana. El cerebro le da vueltas. El árbol lo ha drogado. Está girando de nuevo en una cuerda del ancho de una rama de enredadera. Se fija en el rostro de la mujer como si un último acto desesperado de lectura de la personalidad aún pudiera protegerle.

—¿Qué..., qué dicen? Los árboles.

Ella intenta explicárselo.

* * *

Mientras hablan, la guerra avanza hacia el desagüe más próximo. La fuerza de cada nueva caída destroza a Adam y deja huella entre los gigantes que quedan. Nunca imaginó esa violencia, como un rascacielos que se derrumba. El aire se llena de agujas y madera pulverizada.

—Las zonas de caída son devastadoras —dice Cabello de Venus—. Arrasan el terreno de alrededor con los *bulldozer* para que los árboles no se rompan al caer. Eso destroza el suelo.

Un árbol tan ancho como la altura de Adam se desgarrar y cae sobre la pendiente que hay más abajo. En el lugar del choque, la tierra se licua.

A última hora de la tarde divisan a Loki a lo lejos, que se acerca por un bosque destruido, justo a tiempo para sacar al psicólogo de las tierras de Humboldt. Pero en su forma de andar hay algo que indica que la misión ha cambiado. En la base del árbol, grita para que le lancen la cuerda y el arnés.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Guardián.

—Ahora os lo cuento allí arriba.

Le hacen hueco en la copa. Está pálido y respira con dificultad, pero no es por la subida al árbol.

—Madre N. y Moisés.

—¿Otra paliza?

—Están muertos.

Cabello de Venus suelta un grito.

—Alguien ha puesto una bomba en la oficina. Ellos estaban dentro redactando un discurso para la acción en la Comisión Forestal. La policía dice que han sido ellos mismos al manipular explosivos almacenados. Acusan a la FDV de terrorismo nacional.

—No —dice Cabello de Venus—. No, por favor, esto no.

Se produce un largo silencio que no es silencio. Guardián habla.

—¡Madre N. terrorista! ¡Si no me dejaba ni poner clavos en los árboles porque decía que el leñador después podía hacerse daño con la sierra!

* * *

Cuentan historias sobre los dos fallecidos. Cómo los entrenó Madre N. Cómo Moisés les pidió que continuaran con la ocupación de Mimas. Un

funeral a sesenta metros de altura. Adam recuerda algo que aprendió en la facultad: la memoria es siempre una colaboración continua.

Loki desciende, ansioso por regresar con los plañideros de tierra firme.

—No se puede hacer nada, pero al menos lo haremos juntos. ¿Vienes? — le pregunta a Adam.

—Si te quedas, estaremos encantados —dice Cabello de Venus.

El investigador se queda en la hamaca oscilante con miedo a mover un dedo.

—Me gustaría ver la oscuridad desde aquí arriba.

Esta noche la oscuridad es extensa y merece la pena observarla. También olerla: el hedor de las esporas y las plantas podridas, del musgo que trepa por todas las cosas, del mantillo creado incluso aquí, a tanta altura de la Tierra. Cabello de Venus prepara alubias blancas en el hornillo. Es la mejor comida que Adam ha probado desde que llegó al campo. La altitud ya no le incomoda tanto ahora que no se ve el suelo.

Las ardillas voladoras aparecen para inspeccionar al recién llegado. Está satisfecho, es un estilista posado en lo alto del cielo nocturno. Guardián dibuja en un cuaderno junto a la luz de una vela. Cada cierto tiempo le enseña sus dibujos a Cabello de Venus.

—Ay, sí. Son ellos, ¡clavados!

Hay sonidos en todas direcciones, a mil volúmenes distintos, moderado y suave. Un ave que Adam no sabe identificar y que bate las alas en la negrura. Riñas airadas de mamíferos invisibles. Los crujidos de la madera de esta casa elevada. Una rama cae al suelo. Otra más. Una mosca se pasea por los pelillos de su oreja. Su propia respiración le resuena dentro del cuello. La respiración de los otros dos, dispatadamente cerca en este pueblo entre las nubes, celebrando su oficio silencioso. A Adam le sorprende la proximidad que existe entre comodidad y terror. La mujer se agarra al artista, que aprovecha la poca luz que queda. Bajo el brillo de la vela, se vislumbra un retazo de hombro desnudo y hermoso. Parece cubierto de pelo o de plumas. Después, la mancha de tinta se fracciona en cinco palabras.

* * *

Se despiertan con los bramidos de alrededor. Los hombres que merodean justo por debajo y los que se encuentran un poco más lejos, entre las pilas de troncos desechados, coordinan sus labores a través de los *walkie-talkies*.

—¡Oye! —les grita Cabello de Venus—. ¿Qué pasa ahora?

Un leñador levanta la vista.

—Mejor que salgáis de aquí cagando leches. Os vais a cagar cuando lleguen.

—¿Cuando lleguen quiénes?

Se oye un ruido estático por el *walkie-talkie*. El aire se tensa y zumba. Hasta la luz del día comienza a vibrar. Desde el horizonte se acerca un sonido atronador.

—No será... No pueden —dice Guardián.

Un helicóptero se acerca desde una colina cercana. Al principio es de juguete, pero medio minuto más tarde el árbol entero retumba como un tantán. El monstruo vira. Adam se aferra a su hamaca. Una ráfaga de aire le devuelve las palabrotas que acaba de susurrar mientras el enfurecido avispón yergue la cola y ataca.

El viento azota el árbol, una corriente ascendente frenética que después desciende. Las copas de las secuoyas se vuelven de goma y las ramas fustigan el dosel arbóreo. Guardián busca la videocámara en la despensa, mientras Cabello de Venus agarra una rama rota del tamaño de un bate de béisbol. Trepa por la zona más próxima al atacante. Adam grita:

—¡Vuelve! ¡Vuelve!

Los rotores desintegran sus palabras.

La mujer se agarra con los pies descalzos a una rama, que, pese a su gran tamaño, se sacude como si fuera de goma dentro de este tifón invertido. El helicóptero se inclina, se expande, y ella se encuentra cara a cara con la máquina, que la olisquea. Cabello de Venus se balancea en la rama con una sola mano. Guardián se acerca por detrás para grabar.

El helicóptero es grande, con una cabina del tamaño de una casa. Sería capaz de levantar un árbol más antiguo que Estados Unidos y trasladarlo por el cielo. Sus palas agitan el aire alrededor de la chica suspendida. Dentro de la cápsula de fibra de vidrio hay dos humanos, cubiertos con viseras y cascos, que hablan con algún jefe lejano por unos minúsculos micrófonos.

Adam se fija en ese objeto de película supertaquillera. Nunca había estado tan cerca de algo tan grande y malévolo. Mira el millón de piezas que lo componen —ejes, palancas, palas, placas, piezas con nombres desconocidos

—, cuyo ensamblaje va más allá de cualquier poder humano, por no hablar de su diseño. Y sin embargo, seguro que hay miles de aparatos como ese en manos de industrias de todos los continentes. Decenas de miles, armados y blindados, dispersos por los numerosos arsenales del planeta. El ave rapaz más común del mundo.

Las ramas se quiebran y el aire se llena de broza. De la bestia brotan emanaciones de combustible fósil quemado que huelen a plataforma petrolífera quemada. A Adam ese hedor le provoca arcadas. El rugido le agujerea los tímpanos y aniquila cualquier pensamiento. La mujer ondea en su rama como una banderola; después, arroja el palo y espera. Con el vendaval artificial, su compañero pierde por un momento la estabilidad y pierde la cámara, que se le cae al suelo y se hace añicos. Una voz metálica, amplificadora a gran escala, brota del helicóptero.

—Desalojen el árbol inmediatamente.

La mujer empieza a temblar. No aguantará mucho más tiempo. Mimas se estremece. En contra de su buen juicio, Adam mira hacia abajo. Unos *bulldozer* del color de la bilis están arremetiendo contra la base del árbol. Hombres, motosierras y máquinas preparan una zona de caída junto a las raíces de Mimas. A continuación mira a Guardián, que señala hacia otro grupo de personas que trabajan en la base de una secuoya a sesenta metros de distancia. Pretenden derribarla y que caiga al lado de Mimas. Cabello de Venus saca la pierna por fuera de la rama que la sostiene. El helicóptero grita:

—¡Desciendan ahora mismo!

Adam chilla y agita los brazos. Dice cosas que ni siquiera él oye en medio del caos.

—¡Parad! ¡Idos a la mierda!

No va a ser un espectador de su propia muerte.

El helicóptero aguarda unos instantes y luego se separa del árbol. Una voz sale del altavoz:

—¿Estáis listos?

—Sí —grita Adam.

Su respuesta saca a Guardián de su trance. Mira a Cabello de Venus, que se aferra a la rama entre sollozos. No queda más camino que la cordura. Guardián hace una señal con la cabeza, y la ocupación concluye. Por debajo de ellos, el capataz que prepara la zona de caída consulta por *walkie-talkie* a su red invisible. Un nuevo mensaje del helicóptero:

—Descenso confirmado. Desalojen ahora.

El objeto volador se levanta por el aire y se da la vuelta. El viento amaina. El ruido desafiante se desvanece y deja tras de sí paz y derrota.

Descienden con los arneses: el psicólogo aterrorizado, el artista estoico y la profeta, cuyo rostro, a lo largo de los sesenta metros de cuerda, es pura confusión. Los detienen y los conducen por la ladera desfigurada hacia el camino forestal, que ya casi alcanza la base de Mimas. Se sientan sobre el barro y esperan a la policía durante horas. Después, unos agentes los meten con brusquedad en la parte trasera de un coche patrulla.

La carretera forestal serpentea por el barranco. Los tres prisioneros miran hacia atrás para ver el perfil de ese gran árbol, la mitad de antiguo que el cristianismo, contra la montaña desnuda. Una voz más baja que el zumbido del helicóptero dice algo que ninguno oye, ni siquiera Cabello de Venus.



Mientras arrestan a los prisioneros, Patricia Westerford abre negociaciones con un consorcio de cuatro universidades para establecer un banco global de germoplasma: Semillero. Tras la firma de varios papeles oficiales, Semillero se convierte en una persona jurídica.

—Ya era hora de que preserváramos las decenas de miles de especies arbóreas que van a desaparecer en el transcurso de nuestra vida —explica la doctora Westerford al público que acude a sus charlas, de entre el cual debe recaudar los fondos para el sistema de climatización, las cámaras de alta tecnología y el personal cualificado.

Las palabras salen de sus labios sin rodeos. Dentro de dos meses, se dirigirá al sur para una primera exploración en la cuenca del Amazonas. Otras doscientas cincuenta mil hectáreas de bosque habrán desaparecido antes de que ella llegue. Y cuando vuelva, Dennis le tendrá el almuerzo preparado.

Mientras los prisioneros fingen dormir, Neelay Mehta disfruta de las primeras horas de creación. Desde la cama de su oficina, envía una circular sobre la naturaleza de *Destino* 8 a los duendes de *Sempervirens*:

¿Qué haría que varios millones de jugadores fueran incapaces de

abandonar el juego? El lugar tiene que ser más completo y prometedor que la vida a la que regresan cuando se desconectan... Imaginemos a millones de usuarios enriqueciendo el mundo con cada una de sus acciones. Ayudémosles a construir una cultura tan bella que, en caso de perderla, les rompiera el corazón.

En la otra punta del país, una mujer comienza su propia condena. La inundación del cerebro de su marido la inunda a ella también. Llama al teléfono de urgencias. Atraviesa la noche cálida en ambulancia. En el hospital, firma el consentimiento que dice que la informarán, aunque nunca se volverá a sentir informada. Después de la primera operación, se acerca a ver al hombre. Lo que queda de Ray Brinkman yace sin actividad sobre una cama regulable. Le han quitado la mitad del cráneo y le han tapado el cerebro con una solapa de cuero cabelludo. Le salen tubos por todas partes. Su cara está congelada por el terror.

Nadie puede decirle a Dorothy Cazaly Brinkman cuánto tiempo estará así. Una semana. Otro medio siglo. Durante esas primeras noches en vela en la sala de cuidados intensivos, no dejan de pasársele cosas terribles por la cabeza. Se quedará a su lado hasta que se estabilice. Luego, tendrá que salvarse a sí misma.

Oye una y otra vez las palabras que le gritó horas antes de que el cerebro se le hundiera. «Se acabó, Ray. Se acabó. Hemos terminado. No eres mi responsabilidad. No nos pertenecemos el uno al otro, nunca fue así.»

En la cárcel, en la litera de arriba entre sueños intermitentes, Adam ve grandes secuoyas que explotan como cohetes en sus plataformas. Su estudio está intacto —todos los cuestionarios con datos recopilados durante meses—, pero él no. Ha comenzado a ver ciertas cosas sobre la fe y la ley que se escondían tras la envergadura del sentido común. La cárcel sin lectura de cargos le ayuda a ver con más claridad.

—Ya conoces su juego —le dice Guardián—. No quieren asumir los costes ni la publicidad que les supondría meternos en la cárcel, pero se sirven del sistema legal para hacernos todo el daño posible.

—¿No hay una ley...?

—Sí que la hay. La están incumpliendo. El plazo máximo para mantenernos aquí sin cargos es de setenta y dos horas. Se cumplió ayer.

Adam recuerda de dónde procede la palabra *radical*. *Radix*. Raíz. El cerebro de la planta, el cerebro del planeta.

Durante la cuarta noche en la celda, Nick sueña con el castaño de la familia Hoel. Lo ve revelar, treinta y dos millones de veces acelerado, su plan invisible. Sobre el delgado colchón de su catre, recuerda el modo en que el árbol agitaba y extendía los brazos a cámara lenta, el modo en que esos brazos analizaban, exploraban, se orientaban hacia la luz y escribían mensajes en el aire. En su sueño, los árboles se ríen de él. *¿Salvarnos? Menuda cosa tan humana*. Hasta su risa dura años.

Mientras Nick sueña, también lo hace el bosque, los novecientos tipos de bosque identificados por el hombre. Cuatro mil millones de hectáreas, desde los boreales hasta los tropicales, la principal forma de vida de la Tierra. Y mientras el bosque del mundo sueña, la gente se reúne en un bosque público de un estado del norte. Cuatro meses antes, el fuego arrasó cuatro mil hectáreas de un lugar llamado Deep Creek, uno de los muchos incendios provocados que se producen al año. El Servicio Forestal se apresuró a rescatar y vender la madera que quedó ligeramente estropeada. Nunca encontraron al pirómano. Nadie tiene interés en dar con él, salvo unos cientos de propietarios del bosque que se reúnen en esas arboledas de oferta. La pancarta de Mimi dice: «NO MÁS ÁRBOLES QUEMADOS»; la de Douglas: «¿QUÉ DIRÍA EL OSO SMOKEY?».

Adam, Nick y Olivia permanecen encerrados sin cargos durante dos días más de lo establecido por la ley. Los amenazan con una docena de acusaciones que desaparecen de la noche a la mañana. Cuando los sueltan, los dos hombres van a buscar a Cabello de Venus. A través de la alambrada, ven cómo se acerca por el ala de las mujeres con sus cosas envueltas en un hatillo. Y al momento está saltando encima de ellos para abrazarlos. Retrocede y entorna los ojos verdes de fuego.

—Quiero verlo.

Se montan en el coche de Adam, que para él es como si le perteneciera a otra persona. Los leñadores se han ido, ya no queda nada que talar. Hace tiempo que se marcharon a otros bosques. Su ausencia es evidente desde un

kilómetro antes. Donde había una marea verde de texturas que se podían contemplar durante todo el día, ahora solo hay azul. El árbol que le prometió a Cabello de Venus que nadie sufriría daños ya no está.

«Ahora —piensa Adam— es cuando se descompensará. Se pondrá furiosa.»

En la base del árbol, y embargada por la sorpresa, extiende el brazo para tocar la prueba final.

—¡Mirad! Hasta el tocón es más alto que yo.

Acaricia el borde del asombroso corte y rompe a llorar. Nick se acerca tambaleante, pero ella lo aparta. Adam debe observar cada uno de sus horribles espasmos. Hay consuelo que ni el amor humano más fuerte es capaz de proporcionar.



—¿Dónde iréis ahora? —pregunta Adam, delante de un desayuno de huevos en un bar de carretera.

Cabello de Venus observa a través del cristal los sicomoros de California que crecen en la acera. Guardián sigue su mirada.

Estos también barren el aire con los dedos. Se agitan y se estiran como un coro de góspel.

—Nos vamos al norte —contesta ella—. Hay movimiento en Oregón.

—Comunidades de resistencia —añade Guardián—. Están por todas partes. Podemos servir de ayuda.

Adam asiente. Se acabó la etnografía.

—¿Eso te lo han... contado ellos? ¿Las... voces esas?

Ella suelta una carcajada.

—No. La ayudante del *sheriff* me prestó su minirradio; creo que yo le gustaba. Podrías venir con nosotros.

—Bueno, tengo que terminar la investigación. Mi tesis.

—Trabaja desde allí. Habrá un montón de las personas que te interesan para tu estudio.

—Idealistas —puntualiza Guardián.

Adam no entiende eso último. En algún momento de su estancia en el árbol o en la celda ha perdido la habilidad para diferenciar el sarcasmo de la

literalidad.

—No puedo.

—Bueno, si no puedes, no puedes. —Tal vez esté siendo empática; tal vez le esté dando una patada letal—. Nos veremos por allí cuando decidas venir.

Adam se lleva esa maldición a Santa Cruz. Se pasa semanas trabajando con los datos. Casi doscientas personas han contestado las doscientas cuarenta preguntas del Inventario de Personalidad NEO Revisado. También han rellenado un cuestionario adaptado que comprueba diferentes creencias, como las ideas sobre el derecho de las personas a disponer de los recursos naturales, el ámbito del ser humano y los derechos de las plantas. La digitalización de los resultados es pan comido. Introduce los datos en varios programas de análisis.

La profesora Van Dijk echa un vistazo.

—Buen trabajo. Te ha llevado bastante tiempo. ¿Ha sucedido algo interesante durante la recogida de datos?

Algo ha sucedido con la libido de Adam mientras estaba fuera. La profesora Van Dijk ya no está tan buena como antes. Además, ahora le resulta como de otra especie.

—¿Cinco días en la cárcel cuentan como algo interesante?

Ella cree que está de broma. Él deja que lo siga creyendo.

Los datos reflejan ciertas tendencias en el carácter de los ecologistas radicales. Valores fundamentales, sentido de identidad. Los resultados de cuatro de los treinta factores de la personalidad medidos en el inventario NEO resultan suficientes para predecir, con una exactitud formidable, si una persona creerá o no que «un bosque merece protección independientemente del valor que tenga para los humanos». Le gustaría hacer él mismo el examen, aunque ya no revelaría nada.

De regreso a su apartamento después de diez horas en el laboratorio de informática, Adam enciende la televisión. Guerras de petróleo y violencia sectaria. Es demasiado temprano para pensar en dormir, pese a que es lo único que desea. Sigue en el aire, a veinte pisos de altura, sostenido por un árbol inexistente, mientras escucha los crujidos de esa casa elevada y las llamadas de unas aves que le gustaría saber nombrar. Trata de leer una novela, algo sobre personas privilegiadas en lugares exóticos que no

consiguen llevarse bien entre ellas. Lanza el libro contra la pared. Algo se ha roto en su interior. Sus ansias por el egoísmo humano han muerto.

Decide ir al lugar de reuniones favorito de los doctorandos, donde consume cinco cervezas, noventa y seis decibelios de ritmo a todo volumen y cien minutos de baloncesto sinusoidal en pantalla gigante acompañado de veinte amigos instantáneos. Al salir de su envoltorio de diversión, se recompone en el aparcamiento del bar. No está tan colocado como para pensar que puede conducir, aunque no tiene otro modo de llegar a casa.

Del edificio brotan ráfagas de risas simuladas mientras una procesión de coches deportivos recorren la carretera de Cabrillo. Una mujer grita desde debajo de una farola, a nadie en particular: «¡Qué gilipollas he sido al intentar comprenderte!».

En la avenida hay un tropel de gente esperando para entrar en una fiesta nocturna privada; al verlos, Adam siente unas ganas irrefrenables de unirse a ellos. Otra irracionalidad humana que conoce a la perfección, aunque ahora no recuerde su nombre debido al alcohol. Camina media manzana más, impulsado por una tremenda ola que se retroalimenta y que no desprende más que negación: burbujas, genocidios, cruzadas, obsesiones desde las pirámides hasta las mascotas de piedra. Engaños desesperados de una cultura de la que despertó una vez, durante una breve noche por encima de la Tierra.

Al llegar a la esquina, se apoya en una farola. Una idea trata de brotar de su interior, algo que lleva sintiendo mucho tiempo, pero que nunca ha sido capaz de formular. Casi toda la necesidad está creada por un comité reflejo, fantasmal y democrático cuya función es convertir las carencias de cada temporada en las ventas de saldo de la siguiente. Se topa con un parque lleno de gente comerciando con la excitación y la noche. El aire apesta un poco a toallitas húmedas, a hierba y a sexo. Hambrientos por todas partes, donde el único alimento es la sal.

Algo duro le golpea la cabeza, cae al suelo y rueda un par de metros. Se agacha en la oscuridad para ver de qué se trata. El culpable se encuentra en la hierba, un misterioso botón de calidad industrial con una X perfecta grabada en su cara plana y circular. Parece diseñado para ser abierto con un gran destornillador y tiene cierto aire *steampunk*: ingenioso, victoriano, fabricado con esmero. Pero está hecho de madera.

Es demasiado extraño para explicarlo con palabras. Lo examina durante un minuto, mientras aprende, una vez más, que no sabe nada. Nada más allá de los que son como él. Levanta la vista hacia las ramas de un esbelto

eucaliptus, del que ha caído el misterioso objeto. El grueso tronco ha comenzado el estriptis característico de su especie. Unos fajos de corteza fina que se acumulan en la base han dejado al árbol tan blanco que resulta obscuro.

—¿Qué? —le pregunta al árbol—. ¿Qué?
El árbol no tiene necesidad de responder.



Los doce kilómetros de carretera del Servicio Forestal son tan magníficos que le asustan. Adam sigue por el terreno talado, sube entre coníferas centinelas: píceas, tsugas, abetos de Douglas, tejos, cedros rojos y tres tipos distintos de abetos auténticos, aunque para él todo son pinos.

Una beca de investigación de un año para completar la tesis —un regalo de los dioses— y así es como la disfruta. La mochila le pesa sobre las caderas. Por encima de él, en el cielo azul, el sol actúa como si nunca fuera a ocultarse, pero el aire fresco y las sombras tempranas de los montes anuncian lo que está por venir. Unas cuantas semanas más y la tesis estará acabada. Pero antes toca un poco de investigación discrepante.

El noroeste posee más kilómetros de camino forestal que de autopista; más kilómetros de camino forestal que de río. Son tantos kilómetros que se podría rodear la tierra doce veces. La tala de estas zonas de explotación deduce impuestos; las ramas crecen más rápido que nunca, como si hubiera llegado la primavera. Las curvas del carril por fin se ensanchan y el asentamiento aparece ante sus ojos. Junto al borde del campamento, un montón de gente colorida, sobre todo jóvenes, tal vez un centenar de ellos, prepara la última batalla. Adam se acerca; el trabajo ahora parece más claro. Cavan zanjas. Montan un puente levadizo de manera anárquica. Levantan palizadas con la madera que encuentran. Delante del foso de la entrada, frente al carril agujereado, una pancarta anuncia:

BIORREGIÓN LIBRE
DE CASCADIA

De las palabras brotan tallos y zarcillos, y hay pájaros posados en la

vegetación. Adam reconoce el estilo, conoce al artista. Atraviesa la fortaleza de juguete a través del puente levadizo que cruza la zanja a medio hacer. Justo después, tumbado en medio del carril, hay un hombre vestido de camuflaje, con una coleta y calvicie incipiente. Tiene el brazo derecho estirado a lo largo del cuerpo, como si fuera un buda reclinado. El brazo izquierdo desaparece en un agujero cavado en la tierra.

—¡Bienvenido, bípedo! ¿Has venido a ayudar o a incordiar?

—¿Estás bien?

—Me llamo Abeto de Doug. Estoy probando una nueva medida de seguridad. Ahí abajo hay un bidón de dos metros lleno de hormigón. ¡Si quieren sacarme, me tendrán que arrancar el brazo!

Desde un nido en lo alto de un trípode construido con troncos, en medio del carril, una mujer bajita con el pelo oscuro y de una etnia ambigua grita:

—¿Va todo bien?

—Esa es Moral. Cree que eres un *freddie*.

—¿Qué es un *freddie*?

—Solo quería asegurarme —dice Moral.

—Los *freddies* son los federales.

—No creía que fuera un *freddie*. Solo quería...

—Será por la camisa y los pantalones de pinzas.

Adam levanta la vista hacia el nido de la mujer. Ella explica:

—No podrán bajar los equipos por aquí sin derribar esto y matarme.

El hombre del brazo enterrado chasca la lengua.

—Los *freddies* no harán eso. Creen que la vida es sagrada. La vida humana, quiero decir. La cima de la creación y esas historias. Sentimentales. Es su único punto débil.

—Y si no eres un *freddie*, ¿quién eres?

A Adam se le viene algo a la cabeza que llevaba décadas sin pensar.

—Soy Arce.

Moral le lanza una sonrisa algo torcida, como si viera en su interior.

—Bien. Todavía no tenemos ningún Arce.

Adam mira hacia lo lejos y se pregunta qué sería de aquel árbol. Su *alter ego* del jardín.

—¿Conocéis a un hombre llamado Guardián o a una mujer llamada Cabello de Venus?

—Claro, coño —dice el hombre encadenado a la Tierra.

La mujer del trípode sonríe.

—Aquí no tenemos líderes. Pero los tenemos a ellos.

Los viejos compañeros criminales saludan a Adam como si supieran que iba a llegar. Guardián lo agarra de los hombros. Cabello de Venus le da un largo abrazo.

—Qué bien que hayas venido. Nos vas a ser muy útil.

Han cambiado de un modo tan sutil que ningún test de personalidad podría cuantificarlo. Más sombríos, más decididos. La muerte de Mimas los ha comprimido, como un esquisto convertido en pizarra. Al ver su transformación, Adam lamenta no haber escogido otro tema para su investigación. La resiliencia, la inmanencia, el numen: cualidades que su disciplina no consigue medir bien.

Ella lo agarra de la cintura.

—Nos gusta celebrar una pequeña ceremonia cuando llega gente nueva.

Guardián se fija en la mochila de Adam.

—Porque te vas a quedar, ¿no?

—¿Una ceremonia?

—Algo simple. Te gustará.

Ella tiene razón a medias: la ceremonia es simple. Tiene lugar por la tarde, en un prado extenso detrás del muro. La Biorregión Libre de Cascadia se reúne con sus mejores galas. Decenas de personas con telas de cuadros y ropa *grunge*. Faldas *hippies* vaporosas de flores combinadas con chalecos de lana. No todos son jóvenes. Hay un par de abuelas robustas en pantalón de chándal y chaqueta de punto. Un antiguo pastor metodista preside la ceremonia: un octogenario con una cicatriz en el cuello, recuerdo de cuando se ató a un camión maderero.

Comienzan cantando canciones. Adam reprime su aversión al canto virtuoso. Las almas naturales y greñudas, con sus tópicos, le provocan náuseas. Se siente avergonzado, la misma vergüenza que experimenta al recordar su niñez. La gente se turna para hacer públicos los desafíos de la jornada y sugerir remedios. A su alrededor se despliegan los llamativos colores de una democracia *ad hoc*. Quizá esté bien. Quizá la extinción en masa justifique un poco de confusión. Quizá la formalidad ayude a su propia especie dañada tanto como cualquier otra cosa. ¿Quién es él para decidirlo?

El antiguo pastor dice:

—Te damos la bienvenida, Arce. Esperamos que te quedes aquí hasta que estimes oportuno. Te ruego que, si es de corazón, repitas conmigo estas palabras. «De hoy en adelante...»

—De hoy en adelante... —Resultaría difícil no repetir las, con tanta gente mirando.

—«... me comprometo a respetar y defender...»

—... me comprometo a respetar y defender...

—«... la causa común de los seres vivos».

No son las palabras más destructivas ni las más lamentables. Unas palabras que una vez anotó retumban en su cabeza. «Algo está bien..., algo está bien cuando tiende...» Pero no recuerda cómo seguía. Estallan los aplausos con su eco final. Ahora se disponen a preparar una hoguera. El fuego es alto, vasto y naranja, y la madera carbonizada huele como en su infancia.

—Eres psicólogo —le dice Mimi al recluta—. ¿Cómo podemos convencer a la gente de que tenemos razón?

El flamante cascadiano muerde el cebo.

—Los mejores argumentos del mundo no van a cambiar la mente de una persona. Lo único que puede hacerlo es una buena historia.

Cabello de Venus cuenta una historia que todos los presentes se saben de memoria. Primero se murió y no había nada. Luego regresó y había de todo, con seres de luz que le decían que los productos más asombrosos en cuatro mil millones de años de vida necesitaban su ayuda.

Un anciano klamath con el pelo largo gris y unas gafas como las de Clark Kent asiente. Toma la palabra para la bendición. Canta antiguos himnos y enseña a todos varias palabras en klamath-modoc.

—Todo lo que está pasando ya se sabía. Nuestro pueblo predijo hace mucho tiempo la llegada de este día. Contaban que el bosque estaría a punto de morir cuando los humanos recordaran de pronto al resto de su familia.

Y durante media noche, los personajes permanecen alrededor del fuego, riendo, escuchando, susurrando y aullando a la luna que se eleva sobre las puntas de las píceas.

El día siguiente es de trabajo puro y duro. Zanjas que cavar y ensanchar, un muro que reforzar. Adam maneja el martillo durante horas. Al llegar la tarde, está tan cansado que no se mantiene en pie. Comparte una comida al aire

libre con los cuatro amigos que se le presentan como una familia junguiana arquetípica: Cabello de Venus, la madre sacerdotisa; Guardián, el padre protector; Moral, la hija artesana, y Abeto de Doug, el hijo payaso. Cabello de Venus es el pegamento y lanza hechizos a todos los acampados. Adam se maravilla ante el optimismo de esa mujer, después de todas las derrotas sufridas. Ella habla con la autoridad de alguien que ya ha visto el futuro desde las alturas.

Esa noche lo reclutan, una quinta rueda cuadrada. No está seguro de cuál ha de ser su papel en ese clan forjado por la desesperación. Abeto de Doug lo llama profesor Arce, y en eso se convierte. Esa noche, duerme en el profundo olvido de un voluntario exhausto.

Adam plantea sus temores dos noches más tarde, delante de una lata de alubias calentada sobre un fuego de piñas.

—Destruir propiedad federal es algo serio.

—Tío, eres un delincuente —dice Abeto de Doug.

—Es un delito violento.

Douglas le hace un gesto de rechazo con la mano.

—Yo sí que he cometido delitos violentos de verdad. Encargados por el Gobierno.

Moral le aprieta a Douglas la mano que tiene en el aire.

—¡Los criminales políticos de ayer aparecen hoy en los sellos de correos!

Cabello de Venus está lejos, en otro país. Por fin dice:

—Esto no es radical. Nosotros sí que hemos visto cosas radicales.

Entonces Adam también las ve: una ladera viva y palpitante totalmente desnuda.

Llegan las provisiones adquiridas con las donaciones de los simpatizantes. El campamento es solo una fracción de una red de iniciativas que se extiende a lo largo de todo el estado. Se habla de una marcha por las calles de la capital, donde los participantes van agarrados del brazo. De una persona en huelga de hambre, acampada durante cuarenta días y cuarenta noches frente al Tribunal de Distrito de Eugene. Del Espíritu del Bosque, vestido con retazos de tela verde, recorriendo sobre zancos un tramo de ciento cincuenta kilómetros de la carretera 58.

Esa noche, tumbado en un saco de dormir en contacto con la Tierra, Adam quiere regresar a Santa Cruz para acabar la tesis. Cualquiera puede cavar una

zanja, levantar un terraplén o encadenarse a un árbol, pero solo él puede completar este proyecto y describir, con datos cuantificables, por qué para la gente es importante que un bosque viva o muera. Sin embargo, permanece allí otro día más para convertirse en algo nuevo, en su propio objeto de estudio.

Cuanto más dura la ocupación, más periodistas acuden. Una cuadrilla del Servicio Forestal llega en furgoneta para pedirles que se marchen. Los librecascadianos mantienen las distancias y consiguen que se vayan. Dos tipos trajeados de la oficina de representantes en el Congreso se acercan a escucharlos. Prometen trasladar a Washington sus reivindicaciones. Esa visita entusiasma a Moral.

—Si los políticos comienzan a aparecer, es que está pasando algo.

Adam (Arce) asiente.

—Los políticos quieren estar en el bando vencedor. Se arriman al sol que más calienta.

Cabello de Venus murmura:

—La Tierra siempre va a ganar.

Una noche se ven unos faros por la carretera principal y se oyen unos disparos. Tres días después, aparecen las entrañas de un ciervo junto a la barricada.

Una Ford Superduty enorme se detiene en el carril, a cien metros del puente levadizo. Dos hombres vestidos con cazadora verde militar con el cuello levantado. El conductor, un joven con la perilla recortada, que podría ser un galán de la cadena C&W, dice de un modo un tanto ordinario:

—¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? ¡Abraza-árboles! ¡Qué sorpresa!

Una chica llamada Trillium grita:

—Intentamos proteger algo valioso.

—¿Y por qué no protegéis lo que es vuestro y dejáis que nosotros protejamos nuestro trabajo, nuestra familia, nuestras montañas y nuestra forma de vida?

—Los árboles no son de nadie —interviene Abeto de Doug—. Los árboles son del bosque.

La puerta del copiloto se abre y sale el hombre mayor. Pasa por delante del coche. Una vez, hace una vida, Adam recibió un seminario sobre

psicología de la crisis y la confrontación. Ya no se acuerda de nada. El hombre es alto, pero está encorvado, y el pelo gris le cae sobre la cara. Es como un gran oso a dos patas. Algo le destella en la cintura. Adam piensa: «Pistola. Cuchillo. Corre».

El tipo mayor se acerca al parachoques delantero y levanta el arma metálica. Pero la amenaza es leve, filosófica, confusa, porque el arma no es más que una mano de metal.

—Perdí el brazo hasta el codo cortando esos árboles.

El galán grita desde el coche:

—Y yo tengo el síndrome de los dedos blancos por trabajar. Sabéis lo que es trabajar, ¿no? Eso de hacer cosas que otras personas necesitan.

El tipo mayor apoya la mano buena en el capó y sacude la cabeza.

—Tíos, ¿qué queréis? No podemos dejar de usar la madera.

Cabello de Venus aparece y cruza el puente levadizo hacia los hombres. El oso a dos patas da un paso atrás. Ella dice:

—No sabemos lo que la gente puede o no puede hacer. Hay muchas cosas que aún no se han intentado.

Al verla, el conductor de la perilla se pone en alerta máxima.

—No podéis anteponer la madera a las vidas de la gente honrada.

Está aturdido; la desea. Adam se da cuenta de eso a cien metros de distancia.

—No —dice ella—. Nosotros no anteponemos los árboles a la gente. Las personas y los árboles estamos juntos en esto.

—¿Y eso qué coño significa?

—Si la gente supiera lo que implica crear un árbol, estaría muy agradecida por el sacrificio. Y la gente agradecida no necesita tanto. Tenemos que dejar de ser visitantes. Tenemos que vivir donde vivimos, volver a ser indígenas.

El hombre oso sacude la cabeza y regresa al asiento del copiloto. Cuando el enorme vehículo arranca, el conductor grita a las fuerzas reunidas detrás del puente levadizo:

—¡Seguid con lo vuestro, abraza-árboles! ¡Os van a joder vivos!

Y salen a toda velocidad dejando una estela de grava.

«Sí —piensa Adam—, es probable. Y luego el planeta joderá a los que han jodido primero.»

Comienza el segundo mes de protesta. En opinión de Adam, el proyecto no

debería funcionar. La incompetencia absoluta del carácter idealista debería haber acabado con todo hace algún tiempo. Sin embargo, la Biorregión Libre sigue adelante. En el campamento se corre la voz de que el presidente —de Estados Unidos— ha oído hablar de la protesta y está dispuesto a detener la venta despiadada de madera de bosques federales, en especial cuando es consecuencia de un incendio forestal, hasta que se revisen las leyes.

Una luminosa y fría tarde, dos horas después del mediodía, Guardián está pintando caras para el cuentacuentos que tendrá lugar esa noche alrededor de la hoguera. Alguien toca una trompa alpina, que brama como la antigua megafauna a la caída del sol. Un corredor de maratones llamado Garduño sube el monte a toda velocidad y llega a la parte más alta del campamento.

—Ya vienen.

—¿Quiénes? —pregunta Guardián.

—Los *freddies*.

Por fin ha llegado el día. Emprenden el camino hacia el glacis, donde el foso y el muro ya están terminados. Más abajo, por el camino forestal que Adam recorrió hace mucho tiempo ya, se acerca un convoy lleno de gente vestida de uniforme de diferentes colores y formas. A la furgoneta del Servicio Forestal le sigue una excavadora gigante convertida en vehículo de ataque. Detrás, más equipos y más furgonetas.

Los libre-cascadianos, con la cara pintada, se quedan paralizados. Entonces el pastor octogenario de la cicatriz en el cuello dice:

—Muy bien, muchachos. Nos movilizamos.

Se trasladan a sus puestos, para encadenarse, levar el puente, defender los muros o retirarse a otras posiciones. El convoy no tarda en llegar. Dos agentes del Servicio Forestal salen de la primera furgoneta y se colocan delante de la palizada.

—Tienen diez minutos para marcharse pacíficamente. Pasado ese tiempo, los detendremos.

Todas las personas situadas en el terraplén gritan al unísono. No hay líderes, todas las voces han de ser oídas. El movimiento se ha regido por ese principio durante meses, y ahora van a morir por él. Adam espera que haya un silencio en el griterío. Luego, comienza a gritar él también.

—Dadnos tres días y lo arreglaremos todo de forma pacífica. —Los jefes del convoy se vuelven hacia él—. Hemos recibido una visita de la oficina del

Congreso. El presidente está preparando una orden ejecutiva.

Nada más conseguir la atención de los dos hombres, la pierde.

—Tienen diez minutos —repite el agente, y la inocencia política de Adam se esfuma.

La acción desde Washington no es la respuesta a este enfrentamiento. Es su causa.

A los nueve minutos y cuarenta segundos, la excavadora sauria de cuello largo acerca el ariete a la zanja y derriba la parte alta del muro. Llegan gritos desde los terraplenes destrozados. Algunos defensores con la cara pintada se caen al suelo y echan a correr. Adam tropieza y también se cae. La garra aporrea de nuevo el muro. Como de un puñetazo, rompe el puente levadizo. Otro golpe y el puente desaparece. En dos intentos más contra los postes de madera, consigue derribar toda la barrera. Varios meses de trabajo —las barricadas más formidables que la Biorregión Libre podía levantar— se vienen abajo como un fuerte construido con palos de helado.

La bestia se acerca a la zanja y aplasta los escombros. La excavadora solo tarda un minuto en recoger los troncos del muro destrozado y amontonarlos en el foso. Las orugas de la máquina pasan por encima de la zanja rellena y del muro derribado. Los cascadianos, con la cara embadurnada de pintura, salen como termitas. Algunos se dirigen al carril. Varios se acercan a los invasores con reproches y súplicas. Cabello de Venus comienza a cantar:

—¡Piensa en lo que haces! ¡Hay formas mejores!

Los policías del convoy están por todas partes, esposando a la gente y obligándola a tenderse en el suelo.

El canto se convierte en gritos de «¡No a la violencia!, ¡no a la violencia!».

Adam enseguida cae derribado por un policía inmenso con un brote de rosácea tan fuerte que parece uno de los ecoguerreros pintados. Cincuenta metros arriba, agarran a Guardián por las rodillas desde detrás y lo arrastran por el terreno pedregoso con la cara pintada de azul contra el suelo. Solo quedan los encadenados. La excavadora aminora la marcha al subir. Alcanza el primer trípode y empuja la base con su garra. El trípode se sacude. Los agentes se detienen para observar. En lo alto de ese nido de cuervos, Moral se agarra a los postes tambaleantes. Cada golpe contra la base del cono la zarandea como si fuera una muñeca para pruebas de seguridad.

Adam grita:

—Dios mío, ¡parad!

Miembros de ambos bandos se unen a los gritos. Incluso Doug, desde su lecho en la carretera.

—¡Mim! ¡Se acabó! ¡Baja!

La garra choca contra la base del tipi. Los troncos que forman la estructura rechinan y se doblan. Con un horrible crujido, uno de los postes se quiebra. La grieta comienza en el interior del cilindro de lignina, a cien anillos de profundidad, y se abre hacia el exterior. El abeto se desgarran y la punta del poste se convierte en una estaca punji.

Mimi grita y su nido de cuervos cae. El poste le atraviesa la mejilla. La estaca se vuelca y ella se desliza por la madera hasta que se choca contra una roca del suelo. Douglas se suelta y corre a su lado. El conductor de la excavadora aparta horrorizado la garra, que parece la palma de una mano que defiende su inocencia. Pero al retirarla, golpea al hijo payaso, que se desploma como una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas.

La guerra por la Tierra se detiene. Ambos bandos corren hacia los heridos. Mimi chillan y se agarran la cara. Douglas yace inconsciente. La policía se apresura a dar aviso de los heridos. Los aturridos ciudadanos de la Biorregión Libre en ruinas se apiñan horrorizados. Mimi rueda hacia un lado en posición fetal y abre los ojos. Árboles de tonalidades que van del jade al aguamarina espetan el cielo. «Mira qué color», piensa, y a continuación pierde el conocimiento.

Adam encuentra a Cabello de Venus y Guardián, que están evaluando la situación, entre la muchedumbre. Cabello de Venus señala a las cuatro insurgentes que siguen tumbadas en el carril, encadenadas al suelo.

—Todavía no hemos perdido.

Adam dice:

—Sí que hemos perdido.

—Ahora no se atreverán a tomar estos árboles, después de que la prensa se haga eco de lo sucedido.

—Claro que se atreverán.

Estos y otros más antiguos, todos los árboles que queden, hasta que el bosque entero sea una extensión de granjas.

Cabello de Venus se sacude el pelo sucio.

—Esas mujeres pueden estar ahí encadenadas hasta que Washington haga algo.

Adam cruza la mirada con Guardián. La verdad es demasiado cruel para expresarla en voz alta, incluso para él.

Un helicóptero se lleva a los heridos al centro de traumatología para casos graves de Bend. Douglas es operado de urgencia de una fractura maxilar de Le Fort transversal. A Mimi le recolocan el tobillo y le cosen la órbita reventada. Los médicos de urgencias no pueden hacer mucho por la raja de la cara, pero se la cosen para que algún día los cirujanos plásticos se la reconstruyan.

Los *freddies* no presentan cargos contra los ocupantes ilegales. Solo encarcelan a las cuatro mujeres, que permanecen encadenadas durante otras treinta y seis horas más. Después, los habitantes de la Biorregión Libre de Cascadia que aún no se han ido abandonan la ladera. La explotación de recursos continúa.

Sin embargo, el asunto no queda ahí: veintiocho días después, un cobertizo de maquinaria lleno de vehículos aparece envuelto en llamas en el bosque nacional de Willamette.



No es real. No es más que teatro, una simulación, hasta que ven las consecuencias.

Los periódicos distribuyen una foto: un bombero y dos guardabosques inspeccionando una excavadora carbonizada. Cinco personas se pasan la imagen alrededor de la mesa de comedor de Mimi Ma. Una idea los une de manera silenciosa, como suele ocurrir con las ideas. «Hostia puta. Somos nosotros.»

Durante un buen rato no hacen falta palabras. El ánimo común oscila como las acciones de bolsa y los coloca en una situación de desconfianza pasiva.

—Tienen lo que se merecen —dice Mimi. Los veintidós puntos de sutura le pinchan con cada palabra—. Estamos empatados.

Adam no soporta mirarla, ni tampoco a Douglas, que también tiene la cara hecha un desastre. Adam deseaba esta venganza contra los culpables de dejar

medio ciega a una y deforme a otro. La revancha contra el sadismo de los hombres. Ahora ya no sabe lo que desea ni cómo conseguirlo.

—En realidad —puntualiza Nick— siguen estando muy por delante de nosotros.

Es un acto aislado de desesperación. Pero la necesidad de justicia es como la propiedad o el amor: alimentarlos solo sirve para hacerlos crecer. Dos semanas después de lo del cobertizo de maquinaria, localizan un aserradero cerca de Solace, en California, que funciona desde hace meses con una licencia suspendida y que paga la incómoda multa con los beneficios de una sola semana. La mujer que oye voces dictamina cómo debe realizarse el ataque. El entrenado observador se encarga de vigilar. La ingeniera convierte dos docenas de garrafas de leche en artefactos explosivos. El veterano se ocupa de la detonación. El psicólogo los alienta. La maquinaria mortífera arde mejor de lo que creían. Esta vez dejan un mensaje garabateado en la fachada de un almacén cercano, que se salva por estar lleno de madera inocente. Las letras son ingeniosas, casi floridas:

NO A LA ECONOMÍA SUICIDA
SÍ AL CRECIMIENTO REAL

Se inclinan sobre la mesa de Moral como si estuvieran a punto de jugar una partida de cartas. La filosofía y otras distinciones no les sirven de ayuda en estos momentos. Han cruzado una línea, el trabajo está hecho; poco importan las palabras. Y aun así no pueden evitar hablar, aunque las frases nunca son largas. Siguen debatiendo, pese a que la conclusión ya desapareció hace tiempo en el espejo retrovisor de su furgoneta.

Adam observa a sus incendiarios compañeros mientras toma notas mentales sin querer. Moral corta el aire a cámara lenta. Suelta el filo de la hoja en un punto preciso de la palma de su mano.

—Me siento como si llevara dos años en un funeral continuo.

—Desde que se nos cayó la venda de los ojos —asiente el hijo payaso.

—Todas las protestas. Todas las cartas enviadas. Los palos recibidos. Los gritos a todo pulmón sin que nadie nos oiga.

—Y ahora, en dos noches hemos conseguido más que en varios años de sacrificio.

El logro no es algo que Adam sepa medir. Lo que están haciendo —lo que han hecho— no es más que paralizar el dolor el tiempo suficiente como para soportarlo.

Mimi dice:

—Ya no es un funeral.

—Tampoco ha sido una decisión muy difícil —dice Nick. Su voz se acalla con el asombro del sentido común, que lo pilla por sorpresa—. O destrozamos una pequeña cantidad de material o ese material destrozará una gran cantidad de vida.

El psicólogo escucha. En el corazón de los humanos hay otros engaños mucho más profundos. Ha apostado por la necesidad de salvar lo susceptible de ser salvado. Tal vez pueda ganar un poco de tiempo antes de que llegue el apocalipsis. Nada es más importante que eso. Su tesis tiene la respuesta.

Olivia solo necesita bajar la barbilla para que los demás se callen. Su hechizo sobre ellos ha aumentado con cada delito. Ha puesto la mano sobre un tocón tan grande como una capilla. Ha visto morir un bosque más antiguo que la especie humana. Ha recibido consejos de seres más grandes que los hombres.

—Si estamos equivocados, pagaremos el precio. No pueden llevarse más que nuestras vidas. Pero ¿y si tenemos razón? —Baja la vista con el atisbo de un pensamiento—. Y todo lo vivo me dice que...

Nadie necesita que complete la frase. ¿Qué no haría una persona por ayudar a los productos más asombrosos en cuatro mil millones de años? En lo que Adam tarda en analizar esta idea, se da cuenta de algo más: van a emprender un nuevo asalto. Otro más. Pero ha de ser el último. Luego cada uno se irá por su camino, después de haber hecho lo poco que pudieron por evitar que el ser humano se mate a sí mismo.

Es el propio Adam quien descubre la noticia: «El Servicio Forestal busca proyectos polivalentes». Ofrecen el arrendamiento de miles de hectáreas de terreno público en Washington, Idaho, Utah y Colorado a especuladores privados y promotores inmobiliarios. Bosques talados a cambio de más beneficio apocalíptico. El grupo oye el reportaje en silencio. Ni siquiera hace falta someter el asunto a votación.

No hay cartas ni correos electrónicos entre ellos, y apenas hay llamadas. Si se comunican, es cara a cara. Viven con dinero en efectivo. No queda nada

por escrito. La ingeniería de Moral cada vez es más sofisticada. Empieza a trabajar en la que será su mejor obra con diferencia, inspirada en un folleto clandestino escrito a mano: «Las cuatro reglas del incendiario. Hacer fuego con temporizadores eléctricos». Pero el nuevo diseño es más fiable. Arce y Abeto de Doug recorren ochenta kilómetros para conseguir el material necesario.

Guardián y Cabello de Venus vigilan uno de los terrenos recién arrendados en un lugar llamado Stormcastle, cerca de la frontera de Idaho con Montana, en las montañas Bitterroots. Grandes extensiones de bosque público vendidas para hacer sitio a otro complejo hotelero. Viajan hasta allí e inspeccionan el emplazamiento por la noche, cuando no hay nadie. El artista lo dibuja todo: el carril recién talado, los cobertizos para la maquinaria, las casetas prefabricadas, las huellas de los cimientos frescos. En sus esbozos perfectos hay esmero y humildad. Mientras dibuja, la experta en ciencias actuariales recorre la zona talada y mide los pasos que hay entre las estacas. Ladea la cabeza para escuchar mejor.

Los cinco trabajan en el garaje de Moral, bajo una tienda de fumigación, con monos de pintor y guantes. Acoplan los temporizadores, protegidos dentro de un táper, a unas garrafas de gasolina de veinte litros. Señalan en los mapas de Guardián dónde debe ir cada artefacto para generar el fuego más duradero posible. Después de enviar este último mensaje, todo acabará. Se separarán y regresarán a su rutina invisible cuando hayan recibido la atención del país. Cuando hayan apelado a la conciencia de millones de personas. Cuando hayan plantado una de esas semillas que necesitan del fuego para abrirse.

Todo está en la parte de atrás de la furgoneta. Cuando se levanta la puerta del garaje de Moral, parece como si se fueran de acampada a las montañas. Llevan un detector de ondas de radio de la policía. Guantes y pasamontañas para todos. Van vestidos de negro. A primera hora de la mañana, dejan el oeste de Oregón. Si se produjera cualquier accidente mientras cruzan la interestatal, la furgoneta se convertiría en una enorme bola de fuego.

Por el camino charlan y observan el panorama. Pasan por largas franjas de bosque Potemkin, cortinas de pocos metros de espesor que tapan el paisaje. Doug saca un libro de preguntas e interroga a los demás acerca de la guerra de la Independencia y la guerra civil. Gana Adam. Observan las aves: hay

rapaces a lo largo del corredor de la autopista, una carnicería de pequeños mamíferos. Al cabo de dos horas, Mimi divisa un águila calva con una envergadura de dos metros. Todos se quedan en silencio.

Escuchan un audiolibro: mitos y leyendas de los primeros habitantes del noroeste. Kemush, el más viejo de los antiguos, surge de las cenizas de las auroras boreales y crea todas las cosas. Coyote y Wishpoosh, en su combate épico, destrozan las montañas. Los animales se reúnen para robarle el fuego al Pino. Y todos los espíritus de la oscuridad, tan numerosos y fluidos como las hojas, no dejan de cambiar de forma.

Se hace de noche en las montañas Bitterroots. Los últimos kilómetros son los más duros: lentos, tortuosos, remotos. Por fin se detienen en la base de operaciones, a tres kilómetros de la autopista. El lugar es exacto al dibujado por Guardián. Mimi se queda en la furgoneta, con una bufanda alrededor de las cicatrices de la cara, vigilando las radiofrecuencias con el radar de la policía. Los demás se ponen a trabajar sin mediar palabra. Han repasado todas las tareas decenas de veces. Se mueven como un único ser para colocar los bidones de combustible de veinte litros y unirlos mediante mechas de toallas y sábanas empapadas en propelente. A continuación, incorporan los temporizadores en los táper.

Guardián se dispone a realizar la tarea que le ha sido encomendada. Esta noche es la última oportunidad para trabajar en un medio que verán millones de personas. Se aleja del edificio principal del futuro complejo hotelero, que está a medio construir, donde los demás están colocando los artefactos. A través del prado escarpado, llega hasta un par de camiones, demasiado alejados como para que los alcance la explosión. Los laterales de esos camiones son los mejores lienzos disponibles. Se saca dos latas de espray de los bolsillos del abrigo y se aproxima al camión más limpio. Con las letras más cuidadas que es capaz de trazar, escribe:

EL CONTROL MATA
LA CONEXIÓN CURA

Da un paso atrás para evaluar el germen de lo único que sabe con seguridad. Con un rotulador grueso, adorna las letras mayúsculas con brotes y tallos, hasta que parecen estar brotando del apocalipsis. Parecen jeroglíficos

egipcios o las figuras danzantes de un bestiario *op art*. Por debajo de esas dos líneas, añade una brizna de esperanza:

VENID A CASA O MORID

De vuelta al lugar de la detonación, mientras colocan los bidones en su sitio, Adam y Doug pierden el compás en sus movimientos. Se derrama un poco de combustible en el dobladillo de la chaqueta de Adam y en sus vaqueros negros. Apestando a petroquímicos, se estruja las manos hasta que los guantes dejan de gotear. Ha perdido la sujeción a causa del peso. Levanta la vista hacia el tejado en pico de la oficina de construcción y piensa: «¿Qué demonios estoy haciendo?». La claridad de las últimas semanas, el repentino despertar del sonambulismo, la certeza de que han saqueado el mundo y han destrozado la atmósfera a cambio del más inmediato de los beneficios, la sensación de que ha de hacer todo lo que esté en su mano para luchar por las criaturas más maravillosas del mundo vivo: todo eso abandona ahora a Adam, que se queda con la locura de negar la base de la existencia humana. La propiedad, la dominación: no importa nada más que eso. La tierra será monetizada hasta que todos los árboles crezcan en filas rectas, hasta que tres personas sean las dueñas de los siete continentes y hasta que todos los grandes organismos sean criados para después sacrificarlos.

En el lateral del otro camión, Guardián pinta palabras en un alfabeto salvaje y realista. Los versos brotan y fluyen sobre el blanco vacío.

Cinco árboles tenéis en el paraíso
que no se mueven
ni en verano ni en invierno
y cuyas hojas no caen.
Quien los conoce
no saboreará la muerte.

Da un paso atrás, con la garganta en tensión, y con la ligera sorpresa de ver lo que ha salido de él, esa oración que necesita enviar con tanta urgencia y que nadie va a entender. Entonces: ¡bum!, una onda expansiva lo golpea por la espalda. El calor se propaga por el aire mucho antes de que se produzca algo parecido a una explosión. Guardián se vuelve para ver una

bola naranja levantándose en un rápido simulacro de amanecer. Las piernas le salen despedidas y sale corriendo en dirección al fuego.

Otra silueta aparece por el borde de su campo de visión. Douglas, su cojera atolondrada, la pierna rígida, el ritmo punteado. Llegan al incendio a la vez. Douglas exclama entre susurros:

—¡Joder, no! ¡Mierda!

Se arrodilla compungido ante lo que acaba de pasar. Hay dos figuras en el suelo. Cuando Nick se acerca, una de ellas comienza a moverse, pero no es la que él necesita que se mueva.

Adam levanta los hombros del suelo y vuelve la cabeza en todas direcciones. Un velo de sangre le chorrea por la cara.

—Oh —dice—. ¡Oh!

Douglas lo tranquiliza. Nick se abalanza para levantar a Olivia, que está tumbada bocarriba con la cara hacia las estrellas. Tiene los ojos abiertos. Alrededor de ellos, el aire se vuelve naranja.

—¿Livvy? —Su voz es horrible. Un zumbido arrastrado y espeso, para ella peor que la propia explosión—. ¿Me oyes?

En sus labios se forma una burbuja. Luego, el sonido *Nnn*.

Algo se le desliza por el costado, más abajo de la cintura. La parte frontal de su camiseta brilla en la oscuridad. Él se la levanta y lanza un grito antes de volvérsela a bajar. Un lamento silencioso brota de su interior, pero de nuevo vuelve a convertirse en un hombre competente. La mujer herida le mira aterrorizada. Él se calla y neutraliza su expresión. Hace todos los gestos que pueden servir de ayuda. El aire comienza a parpadear. Dos figuras se ciernen sobre ellos. Douglas y Adam.

—¿Está...?

Al oír esas palabras, algo sacude a Olivia, que trata de levantar la cabeza. Nick se la baja con suavidad.

—Estoy —dice, y vuelve a cerrar los ojos.

Todo se caldea. Douglas da vueltas con las manos en la cabeza. Emite sonidos entrecortados.

—Mierda, mierda, mierda...

—Tenemos que moverla —dice Adam.

Nick lo detiene.

—¡No podemos!

—Tenemos que hacerlo. Mira las llamas.

La torpe refriega termina antes de empezar. Adam coge en brazos a la

mujer y la traslada por el terreno pedregoso. Desde la garganta de Olivia se filtran varios sonidos. Nick, impotente, se agacha de nuevo a su lado. Esta imagen lo acompañará durante los próximos veinte años. Se levanta, se aleja tambaleándose y vomita en el suelo.

Entonces aparece Mimi junto a ellos en la oscuridad. Nick se siente aliviado. Otra mujer. Otra mujer sabrá cómo salvarlos. De un solo vistazo, la ingeniera lo ve todo. Le pasa a Adam las llaves de la furgoneta.

—Vete al último pueblo por el que pasamos. Está a unos quince kilómetros. Avisa a la policía.

—No —dice Olivia desde el suelo, y todos se sobresaltan—. No. Seguid...

Adam señala hacia las llamas.

—Me da igual —dice Mimi—. Ve. Necesita ayuda.

Adam se queda quieto, su cuerpo se resiste. «La ayuda no va a ayudarla, y a nosotros nos matará.»

—Acabad... —murmura la mujer postrada en el suelo, con tanta suavidad que ni siquiera Nick la entiende.

Adam se queda mirando las llaves y se inclina hacia delante hasta que comienza a trotar hacia la furgoneta.

—Douglas —espeta Mimi—. Para ya.

El veterano deja de gemir y se queda quieto. Ahora Mimi está en el suelo atendiendo a Olivia, abriéndole el cuello de la camiseta y apaciguando su pánico animal.

—Ya viene la ayuda. Tranquila.

Sus palabras solo consiguen agitar a la mujer ensangrentada.

—No. Terminad. Seguid...

Mimi la obliga a callar, acariciándole la cara. Nick se retira. Observa desde la distancia. Todo eso está sucediendo de manera irreparable, para siempre, de verdad. Pero en otro planeta y a otras personas.

Algo viscoso cae por la cintura de Olivia. Ella mueve los labios. Mimi se inclina para oírla.

—Un poco de agua.

Mimi se da la vuelta y mira a Nick.

—¡Agua!

Él se queda petrificado, indefenso.

—Voy a buscarla —grita Douglas. Ve una hondonada en la colina, detrás de las llamas—. Eso es una cañada. Tiene que haber un arroyo ahí abajo.

Los hombres buscan un recipiente para llevar el agua, pero todos los que encuentran están manchados de combustible. Nick lleva una bolsa de plástico en el bolsillo. Vacía las semillas de girasol de su interior y se la pasa a Douglas, que desaparece por el bosque de detrás de la obra.

No es difícil encontrar el arroyo, pero una aversión aprendida se apodera de Douglas mientras llena la bolsa. *No bebas agua de por ahí*. En todo el país no hay un lago, un estanque, un arroyo o un riachuelo de agua potable. Aprieta los puños y llena la bolsa. La mujer solo necesita tener un poco de líquido fresco y claro en la boca, aunque sea venenoso. Douglas regresa a la ladera con la bolsa entre las manos y vierte un poco de agua en la boca de Olivia.

—Gracias. —Tiene los ojos febriles de gratitud—. Qué buena. —Bebe un poco más y cierra los ojos.

Douglas sostiene la bolsa con impotencia. Mimi mete los dedos en el líquido y limpia la cara manchada de Olivia. Le abraza la cabeza y acaricia su pelo castaño. Los ojos verdes vuelven a abrirse. Ahora están alerta, conscientes, fijos en la mirada de su enfermera. La cara de Olivia se desencaja por el terror, como una yegua atrapada. Con la misma claridad que si lo dijera con palabras, la idea entra en el cerebro de Mimi: «Algo va mal. Me han mostrado lo que iba a suceder, y no era esto».

Mimi sostiene su mirada y absorbe todo el dolor que puede. El consuelo resulta imposible. Dos pares de ojos enganchados que no pueden apartarse. La mujer herida vierte sus pensamientos en la mente de Mimi a través de un amplio canal, unos pensamientos demasiado grandes y lentos como para comprenderlos.

Nick se queda quieto, con los ojos cerrados. Douglas deja caer la bolsa al suelo y se aleja tambaleante. El cielo estalla con el brillo de la negación. Dos nuevas explosiones surcan el aire. Olivia grita para recuperar la mirada de Mimi. Su mirada se vuelve violenta, obstinada, como si apartar la vista durante solo un instante fuera peor que la peor muerte.

Un tercer hombre aparece al borde del infierno. La imagen de Adam, mucho antes de lo previsto, reanima a Nick.

—¿Y has conseguido ayuda?

Adam mira hacia la *pietà* del suelo. Una parte de él se sorprende al descubrir que el drama continúa.

—¿Viene ayuda o no? —grita Nick.

Adam no dice nada. Se aleja de esa locura con todas sus fuerzas.

—Cobarde... Dame las llaves. ¡Dame las llaves!

El artista arremete contra el psicólogo. Lo único que lo detiene de la violencia es el sonido de la voz de Olivia. En un suspiro está junto a ella, que ahora tiene dificultades para respirar y contrae la cara de dolor. La conmoción que la tenía anestesiada está desapareciendo; se retuerce entre jadeos.

—¿Nick? —Deja de resollar. Se le agrandan los ojos. Él hace un esfuerzo para no volverse hacia donde ella mira con terror.

—Estoy aquí. Estoy aquí.

—¿Nick? —Un grito agudo. Intenta incorporarse mientras le salen cosas por debajo de la camiseta—. ¡Nick!

—Sí. Estoy aquí. Aquí. Contigo.

Vuelve a jadear. Por su boca se escurren sonidos de protesta. *Hnn. Hnn. Hnn.* Le agarra los dedos con fuerza. Gime, y el ruido se pierde hasta que solo se oyen las llamas por los tres flancos. Aprieta los ojos. Luego los abre, desorbitados. Mira sin saber muy bien qué está viendo.

—¿Cuánto va a durar?

—No mucho —le promete él.

Ella le clava las uñas como un animal que cae desde mucha altura. Luego se calma de nuevo.

—Pero esto no, ¿eh? Esto nunca se acabará... Lo que nosotros tenemos, ¿verdad?

Él espera demasiado tiempo, y el tiempo responde por él. Ella lucha durante varios segundos por oír la respuesta antes de abandonarse con suavidad hacia lo que quiera que venga después.

Copa

Al amanecer, un hombre está tumbado sobre el suelo frío del norte boreal. La cabeza le sobresale de la tienda individual y mira hacia arriba. Por encima de él, cinco delgados cilindros de picea blanca reflejan la brisa. La gravedad no es nada. Las puntas perennes bosquejan y garabatean en el cielo matinal. En realidad nunca se ha parado a pensar en la cantidad de kilómetros que recorre un árbol, cada hora y cada día, en minúsculos tramos cursivos. Siempre en movimiento, esos seres estacionarios.

El hombre con la cabeza fuera de la tienda se pregunta: «¿Cómo son las copas de esos árboles? Son como ese juguete de ruedas dentadas que traza dibujos sorprendentes a partir de los ciclos anidados más simples. Son como el puntero de una güija que sigue órdenes dictadas desde el más allá». En realidad no son nada más que ellos mismos. Son las copas de cinco píceas blancas cargadas de piñas que se inclinan con el viento como todos los días de su existencia. La apariencia es el único problema de los hombres.

Pero las píceas vierten mensajes en medios de su propia invención. Hablan a través de sus agujas, de sus troncos, de sus raíces. Registran en su cuerpo la historia de todas las crisis que atraviesan. El hombre de la tienda se baña en señales cientos de millones de años más antiguas que sus rudimentarios sentidos. Aun así, es capaz de interpretarlas.

Las cinco píceas blancas refrendan el cielo azul. Escriben: La luz, el agua y una piedra triturada requieren respuestas largas.

Unos pinos contorta cercanos y unos pinos de Banks objetan: Las respuestas largas necesitan mucho tiempo, y precisamente eso es lo que está desapareciendo.

Las píceas negras que se extienden por el drumlin no se andan con rodeos: El calor se alimenta de calor. El permafrost está vomitando. El ciclo se acelera.

Más al sur, los árboles de hoja caduca asienten. Los ruidosos chopos, los abedules supervivientes y unos bosques de álamos se unen al coro: El mundo se está convirtiendo en algo nuevo.

El hombre cambia de posición sin dejar de dar la cara al cielo de la mañana. Los mensajes pululan a su alrededor. Incluso allí, sin hogar,

piensa: «Nada será lo mismo».

Las píceas responden: Nunca nada ha sido lo mismo.

«Estamos todos condenados», piensa el hombre.

Siempre lo hemos estado.

Pero esta vez las cosas son diferentes.

Sí. Tú estás aquí.

El hombre debe levantarse y ponerse a trabajar, como ya están haciendo los árboles. Su trabajo casi ha concluido. Mañana levantará el campamento, tal vez pasado mañana. Pero en este instante, en este día preciso, observa las píceas que escriben en el cielo y piensa: «Yo no habría de ser muy diferente para que el sol no pareciera más que sol, para que lo verde no fuera más que verde, para que la alegría, el aburrimiento, la angustia, el terror y la muerte fueran ellos mismos, más allá de la necesidad de cualquier claridad mortífera; entonces esto, esto, los anillos crecientes de luz, agua y piedra, me absorberían por completo y serían las únicas palabras que yo necesitaría».

La gente se convierte en otras cosas. Veinte años más tarde, cuando todo dependa de recordar lo sucedido, los acontecimientos de aquella noche ya habrán pasado a ser duramen. Colocan el cuerpo bocabajo sobre el fuego. Tres de ellos recordarán este hecho. Nick no recordará nada. Aunque firme como una roca cuando ella lo necesitaba, justo después se vuelve inútil, se sienta en el suelo tan cerca de las llamas que se quema las cejas, tan inconsciente como el cadáver ardiente.

Los demás la colocan sobre la pira, algo tan antiguo como la noche. Primero arde su ropa, luego su piel. Las palabras floridas de su escápula —«*A change is gonna come*», un cambio vendrá— se chamuscan y se volatilizan. Las llamas elevan por los aires las partículas de su alma carbonizada. Encontrarán el cuerpo, por supuesto. Dientes con empastes, trozos de hueso sin quemar. Descubrirán y estudiarán todas las pistas. No se están deshaciendo del cadáver, lo están enviando a la eternidad.

Nadie recordará nada de cómo abandonaron el lugar, solo que tuvieron que meter a Nick en la furgoneta a la fuerza. Destellos naranjas por encima de los bosques perennes, tan fantasmales como las auroras boreales. Luego, instantáneas oscuras de decenas de kilómetros. No se cruzan con ningún vehículo en media hora, y los ocupantes del primer coche, una pareja de jubilados de Elmhurst (Illinois), aún deben conducir otras cinco horas antes de irse a dormir, por lo que, cuando vean el fuego, ya no se acordarán de la furgoneta blanca a toda velocidad por el carril contrario.

Los incendiarios atraviesan largos periodos de silencio seguidos de fuertes gritos. Adam y Nick se lanzan amenazas. Mimi conduce en una burbuja a prueba de ruidos. A trescientos kilómetros de Portland, Douglas pide que se rindan. Algo les dice que no lo hagan. Olivia. Eso es lo único que todos recordarán.

—Nadie vio nada —les dice Adam a los demás, demasiadas veces.

—Se acabó —dice Nick—. Está muerta. Estamos acabados.

—Cierra la puta boca —ordena Adam—. No hay ningún rastro que llegue hasta nosotros. Así que a callar.

Han fracasado a la hora de protegerlo todo. Ahora, al menos, están de

acuerdo en protegerse entre ellos.

—No digáis nada, pase lo que pase. El tiempo está a nuestro favor.

Pero la gente no tiene ni idea de lo que es el tiempo. Piensan que es una línea que comienza tres segundos atrás y se desvanece igual de rápido en los tres segundos de niebla siguientes. No se dan cuenta de que el tiempo es un anillo que se expande alrededor de otro, siempre hacia fuera, hasta que la piel más delgada del Ahora depende para existir de la enorme masa compuesta por todo lo que ya ha muerto.

En Portland, se separan.

Nicholas acampa sobre el fantasma de Mimas. Sin tienda, sin esterilla. Cuando llega la noche, se tumba de lado con la cabeza apoyada en una chaqueta cerca del anillo formado durante el año en que Carlomagno murió. En algún lugar por debajo del coxis, está el de Cristóbal Colón. Más allá de los tobillos, el primer Hoel deja Noruega para marcharse a Brooklyn y a las llanuras de Iowa. Más allá de su cuerpo, cerca del borde del corte, están los anillos de su propio nacimiento, de la muerte de su familia y de la visita de la mujer que lo reconoció, que le enseñó a aguantar y a vivir.

El tocón rezuma alrededor del borde una savia de un color que el pintor no sabe nombrar. Se da la vuelta y mira hacia el aire, veinte pisos arriba, mientras trata de localizar el punto preciso donde él y Olivia vivieron durante un año. No quiere estar muerto. Lo que quiere es oír esa voz, su franqueza entusiasta, durante unas pocas palabras más. Lo que quiere es que la chica que siempre oyó lo que la vida quería de ellos se levante del fuego y le diga qué debe hacer con él mismo de ahora en adelante. No hay ninguna voz. Ni la de ella ni la de los seres imaginarios. No hay ardillas voladoras ni mérgulos ni búhos ni ninguna de las criaturas que cantaron para ellos durante aquel año. Su corazón se contrae, recupera el tamaño que tenía cuando ella lo conoció. El silencio —decide— es mejor que las mentiras.

No duerme mucho en ese rígido lugar de acampada. Durante los siguientes veinte años no pasará muchas noches agradables. Sin embargo, veinte anillos más no serán más anchos que su dedo anular.

Mimi y Doug vacían la furgoneta y destruyen todos y cada uno de los trapos, los tubos y las gomas elásticas que encuentran. Friegan el suelo con varios disolventes. Ella vende el vehículo casi regalado y compra en efectivo un

pequeño Honda. Está convencida de que la venta traerá cola, como en un cuento de Poe. El nuevo propietario de la furgoneta descubrirá algún papelito condenatorio que quedó a la vista.

También pone a la venta su apartamento.

—¿Por qué? —pregunta Douglas.

—Tenemos que separarnos. Es más seguro.

—¿Por qué es más seguro?

—Nos delataremos el uno al otro si continuamos juntos. Douglas. Mírame. ¡Mírame! No vamos a hacer eso.

Podría no haber sido nada más que una noticia de tercera página. Un incendio destroza los cimientos de un complejo hotelero en construcción. Un molesto revés. La obra se reanuda enseguida. Pero entre las cenizas aparecen unos restos de huesos, una víctima humana. Todos los medios de los nueve estados del oeste informan de la noticia durante varios días.

Los investigadores no consiguen identificar a la víctima: una mujer joven que medía uno setenta. Si ha habido violencia y violación, es imposible saberlo. La única pista son unas inscripciones crípticas halladas cerca del incendio:

EL CONTROL MATA
LA CONEXIÓN CURA
VENID A CASA O MORID
Cinco árboles tenéis en el Paraíso...

La sabiduría colectiva escoge la explicación más plausible. Ha sido obra de un asesino perturbado.

* * *

Adam regresa a Santa Cruz. Algo impensable, después de lo sucedido. Pero retirarse del programa de doctorado cuando está a punto de terminar la tesis solo serviría para llamar la atención. Ya casi ha concluido el año de investigación. Se pasa varios días en su estudio subalquilado con las cortinas

echadas. Se cierne por encima de su propia cabeza, a medio metro de altura, y se observa el cuerpo desde arriba. A horas intempestivas, le asalta el nerviosismo y comienza la ansiedad. Hasta un paseo de diez minutos para ir a la tienda de alimentación le parece una amenaza.

A última hora de un viernes por la noche, entra a hurtadillas en el departamento de la universidad para recoger el correo. Ni siquiera recuerda la última vez que estuvo en el edificio. Hace tres intentos antes de acertar con la combinación. Su buzón está tan lleno de folletos que debe tirar de ellos y, al sacarlos, los meses de basura abandonada se desperdigan por el suelo de la sala. Por detrás de él, una voz dice:

—Hola, desconocido.

—¡Hola! —responde con demasiado entusiasmo, antes de darse la vuelta para ver quién es.

Mary Alice Merton, compañera de Todo por la Tesis. Cara de chica de campo y sonrisa de folleto dental.

—Pensábamos que te habías muerto.

La peor libertad recorre su cuerpo. «No me he muerto, pero he ayudado a matar a alguien.»

—No. La beca de investigación, ya sabes.

—¿Y qué ha pasado? ¿Dónde has estado?

Oye a su fallecido mentor que cita a Mark Twain: «Si dices la verdad, no tendrás que acordarte de nada».

—En el campo. Me he perdido un poco.

Ella le da un golpecito en el brazo con el anverso de las uñas.

—No es usted el primero, señor.

—Tengo todos los datos, pero no consigo organizarlos de un modo coherente.

—Miedo a la finalización. ¿Qué es tan rematadamente difícil a la hora de presentar la tesis? Es un lío enorme. Pues que le den, entrégala ya.

Se esfuerza por apartar ese nerviosismo infernal y recuperar un tono de conversación normal. Por hacerse pasar por sí mismo y no parecer un incendiario cómplice de homicidio involuntario. Los psicólogos deberían ser los mayores mentirosos del planeta. Años de entrenamiento viendo cómo la gente se engaña a sí misma y engaña a los demás. Las lecciones regresan a él. Haz lo contrario de lo que te piden tus impulsos criminales. Y cuando te citen para declarar ante el tribunal de la opinión pública, deslúmbrales con pistas falsas.

—¿Tienes hambre? —Se acuerda de levantar una pizca las cejas.

Ve cómo desaparecen las alarmas en ella. «¿Quién es este chico? Tres años sin hacer otra cosa más que trabajar, autista *borderline*, ¿y ahora quiere dáselas de humano?» Pero el sesgo de confirmación siempre le gana al sentido común. Todos los datos lo demuestran.

—Estoy muerta de hambre.

Mete los meses de correo en la mochila y se encaminan juntos hacia un sitio de falafel que abre por la noche. Cinco años más tarde, tendrá una carpeta llena de publicaciones respetables sobre el idealismo de grupo y será candidato para un puesto en la Universidad Estatal de Ohio. Y otros quince años después —nada de tiempo—, será una notable figura en la materia.

Es más fácil vivir durante meses en lo alto de una secuoya que pasar siete días a nivel del suelo. Todo pertenece a alguien: eso lo sabe hasta un bebé. Es una ley como la de Newton. Ir por la calle sin dinero es un crimen, y ningún ser vivo se imaginaría ni por un instante que las cosas en la vida real pudieran ser de otra manera. Nick no puede permitir que lo arresten por nada: ni por vagabundeo ni por acampar sin permiso ni por arrancar bayas en el parque natural. Encuentra una cabaña de alquiler por semanas en un pequeño pueblo deprimido a los pies de las montañas taladas. Su jardín da hacia un bosquecillo de secuoyas jóvenes, rectas y limpias, de solo cincuenta centímetros de grosor, pero que le resultan familiares. Lo más cercano a un pariente que le queda.

Debe abandonar este lugar, irse lo más lejos posible, por simple seguridad y por salud mental. Pero no deja de esperar, no renuncia a la posibilidad de un mensaje que redima aunque sea una pequeña fracción del desastre. Él vivió aquí, con ella. Aquí, durante casi un año, supo lo que era tener un objetivo. De todos los lugares de esta Tierra olvidadiza, este es al único donde ella regresaría.

No habla con nadie, no va a ningún sitio. Llega de nuevo la temporada de lluvias, la temporada que acaba de terminar. Se queda dormido con una llovizna y se despierta con un chaparrón. El tejado cobra vida con el ataque del agua. Espera levantado, atento, en tensión. Apenas se ha dormido cuando vuelve a despertarse aterrorizado con la luz del día y el alto el fuego de la lluvia.

Sale para comprobar el conducto del desagüe. Se ha desbordado y forma

un riachuelo improvisado que atraviesa el porche de alquiler. En camiseta y pantalón de chándal, observa el amanecer que despunta entre las montañas. La hora huele a humedad y a mantillo, y el suelo bulle bajo sus pies descalzos. Alberga dos pensamientos enfrentados. El primero, mucho más viejo que la infancia de cualquiera, es: «La alegría llega por la mañana». El segundo y más reciente: «Soy un asesino».

Se oye un desgarró en el aire. Nicholas levanta la vista y la ladera comienza a licuarse. Las lluvias de anoche han ablandado la tierra y, desprovista ahora de la cubierta que la sostuvo durante cientos de miles de años, la montaña se desliza con un bramido. Árboles más altos que faros se quiebran como ramitas y se desploman en masa, formando una ola que desciende por la pendiente. Nick se da la vuelta y echa a correr. Por encima de él, un muro de piedra y madera de seis metros de alto vuelve a su hogar. Se abre paso con dificultad a través de un sendero cuesta abajo y, al darse la vuelta, observa cómo el río de árboles golpea la fachada de la cabaña. El salón se llena de madera y piedras. La casa se levanta de sus cimientos y se sacude con la corriente.

Corre hacia sus vecinos gritando:

—¡Salid! ¡Rápido!

Entonces los vecinos también echan a correr, con los dos niños pequeños, hacia la furgoneta familiar. Pero los escombros alcanzan antes el vehículo y lo obstaculizan. Los árboles chocan contra la casa, abombados como lava de madera.

—Por aquí —grita Nick, y los vecinos lo siguen.

Los conduce hacia otro barranco por una pendiente menos empinada. Y allí, la marea del desprendimiento se detiene junto a la delgada línea de secuoyas. El barro y los escombros rezuman por la barrera, pero los árboles se mantienen firmes. La madre se viene abajo. Solloza y abraza a sus hijos. El padre y Nick miran hacia arriba, hacia la montaña pelada que ha perdido altura. El hombre susurra:

—Dios mío.

Nick se sobresalta. Mira hacia donde señala su vecino. En cada uno de los troncos de la barricada que les acaba de salvar la vida hay una X de pintura azul. Los árboles que talarán la semana que viene.

Douglas vuelve a Mimi, como un perro, en los momentos peores. Al

principio solo para verla, para asegurarse de que sigue bien. Luego para contarle un sueño extraordinario. Ella ha desconectado el contestador. Así que Douglas se acerca a su casa, pese a las reticencias de la mujer.

En el sueño, Mimi y él están sentados uno frente al otro en un parque de una bonita ciudad junto a una bahía más bonita todavía. Aparece Cabello de Venus, que sonrío y dice: «Esperad. Lo van a explicar. Ya veréis». Douggie, nervioso, no deja de moverse mientras habla.

—¡Es como si ella lo hubiera visto todo! Y nos lo estaba mostrando. Cuando me desperté estaba clarísimo. Todo va a ir bien.

Mimi no se muestra muy entusiasmada. La simple idea de «ir bien» le provoca una especie de pavor. Así que él se mantiene alejado durante un tiempo. Pero el sueño vuelve con nuevos detalles que Mimi debe saber, Douglas está seguro de ello. Después de que llame a su puerta con insistencia, Mimi abre, tira de él para que entre y se sientan en la misma mesa desde la que enviaron tantas cartas de protesta tiempo atrás.

—Douglas, hemos quemado edificios. Se nos fue la cabeza. Delincuentes chiflados. Nos van a matar. ¿No lo entiendes? Nos pasaremos el resto de la vida en una prisión federal.

Él no dice nada. La palabra *prisión* le trae imágenes de su propio pasado, del pasado que lo condujo por ese tortuoso camino.

—De acuerdo, lo entiendo. Pero en el sueño ella te rodeaba con el brazo y decía...

—¡Douglas! —grita, tan fuerte que se le oye a través de las paredes. Prosigue, esta vez susurrando—: No vengas nunca más. Voy a vender el apartamento. Me marchó.

Pone los ojos como platos, como una rana que intenta tragar.

—¿Te marchas?

—Escúchame. Tienes. Que. Irte. Comienza una nueva vida. Cambia de nombre. Estamos hablando de un incendio provocado. De homicidio involuntario.

—Cualquiera pudo provocar esos incendios. No hay nada que nos inculpe.

—Tenemos antecedentes. Somos radicales medioambientales reconocidos. Revisarán los ficheros. Seguirán todas las pistas...

—¿Qué pistas? Lo pagamos todo en efectivo. Condujimos cientos de kilómetros. En esos ficheros hay un montón de personas, no hay pruebas.

—Douglas. Desaparece. Escóndete. No vuelvas nunca más. No me busques.

—Vale. —Le arden los ojos. No hay forma de convencerla. Con la mano en la puerta, se da la vuelta—. ¿Sabes? Ahora mismo tampoco es que esté tan campante.

Vuelve a soñar con lo mismo. Están sentados en una colina sobre la ciudad del futuro. Cabello de Venus le está diciendo: «¡Espera! ¡Vas a ver!». Y, en efecto, el bosque brota alrededor de ellos. Es más que extraordinario: Mimi tiene que saberlo. Pero cuando llega a su casa, hay un gran letrero rojo delante que dice: «VENDIDO».

No tiene donde ir. De las tres opciones disponibles, el este parece la mejor. Así que carga sus pertenencias en la camioneta y se dirige a la garganta del río Columbia. Ni siquiera le dice a su jefe que se marcha de la ferretería. Le da igual que se queden con su sueldo de las dos últimas semanas.

En la frontera de Idaho, se le ocurre que necesita ver el lugar de los hechos. Está casi al lado, teniendo en cuenta las distancias del oeste. En todo caso, es una ocasión para despedirse como es debido. Mimi le grita al oído y le dice que es una locura. Cualquiera persona razonable diría lo mismo. Pero la razón es lo que convierte todos los bosques del mundo en rectángulos.

Llega por la autopista, con el corazón palpitante. Se dirige hacia el solitario carril de acceso a través del desfiladero de píceas, tan rígidas como jueces en la noche que se abaten sobre él. Sus músculos recuerdan. Es como si los cuatro supervivientes estuvieran de nuevo en la furgoneta durante los enfermizos momentos posteriores. Pero al aproximarse al lugar, ve otro fuego definido, controlado y blanco: los arcos eléctricos que iluminan el trabajo nocturno. Hay cascos pululando por todas partes, reparando los daños. La respuesta del capital al retraso en el calendario consiste en añadir turnos.

Un camión grande cargado con estructuras de aluminio. Un responsable de circulación con una bandera roja. Douglas se detiene para echar un vistazo. No hay rastro del incendio. Mimi le grita que salga cagando leches de allí antes de que alguna cámara de seguridad instalada en un tronco lea su matrícula. Hay otra voz que también le da órdenes: *Aquí no*. Cabello de Venus.

Deja atrás la obra y se dirige hacia la autopista desierta. En el siguiente cambio de sentido, emprende de nuevo la dirección hacia el este. Después de media noche, el coche llega por fin a Montana. Aparca al comienzo de un sendero de un bosque nacional y duerme unas cuantas horas en el asiento reclinado del conductor.

La luz del día cubre de mármol el cielo. Recorre las carreteras secundarias sin ninguna orientación y se alimenta de cecina de ternera y de caramelos Atomic Fireball que compra al repostar combustible. Conduce por una cuenca rodeada de cumbres, un pastizal rocoso demasiado seco para resultar útil. Pero la vida sigue siendo útil de un millón de formas distintas. Un movimiento en el campo llama su atención: unos antílopes que se pelean con una alambrada. Hay cinco, y uno está herido. La numerología —la «señal»— se apodera de Douglas, que empieza a temblar. Se para en el arcén. Una sensación de alejamiento, enorme y vacía, del tamaño del cielo, se instala en su interior. Se queda dormido con una rendija abierta en la ventanilla y con los coyotes aullando como si el mundo aún les perteneciera.

La mañana del segundo día conduce sin rumbo. El sol del amanecer le sirve para orientarse. Pasan los kilómetros y las horas, no siempre en línea recta. Algo extraño brota a la izquierda de la carretera. En la imagen hay algo fuera de lugar, lo sabe incluso antes de verlo. En esa vasta extensión dorada y gris, hay un oasis perdido de un verde energético. La avanzadilla de una ribera, pero sin río. Toma demasiado rápido la siguiente salida, un carril de macadán desmoronado, azotado por decenas de estaciones de nieves y por las raíces de las hierbas que jamás aceptan un no por respuesta. Aunque reduce la velocidad al mínimo, la carretera aún quiere romperle los ejes y descascarillar el chasis. Por fin llega a una arboleda de chopos, melnuda como una pandilla de adolescentes.

Se baja del coche y echa a andar. Varios metros más adelante, una bandada de gorriones se desenrolla por encima de la hierba. Ese bosquecillo no tiene sentido. Los árboles crecen hacia arriba como fuentes. Algunos se dividen en ramilletes de tallos que ocupan una superficie de dos metros de diámetro. Álamos de Virginia retorcidos. No hay señales de vida humana en kilómetros a la redonda, pero todos esos árboles crecen en una cuadrícula que parece el rompecabezas de un niño. Al pasar por debajo de las galerías verdes, tiene una idea: está en las calles de una ciudad invisible. Aceras, aparcamientos, patios, establecimientos, tiendas, iglesias, casas: todo ha desaparecido, se lo han llevado, salvo esas pocas manzanas cuadradas de cortina forestal. Se sienta debajo de algo que una vez fue el orgullo de un ventanal familiar. Ahora esa sombra gigante no cubre a nadie.

Suena algo parecido a un arroyo oculto. Un aplauso vigoroso de cien años de antigüedad. Mira hacia la columnata, unos cuantos cuadrados de sombra plantada que canta con la brisa, árboles contentos de que alguien regrese a ese

pueblo abandonado para admirarlos. Su susurro es como un himno que brota de una iglesia desaparecida para resonar por un amplio bulevar desaparecido para gente también desaparecida. Ahora el salmo no se dirige más que al efusivo coro, y no hay nada de malo en ello. El coro también merece recordar. *Regocíjese el campo, y todo lo que en él está; entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento.*

Mimi, con un vestido negro de crepé, se encuentra junto a la recepción de la galería Las Cuatro Artes, en la calle Grant. Se balancea en la butaca de piel y cada pocos segundos se tira del dobladillo travieso del vestido por donde asoman sus rodillas maduras. Esta mañana, su atuendo parecía propio de una marchante de arte, adecuado para conseguir doscientos dólares más en cualquier negociación con un hombre. Pensó que así compensaría la cicatriz que le recorre la cara. Ahora le da la impresión de parecer una aficionada.

La ayudante con el pelo corto regresa para ofrecerle más café mientras aparta la mirada de la cicatriz y le promete que el señor Siang llegará en un momento. El señor Siang ya lleva setenta minutos de retraso. Tiene el pergamino desde hace semanas. Ha retrasado la reunión dos veces. Algo sucede en la trastienda. Se han aprovechado de ella, aunque no sabe cómo.

Hay más tesoros en esa galería. Veleros de laca. Una montaña flotante envuelta en nubes, dibujada a tinta con meticulosidad. Esferas de marfil con mil figuras de mundos intrincados y concéntricos. A Mimi le llama la atención un cuadro de la pared del fondo: un gran árbol negro con ramas de arcoíris contra el cielo azul. Se levanta, se tira del dobladillo y cruza la sala. Lo que parecía una cornucopia de hojitas se convierte en cientos de figuras que meditan. Lee la etiqueta: «*El campo del mérito*, también llamado *El árbol del refugio*. Tíbet, ca. mitad del siglo XVII». En la extensa copa, las hojas humanas parecen agitarse con el viento.

Por detrás de ella, una voz la llama:

—¿Señorita Ma?

El señor Siang, con un traje gris y unas gafas rojas, la conduce hacia la sala de atrás. Mira la cicatriz de su cara sin parpadear. Con una mano perentoria, hace que se siente junto a una mesa de conferencias fabricada con caoba ilegal, sobre la que descansa la caja del pergamino. Mientras se dirige hacia la ventana dice:

—La pieza es muy hermosa. Unos maravillosos arhats con un estilo muy

característico. La pena es que no tenga papeles ni certificado de procedencia.

—Sí..., nunca los tuvimos.

—¿Y dice que este pergamino llegó a América con su padre y que perteneció a la colección de arte de su familia en Shanghái?

Ella se tira del vestido por debajo de la mesa.

—Así es.

El señor Siang se aparta de la ventana y se sienta muy erguido enfrente de ella. En la cuenca de la mano reposa su codo derecho, y los dos primeros dedos de la mano derecha parecen sostener un cigarrillo invisible.

—No podemos datarlo con la precisión que nos gustaría. Y tampoco estamos seguros del autor.

Ella se pone en guardia.

—¿Y qué hay de los sellos del propietario?

—Hemos seguido su rastro en orden cronológico. No queda claro cómo llegó a las manos de la familia de su padre.

Mimi confirma lo que ha sospechado durante semanas. Traer el pergamino para que lo tasen ha sido un error. Le dan ganas de agarrarlo y salir corriendo.

—La letra de las inscripciones también es complicada. Es un tipo de caligrafía de la dinastía Tang que denominamos «escritura cursiva salvaje». En concreto, de Huai Su. Puede que posterior.

—¿Qué significa?

El hombre inclina la cabeza hacia atrás, para encajar mejor la insolencia.

—Es un poema de autor desconocido. —Desenrolla el pergamino. Sigue con el dedo las columnas de palabras.

En esta montaña, con este clima,

¿por qué demorarse más aquí?

Tres árboles me hacen señales con brazos insistentes.

Me inclino a escuchar, pero su prisa

suená como el viento.

Brotes nuevos ponen a prueba las ramas, incluso en invierno.

La piel se le eriza antes de que acabe el poema. Está en el aeropuerto de San Francisco oyendo que la llaman por megafonía. Está leyendo el poema que su padre dejó en lugar de una nota de suicidio. *¿Cómo se levanta y cae un hombre en esta vida?* Está encendiendo fuegos apremiantes en la ladera de una montaña en la fría oscuridad. Fuegos que matan a una mujer.

—¿Tres árboles?

El señor Siang muestra las palmas a modo de disculpa.

—Es poesía.

Su rostro destila frío y calor. La mente no le funciona. Algo intenta llegar hasta ella desde muy lejos. *¿Por qué demorarse más aquí? Ve a su hermana Amelia con doce años, envuelta en un mono de nieve del doble de su tamaño, que aparece llorando por la puerta trasera. El árbol del desayuno está brotando demasiado pronto. La nieve va a matarlo. Y su padre, con una sonrisa: Nuevas hojas siempre ahí. Incluso antes del invierno. Algo en lo que Mimi, en sus dieciséis inviernos, nunca había reparado.*

—¿Ese poema resulta legible... para una persona corriente?

—Puede que para un estudioso. Para un estudiante de caligrafía.

No tiene ni idea de qué estudió su padre. Productos electrónicos en miniatura. Lugares donde acampar. La lengua de los osos.

—Este anillo. —Le tiende el puño por encima de la mesa. El marchante se acerca para observarlo, con una sonrisa un tanto abochornada.

—¿Sí? Un árbol de jade de estilo Ming. Un buen acabado. Podríamos tasarlo.

Ella aparta la mano.

—Déjelo. Hábleme del pergamino.

—El tratamiento de los arhats es muy hábil. Basándonos en su singularidad histórica y en la calidad del dibujo, lo hemos valorado entre... —Las dos cifras que menciona provocan en Mimi una risita aguda y primate que tarda en reprimir—. En Las Cuatro Artes estaríamos dispuestos a pagarle algo intermedio, dentro de esa horquilla.

Ella se recuesta fingiendo calma. Tenía la esperanza de que se liberaría un poco de la presión económica. Durante dos años, tal vez tres. Pero eso es una fortuna. Libertad. Lo bastante como para pagar una vida nueva. El señor Siang evalúa, con los ojos impasibles detrás de la montura rojo sangre, el rostro marcado de la mujer. Ella no aparta la vista y se prepara para el enfrentamiento. Ha presenciado la extinción del fuego más feroz. Después de Olivia, puede aguantar la mirada viva de cualquiera.

El pergamino continúa sobre la mesa entre los dos. Esa caligrafía salvaje e inclinada, el poema crítico, las figuras sentadas a solas en esos bosques antiguos, casi transformadas, casi formando parte del todo, ahora pertenecen a Mimi. Es ella quien debe decidir, aunque de pronto esa decisión le parece un acto delictivo. Hay tres árboles que quieren algo de ella. Pero no tiene ni

la más remota idea de qué.

Sobrevivir al señor Siang es tan fácil como respirar. Al cabo de tres segundos, él aparta la vista. Mientras, ella escruta el alma del tasador. Él ha omitido alguna referencia en algún punto de su explicación acerca del pergamino. Está tan claro como el tic que tiene en el ojo. El pergamino vale varias veces más de lo que propone. Es un tesoro nacional perdido hace mucho tiempo.

Ella inspira, sin poder reprimir una sonrisa.

—Me pregunto si alguien del Museo de Arte Asiático podría ayudar con la identificación.

La galería Las Cuatro Artes no tarda en realizar una nueva oferta. Ni Mimi ni sus dos hermanas ni sus sobrinos tendrán que preocuparse por el dinero en mucho tiempo. Para ella es una salida. Una reconversión. Una nueva identidad. *¿Por qué demorarse más aquí?*

Llama a Carmen y Amelia por primera vez en un año. Primero a Carmen. Mimi no menciona nada de su cicatriz, de la venta del apartamento o de que la buscan en tres estados. Se disculpa por haber desaparecido.

—Perdona. He pasado por un mal momento.

Carmen se echa a reír.

—¿Quieres decir que hay buenos momentos?

Mimi menciona la oferta.

—No sé, Mimi. Es una herencia familiar. ¿Qué más nos ha dejado papá? —«Los tres árboles de jade», le entran ganas de decir a Mimi. «Que hacen señales con brazos insistentes»—. Solo quiero hacer lo que él preferiría.

—Entonces, haz lo que él hizo. Es casi lo único que guardó durante toda su vida.

Luego llama a Amelia. Santa saludable y paciente que se ocupa de sus niños salvajes y alegres incluso mientras escucha a la loca de su hermana. A Mimi le falta un suspiro para decirle: «Huyo de la justicia. Ha muerto una amiga. He incendiado propiedades privadas». En vez de eso, le lee la traducción del poema.

—Qué bonito, Mimi. Creo que significa que hay que relajarse. Relájate, ama y haz lo que quieras.

—Carmen dice que es nuestra única reliquia familiar.

—¡Madre mía! Dejaos de sentimentalismos. Papá fue el hombre menos sentimental del mundo.

—Y austero con el dinero.

—¿Austero? ¡Era un tacaño! ¿No te acuerdas del sótano lleno de productos de oferta? Cajas de refrescos, chaquetas de plumas y paquetes de calcetines a mitad de precio.

—Carmen dice que él guardó el pergamino durante toda su vida.

—Puf. Es probable que estuviera esperando el mejor momento para venderlo.

Una vez más, la decisión definitiva recae sobre unos hombros tan estrechos como los de una niña. Esa noche, el ingeniero de la sonrisa permanente, el dueño de los cuadernos de acampada, el amable suicida le susurra la respuesta. «El pasado es un loto. Pódalo y crecerá.»

* * *

Dorothy Cazaly Brinkman, mucho más sonriente, lleva una bandeja de palisandro con la papilla del desayuno desde la cocina hasta la habitación de su marido. En la cama mecánica, unos ojos le aúllan. La boca del hombre, combada y rígida por el terror, parece como la de una máscara de tragedia griega. Ella reprime el impulso de darse media vuelta cuando llega a la puerta.

—Buenos días, Ray-Ray. ¿Has dormido?

Deposita la bandeja en la mesita auxiliar. Los horribles ojos la persiguen. *Enterrado. En vida. Para siempre.* Ella toma impulso. Los lirios del valle, en un vasito, van a la mesita de noche. Retira la colcha, húmeda de baba. Luego coloca la bandeja de palisandro, con el desayuno caliente, sobre el cuerpo medio paralizado.

Cada nueva mañana su actuación de método es más convincente. No hay nada en el mundo que le muestre cuántos días como ese le quedan por delante ni cuántos más es capaz de soportar. Él emite sonidos. Ella se inclina hasta que le roza los labios con la oreja. Lo único que oye es «Nnn».

—Lo sé, Ray. No pasa nada. ¿Estás listo?

Se sube las mangas con mucha teatralidad. La máscara de la boca de Ray se mueve un poco, y ella lo interpreta según su conveniencia. Más que la parálisis, más que su habla frustrada, lo que lo convierte en otra cosa es esa boca.

—Es un nuevo cereal de la antigüedad. Viene de África. Es bueno para la

regeneración celular.

Él levanta la mano movable un centímetro, es probable que para detenerla. Dorothy lo ignora; es algo que se le da bien. Enseguida los cereales de la antigüedad le chorrean por la barbilla hasta el babero. Ella lo limpia con un paño. Su rostro petrificado parece rígido al tacto, pero sus ojos..., sus ojos dicen, de un modo clarísimo: «Eres la única cosa soportable que me queda, además de la muerte».

La cuchara entra y sale. A ella le sobreviene el impulso atávico de hacer el sonido del avión.

—¿Oíste anoche a los búhos llamándose entre ellos?

Le limpia la boca y le da otra cucharada. Ella recuerda un momento de la segunda semana, cuando él todavía estaba en el hospital. Tenía una mascarilla de oxígeno en la cara. Un gotero en el brazo. No dejaba de darse manotazos con la extremidad buena. Tuvo que llamar a la enfermera, que le ató la mano con una gasa. Ray miró por encima de la máscara con reproche. «Déjame que acabe con esto. ¿No ves que intento ayudarte?»

Durante semanas, lo único que Dorothy pensó fue: «No puedo hacerlo». Sin embargo, la práctica reduce al mínimo lo imposible. La práctica le hizo superar el pragmatismo de los médicos y la compasión de los amigos. La práctica le ayuda a mover el torso petrificado de Ray sin sentir arcadas. La práctica le enseña a oír las palabras iceberg de Ray. Con un poco más de práctica dominará incluso el hecho de estar muerta.

Después del desayuno, Dorothy comprueba si Ray necesita que lo limpien. Y sí, lo necesita. La primera vez —en el hospital, la succión realizada por una enfermera experimentada— lo dejó gimiendo. Incluso ahora, los guantes de goma, la esponja, el tubo y la masa cálida que ella se lleva al cuarto de baño humedecen los ojos de gárgola de Ray.

Ella lo limpia, lo cambia de postura y comprueba si hay escaras. Se pasa todo el día sola. Carlos y Reba, los cuidadores a domicilio, solo vienen cuatro veces a la semana, dos veces más de lo que a Ray le gustaría y la mitad de las veces que Dorothy necesita. Ella le pone la mano en el hombro. La dulzura es la sustituta de su cansancio.

—¿Quieres tele? ¿O prefieres que te lea?

Ella cree que él le dice que le lea. Comienza por el *Times*, pero los titulares le ponen nervioso.

—A mí también, Ray. —Aparta el periódico—. La ignorancia no hace daño, ¿eh?

Él dice algo. Ella se acerca.

—Crzz.

—¿Cruz? No es una cruz. Era broma, Ray.

Él vuelve a repetirlo.

—¿Una cruz? ¿Qué es una cruz? —Aparte de la vida que ahora debe soportar, claro.

Otra sílaba se escapa de sus labios rígidos.

—Grmm.

Ella se queda helada. Su ritual matutino de toda la vida, desde que viven juntos. Ahora es imposible. Y lo peor es que es domingo, el día de los crucigramas para expertos. El único día que él echaba pestes de los pasatiempos del periódico.

Se pasan toda la mañana con el crucigrama. Ella le da pistas, mientras Ray sigue con la mirada perdida y helada. «Es sinónimo de hacerse daño. De donde beben los niños. Poner distancia.» A intervalos geológicos, él gruñe cosas que podrían ser palabras. Para Dorothy eso es más fácil que plantarlo delante de la televisión. Incluso se sorprende a sí misma fantaseando con la idea de que un crucigrama diario —adoptado como rutina— podría ayudar a reconstruirle el cerebro.

—Primer signo de la primavera. Cinco letras. Empieza por A.

Él lanza dos sílabas que ella no identifica y ella le pide que las repita. A continuación emite un gruñido, escoria fundida.

—Puede ser. Lo marco con lápiz y luego lo repasamos. —Como bailar un vals con una muñeca de trapo—. ¿Y esta? «Parte del huevo que también está en las plantas.» Cuatro letras, la tercera una M.

Él se queda mirándola, encerrado en sí mismo. Imposible saber qué queda dentro de esa habitación cerrada. La cabeza le cuelga y la mano movible rasca las sábanas como un animal herbívoro sobre la nieve invernal.

La mañana se hace larga mucho antes del mediodía. Ella aparta el crucigrama, un batiburrillo de revisiones y apelaciones. Es hora de pensar en el almuerzo. Algo con lo que no se atragante y que todavía no haya probado varias veces esta semana.

El almuerzo es como cruzar el Atlántico en un bote de remos. Por la tarde, ella lee en voz alta. *Guerra y paz*. La campaña ha sido larga y ardua, se ha extendido durante semanas, pero a él parece gustarle. Ella pasó varios años tratando de convertirlo a la ficción. Ahora él no tiene más remedio que escucharla.

Incluso para ella, la historia es compleja. Demasiadas personas con demasiadas emociones que recordar. El príncipe-héroe cae en medio de una inmensa batalla. Se queda paralizado bocarriba sobre la tierra helada, rodeado de caos. Sobre el soldado no hay nada más que cielo, un cielo elevado. No puede moverse, lo único que puede hacer es mirar hacia arriba. El héroe yacente se pregunta cómo ha pasado por alto hasta ese momento la verdad fundamental de la existencia: el mundo entero y todos los corazones de los hombres, alineados debajo del azul infinito, no son nada.

—Lo siento, Ray. Me había olvidado de esta parte. Nos la podemos saltar.

Sus ojos vuelven a aullar. Pero tal vez no sea la ficción lo que le desconcierta. Tal vez no es capaz de entender por qué su mujer sigue llorando.

La cena vuelve a convertirse en una campaña prolongada, otra guerra por tierra en Asia. Ella le pone la televisión. Luego se va para la segunda cena. La suya. Alan queda con ella en la puerta del taller. Tiene el pelo cubierto de virutas de madera. Sus ojos también aúllan un poco. Ella aparta la mirada. Él la abraza, y es tan horrible como volver a casa. Su futuro prometido. ¿Se puede tener un prometido cuando el divorcio se ha detenido por causa mayor, como dicen en la profesión de su marido?

—¿Qué tal el día? —Y sí, él espera que conteste.

Pero esta noche, mientras toman comida china para llevar entre violines, violas y chelos desmembrados, entre los cuerpos sin cuello y las tapas blancas desnudas que cuelgan de alambres, entre los fondos de arce y el olor de los bloques de píceas y sauce, entre los trozos de ébano puro para los diapasones, entre los pedazos de boj y de caoba reciclada para los accesorios, lo único importante es respirar, una inspiración tras otra.

Ella da un golpecito con los palillos chinos.

—Ojalá nos hubiéramos conocido cuando éramos más jóvenes. Tendrías que haberme visto entonces.

—Uy, no. La madera antigua es mucho mejor. Los árboles que crecen cerca de la cima, en la ladera norte de las montañas.

—Me alegra resultar útil.

—Lo que es una pena es que yo sea tan viejo. Esto podría dárseme bien. —Señala las tapas talladas y cepilladas que cuelgan del techo—. Ahora es cuando empiezo a entender cómo funciona la madera.

Dos horas más tarde, ella regresa a casa. Ray oye el coche que se para en el camino de acceso, el garaje que se abre, la llave en la puerta de atrás. Pero

cuando su esposa llega a la habitación, él tiene los ojos cerrados y la abrupta boca le cuelga con laxitud. En la tele, la gente se ríe con estridencia por los chistes de los demás. Ella la apaga y se acerca a la cama para recolocar las sábanas manchadas sobre el rígido armazón. Él le agarra de golpe la muñeca con su única mano buena y abre los ojos de par en par con esa mirada infernal y asesina. Ella da un salto y chillá. Luego se calma y lo tranquiliza.

Siempre fue el hombre más amable del mundo. Aguantó sus escarceos con la paciencia de un santo. Se alteró un poco cuando ella anunció el final y dijo que solo quería lo mejor para su mujer. Que se quedara y siguiera haciendo lo que quisiera. Que si tenía problemas, él siempre estaría ahí. Ahora tiene problemas. Y sí. Él. De ella. Siempre.

—¡Por dios, Ray! Pensé que estabas dormido. —Él suelta algo tan incierto que podría formar parte de un cántico en sánscrito—. ¿Qué dices? —Se acerca para participar en ese angustioso juego de adivinanzas sin mímica. Dos sílabas, ambas turbias—. Repítemelo, Ray.

Como ya sucedió en la vida antes de la muerte, la paciencia de él supera la de ella. Los músculos del lado descongelado se sacuden. Toda clase de espectros acarician la piel de Dorothy y le tocan el pelo con los dedos.

—Ray-Ray. Lo siento. No sé qué me dices.

De los labios semimovibles brota un chorro de nuevos sonidos. Ella vuelve a acercarse con atención. Al principio oye «Api». La petición es tan improbable que le cuesta entenderla. «Lápiz». Ella busca un papel y un lápiz, a pesar de lo absurdo de la idea. Le coloca el lápiz en la mano marginal y observa los dedos que se mueven como la aguja de un sismógrafo. Tarda varios minutos en trazar varios garabatos horribles.



Ella mira la maraña de trazos temblorosos sin ver nada. No tiene sentido, pero es incapaz de decírselo al hombre que sigue atrapado en los escombros. Entonces brota una palabra y un significado que se estrella contra ella. Dorothy comienza a sollozar mientras agarra a Ray del brazo rígido y le dice lo que él ya sabe.

—Tienes razón, ¡tienes razón!

Cuatro letras, la tercera es la M. «Parte del huevo que también está en las plantas.» Yema.

Veinte primaveras no son nada. El año más caluroso del que se tiene constancia viene y se va. Luego otro. Luego diez más, casi todos ellos los más calurosos de la historia documentada. Los mares crecen. El reloj anual se rompe. Veinte primaveras, y la última comienza dos semanas antes que la primera.

Desaparecen especies. Patricia escribe sobre ellas. Demasiadas especies para llevar la cuenta. Los arrecifes de coral se blanquean y los humedales se secan. Se pierden cosas ignotas. Hay formas de vida que desaparecen a una velocidad que supera mil veces la tasa natural de extinción. Bosques más grandes que la mayoría de los países se convierten en sembrados. *Mira la vida que te rodea; ahora, borra la mitad de lo que ves.*

En veinte años nace más gente de la que había el año en que nació Douglas.

Nick se esconde y trabaja. ¿Qué son veinte años para un trabajo más lento que los árboles?

Uno de los estudios de Adam demuestra que no estamos preparados para percibir los cambios lentos y paulatinos cuando algo llamativo y colorido nos llama la atención.

Es posible observar la manecilla del reloj que marca las horas —concluye Mimi— sin despegar la vista de ella mientras da vueltas por la esfera y, aun así, no percibir un solo movimiento.

En *Destino 8* Neelay pesa sesenta y cinco kilos, está blanco como la leche y tiene el pelo de Einstein. Sus rasgos parecen de diferentes etnias según la luz y la ciudad donde se encuentre. Solo mide uno cuarenta y dos, pero sus ágiles pantorrillas y sus muslos musculosos lo llevan a cualquier parte. Se llama Espora, y no es nadie. Como cualquier otro colono de esos once continentes, ha ganado unas cuantas medallas, ha construido algunos monumentos y ha ahorrado algo de dinero. Hay chicas en su vida, en provincias alejadas entre ellas. Es el alcalde de un pueblo minúsculo y el gerente de una tapicería de otra localidad. Durante un tiempo hizo de sacerdote en un monasterio que ahora parece estar medio muerto. Lo que más le gusta es caminar. Encontrarse con gente desconocida. Observar las ramas de los cipreses

tambaleantes y ver hacia dónde sopla el viento.

Se ha mudado junto a cientos de millones de personas a ese mundo paralelo, al juego favorito de todos ellos. No se acuerda de cuando la Red no existía. Esa es la tarea de la conciencia, convertir el Ahora en Siempre, confundir lo que es con lo que debería ser. Algunos días parece como si él y el resto del Valle del Deleite de los Corazones no hubieran inventado la vida en línea, sino que se hubieran hecho un hueco en ella. La evolución en una tercera fase.

Es miércoles por la tarde y se encuentra fuera, en la carretera, cuando debería estar en una reunión de junta para aprobar la adquisición de un estudio de modelado en 3-D. Sin embargo, está allí, en el juego, realizando un poco de I+D personal. Ya lleva días de peregrinaje en una expedición desde el polo hasta el ecuador en la que habla con todos los habitantes que se encuentra por el camino. Grupo focal aleatorio. Investigación de mercado y ejercicio personal, todo en uno.

Es un día de mercado delante del ayuntamiento de una próspera ciudad de un cantón donde nunca había estado. Por debajo de los tañidos del carillón, la gente regatea los precios de toda clase de productos y servicios: carretas, velas, motores, lentes, metales preciosos, tierra, huertos. Ropa confeccionada a mano, muebles artesanos, laúdes que suenan de verdad. El año pasado eso habría consistido en un simple trueque: gente intercambiando artículos. Pero hoy en día existe el dinero en efectivo —dólares, yenes, libras, euros—, millones que circulan mediante transferencias electrónicas en el mundo que hay más arriba.

—Idiotas —dice alguien en el canal del mercado municipal. Neelay mira a su alrededor para ver quién ha hablado. A su lado, entre la gente, hay un hombre con un traje de ante. Por un instante, Neelay lo toma por un *bot*, un sistema de inteligencia artificial, y no un jugador. Pero camina de una manera peculiar. Es un ser hambriento y humano.

—¿Quién es idiota?

—¿No se hartan de esto allí arriba?

—¿Allí arriba?

—En el mundo oxidado. Hay que fichar, ganarse el pan, llenar la casa de mierdas. Este sitio es igual de malo que la Tierra Corpórea.

—Aquí hay mucho por hacer.

—Eso pensaba yo antes —contesta el hombre del traje de ante—. ¿Eres un dios?

—No —miente Neelay—. ¿Por qué?

—Porque tienes muchos *buffs* diferentes.

Toma nota para disimularlos la próxima vez que salga.

—Es que llevo mucho tiempo jugando.

—¿Y sabes dónde suelen ir los dioses?

—No. ¿Necesitas que arreglen algo?

—Sí, este sitio, en general.

Neelay se enfada. Las ganancias han alcanzado cifras inauditas. En Corea, un niño mató a su madre porque le estaba regañando para que abandonara el juego. Siguió jugando durante dos días, usando la tarjeta de crédito de su madre y acumulando triunfos, mientras el cadáver de la mujer yacía en la habitación de al lado. Pero a todo el mundo le gusta criticar.

—¿Qué problema tienes?

—Quiero que me vuelva a gustar este sitio tanto como antes. Cuando comencé a jugar, pensé que era un paraíso. Había un millón de formas de ganar. Ni siquiera sabía lo que significaba ganar. —El explorador del traje de ante se queda congelado durante un momento. Puede que su ánima haya salido a tirar la basura, que esté contestando una llamada o acunando a un recién nacido. Entonces el avatar resucita de un modo extraño mientras avanza con dos pasos—. Ahora es la misma mierda una y otra vez. Cavar minas en las montañas, talar bosques, cubrir los prados con placas de metal, levantar castillos y almacenes absurdos. Cuando todo está como tú querías, llega algún gilipollas con sus mercenarios y lo hace estallar por los aires. Es peor que la vida real.

—¿Quieres denunciar a algún jugador?

—Eres un dios, ¿a que sí? —Neelay no dice nada. Un dios que lleva décadas sin poder andar—. ¿Sabes cuál es el problema de este sitio? El del rey Midas. La gente construye mierdas hasta que el lugar se llena. Entonces vosotros, los dioses, creáis otro continente e introducís nuevas armas.

—Hay más formas de jugar.

—Yo también pensaba eso antes. Cosas misteriosas en las montañas y los mares. Pero no.

—Tal vez deberías ir a otros sitios distintos.

El hombre vestido de cuero sacude los brazos.

—Pensé que «este» era un sitio distinto.

El niño que aún desea crear una cometa digital para su difunto padre sabe que el hombre del traje de ante tiene razón. *Destino* tiene el problema del rey

Midas. Todo se muere convertido en oro.

Adam Appich asciende a profesor adjunto. No es una tregua, sino más presión. No tiene un minuto libre: conferencias, reseñas de libros, trabajo de campo, preparación de clases, horas de tutoría, montones de trabajos que corregir, reuniones, informes de promoción y una relación a distancia con una editora que vive a ochocientos sesenta y dos kilómetros de distancia.

Está corrigiendo un artículo mientras ve las noticias y se come un *teriyaki* de microondas en su primera vivienda, en Columbus (Ohio). Carece de tiempo para las noticias de actualidad y para comida de verdad. Sin embargo, al condensarlo todo mientras trabaja, logra justificarse. Al cabo de diez segundos, se da cuenta de lo que está viendo: edificios destripados y vigas carbonizadas, los resultados de algo que su recuerdo no logra reparar. Alguien ha bombardeado un laboratorio de investigación en el estado de Washington que se dedicaba a modificar el genoma de los álamos. La cámara se detiene en una pared tiznada de hollín. Sobre el cemento, hay una frase escrita con espray que una vez él ayudo a formular:

EL CONTROL MATA
LA CONEXIÓN CURA

Los viejos lemas del grupo. Es absurdo. El locutor no hace más que empeorar las cosas.

—Las autoridades creen que el incendio que costó siete millones de dólares está relacionado con otros ataques similares realizados durante los últimos años en Oregón, California y el norte de Idaho.

El mundo se divide y se duplica, y Adam se transforma en su propia imitación. Otra explicación más prudente: uno o más de uno de sus antiguos compañeros ha continuado por su cuenta. Lo más probable es que se trate de Nick, después de la muerte de su gran amor. O del veterano infantil, Douglas. O de ambos, que se han unido a nuevos fieles para continuar con los incendios. Quienquiera que haya provocado ese fuego utilizó los viejos lemas como si los derechos de autor fueran suyos.

La cámara muestra una panorámica de la viga del techo carbonizado. Adam reconoce los escombros como si él mismo se hubiera encargado de la explosión. No cinco años atrás, sino anoche. Como si acabara de llegar a casa

y debiera incinerar su ropa ahumada. La imagen se detiene en otra pintada garabateada al fondo del pasillo:

NO A LA ECONOMÍA SUICIDA

Seis semanas antes de convertirse en profesor adjunto, vuelve a ser un incendiario.

Tres meses más tarde, explota una nave de maquinaria en un almacén de madera cerca de la península Olímpica. Mimi se entera a través del *Chronicle*. Está sentada sobre la hierba en una esquina del parque Golden Gate, junto al Invernadero de las Flores, a diez minutos de la Universidad de San Francisco, donde se encuentra a punto de terminar un máster en Rehabilitación y Asesoramiento en Salud Mental. Reconoce los lemas de las pintadas, unos lemas que fueron de todos ellos. La noticia va acompañada de una columna titulada «Cronología del ecoterrorismo, 1980-1999».

Las detenciones son solo cuestión de tiempo. El mes que viene, el año que viene, una llamada en la puerta, el destello de una placa... La gente pasea mientras ella lee. Un vagabundo con todas sus pertenencias materiales en una mochila mugrienta. Unos turistas con gorras amarillas siguen a una mujer que porta una bandera japonesa. Una pareja se ríe y se lanza una jirafa de peluche. Mimi lee acerca de los crímenes que parece haber cometido. Suelta el periódico abierto sobre la hierba e inclina la cabeza hacia atrás. En el cielo pululan infinitos satélites capaces de localizar sus coordenadas con un margen de error de tres metros. Cámaras espaciales capaces de leer los titulares que tiene delante: «Cronología del ecoterrorismo». Levanta la vista y espera a que el futuro se abalance sobre ella para arrestarla. Luego recoge el periódico y la basura del almuerzo y rodea una hilera de encinas de California para dirigirse a Lone Mountain, donde pasará la tarde en clase de Aspectos Éticos y Profesionales en la Terapia.

Nick no se entera de la noticia sobre los nuevos incendios. Sus fuentes de información son las paradas de autobús y las cafeterías, los vendedores telefónicos, encuestadores y pordioseros de los pueblos de toda la costa, deseosos de revelar secretos ocultos para casi cualquier comentarista o analista, a menudo de forma gratuita.

En Bellevue (Washington) consigue el trabajo perfecto: un honorable puesto de reponedor. Se mueve a toda pastilla sobre un pequeño montacargas por un enorme centro de distribución, donde desempaqueta grandes palés de libros, escanea códigos de barras y coloca el material en su lugar preciso dentro de un inmenso almacén 3-D. Se supone que debe batir los récords de velocidad en tierra. Y lo hace. Es una especie de actuación para un público selecto, es decir, para nadie.

Lo que venden en realidad no son libros, sino algo con diez mil años de historia que el cerebro humano reclama por encima de todas las cosas y que la naturaleza se niega a proporcionar: comodidad. La comodidad es una enfermedad y Nick es su portador. Sus jefes son un virus que algún día vivirá en simbiosis en el interior de todas las personas. Una vez que compras una novela en pijama, no hay vuelta atrás.

Nick desempaqueta la siguiente caja, la número treinta y tres del día. Es capaz de abrir, escanear y colocar alrededor de cien cajones diarios, uno cada cuatro minutos. Cuanto más rápido vaya, más tiempo tardarán en sustituirlo por un robot. Calcula que le quedan un par de años antes de que la eficiencia llegue para deshacerse de él. Y cuanto más trabaja, menos necesita pensar.

Saca el cajón de edición rústica de la estantería metálica y realiza el inventario. El pasillo de la nave se levanta sobre sus vigas formando un abismo infinito de libros. Solo en este centro de distribución hay docenas de pasillos como ese. Y todos los meses abren nuevos centros de distribución en varios continentes. Los jefes no pararán hasta que todo el mundo esté satisfecho. Nick desperdicia cinco preciosos segundos de su tiempo en movimiento para mirar el desfiladero de libros. Esa imagen le proporciona una mezcla inseparable de horror y esperanza. En algún lugar de esos cañones de papel impreso, ilimitados, complejos y crecientes, codificados en millones de toneladas de fibra de pino taeda, debe haber unas cuantas palabras de verdad, una página o un párrafo capaz de romper ese hechizo de satisfacción y traer de nuevo algo de peligro, de necesidad, de muerte.

Por la noche trabaja en sus murales. Recorta las plantillas en su apartamento y se las lleva por la ciudad hasta los muros desnudos que se encuentra a su paso. Es tentar al destino, hacer algo que podría llamar la atención de la policía. Pero la compulsión de gritar con imágenes es demasiado fuerte para él. Es capaz de completar un trabajo de tamaño medio, desde que coloca la cinta adhesiva hasta que la arranca, en pocas decenas de minutos. Entre las dos y las cuatro de la mañana, en vez de estar despierto

alimentándose con sus propias entrañas, marca varios barrios. Vacas con chalecos antibalas. Manifestantes lanzando granadas de sámaras de arce. Aviones de combate y helicópteros minúsculos alrededor de unos rosales en espaldera, como si polinizaran las flores.

Esta noche el trabajo es de más envergadura: cubrir unas oficinas de abogados con dieciséis plantillas superpuestas. Subido en una escalera, Nick pega con cinta las láminas numeradas para formar un gran jarrón que se abre en la boca y en la base. Las plantillas cubren la fachada de bloques de hormigón y se curvan noventa grados por encima de la acera. Saca la pintura en spray y las líneas de corte se llenan de colores que gotean sobre el papel. Tras esperar un momento a que se seque, retira las plantillas y aparece un castaño. Las ramas ascienden hasta el segundo piso. El tronco se hunde y forma una masa de raíces que cae sobre el bordillo hasta la alcantarilla. A la altura del pecho, un poco por debajo del nivel de los ojos, los surcos de la corteza forman un código de barras de sesenta centímetros de ancho.

Nick saca de la mochila un pincel de pelo natural de un dedo de grosor y un bote de esmalte negro y escribe a mano alzada una estrofa de Rumi junto al código de barras:

El amor es un árbol
con ramas
infinitas,
con raíces
en la eternidad
y un tronco
que no existe.

Alguien le leyó una vez ese poema en una casa de un árbol, sobre una rama, al borde de la creación. «Si uno de los dos cae —alguien le recuerda—, el otro va detrás.» Da un paso atrás para valorar el trabajo. El efecto le sorprende, aunque no está seguro de que le guste. Pero el me gusta y el no me gusta —la vara y el cayado de la cultura del consumo— significan poco para él. Lo único que quiere es pintar todos los muros posibles con algo que no pueda taparse.

Recoge las plantillas y las latas de spray, los guarda en la mochila y regresa a casa para pasar otras cinco horas de sueño interrumpido en una cama que habría que cambiar. Olivia se le aparece en sueños y grita su

nombre con el pánico de la muerte. *Esto nunca se acabará... Lo que nosotros tenemos, ¿verdad?*

—Déjame —le dice Ray Brinkman a su mujer, varias veces a la semana.

Pero ella no comprende los ruidos coagulados que salen de su boca, o finge no entenderlos. Él está más contento cuando Dorothy sale varias horas por la noche. Entonces todas sus esperanzas giran en torno a la idea de que ella está con su amigo, que cambia, que habla y sufre con él, que llora por todo lo inalcanzable desde un lugar lejano. Y sí, por las mañanas, cuando ella entra en la habitación y dice «Buenos días, Ray-Ray. ¿Cómo va todo?», él no puede evitar sentir esa variante paralítica de la alegría.

Dorothy le da de comer y lo coloca delante de la televisión. La pantalla es actualidad, viajes, la compañía de otros, un recordatorio de la suerte que ha tenido durante toda su vida y que no logró identificar. Esta mañana, Seattle está en guerra. Algo sobre el futuro del mundo, sobre su riqueza y prosperidad. Los presentadores también parecen confusos. Los delegados de varias docenas de países intentan reunirse en un centro de convenciones; miles de manifestantes eufóricos se niegan a dejarlos entrar. Unos chicos vestidos con poncho y pantalones de camuflaje saltan sobre el techo de un vehículo blindado en llamas. Otros arrancan un buzón de la acera y lo lanzan contra la cristalera de un banco mientras una mujer los increpa. Bajo los árboles adornados con unas lucecitas parpadeantes de Navidad, tropas de hombres con casco vestidos de negro arrojan botes de humo rosa a la multitud. El Ray Brinkman que pasó dos décadas en las trincheras para proteger las patentes jalea cada vez que la policía somete a un anarquista. Pero el Ray Brinkman a quien Dios paralizó con un golpe de revés está rompiendo cristaleras.

La multitud se levanta y se divide, reparte golpes y se reagrupa. Una falange de antidisturbios los hace retroceder. La criminalidad sincronizada fluye sobre las barricadas y alrededor de los coches blindados. Las cámaras se detienen en algo llamativo entre la muchedumbre: una horda de animales salvajes. Cuernos, bigotes, colmillos y orejas caídas, máscaras sobre las cabezas de jóvenes con capucha y chaquetas *bomber*. Las criaturas se mueren, caen al suelo y vuelven a levantarse como en un documental de Sierra Club.

Un recuerdo se filtra en la cabeza alterada de Ray. Cierra los ojos para

paliar el dolor. Reconoce las máscaras de los animales, las mallas pintadas. Todos le resultan familiares. Los ha visto, como en una fotografía. Sabe que es imposible, pero la realidad no borra esa sensación extraña. Llama a Dorothy para que le apague la tele.

—¿Quieres que lea?

Siempre lo pregunta, aunque no hace falta. Él nunca le dirá que no. Ahora Ray solo vive para esa lectura en voz alta. Llevan años recorriendo «Las cien mejores novelas de todos los tiempos». Ya no se acuerda de por qué la ficción le ponía tan nervioso antes. Es lo que más le ayuda a combatir las horas previas al almuerzo. Se aferra al más mínimo argumento, como si el futuro de la humanidad dependiera de ello.

Los libros divergen y se propagan con tanta fluidez como los pinzones en una isla desierta. Pero también comparten un núcleo tan obvio que pasa desapercibido. Todo el mundo imagina que el miedo y la rabia, la violencia y el deseo, la ira enlazada con la sorprendente capacidad para perdonar —el carácter— son todo lo que importa en última estancia. Es un credo infantil, por supuesto, a solo un paso de la idea de que el Creador del Universo se molestará en repartir sentencias como un juez del tribunal federal. Ser humano significa confundir una historia convincente con una trascendente, confundir la vida con un gran ser con patas. No, la vida se moviliza en una escala mucho más amplia, y el mundo fracasa precisamente porque ninguna novela logra que la disputa por el mundo parezca tan fascinante como las peleas entre unas cuantas personas sueltas. Pero ahora Ray necesita la ficción como cualquiera. Los héroes, los villanos y los personajes secundarios que su mujer le proporciona esta mañana son mejores que la verdad. *Aunque soy de mentira, dicen, y nada de lo que hago es relevante, salvo cualquier distancia para sentarme a tu lado en esta cama mecánica, para acompañarte y hacerte cambiar de opinión.*

Tras decenas de miles de páginas, han regresado a Tolstoi y ya llevan un buen trozo de *Anna Karenina*. Dot reanuda la historia sin rastro alguno de timidez o vergüenza, sin el menor indicio de que el arte y la vida se hayan inscrito al mismo curso de dibujo. Y eso, para Ray, es la mayor bondad que otorga la ficción: demostrar que lo peor que se han hecho el uno al otro no es más que una historia digna de ser leída al final del día.

Mientras ella lee, a Ray se le cierran los ojos. Enseguida se infiltra en el libro, merodea por los márgenes como un personaje secundario cuyo destino no influye en los protagonistas de la historia. Se despierta con el sonido que

lo adormeció durante un tercio de siglo: los ronquidos de su esposa. Ya solo le queda hacer lo que siempre hace durante seis horas al día, todos los días de su nueva vida: mirar el jardín desde la ventana.

Un pájaro carpintero revolotea sobre un roble en llamas e introduce bellotas en una estola de agujeros. Dos ardillas trepan en espirales enloquecidas por el tronco de un tilo sin hojas. Nubes de pequeños insectos pululan sobre la punta de la hierba, desquiciados por la llegada del frío. Un arbusto que él y Dorothy plantaron hace años está repleto de flores amarillas y enmarañadas, pese a que sus hojas murieron tiempo atrás. Todo un espectáculo para un paralítico. El viento lanza chismorreos; las ramas de las plantas de aniversario de los Brinkman se agitan escandalizadas. Hay peligro por todas partes, vigilancia, intriga, tensión dramática a cámara lenta, cambios épicos de estación que, si una vez fueron demasiado lentos para que alguien los percibiera, ahora pasan tan rápido por delante de su cama que carecen de sentido.

Dorothy se despierta con su propio ronquido.

—¡Ay! Perdona, Ray. No quería abandonarte.

Él no puede decírselo, pero nadie puede ser abandonado, en ningún lugar, jamás. Alrededor de ellos se desarrolla un caos narrativo sinfónico, alarmante y apresurado. Ella no tiene ni idea, y no hay forma de que él se lo explique. Los jardines refinados son todos parecidos. Los jardines salvajes, en cambio, son salvajes a su manera.

Los relojes de cientos de millones de ordenadores interconectados se preparan para marcar unos dígitos para los que no estaban programados. La gente está almacenando productos en el sótano de casa ante el inminente fin de la Era de la Información. Douglas ni siquiera sabe cuándo acaba el milenio. Donde él está, todo lo que sobrepase una semana carece de importancia. La luz solo dura unas cuantas horas, la nieve alcanza dos metros de profundidad y a mediodía la temperatura te pone de punta los pelillos de los brazos. Hasta donde Douglas sabe, los ordenadores ya han petado y han desmantelado la infraestructura entera del planeta. En el interior de una cabaña de la Oficina de Administración de Tierras, en su escondrijo de Montana, él será el último en enterarse.

Se despierta cuando el fuego se extingue y debe elegir entre reavivarlo o congelarse. Sale en calzoncillos largos del saco de dormir polar, como algo

que brota de un capullo sin haber concluido su estado larvario. Se pone el chaquetón con los dedos tan entumecidos que necesita quince terroríficos minutos para prender fuego a un par de palos de pino. Se tuesta las manos sobre el fuego como si fueran sándwiches dulces, hasta que recupera la movilidad de los dedos. El desayuno consiste en dos huevos, tres lonchas grandes de beicon y un buen trozo de pan rancio calentado encima de la estufa.

Contempla el pueblo desde el porche. Las fachadas de madera grisácea salpican la ladera nevada que se extiende más abajo. El hotel de tres plantas medio derruido, la tienda de alimentación destrozada, la consulta del médico y la barbería, el burdel y las distintas tabernas: todo para él solo. Más allá, en lo alto de unas montañas, crecen pinos de corteza blanca. La nieve está cubierta con las huellas de los visitantes —alces, ciervos, liebres—, un drama comprimido que está aprendiendo a interpretar. Ve un poema de cráteres en la nieve en el lugar donde un ave rapaz se lanzó en picado y, después de destrozar a su presa, desapareció sin dejar señas.

Vigilante invernal para la Localidad Fantasma más Acogedora del Oeste: ha tenido muchos trabajos absurdos en su vida, pero nunca uno como este. Los desfiladeros de ambos lados —treinta kilómetros de baches profundos y pedregosos— están obstruidos por la nieve. Nadie llegará hasta finales de mayo. De acuerdo: podría pasar algo mientras él vigila. Un terremoto, quizá, o un meteorito. Extraterrestres. Nada que él pudiera remediar. Hasta su camioneta con quitanieves de la Oficina de Administración de Tierras va a permanecer inmóvil durante una buena temporada.

Las montañas son altas, el suelo abrupto y delgado; la tala de árboles ha sido demasiado frecuente y las minas de metales preciosos están agotadas. Lo único que queda por vender en este lugar es nostalgia, aquellos días no tan lejanos en los que el mañana parecía la respuesta a todo lo que el ser humano podía anhelar. Cuando llegue el verano, se pondrá la ropa de minero y le contará historias a los turistas que lleguen desafiando las carreteras de baches para adentrarse en un sitio cuya lejanía lo hace digno de cualquier lista de conquistas. Los niños creerán que tiene ciento cincuenta años. Las familias armarán jaleo y harán algunas fotos antes de marcharse al géiser Old Faithful o al parque nacional de Glacier o a cualquier otro lugar que merezca la pena.

Se sienta junto a la mesa desvencijada de la cocina y coge el tesoro que guarda cerca del salero petrificado. Apareció el pasado otoño, una botella marrón oscuro medio enterrada cerca del castillete de la mina. Lo que queda

de la etiqueta descolorida muestra varios caracteres chinos, criaturas de océanos primitivos. La botella es un misterio, tanto por lo que dice como por lo que contiene. Perteneció a uno de los muchos empleados chinos que trabajaron en la mina y que se ocupaban de la lavandería. Mira fijamente los caracteres y susurra:

—¿Hacer para qué?

Su amiga le enseñó esa frase, no recuerda dónde ni cuándo. Tenía que ver con China y con su padre. A ella le hacía gracia que él la dijera, y él la repetía siempre que podía.

Suelta la botella y comienza el ritual de todas las mañanas: redactar las escrituras de su nueva religión de absoluta humildad. Desde mediados de noviembre, trabaja en un Manifiesto del Fracaso. En la esquina que forma la mesa con la pared se apilan los folios amarillentos garabateados a bolígrafo. Contienen la historia de cómo se convirtió en un traidor para su especie. No menciona ningún nombre, salvo los de los bosques. Pero allí está todo. Cuando se le cayó la venda de los ojos. Cuando la conciencia se convirtió en enfado. Cuando se topó con varias personas de ideas afines y oyó hablar a los árboles. Describe lo que esperaban hacer y cómo lo intentaron conseguir. Explica dónde se equivocaron y por qué. Abunda en la pasión y los detalles, pero sin demasiada estructura. Las palabras se ramifican, echan brotes y vuelven a ramificarse. Así se mantiene ocupado. Así combate la claustrofobia, aunque algunos días a duras penas lo consigue.

Hoy lee los avances de ayer, dos páginas sobre lo que significó ver los ojos de su Mimi empapados en fuego. Luego vuelve a tomar el Bic y lo aprieta contra el papel. Es como si estuviera plantando árboles de nuevo, subiendo y bajando por la ladera. El problema es que mientras trata el asunto general del fracaso, no puede evitar explorar otro tema relacionado, el de «Qué coño ha pasado con la humanidad».

El bolígrafo se mueve, las ideas toman forma como si las trazara la mano de un espíritu. Algo destella, una verdad tan manifiesta que las palabras se dictan solas. Estamos convirtiendo en efectivo mil millones de años de bonos de ahorro y nos los estamos gastando en baratijas. Y lo que Douglas Pavlicek quiere saber es por qué resulta tan fácil ver esto cuando estás solo en una cabaña en medio del campo y es casi imposible de creer cuando sales de casa y te unes a los varios miles de millones de tíos que se aferran al *statu quo*.

Se detiene para reavivar el fuego. Saca más comida: mantequilla de cacahuete con galletas saladas y una patata asada sobre las brasas de los

troncos de pino. Es hora de acercarse al pueblo y asegurarse de que los fantasmas se están portando bien. Se abrigo y se ajusta las botas de nieve de segunda mano. Esos pies grandes palmeados —su adaptación invernal— lo transforman en una criatura híbrida, mitad hombre, mitad liebre gigante a dos patas. Fuera, mientras baja por la montaña para llegar hasta la cáscara vacía del pueblo, se hunde en la nieve una docena de veces o más.

No hay mucho movimiento en la calle principal. Revisa los edificios inclinados, las vitrinas y los objetos expuestos en busca de nidos indeseados, marcas de roedores y madrigueras. Es un pasatiempo. La verdad es que su jefe, que pertenece a la tribu indígena de los crow, le cede el uso de la cabaña porque a la Oficina de Administración de Tierras no le supone ningún gasto, y Duggie se inventa la inspección rutinaria para ganarse ese derecho. Desde el balcón superior del hotel, grita:

—¡Este sitio está muerto!

La última sílaba retumba dos o tres veces por Garnet Range antes de desaparecer. Regresa por el camino más largo, siguiendo la cresta de la montaña, para hacer un kilómetro más de ejercicio y echar un vistazo por encima del barranco. Cuando el día es tan claro como hoy, se ven las hileras de alerces a kilómetros de distancia. Coníferas que pierden las hojas en invierno.

Avanza con paso lento mientras tantea con las botas de nieve por donde debería estar el sendero. Después de la primera curva, el valle aparece ante él. Por el terreno escarpado se extiende una alfombra de árboles tan espesa que resulta imposible creer que el mundo esté tan desgastado como para romperse. Los pesados montones de polvo esculpido comban las ramas y forman faldas que se alargan hacia el suelo. Las piñas púrpuras de los abetos se han desintegrado en semillas, pero en la parte más alta de las píceas sigue habiendo racimos, como huevos de caperuza blanca que se olvidaron de caer. Un enebro crece en la mismísima roca, y las píceas, más ancianas, lo rodean con desaprobación.

Se asoma al barranco para ver mejor, pero lo que creía que era una cresta sólida se derrumba bajo sus pies. La roca cubierta de nieve que hay justo antes del precipicio lo arroja por los aires hasta el borde de un abismo de trescientos metros. Extiende un pie para agarrarse a una picea antes de rodar por el talud de nieve. Por delante de él se desmoronan sesenta metros de pedregal. Grita y consigue aferrarse a un tronco protector. Por segunda vez, los árboles le han salvado la vida.

La sangre se le congela en el rostro raído. El aire es tan frío que le electrocuta la nariz. El brazo se le curva hacia fuera desde el hombro de un modo extraño. La nieve lo envuelve. Se queda quieto, sin saber más de lo que sabe una píceca rodeada de nieve. El cielo se oscurece. Lo que parecía frío da paso a unas temperaturas bajo cero profesionales. El cerebro le parpadea; abre los ojos sobre ese blanco que quiere matarlo. Levanta la vista hacia la montaña y, derrotado por la ladera rocosa y escarpada, piensa: «Déjame que descanse aquí un rato». Al final es la mujer muerta, que se arrodilla junto a él y le acaricia la cara, quien lo levanta. *Tú no eres solo tú.*

El sonido de su propia voz —«¿Ah, no?»— lo hace volver en sí. Los dedos de la mujer muerta se convierten en una rama de la píceca a la que se abrazó al caer. Se ha roto la nariz y se ha dislocado el hombro. La vieja pierna herida no le sirve para nada. La noche y el frío caen a toda prisa. El terreno abrupto se extiende veinte metros por encima de él. Pero las cosas no suceden porque sí. Así se lo explica ella, con cuatro palabras más: «Todavía no has acabado».

* * *

Cumplida la edad de jubilación, Patricia trabaja sin descanso, como si no hubiera un mañana. O más bien como si lo hubiera, como si todavía hubiera bastante gente insistiendo y trabajando. Tiene dos trabajos opuestos. En el primero de ellos, el que odia, sube a la palestra para pedir dinero y tartamudear como un pájaro carpintero pico ártico que martillea un pino. Saca a relucir su pequeña colección de citas efectistas. Blake: «El necio no ve el mismo árbol que el sabio». Auden: «Una cultura no es mejor que sus bosques». El diez por ciento del público dona veinte dólares para el banco de semillas.

Aunque sus empleados le recomiendan que no lo haga, ella menciona las cifras. ¿Acaso no tenía razón Shaw al decir que conmovirse con la estadística es señal de verdadera inteligencia? Diecisiete tipos de bosque se están secando debido al calentamiento global. Miles de kilómetros cuadrados al año convertidos en «desarrollo». Una pérdida anual de cien mil millones de árboles. La mitad de las especies arbóreas del planeta desaparecerán antes del final de este nuevo siglo. El diez por ciento del público dona veinte dólares.

Hace referencia a la economía, a las buenas prácticas en los negocios, a la estética, a la moral, al espíritu. Les cuenta historias llenas de drama, esperanza, rabia, maldad y personajes adorables. Les habla de Chico Mendes, de Wangari Maathai. Uno de cada diez le da veinte pavos, y un ángel dona un millón. Con eso le basta para continuar con el trabajo que sí le gusta: volar por todo el mundo vertiendo al aire cantidades inadmisibles de gas de efecto invernadero, y acelerando el funesto destino del planeta, para recoger semillas y brotes de árboles que en muy poco tiempo habrán desaparecido.

Palisandro de Honduras. Roble de Hinton en México. *Commidendrum robustum* de Santa Helena. Cedros del cabo de Buena Esperanza. Veinte especies de kauris gigantes, de tres metros de ancho, desprovistos de ramas hasta los treinta metros o más. Un alerce del sur de Chile, más antiguo que la Biblia, pero que aún produce semillas. La mitad de las especies de Australia, del sur de China y de una franja de África. Las formas de vida extraterrestres de Madagascar que no se encuentran en ningún otro lugar del planeta. Mangles de agua salada —guarderías marinas y protectores de las costas—, desaparecidos en un centenar de países. Borneo, Papúa Nueva Guinea, las Molucas, Sumatra: los ecosistemas más productivos de la Tierra ceden el paso a las plantaciones de aceite de palma.

Camina por los bosques desolados y cuidadísimos que quedan en el esquilmado Japón. Camina por puentes de raíces vivas en el norte de la India —el *Ficus elastica*, entrenado por generaciones de habitantes de las montañas Khasi para cruzar los ríos—, por bosques donde han sustituido especies nativas por pinos de crecimiento rápido. Camina por antiguas extensiones de teca tailandesa, entregadas ahora al cultivo de eucaliptus escuálidos que se recolectan cada tres años. Inspecciona lo que queda de las incontables hectáreas de pino piñonero, taladas para plantar trigo. Bosques salvajes, variados y sin catalogar que se desvanecen. Los lugareños siempre le dicen lo mismo: no queremos matar a la gallina de los huevos de oro, pero en este lugar es la única forma de acceder a los huevos.

La prensa adora su iniciativa, tan desesperada y condenada al fracaso. «La mujer que salva semillas.» «La esposa de Noé.» «Almacenar árboles para tiempos mejores.» Consigue la atención del mundo durante quince minutos. Si hubiera instalado el almacén en una de esas fortalezas subterráneas en medio del Ártico, le habrían dedicado media hora, pero un búnker cuadrado encima de las colinas de Front Range apenas merece un vídeo.

La cámara es una mezcla entre capilla y biblioteca de alta tecnología. Hay

miles de botes etiquetados con la fecha, la especie y la localización, dentro de cajones clasificatorios herméticos de vidrio y acero pulido, como las cajas de seguridad de un banco, a treinta grados bajo cero. Allí dentro, Patricia se siente muy extraña. Está en una de las regiones más biodiversas de la Tierra, rodeada de miles de semillas durmientes, limpias, secas, aventadas y escaneadas, a la espera de que su ADN se despierte y comience a convertir el aire en madera tras la mínima señal de descongelación y humedad. Estas semillas murmullan. «Cantan» algo —ella pondría la mano en el fuego—, algo que queda fuera del alcance del oído.

Los periodistas le preguntan por qué su equipo, a diferencia de los de otras ONG mundiales de bancos de semillas, no se centra en plantas que resultarían útiles para el ser humano en caso de catástrofe. A Patricia le dan ganas de contestar: «La utilidad es la catástrofe». En vez de eso, explica:

—Estamos almacenando árboles con utilidades aún desconocidas.

Los periodistas muestran interés cuando menciona los principales focos de declive forestal y su causa más inmediata: lluvia ácida, roya, cancro, podredumbre de las raíces, sequía, especies invasivas, agricultura desacertada, insectos molestos, plagas de hongos, desertización... Los ojos se le iluminan cuando les cuenta que todas esas amenazas se vuelven fatales debido a un único factor: la actual sobreexplotación de la atmósfera por la quema de plantas. Las publicaciones mensuales, semanales, diarias, de cada hora y de cada minuto recogen la noticia y pasan al siguiente titular. Varias personas la leen y envían veinte dólares. Patricia ya tiene libertad para buscar el siguiente bosque en vías de desaparición donde localizar el siguiente árbol en peligro.

En Machadinho d'Oeste, en Brasil, Patricia aprende lo que es capaz de hacer un bosque. Los rayos de sol atraviesan los troncos cubiertos de trepadoras, los motores de vida más salvajes de la Tierra. Las especies colman todas las superficies y hacen que la palabra *desconcierto* adquiera una connotación más selvática. Todo es fleco, trenza y doblez, escamas y espinas. Le cuesta diferenciar los árboles de las lianas, las orquídeas, las capas de musgo, las bromelias, los ramos de helechos gigantes y las marañas de algas.

Son árboles que florecen y fructifican directamente en el tronco. Unas ceibas extrañas de doce metros de diámetro con unas ramas ora espinosas, ora brillantes, ora lisas, todas en el mismo tronco. Mirtos desperdigados por el

bosque que florecen todos a la vez durante un único día. Una *Bertholletia* que fabrica unas bolas de cañón que parecen piñatas llenas de nueces. Árboles que producen lluvia, que dicen la hora, que predicen el tiempo. Semillas de formas y colores obscenos. Vainas como dagas y cimitarras. Raíces fúlcreas, raíces serpenteantes, raíces tabulares como esculturas y raíces que respiran aire. Las soluciones bullen por doquier. La biomasa está enloquecida. Un solo golpe es suficiente para llenar una red de escarabajos de veinte especies diferentes. Una alfombra espesa de hormigas ataca a Patricia por tocar los árboles que les proporcionan alimento y cobijo.

Aquí, la semana consiste en siete días de censo. El equipo de la doctora Westerford realiza el recuento desde que sale el sol hasta que se pone, una jornada laboral que agotaría a cualquier sexagenaria. Pero ella vive para esto. Ayer contó doscientas trece especies distintas de árboles en una superficie algo mayor de cuatro hectáreas, y cada una de ellas es el resultado del pensamiento en voz alta de la Tierra. En una biomasa tan densa, es arriesgado depender de algo tan caprichoso como el viento. La mayoría de los árboles poseen sus propios polinizadores. La otra cara de esta diversidad demencial es la dispersión. El receptor de polen más próximo puede estar a un kilómetro de distancia o más. Día sí y día no, se encuentran con especies que ningún miembro del equipo es capaz de identificar. Formas de vida nuevas y desconocidas: «Ahí hay otro “Vete tú a saber”». Miles de árboles ingeniosos se expanden por la cuenca fluvial. Cualquiera de esas fábricas químicas en extinción podría generar el siguiente tratamiento contra el sida, el siguiente superantibiótico, el nuevo antitumoral.

El aire es tan húmedo que Patricia está empapada. La marcha es difícil debido a la cubierta de trepadoras. Cada centímetro cúbico se afana en convertir el suelo y el sol en millares de sustancias volátiles que los químicos jamás tendrán oportunidad de identificar. El pelotón de caucheros se despliega a su alrededor en una operación policial, para buscar las ocho mil especies amazónicas que podrían desaparecer antes de que lleven sus semillas a la cámara climatizada de Colorado.

Hace más de un siglo, un inglés sacó de contrabando algunas semillas del árbol del caucho y provocó la devastación del país. Ahora casi todo el caucho natural se produce en el sur de Asia, en territorios donde se han eliminado otros árboles que nadie llegó a catalogar. Por esa razón, los brasileños desconfían de ella: otra anglosajona recolectora de semillas que viene a robarnos. Pero por la tarde, cuando el equipo descubre unos ejemplares

antiguos de caoba y lapacho destrozados a machetazos, los nativos se tranquilizan. Nunca habían visto a nadie que llorara por los árboles, salvo a ellos mismos.

Los hombres de Patricia van armados, a veces con los rifles del siglo XIX de sus bisabuelos. De noche, hay *pistoleiros* por los ríos y por las carreteras. Los furtivos matan a cualquiera que se interponga entre ellos y su botín. No hace falta ser ni la centésima parte de héroe que fue Mendes para morir por la madera. Uno de sus mejores guías, Elizeu, les cuenta una historia a través de Rogerio, el intérprete, junto al fuego nocturno.

—A un amigo mío que recogía caucho desde pequeño..., ¡zas!, le cortaron la cabeza de cuajo con un cable metálico solo por proteger este pequeño bosque.

Elvis Antônio asiente sin apartar la vista del fuego.

—Hace tres meses encontramos otro muerto. El cadáver estaba metido en una madriguera en la base de un árbol.

—Son los americanos —le dice Elizeu a Patricia.

—¿Americanos? ¿Aquí? —«Estúpida, estúpida.» Se da cuenta de la metedura de pata en cuanto lo dice.

—Los americanos establecen el mercado. Vosotros compráis el material de contrabando. ¡Pagáis lo que haga falta! Y nuestros policías son bufones. Se llevan su parte. Quieren que los árboles mueran. Lo sorprendente es que no seamos todos contrabandistas. Extraer caucho es una ridiculez en comparación.

—Entonces, ¿por qué no os dedicáis a la tala furtiva?

Elizeu sonríe con indulgencia.

—Se puede extraer caucho de un árbol durante generaciones. En cambio, solo lo puedes talar una vez.

Patricia se queda dormida bajo la mosquitera mientras piensa en Dennis. Le encantaría que viera este lugar, tan parecido a los libros infantiles de mundos perdidos. Él la está esperando en el banco de semillas. Dennis nunca se acostumbrará a Colorado: para él es un estado demasiado alegre, frío y seco, el más áspero de los territorios de Oz. Lo encuentra artificial, con tantos álamos, con tanto sol. «Por aquí todos los árboles son más pequeños que las tsugas adolescentes que tenemos en casa.»

Está contento de trabajar en el mantenimiento de las instalaciones para garantizar que las cámaras no sufren variaciones de temperatura y humedad. Se pasa casi todo su año fragmentado esperando a que la buscadora de

semillas vuelva con los viales llenos de especies que pronto no existirán en ningún otro lugar más que en esas tumbas climatizadas. Nunca pone pegasa, a pesar de que el proyecto no le termina de convencer. «¿Cuánto crees que aguantarán aquí, chica?»

Ella le ha hablado de la semilla de palmera datilera de Judea, hallada en el palacio de Herodes el Grande de Masada, de dos mil años de antigüedad: el hueso de un dátil que el propio Jesús podría haberse comido, el tipo de árbol que Mahoma dijo que estaba hecho de la misma materia que Adán. Hace unos cuantos años germinó por fin. También le ha hablado de las semillas de silene, enterradas en el permafrost siberiano a varios metros de profundidad, que crecieron al cabo de treinta mil años. Él silba y sacude la cabeza al oír estas historias, pero nunca pregunta lo que de verdad quiere saber, lo que Patricia sabe que debería preguntar. «¿Quién se ocupará de replantar?»

Patricia se despierta al amanecer sumida en un verde impenetrable. La luz se filtra a través de las capas de podredumbre cubierta de enredadera, como una foto del boletín de una iglesia que regresa al paganismo. La pregunta sin formular de Dennis le da vueltas en la cabeza. La abundancia de vida fuera de la tienda hace que se plantee el sentido de salvar una especie sin las epífitas, los hongos, los polinizadores y los demás simbioses que, en la guerra del día a día, constituyen su verdadero hogar. Aunque ¿qué alternativa hay? Se queda tumbada en el saco mientras imagina el campamento transformado en un pastizal, trescientos kilómetros cuadrados diarios de nuevas tierras de cultivo. Y con la reducción del bosque lo único que se obtiene es el aumento del calentamiento global y, por consiguiente, que sea más difícil alimentar a la población mundial.

Después del desayuno, reanudan la búsqueda y llegan a una pila de troncos recién cortados. Los exploradores se dispersan. A los pocos minutos, se oyen unos disparos seguidos del ruido de una motocicleta por la maleza. Elvis Antônio regresa y agita los brazos para indicar que está despejado. Patricia lo sigue hasta una especie de carril accidentado que se adentra por un campamento de chabolas de *pistoleiros* evacuado con precipitación. Allí queda poco, salvo un montón de ropa sucia, una bolsa de harina de yuca mohosa, jabón en escamas y una revista portuguesa de desnudos que ha pasado por muchas manos. Incendian el campamento. El fuego les proporciona satisfacción, un pequeño revés anaranjado para el progreso.

Siguen un cauce que llega hasta una llanura que, según los guías, colmará todos los deseos de Patricia por conseguir semillas escasas. Ella se detiene en el sendero para inspeccionar unos frutos extraños. Son anonas: guanábanas y diversas variedades e híbridos de la chirimoya, cada uno mejor que el siguiente. Una *Lecythis* increíble abruma a Patricia con su olor demencial. Hay troncos de palo borracho armados con espinas. Se abre la colección de viales. Encuentran un espectacular *Bombax* en flor, muy distinto de cualquier caso documentado.

Elvis Antônio aparece a su lado y le tira de la manga, entre risas.

—¡Ven a ver!

—Claro. Espera un minuto, ¿quieres?

—No, ¡mejor ahora!

Ella suspira y lo acompaña por un emparrado de ramas y lianas. Cuatro de los hombres están admirando un árbol enorme con raíces tabulares como un faldón de varias capas. Ni siquiera es capaz de adivinar a qué familia pertenece, por no hablar de su género y especie. Pero lo interesante no es su especie. Se acerca a los hombres, que están entusiasmados, y suelta un grito ahogado. Nadie le dice qué debe mirar, hasta un niño lo vería. Hasta un tuerto miope. Entre nudos y espirales, unos músculos se alzan desde el tronco liso. Es una persona, una mujer con el torso girado, con los brazos despegados del costado y los dedos de ramas. Su cara, redonda y desconcertada, mira con tanta intensidad que Patricia aparta la vista.

Se acerca más para ver las marcas de la talla. ¿Qué escultor emplearía tanta habilidad y esfuerzo en algo tan remoto que tal vez nunca nadie descubra? Pero no es una escultura. No hay señales de ningún tipo. Son solo los contornos del árbol. Los hombres gritan palabras expresivas y aceleradas en tres idiomas. Uno de los dendrólogos afirma, mientras gesticula con las manos, que han podado la madera de algún modo para que parezca una mujer. Los caucheros protestan. Es la Virgen, que mira horrorizada el mundo agonizante.

—Es pareidolia —dice Patricia.

El intérprete no conoce el término. Patricia se lo explica: es la adaptación que hace que veamos personas en todos los objetos. La tendencia a convertir dos agujeros y una hendidura en un rostro. El intérprete dice que eso no existe en portugués.

Patricia lo examina con atención. La figura está allí. Una mujer en el final de la vida que levanta los ojos y las manos en el momento preciso en que el

miedo se convierte en conocimiento. El rostro podría haberse formado por la eflorescencia fortuita de un cancro, con escarabajos como cirujanos plásticos. Pero los brazos, las manos, los dedos... son parecido de familia. La impresión se acentúa cuando Patricia lo rodea. Un perro ladraría al ver ese cuerpo retorcido. Un bebé se pondría a llorar.

Los mitos regresan a ella en medio de esa meseta tropical, historias de su infancia y de la infancia del mundo. El Ovidio para jóvenes que su padre le regaló. *Es mi deseo exponer las transformaciones de los cuerpos en formas nuevas*. Se encuentra con el mismo tipo de historias en todos los lugares donde recolecta semillas: en Filipinas, en Xinjiang, en Nueva Zelanda, en África oriental, en Sri Lanka. Gente que, en un instante, echa raíces y se cubre de corteza. Árboles que, durante un pequeño espacio de tiempo, son capaces de hablar, levantar las raíces y moverse.

La palabra le suena rara dentro de la cabeza. *Mito. Mito*. Un error de pronunciación, un parónimo. Recuerdos enviados desde las orillas de la gran escisión humana de todo lo vivo. Telegramas redactados y expedidos por los escépticos de la huida planificada que dicen: *Recuerda esto dentro de miles de años cuando, mires donde mires, no veas nada más que a ti mismo*.

Río arriba, los achuares —gente de las palmeras— les cantan a sus jardines y bosques en secreto, para sus adentros, de manera que solo las almas de las plantas los oyen. Los árboles son sus parientes, con esperanzas, miedos y códigos sociales, y su meta como pueblo siempre ha sido hechizar e inducir a los seres verdes para ganárselos en un matrimonio simbólico. Esos son los cantos nupciales que necesita el banco de semillas de Patricia. Una cultura así tal vez podría salvar la Tierra. Pocas cosas pueden.

Sacan las cámaras de las mochilas. Tanto los botánicos como los guías toman fotos. Discuten sobre el significado de ese rostro. Se ríen de la escasa probabilidad de que la madera insensata crezca así, como nosotros, de manera accidental. Patricia hace cálculos mentales. Esa probabilidad no es llamativa si se tienen en cuenta las dos primeras tiradas de los dados cósmicos: la que llevó la materia inerte a la cresta de la vida y la que transformó una simple bacteria en células cien veces más grandes y complejas. Comparadas con esos dos primeros abismos, las grietas entre los árboles y las personas no significan nada. Y dada la extravagante lotería capaz de producir cualquier árbol, ¿qué milagro hay en que uno de ellos adopte la forma de la Virgen?

Patricia también saca fotos de la figura grabada en el tronco. Ella y los recolectores toman algunas muestras para su identificación. No hay semillas.

Continúan con la expedición, aunque ahora todos los troncos parecen esculturas naturales demasiado complejas para que cualquier escultor que no sea la propia vida las haya creado.

Una vez en Semillero, cuando regresa al brillante complejo en las afueras de Boulder, no le enseña las fotos a nadie. Los «mitos» no tienen sentido para sus empleados ni para sus científicos ni para el equipo de directores. Los mitos son viejos errores de cálculo, las conjeturas de unos niños que se fueron a la cama hace mucho tiempo. Los mitos no forman parte del carácter de la fundación.

Pero a Dennis sí se las enseña. A Dennis se lo enseña todo. Él sonríe y ladea la cabeza. Dennis el fiable. Con setenta y dos años, aún es capaz de maravillarse como un niño.

—¡Mira eso! ¡Dios mío, es increíble!

—En persona era todavía más sobrecogedor.

—En persona. Ya imagino. —No consigue apartar la mirada. Se ríe—. ¿Sabes, chica? Podrías usarlo.

—¿Para qué?

—Podrías hacer un cartel con esta foto y con un mensaje que dijera: «INTENTAN LLAMAR NUESTRA ATENCIÓN».

Esa noche, Patricia se despierta en medio de la oscuridad con unas manos grandes y suaves alrededor de la cintura.

—¿Dennis? —Le tira de la muñeca—. ¿Den?

En un instante, se zafa del brazo flácido y se pone de pie. La habitación se inunda de luz. Los brazos y los dedos extendidos; Patricia está tan horrorizada que hasta el cadáver aparta la mirada.

El lutier con serrín en el pelo, el hombre que calma y hace reír a Dorothy cada vez que ella quiere comprar un fusil de asalto, el hombre que le escribió un poema que le decía dónde mirar si alguna vez lo perdía, quiere casarse con ella. Pero la ley es estricta con eso de tener dos maridos a la vez.

—Dory. Ya no puedo más. El halo se me va a caer de la cabeza. Los santos están sobrevalorados.

—Sí, y los pecadores.

—No puedes venirte de vacaciones conmigo. Ni siquiera puedes pasar la noche entera aquí. Cuando apareces, son los mejores cuarenta y cinco minutos del día. Pero lo siento, no puedo continuar como un segundón.

—No eres un segundón, Alan. Esto es un fragmento a dobles cuerdas, ¿no era así?

—Ya está bien de dobles cuerdas. Necesito un buen solo antes de que acabe la pieza.

—Vale.

—¿Vale qué?

—Vale. Ya llegará.

—Dory. Joder. ¿Por qué te martirizas? Nadie espera que lo hagas. Ni siquiera él.

Nadie puede hablar de lo que él espera.

—Firmé los papeles. Hice una promesa.

—¿Qué promesa? Hace dos años estabas a punto de divorciarte. Ya casi habíais dividido el patrimonio.

—Sí, eso fue cuando él podía andar. Y hablar. Y firmar acuerdos.

—Tiene un seguro. Una pensión de invalidez. Dos cuidadores. Puede pagar uno a tiempo completo. Tienes la posibilidad de seguir echando una mano. Lo único que quiero es que vivas aquí. Que vengas conmigo todas las noches. Que seas mi esposa.

El amor, como bien saben todas las buenas novelas, es una cuestión de título, de contratos, de posesión. Ella y su amante se han topado con este obstáculo muchas veces. Ahora, en el nuevo milenio, el hombre que la ha mantenido cuerda, que habría sido su alma gemela si ella hubiera tenido un alma ligeramente diferente, se choca contra esa misma pared por última vez y se desploma en su base.

—¿Dory? Llegó la hora. Estoy harto de compartir.

—Alan, es compartir o nada.

Él elige nada. Y, durante mucho tiempo, ella sueña con elegir lo mismo.

Una mañana azul y cristalina de otoño, llega un bramido desde la otra habitación. Su apodo acortado hasta la saciedad sin la consonante final: «Daaa...». A Dorothy se le pone la piel de gallina. Es peor que el grito que suele dar cuando mancha la cama y necesita que se la limpie. Una vez más, corre como si nunca hubiera una falsa alarma. En la habitación, algo habla a voces con su marido. Abre la puerta.

—Estoy aquí, Ray.

A primera vista, solo está el hombre con la máscara de terror congelada a la que Dorothy ha acabado por acostumbrarse. Entonces se vuelve y lo ve. Se sienta en la cama. La televisión dice:

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Es la segunda torre. Acaba de suceder en directo. En la pantalla.

En la cama, una especie de animal duro y esquivo le agarra la mano. Ella se sobresalta y grita. Es la mano movable de su marido, que da golpes.

—Es deliberado —dicen en la tele—. Tiene que serlo.

Ella lo agarra de los dedos rígidos y curvos y se los aprieta. Se quedan mirando sin entender nada. Oleadas naranjas, blancas, grises y negras contra un azul despejado. Las torres se resquebrajan, como grietas en la corteza terrestre. Tiemblan. Y se caen. La pantalla se tambalea. La gente de la calle grita y se dispersa. Una de las torres se reduce hasta quedarse plana, como una estantería plegable para colgar. El chillido animal no cesa. De la boca de Ray brota la negación.

—Nh, nh, nh...

Dorothy ya ha visto esto antes: columnas gigantescas, demasiado grandes para caer, que se derrumban. Piensa: «Por fin, el extraño sueño de seguridad, de ruptura, morirá». Pero lo relacionado con las predicciones siempre se le ha dado peor que mal.

Hyde Street, en el barrio de Nob Hill; una manzana bordeada por sicomoros de California camuflados y un ciruelo chino torcido que cada primavera estalla en una locura color crema durante tres semanas. Mimi Ma está en su oficina de la planta baja con las persianas echadas, preparándose para recibir al segundo y último cliente del día. El primero ha permanecido allí tres horas. Por contrato, tiene derecho a quedarse todo el tiempo que necesite. Pero a ella esa sesión la ha dejado hecha polvo. La segunda va a robarle la poca vida que le queda. Después se retirará a su apartamento de Castro para pasar la noche viendo documentales y escuchando música trance. Luego se acostará y al día siguiente se levantará para recibir a otros dos clientes.

La ciudad está inundada de terapeutas poco convencionales: asesores, analistas, guías espirituales, ayudantes para la autorrealización, consejeros personales y charlatanes dudosos, muchos tan sorprendidos como ella de pertenecer al gremio. Pero la buena reputación de Mimi se ha propagado tanto de boca en boca que puede permitirse pagar el alquiler absurdo del local con solo dos clientes diarios. La verdadera pregunta es, sesión tras sesión, si ella misma podrá permanecer cuerda mientras los clientes le devoran el alma.

El único padecimiento de muchos de sus clientes potenciales consiste en

que tienen demasiado dinero. Ella se lo dice en las entrevistas de revisión cada dos viernes. No ve a nadie exento de sufrimiento, y es capaz de adivinar la cantidad de dolor de una persona con solo veinte segundos en los sillones enfrentados de su consulta sin muebles. Habla con ellos durante varios minutos, no sobre su mente, sino sobre el tiempo, sobre deportes o sobre mascotas de la infancia. Después, les ofrece una cita o los manda a casa.

—No me necesitas. Solo necesitas darte cuenta de que ya eres feliz.

Por ese consejo no cobra nada. Pero por la sesión real debe haber algún sacrificio. Con dos sacrificios de esos al día tiene suficiente para vivir.

Se sienta a la derecha de la chimenea de ladrillo, para recuperarse. En la antesala de los cincuenta, todavía está delgada gracias al atletismo de fondo, aunque su mata de pelo negro ahora tiene mechaz castañas. Sigue ostentando la cicatriz en la cara. Se acaricia los vaqueros grises y recorre con los dedos los pliegues de su blusa cian, la que le hace sentirse un poco como un juglar. La recepcionista ya ha llamado al siguiente cliente para decirle que la terapeuta está disponible. A Mimi le da tiempo a salir del caldero de miedo, pena, esperanza y transfiguración que cada mañana comparte durante cuatro horas con un desconocido antes de sumergirse de nuevo en su interior con otro cliente.

Limpia la mente con una falta de propósito propia del zen. Coge una de las fotos enmarcadas de la repisa de la chimenea, la de una pareja de ancianos chinos que sostienen una foto de tres niñas pequeñas. Es una foto de estudio en un decorado. El hombre lleva un traje caro de lino, y la mujer, un vestido de seda confeccionado en Shanghái antes de la guerra. La pareja mira con tristeza la foto de sus nietas americanas con nombres impronunciables. Nunca las conocerán, ni a esas niñas ni a su madre, esa heredera de buena familia de Virginia venida a menos, que morirá en una residencia después de haber olvidado a qué especie pertenece. Y su hijo nómada... Es como si la pareja ya supiera, cuando se abrió la lente, del violento crimen que sucedería años más tarde. ¿Cómo se levanta y cae un hombre en esta vida? La canción del pescador fluye en lo más profundo del río.

Hace tiempo hubo una niña irascible, arisca incluso, que intentaba protegerse de una gran dicotomía. Ni amarilla ni blanca, nada que se hubiera visto antes en Wheaton. El único que la conocía era ese pescador, inmóvil a su lado durante aquellos días largos y lentos en lugares indómitos, cuando ambos miraban y pescaban en el mismo arroyo. Ahora tiene de nuevo esa sensación, acrecentada por el tiempo y la distancia inconcebibles: la rabia por

la partida de su padre. Y la rabia hacia el mundo por haber talado aquel bosquecillo inocente donde solía pasear el fantasma de su padre, donde acudía para sentarse y preguntar por qué, donde una vez casi obtuvo la respuesta.

Una campana saca a Mimi de su ensoñación. Stephanie N., su invitada de la tarde, llega a la sala de espera. La terapeuta deja la foto en su sitio y aprieta un botón que hay bajo el marco de la chimenea, para avisar a Katherine de que está lista. Tras un suave golpe en la puerta, Mimi se levanta para recibir a una pelirroja exuberante con el pelo encrespado y unas gafas de concha. La chaqueta verde militar y la capa corta no logran esconderle la barriga. No hace falta ser el paradigma de la empatía para percibir cuál es el motivo principal de la visita.

Mimi sonríe y le toca el hombro a Stephanie.

—Tranquila. No hay de qué preocuparse. —Stephanie abre los ojos de par en par. «¿Ah no?»—. Quédate quieta. Déjame que te eche un vistazo. ¿Has ido al baño hoy? ¿Has comido? ¿Le has dejado a Katherine el móvil, el reloj, cualquier otro aparato? ¿No llevas nada? ¿No llevas maquillaje ni joyas? —Stephanie está limpia por completo—. Estupendo. Siéntate.

La visitante toma el asiento que le ofrecen sin saber muy bien cómo puede conducir eso a la magia que su cuñado denominó la experiencia más violenta y profunda de su vida adulta.

—¿Me ayudará esto a conocerme mejor?

Mimi ladea la cabeza y sonríe. Hay muchos nombres distintos para las cosas que la gente teme de un modo atroz, y todo el mundo quiere explicar cuáles son.

—¿Stephanie? Cuando acabemos, ambas sabremos más sobre nosotras de lo que las palabras pueden describir.

Stephanie se tapa los ojos, asiente, suelta una risita de dos sílabas y hace una señal con los dedos. Lista.

Al cabo de cuatro minutos, Mimi interrumpe la sesión. Se inclina y le toca la rodilla a Stephanie.

—Escucha. Mírame. Es lo único que tienes que hacer.

Stephanie pide disculpas con la mano y vuelve a llevársela a los labios.

—Lo sé. Perdón.

—Si te da vergüenza..., si tienes miedo, no te preocupes. No importa. Pero no dejes de mirarme.

Stephanie inclina la cabeza. Se endereza y vuelven a empezar. A veces

hay falsos comienzos, como ese. Nadie imagina lo difícil que es sostener la mirada de otra persona durante más de tres segundos. Al cabo de un cuarto de minuto la gente agoniza —los introvertidos y los extrovertidos, los dominantes y los sumisos—. A todos les afecta la escopofobia, el miedo a ver y ser visto. Un perro te muerde si lo miras con demasiada intensidad. La gente te dispara. Y pese a que ella misma ha mirado durante horas a los ojos a cientos de personas, pese a que ha perfeccionado el arte de sostener la mirada, también siente una pizca de miedo, incluso ahora, al mirar los ojos esquivos de Stephanie, que, algo sonrojada, lucha contra la vergüenza y se tranquiliza.

Las dos mujeres enlazan la mirada, incómodas y desnudas. Un tic en la comisura de los labios de Stephanie provoca una sonrisa en Mimi.

«Uf», dicen los ojos de la cliente.

«Ya», asiente la terapeuta. «Qué vergüenza.»

La incomodidad se vuelve bastante agradable. Stephanie la agradable, Stephanie la simpática, normalmente segura de sí misma. «Soy una buena persona, ¿lo ves?»

«No tiene importancia.»

El párpado inferior de Stephanie se tensa y el músculo orbicular le tiembla. «¿Me entiendes? ¿Me parezco al resto de la gente? ¿Por qué siento que no encajo en la voluntad social?»

Mimi separa la mirada una distancia equivalente a dos pestañas. Reprimenda microscópica: «Mira. No apartes la mirada.»

Al cabo de cinco minutos, la respiración de Stephanie cambia y se suaviza. «Vale, ya empiezo a pillarle el tranquilo a esto.»

«Ni siquiera has empezado.»

Mimi observa que la mujer se vuelve nítida. Es madre, de más de uno. No puede evitar estar alerta con la terapeuta. Esposa de un hombre que, después de doce años, se ha vuelto correcto y distante, como un oso en su madriguera. En el mejor de los casos, el sexo es mecánico. «Pero te estás equivocando — se dice la terapeuta especulativa—. No sabes nada.» Y esa idea se graba en los diminutos músculos de su cara. «Mira.» Si miras, se corregirán y se curarán todos los pensamientos.

A los diez minutos, Stephanie se inquieta. «¿Cuándo empieza la magia?» Mimi empuja con la mirada. Incluso con este tedio, a Stephanie se le acelera el pulso. Se inclina hacia delante. Le tiemblan los orificios nasales. Luego todo se relaja, desde la coronilla a los tobillos. «Bueno, allá va. Lo que ves es

lo que obtienes.»

«Lo que obtengo no puedes controlarlo.»

«Más vale que esta mierda rara no salga de aquí.»

«Esto es más seguro que Las Vegas.»

«No estoy segura de qué hago aquí.»

«Yo tampoco.»

«No estoy segura de que me gustaras si te conociera en una fiesta.»

«No siempre me gusto a mí misma. Y en las fiestas, casi nunca.»

«Esto no merece lo que estoy pagando, aunque me quede aquí la tarde entera.»

«¿Cuánto cuesta que te miren, sin juzgarte, tanto tiempo como necesites?»

«Qué más me da, si es el dinero de mi marido.»

«Estoy viviendo de la herencia de mi padre, que podría ser robada.»

«He dejado que los hombres me definan.»

«En realidad soy ingeniera, pero finjo ser terapeuta.»

«Ayúdame. Me despierto a las tres de la mañana con una cosa negra aferrada al pecho.»

«No me llamo Judith Hanson. Mi verdadero nombre es Mimi Ma.»

«Los domingos, cuando anochece, no quiero vivir.»

«Los domingos por la tarde son mi salvación porque sé que, pasadas unas horas, volveré a trabajar.»

«¿Serán las torres? Creo que pueden ser las torres. He sido tan frágil, como cristal congelado...»

«Siempre hay torres cayendo.»

Pasa un cuarto de hora. El implacable escrutinio humano: el viaje más extraño que Stephanie ha hecho jamás. Quince minutos interminables mirando a una mujer que no conoce de nada y que genera cosas, cosas que llevaba décadas sin pensar. Mira a Mimi y ve una versión asiática, con patas de gallo y una cicatriz en la cara, de una novia que tuvo en la universidad, con la que rompió a los diecinueve años por una tontería inventada. Ya no puede pedir perdón a nadie, salvo a esta desconocida que no deja de mirarla.

El tiempo pasa, toda una vida, unos cuantos segundos más, en una sala donde no hay nada que mirar, salvo la cara demacrada de una desconocida. La trampa se cierne sobre Stephanie. Sus ojos se nublan con un resentimiento que roza el odio. Un temblor en los labios de Mimi devuelve a Stephanie a aquel día de hace tres años cuando por fin se enfrentó a su madre y la llamó zorra. La boca de su madre, en ese momento... Stephanie cierra los ojos —a

la mierda las reglas del juego— y, cuando los vuelve a abrir, ve a su madre ocho meses de pánico más tarde, con un respirador en el hospital, mientras se muere de EPOC y trata de borrar de su expresión el reproche de aquel día en el momento en que su hija se inclina para besarla en la frente pétrea.

El reloj que Stephanie ha dejado en recepción sigue funcionando, aunque nadie lo mire ni lo oiga. Lejos de él, lejos de cualquier reclamo, la visitante recuerda con dulzura y tristeza, inesperadamente, que cuando tenía seis años quería ser enfermera. Accesorios de juguete: jeringa, tensiómetro, gorro blanco. Libros de dibujos y muñecas. Tres años de obsesión seguidos de treinta y cinco de amnesia, recuperados gracias a ese descenso a las profundidades en los ojos de otra mujer. Fuera de este pacto no existe nada más. Las pupilas se entrelazan y no pueden separarse. Los años se suceden por la mente de Stephanie: niñez, adolescencia, juventud, la inmunidad de la primera edad adulta seguida de la interminable madurez llena de miedos. Ahora está desnuda delante de alguien a quien ella misma ha decidido no volver a ver jamás.

Mimi ve a través del espejo de doble faz. «Cuánto estás sufriendo. Aquí también. ¿Cómo es posible?» En una franja de sol que cae entre ellas, una sensación verde se abre a la luz. Mimi deja que juegue por su cara, que se vuelva evidente. Terapia. «Me recuerdas a mis hermanas.» Deja entrar a esta mujer y que se acerque al árbol del desayuno, en el jardín, en Wheaton, Illinois, donde Carmen, Amelia y ella ya se han llevado los cuencos de cereales a las ramas veraniegas y se leen el futuro unas a otras en los aros de avena. La hija de la misionera de Virginia se asoma a la ventana de la cocina, la misma que morirá de demencia en una residencia sin haber mirado a sus hijas a los ojos durante más de medio segundo. Aquel musulmán hui que sale de la casa y les grita a sus hijas: «¡Mi granja de seda! ¿Qué hacéis?». El moral, dulce, torcido y abierto, rodeado de sombra, remanso de paz, que miente sobre lo que depara el futuro.

Stephanie sufre un arrebato sororal. Estira el brazo para agarrar la mano de esa pequeña chamana medio asiática que se encuentra a un metro de distancia. Una rápida crispación de los músculos corrugadores de Mimi la avisan: hay más. Muchísimo más.

A la media hora, Stephanie se viene abajo. Tiene hambre, está rígida, dolorida y tan harta de sí misma que quiere dormir para siempre. La verdad emana de su interior como una descarga corporal. «No deberías confiar en mí. No me merezco esto. ¿Lo ves? La he cagado en cosas que mis hijos ni

siquiera sospechan. He robado a mi hermano. Me di a la fuga en un accidente. Me he acostado con hombres de los que no sé ni su nombre. Varias veces. Hace poco.»

«Sí. Calla. A mí me buscan en tres estados.»

El rostro de cada una se alimenta del de la otra sin piedad. Los músculos se mueven, el folioscopio más lento del mundo. Terror, vergüenza, desesperación, esperanza: la duración de cada sensación es de tres segundos. Al cabo de una hora, las islas de la emoción se bañan en un mar abierto. Las dos caras se ensanchan; las bocas, narices y cejas se expanden para ocupar el monte Rushmore. La verdad flota entre ellas, amplia e imprecisa, algo que sus cuerpos no les permiten alcanzar.

Otra hora. Desiertos de aburrimiento infinito salpicados con picos de extraña intensidad. Más recuerdos exterminados se filtran desde debajo, tantos momentos, recuperados y perdidos de nuevo en este bucle de miradas. Como una hidra que multiplica los recuerdos y los hace más extensos que las vidas que los fabricaron. Stephanie ve. Está muy claro: es un animal, un simple avatar. La otra mujer también, un espíritu encerrado que se engaña al creer que es autónomo. Y aun así están unidas, vinculadas la una a la otra, un par de diosas locales que han vivido y han sentido de todo. Una de ellas tiene un pensamiento que una vez perteneció a la otra. La iluminación es una tarea compartida. Necesita que otra voz diga: «No estás equivocada...».

«Si pudiera recordar esto en la vida real, en los malos momentos... Me curaría.»

«No existen las curas.»

«¿Eso es todo? ¿Hay más? Tal vez debería irme.»

«No.»

En la tercera hora, la verdad fluye terrible y a sus anchas. Salen temas ocultos por los que las echarían de cualquier club menos de este, del que no pueden marcharse.

«He mentado a mis mejores amigos.»

«Sí. Dejé que mi madre muriera desatendida.»

«Espié a mi marido y leí sus cartas privadas.»

«Sí. Limpié trozos del cerebro de mi padre de las losas del jardín.»

«Mi hijo no me habla. Dice que le he arruinado la vida.»

«Sí. Ayudé a matar a mi amiga.»

«¿Cómo soportas mirarme?»

«Hay cosas peores que soportar.»

El sol cambia. Las franjas de luz trepan por las paredes. Stephanie se pregunta si sigue siendo hoy o si todo sucedió tiempo atrás. Sus pupilas ya hace tiempo que van y vienen, que se contraen y dilatan a ratos, que oscurecen y aclaran la sala. Ni siquiera es capaz de reunir la voluntad suficiente para levantarse e irse. Cuando esto no pueda continuar será cuando acabe. Y nunca volverán a verse, salvo para siempre.

A Stephanie le arden los ojos. Parpadea, está entumecida, muda, hambrienta, destrozada y con una necesidad terrible de vaciar la vejiga. Algo le impide respirar: esta mujer frágil y asustada que no aparta la vista. Atrapada en esa mirada se convierte en otra cosa, enorme y firme, que se balancea con el viento y se moja con la lluvia. Todo su urgente cálculo de necesidades —lo que ella denomina vida— se reduce a un poro del reverso de una hoja, en la punta de una rama inclinada por el viento en lo alto del dosel de una comunidad demasiado grande para abarcarla con la mirada. Y más abajo, bajo la tierra, en el humus, a través de las raíces de la humildad, fluyen los dones.

Se le tensan las mejillas. Tiene ganas de gritar: «¿Quién eres tú? ¿Por qué no paras? Nunca nadie me ha mirado así, salvo para juzgarme, para robarme o para violarme. En mi vida, en toda mi vida, jamás...». Se sonroja. Con una lenta, pesada e incrédula sacudida de cabeza, comienza a llorar. Las lágrimas hacen lo que quieren. Solloza. La terapeuta también llora.

¿Por qué? «¿Por qué estoy enferma? ¿Qué me pasa?»

«Soledad. Pero no por la gente. Estás lamentando la pérdida de algo que nunca conociste.»

¿De qué?

«Un lugar grandioso, fulgurante, salvaje, entrelazado, insustituible. Uno que ni siquiera sabías que podías perder.»

«¿Y qué ha sido de él?»

«Nos ha creado. Pero todavía quiere algo más.»

Stephanie se levanta de la butaca, sin separar la mirada de la desconocida. La agarra de los hombros. Asiente, llora, asiente. Y la desconocida se lo permite. Por supuesto, es aflicción. Aflicción por algo demasiado grande para verlo. Mimi se retira para preguntarle a Stephanie si está bien. Bien para marcharse. Bien para conducir. Pero Stephanie le pone los dedos en la boca y calla a la terapeuta para siempre.

La mujer transformada sale a Hyde Street. En un andamio, dos pintores hablan a gritos por encima de una radio a todo volumen. Unos hombres con

carretillas descargan pilas de cajas de un camión de reparto. Un tipo con una chaqueta de traje sucia, pantalón corto y el pelo recogido con un elástico se cruza por delante de ella en la acera, hablando solo: voces en su cabeza o teléfono móvil, cada uno elige su esquizofrenia. Stephanie pone un pie en la calzada y un coche le pita. La rabia del claxon despliega su efecto Doppler hasta la siguiente manzana. Ella trata de aferrarse a lo que acaba de vislumbrar, pero el tráfico, las discusiones, el bullicio, la brutalidad de la calle comienzan a asediarla. Aprieta el paso en el umbral del antiguo pánico. Todo lo que acaba de ganar comienza a desvanecerse de nuevo con la fuerza irresistible de las demás personas.

Algo afilado le roza la cara. Se detiene y se toca el araño. El culpable, de color magenta, el color exagerado del dibujo de un niño pequeño, flota delante de ella. En la acera, junto a sus pies, escapando de una jaula de metal, hay algo el doble de alto que ella y la mitad de ancho si abre los brazos. Un único camino robusto y ascendente se divide en varios más estrechos, que a su vez también se dividen en otros miles, más delgados aún, vacilantes, bifurcados, llenos de marcas, doblados por la historia y coronados con flores descabelladas. La imagen se enraíza en ella, se ramifica y durante un momento recuerda: su vida ha sido tan salvaje como un ciruelo en primavera.

Lejos de allí, a tres mil kilómetros al este, Nicholas Hoel conduce por el junio de Iowa. Con cada hoyo en el terreno, con cada silo que recuerda a los pies del camino se le retuercen las entrañas, como en una última visión antes de morir. Como si volviera a casa.

Al hacer la cuenta, se sorprende de los pocos años que ha estado fuera. Una gran parte de todo aquello está intacta. Las granjas, los almacenes al borde de la carretera, los paneles públicos desesperados: «DE TAL MANERA AMÓ DIOS AL MUNDO...». Demasiadas huellas de la infancia lejana, cicatrices permanentes en la llanura y en él. Sin embargo, cada punto de referencia parece combado y remoto, como visto a través de unos prismáticos de mala calidad. Nada de esto habría sobrevivido donde él ha estado.

En la última pendiente hacia el oeste, antes de la salida, se le acelera el pulso. Busca el mástil solitario en el horizonte, pero donde debería erguirse el castaño Hoel solo está el cielo devastador de junio. Toma la salida y recorre el carril que le lleva a la granja. Aunque ya no es una granja, ahora es una fábrica. Los propietarios han cortado el árbol. Aparca el coche en la mitad del

camino de grava y recorre a pie la distancia hasta el tocón, sin recordar que esas tierras ya no le pertenecen y no puede pasear por ellas.

Al cabo de cincuenta metros, ve el verde. Del tocón muerto han nacido docenas de brotes de castaño. Ve las hojas, las lanzas dentadas con venas rectas de su infancia que siempre representaron para él el concepto de *hoja*. Tras varios latidos del corazón, la resurrección. Entonces se acuerda. Estos brotes jóvenes también sufrirán la plaga. Morirán y volverán a nacer, una y otra vez, lo suficiente como para mantener a esa enfermedad mortal viva y vigorosa.

Se vuelve hacia la casa ancestral. Levanta las manos por si hay alguien observándolo desde la entrada. Pero lo que ha dejado de vivir es la casa, no el árbol. Las paredes están desconchadas. En la fachada norte, la mitad de la canaleta está colgando. Mira el reloj. Las seis y cinco, la hora obligatoria de la cena en el Medio Oeste. Cruza la extensión de hierba y se acerca a las ventanas orientales. Están opacas, llenas de polvo, oscurecidas por la sombra del interior. Los escalones, los pasamanos, el dintel y toda la madera que rodea las dobles hojas de cristal se han ablandado, descascarillado, podrido. Se tapa la luz con una mano para mirar dentro. El salón de sus abuelos está lleno de barreños metálicos y botes, y han arrancado las molduras de roble que rodeaban las puertas.

Camina por delante del porche frontal. Los tablones se tambalean a sus pies. Cinco golpes de la aldaba metálica que no sirven para nada. Sube la cuesta trasera que lleva hasta los viejos cobertizos. Han derribado uno de ellos. Otro está destrozado. El tercero está cerrado. Su viejo trampantojo — aquella grieta en el muro de un campo de maíz que mostraba un bosque de frondosas— ahora es gris plomizo.

De vuelta al porche delantero, se sienta donde antes estaba la mecedora con la espalda pegada a la ventana. No está claro cómo debería actuar. Se le pasa por la cabeza forzar la entrada. Las tres últimas noches ha dormido a la intemperie. En las montañas Bighorn, en Wyoming, una vaca lo acojonó al despertarlo con el hocico antes del amanecer. En el bosque nacional de Nebraska estuvo despierto toda la noche por culpa de dos campistas que batían el récord de resistencia en una tienda cercana. Estaría bien una cama. Una ducha. Aunque, según parece, en la casa ya no hay nada de eso.

Espera el suave embozo del crepúsculo en el Medio Oeste, a pesar de que no hay necesidad de esconderse. Lejos, un monstruo agrícola dirigido por satélite, casi robótico, peina los extensos campos. Nadie va a pasar por aquí

ni lo va a ver. Puede hacer lo que quiera y largarse.

Pero espera. La espera se ha convertido en su religión. Hay maíz, kilómetros de maíz al que escuchar. Alubias que ver crecer, cobertizos y silos en el horizonte, una interestatal y un enorme árbol extraído del cielo en un espacio negativo, como un Magritte. Se sienta con la espalda contra la casa y nota que la granja nace de nuevo, como los animales salvajes de los bordes de un camino cuando el excursionista se queda inmóvil el tiempo suficiente. Cuando las nubes se arrebolan, se dirige hacia el coche y saca la pala plegable. Una mala herramienta para una mala tarea, pero es lo mejor que tiene. Al cabo de un momento, está en la pendiente de detrás del cobertizo de la maquinaria buscando gravilla suelta. El tacto del suelo es diferente, las distancias no son las que eran. El cobertizo también ha cambiado de sitio.

Aparece una zona de pedregal, oculta bajo un manto verde exuberante. Clava la pala en la hierba y cava hasta que alcanza el pasado. El regreso de lo reprimido. Saca la caja de cartón y la abre. Tableros y algunos trabajos en papel. Sostiene el cuadro de arriba bajo la última luz del día. Un hombre yace en la cama y mira la punta de una gran rama que entra por la ventana.

Así es como sucedió. Él estaba dormido y ella irrumpió. Cada uno de los dos poseía la mitad de la profecía. Unieron las dos mitades y leyeron el mensaje. Encontraron su llamada común, su vocación compartida. Los espíritus aseguraron que los dos estarían bien. Ahora ella está muerta, él vuelve a ser un sonámbulo y todo lo que iban a salvar juntos se viene abajo.

Suelta la caja junto al hoyo y sigue cavando. Asoma la segunda caja, llena de cuadros que había olvidado: *Árbol genealógico*. *Árbol respiratorio*. *Árbol del dinero*. *Quien a buen árbol se arrima*. Todos pintados durante los años anteriores a su llegada, cuando ella apareció por el carril de acceso con historias de resurrección y voces de luz. Los cuadros demostraron que tenían que marcharse juntos, pero se equivocaron.

Apila la segunda caja sobre la primera y sigue cavando. La punta de la pala se topa con algo escarpado: ahí está la veta de las esculturas. Él y Olivia enterraron las cuatro esculturas sueltas para ver qué hacía la tierra viva con la superficie cerámica. El suelo: otra de las cosas que ella le enseñó a ver. Cuatro o cinco centímetros nuevos cada pocos siglos. Un bosque microscópico, cien mil especies en unos cuantos gramos de Iowa. Se pone de rodillas, saca las obras haciendo palanca con los dedos y las limpia con un trapo humedecido en saliva. Las superficies monocromas ahora brillan con exquisitas tonalidades propias de Brueghel. Las bacterias, los hongos, los

invertebrados —talleres vivientes en los horizontes subterráneos— han extendido pátinas alrededor de las esculturas, formando una obra maestra de inflorescencias.

Coloca las estatuas transmutadas encima de las cajas recuperadas y regresa en busca del verdadero botín. Se pregunta una vez más en qué estaría pensando cuando lo dejó allí. Viajar ligeros de equipaje, pensaron. Enterrar las obras de arte. Desenterrarlas después sería su propia *performance*. Pero lo que queda en el suelo vale más que su vida, y nunca debió perderlo de vista. Seis paladas más, y ahí está. Abre la caja, abre la cremallera de la bolsa y agarra el montón de fotos de cien años. Está demasiado oscuro para verlas, para hacerlas pasar una tras otra. Pero no lo necesita. Al sostener el montón en las manos, siente que el árbol se eleva formando un tirabuzón por el aire como una fuente en espiral, observada por generaciones de Hoel.

Lleva la mitad del tesoro al coche. Lo mete en el maletero y regresa a por la otra mitad. Cuando llega al lugar del enterramiento, dos luces blancas provenientes de la carretera oscura se clavan en el camino de acceso de grava. La policía.

Lo que hay que hacer es caminar hacia el coche patrulla con las manos levantadas. Todas las explicaciones pueden demostrarse. Las pruebas respaldarán su historia. Está en propiedad privada, cierto, pero solo para recuperar lo que es suyo. Sale desde detrás de la casa y los focos se desvían hacia él. Se le ocurre que tal vez el tesoro enterrado ya no sea suyo. Vendió la tierra y todo lo que había en ella. Comprar y vender tierra: tan absurdo como que te arresten por recuperar tus obras de arte.

El coche patrulla sube por el carril despidiendo grava con las ruedas. Una ráfaga roja detiene en seco a Nicholas. El coche derrapa para formar una barricada. La sirena da paso a una voz amplificadora.

—¡Quieto! ¡Al suelo!

Es imposible hacer las dos cosas. Levanta las manos y se arrodilla. Retrocede cuarenta años hasta una obra de teatro de primaria. *La lluvia caía y la araña se mojó*. En un abrir y cerrar de ojos, tiene a dos policías encima. Es entonces cuando Nicholas se da cuenta de que está en un lío de verdad. Si le toman las huellas, si revisan su ficha...

—Manos atrás.

Uno de los policías le presiona en la espalda y le agarra de las muñecas. Una vez esposado, lo sientan en el suelo, le alumbran la cara con una linterna y le toman los datos.

—Son baratijas —les dice—. No valen nada.

Ponen cara de desprecio cuando les enseña las obras. ¿Por qué alguien querría hacer cosas como esas y, peor aún, robarlas? Para ellos, lo único que tiene sentido es que estuvieran enterradas. Entonces el policía más veterano reconoce el apellido de Nick en el carnet de conducir. Es parte de la historia local. Un hito en toda la zona: *Continúa un par de kilómetros más hasta que pasas por delante del árbol Hoel.*

Llaman al gerente que está a cargo de la propiedad. El hombre no tiene ningún interés en la basura desenterrada. La Iowa rural: la policía no comprueba sus antecedentes en la base de datos nacional. No es más que otro tipo, medio pirado, medio vagabundo, de una familia de granjeros arruinada que conduce un coche abollado e intenta aferrarse a un pasado que se esfumó.

—Puedes irte —le dice el policía—. Y no vuelvas a cavar en propiedad privada.

—¿Podría...? —Nick señala el tesoro desenterrado.

Los agentes se encogen de hombros: «Adelante». Se quedan mirando mientras Nick coloca las últimas cajas en el coche y se vuelve hacia ellos.

—¿Habéis visto alguna vez un árbol que crece ochenta años en diez segundos?

—Venga, cuídate —dice el policía que lo inmovilizó en el suelo. Y dejan que el triple incendiario siga su camino.

Neelay se sienta junto a la cabecera de la mesa ovalada frente a sus cinco jefes de proyecto. Extiende los dedos huesudos sobre el tablero. No sabe por dónde empezar. Resulta difícil dirigir el juego. Ya no hay versiones. Los números han sido sustituidos por actualizaciones continuas. Ahora *Destino online* es un proyecto mastodóntico que se expande y no deja de evolucionar. Pero su núcleo está podrido.

—Tenemos el problema del rey Midas. No hay un final del juego, solo un esquema piramidal estancado. Una prosperidad infinita e inútil.

El equipo presta atención con el ceño fruncido. Todos tienen sueldos de seis cifras, la mayoría de ellos son millonarios. El más joven tiene veintiocho años; el mayor, cuarenta y dos. Pero con sus vaqueros, camisetas de *skate*, cortes de pelo a tazón y gorras de béisbol torcidas, parecen adolescentes simulados. Boehm y Robinson se arrellanan en el asiento mientras toman bebidas energéticas y barritas de cereales. Nguyen apoya los pies en la mesa

y mira por la ventana como si llevara puestas unas gafas de realidad virtual. Los cinco emiten señales acústicas y vibran en prótesis jamás soñadas por la ciencia ficción.

—¿Cómo se gana? O mejor dicho, ¿cómo se pierde? Lo único que cuenta es acumular más. Cuando llegas a cierto nivel, el hecho de continuar resulta vacuo. Sucio. Más de lo mismo.

El hombre de la silla de ruedas en la cabecera de la mesa asiente y mira dentro de su propia tumba. A su mediana edad, todavía conserva el pelo largo de estilo sij, aunque ahora lo atraviesa un río blanco. Del mentón le crece una barba que cae como un babero sobre su sudadera de Superman. Aún le queda algo de carne en los brazos por haber subido y bajado de la cama durante décadas, pero las piernas que esconde bajo el pantalón de camuflaje no son más que vagos indicios.

En la mesa, delante de él, hay un libro. Los elfos saben lo que significa: el jefe ha estado leyendo otra vez. Otra idea visionaria se ha apoderado de él. Pronto insistirá para que todos lo lean en pos de unas soluciones para algo que solo a él le resulta un problema.

Kaltov, Rasha, Robinson, Nguyen, Boehm: cinco estudiantes de sobresaliente, entusiastas, acurrucados en un centro de operaciones superinteligente equipado con pantallas y con todos los juguetes electrónicos para conferencias que el futuro reclamará. Hoy solo miran al jefe, con la boca abierta. Dice que *Destino* está estropeado. Una máquina mágica de hacer dinero que necesita que la reconsideren.

La exasperación amenaza con hacer arder el bigote de Kaltov.

—Es un buen juego, cielo santo. Nos pagan para que puedan disfrutar de los problemas de un dios.

—Tenemos más de siete millones de suscriptores —añade Rasha—. La cuarta parte de ellos llevan una década jugando. Hay jugadores que contratan a presos chinos con conexión a Internet para que los personajes sigan subiendo de nivel mientras ellos duermen.

El jefe hace ese gesto suyo con las cejas.

—Si todavía fuera divertido viajar, no lo harían.

—Puede que haya algún problema —admite Robinson—. Pero es el mismo que hemos resuelto tantas veces desde que comenzó *Destino*.

Neelay sacude la cabeza hacia arriba y hacia abajo, pero no para asentir.

—Yo no diría que lo hemos resuelto, sino más bien que lo hemos pospuesto.

Está tan demacrado que lo van a santificar. El borde de la sudadera del Superman caído deja ver la protuberante clavícula. Es como una de esas estatuas ascéticas indias, un esqueleto cubierto de pellejo sentado bajo una higuera sagrada o una margosa.

Boehm proyecta varias imágenes.

—Hemos pensado lo siguiente: elevamos una vez más los límites del nivel de experiencia. Añadimos varios elementos tecnológicos. Los llamamos «Tecnología futura uno», «Tecnología futura dos»... Cada uno de ellos generará diferentes tipos de puntos de prestigio. Luego lanzamos otra erupción volcánica en medio del océano occidental y creamos un nuevo continente.

—Para mí eso es posponer.

Kaltov levanta las manos.

—La gente quiere crecer. Expandir sus imperios. Para eso nos pagan todos los meses. El sitio se llena. Lo haremos un poco más grande. No hay otra manera de dirigir un mundo.

—Ajá. Le lavamos la cara una y otra vez hasta morir de superación.

Kaltov da un golpe en la mesa. Robinson suelta una risa atolondrada. Rasha piensa: «Así es el jefe, el tipo que escribe un millón de circulares a la semana, que creó la compañía de la nada, que está ejerciendo su genial derecho a estar equivocado».

—¿Qué es más interesante? —pregunta Neelay—. ¿Quinientos millones de kilómetros cuadrados con cien tipos de biomas distintos y nueve millones de especies de seres vivos o un puñado de píxeles de colores en una pantalla 2-D?

Risas nerviosas alrededor de la mesa. Entienden cuál es un mundo mejor. Pero también saben cuál es la dirección postal actual que más les gusta.

—Está claro hacia dónde emigra la especie, jefe.

—¿Y por qué? ¿Por qué abandonar un lugar con una riqueza ilimitada para ir a un mapa de dibujos animados?

Aunque es algo demasiado filosófico para ellos, los niños millonarios le siguen la corriente al hombre que los contrató. Se dejan llevar por la pregunta y enumeran las ventajas de ese espacio de símbolos: la limpieza, la velocidad, la respuesta instantánea, el poder y el control, la conectividad, la cantidad de cosas que puedes reunir, los *buffs* y las insignias. Todos los placeres sumisos que iluminan la corteza cerebral. Hablan de la pureza del juego, de que siempre lleva a algún sitio, a un ritmo bien visible. Se ve cómo progresa. El

esfuerzo sirve para algo.

Neelay vuelve a negar subiendo y bajando la cabeza.

—Hasta que deja de servir. Hasta que se vuelve tedioso.

El grupo se queda callado. Se instala la seriedad colectiva. Nguyen baja los pies de la mesa.

—La gente quiere una historia mejor que la que tiene.

El *sadhu* del pelo alborotado se inclina hacia delante tan rápido que casi se cae de la silla de ruedas.

—¡Eso es! ¿Y qué hacen todas las buenas historias? —No hay apuestas. Neelay levanta los brazos y extiende las manos con un gesto raro. En un instante, le crecerán hojas de los dedos, llegarán aves para anidar en ellos—. Te matan un poco. Te convierten en algo que no eras.

Entre ellos se expande la conciencia, lenta y segura como la muerte. El jefe está jugando a otra cosa y no tendría reparos en quemar su juego como si fuera combustible.

Boehm pregunta:

—¿Qué estás diciendo que hagamos entonces?

Neelay levanta el libro como si fuera un dictado divino. Entre la red de hojas de la cubierta, leen el título. *El bosque secreto*. Robinson gruñe.

—Jefe, basta de plantas. No se puede hacer un juego solo con plantas. A menos que las equipos con bazucas.

—Añadamos una atmósfera al modelo. Añadamos la calidad del agua. Ciclos de nutrientes. Recursos materiales finitos. Creemos praderas, humedales y bosques que capturen la riqueza y complejidad de los de verdad.

—¿Y luego qué? ¿Blanqueamos los arrecifes de coral, elevamos el nivel del mar y provocamos sequías por los incendios incontrolados?

—Si es así como juega la gente...

—¿Por qué? Nuestros jugadores quieren alejarse de toda esa mierda.

—El juego es quien quiere a sus jugadores. Ahí reside el misterio.

—¿Y cuándo se gana? —se burla Kaltov.

—Cuando encuentras lo que funciona. Avanzando hacia la verdad.

—Estás diciendo que no habrá nuevos continentes.

—Nada de nuevos continentes. Nada de generar nuevos depósitos minerales. La regeneración solo tendrá lugar a un ritmo realista. Nada de resurgir de la tumba. Una mala elección en el juego podría llevarte a la muerte permanente.

Los elfos se miran a los ojos. El jefe está desquiciado. Se ha propuesto

acabar con la marca, tirar a la basura la fuente interminable de ingresos que los mantendría para siempre, y todo por solucionar el problema del exceso de satisfacción.

—¿Cómo...? —pregunta Nguyen—. ¿Cómo van a resultar divertidos los límites, la escasez, la muerte permanente?

Por un momento, el rostro hundido se vuelve elástico y el jefe vuelve a ser un niño, aprendiendo a programar y a ramificar códigos en todas direcciones.

—Siete millones de usuarios tendrán que descubrir las reglas de un lugar nuevo y peligroso. Tendrán que aprender qué soporta el mundo, cómo funciona la vida en realidad y qué se le pide a un jugador para permitir que siga jugando. Bueno, eso es un juego. Una Era de la Exploración completamente nueva. ¿Qué otra aventura mayor que esa se os ocurre?

Kaltov dice:

—Entonces, será mejor que vendáis vuestras acciones de Sempervirens, porque todos los jugadores que tenemos van a abandonar. ¡Se irán!

—¿Se irán? ¿Dónde? Hay demasiadas cosas en riesgo. La mayoría de nuestros jugadores han invertido años en el juego. Han construido fortunas. Averiguarán cómo rehabilitar este mundo. Nos sorprenderán, como siempre.

Los elfos se quedan perplejos, calculando las fortunas que se desvanecen delante de sus narices. Pero el jefe..., el jefe está exultante como nunca lo había estado desde que se cayó del árbol en su infancia. Levanta el libro, lo abre y lee.

—«Algo maravilloso sucede bajo tierra, algo que estamos aprendiendo a ver». —Cierra el libro de golpe para darle más teatralidad—. No hay nada parecido a esto, ni por asomo. Seremos los primeros. Imaginad: un juego con el objetivo de hacer crecer al mundo, en vez de hacerte crecer a ti.

El silencio aumenta con la locura sugerida. Kaltov dice:

—Lo que funciona, jefe..., no necesita que lo arreglen. Yo voto que no.

El santo esquelético sigue la ronda, uno por uno. ¿Rasha? ¿Nguyen? ¿Robinson? ¿Boehm? No, no, no y no. Golpe de palacio unánime. Neelay no siente nada, ni siquiera sorpresa. Hace tiempo que nadie controla Sempervirens, con sus cinco divisiones y sus innumerables empleados, con sus enormes ganancias anuales provenientes de las suscripciones y de los medios de comunicación. Las decenas de miles de fans que envían mensajes a los foros *online* tienen más control sobre lo que va a suceder que cualquiera de los altos mandos de la empresa. Un sistema adaptativo complejo. Un juego divino que ha escapado de su dios.

Para él está claro: la experiencia *online* paralela continuará, fiel a la tiranía del mundo del que pretende escapar. Y entonces, el sexagésimo tercer hombre más rico del condado de Santa Clara —fundador de Sempervirens, s. A., creador de *Las profecías de Sylvan*, hijo único, aficionado a los mundos lejanos, amante de los cómics hindis, ávido seguidor de todas las historias transgresoras, piloto de cometas voladoras digitales, tímido maldiciente de profesores, trepador caído de encinas de California— aprende lo que significa que tu propia descendencia insaciable te coma vivo.

Ya es una vieja historia, con una década de antigüedad, que Douglas Pavlicek guarda en su arsenal para revelársela a los visitantes veraniegos incautos que pasean por el vetusto prostíbulo que hace las veces de oficina de turismo de la ciudad fantasma. Se la suelta a cualquiera que se quede el tiempo suficiente para escucharla.

—Así que me arrastré de culo hacia atrás para trepar por la montaña empujándome con la pierna buena. Tuve que zigzaguear por un despeñadero nevado de más de veinte metros con un hombro dislocado que me dolía como si el Espíritu Santo me atizara con un hierro candente. Perdía y recuperaba el conocimiento una y otra vez, hasta que llegué a la entrada de la mina de plata que hay a cien metros de aquí. Allí me quedé tirado, más muerto que vivo, no sé cuánto tiempo. Sufrí alucinaciones, oí al bosque hablar, mientras los glotones y otros animales parecidos me lamían la sal de la cara. Llegué a la oficina de milagro, llamé a evacuación médica y me transportaron en helicóptero hasta Missoula. Sentí que volvía a Vietnam, que estaba a punto de caer de mi viejo Herky Bird y que la Rueda del Eterno Retorno comenzaba de nuevo.

Narra la historia siempre que puede, y los turistas suelen tolerarla. Una tarde, a diez minutos de la hora de marcharse, una mujer al otro lado de la vitrina se queda fascinada al oírla. Es más o menos jovencita, con un pañuelo, una mochila y un precioso acento de Europa del Este, un poco apestosa pero simpática, como un retriever lleno de garrapatas. Está toda ansiosa por saber cómo sobrevivirá. En mitad de la historia, él exagera un poco. Hay que asumirlo: la historia se sostiene hasta cierto punto. Sin embargo, ella se la traga de principio a fin, como si el narrador fuera uno de esos novelistas rusos epilépticos. Lo único que quiere la chica es saber qué sucede después.

Cuando acaba la narración, ella observa a Douglas mientras cierra la oficina. Fuera, en el aparcamiento, no hay nada, salvo su Ford blanco de la Oficina de Administración de Tierras. Todos los visitantes del día han regresado por el camino lleno de baches en sus Expedition y sus Pathfinder. La mujer, Alena, pregunta:

—¿Sabes si hay por aquí algún sitio donde acampar?

Él ha estado a veces en esa misma situación, un largo camino por delante y ningún lugar donde acampar. Extiende las manos hacia todos esos edificios abandonados que se supone que debe revisar y limpiar todas las noches. No está permitido acampar, pero ¿quién va a enterarse?

—Elige.

Ella inclina la cabeza.

—¿No tendrías algunas galletas o algo?

Se da cuenta de que a lo mejor no era su habilidad para contar historias lo que la tenía ojiplática. Sin embargo, la lleva a su cabaña y le da de comer. Saca todo el despliegue: el solomillo de conejo que tenía reservado no se sabe para qué, los champiñones fritos con cebolla, un bizcocho aceptable hecho con cereales Grape-Nuts y un par de chupitos de bayas fermentadas.

Ella le relata sus aventuras por la cordillera Garnet.

—Al principio éramos cuatro. Ni idea de dónde están los otros tres.

—Puede ser peligroso. Una chica como tú no debería ir sola por ahí.

—¿Una chica como yo? —Hace una pedorreta y sacude la mano—. Con pinta de mono enfermo que necesita un baño.

Para Douglas su aspecto es lo bastante bueno como para estafar a alguien a través de las páginas de contactos.

—En serio. Una mujer joven sola. No es la mejor idea.

—¿Joven? ¡Qué dices! Además, este es el país más grande. Los americanos son las personas más simpáticas del mundo. Siempre quieren ayudar. Como tú. ¡Mírate! Has preparado esta comida tan fantástica. No tenías por qué.

—¿Te ha gustado? ¿De verdad?

Ella levanta el vaso para tomar más vino de bayas.

—Bueno —continúa él cuando el silencio se vuelve demasiado incómodo, incluso para sus parámetros—, puedes usar el agua de la bomba. Elige cualquiera de los edificios de abajo. Pero yo me mantendría alejado de la barbería, porque algún bicho ha muerto allí hace poco.

—Esta casa es bonita.

—Oh. Vaya. Escucha. No me debes nada. Es solo comida.

—¿Quién dice que te debo algo? —Se sienta a horcajadas en la silla, para escudriñar la cara de Douglas, y prueba con sus labios periscópicos. Se rinde —. ¡Oye! Estás llorando. ¡Qué hombre más extraño!

No hay ninguna razón para que una especie haya desarrollado un comportamiento tan inútil.

—Soy un viejo.

—¿Seguro? ¡Vamos a verlo!

Vuelve a intentarlo. La primera carne de mujer desde hace años dispuesta a calentar la suya. Es como una ganzúa que araña alrededor de una cerradura atascada en su pecho. Él la agarra de las muñecas.

—No te quiero.

—De acuerdo, jefe. No hay problema. Yo a ti tampoco. —Le tira de la barbilla—. ¡La gente no tiene que quererse para pasarlo bien!

Él le suelta las manos.

—Créeme. Sí tiene que quererse. —Deja los brazos lacios, como si estuvieran encadenados a un tubo en un bloque de cemento enterrado en el suelo.

—Vale —dice ella con aspereza. Le empuja el pecho y se levanta—. Eres un mamífero pequeño y triste.

—Sí que lo soy. —Él también se levanta y lleva los restos del banquete a la pila—. Quédate con la cama. Yo dormiré fuera, en el saco. El servicio está en el jardín. Cuidado con las ortigas.

Ella se emociona con la imagen de la cama. Navidades americanas.

—Eres un viejo bueno.

—No especialmente.

Él le enseña a encender la lámpara. Desde el suelo, ve luz por debajo de la puerta. Alguien que lee de madrugada. Hasta más tarde no descubrirá que está leyendo.

Por la mañana, desayunan más bizcocho de cereales y café. Ya no hay nuevas incursiones en los malentendidos interculturales. Ella se marcha antes de que los primeros turistas lleguen a la montaña. Muy pronto, esa visita no será ni siquiera una historia para recordar por la noche, para alimentar sus remordimientos y fustigarse con la nostalgia.

Aunque resulta que, en efecto, Estados Unidos es el país más grande. La gente es amabilísima, la tierra es de una riqueza inimaginable y las autoridades hacen tratos con la gente a cambio de información, incluso

después de ficharte por numerosos delitos. Dos meses más tarde, cuando varios hombres con iniciales en las chaquetas suben por la montaña, Douglas ya ha olvidado a aquella invitada nocturna. Hasta que los *freddies* lo inmovilizan en el carril de acceso, ponen la cabaña patas arriba y sacan el diario escrito a mano en una bolsa de plástico hermética; entonces sí se acuerda de la chica. Se esfuerza por seguir sonriendo mientras los policías lo esposan y lo meten en el Land Cruiser gubernamental.

¿Te parece gracioso?

No. No, claro que no. Bueno, puede que un poco. Esto ya ha pasado antes y, hasta donde Douglas Pavlicek sabe, seguirá pasando toda la vida. El prisionero 571 presentándose para cumplir sus funciones durante décadas.

No le hacen muchas preguntas. No hace falta. Lo puso todo por escrito, de principio a fin, con todo lujo de detalles, en un ritual nocturno de recuerdo y explicación. Firmado, sellado, expedido. Todos los delitos que cometieron los cinco: Cabello de Venus, Guardián, Moral, Abeto de Doug y Arce. Pero lo gracioso es que sus captores no están interesados en los nombres de bosque.

Dorothy aparece en el umbral con la sempiterna bandeja del desayuno en los brazos.

—Buenos días, Ray-Ray. ¿Tienes hambre?

Él está despierto. En calma, mira por la ventana hacia la media hectárea de tierra de los Brinkman. Lleva unos días muy tranquilo. Ha habido rachas en las que ella estaba segura de que acabaría matándolo. La peor época fue el pasado invierno. Una tarde de febrero se pasó un buen rato intentando entender sus gemidos. Cuando por fin lo averiguó, fue como si él le hubiera leído la mente: «No puedo más. Es la hora de la cicuta».

Pero con la primavera ha vuelto en sí, y ella juraría que nunca lo ha visto tan feliz como en estos días próximos al solsticio de verano. Pone la bandeja en la mesa auxiliar.

—¿Qué tal un poco de dulce de melocotón y plátano?

Él trata de levantar la mano, tal vez para señalar, pero parece que la mano tiene otros planes. Cuando consigue que la boca le haga caso, ella se sobresalta.

—Allí. Ese. —Las palabras se arrastran, tan pulposas como la masa de fruta caliente que su mujer le ha preparado para desayunar. Él se ayuda de la mirada—. Ese. Árbol.

Dorothy mira por la ventana con impaciencia, fingiendo que la petición tiene todo el sentido del mundo. El consumado actor trágico aficionado continúa:

—¿S-sí?

Abre la boca y suelta una sílaba a medio camino entre *qué* y *quién*.

Ella contesta con la voz clara:

—¿Qué árbol? Ray, ya sabes que se me dan muy mal. ¿Algún tipo de árbol de hoja perenne?

—¿Desde... cuándo? —Dos palabras, como ascender en bicicleta por una montaña embarrada.

Ella mira el árbol como si nunca lo hubiera visto.

—Buena pregunta.

Durante unos instantes, no es capaz de recordar cuánto tiempo llevan viviendo en este sitio ni qué han plantado. Él se agita un poco, pero no está angustiado.

—¡Vamos... Ver!

Dorothy se coloca delante de una pared de libros. Desde el techo hasta el suelo, la vida de ambos se acumula en letra impresa. Alarga el brazo hacia uno de los anaqueles fabricados con una madera que no sabe nombrar. Acaricia con el dedo los lomos polvorientos en busca de algo que no está segura de que se encuentre ahí. El pasado trata de matarla: ahí están todas las personas que fueron o que esperaron ser. Se salta las *Cien rutas a pie por Yellowstone*. Se detiene en la *Guía de campo de las aves cantoras del Este* como si algo indeterminado, brillante y rojo echara a volar en su cabeza. El librito buscado, casi un folleto, se encuentra hacia el final de la estantería. *Identificar árboles con facilidad*. Lo saca. Una inscripción en la página del título le tiende una emboscada.

Para mi querida primera dimensión,

mi única e inconfundible Dot.

Para que distingas los árboles obvios

de los que no lo son.

Nunca había visto esas palabras. Tampoco recuerda que intentaran aprenderse juntos los nombres de los árboles. Pero el poema le trae la imagen

intacta del poeta. El mejor peor poeta del mundo.

Pasa las páginas. El libro describe tantos tipos distintos de roble que roza el mal gusto. Rojo, amarillo, blanco, negro, gris, escarlata, de Virginia, bur, de los valles y acuático, con unas hojas tan distintas que ponen en entredicho cualquier relación entre ellos. Ahora recuerda por qué nunca tuvo paciencia para la naturaleza. No hay dramatismo, no hay desarrollo, no hay choques de esperanzas y miedos. Tramas que se ramifican y se enredan. Y nunca lograba diferenciar a los personajes.

Lee de nuevo la inscripción. ¿Qué edad tenía por entonces el escritor de rimas infantiles? El mejor peor poeta. El mejor peor actor. Abogado de patentes y derechos de autor que llevaba a la bancarrota a los tramposos y trabajaba sin cobrar una décima parte del año. Quería una gran familia para celebrar maratones nocturnos de cartas y cantar canciones a cuatro voces durante los largos viajes en coche. Sin embargo, solo estuvieron él y su querida primera dimensión.

Dorothy lleva el librito a la habitación.

—¡Ray! ¡Mira lo que he encontrado! —La máscara aulladora de su cara parece casi contenta—. ¿Cuándo me lo diste? Qué bien que lo guardáramos, ¿eh? Es justo lo que necesitamos. ¿Preparado?

Está más que preparado. Es un niño que se va de acampada.

—Empieza aquí. «Si vive al este de las Rocosas, vaya a la entrada 1. Si vive al oeste de las Rocosas, vaya a la entrada 116.» —Ella lo mira. Ray tiene los ojos húmedos pero errantes—. «Si su árbol produce piñas y hojas en forma de aguja, vaya a la entrada 11.c.».

Ambos miran por la ventana, como si la respuesta no estuviera delante de ellos desde hace un cuarto de siglo. Con la luz del mediodía, las ramas retorcidas —robustas y divididas en capas a intervalos amplios— tienen un brillo azulado y metálico que ella nunca había percibido. El estrecho y afilado chapitel reluce bajo el sol vertical.

—Lo de las agujas, seguro. Y lo de las piñas, también. ¿Raymond? Creo que a lo mejor lo tenemos. —Pasa las páginas de la búsqueda del tesoro hasta la siguiente parada—. «¿Tiene las agujas perennes dispuestas en grupos de dos a cinco agujas cada uno? Si la respuesta es Sí, vaya a...».

Levanta la vista. La máscara de Ray ahora sonríe con satisfacción, más de lo que debería ser capaz. Tiene los ojos iluminados. *Aventura. Nervios. Adiós, ¡buen viaje!*

—Vuelvo enseguida.

Dorothy alberga una pizca de sorpresa en el pecho. Sin más, sale por la cocina hacia la bodega, un laberinto de estanterías atestadas de objetos olvidados durante décadas. Algún fin de semana revisará todos esos trastos viejos, los tirará a la basura y soltará lastre para recorrer las últimas millas náuticas en el bote salvavidas. Abre la puerta trasera y huele las olas de verano herboso que se acercan hasta ella. No lleva zapatos. Los vecinos pensarán que ha perdido la cabeza de tanto cuidar a su marido con lesiones cerebrales. Y si ese fuera el caso, en fin, así es la historia.

Cruza el césped, agarra la rama más baja, la dobla hacia ella y cuenta. Ahora que lo piensa, hay una canción sobre esto. Una canción o una oración o un cuento o una película. La rama recupera su posición. Ella vuelve a casa sobre el césped embrujado por el sol tarareando un tema que trata de este momento preciso.

Él la está esperando, pendiente del desenlace.

—Son cinco por manojo. Estamos en racha. —Pasa las páginas hasta la siguiente bifurcación—. «¿Las piñas son alargadas con escamas delgadas?».

Escisiones, alternativas: Dorothy las reconoce. Son como la ley, como aquellos casos que transcribió durante tantos años cuando trabajaba de taquígrafa: las pruebas, los interrogatorios, las negociaciones enrevesadas y los hechos manipulados, el camino que se estrecha hacia un único veredicto admisible. Es como el árbol de la evolución: *Si los inviernos son duros y el agua escasa, inténtelo con escamas y agujas*. Y también se parece al teatro: *Si necesita responder con miedo, gesticule 21c; con sorpresa, 17a. Otros...* Es un programa de asistencia telefónica para la vida en la Tierra. Es la mente que se mueve a través de los misterios, cuyas explicaciones siempre están a una elección de distancia. Más que nada, es como el árbol mismo, con un tronco central inquisitivo que se divide en docenas de ramificaciones exploratorias, que a su vez se dividen en cientos de otras, y luego en miles de respuestas verdes e independientes.

—No te vayas —dice Dorothy, y desaparece de nuevo.

Una vez más, el pomo esmaltado en negro de la puerta trasera protesta con un chirrido. Cruza el jardín hasta el árbol. Un viaje corto, repetido *ad nauseam*, más veces de las que nadie firmaría de antemano, a través del mismo retazo de terreno familiar, el camino del amor. *Si quiere seguir luchando, vaya a la entrada 1001. Si quiere liberarse y salvarse...*

Examina las piñas. Cubren el suelo, cientos de esporas que se estrellaron en la tierra desde algún asteroide lejano. Después, regresa a casa con la

respuesta. El camino en calcetines por la hierba húmeda es lo bastante largo como para que le dé tiempo a preguntarse cómo puede seguir aquí, enterrada en vida, atada a este hombre de hielo un año tras otro, cuando lo único que ella ha querido en su vida es encontrar la libertad. Pero de vuelta al umbral de la prisión, enarbola el libro con actitud triunfante y se da cuenta. Esta es su libertad. Justo esta. La libertad de poder enfrentarse a los terrores del día.

—¡Lo conseguimos! Pino blanco del este.

Dorothy juraría que una oleada de satisfacción recorre el rostro rígido. Es capaz de interpretarlo con una telepatía forjada por los años que ha pasado adivinando sus sílabas coaguladas. Ray piensa: «Un buen día de trabajo. Un día estupendo».

Esa noche él hace que su mujer lea en voz alta acerca de un árbol que antes formaba grandes vetas verticales de mineral vivo desde Georgia hasta Terranova a través de Canadá y los Grandes Lagos, hasta donde ellos están ahora acampados bajo la luz de una lámpara. Ella le habla de gigantes de un metro y medio de anchura con troncos que se elevan veinticinco metros en línea recta antes de que las primeras ramas se molesten en aparecer. Árboles que formaban interminables hileras y oscurecían el aire con su polen cada primavera, nubes de polvo dorado que se abatían sobre las cubiertas de los barcos en alta mar.

Le lee que los ingleses acudieron a un continente que surgió del océano de la noche a la mañana en busca de mástiles para sus enormes fragatas y sus navíos de línea, unos mástiles que ya no podían conseguir en ningún lugar de la expoliada Europa, ni siquiera en lo más alejado del norte boreal. Le enseña dibujos del *Pinus strobus*, con troncos descomunales tan grandes como los chapiteles de una catedral, tan valiosos que la Corona marcó los que crecían en tierras privadas con el símbolo del rey, una cabeza de flecha ancha. Y su marido, que se ha pasado la vida protegiendo la propiedad privada, ya presagia, incluso desde el futuro, lo que sucederá a continuación: el Motín de los Pinos. La revolución. La guerra a causa de algo que crecía en esas orillas mucho antes de que los humanos bajaran de los árboles.

Es una historia real que supera la ficción: el territorio arbolado que sucumbe a la prosperidad. Los tablones ligeros, suaves, resistentes y cortados a medida revendidos en lugares de ultramar tan lejanos como África. Un beneficio triangular que asienta la fortuna del joven país: madera para la costa de Guinea, cuerpos negros para las Indias y azúcar y ron para Nueva Inglaterra, una región con mansiones señoriales construidas con pino blanco

del este. El pino blanco levanta ciudades, genera fortunas millonarias en los aserraderos, extiende una red de ferrocarril por todo el continente, construye buques de guerra y flotas balleneras que navegan desde Brooklyn y New Bedford hacia el Pacífico sur, aún sin cartografiar, barcos contruidos con mil árboles o más. Los pinos blancos de Michigan, Wisconsin y Minnesota, despedazados en cien mil millones de tejas planas de madera. Doscientos cuarenta mil metros cúbicos al año divididos en cerillas. Leñadores escandinavos que talan terrenos de pinos equivalentes a tres estados y arrancan las enormes cortezas en los ríos con poleas y mástiles para luego trasladar los kilómetros de madera río abajo hasta su lugar de venta. Un héroe gigante y un gran buey azul que talan los pinos para despejar el barrio de los Brinkman.

Dorothy lee, y el viento se levanta. El jardín entero se dobla quejumbroso. Irrumpe la lluvia. La pequeña habitación se vuelve aún más pequeña. La noche: un tercio de cada día sigue siendo un país extranjero. La casa de al lado desaparece y también las que están más al norte, hasta que los Brinkman se quedan solos y acurrucados al borde de una naturaleza feroz. La pierna buena de Ray revuelve las sábanas que lo tienen atrapado. Lo único que él quería era ganarse la vida de forma honrada, promover el bienestar general, granjearse el respeto de su comunidad y formar una familia decente. *La riqueza necesita barreras*. Pero las barreras necesitan madera. En el continente no queda nada, ni un indicio de lo que desapareció. Miles de kilómetros de jardines y de granjas separados por arboledas de segundo crecimiento han sustituido a todo lo que había antes. Aun así, el suelo todavía recuerda los bosques desaparecidos y el progreso que los destruyó. Y la memoria del suelo alimenta al pino de su jardín.

La saliva mana y se asienta en los labios temblorosos de Ray hasta que Dorothy se la limpia, poco antes de medianoche. Él mueve los labios mientras su mujer se los seca. Ella se acerca y cree oírle susurrar:

—Otra. Mañana.

La noche es cálida, las ventanas de la cabaña de Patricia se zarandean con la brisa y la luna llena de esturión se eleva sobre el lago como un penique rojizo. Apoya las palmas de las manos sobre la pila de cuadernos rellenos con su cuidadosa letra.

—Bueno, Den. Creo que por fin hemos acabado.

Esta noche no hay respuesta, ya nunca la hay. Las palabras no hacen más que quedarse suspendidas en el aire. Muchas criaturas oyen, dentro y fuera de la cabaña. Las sílabas de la mujer contestan y alteran los diversos gorjeos, gruñidos, susurros, planes y estimaciones que interrumpen la noche. La conversación es larga y paciente, más allá de la habilidad de cada parte para seguirla, y los ruidos pautados que añade la humana todavía son nuevos.

Escucha durante un momento las alarmas de la hora. Luego se apoya contra la mesa de nogal. Se le agarrotan las piernas, se levanta. Abre de un manotazo el cuaderno de arriba por la página donde acaba de escribir: «En un mundo de utilidad perfecta, nosotros también estaremos obligados a desaparecer».

—¿Seguro que es una buena idea? —se pregunta a sí misma; le pregunta al hombre muerto.

La membrana entre ambos es delgada. Sabe que nunca volverá a verlo ni en esta vida ni en ninguna otra que venga después. Y pese a eso, lo ve por todas partes, mire donde mire. Así es la vida, y los muertos mantienen vivos a los vivos. Casi todas las noches le pregunta a su amigo ausente por palabras y frases. Le pide coraje y paciencia para no lanzar las notas a la estufa de leña. Su petición se ha cumplido. Pasa la página.

Nadie ve árboles. Vemos fruta, vemos nueces, vemos madera, vemos sombra. Vemos adornos o bonitas frondas otoñales. Obstáculos que obstruyen la carretera o estropean la pista de esquí. Lugares oscuros y amenazadores que deben quedar despejados. Vemos ramas a punto de hundir nuestro tejado. Vemos cultivos comerciales. Pero los árboles..., los árboles son invisibles.

—No está mal, Den. Tal vez un poco flojo.

Y breve, podría añadir. Mucho más corto que el primogénito. Hay más que contar, pero ya es una mujer mayor, sin demasiado tiempo, y aún quedan muchas especies por encontrar y subir a bordo del arca. El libro es una historia bastante simple, que podría haber relatado en una página o dos: la historia de cómo ella y varias personas más se pasaron varios años viajando por todos los continentes, salvo la Antártida. De cómo salvaron unas cuantas semillas de varios miles de árboles, una fracción de las especies que desaparecerán ante la mirada impasible de los actuales guardianes de la Tierra y que arrastrarán con ellas a incontables especies dependientes...

Ha intentado mantener la esperanza, contar todas las historias que pueden hacer que la verdad sea más fácil. Le dedica un capítulo entero a la migración. Describe los árboles que ya están en marcha hacia el norte a velocidades sorprendentes para quien las estudia. «Pero los árboles más vulnerables necesitarán moverse mucho más rápido para evitar quemarse. No pueden cruzar autopistas ni granjas ni urbanizaciones. Tal vez podamos ayudarlos.»

Lanza algunas semblanzas de sus personajes favoritos: árboles solitarios, árboles ingeniosos, habitantes sabios y responsables, árboles que se vuelven impulsivos, tímidos o generosos... Tantas formas de ser como altitudes y orientaciones presentan los bosques. «Sería estupendo que aprendiéramos quiénes son y lo mucho que se esfuerzan.» Intenta mostrar la historia desde el otro punto de vista. «No es que este sea nuestro mundo y que en él haya árboles. Este es un mundo de árboles al que los humanos acabamos de llegar.»

Uno de los párrafos cambia de forma cada vez que Patricia lo recorta por miedo y por rigor científico.

Los árboles saben cuándo estamos cerca de ellos. Las sustancias químicas de sus raíces y los perfumes de sus hojas cambian cuando nos acercamos... Cuando te sientes bien después de un paseo por el bosque, puede que sea porque algunas especies te están sobornando. Los árboles producen muchas drogas sorprendentes y aún no hemos descubierto ni la parte más superficial de todo lo que nos ofrecen. Los árboles llevan mucho tiempo tratando de llegar a nosotros, pero hablan con unas frecuencias demasiado bajas para que los oigamos.

Se levanta de la mesa con un gemido dirigido a nadie. Encuentra en el armario la pila de cajas de cartón que a Dennis y a ella tanto les costaba tirar a la basura. Cajas mohosas guardadas durante décadas. ¿Quién sabe cuándo puede hacerte falta una de un tamaño concreto? Los cuadernos caben, como si la caja estuviera hecha a medida. Se los enviará a su ayudante mañana para que los pase a ordenador, y luego a su editora de Nueva York, que lleva años esperando la continuación de un libro que aún sigue editándose y vendiéndose, cosa que a Patricia le pesa en la conciencia debido al coste en pinos.

En cuanto cierra la caja con cinta de embalar, vuelve a abrirla. La última

línea del último capítulo sigue estando mal. Mira lo que ha escrito, pese a que la frase lleva tiempo enterrada en su memoria permanente. «Con suerte, algunas de esas semillas seguirán siendo viables en las cámaras controladas de la ladera de una montaña de Colorado hasta el día en que alguien atento las devuelva al suelo.» Aprieta los labios y escribe un añadido. «Si no, otros experimentos continuarán desarrollándose por sí mismos mucho después de que la gente haya desaparecido.»

—Creo que así está mejor —dice en voz alta—, ¿verdad?

Pero el fantasma ya ha dejado de dictar por hoy.

Cuando la caja está lista, se prepara para acostarse. Las abluciones son rápidas, y el acicalamiento, más aún. Luego llega la lectura, su paseo nocturno de mil millas a pie hasta el golfo. Cuando los ojos se le cierran, termina con poesía. El poema de esta noche es chino —Wang Wei—, tiene mil doscientos años de antigüedad y pertenece a una antología que ella abre al azar, como si paseara por el bosque.

No conozco un buen modo
de vivir y no puedo
dejar de perderme en mis
pensamientos, mis viejos bosques...

Tú preguntas: ¿cómo se levanta y cae un hombre en esta vida?
La canción del pescador fluye en lo más profundo del río.

Cuando el río fluye por encima de ella, se da por vencida. Apaga la tenue bombilla sujeta al cabecero. Lo único que le queda es la luna. Se pone de lado y se hace un ovillo, con la cara pegada a la fría almohada. Al cabo de un minuto, los extremos de su boca esbozan una sonrisa duradera.

—Por poco se me olvida. Buenas noches.

Buenas noches.

* * *

Adam en Zuccotti Park, en el Bajo Manhattan. Esta vez, el trabajo de campo viene a él. Las fuerzas que lleva estudiando durante toda su vida profesional vuelven a desatarse y a irse de fiesta en el corazón del distrito

financiero, varias manzanas al sur de donde trabaja y vive. El parque está animadísimo. Los grupos de acacias ya están teñidos de amarillo y debajo de ellos se extienden los sacos de dormir y las tiendas de campaña rodeados de rascacielos. Anoche durmieron aquí cientos de personas, al igual que en los últimos días. Se acuestan con canciones de protesta y se levantan con la comida caliente gratis que sirven algunos cocineros de cinco estrellas para colaborar con la causa. Aunque Adam no está seguro de cuál es esa causa. La causa es un trabajo en proceso. Justicia para el noventa y nueve por ciento. El encarcelamiento de los ladrones y los traidores financieros. Una erupción de imparcialidad y decencia en todos los continentes. El derrocamiento del capitalismo. Una felicidad que no provenga de la destrucción y la avaricia.

La ciudad prohíbe los sonidos amplificadas, pero el megáfono humano está en su máximo esplendor. Una mujer canta y la gente a su alrededor repite sus palabras.

—Han rescatado a los bancos.

—¡HAN RESCATADO A LOS BANCOS!

—Nos han malvendido.

—¡NOS HAN MALVENDIDO!

—Ocupación.

—¡OCUPACIÓN!

—¿De quién son las calles?

—¿DE QUIÉN SON LAS CALLES?

—Las calles son nuestras.

—¡LAS CALLES SON NUESTRAS!

Siempre la juventud y su determinación, fieles a los sueños de salvación del mundo. Pero entre los chalecos étnicos y las mochilas hay hombres más viejos que Adam. En los grupos de trabajo que se forman alrededor de la plaza hay mujeres sexagenarias que difunden el recuerdo institucional de la insurgencia. Hay gente con mallas pedaleando en bicicletas estáticas para generar la electricidad de los ordenadores portátiles. Los barberos ofrecen cortes de pelo gratis, ya que los banqueros no parecen dispuestos a cortarse un pelo. Hay gente con máscaras de Guy Fawkes repartiendo folletos. Unos universitarios tocan el tambor en un círculo. Unos abogados proporcionan asesoramiento legal en mesas plegables. Alguien se ha molestado en pintarrajar los letreros.

PROHIBIDO PATINAR

Y MONTAR EN BICICLETA EN EL PARQUE.
TODO LO DEMÁS ESTÁ PERMITIDO, TÍOS

¿Y qué es un circo sin una banda de música? Un batallón completo de guitarras —una de ellas con la inscripción «Esta máquina mata operadores bursátiles»— forma un coro de música *country* en el que versionan *I Ain't Got No Home*.

La policía me fastidia dondequiera que voy
porque ya no hay un hogar para mí en este mundo.

Justo detrás de esta plaza se encuentra la herida que jamás cicatrizará. Aunque el agujero en el dosel arbóreo hace tiempo que se rellenó, todavía rezuma. Ya ha pasado una década desde la caída de los edificios. Adam se sorprende al echar cuentas. Su hijo solo tiene cinco años, pero el ataque parece incluso más joven. Un árbol, un peral de Callery que sobrevivió después de quemarse y de que se le rompieran las raíces, ha recuperado la salud en la Zona Cero.

Se abre paso entre la gente que pulula junto a la Biblioteca del Pueblo. No puede evitar echarles un vistazo a las estanterías y los expositores. Está *Obediencia a la autoridad*, de Milgram, con un millón de minúsculas notas al margen. Hay una colección de Tagore. Muchísimos ejemplares de Thoreau y todavía más de *You vs. Wall Street*. Libre circulación, según el sistema del honor. «Se nota la democracia», piensa él.

Seis mil libros, y entre todos sobresale un pequeño volumen como un fósil que emergiera en una turbera. *La guía dorada de los insectos*. De color amarillo chillón, la única edición de ese clásico. Conmocionado, lo coge y lo abre por la página del título, dispuesto a encontrarse con su propio nombre grabado con bolígrafo n.º 2 en letras mayúsculas con forma de globo y llenas de borrones. Pero el que aparece allí estampado con una cursiva del método Palmer es el nombre de otra persona: «Raymond B.».

Las páginas huelen a moho y a la pureza de la ciencia infantil. Adam lo hojea y empieza a recordar. Los cuadernos de campo y el museo de historia natural casero. El verdín del estanque bajo el barato microscopio infantil. Sobre todo, las manchas de esmalte de uñas en el abdomen de las hormigas. De algún modo, se ha pasado toda la vida repitiendo ese experimento. Levanta los ojos de la página en miniatura —«Gorgojos y frigáneas»— para observar a esa multitud feliz, furiosa y anárquica. Durante unos pocos

segundos, ve el sistema de rangos y tareas, las danzas comunicativas, los rastros de feromonas que parecen, desde el interior de la colmena, física pura, la fuerza de la gravedad. Le dan ganas de marcarlos con pintura de uñas y subirse a los cuarenta pisos de altura del edificio de al lado para verlos mejor. La mirada de un verdadero científico de campo. La mirada de un niño de diez años.

Se mete la *Guía dorada* en el bolsillo del pantalón y regresa entre la gente. A diez pasos, sentado en el borde de un banco de granito, un fantasma vuelve la cabeza hacia él y se sobresalta.

—¡Ocupación! —grita alguien desde el megáfono humano.

Y la palabra se vuelve cien veces más sonora desde el otro extremo.

—¡OCUPACIÓN!

La sorpresa del fantasma se convierte en una sonrisa. Adam conoce al tipo como si fuera un hermano que ha resucitado entre los muertos. El hombre que ahora ve está quedándose calvo, lleva una gorra de béisbol donde antes, según recuerda, lucía una abundante coleta. Y sin embargo, por más que lo intenta, no logra recordar quién es. De pronto, cae en la cuenta, aunque preferiría no haberlo hecho. Ya es demasiado tarde para no acercarse, para no agarrar al intruso por el brazo y reírse de lo evidente, de lo canalla que es la suerte al no dejar de sacudir aquella vieja historia.

—Abeto de Doug.

—Arce. Bua, increíble. —Se abrazan como dos ancianos en la recta final —. ¡Joder, tío! Qué larga es la vida, ¿eh?

Más larga que cualquier cosa. El psicólogo no deja de sacudir la cabeza. No quiere esto. El cadáver que unos crueles arqueólogos han sacado del túmulo no es él. Sin embargo, este tira y afloja tiene su gracia. La casualidad, esa humorista con el perfecto don de la oportunidad.

—¿Es...? ¿Estás aquí por...? —Adam señala hacia la muchedumbre y se reserva la humanidad para sí. Pavlicek, eso, Pavlicek era su apellido.

Pavlicek arruga las cejas y explora la plaza como si la estuviera viendo por primera vez.

—Ah, no, tío. Ya no. Ahora soy solo un espectador. No salgo mucho. No he vuelto a meter las narices en esto desde..., ya sabes.

Adam agarra al hombre —todavía desgarrado, todavía adolescente— por el codo huesudo.

—Vamos a dar un paseo.

Caminan por Broadway, por delante de Citibank, de Ameritrade, de

Fidelity. Los años que necesitan para ponerse al día transcurren en un minuto neoyorquino. Profesor de Psicología en la Universidad de Nueva York; casado con una editora de libros de autoayuda; con un hijo de cinco años que quiere ser banquero de mayor. Empleado de la Oficina de Administración de Tierras con distintos puestos y destinos; ahora en la ciudad para visitar a un amigo. Fin. Pero siguen caminando bajo la aguja de la iglesia de la Trinidad, cerca del fantasma del sicomoro donde una vez se citaron unos hombres de negocios para intercambiar acciones, hoy en día la principal sala de máquinas de la libre empresa. Y siguen hablando, un círculo lento alrededor del pasado que Adam no será capaz de volver a trazar una hora después. Douglas no deja de tocarse la visera de la gorra, como si saludara a los transeúntes.

Adam pregunta:

—¿Sigues... en contacto con alguien?

—¿En contacto?

—Con los demás.

Douglas se toquetea la gorra.

—No. ¿Y tú?

—Yo... no. Moral, ni idea. ¿Y Guardián? Parece una locura. Es como si me siguiera por todas partes.

Douglas se detiene en medio de la acera entre la marea de hombres de negocios.

—¿Qué quieres decir?

—Es probable que me esté volviendo loco, pero viajo mucho por trabajo. Charlas y conferencias por todo el país. Y he visto murales callejeros parecidos a los dibujos que él hacía al menos en tres ciudades.

—¿La gente aquella de los árboles?

—Sí. ¿Te acuerdas de lo raros que...?

Douglas asiente mientras se toca la visera. Un grupo de turistas forma un círculo en la acera alrededor de un animal salvaje. Es grande, musculoso, está en posición de embestir, con los orificios nasales ensanchados y unos cuernos largos y retorcidos listos para cornear a la multitud que lo asedia haciendo selfis. Tres mil doscientos kilos de arte de guerrilla de bronce, transportados por su propio autor en medio de la noche y colocados frente a la entrada de la Bolsa como un regalo para el público. Cuando el ayuntamiento quiso trasladarlo, la gente se negó. El toro de Troya.

Hace pocas semanas, una bailarina que lo montaba a pelo se convirtió en plena pirueta en el símbolo del último movimiento de Alto a los Humanos.

¿ CUÁL
ES NUESTRA
ÚNICA
EXIGENCIA?
#OCCUPYWALLSTREET
TRAE TU TIENDA

La gente se turna para hacerse fotos con el animal. Douglas no parece pillar la ironía. Sus ojos están en todas partes, menos donde mira la gente. Algo se debate en su interior.

—Bueno. —Se rasca el cuello—. ¿Y te va bien la vida?

—He tenido mucha suerte. Trabajo a destajo, eso sí. Pero la investigación... es un placer.

—¿Qué investigas exactamente?

Adam ha soltado el mismo discurso miles de veces para infinidad de gente, desde editores de antologías hasta desconocidos en aviones. Pero a este hombre..., a este hombre le debe algo más.

—Cuando nos conocimos ya estaba trabajando en este tema. Cuando nosotros cinco... En fin, el punto de vista ha cambiado con los años. Pero el problema básico es el mismo: ¿qué nos impide ver lo obvio?

Douglas pone una mano en el cuerno metálico del toro.

—¿Y qué nos lo impide?

—Sobre todo, el resto de la gente.

—Sabes... —Douglas mira hacia la avenida de Broadway para ver lo que enfada tanto al toro—. Puede que yo haya llegado a esa misma conclusión por mi cuenta.

Adam suelta una carcajada tan fuerte que los turistas se vuelven para mirar. Recuerda por qué quiso tanto a este hombre. Por qué le confió su vida.

—Hay una parte aún más interesante en esta cuestión.

—¿Por qué algunas personas consiguen ver...?

—Exacto.

Un turista asiático les pide con un gesto que se aparten de la estatua para hacer una foto rápida. Adam le da un codazo a Douglas y siguen caminando hacia la lágrima de Bowling Green Park.

—He pensado mucho —dice Douglas— en lo que pasó.

—Yo también. —Al instante Adam desea retirar esa mentira.

—¿Qué esperábamos conseguir? ¿Qué creíamos estar haciendo?

Se quedan de pie bajo el grupo de *Platanus* camuflados, el más resignado de los árboles del este, en el punto exacto donde unas personas que escuchaban a los árboles vendieron la isla a otras personas que los talaban. Ambos miran hacia la fuente géiser. Adam dice:

—Prendimos fuego a edificios enteros.

—Así es.

—Creíamos que los seres humanos estaban cometiendo asesinatos masivos.

—Cierto.

—Nadie más veía lo que estaba sucediendo. Nada iba a cambiar, a menos que gente como nosotros forzara la situación.

La punta de la gorra de Douglas oscila adelante y atrás.

—Y no nos equivocábamos. ¡Mira a tu alrededor! Cualquiera que preste atención sabe que la fiesta se ha acabado. Gaia se ha tomado la revancha.

—¿Gaia? —Adam sonríe, aunque con aflicción.

—La vida. El planeta. Ya lo estamos pagando. Pero incluso ahora, si dices cualquier cosa, eres un lunático.

Adam evalúa al hombre que tiene delante.

—Entonces, ¿lo harías otra vez? ¿Lo mismo?

Adam le da vueltas a esas preguntas de filósofos inconformistas. Preguntas que son tabú. ¿Cuántos árboles equivalen a una persona? ¿Una catástrofe inminente justifica la violencia intencionada y focalizada?

—¿Que si lo haría otra vez? No lo sé. No sé a qué te refieres.

—A quemar edificios.

—Algunas noches me pregunto si algo de lo que hicimos, algo de lo que pudimos haber hecho, habría compensado la muerte de esa mujer.

Y entonces es como si el día se volviera noche, y la ciudad, un bosque de píceas; como si el parque estuviera en llamas a su alrededor y esa hermosa mujer, extraña y pálida, yaciera en el suelo pidiendo un poco de agua.

—No conseguimos nada —dice Adam—. Nada en absoluto.

Se dan la vuelta para salir del parque, un lugar demasiado concurrido para una conversación como esta. Al llegar a la puerta, junto a la valla de hierro, se dan cuenta de que en realidad no hay ningún lugar seguro.

—Ella sí lo volvería a hacer.

Douglas señala a Adam en el pecho.

—Tú la querías.

—Todos la queríamos, sí.

—Pero estabas enamorado de ella. Igual que Guardián. Igual que Mimi.

—Eso fue hace mucho.

—Habrías bombardeado el Pentágono por ella.

Adam sonríe con ternura y turbación.

—Ella tenía un poder especial.

—Decía que los árboles le hablaban. Que ella los oía.

Un encogimiento de hombros. Una mirada furtiva al reloj. Necesita regresar para preparar una charla. Adam se pone enfermo con tanta historia del pasado. Antes era joven, estaba enfadado. Era de otra especie. Un experimento fallido, nada más. Lo único que requiere negociación es el Ahora.

Douglas no lo va a dejar en paz.

—¿Crees que de verdad le hablaba algo? ¿O es que...?

El mundo tenía seis billones de árboles cuando la gente apareció. Ahora queda la mitad. Una nueva mitad desaparecerá en cien años. Y eso que dicen los árboles, sea lo que sea, no es más que lo que dicen las personas que afirman oírlos. Pero a Adam le interesa la pregunta. ¿Qué oía Juana de Arco? ¿Percepción o alucinación? La semana que viene les hablará a sus estudiantes de Durkheim, de Foucault, de criptonormatividad: por qué la razón es otra arma de control. Por qué la invención de lo razonable, lo aceptable, lo sensato, incluso lo humano es más inocente y más reciente de lo que sospechan las personas.

Adam mira hacia atrás, hacia el cañón de cemento de Beaver Street. Los castores, *beavers* en inglés, las criaturas que construyeron esta ciudad con sus pieles. La primera Bolsa de Manhattan. Se oye a sí mismo contestar:

—Antes, los árboles le hablaban a la gente sin cesar. Las personas cuerdas los oían.

La cuestión es si volverán a hablar antes del final.

—¿Y aquella noche? —Douglas levanta la cara hacia el muro del rascacielos—. Cuando te enviamos en busca de ayuda, ¿por qué regresaste?

El enfado se apodera de Adam, como si ambos estuvieran peleándose de nuevo.

—Era muy tarde. Habría tardado horas en encontrar ayuda. Ya estaba muerta. Si hubiera acudido a la policía..., ella habría muerto igualmente, y a nosotros nos habrían metido en la cárcel.

—Eso no lo sabías, tío. Y tampoco lo sabes ahora.

La rabia: un ápice radical del dolor que el tiempo nunca arranca de cuajo.

Pasan por delante de un pequeño ciclamar de seis metros de altura. Su tronco se comba y sus extremidades se alabean como el cuerpo de la bailarina sobre el toro. Todavía queda un invierno entero para la profusión de brotes fucsias comestibles que crecen directamente del tronco y en las ramas. Ahora cuelgan las vainas como una multitud de ahorcados. Dicen que el propio Judas se ahorcó de un *Cercis*. Es un mito bastante reciente, como casi todos los mitos sobre árboles. Los árboles de Judas crecen en rincones aislados por todo Manhattan. Este desaparecerá antes de florecer dos veces más.

Los dos hombres se detienen en Battery Place, donde sus caminos se separan. Al otro lado de la calle y del agua, la Libertad. Hay un tipo de ardilla, un animal fantasmal, que ha sido objeto de interminables elegías, que corretea eternamente por el dosel de un bosque fantasma desde aquí hasta el Misisipi sin tocar el suelo. Ahora es un viaje de isla en isla a través de los fragmentos sueltos de bosques de segundo crecimiento delimitados por autopistas manchadas por los animales atropellados. Pero los dos hombres se paran a mirar, como si el bosque interminable comenzara aquí, delante de ellos.

Se vuelven para darse un abrazo de despedida, como dos osos comparando su fuerza. Como si nunca fueran a reencontrarse en esta vida. Y también, como si todavía fuera demasiado pronto.

Los árboles se niegan a decir nada. Neelay permanece en el patio central de Stanford —el jardín botánico intergaláctico— a la espera de una explicación. La vocación de toda su vida ha salido mal. Ha perdido la pista del camino donde ellos lo colocaron. ¿Y ahora qué?

Los árboles le vuelven la espalda. La protuberante bolsa de agua del árbol botella, la armadura espinosa del palo borracho: ni un solo crepitar de hojas. Es como si su alma gemela —en la única galaxia en la que tuvo una— hubiera pasado de la felicidad al pánico a la primera de cambio y ahora lo ignorara. Está estropeando las fotos de los turistas. Nadie quiere una panorámica de un claustro estilo falso románico español con un minusválido raro en primer plano. Se da la vuelta para irse, furioso como un enamorado al que han dejado plantado. Pero ¿dónde va? Incluso la idea de volver a su apartamento encima de las oficinas de *Sempervirens* es una humillación.

Llamaría a su madre, pero es plena noche en Banswara, donde ahora pasa

la mayor parte del año preparándose para morir. Ella ya sabe, con diez años de retraso, que nunca habrá ninguna Rupal para él, que la ciencia nunca le reactivará las piernas y que la mejor manera de querer a su hijo es dejarlo libre en su aislamiento. Ahora solo vuelve cuando él está hospitalizado, cuando los médicos deben desbridarle las tremendas escaras o amputarle parte de los pies o del trasero necrosados. Tomar el avión se ha convertido en una tortura. La próxima vez que lo ingresen, no se lo dirá.

Baja por el Óvalo hacia la grandiosa avenida de palmeras. El cielo está demasiado claro, el día es demasiado caluroso, y todos los troncos se han convertido en relojes de sol sincronizados. Encuentra un lugar a la sombra — un deporte cada vez más popular en el mundo—. Se queda inmóvil e intenta estar presente solo en el lugar donde se encuentra ahora, en casa. No lo consigue. Al cabo de un minuto está nervioso, revisa el móvil por si le han llegado mensajes aún no enviados. ¿Dónde puede vivir la gente? Quizá sus elfos tengan razón: solo en los símbolos, en la simulación.

Cuando mete el aparato de nuevo en el bolsillo de la silla, suena como un puñado de cigarras. Un mensaje de su inteligencia artificial particular: un ser vivo, cauteloso, que le toma el pelo para que pique en su juego humano. Desde que era pequeño, antes incluso de la caída, siempre soñó con una mascota robot como esa. Es mejor que cualquiera de los objetos que predijeron los profetas de la ciencia ficción: más rápido, más pulido, más versátil. Sale a todas horas y rastrea toda la actividad humana para luego informar de ella. Es obediente e incansable, y como todas las criaturas en las que confía, carece de piernas. Las piernas, sospecha Neelay: tal vez ahí fue cuando la evolución enloqueció.

Él y su gente fabricaron esa mascota, y ahora es ella quien lo crea a él. Neelay le ordenó que estuviera pendiente de las noticias relacionadas con su nueva obsesión: comunicación entre árboles, inteligencia del bosque, redes fúngicas, Patricia Westerford, *El bosque secreto...* El libro está impregnado de los susurros que oyó hace décadas, cuando unas formas de vida extraterrestre que ahora no quieren hacerle caso se dirigieron a él. Le ha costado el puesto como jefe creativo de la compañía. Requiere más de él, un pago aún mayor, una salvación aún mayor. Pero ¿qué, exactamente?

Abre el mensaje del rastreador. Contiene un enlace y un título: «Palabras de aire y luz». El nivel de recomendación es el máximo. Incluso a la sombra, es imposible leer la pantalla. Neelay se dirige a la furgoneta, que no está lejos. Una vez en su nave interestelar diáfana, pulsa en el enlace y observa

con desorientación. Las sombras y el sol se precipitan. Los cien años de un castaño estallan en veinte segundos, como una escena de un quinetoscopio manual, y acaba antes de que Neelay quiera darse cuenta. Vuelve a ver el vídeo. El árbol vuelve a elevarse como una fuente una vez más para formar la copa. Las ramas pequeñas se agitan en busca de luz y de otras cosas ocultas a los ojos. Las ramas más grandes se bifurcan y se espesan en el aire. A esta velocidad, ve el propósito central del árbol, las cifras por debajo del floema y el xilema, las geometrías entremezcladas y bullentes, y esa capa delgada de cámbium vivo que se infla y se extiende.

El código —un código que se ramifica con ímpetu y se poda con el fracaso— construye esta gran columna en espiral a partir de las instrucciones que Visnú logró insertar en algo más pequeño que la uña de un niño. Cuando el árbol termina su despliegue secular, aparecen, línea a línea y en color castaño, las viejas palabras del trascendentalismo extinto sobre un mar negro:

El jardinero no ve más
que el jardín del jardinero.
Los ojos no fueron creados
para esos usos rastreros que
los desgastan, sino para contemplar
una belleza ahora invisible.

¿NO
PODEMOS
VER
A
DIOS?

Y cuando Neelay levanta la vista de la pequeña pantalla, eso es exactamente lo que ve.

Desde el otro lado del campus, bajo los bosquecillos de eucaliptus, salen unas invitaciones. Se dispersan en grupo, como el polen transportado por el aire. Una de ellas aterriza sobre Patricia Westerford, en la cabaña de un instituto de las Smoky Mountains. Está buscando cepas de las docenas de árboles latifoliados que podrían desaparecer dentro de pocos años debido al insecto barrenador y a los escarabajos longicornios. Últimamente le llegan docenas de invitaciones, aunque la mayoría de las veces las ignora. Pero esta —«Reparar el hogar: una respuesta al cambio climático»— suena tan fatal

que lee la carta dos veces. Quieren que recorra 4177 kilómetros de ida y otros tantos de vuelta para impartir una conferencia sobre la atmósfera en ruinas. No deja de darle vueltas al título: «Reparar el hogar». Como si solo necesitáramos arreglar las tuberías y colocar un enfriador por aire húmedo en la azotea para regresar a los buenos tiempos.

Se sienta a la mesa en la silla Shaker mientras oye a los grillos. Hace mucho tiempo su padre le enseñó una vieja fórmula que convierte los chirridos de los grillos por minuto en grados Fahrenheit. La orquesta nocturna lleva sesenta años tocando a su alrededor uno de esos bailes folk que se aceleran hasta que los músicos caen rendidos unos sobre otros. «Nos encantaría que hablara del papel de los árboles para ayudar al ser humano a construir un futuro sostenible.» Los organizadores quieren el discurso de una mujer que una vez escribió un libro sobre el poder de las plantas leñosas para restablecer el planeta. Pero ese libro lo escribió hace décadas, cuando ella todavía era lo bastante joven como para mostrar valentía y el planeta estaba lo bastante bien como para recuperarse.

Esas personas necesitan sueños de avances tecnológicos. Alguna forma nueva de transformar la pulpa del álamo en papel sin consumir tantos hidrocarburos. Algún cultivo industrial modificado genéticamente que construya mejores casas y saque al mundo pobre de la miseria. La reparación del hogar que quieren es una demolición un poco menos costosa. Ella podría hablarles de una máquina muy simple que no necesita combustible y que, con muy poco mantenimiento, capta el carbono de forma continuada, enriquece el suelo, refresca la tierra, limpia el aire y se adapta casi a cualquier espacio. Una tecnología que se copia a sí misma e incluso proporciona comida gratis. Un aparato tan bello que es motivo de poemas. Si los bosques fueran patentables, Patricia recibiría una ovación.

California significa perder tres días de trabajo. Jesús necesitó menos tiempo para limpiar el infierno. Su agorafobia ha aumentado con los años, y en esos auditorios abarrotados nunca logra oír a nadie. Pero la lista de invitados es increíble: un buen repertorio de genios e ingenieros a los que solo les falta una donación para oscurecer el sol con partículas, clonar especies en peligro de extinción o acceder a una fuente de energía ilimitada y barata. Habrá artistas y escritores para tratar el tema espinoso del espíritu humano. Emprendedores capitalistas en busca de la próxima bonanza verde. Nunca volverá a tener un público semejante.

Relee la petición y se imagina un lugar donde «futuro sostenible»

signifique algo más que «borrachos abstemios». Repasa el conmovedor final. «Como escribió Toynbee, “El hombre alcanza la civilización [...] como respuesta a un reto en una situación de especial dificultad que lo empuja a realizar un esfuerzo sin precedentes”.» La invitación parece una prueba de la integridad que ha intentado cultivar desde que era una vagabunda. Le están preguntando qué necesita la gente para salvar este lugar moribundo. ¿Sería posible que ella les contara a todas esas personalidades destacadas y poderosas lo que cree que es verdad?

Esta noche es demasiado tarde para una respuesta acertada. Sin embargo, aún queda tiempo para un paseo hacia los rápidos de Middle Prong. Fuera de la cabaña, los espinos densos y de lento crecimiento lanzan espeluznantes profecías bajo la luna casi llena. Sus frutos escarlata se prenden de las ramas; muchos aguantarán el invierno entero. El *Crataegus*, sanador del corazón. Las personas no dejarán de descubrir medicinas en ellos mientras sigan investigando.

Al atravesar el claro, asusta a una zarigüeya que se estaba revolcando en el suelo y que había dado por perdida a la humanidad hace ya dos horas. Patricia agita la linterna. El suelo del bosque está cubierto de una capa naranja y ocre que despide un olor dulce y húmedo, como a masa de bizcocho. Dos cárbos, lúgubres y hermosos, se llaman desde lejos. En la montaña, las bellotas y las nueces golpean el suelo. Los osos duermen por todas partes después del banquete del día, a razón de dos por cada kilómetro cuadrado y medio.

Pasa bajo los túneles de rododendro, junto a los cerezos negros que recuerdan a las viejas carreteras, y por delante de los oxidendros y los sasafrás aromáticos. Los magnolios y los arces de Pensilvania ocupan el lugar de los castaños diezmados. Las tsugas se están muriendo a causa de los adélgidos, con la ayuda de la lluvia ácida. Más arriba, en los Apalaches, todos los abetos de Fraser han desaparecido. Alrededor de Patricia, el bosque se recupera del año más caluroso y seco desde que se tienen datos. Otro acontecimiento extraño que no se veía más que una vez cada cien años y que ahora suele ser anual. En el parque se producen incendios por todas partes. Hay alerta roja cada tres días.

Pero los sacerdotales tulíperos siguen fortaleciendo el sistema inmune de Patricia, y las hayas le mejoran el humor y la concentración. Bajo esos gigantes, es más lista, está más centrada. Ve un caqui con la corteza de lagarto. Las bolas de liquidámbar, como pequeñas mazas medievales, crujen

bajo sus pies. Rasga la punta de una hoja caída y la huele: el olorcillo infantil del paraíso. Hay un roble venerable no muy lejos del camino, con al menos cuatro metros de perímetro. Quizá eso atenúe el horrible desasosiego que le ha provocado la invitación. *Futuro sostenible*. No quieren a una mujer de los árboles para inaugurar el encuentro, quieren una maestra ilusionista. Una novelista de ciencia ficción. El Lorax. Tal vez un sanador espiritual lleno de colores, con epífitas en vez de pelo.

Junto al lecho del río, en su rápido favorito, se quita los zapatos, aunque no le haría falta porque las aguas, que deberían bajar enfurecidas, apenas cubren las piedras. Voltea varios cantos en busca de salamandras. Treinta especies posibles, millones de ejemplares en todo el parque, esparcidos por todos los lugares húmedos, y es incapaz de encontrar una sola. Sumerge los pies descalzos en la corriente imaginaria. «¿Qué te parece, Den? ¿Vamos a hablar sobre reparaciones de hogar?»

El recuerdo de una mano persiste sobre su hombro. «Si me lo preguntas, chica, ya sabes lo que te voy a contestar.»

Desde la rivera del Little River, en Tennessee, hasta Nueva York hay más de mil kilómetros. El polen de los pinos blancos del este podría recorrer esa distancia con un viento favorable. En la otra punta del trayecto, Adam Appich mira con una sonrisa de perplejidad hacia el anfiteatro con los doscientos sesenta estudiantes de Psicología de primer año que escuchan su charla sobre ceguera cognitiva, hasta que ve a un trío armado al fondo del auditorio esperando a que acabe. El sobresalto no dura más que un par de palpitaciones. De una sola mirada, se da cuenta de lo que quieren y de por qué están ahí. Por supuesto, las Glock 23s y las chaquetas de asalto azul marino con las letras amarillas del FBI facilitan su identificación. Ya hace décadas que, en determinados momentos aleatorios de diferentes temporadas, tanto en pleno mediodía como en sueños narcóticos, ha temido la llegada de esos hombres. Lleva tanto tiempo esperándolos que se olvidó de que vendrían. Ahora, en este bonito día de otoño, a última hora de este año tardío, sus captores están por fin aquí, con el mismo aspecto que él imaginó: serios, adustos, pragmáticos, con cables en los oídos. En otro abrir y cerrar de ojos, el terror de Appich da paso a su primo hermano, el alivio de ver cumplidas las predicciones.

Piensa: «Bajarán por el pasillo central y me arrestarán en el estrado». Pero

los hombres, cinco en total, se reúnen detrás de la última fila, a la espera de que Adam concluya la charla.

El tema de hoy ha sido simple. Cuando una persona elige una opción, suceden tantas cosas por la noche, subterráneas, a escondidas, que quien elige es el último en percatarse. Las páginas con anotaciones flotan sobre el podio sin que Adam las roce siquiera. Después de dos décadas con el rabo entre las piernas esperando el golpe, la larga agonía ha llegado a su fin. Ha puesto todo su empeño en diluirse en el éxito. Ha ganado dos veces el premio de enseñanza universitaria, y justo el mes pasado lo nominaron para el Premio Beauchamp de la APA, concedido a una investigación que promueva desde un punto de vista empírico la comprensión materialista de la mente humana. Lleva actuando en público tanto tiempo que su trayectoria le ha engañado incluso a él. Ahora las elecciones de su juventud regresan para acabar con esa fantasía.

Todo se vuelve evidente. El encuentro casual con su viejo cómplice. Ese toqueteo incesante de la visera. La confesión sonsacada. «Prendimos fuego a edificios enteros. Así es.» Habrían dado la vida unos por otros, los cinco. De hecho, una de ellos la dio.

Echa un vistazo a sus notas manuscritas. En ese preciso instante, las palabras rodeadas de rojo transitan del pasado clarividente al futuro desmemoriado. Adam ha pronunciado la misma frase antes, durante varias ediciones de este curso introductorio, pero su sentido pleno no ha llegado hasta ahora. Se sube las gafas sin montura por la nariz sudorosa y sacude la cabeza mirando a la sala repleta de gente. Menuda lección se van a llevar hoy los estudiantes.

—No se ve lo que no se entiende. Y aquello que creemos comprender, no logramos verlo.

Varias personas se ríen por lo bajini; todavía no ven a los hombres que tienen detrás, al fondo del auditorio. Algunos estudiantes almacenan la frase para un futuro examen que llegará con una forma muy distinta de la que esperan. La mayoría de los asistentes se quedan callados, a la espera de que termine la enseñanza. Appich pasa las últimas diapositivas. Resume los estudios sobre la atención y las conclusiones en quince segundos. Piensa: «No se me ha dado mal». Luego, da por terminada la clase, se abre camino por la marea de estudiantes del pasillo y les tiende la mano a los hombres que han acudido para detenerlo. Le dan ganas de decir: «¿Por qué habéis tardado tanto?».

Los estudiantes miran con perplejidad, como espectadores indefensos, mientras los policías se llevan esposado a su profesor. Sacan a Appich del auditorio a empujones hasta la calle. El día es hermoso, y el cielo, del color de las esperanzas juveniles. La gente se cruza en su camino. El pelotón debe detenerse un momento debido al intenso tráfico peatonal. Toda la ciudad está fuera en esa mañana de otoño, haciendo cosas.

Una ligera brisa le trae a Adam un tufo a mantequilla rancia. Ya ha olido ese vómito medicinal y afrutado otras muchas veces, pero ahora mismo desconoce su origen. Las chaquetas azul marino lo conducen por la acera hacia un Suburban negro que está a varios metros de distancia. Los policías son bruscos pero educados, esa mezcla extraña de resolución, tensión y tedio que acompaña el mantenimiento del orden. Empujan a Adam hacia la puerta abierta. Un agente le pone la mano en la cabeza, para que se siente detrás.

Adam se sienta en la cabina de seguridad con las muñecas encadenadas sobre el regazo. En el asiento delantero, un policía habla hacia un cristal cuadrado y negro para informar del éxito de la captura. Sus palabras podrían ser un trino de ave. Alguien le hace una señal desde la ventana tintada que da a la calle. Se vuelve. Al otro lado del vehículo parado, a través de un agujero en el asfalto, un árbol aletea con unas hojas que parecen pintadas con el lápiz amarillo de una caja de colores infantil. Los árboles le han arruinado la vida. Los árboles son la razón por la que esos hombres han acudido para encerrarlo durante los años que le queden. El vehículo no se mueve. Sus captores complimentan el papeleo necesario antes de arrancar. Las hojas amarillas dicen: *Mira. Ahora. Aquí. Vas a pasar algún tiempo sin salir a la calle.*

Adam mira y por fin lo ve: ha pasado tres veces a la semana durante siete años por delante de ese árbol. Es la única especie del único género de la única familia del único orden de la única clase dentro de una división hoy desierta que una vez cubrió la tierra: un fósil viviente de trescientos millones de años de antigüedad que desapareció del continente allá por el Neógeno y que ha regresado para sobrevivir en el sombrío, salado y humeante Bajo Manhattan. Un árbol más antiguo que las coníferas, con un esperma flotante y unos conos que pueden despedir un billón de granos de polen al año. En los templos de las antiguas islas del otro lado del planeta, algunos ejemplares milenarios, fundidos y condenados, al borde de la iluminación, alcanzan un diámetro increíble, con unas ramas que crecen hacia abajo para enraizarse y formar nuevos troncos independientes. Adam podría estirar el brazo y tocar el tronco escuálido si las ventanas no estuvieran cerradas. Si no tuviera las manos

esposadas. Un árbol como ese crecía justo delante de la casa del hombre que ordenó el bombardeo de Hiroshima, y unos cuantos ejemplares sobrevivieron a la explosión. Su fruto carnosos posee un olor que corta el pensamiento; la pulpa mata incluso a las bacterias resistentes a los medicamentos. Dicen que sus hojas, en abanico y con las venas radiadas, curan la enfermedad del olvido. Adam no necesita esa cura. Él lo recuerda. Él lo recuerda. El *ginkgo*. El árbol que en otras lenguas denominan «cabello de Venus» por su semejanza con otra planta llamada *Adiantum capillus-veneris*.

Las hojas se manifiestan de improviso con el viento. El Suburban se aleja en silencio del bordillo y se adentra en el tráfico. Adam se da la vuelta para mirar por la luna trasera. Al observarlo, el árbol se queda desnudo, pierde las hojas en cuestión de segundos con la mayor sincronización que la naturaleza imaginó jamás. Una ráfaga de aire, una última objeción trémula, y todos los abanicos estriados parten al mismo tiempo en una bandada de telegramas dorados por West Four Street.

¿Hasta dónde puede llegar una hoja? Puede cruzar el East River, eso seguro. Quizá recorrer el astillero donde un inmigrante noruego lijó las enormes vigas curvadas de roble para el casco de una fragata. Atravesar Brooklyn, en otros tiempos boscoso y lleno de colinas y castaños. Y subir por el río, donde cada trescientos metros del muelle, en todas las señalizaciones de línea de pleamar posibles, el descendiente del constructor de barcos ha estarcido:

NO DIGAS QUE
NO ESTUVISTE



Por encima de las letras sumergidas, los grupos de nuevos edificios compiten por algo parecido al sol.

Más al oeste, a través de una distancia que un bosque tardaría en recorrer decenas de milenios, una vieja pareja viaja por el mundo. En el transcurso de varias semanas, han inventado un juego. Dorothy sale al jardín para recolectar ramitas, nueces y hojas caídas. Luego le lleva las muestras a Ray y, con la ayuda del libro que se bifurca, descartan posibilidades y ponen nombre a otras especies. Cada vez que añaden una nueva a la lista, se demoran varios días en aprenderlo todo sobre ella. El moral, el arce, el abeto de Douglas; cada uno de ellos posee una historia, una biografía, una química, una economía y una psicología comportamental únicas. Cada árbol nuevo constituye su propia epopeya y cambia la historia de lo que es posible.

Hoy, sin embargo, la mujer regresa desconcertada a la habitación.

—Algo va mal, Ray.

Para Ray, sumergido en la vida *post mortem*, nada puede ir mal jamás. «¿Qué?», pregunta él sin decir nada.

La respuesta es apagada, casi turbada.

—Hemos tenido que equivocarnos en algún momento.

Recorren de nuevo las ramificaciones del árbol de las decisiones, pero al final desembocan en el mismo resultado. Ella sacude la cabeza y niega la evidencia.

—No lo entiendo.

Ahora él debe graznar algo en voz alta, un par de sílabas. Algo parecido a: «¿Por qué?».

Dorothy tarda un rato en contestar. El tiempo se ha convertido en algo muy distinto para ellos dos.

—Pues para empezar, estamos a cientos de kilómetros de su hábitat natural. —El cuerpo de Ray se sacude, pero ella sabe que el violento espasmo no es más que un encogimiento de hombros. Los árboles en las ciudades crecen lejos de cualquier entorno parecido a un hogar para ellos. Ambos han aprendido eso en las continuas semanas de lectura—. Pero lo que es peor: ese hábitat natural ya no existe en realidad. Se supone que ya no quedan más que unos cuantos castaños americanos maduros en el mundo.

Este es al menos tan alto como la casa.

Leen todo lo que pueden acerca del desaparecido árbol perfecto de América. Se enteran de que un holocausto arrasó el paisaje justo antes de que ellos dos nacieran. Pero nada de lo que descubren logra explicar por qué un árbol que no debería existir despliega una gran sombra redonda sobre su jardín.

—A lo mejor por aquí hay castaños sin que nadie lo sepa. —De la garganta de Ray emerge un sonido que Dorothy reconoce como una carcajada—. Vale, entonces nuestra identificación es errónea, no hay otra.

Pero en su creciente biblioteca sobre árboles no hay ninguna criatura semejante. Dejan el misterio en suspenso y continúan con la lectura.

Dorothy encuentra un libro en la biblioteca pública: *El bosque secreto*. Se lo lleva a casa para leerlo en voz alta. No ha pasado del primer párrafo cuando debe detenerse.

Tú y el árbol de tu jardín provenís de un antepasado común. Hace mil quinientos millones de años, ambos os escindisteis. Pero incluso ahora, después de un inmenso viaje en direcciones separadas, ese árbol y tú compartís la cuarta parte de los genes...

Tardan un día entero en avanzar una página o dos. Todas las ideas que tenían acerca de su jardín eran erróneas, y hace falta algún tiempo para construir nuevas creencias que sustituyan a las derruidas. En silencio, estudian el terreno como si hubieran viajado a otro planeta. Todas las hojas de ahí fuera están conectadas bajo tierra. Dorothy asume la noticia como una escandalosa revelación en una novela costumbrista del siglo XIX, donde el horrible secreto de uno de los personajes afecta a todas las vidas del pueblo.

Por la tarde, leen y miran mientras el sol arranca destellos verdes amarillentos de las hojas dentadas de su castaño. Para Dorothy, cada una de las ramitas desnudas parece una criatura de ensayo apartada del resto y, al mismo tiempo, parte de un todo. En la ramificación del castaño ve los diversos caminos especulativos de una vida ya vivida, toda la gente que ha habido, la que podría haber existido o que existirá, en mundos que se expanden paralelos a este. Observa el movimiento de las ramas durante un momento, luego regresa a la página y lee en voz alta.

—«A veces es difícil saber si un árbol es un ser aislado o si es un millón de seres».

Comienza la siguiente frase sorprendente cuando la interrumpe un gruñido de su marido. Ella cree que ha dicho vaso.

—¿Ray?

Él repite las sílabas y el sonido es el mismo.

—Lo siento, Ray. No estoy segura de qué quieres decir.

Vaso. Planta. En ventana.

Las palabras brotan nerviosas y hacen que a Dorothy se le ponga la piel de gallina. Esa intensidad alocada, con la luz del atardecer, le hace pensar que su marido está sufriendo otro ataque. A ella se le acelera el pulso; se pone de pie. Luego lo entiende todo. Él trata de entretenerla, de convertir las «cosas como son» en algo mejor. De contarle una historia a cambio de los años de historias que ella le ha leído.

Lo plantó. El castaño. Nuestra hija.

—¿Es suyo? —pregunta una voz.

Patricia Westerford aprieta los puños. Un hombre de uniforme detrás de la cinta transportadora señala su equipaje de mano al salir del escáner.

—¿Podemos echar un vistazo?

En realidad, no es una pregunta, y el empleado no espera la respuesta. La bolsa se abre; las manos registran. Esas manazas son como las del oso que destroza las zarzamoras que crecen junto a su cabaña de las Smoky Mountains.

—¿Esto qué es?

Se lleva la mano a la frente. Senil.

—Mi equipo de coleccionista.

El hombre examina la navaja de ocho centímetros, las tijeras de podar que se abren hasta la anchura de un lápiz, la pequeña sierra más corta que la primera falange de su meñique. El país lleva más de una década sin un accidente aéreo serio gracias al tributo de millones de navajas, tubos de pasta de dientes, botes de champú...

—¿Qué colecciona?

Cien respuestas malas y ni una sola buena.

—Plantas.

—¿Es usted jardinera?

—Sí. —Hay un momento y un lugar para todo, incluso para el perjurio.

—¿Y esto?

—¿Eso? —repite de forma estúpida, aunque así gana tres segundos—. Es caldo de verdura. —El corazón le late tan fuerte que podría matarla con la misma rapidez que el contenido del bote. Ese hombre tiene poder sobre ella, el poder total de una nación aterrorizada que busca la seguridad imposible. Una mirada demasiado desafiante y perderá el avión.

—Aquí hay más de cien mililitros.

Se mete las manos temblorosas en los bolsillos y aprieta la mandíbula. El hombre se va a dar cuenta, es su trabajo. Le acerca los dos objetos sospechosos con una mano y la bolsa con la otra.

—Puede ir a la terminal para facturarlos.

—Pero perderé el vuelo.

—Entonces, se los tengo que confiscar. —Mete el bote de plástico y el equipo de coleccionista en un bidón lleno de cosas—. Buen viaje.

En el avión, repasa la conferencia por última vez. «Lo mejor que puede hacer la gente por el mundo de mañana.» Lo lleva todo por escrito. Después de años sin impartir una conferencia, no está segura de su capacidad para improvisar.

Atraviesa la zona de llegadas del aeropuerto de San Francisco. Los conductores esperan con carteles de papel en las manos en la puerta de salida de los pasajeros. Su nombre no aparece en ninguno de ellos. Se suponía que alguien de la organización iría a recogerla. Patricia espera un rato, pero nadie acude a recibirla. A ella no le importa. Cualquiera razón es buena para acabar con esta historia. Ocupa uno de los asientos contra la pared en una esquina de la sala de espera. En un panel de letras luminosas se lee «Boston Boston Chicago Chicago Chicago Dallas Dallas...». Idas y venidas humanas. Quehaceres humanos. Más rápido, más lleno, más movilidad, más poder.

Un movimiento le llama la atención. Incluso un recién nacido se volvería para fijarse en un pájaro en vez de en los otros objetos más lentos y cercanos. Sigue con los ojos su arco errático. A cinco metros de altura, un gorrión común da saltitos sobre un letrero. Muy decidido, se lanza en vuelos cortos por toda la sala. Nadie le presta atención. Se esconde en una grieta cerca del techo y vuelve a precipitarse. Enseguida son dos, y luego tres, los que exploran las papeleras. Lo primero que le hace sonreír desde que llegó.

Tienen algo en las patas, una especie de etiquetas de identificación, pero más grandes. Saca el bocadillo que lleva en el bolso para cenar y lo desmenuza en la silla de al lado. Casi espera que algún guarda de seguridad vaya a detenerla. Los pájaros ansían el premio. Con cada nuevo lanzamiento se acercan un poco más a ella y permanecen más tiempo posados. Por fin, la glotonería es mayor que la cautela y uno de los gorriones revolotea sobre el botín. Patricia se queda quieta; el gorrión se acerca de un salto y se pone a comer. Cuando el ángulo es el adecuado, lee el anillo de la pata. «Extranjero ilegal.» Se echa a reír, y el pájaro sale volando espantado.

Una mujer felina se cierne sobre ella.

—¿Doctora Westerford? —Patricia sonríe y se levanta—. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no contestaba el teléfono? —A Patricia le dan ganas de decir: «Mi teléfono está en Boulder, Colorado, enganchado a la pared»—. ¿Dónde está su equipaje?

—Aquí.

La chica no da crédito.

—¿Pero si va a quedarse tres días!

—Esos pájaros... — Patricia comienza a decir.

—Sí. Una broma de alguien. El aeropuerto no sabe cómo deshacerse de ellos.

—¿Y por qué quieren deshacerse de ellos?

La conductora no está hecha para la filosofía.

—El coche está por allí.

Bajan por la península central y salen de la ciudad. La conductora enumera a las celebridades que hablarán durante los próximos días. Patricia observa el paisaje. A la derecha, las colinas de secuoyas de segundo crecimiento. A la izquierda, Silicon Valley, la fábrica del futuro. La conductora le da a Patricia unas carpetas de plástico y la deja frente al edificio del Faculty Club. Patricia tiene toda la tarde para pasear por la colección más extraordinaria de árboles de todas las universidades del país. Encuentra un roble azul maravilloso, regios plátanos de California, cedros de incienso, un pimentero nudoso y anárquico, varias decenas de las setecientas especies de eucaliptus que existen, naranjos enanos cuajados de fruta. Los estudiantes deben de estar embriagados, sin saberlo, con todos esos aromas. Es una Navidad de lignina. Viejos amigos perdidos. Árboles que nunca ha visto. Pinos que generan conos con espirales de Fibonacci perfectas. Géneros de lugares remotos: *Maytenus*, *Syzygium*, *Ziziphus*. Examina a fondo todos esos árboles y las especies de parterre que crecen a sus pies para extraer muestras que sustituyan a las que le requisó la Administración de Seguridad del aeropuerto.

El paseo la conduce hasta el ábside de una iglesia de estilo falso románico. Pasa por debajo de un aguacate monumental, demasiado pegado al muro, que probablemente comenzó su vida sobre el escritorio de alguna secretaria. Al atravesar el portal que da al patio, se detiene y se lleva la mano a la boca. Frente a ella, unos árboles —inmensos, inverosímiles, extravagantes, sacados de alguna novela de la edad de oro de la ciencia ficción sobre selvas rebosantes y nubes ácidas de Venus— están hablando entre ellos en voz baja.

Los agentes meten a Adam Appich en una celda más grande que la plataforma que una vez compartió con otras dos personas a sesenta metros de altura. El Estado se hace cargo de él. Cooperar en todo y no recuerda casi nada, ni siquiera media hora más tarde. Por la mañana él era profesor titular de Psicología en una importante universidad urbana. Ahora está encerrado por antiguos delitos relacionados con daños valorados en varios millones de dólares y con la inmolación de una mujer.

Sus padres, por suerte, están muertos. También su hermana Jean, su hermano Charles —la única persona con la que mantuvo una verdadera amistad— y el mentor que le abrió los ojos a la ceguera humana. Ha llegado a una edad en la que lo normal es la muerte. Lleva sin hablarse con su hermano mayor desde que Emmett le robó la herencia. Ya no le queda nadie, excepto su esposa y su hijo.

Lois coge el teléfono, sorprendida de su llamada a media tarde. Se echa a reír cuando le cuenta dónde está. Hace falta un largo silencio para convencerla. Ella acude al abarrotado centro de detención durante el horario de vista. La incompreensión de la mujer se transforma en acción; se refleja en su cara que es la primera vez en años que tiene una causa por la que luchar. A través del cristal blindado, le lee unas anotaciones de un cuaderno en cuya tapa pone: «Adam, temas legales». Todo lo que ha puesto en marcha parece casi una obra de arte.

La lista que ha elaborado es tan detallada como enérgica. Las arrugas que le rodean los ojos se tensan contra la injusticia.

—Tengo varios nombres de abogados. Debemos solicitar el arresto domiciliario. Es caro, pero estarás en casa.

—Lo —dice él, cargado de años—, puedo contarte lo que pasó.

Su mujer acaricia el cristal antibalas y se lleva un dedo a los labios.

—Shh. El tipo de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles dijo que no hablaras hasta que hubieras salido.

Su esperanza es tan desafiante, tan propia de ella. Él se ha ganado la vida estudiando la esperanza desafiante. Y la esperanza desafiante es lo que lo ha conducido hasta aquí.

—Sé que no hiciste nada de eso, Adam. Nunca serías capaz.

Sin embargo, ella agacha la mirada, ese viejo indicio mamífero que ha tardado decenas de millones de años en formarse. No sabe nada sobre el hombre con el que ha vivido durante años, con el que se casó legalmente, el padre de su hijo. Un estafador, como poco, y hasta donde ella sabe, cómplice

de asesinato.

Al otro lado de la ciudad, en otro centro de detención, su delator vuelve a salir una noche más, lejos del Gobierno y de sus jefes convertidos en captores, para buscar a la mujer que convirtió a Douglas Pavlicek en un radical. Está seguro de que ella ahora tendrá un nombre distinto y de que estará en otro país, sumergida en una nueva vida que no imagina. El perdón es más de lo que puede pedirle a esa mujer, más de lo que Douglas jamás se concederá a sí mismo. Él se merece algo mucho peor de lo que los *freddies* le han ofrecido: siete años en una cárcel de seguridad media, con libertad condicional en dos años. Sin embargo, necesita contarle algo. «Así fue como sucedió. Así fue como todo se derrumbó.» Ella oirá lo que hizo. Se enterará de las peores cosas, y nada de lo que él le explique evitará su desprecio. Pero también se preguntará por qué, y esa duda le causará dolor, un dolor que tal vez él pueda paliar.

Su celda es un cuarto de ladrillos de hormigón pintado de verde, muy parecido al que ocupó durante una semana cuando tenía diecinueve años. El estrecho confinamiento le permite viajar. Cierra los ojos y, como cada noche, va tras ella. La película siempre es más que borrosa, y los rasgos de la mujer, poco definidos. Ha olvidado incluso aquellos detalles de su rostro que le hacían sentirse capaz de inspirar aire y, con un suspiro perezoso, exhalar eternidad. Pero esta noche casi la ve, no con el aspecto que debe tener ahora, sino con el de antes. «Así es como sucedió», le dice. Alguien lo traicionó, da igual quién. Cayó en la trampa. Y cuando los federales se abalanzaron sobre él y lo apresaron, ya estaba perdido.

Los encargados del interrogatorio fueron amables. Uno de ellos se llamaba David, un tío mayor que se parecía al padre de Douggie. Y también había una mujer, Anne, que siempre vestía trajes de chaqueta grises con falda y tomaba notas mientras trataba de entender lo que él les contaba. Le dijeron que todo había acabado, que su diario manuscrito contenía lo que necesitaban para meterles en la cárcel a él y a sus amigos. Solo faltaba aclarar unos cuantos detalles.

«No tenéis nada. Estaba escribiendo una novela. Todo eso ha salido de mi puta cabeza.»

Le dijeron que esa novela contenía información que nunca vio la luz. Le dijeron que conocían a sus amigos, que tenían informes de ellos. Solo querían

que Douglas corroborara esa información y, si les ayudaba, todo sería mucho más fácil para él.

«¿Que os ayude? Yo no soy un Judas de mierda, tíos.» Se le escapó. Una palabra de más.

Le habla a Mimi del error. Ella parece oírle, se estremece incluso, aunque aparta la cara con su cicatriz punji. Le explica que resistió durante días, que les dijo a los agentes que le encerrarán para siempre, que no pensaba dar ningún nombre. Le cuenta que los interrogadores entonces le mostraron unas fotos muy extrañas, como fotogramas de una película casera, imágenes granuladas de situaciones donde nadie llevaba cámara. Se acordaba bien, sobre todo de los sitios donde lo habían agredido. Él aparecía en muchas de las fotos. Había olvidado lo joven que era por entonces. Lo ingenuo y voluble.

«Que sepáis —les dijo a los agentes— que soy mucho más guapo en persona.»

Anne sonrió y anotó algo. «¿Lo ves? —le dijo David—. Los tenemos a todos. No necesitamos nada de ti, pero si colaboras reducirías los cargos en tu contra.» Ahí fue cuando Douglas empezó a darse cuenta de que contratar a un abogado no significaba declararse culpable. Aunque claro, eso costaba mucho más dinero de los mil doscientos treinta dólares con los que contaba.

Había un problema con las fotos. En ellas aparecían personas a las que nunca había visto. Y también había un problema con la lista de incendios que querían que admitiera. De la mitad de ellos ni siquiera había oído hablar. Luego los dos agentes comenzaron a preguntar quién era quién. «¿Quién es Moral? ¿Quién es Guardián? ¿Quién es Arce? ¿Es este?»

Estaban tirándose un farol, escribiendo su propia novela.

Lo mantuvieron encerrado durante dos días en un lugar que parecía una residencia universitaria serbia en quiebra. Fue fiel a su silencio. Luego le explicaron a lo que se enfrentaba: terrorismo nacional —tratar de modificar la gestión del Gobierno mediante la intimidación o la coacción—, castigado por la Ley de Endurecimiento de Penas por Terrorismo, el aparato de una nueva seguridad estatal. No volvería a pisar la calle. Pero si confirmaba alguna de esas caras —personas de las que ya tenían informes—, lo dejarían en libertad en un plazo de entre dos y siete años. Y cerrarían el caso de todos los incendios que admitiera.

«¿Cerrar el caso?»

No perseguirían a nadie más por esos delitos.

«¿A partir de ahora? ¿Por cualquiera de los delitos que yo admita?»

Una cara. Y contaba con la buena fe del Gobierno federal. A él no le importaba ir a la cárcel durante siete años o durante setecientos. Jamás duraría ese tiempo; a su cuerpo no le quedaba tanto kilometraje. Pero que le garantizaran el indulto para la mujer que le había acogido y para el hombre que parecía seguir luchando contra los deseos mortíferos de la humanidad..., eso sí tenía sentido.

En la galería de imágenes que los dos investigadores desplegaron ante él había algunas fotos de aquel hombre que a Duggie siempre le pareció un infiltrado. El hombre que acudió para estudiarlos. El hombre a quien enviaron aquella terrible noche en busca de ayuda para Olivia —cualquier ayuda— y que regresó con las manos vacías.

—Ese —dijo Douglas, sacudiendo el dedo como una ramita con la brisa—. Ese es Arce. Un tipo llamado Adam. Estudiaba Psicología en Santa Cruz.

«Así es como sucedió, le cuenta a su compañera de salvación. Eso es lo que hice. Por eso lo hice. Por ti y por Nick, y puede que por los árboles.»

Cuando el fantasma de Mimi se da la vuelta y ambos rostros se encaran, no le hace ningún gesto; tan solo lo mira fijamente a los ojos, como si una mirada eterna le dijera todo lo que ella necesita saber.

El auditorio está oscuro y revestido de madera de secuoya de procedencia dudosa. Patricia mira desde el estrado hacia los centenares de expertos. Eleva la vista sobre los rostros expectantes y pulsa un botón. Por detrás de ella aparece un cuadro de un arca de madera muy simple con una procesión de animales que se encaminan hacia ella.

—Cuando el mundo se estaba acabando la primera vez, Noé tomó a todos los animales por parejas y los metió a bordo de su embarcación para evacuarlos. Tiene gracia: dejó que las plantas murieran. ¡En vez de llevarse lo necesario para restaurar la vida en la tierra, se dedicó a salvar a los seres gorriones!

Risas en el auditorio. Están de su parte, pero solo porque no saben dónde quiere ir a parar.

—El problema es que Noé y los suyos no creían que las plantas estuvieran vivas de verdad. Sin intenciones, sin chispa vital, no eran más que rocas con la capacidad de crecer.

Pulsa de nuevo el botón y pasa varias imágenes: atrapamoscas cerrándose

sobre sus presas, plantas sensitivas enfurruñadas, un mosaico de copas de kapur donde cada árbol se detiene justo antes de tocar al siguiente.

—Ahora sabemos que las plantas se comunican y recuerdan. Tienen gusto, olfato, tacto, incluso vista y oído. Nosotros, los miembros de la especie que hemos averiguado todo esto, hemos aprendido mucho acerca de con quién compartimos el mundo. Hemos empezado a entender los vínculos profundos que hay entre los árboles y la gente. Pero nuestra separación ha sido más rápida que nuestra conexión.

Pulsa el botón y cambia la imagen.

—Esta es una imagen por satélite de Norteamérica de noche, en 1970. Y aquí estamos una década después. Y otra. Y otra. Una más, y terminamos.

En cuatro clics, una luz estrepitosa se extiende por el continente y llena el vacío de mar a mar. Pulsa de nuevo y aparece un magnate desaprensivo y medio calvo con una camisa de cuello alto y un frondoso bigote.

—Un periodista le preguntó una vez a Rockefeller cuánto es bastante. Su respuesta fue: «Solo un poco más». Y eso es lo que queremos: comer un poco más, dormir un poco más, estar un poco más secos, que nos quieran un poco más y comprar un poco más.

Esta vez la risa es un murmullo cortés. Una sala dura de roer. Ya han visto muchas veces este espectáculo de fuegos artificiales. En este auditorio todos están insensibilizados desde hace tiempo. Dos personas del fondo se levantan y se van. Una «conferencia medioambiental». Quinientos asistentes, siete facciones enfrentadas, decenas de objeciones a cada uno de los planes para salvar el planeta. Todo por un tsunami.

Las siguientes son cuatro fotografías secuenciales a cámara rápida: unas vistas aéreas fundidas de Brasil, Tailandia, Indonesia y el noroeste del Pacífico.

—Solo un poco más de madera. Unos cuantos empleos más. Unas cuantas hectáreas más de maíz para alimentar a un poco más de gente. ¿Les suena esto? Nunca ha habido un material más útil que la madera.

Cambios de postura en los asientos de felpa, toses y susurros, llamadas de silencio para acabar con los predicadores.

—En este estado ha desaparecido una tercera parte de los bosques en los últimos seis años. Las causas son diversas: la sequía, el fuego, la muerte repentina del roble, la polilla gitana, el escarabajo del pino y el escarabajo barrenador, la roya y la tradicional tala de árboles para crear granjas o urbanizaciones. Pero la causa distal es siempre la misma, ustedes lo saben, yo

lo sé y todo el mundo que preste un mínimo de atención lo sabe. Los relojes anuales se han desfasado un mes o dos. Se desintegran ecosistemas enteros. Los biólogos están aterrorizados.

»La vida es muy generosa y nosotros somos... insaciables. Pero nada de lo que yo diga va a despertar a los sonámbulos ni va a hacer que el suicidio parezca real. No puede ser real, ¿verdad? Es decir, aquí estamos, y todavía...

Tras doce minutos hablando, Patricia sigue temblando. Pide disculpas con la mano para detenerse durante tres segundos. Se retira por detrás del atril y alcanza una de las botellas de agua que han dejado allí los atentos organizadores de esa conferencia sobre «Reparar el Hogar». Gira el tapón y levanta el recipiente.

—Estrógenos sintéticos. —Aprieta el plástico—. El noventa y tres por ciento de los norteamericanos están envenenados con esta sustancia. —Vierte un poco de agua en el vaso. Se saca del bolsillo un vial de cristal—. Y esto son extractos de plantas que recogí ayer mientras paseaba por el campus. Dios mío, este sitio es un auténtico vergel, ¡un pequeño paraíso!

Le tiembla la mano y salpica un poco de líquido. Agarra el vial con las dos manos y lo coloca sobre el atril.

—Verán, hay mucha gente que cree que los árboles son seres simples incapaces de hacer nada interesante. Pero existe un árbol para cada propósito imaginable. Su química es increíble. Ceras, grasas, azúcares. Taninos, esteroides, gomas y carotenoides. Ácidos de resina, flavonoides, terpenos. Alcaloides, fenoles, suberinas del corcho. Están aprendiendo a fabricar todo lo que se puede fabricar. Y la mayoría son cosas que aún no hemos descubierto.

Proyecta una colección de cortezas anómalas. Dragos que segregan una sustancia roja como la sangre. Una jaboticaba, cuyos frutos como bolas de billar crecen en el tronco. Baobabs milenarios como globos meteorológicos atados a la tierra cargados con cien mil litros de agua. Eucaliptus del color del arcoíris. Extraños aloes aljaba con lanzas en vez de ramas. *Hura crepitans*, las ceibas amarillas, que mediante sus frutos explosivos lanzan semillas a doscientos cincuenta kilómetros por hora. El público se relaja con este regreso a lo pintoresco. A ella tampoco le importa ofrecer un último recorrido por las maravillas del mundo.

—En algún momento de los últimos cuatrocientos millones de años, las plantas probaron todas las estrategias con una mínima posibilidad de éxito. Ahora empezamos a darnos cuenta de lo variadas que pueden ser esas

posibilidades. La vida tiene un modo de hablarle al futuro. Se llama memoria. Se llama genes. Para solucionar el futuro, tenemos que salvar el pasado. Por lo tanto, mi regla de oro es, sencillamente: cuando cortas un árbol, lo que haces con él debe ser al menos tan milagroso como lo que acabas de cortar.

No oye si su público se ríe o gruñe. Da golpecitos en el lateral del atril que resultan sordos bajo sus dedos. Todo lo que hay en la sala está mudo.

—He ido por libre toda mi vida. Pero me han acompañado otras personas. Averiguamos que los árboles se comunicaban por el aire y a través de las raíces. El sentido común nos abucheó. Averiguamos que los árboles cuidaban unos de otros. La comunidad científica desestimó la idea. Otros que también van por libre descubrieron que las semillas recuerdan las estaciones de su infancia y brotan en consecuencia. Y otros, que los árboles sienten la presencia de otras formas de vida cercanas. Que los árboles aprenden a ahorrar agua. Que los árboles alimentan a sus jóvenes, que sincronizan sus hayucos, que ponen en común sus recursos, que advierten a sus parientes y envían señales a las avispas para que acudan a salvarlos de ciertas plagas.

»La siguiente información también está fuera de lo establecido. Pueden esperar su confirmación. Los bosques saben cosas. Se conectan entre ellos bajo tierra. Allí abajo hay cerebros, unos cerebros que los nuestros no están preparados para ver. Plasticidad radicular que soluciona problemas y toma decisiones. Sinapsis fúngicas. ¿Cómo le llamarían a esto? Si un número suficiente de árboles se conectan, el bosque se vuelve «consciente».

Sus palabras suenan lejanas, amortiguadas, subacuáticas. O los dos audífonos se le han estropeado al mismo tiempo o la sordera de su infancia ha elegido este momento para regresar.

—A los científicos nos enseñaron a no buscar nunca al ser humano en las demás especies. ¡Así que nos aseguramos de que nada se parezca a nosotros! Hasta hace muy poco, ni siquiera permitíamos que los chimpancés tuvieran conciencia, y mucho menos los perros o los delfines. Solo el hombre sabía lo suficiente para querer cosas. Pero créanme: los árboles quieren algo de nosotros, al igual que nosotros siempre hemos querido cosas de ellos. No es una cuestión mística. El «medioambiente» está vivo, es un fluido, una red cambiante de vidas con un propósito, de vidas que dependen unas de otras. El amor y la guerra no pueden separarse. Las flores dan forma a las abejas del mismo modo que las abejas dan forma a las flores. Las bayas pueden competir por ser comidas más que los animales por comérselas. Hay un tipo de acacia que fabrica proteínas dulces para alimentar y esclavizar a las

hormigas que la protegen. Los árboles frutales nos engañan para que distribuyamos sus semillas. La fruta madura fue la causante de nuestra visión en color: al enseñarnos a encontrar el cebo, los árboles nos enseñaron también a ver que el cielo es azul. Nuestro cerebro evolucionó para esclarecer el bosque. Hemos dado forma a los bosques y ellos nos han dado forma a nosotros desde antes de que fuéramos *Homo sapiens*.

»Los hombres y los árboles son unos parientes más cercanos de lo que ustedes creen. Somos dos seres surgidos de una misma semilla que avanzamos en direcciones opuestas y nos servimos los unos de los otros en un espacio compartido. Ese espacio necesita todas sus partes. Y nuestra parte..., tenemos un papel que desempeñar en este organismo que es la Tierra, un papel...

Se vuelve para mirar la imagen proyectada detrás. Es el árbol de Teneré, el único ser con tronco en cuatrocientos kilómetros a la redonda. Golpeado por un conductor ebrio que acabó con él. Pasa a la siguiente imagen, un ciprés calvo de Florida, mil quinientos años anterior a la cristiandad, destruido hace unos meses por culpa de un cigarrillo tirado al campo.

—... que no puede ser este.

Siguiente imagen.

—Los árboles hacen ciencia. Realizan mil millones de experimentos de campo. Plantean conjeturas, y el mundo vivo les dice si funcionan o no. La vida es especulación, la especulación es vida. ¡Qué mundo tan maravilloso! Implica suposición. Implica un reflejo.

»Los árboles se encuentran en el núcleo de la ecología y han de llegar al núcleo de la política humana. Tagore dijo: «Los árboles son el esfuerzo interminable de la tierra para hablar con el cielo que los escucha». Pero la gente... ¡Ay, la gente! La gente podría ser ese cielo con el que la Tierra trata de hablar.

»Si viéramos lo verde, descubriríamos algo que resulta más interesante cuanto más nos acercamos. Si viéramos lo que hacen las plantas, nunca nos sentiríamos solos o aburridos. Si comprendiéramos lo verde, aprenderíamos a cultivar toda la comida que necesitamos en tres capas superpuestas y solo necesitaríamos un tercio del suelo que utilizamos ahora mismo, las plantas se protegerían unas a otras de las plagas y del estrés. Si supiéramos lo que quiere lo verde, no tendríamos que elegir entre los intereses de la tierra y los nuestros, ¡porque serían los mismos!

Otro clic lleva a la siguiente diapositiva, un tronco gigante estriado

cubierto con una corteza roja que forma ondas como músculos.

—Ver lo verde es entender las intenciones de la Tierra. Fíjense en esto. Este árbol crece desde Colombia a Costa Rica. Cuando es pequeño, parece un trozo de cañamo trenzado, pero si encuentra un agujero en el dosel arbóreo, el brote se convierte en un tallo gigante con raíces tabulares que se ensanchan.

Se vuelve para mirar la imagen por encima de su hombro. Es la campana de una enorme trompeta de ángel que se arroja a la tierra. Tantos milagros, tanta horrible belleza. ¿Cómo puede abandonar un lugar tan perfecto?

—¿Sabían que todos los árboles latifoliados de la Tierra tienen flores? Muchas especies florecen al menos una vez al año. Pero este árbol, el *Tachigali versicolor*, florece una sola vez en su vida. Ahora, imaginen que solo mantuvieran relaciones sexuales una vez en la vida...

La sala entera se echa a reír. Patricia no oye, pero huele el nerviosismo. Su montaña rusa a través del bosque vuelve a virar. Nadie sabe hacia dónde les lleva su guía.

—¿Cómo puede sobrevivir una criatura que lo apuesta todo al rollo de una noche? La actuación del *Tachigali versicolor* es tan rápida y decisiva que me deja atónita. Porque claro, un año después de florecer, el árbol se muere.

Levanta la vista. El auditorio está repleto de sonrisas recelosas debido a la rareza de eso que llaman naturaleza. Pero los asistentes no logran relacionar su laberíntica conferencia inaugural con nada parecido a «reparar el hogar».

—Resulta que un árbol puede dar más que comida y medicinas. El dosel del bosque pluvial es espeso, y las semillas que arrastra el viento nunca llegan muy lejos del progenitor. La descendencia del *Tachigali*, que se produce una vez en la vida, germina de inmediato, a la sombra de los gigantes que le tapan el sol. Están destinados a la muerte, a menos que caiga algún árbol viejo. Así que la madre moribunda abre, al caer, un agujero en el dosel y su tronco podrido fertiliza el suelo para los nuevos brotes. Podemos decir que es el colmo del sacrificio parental. El nombre común del *Tachigali versicolor* es «árbol suicida».

Levanta del atril el vial que contiene los fragmentos de árboles. Los oídos no le responden, pero las manos, al menos, han recuperado la calma. Al principio había de todo. Pronto no habrá nada.

—Me he planteado la pregunta que querían que respondiera aquí. He pensado en ella basándome en todas las pruebas disponibles. He intentado que mis sensaciones no influyeran en los hechos y que la esperanza y la vanidad no me cegaran. He intentado abordar este asunto desde el punto de

vista de los árboles. *¿Qué es lo mejor que puede hacer la gente por el mundo de mañana?*

Una parte del contenido del vial roza el vaso de agua clara y se convierte en unos zarcillos verdes.

Un torbellino verde se extiende por Astor Place. Al principio es solo una brizna de lima sobre el pavimento gris. Luego, otra salpicadura, esta vez verde aguacate. Adam lo observa desde la ventana de un duodécimo piso. Los coches recorren las cuatro calles sesgadas y dejan vetas verdes en la intersección irregular. Un momento después, un tercer charco —oliva— se desparrama por el lienzo de asfalto formando salpicaduras a lo Pollock. Alguien está lanzando bombas de pintura.

Es el segundo día de arresto domiciliario en el apartamento del centro donde él y su familia viven desde hace cuatro años. Las autoridades le han colocado un dispositivo de vigilancia en el tobillo —la alta gama de Home Guard— y lo han soltado en su bloque de aire por encima de Waverly y Broadway. Brazaletes electrónicos: las joyas compartidas por las especies en peligro y los traidores de la raza. Él y Lois pagan una cantidad demencial a una empresa privada a cambio del aparato, y la compañía divide las ganancias con el Estado. Todos ganan.

Ayer, un técnico del Gobierno le enseñó a Appich las normas de su arresto.

—Puede usar el teléfono y oír la radio. Puede utilizar la Red y leer el periódico. Puede recibir visitas. Pero si quiere salir del edificio, tiene que contar con el visto bueno del Centro de Mandos.

Lois ha llevado al pequeño Charlie a Cos Cob con sus abuelos para poder centrarse durante un par de días en la defensa de Adam, o al menos eso ha dicho. En realidad, al niño le traumatiza ver esa placa negra en el tobillo de su padre. Con cinco años, el niño ya entiende lo que sucede.

—Quítatelo, papá.

Adam rompe la promesa, mucho antes de lo que esperaba, de no mentir jamás a su hijo.

—Muy pronto, hijo. No te preocupes, no pasa nada.

Desde arriba, Appich observa la sesión de *action painting*. Otra mancha —jade— golpea el asfalto. El coche que suelta la pintura continúa hacia Cooper Square. Es teatro de guerrilla, un golpe coordinado. Con cada coche

nuevo, los arcos verdes se mezclan en la intersección de las cinco calles y añaden varias pinceladas al conjunto. Otro vehículo baja por Eighth Street y arroja tres botes de pintura marrón. Mientras que las franjas verdes se despliegan y ramifican, las marrones se alinean formando una columna estriada. Es fácil percatarse de lo que está creciendo doce pisos más abajo.

Unos parches rojos y amarillos aparecen cerca de las escaleras del metro. Sin querer, los viandantes pintan con las suelas de sus zapatos. Un hombre de negocios enfadado trata de esquivar el estropicio, pero no lo consigue. Una pareja baila por encima agarrada del brazo y sus pasos trazan frutos coloridos y flores entre las ramas extendidas. Alguien ha hecho un esfuerzo tenaz para crear lo que debe de ser el árbol dibujado más grande del mundo. ¿Por qué aquí —se pregunta Appich—, en un barrio relativamente alejado? Es una obra digna de Midtown, propia de las puertas del Lincoln Center, por ejemplo. Entonces se da cuenta de por qué es justo en ese lugar. Porque él está allí.

Coge las llaves y la chaqueta y se dirige abajo, sin otra idea que la de hacerse ver. Atraviesa el vestíbulo por delante de los buzones, cruza la puerta y se dirige hacia el este por Waverly hacia el árbol gigante. El aparato eléctrico que Appich lleva bajo el pantalón color caqui se vuelve loco y comienza a chillar. Dos operarios se vuelven para mirar, y un jubilado, que arrastra los pies detrás de un andador, se detiene aterrorizado.

Adam retrocede hasta su edificio, pero el brazalet no deja de sonar. Gime como una pieza de música de vanguardia durante todo el trayecto en el ascensor. Aprieta el paso por el descansillo de su planta. El vecino de al lado, un informático con turno de noche, asoma la cabeza para averiguar la causa del alboroto. Adam pide disculpas con la mano antes de atrincherarse en su piso. Allí, telefonea a sus guardianes para informar del error.

—Ya le explicaron las normas —le dice el encargado del seguimiento—. No trate de cruzar la geovalla establecida.

—Entendido. Disculpe.

—La próxima vez tendremos que tomar medidas.

—Ha sido un accidente. Un fallo humano. —Su área de especialización.

—Da igual la causa. La próxima vez enviaremos refuerzos.

Adam se vuelve hacia la ventana, para observar cómo se seca la pintura gigante. Cuando su mujer vuelve de Connecticut, él sigue allí de pie.

—¿Qué es eso? —pregunta Lois.

—Un mensaje. De un amigo.

Y por primera vez, la mujer se da cuenta de que los periódicos decían la verdad. Las fotos del complejo hotelero carbonizado. La mujer muerta. «Detenido un miembro de un grupo ecoterrorista radical.»

A primera hora de la tarde, Dorothy entra con sigilo en la habitación para ver cómo está su marido, que lleva horas sin hacer ruido. Atraviesa el umbral y, justo antes de que él la oiga y se vuelva, percibe una vez más, como tantas otras veces durante estos últimos días sobrios, breves y apresurados, esa mirada de asombro ante el espectáculo que se desarrolla por la ventana.

—¿Qué hay, Ray? —Se acerca a la cama, pero, como siempre, no ve más que un jardín invernal—. ¿Ha pasado algo?

La boca torcida hace un movimiento que ella ha aprendido a identificar como una sonrisa.

—¡Ah, sí!

De pronto descubre que envidia a su marido. Sus años de tranquilidad forzosa, la paciencia de su mente ralentizada, la expansión de sus sentidos mermados. Él es capaz de observar la docena de árboles desnudos del jardín durante horas y ver algo intrincado y sorprendente, que sacia sus deseos, mientras que ella..., ella sigue atrapada en un ansia insaciable.

Desliza las manos bajo el cuerpo consumido del hombre y lo arrastra hacia un lado de la cama mecánica. Luego va hacia el otro lado y se tumba a su lado.

—Cuéntame.

Pero, por supuesto, él no es capaz. Emite esa especie de risa desde el fondo de la garganta que puede significar cualquier cosa. Ella le agarra la mano y ambos se quedan inmóviles, como si fueran unas figuras talladas sobre su propia tumba.

Permanecen así durante un largo rato, mirando el terreno de su propiedad por donde los cazadores-recolectores se abrieron paso durante milenios. Ella ve muchas cosas: los diversos árboles de su proyecto de arboreto, las yemas que se preparan. Sin embargo, es consciente de que no percibe ni una décima parte de lo que él ve.

—Cuéntame más cosas de ella.

El corazón de Dorothy palpita con esa pregunta tabú. A pesar de que ha coqueteado con la locura durante toda su vida, este nuevo juego de invierno le parece más que espeluznante. Hay gente desconocida fuera que deambula y

llama a la puerta. Y ella permite su entrada.

Los brazos de Ray se tensan y su rostro cambia por completo.

—Rápida. Tenaz.

Es como si acabara de escribir *En busca del tiempo perdido*.

—¿Qué aspecto tiene? —Ya le ha preguntado eso antes, pero necesita oír de nuevo la respuesta.

—Feroz. Bonita. Tú.

Con eso basta para hacerla entrar en el libro una vez más, y el jardín se abre como dos páginas extendidas ante ella. Esta noche, en la creciente oscuridad, la historia se desarrolla a la inversa. Una sucesión de chicas, cada vez más jóvenes, se dirigen hacia la puerta de atrás y salen a ese mundo simulado en miniatura. Su hija a los veinte años, durante las vacaciones de primavera de la universidad, con una camiseta sin mangas que muestra un nuevo tatuaje barroco y horrible en el hombro izquierdo, saliendo a hurtadillas para fumarse un porro después de que sus padres se queden dormidos. Su hija a los dieciséis años, bebiendo vino barato con dos amigas en el rincón más recóndito de la propiedad. Su hija con doce años, deprimida y dando patadas a una pelota de fútbol contra el garaje durante horas. Su hija a los diez años, flotando sobre la hierba mientras atrapa luciérnagas con un bote de cristal. Su hija a los seis años, saliendo descalza durante el primer día de primavera a veinte grados con un plantón en las manos.

La imagen aparece contra los árboles tenebrosos. Es tan real que Dorothy está segura de haber visto la maqueta en algún lugar. En esto se ha convertido la lectura en voz alta: en permanecer quietos y vigilantes. ¿Qué pensará la desconocida que lleva en esa casa toda la vida? Dorothy lo sabe. Algo parecido a esto. Justo esto.

El vaso de papel ha reposado sobre el alféizar de la cocina de su imaginación durante tanto tiempo que Dorothy ve las florituras del estilizado tallo estampadas en cian y lee la palabra debajo del logo: SOLO. Una masa de raíces impacientes ha empujado el fondo del cartón en busca de más mundo. Unas maravillosas hojas largas y dentadas —castaño americano— acarician el aire en su primera salida al exterior. Dorothy observa a la niña y a su padre arrodillados al borde de un hoyo recién cavado. La inquieta niña mueve la tierra con una pala de jardinería. Administra el sacramento de las primeras aguas. Se retira del plantón bajo el brazo de su padre. Y cuando la niña se da la vuelta y levanta la mirada, en esta otra vida que se desarrolla de manera invisible junto a la ya sucedida, Dorothy ve el rostro de su hija, listo para

comerse la vida.

Tres palabras al oído hacen explotar el silencio.

—No hagas nada.

Las palabras son tan claras como ellos necesitan y le indican a Dorothy que su marido ha estado con ella en ese otro lugar, no muy lejos de allí. Ella ha tenido el mismo pensamiento. De manera independiente, ambos han pensado lo mismo a partir de la misma frase sorprendente del mismo libro sorprendente que acaban de leer juntos:

La mejor manera y la más fácil de conseguir que el bosque regrese a un terreno talado es no hacer nada, nada en absoluto, durante menos tiempo del que se podría pensar.

—No cortar hierba —susurra Ray, y ella no necesita más explicaciones. ¿Qué mejor herencia podrían dejarle a esa hija voluntariosa, feroz y bonita que seis mil metros cuadrados de bosque?

Tumbados uno junto al otro, en la cama mecánica, miran al otro lado de la ventana, donde la nieve se amontona y se derrite, donde llegan las lluvias, regresan las aves migratorias, los días se vuelven largos, las flores crecen en todas las ramas y cientos de brotes se elevan por el césped reincidente.

—No puedes hacer eso. Tienes un hijo.

Adam se reclina en el sofá mientras juguetea con la caja negra que lleva en el tobillo. Lois —su esposa— está sentada enfrente, con las manos en los muslos y la columna recta como un poste telefónico. Él se balancea, ya sin fuerzas por el aire enrarecido. No es capaz de explicarse. No tiene respuesta. Durante dos días, ambos han tratado el tema hasta la saciedad.

Él mira por la ventana mientras las luces del distrito financiero reemplazan el día. Diez millones de puntos parpadean en la creciente oscuridad, como las puertas lógicas de un circuito que lanza soluciones para un cálculo elaborado durante generaciones.

—Tiene cinco años. Necesita un padre.

El niño lleva solo un día y medio en Connecticut y Adam ya no recuerda en cuál de las dos orejas tiene la muesca. Ni cómo ha llegado a los cinco años, si acaba de nacer. Ni cómo él mismo puede seguir siendo padre.

—Crecerá con resentimiento hacia ti. Para él serás un desconocido a quien

visitar en una cárcel federal, hasta que yo deje de obligarle a hacerlo.

Ella no se lo está echando en cara, aunque podría. En realidad, ya es un desconocido, solo que ella no lo sabía. Y el niño..., el niño. Para Adam, es un extraterrestre. El año pasado, durante dos semanas, Charlie dijo que quería ser bombero, pero pronto se dio cuenta de que ser banquero era mucho mejor. No hay nada que le guste más que alinear los juguetes con una regla, contarlos y guardarlos en cajas con llave. Para lo único que ha utilizado alguna vez el esmalte de uñas ha sido para marcar los cochecitos y que sus padres no se los roben.

La cabeza de Adam regresa a la sala, frente a la figura sentada en el taburete. Los labios de su mujer se avinagran y las mejillas se sonrojan, como si se asfixiara. Desde que comenzó el arresto, ella le parece tan imprecisa como la vida cuando regresó a Santa Cruz de manera furtiva y comenzó a fingir.

—Quieres que haga un trato con ellos.

—Adam. —Su voz es un patinazo controlado—. No vas a salir nunca.

—¿Crees que debería condenar a otra persona? Pregunto.

—Es lo justo. Son cómplices. Y uno de ellos te condenó a ti.

Él se vuelve hacia la ventana. Arresto domiciliario. Abajo, el brillo del NoHo, el resplandor de Little Italy, un país del que está desterrado. Y más allá, por detrás de los distintos barrios, el acantilado negro del Atlántico. El horizonte de edificios es la partitura experimental de una música eufórica que casi puede oír. A la derecha, oculta a la vista, la torre retorcida sustituye a las destruidas. *Libertad*.

—Si lo que buscamos es justicia...

Una voz que debería resultarle familiar le dice:

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Vas a anteponer el bienestar de otra persona al de tu hijo?

Ahí está: el último mandamiento. Cuidarás de los tuyos. Protegerás tus genes. Darás la vida por un hijo, por dos hermanos o por ocho primos hermanos. ¿Cuál es la equivalencia en amigos? ¿Cuántos desconocidos puede haber ahí fuera dando la vida por otras especies? ¿Cuántos árboles? No es capaz de empezar a contarle a su mujer lo peor de todo. Desde que empezó el arresto —desde que comenzó a pensar de manera objetiva de nuevo, después de tantos años tratando la cuestión como si fuera algo abstracto— ha comprendido que la mujer muerta tenía razón: el mundo está lleno de bienestares que deben anteponerse a los de tu propia especie.

—Si hago un trato con ellos, mi hijo... Charlie crecerá sabiendo lo que hice.

—Sabrá que la elección fue difícil. Que corregiste un error.

A Adam se le escapa una carcajada.

—¡Que corregí un error!

Lois se levanta de golpe. La furia obstruye sus palabras antes de poder escupirlas. Cuando sale de un portazo, él recuerda quién es su mujer y de lo que es capaz.

Se queda medio dormido y sueña con lo que le hará la ley. Al darse la vuelta, un fuego le recorre la parte baja de la columna. El dolor lo despierta. Una enorme luna pende sobre el Hudson. Las marcas de viruela de su cara, blancas como el acero, brillan con la nitidez de un telescopio. La perspectiva de la vida en la cárcel le provoca maravillas en la vista.

Le duele la vejiga. Se pone de pie y emprende una expedición terrestre involuntaria hacia el baño, donde una nube inesperada le cubre los ojos. Se acerca a la ventana y apoya la mano en el cristal. El vaho bordea la palma como si fuera una pintura rupestre. Por el cañón que hay más abajo, las vetas de las luces de los coches se agrupan y se dispersan. Allí, entre el tráfico moteado, una manada de lobos grises baja por Waverly desde Washington Square persiguiendo a un ciervo de cola blanca.

Al inclinarse hacia delante, se golpea la frente contra el cristal. Comienza a lanzar obscenidades por primera vez en años. Dando tumbos, atraviesa la cocina para llegar al estrecho salón, donde se choca con el marco de la puerta. El golpetazo le hace tambalearse y, aunque se apoya con la mano derecha para frenar la caída, se da de bruces contra el alféizar de la ventana, se muerde el labio inferior y acaba en el suelo, atontado por el dolor.

Al tocarse la boca, comprueba que está pringosa. El incisivo derecho le ha atravesado el labio. Se pone de rodillas y mira por la ventana. La luna brilla sobre la cima de una isla cubierta de árboles. El ladrillo, el acero y los ángulos rectos ceden el paso a un cúmulo verde iluminado por la luna. Un arroyo discurre por un barranco en dirección a West Houston. Las torres del distrito financiero han desaparecido y en su lugar hay unas colinas boscosas. Por encima de ellas, la salpicadura de la Vía Láctea, un torrente de estrellas.

El fortísimo dolor del labio partido es lo que le afecta al cerebro. El estrés del arresto. Piensa: «En realidad no estoy viendo esto. Estoy inconsciente debido al golpe que me he dado contra el suelo del salón». Sin embargo, un bosque tan denso, terrorífico e ineludible como la infancia se extiende en

todas direcciones por debajo de él. El arboreto de América.

Su visión se vuelve cada vez más completa y los numerosos colores y hábitos del conjunto se amplían: carpes, robles, cerezos, arces de seis tipos distintos. Las falsas acacias armadas con espinas contra una megafauna extinta. Los nogales americanos dejan caer alimento para todo el que se mueva. Las flores cerosas, planas y blancas de los cornejos flotan por el sotobosque sobre unas ramas que, de tan delgadas, resultan invisibles. La naturaleza se precipita por el bajo Broadway tal y como era la isla hace mil años, tal y como será dentro de otros tantos.

Un destello atrapa su mirada. Cerca de una cima de robles, un gran búho cornudo bate las alas por encima de su cabeza y cae en picado hacia algo que se mueve entre el lecho de hojas del suelo. Una osa negra y sus dos oseznos rastrean un montículo donde antes estaba Bleeker Street. Unas tortugas marinas ponen huevos bajo la luna llena en las orillas arenosas del East River.

El aliento de Adam empaña el cristal y la imagen se vuelve borrosa. La sangre le chorrea por la barbilla. Se toca la boca y se encuentra grava entre los dedos. Baja la mirada para inspeccionar los trozos de diente y, cuando la levanta de nuevo, Mannahatta ha desaparecido y en su lugar están las luces del Bajo Manhattan. Da un manotazo al cristal. La metrópolis del otro lado deja de hipar. El pulso le aporrea los brazos y comienza a temblar. Los edificios como crucigramas, los corpúsculos rojos y blancos del tráfico son más alucinatorios que lo que acaba de desvanecerse.

Pasa por delante del campo de minas de muebles y periódicos desperdigados hacia el vestíbulo y sale del apartamento. Después de dar seis pasos, se acuerda del dispositivo. Se derrumba junto a la pared con los ojos apretados. Cuando la visión desaparece por fin, regresa a su casa y se encierra en el único hábitat que le está permitido, en su único bioma durante una buena temporada.

Mimi Ma está sentada en la segunda fila del auditorio, paralizada por algo que ha dicho la mujer de los árboles. Patricia Westerford: los cinco compartieron los descubrimientos de esta mujer alrededor de las fogatas cuando la Biorregión Libre de Cascadia todavía existía. Sus palabras los convertían en reales, aquellos guerreros intergalácticos cuyas acciones sobrepasaban los estrechos límites de la conciencia humana. La mujer es

mayor de lo que Mimi imaginaba. Está asustada, vacilante, y hay algo raro en su forma de hablar. Pero ha pronunciado esa regla tan certera y juiciosa, aunque también tabú: «Lo que haces con un árbol debe ser al menos tan milagroso como lo que acabas de cortar».

Lo que el bosque hace con la montaña es mejor que la montaña. Lo que la gente podría hacer con el bosque... Apenas ha esbozado la idea cuando la doctora Westerford vuelve a sacudir a Mimi.

—Me he planteado la pregunta que querían que respondiera aquí.

Lo primero que Mimi piensa es que se ha equivocado. Una reconocida investigadora y autora que lleva décadas salvando semillas de árboles en peligro de todo el mundo... No puede ser. Tiene que estar confundida.

—He pensado en ella basándome en todas las pruebas disponibles. He intentado que mis sensaciones no influyeran en los hechos.

El soliloquio entero es una obra de teatro encaminada a un cambio de sentido o una revelación de último minuto.

—He intentado que la esperanza y la vanidad no me cegaran. He intentado abordar este asunto desde el punto de vista de los árboles.

Mimi echa un vistazo a su fila. La gente, incrédula, está clavada al asiento con el peso de la vergüenza.

—¿Qué es lo mejor que puede hacer la gente por el mundo de mañana?

Hace tiempo, otra mujer le hizo a Mimi esa misma pregunta. Y la respuesta era obvia, determinada por la razón: quemar un complejo hotelero de lujo antes de que lo construyeran.

El extracto de plantas roza el vaso. El verde se extiende por el agua, serpenteando como un brote a cámara rápida, cien mil veces acelerado. Mimi, a diez metros del atril, permanece inmóvil. La doctora Westerford levanta el vaso como un sacerdote que alza un sacramento. Su discurso se vuelve espeso.

—Muchos seres vivos eligen su momento. Quizá la mayoría de ellos.

Está sucediendo. Es real. Pero los cientos de asistentes, las personas más inteligentes del mundo, siguen quietas.

—Me pidieron que hablara de reparar el hogar. Nosotros somos los que necesitamos esa reparación. Los árboles recuerdan lo que nosotros hemos olvidado. Todas las especulaciones deben dejar espacio a las siguientes. Morir es parte de la vida.

La doctora Westerford baja los ojos mientras Mimi aguarda. La mira fijamente a los ojos sin apartarse ni un segundo. Hace mucho tiempo, en otra

vida, era ingeniera y podía hacer que la materia actuara de diversos modos. Ahora solo tiene una habilidad: la de mirar a otro ser hasta que este le devuelve la mirada.

Mimi suplica con los ojos en llamas. «No. No lo hagas. Por favor.»

La oradora frunce el ceño. «Todo lo demás es hipocresía.»

«Haces falta.»

«Hago falta para esto. Somos demasiados.»

«Eso no te toca a ti decidirlo.»

«Una ciudad nueva al día, del tamaño de Des Moines.»

«¿Y tu trabajo? ¿Tu banco de semillas?»

«Lleva años funcionando solo.»

«Quedan muchas cosas por hacer.»

«Soy vieja. ¿Qué me queda por hacer mejor que esto?»

«La gente no lo entenderá. Te odiarán. Es demasiado dramático.»

«Provocará un momento de atención entre los gritos.»

«Es inmaduro. No es propio de ti.»

«Necesitamos recordar cómo morir.»

«Morirás de una forma horrible.»

«No. Conozco a mis plantas. Con esta será más fácil que con la mayoría.»

«No puedo presenciar esto otra vez.»

«Preséncialo. Otra vez. Es todo lo que hay.»

La mirada no dura más de lo que tarda una hoja en comerse un trozo de luz. Mimi trata con todas sus fuerzas de mantener la mirada de la conferenciante, pero con un último acto de voluntad, la mujer de los árboles se emancipa. Patricia Westerford levanta la vista y mira de nuevo a la sala cavernosa. Su sonrisa insiste en que no es una derrota. Es utilidad, pero con otro nombre. Algo pequeño, una forma de ganar un poco más de tiempo, unos cuantos recursos más. Mira de nuevo hacia la horrorizada Mimi. «¡Todo lo que podríamos ver, lo que todavía podríamos dar!»

En Ohio hay un haya que a Patricia le gustaría ver de nuevo. De todos los árboles que añorará tanto como respirar, elige esa simple haya de tronco suave, sin nada de especial, salvo la inscripción a un metro de altura del suelo. A lo mejor ha crecido. A lo mejor el sol y la lluvia y el aire se han portado bien con ella. Piensa: «Quizá queramos hacerles daño a los árboles porque viven mucho más tiempo que nosotros».

Patty-Planta levanta el vaso. Echa un vistazo a la última línea de la última página de su discurso. «Por el *Tachigali versicolor*». Mira al frente. Trescientas personas brillantes la observan, atónitas. La banda sonora es silenciosa, salvo por un grito amortiguado en el borde del estrado. Patricia mira hacia el lugar del alboroto. Un hombre en silla de ruedas se dirige hacia la escalera de la derecha. El pelo y la barba le caen alrededor de los hombros. Es tan delgado como el árbol que le hablaba a los yaquis, aquel al que nadie entendía. De toda la sala paralizada, es el único que trata de levantarse de la silla. El líquido verde salpica la mano de la mujer. Ella vuelve a mirar. El hombre de la silla de ruedas hace gestos desesperados con los brazos. ¿Cómo puede algo tan pequeño significar tanto para él?

Lo mejor que se puede hacer por el mundo. De pronto se le ocurre que el problema empieza con esa palabra: mundo. Significa dos cosas completamente opuestas. El real no podemos verlo. Del inventado no podemos escapar. Levanta el vaso y oye a su padre que lee en voz alta: «Es mi deseo exponer las transformaciones de los cuerpos en formas nuevas».

El grito de Neelay llega demasiado tarde para romper el hechizo del auditorio. La conferenciante levanta el vaso y el mundo se divide. En una rama, se lleva el vaso a los labios, brinda con los asistentes —por el *Tachigali versicolor*— y bebe. En la otra rama, esta rama, ella grita:

—Por el desuicidio. —Y lanza la copa de remolinos verdes sobre el público sin aliento. Se choca contra el atril, retrocede y avanza tambaleante hacia uno de los laterales mientras la sala se queda mirando el escenario vacío.

Durante la primavera, una primavera exuberante y demasiado calurosa, cuando los brotes y las flores enloquecen en los cornejos y los ciclamores, en los perales y los cerezos llorones de la ciudad, el proceso de Adam por fin agota todos los recursos y llega al tribunal federal de la costa oeste. Los periodistas llenan el juzgado como hormigas alrededor de una peonía. El alguacil conduce a Adam a la sala. Ahora está fornido y tiene barba. Las arrugas le surcan la cara. Lleva el traje que se puso por última vez para el banquete en el que le otorgaron el premio de enseñanza de su universidad. Su esposa está allí, en la fila de detrás, pero no con el niño. Su hijo solo verá a su padre así años más tarde, en vídeo.

¿Cómo se declara?

El profesor de Psicología parpadea, como si perteneciera a otra forma de vida distinta y el habla humana fuera demasiado rápida para él.

Sobre el alféizar vacío, a través de la ventana de la cocina, Dorothy Brinkman mira hacia una selva. El hombre que no dejó de pagar el parquímetro ni una vez en su vida la ha empujado hacia una revolución por encargo: el Proyecto Brinkman de Restauración de Bosques. La naturaleza salvaje avanza por todos los flancos de la casa. El césped mide treinta centímetros, está enmarañado y exuberante, tiene hierbajos y una profusión de voluntarios autóctonos. Hay brotes de arce por todas partes, como manos enlazadas. Los almeces, a la altura del tobillo, alardean de sus hojas de cachemira. La velocidad de la recuperación es apabullante. En unos cuantos años más, su bosque habrá recuperado la mitad de lo que había antes de la parcelación del terreno.

Su propia reforestación es aún más rápida. Hace mucho tiempo, saltaba en paracaídas, interpretaba a asesinas sanguinarias y le hacía cosas terribles a todo aquel que pretendiera confinarla. Ahora tiene casi setenta años y está en guerra con toda la ciudad. Una selva en un barrio elegante: casi tan grave como el abuso sexual a menores. Los vecinos han acudido en tres ocasiones para preguntar si tienen algún problema. Se ofrecen a cortar el césped gratis. Ella interpreta su papel de mujer dulce y demente, lo bastante inflexible como para mantenerlos a raya: una última representación teatral para aficionados.

Ahora toda la calle está dispuesta a lapidarla. El ayuntamiento le ha escrito dos veces; la segunda fue una carta certificada en la que establecían un plazo para limpiar el jardín si no quería pagar una multa de varios cientos de dólares. La fecha límite llegó y con ella una nueva carta amenazante, con otro plazo y otra multa. ¿Quién iba a pensar que los pilares de la sociedad se sacudirían tanto con un poco de verde descontrolado?

El nuevo plazo expira hoy. Dorothy mira el castaño, el árbol que no debería estar ahí. La semana pasada oyó en la radio que, tras treinta años probando con nuevos cruces, habían conseguido por fin un castaño americano resistente a la plaga y que estaban a punto de probarlo en la naturaleza. El árbol que antes le parecía un recuerdo extraviado ahora es como una predicción.

Un destello naranja en la ventana le llama la atención: una candelita

norteña macho que, con la cola y las alas, espanta insectos en los matorrales. Solo en esa semana, ha visto veintidós especies de aves. Hace dos días, al anochecer, ella y Ray vieron un zorro. La desobediencia civil podrá costarles miles de dólares en multas acumuladas, pero las vistas desde la casa han mejorado notablemente.

Está preparando una compota de fruta para el almuerzo de Ray cuando llegan los previsibles golpes airados desde la puerta principal. Se sonroja por los nervios. O más que por los nervios, por la determinación. También tiene una pizca de miedo, pero un miedo delicioso. Se lava las manos y se las seca mientras piensa: «Aquí estoy, cerca de la línea de meta, amando la vida de nuevo».

Los golpes se vuelven más rápidos y estridentes. Atraviesa el salón mientras repasa mentalmente la defensa de los derechos de la propiedad que Ray le ha ayudado a preparar. Se ha pasado días en la biblioteca pública y en el ayuntamiento aprendiendo a leer ordenanzas, códigos municipales y precedentes jurídicos. Le ha llevado algunas fotocopias a su marido para que él le explique, con sílabas trabadas, su significado. Ha escudriñado los libros para compilar estadísticas sobre los efectos delictivos de cortar el césped, regar y fertilizar, y sobre lo beneficiosa que es la reforestación de seis mil metros cuadrados. Todos los argumentos de sensatez y buen juicio están de su parte. En su contra solo hay un deseo irracional y primario. Pero cuando abre la puerta, se trata de un muchacho flaco en vaqueros y polo, con una cabellera rubia y grasienta asomando por debajo de una gorra Made in USA, y todo el plan de defensa cambia de golpe.

—¿Señora Brinkman? —Detrás de él, junto al bordillo, tres chicos aún más jóvenes gritan en español mientras descargan herramientas de jardinería de una camioneta y un remolque—. Nos envía el ayuntamiento para que limpiemos su jardín. Solo tardaremos unas horas, y el ayuntamiento le pasará la factura más tarde.

—No —dice ella. El sonido rico, cálido y sabio de esa única sílaba confunde al chico, que, aunque abre la boca, está demasiado desconcertado para decir nada—. Será mejor que no. El ayuntamiento cometería un tremendo error.

Recuerda el secreto de los días sobre el escenario: movilizar la voluntad interior. Invoca todos los recuerdos de una vida. Mantén en la cabeza el bien y el mal. La verdad manifiesta. Nada tiene más poder que la simple convicción.

El muchacho duda. La ciudad no le advirtió de semejante autoridad.

—Bueno, si no le importa...

Ella sonríe y sacude la cabeza, incómoda por él.

—Sí me importa. Claro que me importa. —«No seas insensato. No me hagas avergonzarte todavía más».

El chico se asusta. Ella lo mira con afecto, con comprensión, sobre todo con lástima, hasta que él se da la vuelta y llama a la cuadrilla para que vuelva a cargar el material en la camioneta. Dorothy cierra la puerta y se ríe a carcajadas mientras ellos se alejan. Siempre le gustó interpretar a mujeres locas.

Es una victoria ínfima, un ligero aplazamiento. El ayuntamiento regresar a. La próxima vez, las segadoras y podadoras se pondrán a funcionar sin previo aviso. Dejar an el jardín pelado. Las multas se acumular an con más recargos. Dorothy recurrir a y peleará en los juzgados hasta la última apelación. Dejar a que el ayuntamiento le embargue la casa y mande a un hombre paralítico a la cárcel. Ella aguantar a más que ellos. La anarquía de los nuevos brotes y de la próxima primavera están de su parte.

Se dirige a la cocina, donde termina de preparar el almuerzo. Le da de comer a Ray y le habla del pobre muchacho y de su cuadrilla de extranjeros que no se esperaban el golpe. Interpreta los papeles de todos. Lo más divertido es interpretarse a sí misma. Ve sonreír a su marido, aunque nadie en el mundo sería capaz de confirmarlo.

Después de comer, hacen crucigramas. Luego, como casi siempre, Ray dice:

—Cuenta más.

Dorothy sonríe y se sube a la cama con él para mirar por la ventana hacia el jardín amotinado. En el centro, el árbol que no debería estar ahí. Sus ramas se despliegan hacia la casa, despacio, con seguridad, pero a una velocidad suficiente como para que ella se inspire. A Dorothy no le entra en la cabeza el misterio de cómo la vida se las arregla para añadir imaginación a los demás componentes del juego de química. Pero ahí está: la habilidad para ver de golpe, en todas las ramas concurrentes, las diversas hipótesis, lo que enlaza el pasado y el futuro, la tierra y el cielo.

—Es buena,  sabes? —Agarra la mano agarrotada de su marido—. Ha estado perdida durante una temporada, pero lo único que necesita es encontrarse a sí misma. Encontrar una causa. Algo más grande que ella.

La fiscalía muestra fotos de la escena de uno de los delitos: una pintada en un muro carbonizado. De las primeras letras de cada línea brotan zarcillos y trepadoras, como las mayúsculas de un manuscrito ilustrado.

EL CONTROL MATA
LA CONEXIÓN CURA
VENID A CASA O MORID

Es el punto fuerte del caso, el fundamento de la extraordinaria sentencia que están reclamando. Pretenden demostrar que hubo intimidación, que intentaron influir en la conducta del Gobierno mediante la fuerza.

Los abogados de Adam piden clemencia. Sostienen que los incendios fueron provocados por un joven idealista para llamar la atención del público sobre un delito en contra de todos. Dicen que la venta del bosque era ilegal y que el Gobierno no protegió las tierras que le habían sido confiadas. Las innumerables protestas pacíficas no llegaron a nada. Pero no tienen argumentos; la ley es clara en todos sus puntos. Es culpable de incendio provocado. Culpable de la destrucción de propiedad privada. Culpable de violencia contra el bienestar público. Culpable de homicidio involuntario. Y culpable, según concluye el jurado de Adam Appich, de terrorismo nacional.

La ley es la simple voluntad humana puesta por escrito. La ley debe dejar que todas y cada una de las hectáreas de la Tierra viva se conviertan en asfalto si eso es lo que quiere la gente. Pero la ley permite que todas las partes hablen. El juez pregunta:

—¿Desea dirigir unas últimas palabras a este tribunal?

Los pensamientos resuenan en la cabeza de Adam. Los veredictos le han roto las ataduras, como un árbol arrasado por el viento o por el fuego.

—Pronto sabremos si teníamos razón o no.

El tribunal condena a Adam Appich a dos penas consecutivas de setenta años cada una. A él le sorprende tanta indulgencia. Piensa: «Setenta más setenta no es nada. Un sauce negro más un cerezo silvestre». Se imaginaba un roble. Un abeto de Douglas o un tejo. Setenta más setenta. Con las reducciones por buen comportamiento, puede que termine la mitad de la condena justo antes de morir.

Semillas

¿Cuál era el bosque y cuál el árbol del que tallaron el cielo y la tierra?

RIG VEDA, 10.31.7

Y me enseñó algo más, una cosa pequeña del tamaño de una nuez. Estaba en la palma de mi mano, redonda como una bola. La miré, pensativa y asombrada, y me pregunté: «¿Qué es esto?». Y la respuesta fue: «Es todo lo creado».

JULIANA DE NORWICH

Supongamos que el planeta nace a medianoche y transcurre durante un solo día.

Al principio no hay nada. Se pierden dos horas por la lava y los meteoritos. La vida no aparece hasta las tres o las cuatro de la mañana. E incluso entonces, no se trata más que de simples pedacitos que se autoduplican. Desde el amanecer hasta última hora de la mañana —un millón de años de ramificaciones—, no existe nada más que células simples y austeras.

Luego hay de todo. Sucede algo estrambótico poco después del mediodía. Una especie de célula simple esclaviza a un par de células más. Los núcleos adquieren membrana. Las células desarrollan orgánulos. Lo que antes era un campamento solitario ahora se convierte en una ciudad.

Han pasado dos tercios del día cuando los animales y las plantas toman caminos distintos, aunque la vida sigue estando formada por células simples. Anochece antes de que la vida compuesta se establezca. Todos los grandes seres vivos son unos rezagados que aparecen cuando ya es de noche. A las nueve, surgen las medusas y los gusanos. Más tarde llega la explosión: espinas dorsales, cartílagos, una irrupción de nuevas formas. De un momento para otro, una infinidad de nuevos tallos y ramitas se abren de golpe en las copas y se extienden.

Las plantas llegan a la tierra justo antes de las diez. Después aparecen los insectos, que al instante emprenden el vuelo. Al cabo de un momento, los tetrápodos trepan desde el fango de las mareas con un mundo entero de criaturas más antiguas en la piel y las tripas. Hacia las once, los dinosaurios han quemado sus últimos cartuchos y han dejado a los mamíferos y las aves a cargo del mundo durante una hora.

En algún momento de esos sesenta minutos finales, en lo alto del dosel arbóreo filogenético, la vida se vuelve consciente. Las criaturas comienzan a especular. Los animales comienzan a enseñar a sus hijos cosas del pasado y del futuro. Los animales aprenden a realizar rituales.

El hombre moderno, desde un punto de vista anatómico, aparece cuatro segundos antes de la medianoche. Las primeras pinturas rupestres aparecen

tres segundos antes. Y en una milésima de lo que tarda la aguja grande en dar un salto, la vida resuelve el misterio del ADN y comienza a trazar el mapa del árbol de la vida.

Alrededor de la medianoche, la mayor parte del planeta se ha convertido en una extensión de cultivos intensivos para cuidar y abastecer a una única especie. Es entonces cuando el árbol de la vida se convierte de nuevo en otra cosa. Y el tronco gigante empieza a tambalearse.

Nick se despierta en la tienda con la cabeza contra el suelo. Pero la tierra está blanda, tan blanda como cualquier almohada. El terreno está cubierto por varios palmos de agujas, muchísimas agujas muertas que se convierten en vida microscópica debajo de su oreja.

Los pájaros lo despiertan, como siempre; son los profetas cotidianos del olvido y el recuerdo, sumergidos en sus cantos antes incluso de que amanezca. Siente agradecimiento hacia ellos, ya que todos los días le proporcionan un comienzo prematuro. Permanece quieto en la oscuridad, hambriento, mientras escucha a los pájaros que discuten sobre la vida en un millar de dialectos antiguos: riñas, luchas territoriales, recuerdos, alabanzas, alegría. Esta mañana hace frío, la niebla es melancólica, y él no quiere salir del saco. El desayuno será frugal, no queda mucha comida. Lleva días en el norte y dentro de poco tendrá que encontrar una ciudad para reabastecerse. Desde allí se oye la carretera, con camiones que van y vienen, pero el sonido es abstracto, amortiguado, lejano.

Se arrastra por la colchoneta de nailon para echar un vistazo. La primera leve insinuación de amanecer perfila los árboles. Por aquí los árboles son más pequeños y estrechos por las ramas inferiores para afrontar las fuertes nevadas. Pero una vez más, vuelve a sucederle lo mismo de siempre: la imagen de los troncos bamboleantes, el crujido de las piñas, la forma en que las puntas de las ramas se rozan unas con otras y el astringente aroma cítrico de las agujas le devuelven la razón cristalina que se le olvida una y otra vez.

—¡En pie temprano!

La letra de *That Lucky Old Sun* se suma al coro del amanecer.

—¡Me voy a trabajar!

Los pájaros más próximos se callan y lo escuchan.

—¡Trabajo como un condenado por mi jornal!

Una pequeña hoguera basta para hervir el agua, que obtiene de un generoso arroyo. Una pizca de café soluble, un puñado de avena en un cuenco de madera, y listo.

Mimi en Mission Dolores Park (San Francisco), muchos kilómetros al sur. Rodeada de gente que hace pícnic, está sentada sobre la hierba, debajo de un pino de Eldorado, mientras mira el teléfono móvil. La noticia es como una pesadilla de la que no se puede despertar. A un reputado profesor de Psicología, casado y con un hijo —un hombre en el que una vez confió su vida—, lo van a encerrar durante dos vidas por algo que ella le ayudó a hacer. Condenado por terrorismo nacional. Sin apenas intentar defenderse. Culpable de incendios que casi seguro que él no cometió. «Ecorradical sentenciado a ciento cuarenta años.» Y otro hombre, un hombre al que quiso por su inocencia infantil y sincera, fue quien lo delató.

Con las piernas cruzadas sobre el suelo y la espalda contra la corteza del árbol, teclea palabras clave en el teléfono. «Adam Appich.» «Ley de Endurecimiento de Penas por Terrorismo.» Ya le da igual dejar un rastro de migas de pan tras de sí. Si la encontraran, se resolverían muchas cosas. Las páginas son tan numerosas y los enlaces son tantos que se pierde; hay análisis de expertos y conjeturas de aficionados llenas de ira por todas partes.

Debería estar en la cárcel. Deberían juzgarla y condenarla de por vida. Dos vidas. La culpabilidad le provoca un nudo en la garganta. Le dan ganas de levantarse e ir a la comisaría más cercana, a pesar de sus piernas enfermas, pero lleva dos décadas siendo tan respetuosa con la ley que ni siquiera sabe dónde tendría que dirigirse. La gente que toma el sol a su alrededor la mira. Ha dicho algo en voz alta. Cree que puede haber sido: «Ayudadme».

Otros ojos invisibles leen junto a los suyos. En el tiempo que Mimi examina diez párrafos, esos ojos incorpóreos leen diez millones. Ella no retiene más de doce detalles que se esfuman en cuanto accede a una nueva página, pero los aprendices invisibles guardan todas las palabras en redes de sentido que, con cada añadido, se ramifican, crecen y se refuerzan. Cuanto más lee ella, más se desdibujan los hechos. Cuanto más leen ellos, más patrones encuentran.

* * *

Douglas se sienta junto a un pupitre en la habitación que sus captores denominan «celda». Es el alojamiento más agradable de sus dos últimas

décadas. Está escuchando un curso de audio: «Introducción a la Dendrología». Equivale a varios créditos universitarios. Tal vez podría sacarse un título. Tal vez eso haría que la mujer a la que no tiene ninguna esperanza de volver a ver en su vida se sintiera orgullosa de él.

La profesora de las grabaciones es estupenda. Es como la abuela, la madre y la guía y consejera espiritual que Douglas nunca tuvo. Le encanta que hoy en día utilicen a gente con problemas en el habla para las grabaciones. Esta mujer también oye voces. Douglas escucha y toma notas. En la cabecera de la página, escribe: «El día de la vida». Lo que dice esa mujer es una locura. Él no tenía ni idea. La vida: una línea plana durante mil millones de años o más. Increíble. Toda esta aventura podría no haber sucedido jamás. El árbol de la vida podría haberse quedado en un arbusto para siempre. Y el día de la vida habría sido un día muy tranquilo.

Escucha mientras la mujer dicta las horas. Y cuando las bestias humanas aparecen en los últimos segundos y convierten el planeta en una granja intensiva, se arranca los auriculares, se levanta y se pone a gritar. Tal vez demasiado fuerte y durante demasiado tiempo. El guarda se acerca a echar un vistazo.

—¿Qué mierda pasa ahí?

—Nada, tío. Todo bien. Solo... unos gritos de nada, ya está.

Lo peor es la foto. Mimi no lo reconocería por la calle. Arce. ¿Cómo pudieron llamarlo de ese modo? Ahora es «Pinolongevo», unas cuantas tiras estrechas de corteza viva sobre un pedazo de madera atrofiada que lleva cinco mil años muriéndose.

Levanta la vista. La gente se desparrama a su alrededor en grupos pequeños. Algunos están echados sobre mantas y otros directamente sobre la hierba dispar. Hay zapatos, camisetas, bolsos, bicicletas y comida por todas partes. El almuerzo está listo; el cielo coopera. No hay juicio que pueda afectarles, todo el futuro es accesible.

Lleva tantos años haciendo de Judith Hanson que ahora le sorprende recordar los delitos que cometió siendo Mimi Ma y los castigos que le esperan con ese nombre. Para llegar a este parque ha caminado, ha tomado el autobús y el tren: una absurda evasión serpenteante. Pero la encontrarán, dondequiera que esté, sea cual sea su rastro. Es una delincuente múltiple. Una asesina involuntaria. Una terrorista nacional. Setenta años más setenta.

Las señales hierven en su teléfono. Suenan citas canceladas y diferentes alertas inteligentes. Notificaciones pendientes de eliminar. Memes virales y guerras de comentarios interactivos, millones de publicaciones no leídas que solicitan evaluación. En el parque todo el mundo está igual de ocupado que ella, tecleando y pasando el dedo por un universo que ocupa la palma de la mano. Una enorme urgencia colaborativa se despliega en la Tierra de los me gusta. Y los aprendices, que observan a los humanos desde arriba y anotan cada vez que una persona hace clic, comienzan a vislumbrar lo que podría llegar a ser: una desaparición en masa en pos de un paraíso simulado.

Cerca de Mimi, un chico vestido con ropa que parece de quitina le dice a su mano:

—¿Cuál es el sitio más cercano donde comprar crema solar?

Una agradable mujer responde:

—Mira lo que he encontrado.

Mimi sujeta el teléfono cerca de la cara. Pasa de las noticias a las fotos y de los análisis a los vídeos. En algún lugar de ese pequeño monolito hay un trozo de su padre. Pedazos de su cerebro y de su alma. Susurra hacia el micrófono:

—¿Dónde está la comisaría más cercana?

Aparece un mapa que muestra la ruta más rápida y cuántos minutos tardaría a pie. Cinco coma tres. El niño del esqueleto de insecto le dice a su teléfono:

—Ponme música *cowpunk*.

Y desaparece con sus auriculares inalámbricos.

Adam está tumbado en el camastro del centro de internamiento, mientras el desbordado sistema federal busca un lugar donde ubicarlo. No habrá apelación. Está viendo una película de fosfenos bajo sus párpados, la película de un hombre barbudo que se enfrenta a un tribunal. Ausencia de arrepentimiento o negociación. La esposa, dos filas más atrás, está destrozada. *Pronto sabremos si teníamos razón o no.*

Se pregunta por qué habló en segunda persona del plural, pero se alegra de haberlo hecho. Antes, todo era «nosotros». Una claudicación ante la existencia cooperativa. Nosotros, los cinco. No hay árboles aislados en un bosque. ¿Qué esperaban ganar? La naturaleza salvaje ha desaparecido. Los bosques han sucumbido a la silvicultura sostenida con productos químicos.

Cuatro mil millones de años de evolución, y ahí es donde acaba la cuestión. Desde un punto de vista político, práctico, emocional e intelectual, los humanos son lo único que cuenta, la última palabra. No se puede saciar el hambre humana. Ni siquiera es posible atenuarla. Mantenerla estable ya supone más costes de los que la especie puede permitirse.

La masacre venidera les daría legitimidad: un cataclismo lo bastante grande como para perdonar todos los incendios que los cinco provocaron. El cataclismo llegará, está seguro, mucho antes de que transcurran sus setenta años más setenta. Pero no tan pronto como para exonerarlo.

La ventana de la celda de Douggie está demasiado alta como para mirar a través de ella. Él se queda justo debajo y simula que mira. El curso de audio le ha provocado unas ganas irrefrenables de ver un árbol, aunque sea uno anémico y enano. Es lo que más echa de menos de la vida en libertad, sin contar a Mimi, a pesar de los líos en los que se ha metido por culpa de ellos. Pero lo más extraño es que no recuerda su aspecto. No recuerda cómo es el perfil de un abeto noble. Cómo se conectan las partes de un carpe americano, el modo en que se extienden sus ramas. Duda incluso de las píceas de Engelmann y las tsugas, unos árboles que ha visto infinidad de veces durante infinidad de tiempo. Los olmos, tupelos y falsos castaños de Ohio ya los ha olvidado por completo. Si dibujara uno de ellos ahora, se parecería al garabato de un niño de cinco años. Algodón de azúcar en un palo.

No se fijó lo suficiente. No amó lo suficiente. Lo bastante como para acabar en la cárcel, sí, pero no lo necesario para afrontar el día de hoy. Y hora tras hora, su obligación no es otra que la de intentar no volverse un energúmeno. Cierra los ojos y se sacude para calmarse. Intenta recordar los detalles que narra la cinta. Las lanzas rectas y bronceínas de los brotes del haya. Las yemas del roble rojo, amontonadas en las puntas de las ramas como mazas. El extremo hueco del pedúnculo del sicomoro que rodea el brote del año que viene. El sabor de un nogal negro y el aspecto de las cicatrices de sus hojas como la cara de un mono.

Al cabo de un rato, comienzan a consolidarse: al principio de manera simple, luego cada vez más consistentes. La forma en que un arce se enrojece desde arriba en primavera. El educado aplauso de los álamos temblones. Un tejo que se estira como un padre que le da la mano a su hijo. El olorcillo de las nueces del nogal americano al picarlas. Se rompen las compuertas y los

recuerdos lo inundan, como el millón de cerraduras que forma la luz al filtrarse por las palmas de un castaño de Indias. El ángulo que forman las espinas de una acacia. La turbulencia en un trozo de madera de olivo. Las ramillas de una mimosa, como colas de aves tropicales. La escritura secreta de la corteza pelada del abedul, con palabras borrosas y crípticas. Caminar bajo los álamos de Lombardía, donde la calma era tan fuerte que hasta respirar parecía un crimen. Rozar un ciprés y pensar: «Así debería oler el más allá».

Tal vez sea el hombre más rico que ha vivido jamás. Tan rico que puede perderlo todo y seguir sacando provecho. Se queda junto a la pared verde de bloques de hormigón, cuya pintura parece carne brillante y endurecida. Levanta la vista hacia la cascada de luz y trata de recordar. Se aprieta donde siempre, en la nuez que tiene a un lado de la barriga, justo encima de la cintura. Allí dentro hay algo, una semilla grande, imposible de describir, que no es un aliado, pero que es vida, al fin y al cabo.

Otro hombre rico —el sexagésimo tercer hombre más rico del condado de Santa Clara— se encuentra en su celda particular escribiendo en una pantalla. ¿Importa dónde? Las palabras que Neelay teclea se añaden a un organismo que crece, que empieza a autoalimentarse. En otras pantallas de otras ciudades, los mejores programadores que se puede contratar a cambio de varios cientos de millones de dólares contribuyen al trabajo en curso. Su reciente incursión en el cooperativismo se prepara para el mejor de los comienzos. Sus criaturas engullen continentes enteros de datos y aglutinan las estructuras más sorprendentes. No hace falta empezar de cero; hay mucho germoplasma de dominio público.

Los programadores no le cuentan nada a los oyentes, salvo cómo mirar. Entonces las nuevas creaciones exploran el mundo y el código se extiende. Nuevas teorías, nueva descendencia y más especies que evolucionan, todo con un solo objetivo: averiguar la amplitud de la vida, sus conexiones y qué hace falta para el desuicidio de la gente. La Tierra se ha convertido de nuevo en el juego más profundo y delicado, y los aprendices, en sus últimos jugadores. Salvajes en su diversidad, levantan el vuelo y se congregan en la datosfera como pájaros de origami. Algunos prosperarán durante un tiempo y luego decaerán. Aquellos que den con algo bueno crecerán y se multiplicarán. Tal y como Neelay ha aprendido a costa de dolor, la vida tiene una forma de

hablar con el futuro. Se llama memoria.

* * *

Otros aprendices, nacidos ayer, estudian cada uno de los botones que pulsa Judith Hanson. La siguen hasta la colosal filmoteca, donde han aparecido trece años de nuevos vídeos. Los aprendices ya han visto millones de estos fragmentos y comienzan a atar cabos. Ya identifican rostros, marcas en el terreno, libros, pinturas, edificios y productos comerciales. Pronto adivinarán qué significan las grabaciones. La vida es especulación, y estas nuevas especulaciones se esfuerzan por cobrar vida.

Mimi pulsa el botón. Los vídeos se alinean debajo de los fragmentos de cabecera, recopilados por agentes invisibles lo bastante listos como para saber que si Judith Hanson vio «esto» seguramente querrá ver «esto otro». *Vida. Fuerza en Defensa de la Vida. Guerra forestal. Redwood Summer.*

Mimi está ebria. Cada uno de esos vídeos de seis minutos dura una eternidad, y ella apenas aguanta unas decenas de segundos. Pulsa en un vídeo llamado *ArBoReal*. Lo subieron hace meses y ya acumula miles de pulgares hacia arriba y hacia abajo. El plano inicial pasa de la pantalla negra a un terreno talado hasta donde la vista alcanza. Unos antiguos instrumentos de madera tocan un prelude coral resignado que avanza tan despacio que el mecanismo intrincado de sus líneas internas podría estar parado. Ella no conoce esa pieza; los aprendices podrían decirle cuál es. Los aprendices también saben nombrar diez millones de melodías a partir de unas pocas notas.

La cámara se acerca a un enorme tocón tan grande como un teatro de bolsillo. Se produce un salto y se ven tres quemadores de gas en lo alto del monte, arrojando fuego. Después de otro corte, aparece un círculo de tela parecido a una tienda encima de los quemadores. La cámara ofrece una panorámica y la lente vuelve a enfocar. Los quemadores escupen fuego de nuevo. El círculo se infla formando un tubo marrón y verde. La tienda se levanta a cámara rápida. Al cabo de diez segundos, Mimi cree saber cuál es ese tocón. Los aprendices aún no lo saben, pero no tardarán en averiguarlo. Pronto comprenderán todo lo que ella sabe y mucho más.

En un parque abarrotado, Mimi observa en su teléfono cómo se

materializa el fantasma del árbol. Se eleva sobre el bosque abatido. Se sacude con el viento, una secuoya leviatán que resucita. Mientras el tronco crece, la cámara se aleja para demostrar que es lo único que crece en ese paisaje de tocones, plano como una demostración geométrica. Fabuloso y surrealista, el árbol de aire caliente ondea en una vaporosa apoteosis. Su docena de ramas, inmensas y cosidas, sondean el entorno en busca de compartimentos secretos, de mensajes en el aire.

Ella sabe quién creó ese árbol. Las placas de corteza canela, ahora rellenas, están veteadas de negro por donde el fuego las quemó siglos atrás. Algo rodea la base del gran tronco. La imagen le hiela la sangre. Cree estar viendo alucinaciones. Pero cuando la cámara se acerca, se confirman sus sospechas, incluso en una pantalla de doce centímetros. A lo largo de la circunferencia, mirando hacia el exterior, rodilla con rodilla alrededor de una fogata, un anillo de figuras se encuentran al borde de la iluminación. Son sus arhats, en la misma postura que tenían en el pergamino: la misma ropa, los hombros caídos, las costillas protuberantes, la sonrisa en el rostro burlón. Suelta el aparato en el césped. No lo entiende. La película continúa. Unos caracteres chinos descienden por el tronco flotante. A pesar de no saber chino, después de tantos años observándolos no tarda en reconocerlos:

En esta montaña, con este clima,
¿por qué demorarse más aquí?

Tres árboles me hacen señales con brazos insistentes.

Entonces se acuerda de las largas horas que Nicholas Hoel pasó en su casa. Lo ve dibujar en la mesa mientras los demás estudiaban mapas y planeaban ataques. A ella eso siempre le molestó, parecía uno de esos artistas de los juzgados que estaba documentando su juicio por adelantado. Ahora se da cuenta de qué dibujaba.

El árbol de la pantalla de Mimi se revuelve en el aire. Sus ramas se sacuden con fuerza. De la parte de abajo brota humo. Uno de los quemadores chamusca la base de la enorme columna de tela. El fuego lame el tronco del mismo modo que los siglos de llamas acariciaron a Mimas. Pero esta corteza no es ignífuga. Al cabo de un momento, la columna de seda caliente se evapora en el aire y se precipita sobre la Tierra como un lanzamiento espacial fallido. Las ramas en llamas se sacuden y también caen. El anillo de arhats desprende un brillo amarillo, luego naranja, y finalmente se ennegrece como

el carbón.

Después de unos instantes, toda la secuoya cosida se convierte en cenizas. El prelude coral avanza a trompicones por una última cadencia engañosa y termina con una nota tónica. A continuación, la imagen se convierte en una columna de humo sobre la colina talada. Mimi Ma siente más deseos que nunca de bombardear algo.

Entre las tinieblas, unas palabras vuelven a tomar forma. Esta vez están hechas con hojas otoñales, dispuestas, con una paciencia absurda, en hileras a lo largo del suelo del bosque.

Porque si el árbol fuere cortado, aún queda de él esperanza;
Retoñará aún, y sus renuevos no faltarán.
Si se envejeciere en la tierra su raíz
y su tronco fuere muerto en el polvo,
al percibir el agua reverdecerá
y hará copa como planta nueva.
Mas el hombre morirá y será cortado;
perecerá el hombre, ¿y dónde estará él?

Las hojas salen volando de dos en dos, de tres en tres, y desaparecen con un fuerte viento. Cuando la película termina, le piden que la evalúe. Mira hacia el prado lleno de gente haciendo pícnic y disfrutando de un día perfecto.

Ya no hay cámara. Nick está harto de cámaras. Esta obra debe ser un testimonio solo para él. No sabe dónde se encuentra exactamente. En el norte. En el bosque. En otras palabras: está perdido. Pero con toda seguridad, los árboles de su alrededor no lo están. Para los pájaros que lo despertaron, cada uno de los recodos de estas píceas, estos alerces y estos abetos balsámicos posee un nombre. Se está acostumbrando a la idea de que, dondequiera que esté, este es el lugar donde descansará su mayor escultura, la más duradera, hasta que el tiempo y las criaturas vivas la transformen.

El bosque es gris azulado y está cubierto de líquen. El trabajo es metódico desde hace varios días. Solo utiliza materiales que se encuentran en el terreno y añade esos trozos de madera caída al diseño. Algunos troncos admiten ser arrastrados y empujados con ayuda de cuerdas y arpeos. Otros trozos requieren de un sistema de poleas anclado en árboles rectos. También hay

piezas demasiado grandes que no puede mover. Esas deben quedarse en su sitio y son las que condicionan el diseño, un diseño cuya forma es más descubierta que inventada.

Con cada tronco podrido que añade, el plan aumenta. Ha de tener en mente la imagen de la criatura y apreciar el trabajo como si lo viera desde arriba. Aprende sobre la marcha a disponer las piezas. Las formas de ramificar son más que infinitas. Mira los pliegues y la combadura de cada rama caída y espera a que sean ellas quienes le digan en qué parte del río de madera que fluye por el suelo quieren estar.

Las criaturas sueltan gritos dentro del bosque y por encima de él. Los mosquitos —el ave nacional por estos lares— le ensangrientan los brazos y la cara. Nick trabaja durante horas; no encuentra límites, pero tampoco satisfacción. Trabaja hasta que tiene hambre y descansa para comer. No le queda mucha comida, y no tiene ni idea de cómo conseguir más. Se sienta sobre la tierra esponjosa y se lleva a la boca puñados de almendras y albaricoques provenientes de árboles del Valle Central de California que crecen sobre acuíferos menguantes a causa de los años de sequía.

Se levanta y vuelve al trabajo. Forcejea con un tronco tan ancho como su muslo. Un movimiento por el rabillo del ojo lo sobresalta y se le escapa un grito. Hay público en esta obra, un hombre con un abrigo rojo de cuadros, vaqueros y botas de leñador, acompañado de un perro que debe de tener tres cuartas partes de lobo. Ambos lo miran con desconfianza.

—Me han dicho que hay un blanco loco trabajando por aquí.

Nick hace un esfuerzo por recuperar el aliento.

—A lo mejor soy yo.

El visitante mira la creación de Nick. La forma a medio hacer se extiende en todas direcciones. Sacude la cabeza. Luego agarra una rama caída que encuentra en el suelo y la añade al conjunto.

Los aprendices no saben de dónde proceden esos versos, y Mimi tampoco. *Si se envejeciere en la tierra su raíz...* Sabe que las palabras son antiguas, más aún que el árbol cuyo tocón alaban. El niño bicho, a su lado, dice algo. Ella cree que habla con su móvil.

—¿Va todo bien?

Levanta la cabeza y se le hincha la cara. Sus manos parecen más alejadas de lo que debieran. Está dando bocanadas. Trata de asentir con la cabeza,

pero no lo consigue hasta el segundo intento.

—Estoy bien, sí...

Hay algo en su interior que desea rendirse y permanecer en la cárcel durante los siguientes dos siglos.

Los petabytes de mensajes aéreos pululan por todas partes. Se reúnen en sensores y rebotan en satélites. Fluyen desde las cámaras instaladas en todos los edificios e intersecciones. Penden de chinchetas alrededor de Mimi y avanzan por las grandes raíces de la población, que se dividen y extienden hacia sus puntas inteligentes: Sausalito, Mill Valley, San Rafael, Novato, Petaluma, Santa Rosa, Leggett, Fortuna, Eureka... Los zarcillos de datos crecen y se fusionan a lo largo de esta costa y también tierra adentro. Oakland, Berkeley, El Cerrito, El Sobrante, Pinole, Hércules, Rodeo, Crockett, Vallejo, Cordelia, Fairfield, Davis, Sacramento... Una inferencia profunda se propaga por los barrancos y llena las llanuras de ingenuidad humana: San Bruno, Millbrae, San Mateo, Redwood City, Menlo Park, Palo Alto, Mountain View, San José, Santa Cruz, Watsonville, Castroville, Marina, Monterrey, Carmel, Los Gatos, Cupertino, Santa Clara, Milpitas, Madrone, Gilroy, Salinas, Soledad, Greenfield, King City, Paso Robles, Atascadero, San Luis Obispo, Santa Bárbara y Ventura, hasta llegar a la masa salvaje de raíces fusionadas de Los Ángeles, un terreno talado cada vez más grande que se acelera con cada nuevo corte. Los programas observan y asocian, codifican y ven, reúnen y dan forma a todos los datos del mundo con tanta rapidez que el conocimiento de los humanos se paraliza.

Neelay levanta la vista de su pantalla repleta de códigos. La pena lo inunda, una pena juvenil y expectante. Ya ha experimentado esa misma sensación otras veces —esa horrible mezcla de esperanzas rotas y sublevación—, pero siempre por familiares, por colegas, por amigos. No tiene sentido sentir eso por un lugar que jamás conocerá porque su vida no va a durar tanto.

Sin embargo, lo ha vislumbrado lo suficiente como para saber que preferiría estar allí e impulsar el inicio de su reconstrucción en vez de vivir en el sitio que sus aprendices ayudarán a reparar. Hay una historia que siempre le gustó, una historia de la época en que todavía le funcionaban las piernas. Los extraterrestres llegan a nuestro planeta. Actúan en una escala de tiempo diferente. Se mueven tan rápido que los segundos humanos son como años

para ellos. No recuerda cómo acaba la historia, da igual. La punta de cada rama tiene su propio brote.

* * *

Mimi está sentada debajo de esas ramas cuya fuerza flexible resulta inmejorable para cualquier ingeniero. Tiene los pies bajo las piernas, la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Los dedos de su mano izquierda dan vueltas a la banda de jade del anular derecho. Necesita a sus hermanas, pero no puede contactar con ellas. Una llamada sería inútil, y tampoco serviría ir a verlas. Mimi las necesita de pequeñas, con los pies colgando de las ramas de un árbol inexistente.

El moral de jade da vueltas bajo sus dedos: Fusang, este continente mágico, el país del futuro. Ahora una nueva Tierra. Tira del anillo, pero no logra sacárselo, o tiene los dedos demasiado hinchados o la banda verde se ha estrechado. La piel del dorso de la mano está tan acartonada y seca como la corteza de un abedul. De algún modo se ha convertido en una anciana.

La extensión de la sentencia de su cómplice se expande frente a ella día a día. Setenta años más setenta. Entonces Arce está allí de nuevo, detrás de la fortaleza de troncos que construyeron para defender Deep Creek. *Los mejores argumentos del mundo no van a cambiar la mente de una persona. Lo único que puede hacerlo es una buena historia.*

El vello se le eriza sobre la piel de cartón. Eso es lo que él pretendía. Por eso ha dejado que el Estado lo encierre durante dos vidas sin incriminar a nadie. Ha dado su vida a cambio de una fábula que podría iluminar la mente de gente desconocida. Una fábula que rechaza la opinión del mundo y su ceguera. Una fábula que le dice que se quede quieta, que tome su regalo y continúe viviendo.

Adam permanece amarrado a la cama de la cárcel mientras repasa las palabras que le dijo a su esposa una semana antes del juicio, las que transformaron en rabia y odio lo poco que ella aún sentía por él. «Si me salvo, pierdo otra cosa.»

«¿Qué? —dijo ella con voz punzante—. ¿Qué más escondes, Adam?»

Los aprendices todavía no saben cuándo ha terminado el combate. No

conocen la diferencia entre remordimiento y desafío, entre esperanza y miedo, entre ceguera y sabiduría, pero pronto aprenderán. Un humano es capaz de sentir solo una serie de cosas y, una vez las enumeras, una vez tomas siete mil millones de ejemplos de cada uno de los siete mil millones de seres humanos y los combinas en su billón de billones de contextos, todo empieza a aclararse.

El mismo Adam aún trata de enterarse de lo que quiso decir. Aún trata de averiguar la utilidad de una elección inútil. Ahora, encerrado en esta celda durante todo el día, repasa las evidencias. Todavía no puede asegurar para qué valía su vida o qué rama debería haber seguido. Todavía no está seguro de qué más puede salvarse o perderse, aparte del propio ser. Tiene algún tiempo para pensarlo. Setenta años más setenta.

Mientras el prisionero piensa, las innovaciones se elevan desde su cabeza y sobrevuelan el puente aéreo desde Portland y Seattle hasta Boston y Nueva York, ida y vuelta. En lo que tarda el hombre en generar un pensamiento sobre sí mismo, mil millones de paquetes de programa vienen y van. Se trasladan bajo el mar a través de grandes cables entre Tokio, Chengdú, Shenzhen, Bangalore, Chicago, Dublín, Dallas y Berlín. Y los aprendices comienzan a dar sentido a todos estos datos.

Se dividen y duplican, estos algoritmos maestros que Neelay lanza al aire. No están más que empezando, como células simples en la mañana de la Tierra. Pero ya han aprendido, en unas pocas décadas, lo que las moléculas tardaron mil millones de años en aprender. Ahora solo necesitan saber qué quiere la vida de los humanos. Es una gran pregunta, sin duda. Demasiado grande para la gente. Pero la gente no está sola, nunca lo ha estado.

Mimi se cuece sobre la hierba, incluso a la sombra del pino. El año más caluroso pronto será sustituido por otro más caluroso aún. Cada año es un nuevo campeón del mundo. Está sentada con las piernas cruzadas, las manos en las rodillas; una persona pequeña haciéndose más pequeña. Tiene la cabeza ligera. Sus pensamientos no son coherentes. Ahora mismo no es nada más que ojos. Ha practicado durante años, con humanos, sin moverse y sin hacer nada más que dejar que la miren. Ahora lleva esa habilidad al exterior.

Delante de ella, más allá de los grupos de personas que toman el sol, en la cuesta poco pronunciada de un auditorio, un camino de asfalto forma una

curva sinuosa. Y justo al otro lado, hay un zoo de árboles. Una voz le dice al oído: *¡Mira qué color!* Más sombras que nombres, tantas sombras como números, y todas son verdes. Hay datileras achaparradas que anteceden a los dinosaurios. Washingtonias altísimas con flecos de abanicos y una densa inflorescencia. Entre las palmeras, todo un espectro de árboles latifoliados que va del púrpura al amarillo. Encinas de California, cómo no. Desvergonzados eucaliptus desnudos. Unos especímenes con una extraña corteza verrugosa y unas hojas compuestas exuberantes, imposibles de encontrar en las guías.

Más allá de los árboles, el proyecto pastel de la ciudad se apila en cubos blancos, melocotón y ocre. Se construye sobre las colinas en dirección al imponente centro, donde los edificios se elevan hacia el cielo y se densifican. La fuerza bruta de este motor que se autoalimenta, las incontables vidas que impulsan la empresa al nivel del suelo, ahora le resultan claras. A lo largo del horizonte, hileras de grúas quiebran y reconstruyen el paisaje. El curso completo de la historia, que se extiende, que alienta, que pone a prueba, que separa y que regenera, los anillos concéntricos, pagados con combustible en todas sus etapas, con sombra y con fruta, con oxígeno y madera... Nada en esta ciudad tiene más de un siglo. En setenta años más setenta, San Francisco será por fin sagrada o habrá desaparecido.

La tarde se desvanece. Continúa mirando la ciudad y esperando a que la ciudad le devuelva la mirada. Los grupos de gente se visten, cambian de postura, arman jaleo, terminan de comer, se ríen, se ponen de pie, recogen las bicicletas y se dispersan demasiado rápido, como en una película a cámara rápida con efecto cómico. Mimi apoya la espalda contra el tronco y cierra los ojos. Intenta recordar al hombre-niño de la coleta y hacerlo aparecer, tal y como apareció cuando el ayuntamiento taló el bosque mágico que crecía al otro lado de la ventana de su oficina. Antes ambos estaban unidos por un hilo rojo, el trabajo compartido de preocuparse y de ver más. Ella tira del hilo. Aún está tenso.

De repente, cae en la cuenta de un hecho que debería haber sido obvio: por qué jamás llamaron a su puerta. Se deja caer hacia atrás, la espalda contra el pino. Otro regalo, peor aún que el de Adam. Ese desventurado hombre-niño vendió dos vidas a cambio de la suya, de la de Mimi. Si se entregara ahora, lo mataría, destrozaría el sentido de su espantoso sacrificio. Pero si sigue escondida, tendrá que vivir con el hecho de que su libertad se haya pagado con dos vidas. En la base de sus pulmones surge un lamento que se

queda allí atrapado y se hincha. No es lo bastante fuerte ni lo bastante generosa para elegir ninguno de esos dos caminos. Quiere estar furiosa con él; quiere enviarle un mensaje de perdón absoluto. Sin una sola palabra de parte de ella, él se torturará sin piedad. Pensará que ella lo desprecia. Su propia traición le perforará, se enconará, será fatal. Se morirá de algo simple, estúpido y evitable: un diente picado, un corte infectado sin curar. Morirá de idealismo, de tener razón cuando el mundo se equivoca. Morirá sin saber que ella no tiene fuerzas para decirle... que él la ha ayudado. Que es un hombre con un corazón tan bueno y valioso como la madera.

Douglas, debajo de la ventana, se palpa el bulto en el costado. Cuando desaparece la fascinación, se sienta de nuevo junto al escritorio. Pone en marcha el audio y se coloca los auriculares. El curso sigue. La profesora divaga acerca de los incendios forestales. Algún tipo de metáfora, según parece. La forma en que el fuego crea nueva vida. Menciona una palabra que debería deletrear para los oyentes. El nombre de las piñas que se abren solo con el calor. De los árboles que se extienden y crecen solo mediante el fuego.

La profesora retoma su gran tema: el gigantesco árbol de la vida, que se extiende, se ramifica y florece. Eso es todo lo que parece querer. Seguir haciendo conjeturas. Seguir cambiando, esquivar los golpes. La mujer dice: «Es mi deseo exponer las transformaciones de los cuerpos en formas nuevas». No está muy seguro de lo que dice ahora. Describe una explosión de formas vivas, cien millones de nuevos tallos y ramitas a partir de un prodigioso tronco. Habla de Tāne Mahuta, de Yggdrasil, de Jian-Mu, del Árbol del Bien y del Mal, del indestructible Asvattha, con las raíces arriba y las ramas abajo. Luego regresa al Árbol del Mundo original. Dice que el árbol ha caído al menos cinco veces y que las cinco veces ha vuelto a brotar. Ahora ese árbol está volcándose de nuevo y nadie sabe qué va a suceder.

«¿Por qué no hiciste algo? —le pregunta la cinta a Douggie—. Tú, ¿quién estaba allí?»

¿Y qué se supone que debe decir? ¿Qué coño debe decir? ¿Lo intentamos? ¿Lo intentamos?

Detiene la cinta y se tumba. El título universitario se lo va a tener que sacar en intervalos de diez minutos. Se toca la nuez del costado. Debería hacer que le revisaran ese bulto. Pero tiene tiempo para esperar y ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

Cierra los ojos y deja que la cabeza le cuelgue. Es un traidor. Ha mandado a un hombre a la cárcel durante el resto de su vida. Un hombre con esposa y un niño pequeño, como la esposa y el niño que Douglas nunca tuvo. La culpa le oprime el pecho como siempre a esta hora, como si un coche le pasara por encima. Se alegra, otra vez, de que en esta cárcel no haya objetos punzantes. Chilla como un animal que acaba de caer en una trampa. Esta vez el guarda no se molesta en acercarse para ver si está bien.

Encima de él, por la ventana demasiado alta, el Árbol del Mundo se eleva, con cuatro mil millones de años. Y junto a él crece aquella imitación en miniatura por la que intentó trepar hace mucho tiempo —¿una píceca, un abeto, un pino?— cuando le gasearon las pelotas y Mimi vio cómo le cortaban los pantalones. Vuelve a subir por esas ramas, como si fuera una escalera que conduce a algún lugar por encima de los ciegos y los aterrorizados.

Se tapa los ojos cerrados con la mano y dice: «Lo siento». A él no le llega ningún perdón, ni le llegará jamás. Pero eso es lo que sucede con los árboles, lo más asombroso: incluso cuando no los puede ver, incluso cuando no puede estar cerca de ellos, incluso cuando no recuerda su aspecto, es capaz de trepar por ellos, y ellos lo sostienen en las alturas para que mire el arco de la Tierra.

El hombre del abrigo rojo de cuadros le dice unas cuantas palabras al perro en una lengua tan antigua que suena como las piedras zarandeadas por el arroyo, como las agujas con la brisa, como un murmullo. El perro se enfurruña un poco, pero sale trotando por el bosque. El visitante hace una seña con la mano para dirigir a Nick hacia un punto de agarre distinto del pesado tronco. Juntos, a intervalos cortos y con empujones fuertes, lo hacen rodar hasta el único lugar posible.

—Gracias —dice Nick.

—No hay de qué. ¿Qué es lo siguiente?

No se presentan. Los nombres no les van a ayudar más que las palabras *píceca* o *abeto* a los seres de su alrededor. Trasladan los troncos que Nick era incapaz de mover solo. Ejecutan las ideas del otro casi sin necesitar hablar. El hombre del abrigo de cuadros también visualiza las formas serpenteantes desde arriba. Enseguida comienza a perfeccionarlas.

Una rama lejana cruje, y el sonido resuena en todo el sotobosque. Cerca hay visones y linceos. Osos, caribús, incluso glotones, a pesar de que nunca se

dejan ver. Las aves, sin embargo, se ofrecen como obsequios. Fugas por doquier, rastros, la evidencia de cosas no vistas. Mientras trabajan, Nick oye voces. Una voz, en realidad. Repite lo que le ha estado diciendo durante décadas, desde que esa persona murió. Nunca ha sabido qué hacer con esas palabras, unas palabras de todo y de nada a la vez. Unas palabras que nunca ha terminado de comprender. Heridas que jamás se curarán. *Esto nunca se acabará... Lo que nosotros tenemos, ¿verdad?*

Él y su compañero trabajan juntos mientras anochece. Parán para cenar. Es lo mismo que a la hora del almuerzo. Aunque debería callarse, lleva mucho tiempo sin tener el lujo de decir algo que no puede reprimir. Señala hacia las coníferas.

—Me fascina todo lo que dicen si les dejas. No es tan difícil escucharlos.

El hombre se ríe entre dientes.

—Llevamos desde 1492 intentando que lo entendáis.

El visitante trae cecina. Nick reparte los frutos secos que le quedan.

—Tengo que pensar en conseguir algo de comida.

Por alguna razón, eso también le hace gracia a su colega, que voltea la cabeza para mirar el bosque circundante como si hubiera alimento por todas partes. Como si la gente pudiera vivir y morir aquí con solo mirar y escuchar un poco. Desde la nada, en un suspiro, Nick comprende de pronto lo que las voces de Cabello de Venus siempre dijeron. *Los productos más asombrosos en cuatro mil millones de años necesitan ayuda.*

Ellos no, nosotros. Ayuda de todas partes.

Por encima de la prisión de Adam, unas criaturas nuevas recorren las órbitas de los satélites y regresan a la superficie del planeta obedeciendo a unas ansias viejas y primarias, a los mandamientos originales: mira, escucha, saborea, toca, siente, di, únete. Estas nuevas especies charlan e intercambian descubrimientos del mismo modo que el código de la vida se ha ido permutando desde el principio. Comienzan a conectarse, a fusionarse, a emerger de sus células para formar pequeñas comunidades. No se sabe en qué se convertirán dentro de setenta años más setenta.

Así que Neelay sale a ver el mundo. Esta noche sus hijos peinan la Tierra con una orden: absorberlo todo. Devorar cada dato que encuentren. Clasificar y comparar más medidas de las que ha manejado toda la humanidad a lo largo de la historia.

Enseguida, sus aprendices verán todo el planeta. Observarán desde el espacio los bastos bosques boreales y examinarán de cerca los trópicos rebosantes de especies. Estudiarán los ríos y medirán su contenido. Cotejarán los datos de todas las criaturas salvajes etiquetadas y registrarán sus itinerarios en un mapa. Leerán todas las frases de todos los artículos que hayan publicado todos los científicos. Se atiborrarán con todos los paisajes captados por todas las cámaras. Escucharán todos los sonidos de la Tierra fluyente. Harán aquello para lo que se formaron los genes de sus antepasados, lo que todos sus ancestros hicieron. Especularán sobre lo necesario para vivir y pondrán a prueba esas especulaciones. Después, dirán qué quiere la vida de las personas y cómo puede valerse de ellas.

Una tarde plúmbea en las tierras remotas del estado, una furgoneta blindada lleva a Adam de regreso a la facultad. A primero de Psicología. Sin comprender nada de la gente, salvo su confusión innata, le hacen atravesar la triple verja de su nuevo alojamiento para continuar con su educación. A la izquierda de la entrada, hay una torre de vigilancia de cemento tres veces más alta que el arce de su infancia. Dentro del perímetro, le esperan un revoltijo de edificios cuadrados de mármol como los que construiría su hijo con un montón de piezas grises de Lego. A lo lejos, rodeados por más fosos con tela metálica, unos hombres vestidos de naranja —su nueva nación— juegan al baloncesto con la misma agresividad con la que jugaba su hermano Emmett, como intentando meter canasta a base de gritos. Esos hombres lo apalearán muchas veces, no por terrorista, sino por ponerse de parte de los enemigos del progreso humano. Por ser un traidor a la raza.

El guardián de la escopeta que está en la furgoneta se vuelve para sonreír mientras observa la cara de Adam al pasar por debajo del túnel de vallas y cámaras. Adam se imagina a Lois llevando al pequeño Charlie hasta allí, para las visitas de una hora de duración, una vez al mes al principio, después, con suerte, un par de veces al año. Adam observa a su hijo crecer a trompicones. Se ve a sí mismo escuchando con entusiasmo las crónicas del niño sin perder detalle. Quizá al final se hagan amigos. Quizá el pequeño Charlie le hable de asuntos bancarios.

Se detienen en la zona de descarga, justo al lado de la entrada vigilada. El guardián y el conductor lo sacan de la furgoneta y lo acompañan por los detectores de metales. Cristal del grosor de una Biblia. Equipos de monitores

y rejas cerradas electrónicamente. A través del arco blindado y detrás del punto de control, un pasillo adyacente desaparece entre celdas en una ilusión óptica hacia la eternidad.

Los años venideros transcurrirán, independientemente de lo que él imagine. Las extinciones y los desastres harán que las pestes de la Edad de Bronce parezcan pintorescas. La cárcel podría convertirse en un lugar donde esconderse de la condena del exterior.

De todos los terrores esperados, el que más le asusta es el tiempo. Calcula cuántos futuros tendrá que vivir, segundo tras segundo, hasta que acabe su condena. Unos futuros donde nuestros antepasados se desvanecen antes de que podamos llamarlos por su nombre. Unos futuros donde nuestros descendientes robots nos utilizan como combustible o nos enjaulan en entretenidos zoos tan seguros como este en el que ahora está ingresando Adam. Futuros donde la humanidad acude a su fosa común mientras jura que es lo único que habla en toda la creación. Extensiones enormes y vacías, desprovistas de algo con lo que llenar las horas que no sea el recuerdo de cómo él y un puñado de soldados verdes amigos intentaron salvar al mundo. Pero, por supuesto, el mundo no es quien necesita salvarse, sino esa otra cosa que la gente denomina con el mismo nombre.

Un hombre al otro lado del cristal impenetrable, vestido con una camisa blanca almidonada y engalanado con un emblema municipal, le pide algo. Su nombre, quizá, el número de serie, una disculpa. Adam frunce el ceño, distraído, como en otro lugar. Baja la mirada. Hay algo en el puño de su mono fluorescente. Redondo, pequeño, marrón, una bolita cubierta de pinchos pegajosos. Lo han sacado directamente de unas inhóspitas instalaciones de ladrillo para meterlo en una furgoneta, lo han trasladado y lo han soltado en este páramo de piedra y hormigón. No había la menor posibilidad de que esa forma de vida se aprovechara de él. Y sin embargo, está transportando a un oportunista. Eso mismo le sucedió a él, les sucedió a los cinco, a toda la humanidad con falta de miras: la vida los utilizó como este abrojo está utilizando el puño de su mono.

Y en ese momento empieza la tortura silenciosa, peor que cualquier castigo que el Estado pueda infligirle. Una vocecita tan real, que podría provenir de la litera que tiene encima, susurra el comienzo de una historia que lo atormentará durante más tiempo del que dure su encarcelamiento: *Te has librado de la muerte para realizar algo de gran importancia.*

* * *

A través de los biomas, en todas las altitudes, los aprendices por fin cobran vida. Descubren por qué un espino nunca se pudre. Aprenden a diferenciar los cien tipos de roble existentes. Cuándo se escinde el fresno verde del blanco y por qué razón. Cuántas generaciones viven dentro del hueco de un tejo. A qué altitud comienzan los arces rojos a cambiar de color y cuánto se adelantan cada año respecto al anterior. Llegarán a pensar como los ríos, como los bosques, como las montañas. Comprenderán cómo una hoja de hierba codifica el día de trabajo de las estrellas. En unas cuantas estaciones, con tan solo colocar juntos los millones de páginas de datos, la siguiente nueva especie aprenderá a traducir en ambos sentidos el lenguaje humano y el verde. Las traducciones al principio serán toscas, como los primeros balbuceos de un niño. Pero enseguida las frases empezarán a cobrar sentido y verterán palabras hechas de lluvia, de aire, de roca machacada y de luz, como todos los seres vivos. *Hola. Por fin. Sí. Aquí. Somos nosotros.*

Neelay piensa: «Así debe suceder. Habrá catástrofes. Percances y matanzas desastrosas. Pero la vida va hacia algún lugar. Quiere conocerse a sí misma, quiere poder elegir. Quiere soluciones para problemas que todavía no sabe resolver ningún ser vivo, y está deseando servirse incluso de la muerte para conseguirlas». No vivirá para contemplar en su totalidad este juego en el que participan incontables personas de todo el mundo, un juego que coloca a sus jugadores en medio de un planeta vivo, palpitante, con un potencial apenas imaginable. Pero él habrá ayudado a que así sea.

Levanta las manos de las teclas traductoras, presa de un asombro radical. El corazón le palpita demasiado fuerte para la poca carne que cubre su esqueleto, y la visión le palpita. Aprieta el mando de la silla y sale del laboratorio hacia la suave noche. El aire está sazonado con laurel, eucaliptus limón y pimenteros. Ese olor recupera todo tipo de conocimientos pasados y le recuerda todo lo que jamás sucederá. Respira durante un rato. Es extraordinario para un ser tan pequeño, débil y breve en un planeta al que le quedan miles de millones de años. Oye cómo las ramas crujen sobre él con el aire seco de la noche. *A ver, Neelay-ji. ¿Qué podría hacer esta pequeña criatura?*

* * *

Ray emite un gemido cuando Dorothy le dice cómo acaba todo. Dos cadenas perpetuas, una detrás de la otra. Una condena demasiado severa por incendio provocado, destrucción de propiedad pública y privada e incluso homicidio involuntario, aunque adecuada para un delito imperdonable: dañar la seguridad y las certezas de los hombres.

Están tumbados en la cama uno al lado del otro, mirando por la ventana hacia el lugar que han descubierto justo al lado de este. El lugar de donde vino la historia. Fuera, oculto entre las ramas, un búho llama a sus parientes. *Cu-cu-cucú. Cu-cu-cucúúúú.* Mañana regresarán los paisajistas del ayuntamiento y traerán sus máquinas y la irresistible fuerza de la ley. Aun así, ahí no acabará la historia.

Brinkman se ahoga en objeciones. De la garganta le brota una palabra.

—No. No bien.

Su mujer se encoge de hombros y roza el hombro de él. El gesto no carece de comprensión, aunque tampoco es una disculpa. Tan solo quiere decir: «Explícame por qué».

Las objeciones dan paso a algo más profundo. Las mareas de sangre se elevan por el cerebro de Ray.

—Defensa propia.

Ella se coloca de lado para verle la cara. Ha captado su atención. Dorothy mueve las manos en el aire, como si aporreará el estrecho teclado de su vieja estenotipia.

—¿Cómo?

Él se lo explica con los ojos. El antiguo abogado experto en propiedad tiene que asumir la apelación de la defensa. Se encuentra en clara desventaja. No conoce los detalles ni ha visto las pruebas presentadas. No tiene experiencia para hablar en juicios y el derecho penal siempre ha sido su punto débil. Pero el argumento que expone ante el jurado es tan claro como una hilera de álamos de Lombardía. En silencio, guía a su compañera de toda la vida a través de los principios centrales de la jurisprudencia, sílaba a sílaba. Mantente firme. Doctrina del castillo. Acceso libre.

Si pudieras salvarte o salvar a tu mujer, a tu hijo o incluso a un desconocido prendiéndole fuego a algo, la ley te lo permitiría. Si alguien irrumpe en tu casa y comienza a destrozarla, puedes detenerlo con los

medios que sean necesarios.

Las sílabas son entrecortadas e inútiles. Ella sacude la cabeza.

—No te entiendo, Ray. Explícalo de otro modo.

Él no encuentra otra manera de decir lo que necesita con tanta urgencia. *Han forzado nuestra casa. Nuestras vidas se han puesto en peligro. La ley autoriza el empleo de toda la fuerza necesaria contra cualquier daño ilegal e inminente.*

El rostro de Ray se pone del color del atardecer. Ella se asusta y le tiende un brazo para calmarlo.

—No te preocupes, Ray. Son solo palabras. Todo está bien.

En su creciente nerviosismo, es consciente de que debe ganar el caso. La vida se recalentará, los mares crecerán. Arrancarán los pulmones del planeta. Y la ley dejará que suceda, porque el daño nunca es lo bastante inminente. Inminente, a la velocidad de la gente, es demasiado tarde. La ley ha de juzgar lo inminente en función de la velocidad de los árboles.

Con esa idea, sus vasos cerebrales ceden, del mismo modo en que cede la tierra cuando las raíces no la sostienen. El flujo sanguíneo trae consigo una revelación. Levanta la vista hacia la ventana, hacia el exterior misterioso. Allí, dos cadenas perpetuas pasan en un par de suspiros. Los árboles pequeños se apresuran hacia el sol. Los diversos troncos engordan, mudan las hojas, caen, y se levantan de nuevo. Sus ramas se precipitan hacia la casa para cercarla y perforar su ventanas. En el centro de la arboleda, el castaño se pliega y se despliega mientras describe círculos y traza espirales hacia el cielo, palpando el aire en busca de nuevos caminos, de nuevos lugares, de otras posibilidades. ¡Oh, castaños!, con flores de profunda raíz.

—¿Ray? —Dorothy alarga los brazos para evitar que siga convulsionando —. ¡Ray!

Se levanta de golpe y tira al suelo la pila de libros de la mesita de noche. Pero al cabo de un instante, tras otra mirada, la urgencia se convierte en todo lo contrario. A Dorothy se le contrae la garganta y le escuecen los ojos, como si el ambiente estuviera cargado de polen. Piensa: «¿Cómo puede pasar ahora? Todavía nos quedaban libros por leer. Había algo que teníamos que hacer juntos. Estábamos empezando a comprendernos el uno al otro».

A sus pies, sobre el suelo, está *La nueva metamorfosis*, de la autora de *El bosque secreto*. Esperaba en lo alto de la pila de lecturas en voz alta a los lectores que ya nunca se adentrarán en él.

Los griegos tenían una palabra, *xenia*, que significa ‘amistad hacia el huésped’: el deber de cuidar de los viajeros desconocidos, de abrirle las puertas a todo el que llamara, porque cualquier transeúnte, lejos de casa, podría ser Dios. Ovidio cuenta la historia de dos inmortales que bajaron a la Tierra disfrazados para purificar el mundo corrompido. Nadie los acogió, salvo una pareja de ancianos, Baucis y Filemón. Su recompensa por abrirles la puerta a esos desconocidos fue vivir tras la muerte como árboles —un roble y un tilo—: grandes, llenos de gracia, entrelazados. Aquello de lo que cuidemos será a lo que nos parezcamos. Y aquello a lo que nos parezcamos nos sostendrá cuando ya no seamos nosotros...

Dorothy toca la cara desconcertada del cadáver. Ya ha empezado a ablandarse, incluso mientras se enfría.

—¿Ray? —dice—. Pronto iré contigo.

A la velocidad de su propia necesidad no será tan rápido, pero a la velocidad de los árboles, será enseguida.

La oscuridad se instala. Los habitantes de Mission Dolores Park cambian, al igual que cambian sus propósitos. Pero incluso de noche, los visitantes evitan a Mimi. Ella está inclinada hacia delante, con las manos en el regazo como dos higos tiernos. Tiene la cabeza agachada, abrumada por la libertad. La luz resplandece frente a ella. El horizonte de la ciudad se convierte en una sublime alegoría. Se adormece y se despierta varias veces.

Con la mano izquierda empieza a tirar de nuevo del anillo que lleva en el anular derecho. Es como un perro que no puede dejar de roerse la pata. Pero esta vez, cede. La banda de jade se desliza por el nudillo hinchado por la edad y sale por fin. Un peso se abre paso por su interior y ella se abandona para que salga. Coloca el círculo verde en la hierba, la única cosa verde redonda en medio de esa confusión de crecimiento y escisión. Se apoya otra vez contra el tronco del pino. Un ligero cambio en la atmósfera, la humedad, y su mente se convierte en algo más verde. A medianoche, en esta colina, en medio de la oscuridad sobre esta ciudad con un pino que hace las veces de *bo*, Mimi recibe la iluminación. El miedo a sufrir, que es su herencia —la necesidad desesperada de llevar las riendas—, desaparece con el viento, y algo más desciende para ocupar su lugar. Los mensajes salen zumbando de la corteza en la que se apoya. Las señales químicas impregnan el aire. Desde las

raíces que sostienen el suelo se elevan unas corrientes, que se han transmitido a lo largo de grandes distancias a través de sinapsis fúngicas dentro de una red del tamaño del planeta.

Las señales dicen: *Una buena solución debe ser reinventada muchas veces, desde el principio.*

Dicen: *El aire es una mezcla que debemos seguir preparando.*

Dicen: *Bajo tierra hay tanto como por arriba.*

Le dicen: *No esperes, no desesperes, no predigas ni te dejes sorprender. Nunca claudiques; divide, multiplica, transforma, une, haz y resiste, como siempre has hecho durante el largo día de la vida.*

Hay semillas que necesitan fuego. Semillas que necesitan hielo. Semillas que necesitan que se las traguen, que actúen en ellas los jugos gástricos, que las expulsen como desecho. Semillas que han de ser machacadas para poder germinar.

Las cosas pueden viajar a cualquier sitio; para ello, no hay más que permanecer inmóvil.

Mimi ve y oye todo esto por captación directa a través de sus extremidades. Vendrán los incendios, pese a todos los esfuerzos, las plagas, los vendavales y las inundaciones. Entonces la Tierra se convertirá en algo distinto, y la gente la aprenderá de nuevo. Abrirán las cámaras de los bancos de semillas, los bosques de segundo crecimiento no tardarán en crecer, flexibles, pesados, tanteando todas las posibilidades. Las redes del bosque se llenarán de especies que saldrán de la oscuridad veteadas por nuevos diseños. Cada franja de color de la Tierra alfombrada restaurará a sus polinizadores. Los peces volverán a poblar todas las cuencas y se amontonarán tanto que parecerá que los ríos van cargados de troncos. Una vez que «el mundo real» acabe.

Amanece un día más. El sol se eleva tan despacio que hasta las aves olvidan si alguna vez hubo algo más que amanecer. La gente pasa de nuevo por el parque para ir a trabajar, para acudir a alguna cita y para otras cosas urgentes. Ganarse la vida. Algunos de ellos pasan muy cerca de la mujer transformada.

Mimi recupera el conocimiento y dice sus primeras palabras de buda.

—Tengo hambre.

La respuesta le llega desde arriba. *Ten hambre.*

—Tengo sed.

Ten sed.

—Siento dolor.

Quédate quieta y siente.

Levanta los ojos hacia el bajo de un pantalón azul oscuro. Sigue la línea azul de las perneras, pasa por el cinturón con radio, esposas y porra de roble, continúa por la camisa azul oscuro ceñida y la insignia hasta la cara —un hombre, un niño, un pariente de sangre—, cuya mirada se encuentra con la suya. El hombre la observa con preocupación por lo que acaba de ver: una mujer mayor hablando con una cosa cuyas respuestas son mudas, leñosas, ramificadas.

—¿Está usted bien?

Mimi trata de moverse, pero no puede. La voz no le responde. Tiene las extremidades agarrotadas. Solo puede mover un poco los dedos. Le sostiene la mirada, abierta a cualquier acusación. *Culpable*, dicen sus ojos. *Inocente. Mal. Bien. Con vida.*

El hombre del abrigo rojo de cuadros regresa al día siguiente con dos fornidos gemelos veinteañeros con abrigos de piel de cordero y con un hombre gigante con perfil de cuervo y la silueta de un defensa de fútbol americano. Dejan una enorme sierra mecánica, dos carretillas y otra polea. Lo más terrorífico de las personas es justo eso: si reúnes a unas cuantas con varias máquinas simples, moverán el mundo.

El equipo *ad hoc* trabaja durante varias horas sin necesidad de intercambiar muchas palabras. Juntos, arrastran hasta su sitio los últimos troncos de pino y píceas, de sauce analgésico y de abedul astringente. Luego se quedan en silencio y miran el diseño que han desplegado a lo largo del suelo del bosque. La forma los detiene. Les lee sus derechos. *Tienen derecho a estar presentes. Tienen derecho a asistir. Tienen derecho a sorprenderse.*

El hombre de cuadros permanece con los brazos caídos mientras mira el mensaje que han escrito los cinco.

—Está bien —dice, y sus muchachos asienten sin decir nada.

Nick está a su lado, apoyado en un bastón de píceas, el tipo de palo que podría florecer si lo plantaras en la tierra. Sus amigos comienzan a cantar en una lengua muy antigua. De pronto Nick se extraña de las pocas lenguas que conoce. De las humanas, una y media. Y ni una sola palabra de los idiomas de los demás seres vivos y parlantes. Pero Nick entiende a medias lo que cantan ahora esos hombres; cuando acaban los cánticos, añade «Amén», solo

porque quizá sea la única palabra antigua que conozca. Cuanto más antigua es la palabra, más probabilidades hay de que sea útil y verdadera. De hecho, hace mucho tiempo, en Iowa, la noche en que aquella mujer llegó para sacudir su vida, leyó que la palabra *árbol* y la palabra *verdad* provenían de la misma raíz.

Los trozos de madera caída transportados serpentean entre los árboles. Por encima de esta obra, los satélites ya están tomando fotos desde sus órbitas. Las formas se convierten en letras con florituras de zarcillos que forman una palabra gigante legible desde el espacio.

AÚN

Los aprendices le darán vueltas al mensaje que acaba de brotar, tan cerca de la tundra liberadora de metano. Pero en un abrir y cerrar de ojos humano, los aprendices establecerán conexiones. Esta palabra ya está reverdeciendo. Los musgos ya están emergiendo, los escarabajos y líquenes y hongos ya están convirtiendo los troncos en tierra fértil. Los pequeños plantones ya están echando raíces en los huecos de esos troncos nodriza, alimentados por la podredumbre. Pronto nuevos troncos formarán la palabra con un bosque creciente siguiendo la cursiva de esos montículos decadentes. Dentro de dos siglos, esas tres letras vivas también se desvanecerán en formas sinuosas, con la lluvia, el aire y la luz. Y sin embargo —aún—, seguirán deletreando la palabra que la vida dice sin cesar desde sus inicios.

—Y ahora, voy a volver —dice Nick.

—¿Volver adónde?

—Buena pregunta.

Mira hacia los bosques del norte, donde el siguiente proyecto le hace señas. Ramas que peinan el sol, que se ríen de la gravedad, que aún se extienden. Algo se mueve en la base de un tronco inmóvil. Nada. Ahora todo. *Esto*, susurra una voz muy cercana. *Esto. Lo que nos ha sido dado. Lo que debemos ganarnos. Esto nunca acabará.*

Notas de la traductora

La traducción de los fragmentos de *Macbeth* corresponde a Agustín García Calvo.

La traducción del inicio de las *Metamorfosis*, de Ovidio, es de Antonio Ruiz de Elvira.

Respecto a las citas de H. D. Thoreau, la traducción de *Walden* es de Marcos Nava; la de *Los bosques de Maine*, de Héctor Silva; la de *Musketaquid*, de Miguel Ros.

El título original del libro *¿Deberían tener estatus los árboles?*, que no está traducido al español, es *Should Trees Have Standing?*, de Christopher D. Stone, 1988.

Título original: *The Overstory*

Edición digital: 2019

Copyright © 2018 by Richards Powers
© de la traducción: Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-445-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com